



FUEGO PERSA

EL PRIMER IMPERIO MUNDIAL
Y LA BATALLA POR OCCIDENTE

TOM HOLLAND





A principios del siglo V antes de Cristo, Occidente estuvo a punto de desaparecer. La mayor máquina de guerra que la historia había conocido hasta la fecha, el poderoso imperio persa, se fijó en las pequeñas ciudades griegas para continuar su expansión militar. Si los persas triunfaban, acabarían con la democracia, la filosofía y la ciencia griega y con ello arrancarían de raíz la civilización occidental de la faz de la Tierra. Frente a ellos, sólo un puñado de hoplitas, inferiores en número y enfrentados por las enemistades locales entre Atenas y Esparta. El emperador Darío estaba seguro de la victoria: continuaría la labor del gran Ciro y su imperio dominaría toda Europa. Después de todo, el imperio Persa jamás había sido derrotado, y no serían aquellos occidentales rebeldes y primitivos los primeros en hacerlo… ¿o sí?

Tom Holland nos traslada a la época más apasionante de la historia de una forma nunca vista hasta la fecha. Nos sentiremos en primera línea de batalla en el desfiladero de las Termópilas y entre las trirremes en llamas en Salamina mientras Holland nos explica los entresijos de aquel conflicto y nos hace comprender cómo tiene mucho que enseñarnos respecto a las relaciones entre Occidente y Oriente en la actualidad.

epublibre

Tom Holland

FUEGO PERSA

El primer imperio mundial y la batalla por Occidente

ePub r1.2

Titivillus 28.12.2019

Título original: *Persian Fire: The First World Empire and the Battle for the West*

Tom Holland, 2005

Traducción: Diana Hernández Aldana

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1







Notas

A menos que se señale lo contrario, las citas de autores clásicos se refieren a los siguientes textos: Elio, *Miscelánea;* Esquilo, *Los persas;* Arístides, *Discursos de Elio Arístides* (Leipzig, W. Dindorf, 1829); Ateneo, *El banquete de los eruditos;* Cicerón, *De la adivinación;* Ctesias, *Fragmentos;* Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica;* Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres;* Heródoto, *Los nueve libros de la historia;* Pausanias, *Descripción de Grecia;* Polieno, *Estratagemas;* Quinto Curcio, *Historia de Alejandro Magno;* Estrabón, *Geografía;* Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso.*

Para Jamie y Carolina

Te diré aún más: no hay cosa mortal

que tenga un comienzo, ni que acabe en muerte y extinción;

sólo hay mezcla y separación de lo que había sido mezclado,

Pero los hombres llaman a estos procesos «nacimientos».

EMPÉDOCLES

Agradecimientos

He deseado escribir un libro sobre las guerras médicas desde que era muy joven, y ahora tengo una deuda de gratitud inmensa hacia todos aquellos que me han dado la oportunidad de dedicarle tres años de mi vida al estudio del tema. Hacia Patrick Walsh, el mejor amigo y agente. Hacia mis editores, Richard Beswick y Steve Guise. Hacia Gerry Howard, Dan Israel, Ricardo Artola y Joan Eloi Roca Martínez, por todo su estímulo desde el extranjero. Hacia Louise Allen-Jones y Elizabeth van Lear, por su apoyo, más cercano a casa. Hacia Amélie Kuhrt y Paul Cartledge, por compartir su incomparable erudición con gran generosidad y por salvarme de más errores de los que quisiera llevar la cuenta. Hacia el personal de la Biblioteca de la Sociedad para la Promoción de los Estudios Helenísticos de la Universidad de Londres, por su mezcla perfecta de eficiencia y cortesía. Hacia Maike Bohn, por salir con Michael Cullen y, de ese modo, presentarme a un escritor de libros cuyo conocimiento sobre Grecia es ilimitado. Hacia Philip, Francis y Barbara Noel-Barker, por los meses felices en Eubea. Hacia Jonathan Tite, por organizar un día perfecto en una lancha por los alrededores de Salamina. Hacia Nick y Sarah Longman, por su hospitalidad en Atenas. Hacia mi padre, por acompañarme en las excursiones a las Termópilas. Hacia Michael Lowry y Deniz Gurtin, por su hospitalidad en

Bodrum. Hacia Elahe Tabari, por su ayuda en Persépolis. Hacia Autrey y Becky Gordon, por todo lo que han hecho para mantener a raya a los enemigos del buen arte.

Hacia Caroline y Jamie Muir, sin cuya amistad, apoyo y buen humor todavía estaría escribiendo este libro, y a quienes está dedicado. A mi amada familia, Sadie, Katy y Eliza, por aguantar con tanta paciencia mis largos retiros de erudito, por la alegría con la que visitaron las polvorientas ruinas de Grecia, Irán y Turquía, y por darme algunos de los momentos más felices de mi vida. οὐ μέν γάρ του γε γρεισσον γαία αρειον.

Nota sobre los nombres propios

En aras de la accesibilidad, mi política a lo largo de este libro ha consistido en usar la forma latina —y moderna, en aquellos casos que el uso se ha castellanizado— de los nombres propios, en lugar de utilizar el original griego o persa. Darío, por ejemplo, en lugar de Darius, Dareios o Daryush.

Prefacio

Durante el verano de 2001, a un amigo lo nombraron director del departamento de historia de una escuela secundaria, y entre las muchas decisiones que tuvo que tomar antes de que empezara el curso siguiente había una que le apremiaba de modo especial. Durante un tiempo tan dilatado que ya nadie recordaba otra cosa, los estudiantes de historia del último curso se habían visto obligados a leer un trabajo dedicado al ascenso de Hitler al poder. Sin embargo, con la promoción de mi amigo empezaban a soplar vientos de cambio. Era menester derrocar a Hitler, sugería el nuevo director, y en su lugar había que estudiar un tema muy diferente: las Cruzadas. Esta radical propuesta sería recibida entre alaridos de angustia: ¿Qué sentido —preguntaban sus colegas— tenía estudiar un período tan remoto y ajeno a las preocupaciones contemporáneas? Cuando mi amigo alegó que los alumnos de historia podrían beneficiarse del estudio de algún tema que no se relacionase de manera exclusiva con los dictadores del siglo XX, la indignación creció. El totalitarismo, argumentaban los otros profesores, era un tema vivo, mucho más de lo que podrían serlo jamás las Cruzadas. Los odios entre el islam y el cristianismo, entre Oriente y Occidente, ¿qué relevancia podían tener?

La respuesta, por supuesto, llegaría pocas semanas más tarde, el 11 de septiembre, el día en que diecinueve secues-

tradores se inmolaron a sí mismos y a otros miles a causa de unos agravios que, sin duda, databan del medievo. Las Cruzadas, al menos en opinión de Osama bin Laden, nunca habían terminado. «No se os debería esconder —había advertido ya Bin Laden al mundo musulmán en 1996— que los pueblos del islam siempre han sufrido agresiones, iniquidad e injusticias impuestas sobre ellos por la alianza entre sionistas y cruzados.»[1] Aunque Bin Laden tuviese una capacidad espeluznante de explotar el mundo contemporáneo del transporte aéreo y de los medios de comunicación de masas, hacía tiempo que estaba interpretando el presente a la luz de la Edad Media. En sus manifiestos, el pasado y el presente tienden a confundirse como si fuesen un tiempo único: el abuso de crímenes espantosos cometidos por Estados Unidos e Israel se mezcla con los reclamos que aspiran a restaurar el mandato musulmán en España o en el Califato medieval. No sorprende que cuando el presidente Bush, inopinadamente, decidió referirse a la guerra que su administración estaba llevando a cabo como una «cruzada», sus asesores le rogaran que no volviera a utilizar jamás una palabra tan ominosa.

Tampoco sorprende, por supuesto, que el presidente de Estados Unidos esté menos al corriente de las sutilezas de la historia medieval que un fanático saudita. «¿Por qué nos odian?» Durante las semanas y los días que siguieron al 11 de septiembre, el presidente Bush no sería el único en enfrentarse a esta pregunta. Los periódicos del mundo entero se hallaban tomados por expertos que intentaban dar cuenta del resentimiento musulmán hacia Occidente, que buscaban sus orígenes en los caprichos recientes de la política exterior estadounidense, o bien un poco antes, en la separación de Oriente Medio que las potencias coloniales europeas habían llevado a cabo. Algunos incluso buscaban su

origen en las Cruzadas, al hilo del propio análisis de Bin Laden. Pero aquella idea, que la primera gran crisis del siglo XXI pudiese haber surgido de un torbellino de odios antiguos y confusos, era de una ironía conspicua. Se suponía que la globalización había traído consigo el fin de la historia y, sin embargo, parecía estar instigando a cualquier cantidad de espectros indeseables a abandonar el reposo ancestral. Durante décadas, el Oriente contra el cual Occidente se había definido a sí mismo era comunista; ahora era islámico, como en realidad había sido siempre, o como había sido, al menos, desde mucho antes de la revolución rusa. La guerra de Iraq, el surgimiento, a través de toda Europa, de un sentimiento antiinmigratorio y, en especial, antimusulmán, la pregunta sobre si Turquía debería ser admitida en la Unión Europea: todas estas cuestiones se confunden con los ataques del 11 de septiembre para reavivar la conciencia agónica de la falla que divide al Occidente cristiano del Oriente islámico.

Que las civilizaciones están destinadas a chocar durante el nuevo siglo, como han aducido de distintas maneras tanto los terroristas de Al Qaeda como los académicos de Harvard, sigue siendo, hasta el momento, una tesis controvertida. Lo que no se puede discutir, sin embargo, es el extremo al que diversas culturas, al menos en Europa y en el mundo musulmán, se han visto obligadas a examinar el propio fundamento de sus identidades. «La diferencia entre Oriente y Occidente —pensaba Edgard Gibbon— es arbitraria y varía alrededor del globo.»[2] Sin embargo, que tal diferencia existe, es decir, que Oriente es Oriente y Occidente es Occidente, se cuenta entre las suposiciones más antiguas de la historia, y es mucho más antigua que las Cruzadas, que el islam y que la cristiandad. Su linaje es tan venerable que data de hace casi dos mil quinientos años. Con la pregunta de

«¿por qué nos odian?» empezó la historia misma, puesto que en el conflicto entre Oriente y Occidente fue donde el primer historiador del mundo descubrió, en el siglo V a. J. C., el tema de la obra de su vida.

Su nombre era Heródoto. Y como ciudadano griego de lo que hoy en día es la turística zona portuaria de Bodrum, en Turquía, por aquel entonces llamada Halicarnaso, Heródoto había crecido en la frontera con Asia. ¿Por qué, se preguntaba, a los pueblos de Oriente y Occidente les resulta tan difícil vivir en paz? A primera vista, la respuesta parecía simple: los asiáticos, según Heródoto, consideraban Europa un lugar inconciliablemente ajeno, «y desde entonces siempre tuvieron por enemigos a los griegos».[3] Pero la manera en que aquella fractura había ocurrido en primer lugar le planteaba un enigma al propio Heródoto. Tal vez la causa hubiese sido el secuestro de una o dos princesas a manos de piratas griegos, o quizás hubiese sido el incendio de Troya. «Así lo cuentan al menos los griegos y los fenicios. Yo no voy a decir si pasó de este o de otro modo.»[4] A Heródoto no se le escondía que el mundo no tenía límites y que la verdad de un hombre podía fácilmente ser la mentira de otro. No obstante, si los orígenes del conflicto entre Oriente y Occidente ya parecían perderse en el mito, no ocurría lo mismo con sus efectos, que pronto se harían evidentes de un modo trágico. La diferencia había engendrado la sospecha, y la sospecha engendraría la guerra.

Una guerra, por cierto, sin parangón. En el año 480 a. J. C., unos cuarenta años antes de que Heródoto empezara a escribir su historia, Jerjes, el rey de Persia, había llevado a cabo una incursión en Grecia. Al tratarse del tipo de aventura militar en la que los persas se habían especializado durante mucho tiempo, la victoria —rápida y espectacular— hacía décadas que parecía un derecho natural de los persas.

El aura de invictos que poseían daba buena cuenta de la magnitud y rapidez sin precedentes de sus conquistas anteriores. Porque alguna vez los persas habían sido un pueblo insignificante, poco más que una desconocida tribu montañesa, confinada a las llanuras y los montes de lo que ahora es el sur de Irán. Pero a lo largo de apenas una generación, esa misma tribu había devastado Oriente Medio, saqueando ciudades famosas y construyendo sobre ellas un imperio que se iba a extender desde la India hasta las orillas del Egeo. Como resultado de aquellas conquistas, Jerjes se había convertido en el hombre más poderoso del planeta, y los recursos a su disposición parecían casi ilimitados. Europa no iba a ser testigo de una invasión por la fuerza que pudiese compararse con la invasión de Jerjes de Grecia hasta el año 1944, durante el verano del desembarco en Normandía, el así llamado día D.

Al lado de aquel monstruo ciego y destructivo, los griegos eran pocos y se encontraban, además, divididos sin remedio: la propia Grecia era poco más que una expresión geográfica; no un país, sino un mosaico de ciudades-estado en conflicto, con frecuencia chauvinistas y al extremo de la violencia. Es cierto que los griegos se concebían a sí mismos como un solo pueblo, unido por la lengua, la religión y las costumbres, pero el rasgo más evidente que las distintas ciudades griegas parecían tener en común era su adicción a pelearse entre sí. En cuanto a los persas, someter a los griegos que vivían en lo que hoy en día es el oeste de Turquía, incluido el pueblo natal de Heródoto, y asimilarlos como parte del imperio había sido cosa fácil durante los primeros años de su ascenso al poder. Incluso las dos potencias principales de la Grecia continental, la naciente democracia de Atenas y el estado rigurosamente militarizado de Esparta, parecían poco preparadas para oponer resistencia de un

modo efectivo, así que cuando el rey persa decidió someter de una vez por todas a aquellos pueblos rebeldes y peculiares que habitaban la franja occidental de su gran imperio, el resultado parecía estar decidido de antemano.

Aun así, y de manera portentosa, puesto que los persas constituían la fuerza expedicionaria más grande que hubiese existido jamás, los griegos del continente habían logrado resistir, los invasores habían tenido que retroceder y Grecia había mantenido su libertad. El relato de cómo se habían enfrentado a una superpotencia y la habían derrotado parecía la historia más extraordinaria de todos los tiempos incluso a ojos de los propios griegos. ¿Cómo lo habían logrado exactamente? ¿Y por qué? ¿Y, en primer lugar, qué había motivado aquella invasión? Preguntas como éstas, que no dejaban de resultar acuciantes incluso al cabo de cuatro décadas, llevaron a Heródoto a buscar un estilo de investigación totalmente novedoso. Por primera vez, un cronista iba a optar por buscar los orígenes de un conflicto allí donde podía verificarlos en persona, en lugar de remover un pasado tan remoto que se tornara por completo fantástico, o de endilgarlos a los caprichos y deseos de algún dios o a la proclama de algún pueblo sobre su destino manifiesto. Heródoto, comprometido con transcribir sólo los testimonios de informantes o testigos vivos, daría la vuelta al mundo, convirtiéndose en el primer antropólogo, el primer periodista de investigación y el primer corresponsal en el extranjero.[5] Los frutos de su curiosidad insaciable no sólo dieron lugar a una narrativa, sino al análisis más vasto posible de toda una época en su variedad, tolerancia y complejidad. El propio Heródoto describiría su obra como una serie de «investigaciones»: una *historia,* «que he escrito aquí», como declara en la primera oración de la primera obra de historia que escribió, «para que no se desvanezcan con el

tiempo los hechos de los hombres, y para que no queden sin gloria grandes y maravillosas obras, así de los griegos como de los bárbaros, y sobre todo, la causa por la que se hicieron guerra».[6]

Los historiadores siempre quieren defender la importancia de su material, claro está. En el caso de Heródoto, sus afirmaciones han estado sometidas a escrutinio durante dos mil quinientos años, tiempo en el cual su suposición de partida, que la guerra entre griegos y persas había tenido una trascendencia nunca antes vista, se ha podido comprobar de modo triunfal. John Stuart Mill dijo que «la batalla de Maratón, incluso como evento de la historia inglesa, tiene mayor importancia que la batalla de Hastings».[7] Hegel, en un tono más expansivo, como cabía esperar de un filósofo alemán, declaró que «el interés del espíritu universal pesó aquí sobre la balanza».[8] Y seguro que así fue. Cualquier relato de unas circunstancias a las que se haya hecho frente con heroicidad será conmovedor, pero será aún más apasionante si tales hechos son de una magnitud incalculable, incomparable. Durante los intentos persas de someter la Grecia continental se hallaba mucho más en juego que la independencia de aquello que Jerjes tenía por poco más que un amasijo de estados terroristas. Si los atenienses hubiesen sido súbditos de un rey extranjero, nunca habrían tenido la oportunidad de desarrollar su singular cultura democrática, de modo que gran parte de lo que más tarde iba a distinguir a la civilización griega se habría visto frustrado. El legado que Roma heredó y que luego dejaría para la Europa moderna habría quedado considerablemente empobrecido. Si los griegos hubiesen sucumbido ante la invasión de Jerjes, Occidente no sólo hubiese perdido su primera lucha por la independencia y por la supervivencia, sino que nunca habría existido una entidad llamada «Occidente».

No sorprende, pues, que la historia de las guerras médicas sirva como mito fundacional de la civilización europea, como el arquetipo del triunfo de la libertad sobre la esclavitud y de la robusta virtud cívica sobre un despotismo falto de vigor. Sin duda, cuando la palabra «cristiandad» comenzó a perder resonancia como resultado de la Reforma, muchos idealistas empezaron a considerar la épica de Maratón y de Salamina un ejemplo bastante más edificante de las virtudes occidentales que el que habían representado las Cruzadas. Después de todo, defender parece más noble que invadir; es mejor pelear por la libertad que a causa del fanatismo. En ese sentido, un episodio llegaría a destacar sobre los demás hasta adquirir la fuerza particular del mito: la fatídica defensa del paso de las Termópilas que, según Heródoto, llevó a cabo un pequeño ejército griego, «cuatro mil contra tres millones».[9] Hordas de asiáticos, forzados a combatir a punta de látigo; un rey espartano, Leónidas, dispuesto a vencer o morir; una muerte ejemplar, ya que él y trescientos de sus súbditos fueron masacrados mientras perseveraban en una defensa suicida:[*] la historia tenía todo lo necesario. Ya en el siglo XVI de nuestra era, el gran ensayista francés Michel de Montaigne argumentaría que aunque otras batallas libradas por los griegos habían sido «victorias hermanas, las más bellas que con sus ojos haya visto jamás el sol, […] éstas no osaron nunca oponer toda su gloria a la gloria del aplastamiento del rey Leónidas y de los suyos en el paso de las Termópilas».[10] Dos siglos y medio más tarde, Lord Byron, consternado ante el hecho de que los griegos de su tiempo tuviesen que languidecer como una provincia bajo el mandato del sultán otomano, supo exactamente dónde podía encontrarse el llamado a las armas más sobrecogedor que hubieran relatado los libros de historia:

[Earth! render back from out thy breast
A remnant of our Spartan dead!
One of the three hundred grant but three,
To make a new Thermopylae!][11]
¡Tierra! ¡Devuelve desde tu pecho
un vestigio de nuestros muertos espartanos!
¡De los trescientos no concedas más que tres,
para hacer unas nuevas Termópilas!

Fiel a sus creencias, Byron seguiría después el ejemplo de Leónidas y moriría él mismo por la gloriosa causa de la libertad griega. Este final tan glamuroso, la primera muerte verdadera de una celebridad en la era moderna, sólo le añadiría lustre a la muerte de Leónidas y contribuiría a que las Termópilas se convirtiesen en un modelo del sacrificio por la libertad para posteriores generaciones. ¿Por qué —se preguntaba el novelista William Holding durante una visita al paso a comienzos de la década de 1960— se sintió Byron tan exaltado a pesar de que la propia Esparta había sido una «ciudad tan cruel y tediosa»?

> No es sólo que el espíritu humano reaccione de inmediato y más allá de cualquier argumento a esta historia de coraje y sacrificio del mismo modo que una copa de vino debe vibrar al sonido del violín. También ocurre que, en un tiempo muy lejano, en los confines de nuestro mundo, aquella tropa se mantuvo en la línea correcta de la historia. Hay algo de Leónidas en el hecho de que yo pueda ir adonde quiera y escribir lo que quiera. Leónidas contribuyó a ponernos en libertad.[12]

Palabras conmovedoras, y ciertas. Sin embargo, resulta desconcertante pensar que el encomio de Holding bien podría haber servido de estímulo a Adolf Hitler, puesto que para los griegos, como lo había sido antes para Michel de Montaigne, el episodio de las Termópilas constituía, con diferencia, el momento más glorioso de la historia de Grecia. Los trescientos hombres que habían defendido aquel paso representaban, para Hitler, la verdadera raza dominante, una raza criada y educada para la guerra, y de tal autenticidad nórdica que incluso el caldo espartano, de acuerdo con uno de los pronunciamientos más especulativos del Führer, provenía de Schleswig-Holstein. En enero de 1943, cuando la batalla de Stalingrado se hallaba en su apogeo, Hitler comparó de modo explícito el sexto ejército alemán con los trescientos espartanos y, más tarde, cuando su general se rindió, el Führer clamó enfurecido que el heroísmo de sus soldados se había visto «anulado por la falta de carácter de un solo hombre apocado».[13] Desprovista de un Leónidas, la *Wehrmacht* había perdido, para cólera de Hitler, la oportunidad perfecta de tener su propia batalla de las Termópilas.

Que los nazis pudiesen identificarse de un modo tan apasionado con el ejemplo de los trescientos como lo hicieron Montaigne, Byron o Holding sugiere que el retrato de los espartanos como defensores de la libertad tal vez no esté relatando la historia completa. Como suele ocurrir, la verdad es al mismo tiempo más vergonzosa y enigmática que el mito. Si Jerjes hubiese conquistado Grecia y ocupado Esparta, sin duda habría escrito el final de la libertad de aquella ciudad orgullosa, puesto que todos los súbditos del rey persa se consideraban sus esclavos. Pero incluso la esclavitud es una cuestión arbitraria porque lo que para los espartanos hubiese sido un destino peor que la muerte, para sus veci-

nos, en cambio, tal vez habría resultado un alivio bendito. La grandeza de Esparta, como bien sabía Hitler, residía en la explotación inmisericorde de sus vecinos, una demostración de cómo tratar a los *Untermenschen* que los nazis emularían brutalmente en Polonia y en Rusia durante la ocupación. La monarquía persa, de una brillante sutileza a la hora de sacar provecho de las rivalidades entre sus súbditos, seguro que habría permitido a los vecinos de Esparta emanciparse bajo su dominio en un arrogante gesto de magnanimidad. Es decir que para los pueblos que habían sufrido la opresión espartana durante generaciones, el gobierno de Jerjes podría haber significado casi la libertad.

Una paradoja crucial, y de las que hacen historia, es que la anexión de una nación por parte de una potencia extranjera, en ciertas circunstancias, tal vez sea bienvenida. Jerjes era sin duda el déspota que los griegos decían que era, un iranio que mandaba como si fuese el heredero de las tradiciones milenarias del antiguo Iraq, de Acad, de Asiria y de Babilonia, reinos en los que siempre se había dado por sentado que un monarca debía mandar y conquistar por la fuerza. Crueldad y represión habían sido siempre las notas principales del estilo imperial iraquí y, sin embargo, los persas, aunque habían fundado su imperio entre «murallas derrumbadas, el tumulto de las cargas de caballería y el derrocamiento de los gobiernos de otras ciudades»,[14] también habían desarrollado durante su expansión una manera más sutil de enfrentarse a los retos planteados a su dominio. Al garantizar la paz y el orden a quienes se sometían como era debido, llevando a cabo una demostración maestra de cómo dividir y mandar, la línea de sucesión de los reyes persas había creado, para sí y para su pueblo, el mayor imperio jamás visto. De hecho, el logro histórico de aquella dinastía fue demostrar a la posteridad que era posible construir un

estado multiétnico, multicultural y mundialmente expansivo. La influencia de ese ejemplo en el largo recorrido de la historia sería infinitamente más duradera que la del experimento aberrante y efímero que fue la democracia ateniense. El modelo político que establecieron los reyes persas iba a servir a un imperio tras otro, hasta la era musulmana inclusive: los califas, que aspiraban a mandar en el mundo entero, no hacían más que parafrasear la jactancia de Jerjes, aunque en la lengua más piadosa del islam. De hecho, en cierto sentido, el modelo político establecido por la antigua monarquía persa se mantendría en Oriente Medio hasta 1922, cuando tuvo lugar la deposición del último califa en el poder, el sultán otomano.[*] El objetivo de Osama bin Laden, expresado por él mismo, consiste por supuesto en presenciar la resurrección del califato y la prerrogativa de su dominación sobre el mundo entero.

Cierto es que la influencia de la antigua Persia, comparada con la de Grecia, siempre ha sido indirecta, solapada y subterránea. En 1891, un joven miembro del parlamento inglés, George Nathaniel Curzon, visitó el yacimiento arqueológico donde se hallaba el palacio de Jerjes, que reducido a cenizas, un vengativo Alejandro Magno había abandonado ciento cincuenta años después de las Termópilas. «Para nosotros —escribió a propósito Curzon, en encumbrado tono byroniano—, este sitio se encuentra imbuido de la lección solemne de los siglos, toma su lugar en el capítulo de las cosas que han dejado de ser, y sus piedras, mudas, encuentran una voz y nos interpelan con el *pathos* inefable de la ruina.»[15] Siete años más tarde, el entonces barón Curzon de Kedleston sería nombrado virrey en la India y, como tal, iba a gobernar como heredero de los mughals, quienes habían tenido el orgullo de llevar el título, no de reyes, sino de virreyes de los reyes de Persia. La soberanía

británica, modelada por las enseñanzas de los internados de corte resueltamente espartano, se hallaba también imbuida de «esa pintoresca riqueza de ceremonias formales que sólo el Oriente puede proporcionar»[16] y que, en última instancia, se derivaba del desaparecido fasto de los palacios de Jerjes. Tal vez haya resultado halagador para el imperio inglés poder imaginarse como heredero de Atenas, pero también tenía una cierta deuda de honor con el enemigo mortal de Atenas.

Persia era Persia, y Grecia era Grecia, pero algunas veces sí que había puntos de encuentro. Puede que hubiesen sido combatientes en el choque primordial de las civilizaciones, pero las ondas expansivas de su influencia, que han perdurado durante milenios hasta llegar al presente, a veces pueden dificultar la partición entre Oriente y Occidente en lugar de iluminarla. Si los atenienses hubiesen perdido la batalla de Maratón y su ciudad hubiese sido destruida, no habría existido Platón, ni tampoco la sombra colosal que éste iba a proyectar sobre toda la teología ulterior, con lo cual tal vez no habría existido un islam que sirviera de inspiración a Bin Laden. Al contrario, cuando el presidente Bush habla de un «eje del mal», su visión de un mundo dividido entre fuerzas luminosas y fuerzas oscuras se deriva, a fin de cuentas, de las enseñanzas de Zoroastro, el antiguo profeta iranio. Aunque la derrota de Jerjes fue ciertamente decisiva a la hora de dotar de una identidad diferenciada a los griegos, y por ende a todos los europeos, el impacto de Persia y Grecia en la historia no se puede confinar por completo a las rígidas nociones de Oriente y Occidente. El monoteísmo, así como la idea del estado universal, la democracia y el totalitarismo tienen su origen en el período de las guerras médicas, por lo cual es justo que se las haya considerado el eje de la historia mundial.

Y, sin embargo, en general, es poco lo que se lee al respecto hoy en día. Peter Green, cuyo espléndido libro *The Year of Salamis,* publicado hace unos treinta años, ha sido el último volumen extenso sobre el tema dedicado a un público no especializado, expresaba con su acostumbrado humor la sorpresa que le producía la falta de estudios sobre el tema.

> Si se tiene presente el hecho de que la victoria griega en las guerras médicas suele describirse como un punto de inflexión fundamental en la historia europea (y es cierto que quienes suscriben esta opinión no dicen que, si las cosas hubiesen sido de otro modo, hoy en día Europa estaría dominada desde mezquitas y minaretes, pero este pensamiento silencioso se puede sentir en el aire), la omisión parece aún más inexplicable.[17]

Puede que Green no haya estado en Rotterdam o en Malmó recientemente, pero el hecho de que hoy en día puedan verse mezquitas y minaretes incluso en Atenas, durante mucho tiempo la única capital europea en la que no había un solo templo musulmán, apenas desdice el sentido de perplejidad del que da cuenta Green. Acaso, por el contrario, le añade fuerza. Las guerras médicas pueden ser historia antigua, pero también forman parte de la historia contemporánea de una manera que el siglo XX no llegó a conocer.

Lo que Green califica de inexplicable, sin embargo, no lo es por completo. Debido a su trascendencia, vastedad y carácter dramático, la historia de las guerras médicas no es fácil de recomponer. La verdad incontestable es que aunque se trate del primer conflicto de la historia que podemos re-

construir en detalle, eso no significa que Heródoto nos haya contado todo lo que había que contar, ni mucho menos, lamentablemente. Y claro que los historiadores pueden intentar cubrir algunas de las lagunas cosiendo retazos y parches recopilados de otros autores clásicos, pero esta labor de restauración sólo se puede llevar a cabo si se tiene sumo cuidado, puesto que muchas de las fuentes datan de siglos e incluso milenios posteriores a los hechos que tratan de describir, mientras que otras tantas fueron escritas en forma de poesía u obra dramática, y no como «investigaciones». En su novela *Amigos y amantes,* Iris Murdoch observó que la historia griega «se presenta como un reto muy especial para la mente disciplinada, puesto que se trata de un juego con muy pocas piezas en el que la destreza del jugador consiste en complicar las reglas».[18] A los historiadores de la Grecia arcaica, que rara vez aparecen en las novelas, les encanta citar este pasaje, y es que la tarea que se han impuesto —reconstruir un mundo desaparecido a partir de escasos fragmentos de evidencia— en efecto parece hasta cierto punto un juego. No podemos saber con certeza lo ocurrido en una batalla como la de Salamina cuando las fuentes de las que depende cualquier interpretación son tan contradictorias como fragmentarias: lo mismo podrían los historiadores ponerse a recomponer un cubo de Rubik medio roto. No importa con cuánta frecuencia se estudien, se modifiquen y se recompongan los hechos, ya que es imposible formar con ellos una figura completa, hallar una solución definitiva. Sin embargo, incluso Salamina, por más complejo que sea dotarla de un sentido, puede resultar más rica en detalle si se compara, por ejemplo, con la historia más antigua de Esparta. Ese tema en particular, según ha confesado un académico renombrado, «es un rompecabezas hasta para los mejores pensadores».[19] Otro colega ha afirmado que requiere

«gimnasia intelectual»[20] y un tercero, más franco, simplemente ha titulado su libro *El espejismo espartano.*[21]

Pero al menos las fuentes de la historia griega, a pesar de estar fragmentadas, proceden de los propios griegos. Los persas, excepto por una excepción clave, no escribieron nada que podamos identificar como una crónica de hechos reales. Las tablillas en las que dejaron sus inscripciones los burócratas del imperio sí que han sobrevivido, junto con las proclamas reales cinceladas en los muros de los palacios; y por supuesto, aún sobreviven las imponentes ruinas de los propios palacios. Pero para dotar de sentido a los persas y a su imperio debemos basarnos, hasta un grado alarmante, en los escritos de terceros, sobre todo de los griegos, los cuales, al haber sufrido invasiones, ocupaciones y saqueos por parte de la armada imperial, no parecían muy dispuestos a dar una imagen justa del carácter y de los logros persas. Heródoto, siempre curioso y abierto de miras, es la excepción que confirma la regla, al punto de que un patriota indignado le llamaría *«philobarbaros»,* amante de los bárbaros,[22] lo más cercano a la expresión «liberal sensiblero» que el griego antiguo permitía acuñar. Pero incluso a Heródoto, que escribía sobre pueblos remotos y peculiares cuyas lenguas desconocía, se le debe perdonar alguna inexactitud y el ocasional prejuicio, así como la tendencia ocasional a tratar la historia de la antigua Persia como un cuento de hadas, todo lo cual no facilita mucho la tarea del historiador.

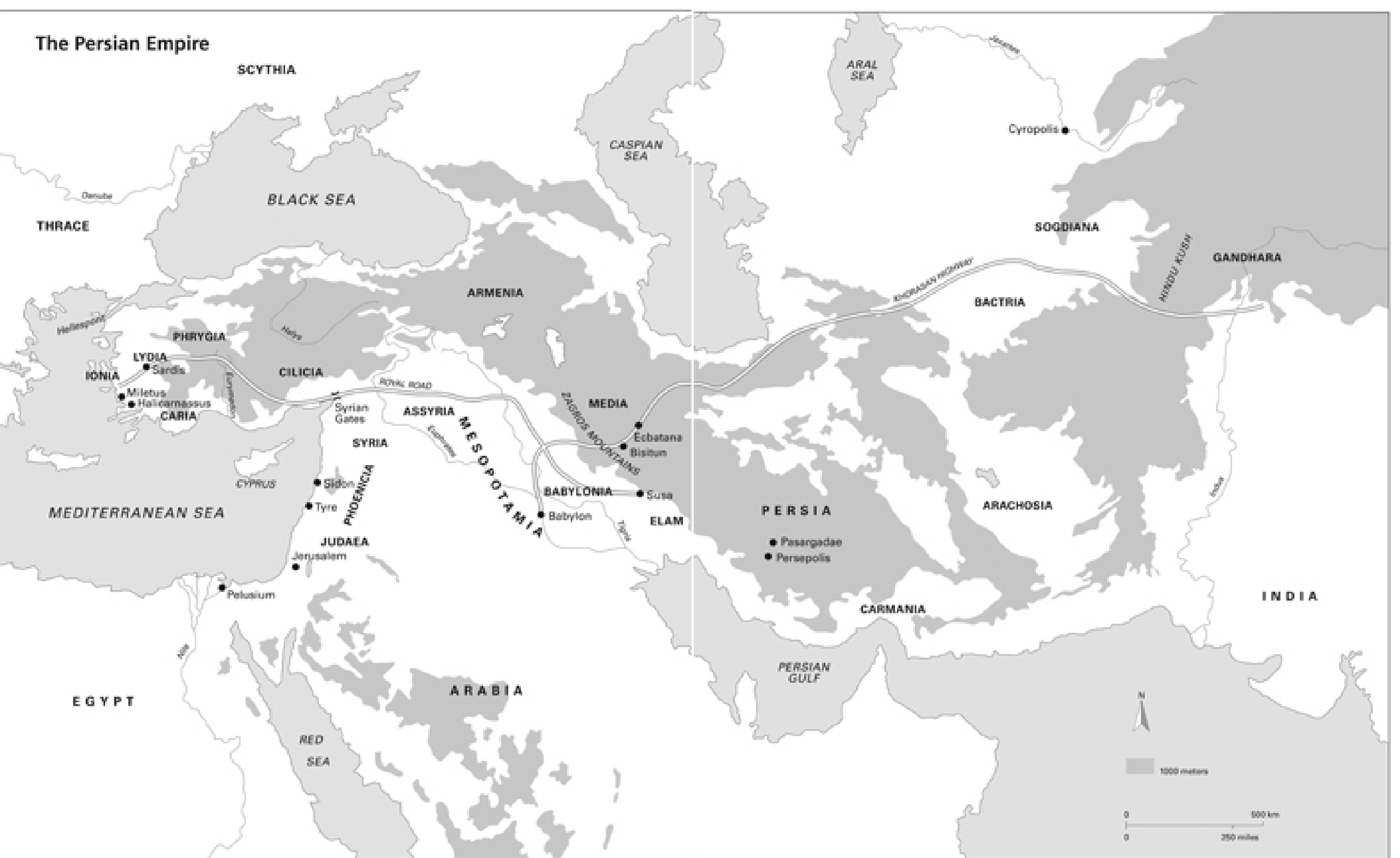
Ante este reto se presentan tres respuestas evidentes. La primera consiste en aceptar los prejuicios griegos tal como vienen y retratar a los persas como un pueblo cobarde e incompetente que, de un modo inexplicable, conquistó el mundo. La segunda es condenar todo aquello que los griegos escribieron sobre Persia en tanto que manifestación de racismo, eurocentrismo y toda una serie de crímenes del

pensamiento que debemos apartar a patadas. La tercera, y la más productiva, consiste en explorar hasta qué punto las malas interpretaciones que los griegos hicieron del gran enemigo reflejan la verdad, aunque distorsionada, de cómo los persas vivían y veían su mundo. Este último enfoque es el que, con resultados espectaculares, ha adoptado un conjunto formidable de académicos durante los últimos treinta años. Gracias a ellos, un imperio ha vuelto a la vida, redimido del olvido, y se ha vuelto tan sólido que, en palabras de un historiador, se trata de «algo que puedes tropezar con el dedo del pie».[23] Como despliegue de resurreccionismo, es digno de figurar junto al descubrimiento de la tumba de Tutankamón.

Sin embargo, los persas siguen cubiertos por un velo muy opaco, lo cual, por otra parte, tal vez no sorprenda: no ha habido máscaras mortuorias que le presten un rostro dorado a este descubrimiento, sino sólo volúmenes y revistas académicas. Incluso más que el de Grecia, el estudio de Persia depende de una criba minuciosa de todo el material disponible, de un análisis sumamente minucioso de las fuentes, de la cautelosa valoración entre inferencias y alternativas. Se trata de un campo en el que casi cada detalle puede discutirse, y ciertos temas, como el ejemplo notorio de la religión de los reyes persas, se convierten en pantanos tan traicioneros que se ha tenido noticia de eminentes académicos que palidecen ante la perspectiva de tener que adentrarse en ellos.

Los tontos se apresuran a entrar allí donde los ángeles temen poner pie pero, aun así, espero que mi intento de tender un puente entre el mundo académico y el del público general no acabe pareciendo una empresa tan vanidosa como el puente de más de tres kilómetros que, para burla y horror de los griegos, Jerjes mandó construir entre Asia y

Europa. Es menester advertir a los lectores que muchos de los detalles a partir de los cuales se ha elaborado la narrativa de este libro son ambiguos y todavía se discuten con ferocidad, y que la súbita aparición de algún número en el texto, suspendido como una mosca sobre el estiércol, suele indicar que hay una aclaratoria en una nota al final. Con todo, aunque no podamos lograr una reconstrucción definitiva de un período tan remoto, lo que más sorprende no es nuestra ignorancia, sino el propio hecho de que se consiga hacer el intento. Con este libro he querido aportar algo más que una mera narrativa; mi ambición, al seguir los pasos del propio Heródoto, ha sido pintar el panorama de todo un mundo abocado a la guerra, que incluía tanto a Oriente como a Occidente. El lector visitará Asiria, Persia y Babilonia antes que Grecia; leerá antes sobre el surgimiento de la primera monarquía global que a propósito del militarismo espartano o la democracia ateniense, y sólo a mitad del libro se embarcará en el relato de las propias guerras médicas. Que una historia que tradicionalmente se ha relatado desde un solo ángulo pueda verse ahora, aunque con cierta opacidad, desde un punto de vista diferente, espero baste como justificación para haber intentado completar un nuevo relato de aquellas guerras, de por qué y quiénes las combatieron, realizado a partir de fragmentos de hallazgos dispersos y ambiguos. Después de todo, se trata de una épica tan potente y extraordinaria como la que pueda hallarse en la literatura antigua, y una épica que, además, a pesar de todos los imponderables, no está hecha de mitos sino de la materia misma de la historia.


The Persian Empire
SCYTHIA
THRACE
Danube
Hellespont
BLACK SEA
IONIA
LYDIA
Sardis
Miletus
Halicarnassus
CARIA
PHRYGIA
Halys
CILICIA
Syrian Gates
ROYAL ROAD
MEDITERRANEAN SEA
CYPRUS
Sidon
Tyre
SYRIA
PHOENICIA
JUDAEA
Jerusalem
Pelusium
EGYPT
ASSYRIA
MESOPOTAMIA
ARMENIA
CASPIAN SEA
MEDIA
ZAGROS MOUNTAINS
Ecbatana
Bisitun
Susa
ELAM
BABYLONIA
Babylon
ARABIA
RED SEA
PERSIAN GULF
PERSIA
Pasargadae
Persepolis
CARMANIA
ARACHOSIA
BACTRIA
ARAL SEA
SOGDIANA
Cyropolis
HINDU KUSH
GANDHARA
INDIA


Greece and the Aegean
THRACE
MACEDONIA
Myrcinus
Mt. Olympus
Tempe
Mt. Athos
Abydos
Troy
Hellespont
CHERSONESE
AEGEAN SEA
MAGNESIA
THESSALY
Sciathos
AEGEAN SEA
MOUNT OETA
Thermopylae
DORIS
EUBOEA
Delphi
MOUNT PARNASSUS
Chalcis
Eretria
BOEOTIA
Thebes
Plataea
ATTICA
Athens
Megara
Corinth
Salamis
Aegina
PELOPONNESE
Olympia
Argos
Tegea
Troezen
MESSENIA
Sparta
LACEDAEMON
Phocaea
Sardis
LYDIA
Samos
IONIA
Miletus
Delos
Naxos
CARIA
Halicarnassus
N
1000 meters
0
100 km
0
50 miles

CAPÍTULO 1

La Gran Ruta del Jorasán

Maldita sea la ciudad sangrienta

Una vez que los dioses hubieron desdeñado la idea de crear un mundo plano, lo dividieron en dos, o eso creían los habitantes de los Zagros, la gran cadena montañosa que separa el Creciente Fértil de la alta meseta iraní. Aunque se tratara de un territorio amenazador, no era imposible cruzar aquellos montes: a través de ellos discurría el camino más famoso del mundo, la Gran Ruta del Jorasán, que se extendía desde los confines orientales hasta el oeste de la región, uniendo el sol naciente y el poniente. A medida que ascendía por los montes, serpenteando junto a los cauces de los ríos, abriéndose paso entre cumbres y acantilados, la ruta se convertía en poco más que un sendero estrecho pero, aun así, no dejaba de parecer milagrosa a quienes la recorrían. En general, se creía que sólo una deidad caritativa podía haber concebido una maravilla tal, aunque cuál había sido aquella deidad o cuándo había creado la ruta eran cosas que nadie sabía con exactitud.[*] No cabía duda, sin embargo, de que era muy antigua: tal vez, al decir de algunos, fuese tan antigua como el tiempo mismo. A lo largo de siglos incontables, una gran cantidad de viajeros, entre los

que se podían contar nómadas, caravanas e incluso ejércitos de reyes conquistadores, había recorrido la Gran Ruta del Jorasán.


Mesopotamia and Iran
ARMENIA
Halys
MEDIA
ZAGROS MOUNTAINS
CASPIAN SEA
KHORASAN HIGHWAY
BACTRIA
Nineveh
Nimrud
Ashur
ASSYRIA
MESOPOTAMIA
Euphrates
SYRIA
CYPRUS
MEDITERRANEAN SEA
BABYLONIA
Tigris
Babylon
Ecbatana
Bisitun
Sikyavautish
Susa
ELAM
PERSIA
Persian Gates
Pasargadae
Persepolis
CARMANIA
PERSIAN GULF
N
1000 meters
0
500 km
0
250 miles

Un imperio en particular, cuyo nombre había sido, durante siglos, sinónimo de victorias crueles y despiadadas, solía enviar a la zona montañosa expediciones, las cuales, en sus repetidos alardes de ferocidad, acabarían por teñir los montes de carmesí, como «lana empapada en sangre».[1] Los asirios, que por aquel entonces habitaban las llanuras aluviales de lo que hoy en día es el norte de Iraq, llevaban una vida sedentaria, pero para sus reyes, señores de la guerra que habían llevado el terror y la destrucción a lugares tan distantes como Egipto, más que una barrera, los montes Zagros constituían un reto. Defensores y dueños de una civilización esplendorosa y altiva, colmada de lujosos palacios, jardines y canales, los reyes de Asiria también habían considerado siempre su deber aplastar la resistencia en el territorio indómito que se extendía más allá de sus fronteras. Una vocación que, debido a la naturaleza de la región, resultó no tener límites. Con todo, los asirios no lograron someter a las tribus montañesas ni siquiera echando mano de la incomparable maquinaria de guerra de la que disponían. Algunos de los habitantes de los Zagros se habían aferrado a los picos de los montes como si fuesen pájaros, o bien acechaban en lo profundo de los densos bosques, en lugares tan recónditos que sólo conseguían alimentarse de bellotas, convirtiéndose de aquel modo en salvajes, apenas dignos de la atención de los reyes. Sin embargo, mediante incursiones regulares, también a estos salvajes se les podía enseñar a temer el nombre de Asiria y a dotarla del botín humano del que la grandeza del imperio dependía cada vez más. Así, una y otra vez, los expedicionarios volvían de los montes a sus llanuras nativas, a las ciudades sagradas de Nínive, Nimrud y Assur, trayendo consigo filas de prisioneros desnudos y apersogados. La costumbre de desplazar pueblos enteros a través del imperio iba prosperando cada vez

más en los asirios, que solían trasladar al enemigo derrotado a las tierras de algún otro pueblo vencido para que habitara en las casas de quienes, de igual modo, ya habían sido desplazados, para que separase las hierbas de los escombros o cultivase los campos abandonados y renegridos de humo.

Tácticas como aquéllas habían surtido finalmente efecto, de modo que, a finales del siglo VIII a. J. C., toda la extensión de la Gran Ruta del Jorasán se había anexionado de modo formal al imperio y se encontraba bajo el mando de un gobernador asirio. «Arrastrándose vinieron a mí, pues buscaban proteger sus vidas», alardeaba Sargón II, el mayor rey de Asiria: «Al saber que, de otro modo, habría destruido sus murallas, se postraron ante mí y me besaron los pies.»[2]

Sin embargo, los prisioneros no constituían la única fuente de riqueza que podía hallarse en los Zagros, cuyos valles, a diferencia de las cumbres salvajes y boscosas, eran famosos por sus pastos, ricos en tréboles. A lo largo de los siglos, aquellas llanuras habían ido atrayendo a un número cada vez mayor de tribus, que se llamaban a sí mismas «arias»: tribus formadas por nómadas que venían del este de la meseta[3] y se dedicaban a la cría de caballos. De hecho, incluso después de haberse asentado, estos nuevos pobladores conservaban muchas de las costumbres de sus antepasados, por lo que acabaron llenando los valles de su nueva tierra de rebaños de ganado de larga cornamenta, además de seguir prefiriendo, cuando era posible, ir a caballo. Por su parte, los asirios, que no criaban caballos, referían su asombro ante las caballadas de los Zagros, a sus «innúmeros corceles»,[4] de los cuales el ejército asirio solía apropiarse, a modo de tributo, con relativa facilidad. Y es que los mejores caballos, según la opinión universal, eran los caballos de los medos, una confederación de diversas

tribus arias que, de modo muy ventajoso, se habían establecido a lo largo de la Gran Ruta del Jorasán. No sorprende, pues, que los asirios acabaran apoderándose de la región. El dominio de Media[5] no sólo les facilitaba el control de la ruta de comercio más importante del mundo, sino que iba a permitir a su ejército lograr una velocidad tan novedosa como letal. Ya en el siglo VIII a. J. C., la caballería se había convertido en un elemento de vital importancia para los asirios a la hora de mantener la supremacía militar. Era por eso que el tributo de los caballos que venían de los Zagros se había convertido en el sustento vital de su grandeza: la mina de plata más rica no podía resultar tan preciosa para los asirios como las caballadas de los Zagros.

Sin embargo, en la propia hegemonía asiria se encontraban las semillas de su caída. Los montes estaban poblados por una mezcolanza de pueblos variopintos, tanto arios como aborígenes, y aunque incluso los medos se hallaban gobernados por un grupo de caudillos de medio pelo, la ocupación militar, que había impuesto una unidad en la región, comenzaba también a provocar la alianza de las diversas tribus. Hacia el año 670 a. J. C., bajo la amenaza del tenebroso líder de una liga meda oficial, la posición de los asirios sobre los Zagros comenzaba a decaer de manera alarmante. Los tributos empezaban a disminuir a medida que recolectarlos se convertía en un reto mayor, mientras que las revueltas prendían y se extendían. Durante las décadas siguientes, los escribas al servicio de los reyes asirios, empleados en mantener un registro de las victorias de sus amos, dejarían de mencionar a los medos por completo.

Este silencio encubría una realidad ominosa. En el año 615 a. J. C., un rey de nombre Ciaxares, que se declaraba soberano de todos los jefes de los clanes medos, se alió con otros súbditos rebeldes y movilizó las tropas desde sus for-

talezas hasta el frente oriental de los asirios. Esta erupción súbita de hombres venidos de las montañas iba a resultar devastadora, y al cabo de apenas tres años de campañas tendría lugar lo inconcebible: Nínive, la fortaleza más grande del imperio asirio, sería tomada por asalto y devastada. Para sorpresa —y júbilo— de los pueblos súbditos del imperio, la «ciudad sangrienta» había quedado pulverizada bajo los cascos de la caballería meda. «Jinetes a la carga, espadas centelleantes y lanzas relucientes, huestes de ajusticiados y pilas de cadáveres, cuerpos exangües sin fin: los jinetes los pisotean».[6]

Cuatro años bastaron para que no quedase resto del coloso asirio que durante tanto tiempo había mantenido el Próximo Oriente bajo su sombra. Naturalmente, los restos del botín fueron a parar a manos de los vencedores, por lo que Media se elevó, de modo abrupto, al rango de gran potencia, tomando el control de la franja norte del imperio sometido, mientras que sus reyes, que ya habían dejado de ser unos caudillos insignificantes, podían ahora dedicarse a ocupaciones más propias del estatus recién adquirido, como por ejemplo imponerse a la fuerza en los alrededores y pelearse con otras grandes potencias. En el año 610 a. J. C., los medos arrasaron el norte de Siria, quemando y saqueando todo lo que encontraban a su paso; en el año 585, entraron en guerra con los lidios, un pueblo asentado al oeste de la actual Turquía, y sólo un eclipse solar lograría persuadir a ambos bandos de retirarse por fin del campo de batalla. En una tregua apresurada se establecería el Halis, un río que fluía a mitad de camino entre Media y Lidia, como límite entre los imperios rivales, de modo que durante los siguientes treinta años se mantendría la paz y el equilibrio de poder en el Próximo Oriente.[7]

Sin embargo, el nuevo rey de Media, Astiages, no tenía intención alguna de colgar la silla de montar, y puesto que no había guerra con otros imperios que lo distrajese, pudo centrar su atención en las regiones al norte y al este de su reino, que se encontraban alejadas del escenario de batalla del Creciente Fértil. Astiages seguía los pasos de los reyes asirios, que habían inculcado en los salvajes de más allá de las fronteras el temor al nombre real,[8] y por ello lideró una expedición a las tierras baldías de Armenia y lo que hoy es Azerbaiyán. Pero las tradiciones de las grandes monarquías del Próximo Oriente, tan ajenas a las del propio pueblo de Astiages, todavía nómada y semitribal, también parecían espolear las ambiciones del rey medo en otros sentidos. Después de todo, no podía esperarse que un mandatario de la estatura de Astiages, no menos poderoso que el rey de Lidia o el faraón de Egipto, gobernase su tierra desde un campamento. Astiages tenía que poseer aquello que los monarcas de territorios más antiguos siempre habían dado por sentado (palacios, tesoros, una capital poderosa). Las pruebas de su magnificencia se convirtieron entonces en oro y bloques de piedra.

Los viajeros que alcanzaban la cima de los montes a través de la Gran Ruta del Jorasán podían observar, a la entrada de la meseta irania que se encontraba ante ellos, una visión digna de la épica más fabulosa: un palacio erigido en el centro de siete murallas resplandecientes, cada una pintada de un color distinto, recubiertas las almenas de las dos murallas más cercanas al interior de láminas de plata y oro. Se trataba de Ecbatana, la ciudadela de los reyes medos, que se había convertido en encrucijada del mundo al cabo de apenas un siglo de su fundación[9]. Además de regir el comercio entre Oriente y Occidente, Ecbatana también le otorgaba a su señor el dominio de los montes Zagros en su

totalidad y le permitía mandar sobre lo que había más allá. Se trataba, pues, de una construcción alarmante, en especial ante los ojos de los jefes de los clanes medos, puesto que la mayor garantía de su libertad frente a la intrusión real y las luchas internas entre las facciones del reino había sido siempre la inaccesibilidad de sus feudos, que sin embargo se encontraban cada vez más subordinados a la corte de Astiages. Antaño, antes de la construcción de las policromas murallas del palacio, Ecbatana había sido un campo abierto, un lugar de libre encuentro para las tribus, función que se había preservado en el significado de su nombre: «lugar de encuentro». Pero aquellos días pertenecían ya al pasado, y los medos, que durante tanto tiempo habían luchado para librarse de los déspotas de Nínive, se encontraron sujetos a un despotismo más cercano a casa.

No sorprende que las siguientes generaciones recordaran a Astiages como un ogro, ni tampoco que cuando intentaban explicar cómo habían perdido la libertad, los medos identificaran Ecbatana como un símbolo de esclavitud y como su origen.[10]

Rey del mundo

A pesar de las pruebas de su grandeza, se rumoreaba que Astiages vivía obsesionado por las profecías de un destino aciago: lo atormentaban sueños extraños que le advertían de su caída y de la destrucción de su reino. Y tal era el valor que los medos atribuían a las visiones de este tipo que existía toda una casta, los magos, sólo para adivinar lo que aquellas señales pudiesen significar. Diestros en el arte de mantener a raya a la oscuridad, estos expertos en ritos proporcionaban una tranquilidad vital a sus conciudadanos.

Porque para los medos, un pueblo unido y devoto, la sombra acechaba incluso detrás de la luz más brillante, al tiempo que, según los magos, el mundo entero daba testimonio de aquella verdad. Si hubiese sido posible encender un fuego que ardiese durante toda la eternidad, de todas formas no habría existido lugar alguno, ni siquiera junto a la fuente más fresca, ni en la cima del pico más elevado, donde la pureza de sus llamas no se viese amenazada por la corrupción. La creación era fuente de oscuridad del mismo modo que traía la luz del día; escorpiones y arañas, serpientes y hormigas, todos reptaban y se agitaban como excrecencias visibles de una sombra universal. De modo que, así como el deber de los magos era matar a aquellas criaturas allí donde las encontrasen, también era menester proteger los sueños del pueblo de las sombras que los oscurecían. Y ello era sobre todo necesario cuando se trataba de las pesadillas de un rey. «Porque dicen que el aire está lleno de espectros, que circulan con el aliento, y que se introducen en la mirada de aquellos que tienen una visión penetrante.»[11] La majestad, como el fuego, requería una atención esmerada.

A muchos tiene que haberles parecido poco plausible que un reino tan poderoso como el de los medos, a un siglo escaso de su ascensión a la independencia y a la gloria, pudiese volver a encontrarse postrado y sujeto a la dominación extranjera. Pero como los propios medos tenían buenas razones para saber, tal era el ritmo fatídico de las luchas de poder en la región: grandes imperios surgían, grandes imperios caían. Ningún reino, ni siquiera el asirio, había podido aplastar a todos aquellos que deseaban verle destruido. En el Próximo Oriente, los predadores acechaban por doquier, olisqueando la debilidad en el aire, esperando su oportunidad para dar el golpe. De modo que desaparecían estados antiguos y nuevos estados tomaban su lugar, al

tiempo que los cronistas, mientras registraban la ruina de los imperios que antes habían celebrado, podían encontrarse de pronto describiendo pueblos extraños, hasta ese momento desconocidos.

Al igual que los propios medos, muchos de aquellos pueblos eran arios, es decir, nómadas que habían dejado poca huella de sus migraciones en los registros de la época. En el 843 a. J. C., por ejemplo, los asirios habían llevado a cabo una campaña en las montañas al norte de su reino contra una tribu llamada Parsua; dos siglos más tarde, un pueblo de nombre muy similar se asentaría muy al sur, en las ruinas del venerable reino de Anshan, entre la vertiente meridional de los Zagros y las calurosas tierras costeras del golfo. Sin embargo, ningún cronista podía asegurar que se tratase del mismo pueblo.[12] Por su parte, sólo una vez que hubieron echado raíces y hubieron asimilado algo de la cultura del pueblo que habían desplazado, los recién llegados empezarían a tener derecho de existencia en la conciencia de sus vecinos más sedentarios. Estos nativos, reticentes a cambiar una costumbre de siglos, habían continuado refiriéndose a la región como lo habían hecho siempre, pero era natural que los invasores prefirieran bautizar la nueva tierra que habitaban de acuerdo con el nombre de su propia tribu. De modo que lo que alguna vez había sido Anshan, pasó gradualmente a conocerse por un nombre muy distinto: Paarsa, Persia, la tierra de los persas.[13]

En el 559 a. J. C., cuando Astiages aún reinaba en Media, llegó al trono de aquel nuevo reino persa un joven llamado Ciro, entre cuyos atributos se contaban una nariz ganchuda, una ambición inmensa y una capacidad ilimitada de gobernar. Según parecía, Ciro había destacado en cuanto a grandeza incluso antes de nacer; si se han de creer las historias que por entonces circulaban, era Ciro quien, según la

profecía, iba a provocar la decadencia del esplendor medo. Se suponía que Astiages lo había visto todo en un sueño en el que su hija, Mandane, orinaba una corriente dorada que fluía sin detenerse hasta que Media quedaba anegada por completo. Cuando, al día siguiente, el rey relató su sueño, los magos que debían interpretarlo empalidecieron y le advirtieron que cualquier hijo que Mandane tuviese estaba destinado a poner en peligro el trono medo. Con gran premura, y en la esperanza de vencer así al mal agüero, Astiages casó a su hija con un vasallo persa, el príncipe de un reino insignificante y poco desarrollado. Pero una vez que Mandane quedó preñada, Astiages tuvo un segundo sueño: ahora veía salir de entre las piernas de su hija una vid que no dejaba de crecer hasta que toda Asia se encontraba a su sombra. Presa del pánico, Astiages esperó entonces a que su nieto naciese, y de inmediato dio orden de asesinar al niño. Pero como ocurre invariablemente en este tipo de historias, la orden quedó incumplida y el bebé fue abandonado en la ladera de un monte, donde lo descubrió el pastor que lo iba a criar. No obstante, según algunos, no fue un pastor sino un bandido, o incluso una bruja que, como era de esperar, tenía los pechos llenos de leche. Fuesen cuales fuesen los detalles exactos, la índole milagrosa de una crianza como aquélla anunciaba un futuro prodigioso para el niño expósito y así resultó ser. Ciro sobrevivió, prosperó y, cuando hubo alcanzado una madurez espléndida, su natural bonhomía acabó valiéndole el trono persa. Fue así cómo todos los ardides de Astiages se vieron frustrados y el imperio medo alcanzó su aciago destino.

O eso cuentan las leyendas. Está en la naturaleza de los grandes hombres el dar lugar a historias increíbles, y es posible que las primeras pruebas del destino de Ciro no fuesen tan manifiestas como los persas afirmarían más tar-

de.[14] Con todo, dudas aparte sobre la existencia previa de tales profecías, el potencial de Ciro bastaba para asustar a Astiages: al cabo de seis años de vigilar a su nieto en el trono persa, el rey medo, amo y señor de todos los Zagros, receloso de cualquier vasallo que demostrase tener algún vuelo, decidió que Ciro era demasiado hábil y peligroso como para permitirle reinar durante mucho tiempo. De modo que en el 553 a. J. C., Astiages movilizó a su caballería más temible y atacó el sur, donde los persas, aunque superados en número, resistieron con ferocidad. Se cuenta que cuando la rendición parecía ya inminente, incluso las mujeres se lanzaron a batallar, alentando a Ciro y sus guerreros para que siguiesen peleando. Este conflicto, que durante tres años convulsionaría los Zagros, de repente llegó a su fin en el 550 a. J. C. Esto pareció tomar por sorpresa incluso a los dioses, que entonces empezaron a aparecerse en los sueños de los reyes vecinos para divulgar la noticia: «Ciro ha dispersado las grandes tropas de los medos con su pequeño ejército, y ha capturado a Astiages, rey de los medos. Y lo ha llevado a su país como prisionero.»[15] Desde la caída de Asiria no se había tenido noticia de un vuelco del destino de tal magnitud.

¿Cómo había ocurrido? En efecto, Ciro había demostrado ser un oponente férreo e indomable, y lo mismo habían demostrado sus súbditos persas, un pueblo tan curtido por la pobreza que había soportado, sin quejarse, las penurias más severas, llegando al notorio extremo de usar pantalones de cuero. Sin embargo, Astiages, que contaba con todos los recursos de un imperio poderoso, seguro que habría triunfado de no haber sido apuñalado por la espalda. La historia de esta traición era extraña y, a medida que pasaban los años, las versiones de ésta se volvieron cada vez más fantásticas y grotescas; no obstante, sobre su esencia no cabía du-

da: Harpago, comandante de la armada meda y jefe entre los jefes de clanes, había desertado para ofrecer su apoyo a Ciro, erigiéndose en comandante de una rebelión interna en medio de la lucha, y tomando a Astiages como prisionero. Pero ¿a qué se debía aquella deslealtad? Según la historia, Harpago no sólo era pariente cercano de Astiages, sino que se hallaba también unido al rey de Persia por una causa terrible. Según los medos, había sido Harpago el encargado de dar muerte al infante Ciro, una tarea que sólo había fingido llevar a cabo. Cuando la verdad salió a la luz años después, se rumoreaba que Astiages había incurrido en la venganza más sangrienta al asesinar al hijo de Harpago, que luego, desmembrado y haciéndolo parecer un cordero, había servido a su confiado padre. En cuanto a Harpago, una vez que se hubo comido a su propio hijo, se había tragado también el insulto, por lo que siguió siendo un servidor leal y escarmentado de su rey. O eso había hecho parecer. Y sin duda, lo había fingido de un modo convincente, puesto que al estallar la guerra contra los persas, Astiages le otorgó a Harpago el mando supremo de sus tropas. Lo cual no sólo no fue una gestión inteligente de sus recursos humanos sino que, de hecho, resultó tan imprudente como para calificarlo de palpable absurdo.

Entonces, ¿cómo pudo creerse alguna vez esta historia increíble? ¿Tal vez en el juego de sombras de la inverosimilitud y los rumores podía, sin embargo, vislumbrarse un ligero indicio de la verdad? La relación de parentesco entre Astiages y Ciro de alguna manera reflejaba los vínculos cercanos, tanto culturales como de sangre, que siempre habían unido a persas y medos. Después de todo, ambos pueblos eran arios y, para un ario, sólo los *anairya* (no arios) eran extranjeros. De hecho, si algún cortesano medo sufría de nostalgia, le bastaba con girar la vista hacia el sur para revi-

vir lo mejor de los tiempos pasados. Al igual que sus primos medos, los persas eran gentes nómadas de espíritu y su país, «rico en buenos caballos y en hombres buenos»,[16] seguía siendo una confederación de clanes diversos al mismo tiempo que un estado. A pesar de ser el «rey de Anshan», Ciro también había reclamado el trono en virtud de su estatus de caudillo más grande de su pueblo, puesto que era el jefe de los aqueménidas, familia que lideraba a los pasargadas, que a su vez era la tribu persa más importante. Señor de los severos rituales de la corte del Próximo Oriente tanto como de los fieros jinetes que cabalgaban a cielo abierto, de ciudades antiguas tanto como de las colinas y las llanuras, del futuro de los persas tanto como de los recuerdos y costumbres de su pasado, Ciro se complacía en jugar todos estos papeles y más. Como resultado, Persia había evitado durante largo tiempo las tensiones, que sí afectaban a Media, entre un rey que no tenía demasiada paciencia respecto a las estructuras tribales de la tradición de su pueblo y la nobleza, que todavía se definía por aquellas tradiciones. Esto no pasaba desapercibido a los jefes de los clanes medos, víctimas de las ambiciones autoritarias de Astiages, de manera que, con el tiempo, el contraste entre su rey y Ciro debió de haberse ido pronunciando cada vez más ante los ojos de dichos jefes, y es casi seguro que fue aquello lo que persuadió a Harpago de dar un paso tan crucial. «Y que ahora los medos, sin culpa alguna, de señores se habían convertido en esclavos y los persas, antes esclavos, se habían convertido en señores.»[17] Al marchar sobre Ecbatana, Ciro obtuvo la recompensa que merecían su moderación, agudeza y encanto.

De hecho, la sutileza de su actitud ecuánime no desapareció después de esta primera gran victoria. Si bien los reyes de Asiria habían llevado los derechos tradicionales de la

conquista al nivel de la barbarie y habían ordenado crueldades inenarrables para el enemigo vencido, Ciro, sin duda movido tanto por sus cálculos como por su temperamento, prefirió actuar con piedad. Una vez que hubo atraído a un segmento considerable de la aristocracia meda a su campo, se resistió a la tentación de tratar como esclavos a quienes, después de todo, eran sus compatriotas. Incluso Astiages, en lugar de ser despellejado, empalado o convertido en alimento para las bestias, acabó en un retiro principesco. Es cierto que el tesoro real fue vaciado y que sus contenidos se trasladaron a Anshan pero, con todo, a Ecbatana se le ahorró el destino que había sufrido Nínive. Ciro no tenía intención de destruir la ciudad mejor situada en términos estratégicos de todos los Zagros, y también la más agradable, porque si bien durante el invierno el frío era brutal y la ventisca impedía trasladarse, en verano, cuando las tierras bajas de Persia ardían en altas temperaturas, Ecbatana era un paraíso de verdor y aire claro y luminoso, en cuyo fondo se veían los picos de las montañas, todavía decorados de nieve refrescante, cubiertas las cuestas al pie de las murallas de huertos y jardines. Así que la ciudad no sólo siguió siendo la capital de Media, sino que durante los bochornosos meses de verano se convertía en la capital de hecho del imperio entero de Ciro. Por ello, no sorprende que los medos fuesen capaces de sentirse, si no exactamente iguales a sus conquistadores, al menos sí como socios en la gran aventura del nuevo reinado.

Y aquella aventura, como los eventos iban a revelar con vehemencia, apenas había comenzado. La caída de un rey como Astiages tenía que resultar una onda de choque que se extendiera a través de todo el Próximo Oriente. No era sólo el imperio de los medos lo que se había visto reducido a escombros. Con él había caído el orden mundial de las úl-

timas décadas. De repente todo parecía posible. Las grandes potencias vecinas, aún incapaces de tomarse demasiado en serio a los persas, empezaron a preguntarse qué beneficios podrían estar aguardándoles. De modo que, en el 547 a. J. C., Creso, el rey de Lidia, dispuesto a averiguarlo, cruzó el río Halis con un gran ejército. Ciro, que descendía de los Zagros, se apresuró a darle encuentro bajo la mirada de las ciudades asirias devastadas, convertidas en poco más que polvo y montones de lodo, testigos mudos de la precariedad del poder. Sin embargo, una lección como aquélla podía servir de advertencia a la par que ser fuente de inspiración para un hombre ambicioso, y Ciro, aunque ya estaba a punto de poner fin a la estación de las campañas, siguió avanzando con premura, con la esperanza de enfrentarse a Creso. Al igual que cuando los lidios se habían encontrado con los medos, se acabó librando una batalla indecisa, pero esta vez no hubo eclipse que trajera consigo el final de la lucha. En lugar de eso, y mientras el invierno se aproximaba, Creso se retiró a la capital, Sardes, sin imaginar que Ciro se atrevería a seguirlo, puesto que la ciudad se encontraba tan lejos hacia al oeste que el Egeo quedaba a tres días más de camino, es decir, a una distancia inmensa de la frontera meda. Pero los persas no se retiraron. Desafiando las cortantes temperaturas, le siguieron el rastro a Creso, a quien acechaban sin advertirle de su presencia para permitir que éste tuviese tiempo de despedirse de sus aliados y que sus reclutas rompieran filas. Una vez que Sardes se encontró desprotegida, Ciro atacó. En medio de la sorpresa, Creso intentó reunir las tropas que le quedaban para librar una batalla desesperada, en la que los lidios arriesgaron todo lo que les quedaba en una carga de caballería final. Pero lo siguiente fue el asalto a Sardes y la captura del propio Creso. El efecto sísmico de aquellos eventos, sin embargo, apenas se no-

taría en el lacónico relato que de ellos se hizo en el lejano Creciente Fértil: «[Ciro] derrotó al rey [de Lidia], se hizo con sus posesiones y estacionó su propia guarnición allí.»[18] Pero dentro del propio imperio lidio, las noticias de la caída de Creso irrumpieron con tal estrépito que, según se contaba, a la sacerdotisa de un templo le había crecido la barba del susto. Y esto bien podría haber ocurrido porque en un espacio de seis años, los persas, tan reducidos en número, habían pasado de ser un pueblo atrasado y desconocido a convertir su reino en la potencia más grande del mundo.

Con todo, la victoria no había sido sólo de ellos. Sin duda, la caballería meda, perfectamente equipada para una campaña invernal con sus abrigos de piel de oveja y sus montaraces caballos, había desempeñado un papel muy importante, al igual que los generales medos. Pero de todos los consejos que Ciro había recibido durante la campaña, el mejor había sido el de Harpago, quien le había sugerido, justo antes del último ataque de la caballería lidia, que colocase los camellos de carga en la línea del frente persa. Ciro, diligente, había dado la orden, y los caballos lidios, perplejos por el hedor desconocido, se habían dado a la huida, ante lo cual los persas habían ganado la batalla. Tal vez no sorprendiera entonces que Ciro, satisfecho por la victoria, buscase la conciliación con los lidios, del mismo modo que antes había animado a los medos a sumársele, a pesar de que los nuevos súbditos fuesen *anairya.* A Creso, al igual que a Astiages, se le perdonó la vida y se le permitió acceder al entorno cercano del conquistador, mientras que el maravilloso tesoro de Sardes se mantuvo en la ciudad, e incluso se encargó la recolección de los tributos a algunos nobles nativos. Los lidios, empero, sorprendidos por la magnanimidad de Ciro, la tomaron por debilidad, y apenas éste

hubo marchado a Ecbatana, los mismos aristócratas en los que había confiado, y a cuyo cargo había dejado el tesoro, se alzaron en una revuelta. Un error de cálculo fatal porque Ciro, viéndose amenazado por lo que, con justicia, consideraba la ingratitud y la traición más mezquinas, respondió con una expedición brutal. Tropas nuevas, con nuevas órdenes, partieron con rapidez de Ecbatana, y esta vez no hubo clemencia. Los persas, siguiendo órdenes, mostraron en esta ocasión su dominio de los métodos más tradicionales de pacificación: las ciudades se vieron arrasadas, los líderes rebeldes fueron ejecutados y sus seguidores se convirtieron en esclavos. Todo ello según las instrucciones del rey de Persia.

Pero Ciro, aunque se viese obligado a demostrar su capacidad represiva, no había olvidado los fundamentos de la política imperial. Los medos, a diferencia de los lidios, todavía podrían gozar de alguna vinculación con el deslumbrante nuevo orden. De modo que Harpago, el más valioso servidor extranjero de Ciro, siguió rumbo al oeste para tomar el control de las fuerzas persas. Así, cosechando las oportunidades que nunca habría tenido si hubiese permanecido fiel a Astiages, el jefe de un clan de los Zagros llegó a Lidia ostentando el título espléndido de «Generalísimo del Mar»,[19] cargo que supo mantener con una eficiencia feroz. Apenas había terminado con los lidios cuando ya estaba intentando llevar sus estandartes hasta las lindes de Asia, a las orillas del «mar Salobre»,[20] el propio Egeo. Allí, dispersas a lo largo de la costa, se encontraban las prósperas y tentadoras ciudades de un pueblo que los persas llamaban «yauna», los jonios,[*] pueblos que habían emigrado hacía siglos desde Grecia, pero que habían seguido siendo griegos de una manera tan decidida y tan desafiante como cualquiera de sus compatriotas del otro lado del Egeo. Sin

embargo, también eran tan pendencieros que no pudieron oponer un frente unido, por lo que fueron una presa fácil para Harpago que, ciudad tras ciudad, los subyugó a todos brutalmente. De hecho, su reputación se había vuelto tan amenazante que muchos jonios, antes que someterse al mandato persa, optaron por la huida a través del mar y emigraron a Sicilia o a la península itálica. Una ciudad, Focea, evacuó a la población entera, «mujeres, niños, propiedades que pudiesen transportarse, de hecho, todo… dejando a los persas poco más que una cáscara vacía para que éstos tomasen posesión».[21] Una sombra oscura se había apoderado ya de la imaginación jonia y, durante largo tiempo, el recuerdo de la llegada de Harpago iba a ensombrecer hasta los momentos de alegría más íntimos:

> Éstas son las cosas de las que hay que conversar junto al fuego, en el invierno, confortablemente reclinado, bebiendo vino dulce y comiendo frutos secos: «Dime quién eres, amigo, y de dónde vienes; qué edad tienes, compañero, y cuántos años tenías cuando la invasión de los medos.»[22]

Y nótese que no pregunta «cuántos años tenías cuando la invasión de los persas», porque tal había sido la perplejidad que Harpago produjo en los jonios que éstos, incluso al someterse a sus nuevos señores, no sabían con precisión de quiénes se trataba. Más tarde, al referirse a los persas, los griegos invariablemente hablarían de «los medos», confusión que apenas sorprende. Al fin y al cabo, ¿qué relevancia podía tener la complejidad étnica de los Zagros para un pueblo tan alejado de ellos? Que las ciudades del mar occidental se encontrasen sujetas a un reino del que apenas habían oído hablar señalaba el comienzo de una época nueva

e inquietante. El mundo parecía haberse encogido de pronto: nunca antes la trayectoria de un solo hombre había sido tan extensa y, sin embargo, lejos de vanagloriarse de sus logros, Ciro permanecía incansable, siempre ávido de conquistas. No obstante, debido a la magnitud de sus victorias en Lidia, no dejaba de imaginar y temer las amenazas que acechaban a sus espaldas. De modo que al volver de Sardes, Ciro fijó la atención en Oriente, consciente de que quien ignorase lo que se extendía más allá de aquel horizonte, incluso si se trataba del conquistador más brillante, podía acabar descubriendo que su grandeza se había edificado sobre arenas movedizas. Ningún reino podía estar completamente a salvo si aún podía temer la devastación y el pillaje de las tribus nómadas, el estruendo de los cascos a través de la llanura irania. ¿Quién podía saberlo mejor que un persa que descendía, él también, de nómadas?

Y así fue cómo Ciro, que había desdeñado acabar en persona con la revuelta lidia, tomó en cambio el camino contrario desde Ecbatana, siguiendo la Gran Ruta del Jorasán hacia el este,[23] en lo que tanto para los persas como para los medos constituía un viaje a su pasado, hacia las tierras legendarias de sus ancestros, «ricas en pasto y aguas… la morada del ganado»,[24] donde todo parecía tener una escala más épica, donde las llanuras eran más vastas y las montañas tocaban el cielo. Subiendo con esfuerzo hasta avistar el macizo del Hindu Kush, Ciro se había encontrado finalmente con el amanecer sobre los picos de Asia central, con «el carro sol tirado por veloces caballos; que en dorado gesto se apodera ante todo de las hermosas cumbres y, desde allí, observa la morada de los arios con ojo benéfico».[25] Aunque los persas la hubiesen abandonado al emigrar hacía tanto tiempo, aquella «morada de los arios» no había dejado de ser el feudo de algunos nobles altivos, tal vez atrasa-

dos en relación con sus primos de los Zagros, pero dueños de una riqueza que no dejaba de resultar contundente, como lo era también su adicción a la guerra. De modo que, cuando Ciro logró que capitularan, fueron ellos quienes le suministraron nueva mano de obra y riqueza, aunque aquellas tierras yermas nunca iban a perder su carácter turbio. Y es que su nuevo señor, camaleónico como siempre, tuvo cuidado de dar una imagen de sí mismo que le convirtiera en heredero de las tradiciones de la región, un nuevo señor que permitiría que los antiguos nobles mantuviesen sus maneras indóciles, sólo que, a partir de aquel momento, las mantendrían al servicio del rey persa. El orden que Ciro imponía, aunque permisivo, estaba calibrado de un modo sutil para satisfacer sus necesidades, no sólo de oro y de tropas, sino de una zona que le sirviese de franja protectora. El establecimiento de un arco inmenso de provincias que iba desde el Hindu Kush hasta el mar de Aral servía para limitar los accesos a Persia allí donde ésta había sido siempre más vulnerable, en el noreste, anteriormente expuesto a las incursiones provenientes de las estepas de Asia central. Porque Gandara, Bactriana y Sogdiana, tierras que antaño habían cultivado la amenaza y la inestabilidad, se habían convertido ahora en bastiones del imperio persa.

Y bastiones importantes, además. Como eran salvajes, y en ello coincidían todos los pueblos civilizados, su puesto era aquél en el que Ciro les obligaba a permanecer, la desolación remota de los confines del mundo. Lo que habría ocurrido si las circunstancias hubiesen sido distintas seguía alimentando las pesadillas. Los medos, por ejemplo, no dejaban de contar espeluznantes relatos populares sobre cómo el imperio, en la cumbre de su poderío, se había visto sometido a los sacios, un pueblo de ojos rasgados y notoria crueldad y salvajismo, digno de las estepas de las que pro-

cedía, durante los veintiocho años que los sacios se habían aferrado a Media. Por ello fue grande la alarma cuando Ciro, que avanzaba desde Sogdiana hasta el actual Kazajstán, tuvo que enfrentarse a los mismos demonios del pasado medo, fáciles de distinguir por sus gorras altas y puntiagudas y una alarmante destreza con las hachas. Hasta que un líder sacio, que Ciro había capturado y había tratado con gran caballerosidad, se rindió con sus tropas ante el invasor persa, poniéndose a su servicio, con lo cual aquellas mismas tropas se convertirían en las más feroces fuerzas imperiales. Pero sólo se trataba de una de las tribus. Más allá de sus tierras, seguían acechando los bandidos que poblaban otros lugares de la llanura, cuya lóbrega inmensidad se burlaba de cualquier ambición humana, incluso de la ambición del conquistador más grande que se hubiera conocido. Nadie podía saber lo lejos que se extendía aquella llanura, como tampoco podía saberse lo que se encontraba más allá: grifos, según algunos, o tribus de hombres con pies de cabra; tierras yermas y heladas cuyos habitantes hibernaban durante seis meses al año, y más allá de las cuales, en los confines del mundo, algunos creían que se encontraba el río Ranga, tan ancho como el más inmenso mar.[26] Al atravesar la monotonía de las estepas, seguro que Ciro no tenía intención de llegar tan lejos, así que cuando por fin divisó un río ancho que le obstruía el paso, se detuvo en la ribera, entre pantanos y mosquitos, y desde allí puso fin a la avanzada. El río Yaxartes, poco profundo y salpicado de islas, constituía por sí mismo una frontera precaria, de modo que Ciro, sacando provecho de los defectos de la naturaleza, mandó construir siete pueblos fronterizos, al más grande de los cuales llamó «Cirópolis»[27] en su honor. De allí en adelante, como una esclava, la barbarie sin rostro de las estepas llevaría la marca del rey de Persia.

La imposición de aquella identidad a la tierra de los sacios proclamaba un mensaje de imperiosa dualidad: ya no se permitiría que las indómitas tribus guerreras de más allá del Yaxartes hiciesen incursiones en el sur, mientras que quienes allí habitaban ya no tendrían que temer por su seguridad. Y es que la estrategia de Ciro siempre había sido amenazar al enemigo al tiempo que proporcionaba protección al esclavo. En el 540 a. J. C., cuando ya la frontera se había estabilizado, Ciro se sentía preparado para someterla a la prueba definitiva. De vuelta a los Zagros, su mirada predadora se fijó en el objetivo máximo de la ambición de cualquier emperador, las ricas llanuras de lo que hoy en día es el sur de Iraq, y que se extendían desde Asiria hasta el golfo Pérsico, escenario de ciudades espléndidas desde el amanecer de los tiempos. Ningún hombre podía enseñorearse como verdadero amo del mundo hasta que hubiese conquistado las tierras que eran su antiguo corazón. Y esto lo sabía demasiado bien Ciro, el arribista. Aunque también sabía que los hombres de la región no eran los habitantes de una tierra indómita y fronteriza, ignorantes de cómo se elaboraba la propaganda de los déspotas. De hecho, para aquellos pueblos, los bárbaros eran los persas, motivo por el que Ciro, experto en transformar los prejuicios hostiles a su imperio, decidió plantar cara a aquel nuevo reto lanzando una ofensiva sobre el territorio enemigo mientras alegaba estarlo defendiendo. Así, mientras dirigía un ejército inmenso, se hacía pasar por un avatar en busca de la paz, con lo cual las fortalezas acabaron recibiéndole con las puertas abiertas.

Dada la capacidad de los persas, en realidad no había política más lúcida que los sacios pudiesen adoptar. El único ejército que había intentado desafiar a los invasores había sido eliminado con rapidez, puesto que Ciro, como ya lo

había demostrado en Lidia, no le hacía ascos a la ocasional atrocidad cuando pensaba que podía ayudarle a lograr algún propósito saludable. Sin embargo, el rey persa seguía prefiriendo vivir a la altura de sus reclamos propagandísticos, así que una vez establecido su régimen, no habría más pogromos y las ejecuciones se mantendrían al mínimo, mientras que sus dictámenes debían apoyarse en un tono moderado y magnánimo. Ante las ciudades perfumadas de incienso y repletas de templos antiguos, Ciro se presentaba como un modelo de «rectitud y justicia», cuyo «señorío universal» era una merecida retribución de los dioses.[28] Pero, ¿de qué dioses? Sin perder la compostura, Ciro se decía favorito de todos, al tiempo que sacerdotes de diversos cultos, como era de esperar, reclamaban aquel hijo ilustre para sí. Pueblos diversos se decían herederos de sus costumbres y preocupaciones, ornamento perfecto para el señorío de Ciro sobre el mundo, para la gloria que significaba que el advenedizo jefe de un clan aqueménida se hubiese convertido en el amo y señor de ciudades tan antiguas como Ur y Uruk, en cuyos propios registros, que databan del amanecer de los tiempos, no podía encontrarse ningún hombre que hubiese llegado tan lejos en tan poco tiempo.

Por ello era inevitable que, para muchos, aquel prodigio tuviese rasgos temibles e incluso monstruosos. Cuando, a los setenta años, Ciro cayó en la batalla, su sed de conquista no se había mitigado. Su muerte tenía lugar al norte del Yaxartes, mucho más allá de los límites que alguna vez había impuesto a sus propias ambiciones.[29] De la reina de la tribu que lo había asesinado se contaba que, triunfal, había decapitado el cadáver y había lanzado la cabeza en un odre de vino, para que la sed de aquel anciano pudiese saciarse de una vez por todas. Todo ello convertía a Ciro en uno de esos espíritus que asediaban el imaginario del Próximo

Oriente, un demonio de la noche cuyas ansias de carne humana durarían toda la eternidad. Sin embargo, entre los pueblos que se habían sometido a su dominio, la tradición que se conservaría sería otra muy distinta, ya que a Ciro, el hombre que había convulsionado al mundo, se le recordaría con una admiración desmesurada, como el arquitecto de la paz universal y por la excepcional nobleza de su carácter. De ese modo, el esplendor del recuerdo de su fundador no dejó de iluminar el imperio persa durante los siglos que siguieron. E incluso ante sus enemigos más acérrimos, «Ciro eclipsaba a todos los demás monarcas, a los que le precedieron y también a los que le seguirían». O tal era el veredicto de Jenofonte, un ateniense, escrito casi dos siglos después de la muerte de Ciro. «Sin importar a quiénes conquistase, inspiraba en ellos un anhelo profundo de agradar, de regodearse en la buena opinión que de ellos pudiese tener. Y se encontraron deseosos de seguir sus mandatos, los suyos y los de nadie más.»[30] Un veredicto sorprendente, podría pensarse. Y, sin embargo, era cierto que Ciro había seducido al mundo al tiempo que se había impuesto sobre él, persuadiendo a una gran cantidad de pueblos de que los entendía, los respetaba y deseaba que le amasen, fundamentos sobre los que ningún imperio se había erigido antes. Ningún conquistador había demostrado tal clemencia y tal contención al mismo tiempo.

Ése había sido el genio de Ciro. Y su recompensa, un dominio de tal magnitud que superaba cualquier sueño que hubiese tenido.

¿Dónde estás, hermano mío?

Ciro murió en el verano del 529 a. J. C. y su cadáver, rescatado de manos de la tribu que lo había asesinado, fue trasladado a Persia. Allí le aguardaba una lápida inmensa, colocada en el lugar en el que, de acuerdo con la leyenda, había tenido lugar la derrota decisiva de Astiages y donde se erigía un conjunto de estructuras cuya construcción había patrocinado Ciro; no tanto una ciudad como una serie de palacios, pabellones y jardines que, sin duda, daban fe de la magnitud de la grandeza de los persas, aunque también sugerían lo turbador y precipitado que había sido su ascenso. Más allá de las construcciones, rebaños y manadas de animales todavía vagaban por el monótono paisaje de la llanura y sus colinas. Las ráfagas de viento que atravesaban el paisaje indistinto cubrían los ornamentados pórticos y columnas de polvo. Incluso el propio complejo de palacios, a pesar de estar hecho de piedra, daba la impresión de ser un campamento de tiendas. No por nada aquel sitio se llamaba Pasargada, en honor al nombre de la tribu de Ciro. Después de todo, no era por fuerza una paradoja que un nómada tuviese también sus raíces.

Pero, muerto Ciro, las varias artimañas de los clanes y las tribus persas afectarían a millones de personas: ¿Había algún sucesor que pudiese aspirar a ocupar el lugar de Ciro, o acaso el imperio persa, desprovisto repentinamente del carisma de su fundador, estaba destinado a desaparecer con la misma velocidad con la que había surgido? Como testimoniaban las crónicas de incontables imperios que ya habían desaparecido, la muerte de un rey era una oportunidad, pero también era un peligro, hasta para la monarquía más grande. Ciro, con el natural entusiasmo dinástico hacia la procreación, había tenido tres hijas y, más importante, dos hijos, aunque aquello no fuese garantía de nada: tanto para un gran imperio como para un clan nómada, un exce-

so de herederos podía ser tan peligroso como no tener ninguno.

Pero tan previsor como de costumbre, Ciro había comprendido aquel peligro y había intentado asegurarse, en vida, de que nada pudiese ocurrir, cuidando bien de dar esperanzas a cada uno de sus hijos. Antes de morir, había nombrado al mayor, Cambises, príncipe de la corona, y al más joven, Bardiya, gobernador de Bactriana, que era la provincia oriental más extensa del imperio, así como la de mayor importancia. Aunque le había negado el *kidaris,* el gorro aflautado de los reyes medos, también se le había eximido de pagar los tributos, privilegio que sólo se acordaba a los reyes. Sólo el tiempo diría si el resentimiento de Bardiya hacia su hermano se había apaciguado por tal honor o si, al contrario, aquello sólo había azuzado su gusto por el estatus real. De cualquier forma, el mundo había recibido con tiempo el anuncio de los planes de Ciro para el futuro: Cambises se sentaría en el trono de los persas, Bardiya sería su lugarteniente y nadie más podría olisquear siquiera el poder. Y sólo para barrer para casa, se acordó un escandaloso matrimonio entre Cambises y sus dos hermanas, Atosa y Roxana, un espectáculo de incesto sin precedentes en la tradición persa pero que puso un satisfactorio coto a las ambiciones de todas las nobles familias rivales.[31] Después de todo, ¿quién más digno de las hijas de Ciro que el hijo de Ciro? El linaje del gran conquistador se había convertido en algo precioso, al igual que el manantial que los magos vigilaban, como las llamas del fuego sagrado, algo que había que cuidar y defender de toda contaminación.

Apenas se estaba colocando el cuerpo de Ciro para que descansase en paz en su sarcófago de oro, dentro de una tumba orientada con cuidado hacia el sol naciente, entre las plegarias y los lamentos de los magos asistentes, cuando

Cambises reclamaba ya su derecho de nacimiento. La soberanía del mundo ahora era suya. Es cierto que mientras ocupaba su lugar en el trono del padre, algunos ojos pudieron haberse girado hacia su hermano, pero Bardiya, confirmado como sátrapa de la enorme región oriental, no dio muestras de querer traicionar a Cambises. La última voluntad y testamento de Ciro, en efecto, parecía haberse elaborado con astucia, puesto que ambos hermanos tenían mucho que ganar si sumaban sus intereses. Aunque podría haberse pensado que Cambises tuviera como prioridad la venganza de la muerte de su padre, aquello habría requerido de él que dirigiese un sólido ejército hasta las provincias orientales, lo cual a su vez habría provocado el franco resentimiento de su hermano. Del mismo modo, podía suponerse que Bardiya, al contar con un poder que por sí solo resultaba amenazante, habría intentado exigir mayores privilegios a su hermano, pero aquello habría significado exponerse a la más franca furia del nuevo rey. Tácita o no, los hermanos formaban una unidad en la que a Bardiya no se le molestaría en su provincia, y éste, a su vez, cuidaría las espaldas de su hermano.[32] Este último, tan ambicioso en cada detalle como su padre, no pensaba dirigir sus ejércitos contra las misérrimas tribus que habían matado a Ciro, sino hacia el extremo contrario de sus fronteras, un lugar rico en oro y colosales templos, la única potencia del antiguo orden mundial que aún quedaba en pie, también la más antigua y más célebre de todas. Cambises se disponía a declararle la guerra a Egipto.

Tal campaña, por supuesto, no podía hacerse con prisas. Tal vez el poder de los faraones hubiese mermado en su antiguo esplendor, al pasar a depender del apoyo de mercenarios incompetentes, mientras que los sacerdotes de sus templos, poderosos hasta el exceso, habían desangrado sus ri-

quezas, pero, aun así, Egipto no dejaba de representar un reto colosal. De modo que Cambises se pasó cuatro años preparando la invasión, apoyándose para ello en los tributos y la leva de las naciones súbditas de su imperio. Durante aquellos años se construyeron o se confiscaron los barcos necesarios para que, por primera vez en la historia, un rey persa se convirtiera en el jefe de una poderosa marina de guerra. Se recogió y analizó información estratégica, y cuando los persas por fin se encontraron con los egipcios en la batalla, se dice que lo hicieron con gatos clavados a sus escudos, reduciendo de ese modo a los arqueros enemigos, para quienes aquellos animales eran sagrados, a un colérico estado de parálisis.[33] Como cabía esperar, los persas obtuvieron la victoria; la ciudad de Pelusio, en la entrada a Egipto, resultó devastada y los cuerpos de los vencidos quedaron esparcidos en la arena. Un siglo más tarde, los huesos todavía podían verse. Pero el ejército de tierra de Cambises no era el único recurso del asalto: mientras aquello ocurría, la flota de guerra bordeaba la costa y, en una operación anfibia coordinada a la perfección, los persas avanzaron hasta hacerse con el trofeo más preciado. La resistencia se vio brutalmente reducida, Egipto se rindió y su pueblo aclamó como faraón al «Gran Jefe de las tierras extranjeras».

Pero la velocidad de aquella victoria de Cambises era engañosa; una tierra tan antigua y misteriosa no se asimilaba con tanta facilidad en el imperio que fuese, si bien era cierto que algunas medidas se pudieron adoptar con facilidad como por ejemplo desviar los ingresos de una región para satisfacer los caprichos de las hermanas y reinas persas.[34] Otros pueblos, sin embargo, empezaron a arrastrar a Cambises a las arenas movedizas. En Egipto, el cambio no había seguido jamás un camino recto, y el desafío más apremiante, que consistía en amedrentar a los sacerdotes para co-

brarles tributo, sería también el más espinoso. La brutalidad de Cambises, de un nivel que los faraones egipcios nunca habrían osado alcanzar, le permitió en efecto requisar las ricas posesiones de los templos, pero aquello le llevó cuatro años y, como era natural, le valió la enemistad eterna de los sacerdotes, que no escatimaron esfuerzos para calumniarlo. Cambises siempre sería recordado en Egipto como un lunático, entregado al asesinato y a la burla escandalosa de los dioses. A veces incluso se le acusaba de combinar ambos pasatiempos, como cuando, se decía, había partido en dos a un toro sagrado adorado por los egipcios.

Pero aquello eran burdas mentiras. Lejos de haberse mofado de aquella bestia sagrada, como lo sugería la oscura propaganda, Cambises se había comportado con una propiedad ejemplar, al ordenar que se embalsamase al toro y se colocase, de modo reverente, en su morada final. Tal como lo había hecho Ciro, Cambises se mostraba escrupulosamente respetuoso de las deidades foráneas, sin importar cuán extravagantes le parecieran. Después de todo, como faraón, se había convertido en hijo del mismísimo Ra, y para un hombre al que apenas una generación le separaba de unos ancestros vestidos con pantalones de piel, el esplendor sin parangón de las tradiciones egipcias debió de haber entrañado una reflexión importante sobre sus propias perspectivas. Demasiado importante, tal vez: si los sacerdotes egipcios llegaron a considerar a Cambises como a un déspota maniático, lo mismo harían los jefes de los clanes persas, aunque de modo más fatídico. Ciro jamás había olvidado sus raíces, ni siquiera mientras conquistaba el mundo, y en consecuencia, su pueblo lo había amado y considerado un «padre», pero a Cambises se le recordaría en Persia de una manera muy distinta, como un hombre «cruel y arrogante», tachándosele de «déspota».[35] A este respecto,

se aducían historias espectaculares sobre su ferocidad; sobre cómo había usado a un escanciador para practicar el tiro al blanco y lo había matado; cómo había enterrado vivos y de cabeza a doce nobles. ¿Más historias de difamación? Tal vez. Sin embargo, seguro que reflejaban los recuerdos de una crisis genuina que para los medos más allegados a Cambises resultaría demasiado familiar, la de un rey intolerante respecto a la menor muestra de una oposición, y resuelto a quebrar la voluntad de los jefes de clanes rivales, muchos de los cuales, al haber participado en la aventura egipcia, habían optado por mantenerse a buen recaudo en el bando de Cambises, donde podían servir a su rey como rehenes al mismo tiempo que como lugartenientes. Sin embargo, no todos se encontraban en Egipto. A pesar de no contar con una corte, Persia seguía siendo el bastión más seguro del poder real, y quien pudiese dominar el corazón del imperio también era capaz de dominar el territorio que se encontraba más allá. La larga ausencia de Cambises en Egipto contribuía a que este cálculo se volviese cada vez más sugerente, y la palabra traición comenzó a murmurarse en las tierras de los clanes persas.

Hacía tres décadas, los jefes medos, en su desesperación por derrocar a Astiages, se habían visto obligados a tolerar a un extranjero como rey, pero la nobleza persa, escociéndose bajo la imperiosidad de Cambises, contaba con una alternativa más aceptable. Bardiya no sólo era también hijo de Ciro el Grande sino que poseía todas las cualidades que los persas más admiraban en un rey, cuestión más importante. Su fuerza física le había valido el sobrenombre de Tanyoxarces, o «constitución poderosa», y su destreza con el arco, arma de elección de los persas, era legendaria.[36] Que Bardiya hubiese mantenido su soberanía en medio de las arduas acciones militares llevadas a cabo en Oriente du-

rante casi una década era prueba suficiente de sus dotes como jefe militar. Además, en otros terrenos, Bardiya había demostrado también ser un hijo digno de su padre: al parecer, al igual que Ciro, Bardiya era capaz tanto de buscar la reconciliación como de pelear, de modo que, concienzado del resentimiento de la aristocracia persa, no dejaba de mostrarse solícito hacia los pueblos sometidos, cada vez más oprimidos bajo los excesivos tributos exigidos por Cambises. Así, Bardiya comenzó a proponer una medida sorprendente entre susurros dirigidos a personajes clave: tal vez, durante tres años, fuese posible eximir a los pueblos persas de pagar sus tributos y demás impuestos al rey. Cambises jamás habría accedido a tal cosa pero ¿y qué tal un nuevo rey? Tal vez un nuevo rey estaría de acuerdo…

Aquella sedición no podía mantenerse en secreto durante mucho tiempo. Los espías se hallaban por doquier y Cambises, cuyas conquistas africanas estaban ya aseguradas, se dio cuenta abruptamente de la amenaza que tenía a sus espaldas. A pesar de sus ingentes logros, que le habían valido al pueblo persa la extensión de su dominio hasta el desierto de Libia, e incluso hasta la tierra de los etíopes de las leyendas, «los hombres más altos y más atractivos del mundo»,[37] Cambises había estado demasiado lejos de casa. A comienzos del 522 a. J. C., el rey descubría que su regreso a Persia era una carrera desesperada contrarreloj. Aunque a su lado estaban las fuerzas de choque, así como gran parte de la nobleza, los acontecimientos empezaban a escaparse de su control. El 11 de marzo, Bardiya reclamó públicamente su derecho al trono y, un mes después, era aclamado como rey a lo largo y ancho de las provincias orientales.[38] ¿Acaso el imperio del pueblo persa, que Ciro había llevado a tal esplendor, se vería ahora dividido por la mitad o, incluso, hecho añicos por culpa de la ambición de dos here-

deros en pugna? No parecía haber salida al fratricidio que se avecinaba.

Y fue entonces cuando ocurrió el accidente, o algo muy parecido a un accidente:[39] según se dice, Cambises se hizo una herida con la espada mientras avanzaba a caballo hacia Siria. La herida se gangrenó y, a los pocos días, le trajo la muerte. Una desgracia asombrosa que difícilmente podía ser más oportuna, si acaso era cierta. El beneficiario, como saltaba a la vista, era Bardiya, que pasaba a ser el único heredero varón de Ciro y, por lo tanto, rey de pleno derecho. Todo aquello ya lo habían previsto los magos, quienes también habían atisbado la extinción de la línea sucesoria de Cambises en el espectáculo del bebé sin cabeza que Roxana había dado a luz, aunque los sacerdotes egipcios, más imaginativos y maliciosos, murmuraban que era el propio Cambises quien había ocasionado aquel horror cuando, según se decía, le había dado una patada a su hermana y mujer en el estómago, con lo cual no sólo había matado al feto sino también a la reina. Sin embargo, en la falta de descendencia de Cambises parecía haber una oportunidad de alcanzar la tan anhelada paz, que Bardiya aprovechó con presteza. En julio, los magos llevaron a cabo la investidura formal del nuevo rey, que llevaba el traje de su padre y el *kidaris* real, al mismo tiempo que oficiaban su boda con Atosa, la hermana y esposa que había sobrevivido a Cambises. Sucesión y linaje parecían ahora asegurados. Después de todo, ¿quién quedaba para retar a Bardiya como soberano del mundo?

Pero mientras el nuevo rey, confiado de su supremacía, se retiraba durante el verano al frescor de Ecbatana, los rumores y las conspiraciones formaban un torbellino en la ardiente llanura de las tierras bajas.[40] Poco importaba si había sido un accidente o no: la muerte de Cambises no sólo

había representado una tentación para Bardiya sino también para otros. En la carretera principal que iba de Siria a los Zagros, la armada real se hallaba sin un líder, pero ¿cuánto podía durar aquello? Los oficiales de más alto rango, vástagos de las grandes familias, no sólo se habían endurecido en la aventura africana; también se habían familiarizado con los mecanismos del poder de un modo muy precoz para la edad que tenían. Por ejemplo, el «lancero» de Cambises, primo lejano del rey, que respondía al nombre de Darío, apenas contaba con veintiocho años, pero el rango, en la corte persa, se medía por la proximidad a la persona del rey, de modo que el título del joven Darío, lejos de darle un estatus sin importancia, le otorgaba un prestigioso honor y le señalaba públicamente como un personaje principal en la corte, lo cual a su vez le permitía estar al tanto de los más delicados secretos reales. De modo que durante las semanas previas a la muerte de Cambises, Darío no podría haberse encontrado en un sitio más adecuado para obtener información privilegiada sobre el cambio de poderes que se avecinaba.

Información que ahora debía clasificar y analizar. Darío podía ver, con los ojos inmisericordes de un político nato, que tal vez la posición de Bardiya no era tan segura como lo había parecido en un principio. La precaria lealtad de los jefes de los clanes se hallaba dividida, de modo que un decreto de reforma tributaria, aunque fuese bienvenido por las naciones súbditas, tal vez no sería del agrado de las clases dominantes persas. Y si Bardiya no deseaba que se vaciaran sus arcas, tendría que compensar de algún modo la pérdida de aquellos ingresos. A menos que quisiera cometer un suicidio político, el nuevo rey apenas podía permitirse exprimir a quienes lo apoyaban. Sin embargo, puesto que parte de la nobleza se encontraba en Siria, en el campo

de Cambises, una fuente alternativa de ingresos parecía hallarse a mano: las órdenes se cumplieron según lo previsto, y las propiedades de aquellos que se consideraban opositores de Bardiya, sus «pastos y rebaños, sus esclavos y moradas», fueron todas confiscadas.[41] A pesar de ser tan necesarias, aquellas ganancias, sin embargo, iban a tener un coste terrible: la nobleza confirmaría su división y, a ojos de muchos persas, Bardiya no había hecho más que ganar, él mismo, «una vergüenza para nuestra patria y el antiguo trono».[42] Aquel verano ya había fallecido un rey y ahora se hacían planes para deshacerse de un segundo rey con prontitud.

Los conspiradores eran siete en total, todos del más alto rango, y entre ellos se contaba Darío, el joven lancero de Cambises, también aqueménida, aunque su pertenencia al clan más prominente de Persia no le garantizase necesariamente el liderazgo entre los conspiradores, que debía compartir con un segundo llamado Otanes, noble de gran fortuna que también parecía tener un ojo puesto en el trono. Según fuentes más tardías, el primer conspirador había sido Otanes, y sólo después de reconsiderar la participación de Darío, finalmente lo había invitado. Darío, sin embargo, acabaría siendo reconocido como el eje de la conspiración con notoria rapidez, aunque de todas formas su importancia en aquel plan parece haber sido vital desde el principio. Unido por vínculos de sangre a Ciro, Darío se encontraba por fuerza en el centro de la red que unía a los siete conspiradores. Uno de ellos, Gobrias, era su suegro, además de ser el esposo de su hermana. Los lazos matrimoniales no podían unir a ambos hombres con mayor firmeza, mientras que el hermano de Darío, Artafernes, un hombre de inteligencia y coraje poco frecuentes, estaba preparado para llevar a cabo cualquier acción que el grupo decidiese. De mo-

do que había un matiz más bien familiar en todo el asunto. Se mirase por donde se mirase, Darío parecía estar destinado a dirigir aquella conjura.

Entonces, ¿a qué se debía su insistencia en no haber participado desde el principio? ¿Cómo podía Darío beneficiarse de aquella distorsión aparente del marco temporal? Para decirlo con claridad, ¿qué tenía Darío que ocultar? Una respuesta obvia y fatídica se insinúa: el regicidio. Después de todo, ¿quién mejor situado que el lancero de un rey para planificar el asesinato de un rey? Un acto de traición como aquél habría sido considerado un exceso incluso por los enemigos de Cambises, y si bien Darío pronto se iba a mostrar tan audaz como despiadado, no era de los que alardeaban de sus crímenes, por lo que la verdad o la falsedad de su culpa se ha vuelto indecidible para nuestro tiempo.[43] Sin embargo, aunque sólo se pueda especular —y no demostrar— el papel de Darío en la muerte de Cambises, su actuación en la conjura contra Bardiya es bastante menos discutible. Cuando Otanes, exhortando a los conspiradores a ser prudentes, sugirió reclutar a otros colaboradores y esperar un poco más de tiempo, Darío replicó que la acción debía ser inmediata y que no habían de valerse de la cantidad de hombres, sino de su rapidez y del efecto sorpresa. Divagar podía hacerles perder la ventaja, mientras que a mayor audacia, mayores posibilidades de éxito tendrían.

Junto a su hermano, Artafernes, y con el apoyo de la mayoría de los siete conspiradores, Darío se salió con la suya. Sus cálculos eran precisos y, en efecto, parecía abrirse ante los conjurados una oportunidad poco habitual. A medida que su formación se acercaba por la Gran Ruta del Jorasán hasta el pie de los montes Zagros, aquellos hombres debían de sentir cómo disminuía el violento calor del verano en la llanura; el otoño estaba en camino, y el rey debía de estar a

punto de descender por aquellos montes. Si el escuadrón de asesinos lograba emboscarle en campo abierto, en algún lugar a medio camino entre Ecbatana y el corazón del poder real en Persia, podrían deshacerse de él con relativa facilidad. No existía un noble persa que no se hubiese educado en una silla de montar, de modo que los siete conspiradores y sus cómplices, todos jinetes experimentados, cabalgaban a paso abrasador, desesperados por no perder su oportunidad. En septiembre ya habían alcanzado las fronteras de Media, y ante ellos se extendía la Gran Ruta del Jorasán, que zigzagueaba por los montes hasta Ecbatana. Por allí descendía a su vez Bardiya, acercándose cada vez más.

Las noticias de su avance debían de llegarles con facilidad, puesto que el camino se encontraba muy transitado por comerciantes y hombres de negocios de las ciudades más ricas de la llanura, que aprovechando la consolidación de la autoridad persa, habían comenzado a colmar la ruta con la exótica algarabía de su cháchara y de sus bestias de carga.[44] Quienes vinieran de Ecbatana podrían informar a los conspiradores del momento en que el rey hubiese dejado la capital de verano, de su avance por el camino y del momento en que no faltase mucho para el encuentro. Bardiya se aproximaría cada vez más, en medio del variopinto tráfico de la ruta. Los lacayos y los jinetes de la avanzada del rey serían cada vez más visibles, gracias a sus ricas vestimentas, sus barbas y cabelleras de elaborados rizos, a aquella extravagancia de pavo real que pondría en alerta a los viajeros de la proximidad del soberano, el rey de Persia, el rey del mundo.

Sin embargo, en medio del fragor, las clarinadas y los colores, aún se insinuaban los rastros de un orden mucho más antiguo. Hacia finales de septiembre, cuando los conspiradores se acercaban a la frontera norte de Neseo, el valle

más fértil de los Zagros, el más dramático de aquellos atavismos se haría presente. Lejos de los cortesanos y las caravanas de la ruta, sobre los pastizales ricos en tréboles, se extendía una visión que había resultado familiar a incontables generaciones precedentes, un recordatorio mucho más primigenio que la propia Media: una multitud de caballos blancos cubría la llanura, tal vez unos ciento sesenta mil, según luego se contaría, todos de la misma raza, entregada como tributo a los asirios hacía casi dos siglos, «los mejores y los más grandes»[45] del mundo, puesto que ni siquiera los fabulosos reinos de la India, donde, como bien se sabía, todos los animales crecían de manera prodigiosa, tenían algo que pudiese comparárseles. Antaño los medos habían sido nómadas; ahora eran los súbditos de una monarquía extranjera, pero al cabalgar a través de la llanura de Neseo y observar las brillantes caballadas, aquellos hombres podían reconocerse a sí mismos como los supremos domadores de caballos que todavía eran, consuelo espléndido para su esclavitud. Porque aquellos caballos blancos, tan ágiles, tan fuertes y tan hermosos eran criaturas sagradas para los pueblos de los Zagros, unidas en una misteriosa comunión con lo divino, y también con el rey.

Incluso los conquistadores persas lo reconocían: en Pasargada, solía sacrificarse cada mes un caballo de Neseo ante la tumba sagrada del propio Ciro. Tal vez por eso Bardiya se iba a desviar de la Ruta del Jorasán, haciendo una pausa en el descenso a las tierras bajas, fascinado por la presencia de los caballos. Si acaso buscaba legitimación, o bien alguna señal de los cielos, o una lectura de sus pesadillas, en Neseo habría encontrado expertos preparados para ayudarle. Los magos, intérpretes de todo lo misterioso, eran también los guardianes de los caballos sagrados. ¿Acaso Bardiya convocó a aquellos maestros rituales y les preguntó

lo que el futuro le preparaba? Puede ser. Sin embargo, lo cierto es que el 29 de septiembre del 522 a. J. C., un hombre que se hacía llamar Bardiya estuvo en Neseo, en un fuerte llamado Siktauvatich, y que fue allí donde Darío finalmente dio con él.

Lo que ocurrió a continuación lo volverían a contar todos aquellos que se decían herederos de los siete líderes del escuadrón asesino, y deben de haberse elaborado muchas versiones con el correr de los años. Todas concordaban, no obstante, en que Bardiya fue tomado completamente por sorpresa. Al parecer, los conspiradores y sus seguidores, en descarada cabalgata hacia las puertas de la fortaleza, anunciaron sin reparos que habían venido a ver al rey y los guardias, intimidados por el rango de los visitantes, se apresuraron a dejarles entrar. Sólo una vez que estuvieron en el patio, ya demasiado cerca de las habitaciones reales, fue cuando alguien tuvo la idea de hacerles frente, pero para entonces ya era demasiado tarde. Los asesinos, que superaban en fuerzas a los cortesanos que se plantaban en el camino, irrumpieron en la cámara de Bardiya. El rey, según se cuenta, estaba con una concubina y, desesperado, intentó enfrentar a sus atacantes con la pata de un taburete roto, sin éxito. También se dice que fue el hermano de Darío, «el fiel Artafernes», quien finalmente clavó la daga en su sitio.[46]

Y Bardiya, el hijo de Ciro, rey de los persas, cayó bien muerto.

Doble visión

¿O no fue así? Apenas los asesinos habían terminado la sangrienta labor cuando ya estaban contando una historia distinta. El cuerpo de aquel hombre asesinado tal vez no se

haya expuesto a la mirada pública, pero muchas cosas fueron reveladas, para asombro de todos. El hombre al que habían asesinado, decían, no era Bardiya, el hijo de Ciro. Aquel Bardiya hacía tiempo que había muerto, porque Cambises, celoso y bestial, había ordenado su ejecución años atrás y, de no haber sido por la perspicacia de Darío y de sus patrióticos compañeros, que se habían topado con aquel secreto y habían tenido el coraje de hacerlo público, el pueblo persa podría no haberse enterado jamás de aquel espantoso timo.

Todo lo cual planteaba una pregunta bastante obvia: si el hombre asesinado en Siktauvatich no era el hijo de Ciro y, por tanto, rey de pleno derecho, entonces ¿quién había sido? En aquel punto, las revelaciones darían un giro aún más siniestro. Ya era alarmante que un impostor hubiese hecho el papel de un príncipe de sangre real, pero que lo hubiese hecho durante años, sin tan siquiera despertar las sospechas de su familia y de la casa real, sólo podía ser la prueba de los más terribles hechizos. Seguro que algún mago educado en el dominio de lo sobrenatural era el culpable, ¿o acaso había sido mera coincidencia que se hubiese descubierto al impostor en Neseo, la llanura de los caballos sagrados, guarida conocida de los magos? No parecía una coincidencia, puesto que el *Doppelgänger* de Bardiya, como los conspiradores habían corrido a anunciar, era un mago «de nombre Gaumata».[47] Tal vez hubiese sido un villano mal nacido y siniestro, pero tan potente había sido su embrujo y tan audaz había sido su plan que casi había ganado un imperio con aquel fraude.

Las versiones sensacionalistas de aquel escándalo revelarían todas sus implicaciones, al tiempo que lo adornaban un poco más. A pesar de sus poderes, parecía que el mago se había olvidado de ocultar un detalle crucial: debido a algún

crimen no especificado, Ciro le había mandado cortar las orejas hacía mucho tiempo, y la esposa de Bardiya, una hija de Otanes, de nombre Fedimia, quien nunca había sospechado la muerte de su marido ni el reemplazo por un doble, había descubierto la onerosa verdad al rozarle la cabeza una noche, mientras el hombre dormía. Al relatarle el descubrimiento a su padre, Fedimia había puesto en marcha la dramática secuencia de acontecimientos que culminaría con el asesinato del impostor. O aquélla, en todo caso, era la historia que años más tarde se contaría a través del imperio. Para entonces, ya no quedaba nadie que pudiese desmentirla.

Incluso durante la noche del asesinato, si alguien en Neseo hubiese tenido la capacidad de investigar el móvil de los conspiradores, señalar algunas de las manifiestas incongruencias o preguntar cómo se había dispuesto del cadáver del impostor con tal velocidad, lo más seguro es que habría preferido callar. No era momento para discutir nimiedades: aún se estaba lavando la sangre de los muebles de Siktauvatich y los conspiradores no estaban de humor para tolerar que alguien disintiera. La advertencia de Darío no podía ser, de hecho, más clamorosa: «Vos que seréis rey de ahora en adelante, protegeos con vigor de la mentira; y al hombre que será seguidor de la mentira, ¡haréis bien en castigarle!».[48] He aquí el truco deslumbrante de un maestro estratega de la política que serviría para poner a la defensiva no sólo a los asesinos, sino también a los acusadores, al tiempo que a los escépticos se les anatemizaba como enemigos de la verdad.

Y aquél, para cualquier persa, era un destino temible y aciago. Para los súbditos de Darío, mostrarse como las personas más honradas del mundo era una cuestión de fe. Según se decía, sólo se les enseñaban tres cosas: «Montar a ca-

ballo, tirar al arco y decir la verdad.»[49] Darío, al amenazar a quienes pudiesen dudar de su historia de los crímenes del mago, no sólo estaba apuntalando una estructura desvencijada, sino que sus reclamos, en conjunto, daban cuenta del vuelo más alto: sólo un persa podía hacer aquellas afirmaciones, porque sólo un persa podía comprender el significado pleno de la verdad. A diferencia de quienes provenían de pueblos menos educados, Darío sabía que un universo sin verdad podía deshacerse y perderse en la noche perpetua, por lo que, más que una abstracción, mucho más incluso que un ideal, la verdad era el tejido mismo de la existencia.

Aquél era el motivo por el que, al principio, cuando Ahura Mazda, el más grande de los dioses, había convocado al tiempo y a la creación para que existiesen, también le había dado la vida a Arta, la Verdad, para que ésta diera un orden al universo. Sin Arta, ese universo no habría tenido forma ni belleza, y los grandes ciclos de la existencia que el dios Mazda había puesto en movimiento no habrían podido insuflar vida al mundo. Al igual que el fuego que, al ascender a los cielos, se ve acompañado por el humo negro, los persas sabían que Arta siempre se vería ensombrecida por Drauga, la Mentira. Dos órdenes, uno de perfección, el otro de falsedad, cada uno la imagen inversa del otro, se entremezclaban en un conflicto tan antiguo como el tiempo. ¿Qué otra cosa podían hacer los mortales, entonces, que no fuera unirse al bando de Arta contra Drauga, la Verdad contra la Mentira, para que el universo no se tambalease y se hiciese pedazos? «El infeliz que teja el engaño traerá la muerte a su país»;[50] así se había proclamado en tiempos antiquísimos. Si un «infeliz» se había apoderado como pudo del trono de su país, el riesgo era indecible. Al tomar la imagen de Bardiya y hacerse pasar por rey de pleno dere-

cho, aquel mago había entregado a Drauga el cetro del mundo, de modo que Darío y los suyos, al cabalgar hasta Siktauvatich, habían derrocado una encarnación del mal mucho más amenazante que la de un mero impostor. Lejos de llevar a cabo una mera intentona escuálida, habían tomado parte nada menos que en la redención del cosmos.

Y ahora, con Gaumata depuesto y despachado, el trono que éste había manchado se encontraba vacío, y las insignias del poder real, una toga, un arco y un escudo, aguardaban en Siktauvatich a alguien que tuviese el derecho a reclamarlas. Sin embargo, de quién pudiese tratarse, o cómo se le reconocería, todavía era un misterio la noche del asesinato, y de lo ocurrido a continuación sólo ha sobrevivido el recuento más enrevesado. Según se decía, los conspiradores cabalgaron hasta la llanura abierta aquella noche y, en un punto acordado, sofrenaron a sus caballos y aguardaron la llegada del amanecer. Cuando los primeros rayos del sol aparecieron por encima de la accidentada línea de las montañas del este, fue el caballo de Darío el que primero relinchó saludándolos. En seguida, sus compañeros se apearon de sus monturas y se echaron a sus pies en homenaje. Los griegos, cuando contaban esta historia, decían que, tocante al reino, los conspiradores habían acordado «montar seis a caballo en el arrabal y que fuese rey aquel cuyo caballo relinchase primero al salir el sol»,[51] aunque agregaban que Darío había hecho trampa. Según se decía, su criado había metido los dedos en la vulva de una yegua con antelación y, apenas hubo salido el sol, los colocó sobre el belfo del caballo de Darío. Pero aquéllas eran groseras tonterías, típicas de los griegos. ¡Cómo les gustaba distorsionar los ritos sagrados de la Verdad!

Porque es evidente, incluso partiendo de la versión incompleta que tenemos, que el ascenso de Darío estaba se-

ñalado por un designio potente y sobrecogedor. Los conspiradores no se reunieron en la helada intemperie de septiembre porque quisieran descubrir quién podría ser el próximo rey, sino porque ya lo sabían. Otanes, el único rival concebible de Darío, ya se había doblegado a lo inevitable, retirándose de ser candidato al trono. Los nobles que cabalgaban a través de la llanura de Neseo celebraban lo que ya era un hecho real. Bendecido por los relinchos de los blancos caballos sagrados y por el amanecer de la montaña, Darío se sabía el doble defensor de Arta. Mientras los primeros rayos iluminaban la planicie, el orden de Drauga, amenazante e indistinto, comenzaba a desvanecerse ante la brillante luz del sol. «Así podré reconocerte, sagrado y poderoso, oh, Mazda, cuando por la mano con la que guías los destinos gemelos del mentiroso y del hombre recto, y por el resplandor del fuego cuyo poder es la verdad, deba llegar a mí el poder del buen pensamiento.»[52] Y ahora, durante aquel amanecer de septiembre, el poder de los buenos pensamientos sin duda había llegado a Neseo, porque el mentiroso estaba muerto y el hombre recto se había convertido en rey.

O eso le gustaba relatar a Darío. Sin embargo, aquel imaginario no le pertenecía, aunque su propaganda estuviese construida a partir de él. Si bien aquello daba fe de la reverencia que entre los arios se le profesaba a Arta, también tomaba lo suyo de las enseñanzas de un dualismo bastante más riguroso: «Los destinos gemelos del mentiroso y del hombre recto» no eran palabras de Darío, sino del más legendario entre los profetas arios, Zoroastro, el primer hombre que había revelado a un mundo perplejo su existencia como campo de batalla de una guerra sin descanso entre el bien y el mal. Una guerra en la que se escenificaba la gran lucha a muerte de las cosas, porque el profeta, siempre se-

gún su original doctrina, había enseñado que los ciclos del cosmos no iban a girar para siempre como hasta aquel momento habían supuesto los hombres, sino que enfilaban hacia un fin impresionante, un apocalipsis universal en el que la Verdad aniquilaría todas las falsedades y construiría, sobre sus ruinas, el reino eterno de la paz. Presidiendo aquella victoria final y decisiva se encontraría el Señor de la Vida, la Sabiduría y la Luz, el mismísimo Ahura Mazda, y no, como otros iranios habían creído siempre, alguna deidad entre muchas, sino el dios supremo, el todopoderoso, el único que no había sido creado y de quien, como el fuego que iba de almenar en almenar, procedía todo el bien y lo bueno, a saber, las seis grandes emanaciones de su propia luz eterna, los Amesha Spentas, sagrados e inmortales,[53] así como un panteón más amplio de espíritus benefactores; el mundo en sus muchas bellezas; animales y plantas (en particular el erizo, que pasaba sus días cazando insectos, esa prole bullente del lado oscuro); el perro, siempre fiel y bueno, y finalmente, la más noble de todas las creaciones, el hombre. «Destapa tus oídos para poder escuchar las buenas nuevas; observa las llamas luminosas con un pensamiento lúcido», había proclamado el profeta, alertando así a la humanidad de la gran decisión con la que se vería confrontada. «Podéis elegir qué fe seguiréis, cada uno de vosotros, persona por persona; con esa libertad se os insuflará a todos en la poderosa prueba de la vida.»[54] Si escogían mal, se abriría el camino de la mentira, y del caos; escoger bien era elegir el camino del orden, la tranquilidad y la esperanza.

¿Había sido Darío el primer usurpador en apreciar lo apropiada que podía resultar aquella religión de la paz y la justicia para sus propósitos? Nunca lo sabremos con certeza porque la historia temprana de Zoroastro y sus doctrinas

eran un rompecabezas incluso para sus propios seguidores. Que el profeta había sido el único bebé que rio en lugar de llorar al nacer, que había tenido su primera visión de Ahura Mazda a la edad de trece años, cuando salía de un río, que había sucumbido a los setenta y siete años, gracias al puñal de un asesino… He aquí los únicos fragmentos de su biografía que los devotos habían conservado. Pero en lo que respectaba a cuándo y dónde había vivido, se sostenían opiniones divergentes por completo: al decir de algunos, Zoroastro había nacido con el comienzo de los tiempos, mientras que otros sostenían que había nacido durante el reinado de Astiages;[55] había quien afirmaba que había crecido en Bactriana, y según otros había sido criado en las estepas. Sin embargo, todos coincidían en que no había sido medo ni tampoco persa, y que el conocimiento de sus enseñanzas había llegado a los Zagros desde Oriente.[56]

Pero ¿qué efecto había tenido todo aquello? El imperio fundado por Ciro no era una teocracia, y nunca había sido «zoroástrico» en el sentido verdadero de la palabra. Los persas habían seguido adorando a sus antiguos dioses, honrando a las montañas y a los arroyos y sacrificando caballos ante las tumbas de sus reyes. Pero si bien la corte aqueménida nunca había abandonado sus prácticas paganas, la sensibilidad que allí dominaba no desdecía por completo las enseñanzas de Zoroastro. Al igual que en los reinos iranios orientales, donde el monoteísmo del profeta había arraigado con mayor fuerza, Ahura Mazda había sido objeto supremo de adoración en poniente durante mucho tiempo. No parece que haya existido rivalidad entre el paganismo típico de los persas y las enseñanzas de Zoroastro, sino más bien sinergia, e incluso una fusión, puesto que ambos sistemas era expresión de un solo impulso religioso, que había evolucionado durante siglos y que se encontraba aún en de-

sarrollo cuando los persas se dedicaban a conquistar el mundo. Había numerosas correspondencias entre ambos, especialmente entre los sacerdotes de Zoroastro y los magos, que durante largo tiempo habían sido adeptos a las ciencias más ocultas y sagradas. Ni siquiera estaba claro cuál de aquellas órdenes había proclamado primero la guerra eterna contra los insectos y los reptiles, cuál había llevado las primeras túnicas blancas como símbolo de su rango, o quiénes habían expuesto primero los cadáveres de sus semejantes para que los pájaros y los perros se los comiesen (destino que los persas, considerándolo el más terrible de todos, reservaban a los regicidas). Lo mismo ocurría con la adoración del buen dios Ahura Mazda, cuya influencia hacía tiempo que se infiltraba en ambas corrientes. El «mazdeísmo», lejos de aislar a medos y persas de sus primos orientales, parecía servirles como una fuente de unidad.

Un vínculo que Ciro, sin duda, apreciaba, por lo que en su deseo de glorificar su dominio sin precedentes sobre los varios pueblos iranios, había adoptado intencionalmente las costumbres de las tierras más antiguas y centrales. En Pasargada, lejos de Bactriana y Sogdiana, Ciro había ordenado la construcción de tres nuevas y portentosas edificaciones de piedra, cuya parte superior se había vaciado hasta darles forma de cuenco, donde pudiera arder para siempre una blanca ceniza.[57] Hacía mucho que el fuego era sagrado para todos los pueblos iranios, pero para nadie era más sagrado que para Zoroastro, quien había predicado que las llamas eran el símbolo más verdadero de la rectitud y el bien. La plegaria diaria ante el fuego se había impuesto en sus seguidores como un deber sagrado y, a lo largo de sus conquistas orientales, Ciro, sin duda, debió de haber podido presenciar el espectáculo de aquella adoración. No cabe duda de que fue de Zoroastro de quien los persas tomaron

la prohibición de quemar los cadáveres o de profanar el fuego de cualquier otra manera. Eso comentaba un estudioso lidio en la primera referencia al profeta que se haya registrado de parte de un *anairya.*[58] Los templos de fuego que Ciro había construido, cuyas llamas se elevaban en el azul del cielo persa, sin duda iluminaban, alto y claro, la nueva doctrina, pero también iban a servir para transmitir una lección muy diferente. Ciro había encontrado en ellos la imagen perfecta de su poder: ¿Qué mejor forma de representar la grandeza real que asociándola con el fuego? Incluso aquellos que ignorasen las demás costumbres de los iranios podían apreciar con facilidad aquella representación, de modo que, en poco tiempo, empezaron a aparecer santuarios similares por todo el imperio, sus llamas protegidas por los magos, puesto que, al ser un símbolo tanto de Arta como del reino de Persia, sólo debían extinguirse con la muerte del monarca.

Y ahora, Darío, con sus manos teñidas de sangre real, se aprestaba a identificar ambos órdenes, el celestial y el mortal, de manera todavía más explícita; y es que, como nunca dejaría de reconocer, todo lo que era y todo lo que había logrado se lo debía a la gracia de Ahura Mazda: «Él me brindó ayuda, y los otros dioses también, porque yo no era infiel, no era un seguidor de la Mentira, no era falso en mis acciones.»[59] Seguro que Darío se excedía en sus afirmaciones, pero como regicida y usurpador que era, no tenía otra alternativa; su derecho al trono era tan dudoso que no podía apoyarse en él para justificar el golpe, por lo que tenía que inventarse una justificación, y rápidamente. Por ello tenía que insistir en su papel de elegido de Dios mucho más de lo que alguna vez sintieron necesidad de hacerlo Ciro o sus hijos.

Quién fuese precisamente aquel dios, el Ahura Mazda del panteón de sus ancestros, o bien el ser supremo cuya existencia proclamaba Zoroastro, era algo que el rey, despreocupado, se permitió dejar sin respuesta. La ambigüedad podía serle útil. Sobre todo, lo esencial era que Darío mostrase respeto por las tradiciones de su propio pueblo, por lo que su situación en la meseta de Neseo le proporcionaba un escenario perfecto. En medio de una planicie, a unos veinticinco kilómetros al norte de Siktauvatich, se elevaban, altos y sombríos, los picos gemelos de Behistún, «la morada de los dioses», el monte más sagrado de los Zagros.[60] Allí, cerca del escenario de la emboscada a Bardiya, Darío podía ofrecer su ofrenda a los dioses tal como los persas y los medos habían hecho siempre, rodeado del aire puro e ilimitado, aunque el carácter épico y severo de aquella ejecución, así como la formación particular del grupo de asesinos, evocaban en los seguidores de Zoroastro asociaciones tanto o más favorables que la propaganda que Darío se esmeraba en hacer. Seis, según las enseñanzas del profeta, habían sido los Amesha Spentas, los Benefactores Inmortales que descendían de Ahura Mazda, del mismo modo que seis habían sido los cómplices de Darío en su guerra contra la Mentira. Que los hombres pudiesen reflexionar sobre esta coincidencia o simetría sólo podía prestar un apoyo mayor a la causa del rey, porque Darío podía no ser hijo de Ciro, pero tenía la oportunidad de hacerse pasar por algo infinitamente más impresionante: el apoderado del buen dios, del propio Ahura Mazda.

Aquella identificación sin tropiezos de su propio poder con el de un dios universal deparaba un gran futuro a Darío; aunque, desde tiempos inmemoriales, los usurpadores reclamaban apoyo divino para sus acciones, nadie había contado antes con la bendición del propio Ahura Mazda.

De modo que con la audacia y la creatividad que caracterizaban su estilo, Darío se apresuró con mortal velocidad a aprovecharse de aquella ventaja. A partir del asesinato y la usurpación, lograría construirse una legitimidad poco común; a partir de su debilidad, Darío se aprestaba a armarse de una fortaleza que ningún monarca anterior había poseído.

Vertiginosa como era, su ambición sólo se podía comparar con la profundidad del abismo que, sin embargo, le amenazaba, porque el elegido de Ahura Mazda no podía permitirse tambalear. Un solo resbalón y Darío habría fallado para siempre. De hecho, mientras el nuevo rey y los demás conspiradores recuperaban fuerzas en Media, ya empezaban a llegar noticias alarmantes sobre la reacción del imperio al derrocamiento del rey anterior. En Elam, un antiguo reino situado en los confines de Persia, había estallado la revuelta, mientras que en Babilonia,[*] la gran metrópolis, la ciudad más rica y extensa del mundo, se comentaba que había surgido un aspirante al trono hacía tiempo vacío. De pronto, parecía que el imperio de los persas, en lugar de traer la paz universal de Arta a la humanidad, se extinguía en el caos, bajo una sombra que se extendía cada vez más. Así, Darío, el autoproclamado paladín de la luz, estaba a punto de someterse a una prueba definitiva. Lo que se hallaba en juego no era sólo su propio futuro, sino el futuro de todo el Próximo Oriente.

Lo que le esperaba a Darío era el camino a Babilonia.

CAPÍTULO 2

Babilonia

La escalera al cielo

Sin el polvo no habrían podido existir las ciudades ni los grandes reyes, o eso decían las gentes de Babilonia, que conocían demasiado bien la historia de su civilización, cómo se había construido a partir del barro. En el principio de los tiempos, cuando la Tierra era poco más que un océano, Marduk, rey de los dioses, había construido una balsa de juncos, la había cubierto de polvo, la había rociado con agua para formar el limo primigenio y, con él, se había construido una casa, el Esagila, primera edificación del mundo, que siglos más tarde todavía podía verse, erguida, en el corazón de Babilonia. No había hecho falta un templo para que los babilonios supiesen apreciar lo que podía hacerse con el agua y la tierra; en su fuero interno, ya lo sabían. «Tomaré la sangre —había anunciado Marduk en los primeros días de la creación— y esculpiré la carne y le daré forma al primer hombre»;[1] cumpliendo con su palabra, el dios había mezclado un poco de tierra con la sangre de un rival al que había asesinado y, a partir de aquella mezcla pegajosa, había creado a la humanidad. En ese acto primigenio de la creación del hombre se había establecido un pa-

trón que iba a durar hasta el fin de los tiempos, porque ¿cómo habrían sido los cultivos del campo o los ladrillos de una muralla si no hubiese existido el barro? Rodeados como se encontraban los babilonios por un paisaje inhóspito, montañoso y desértico, cuando observaban su propia tierra, no podían menos que sentirse el pueblo más afortunado de todos, bendecido no por uno, sino por dos ríos caudalosos, prueba portentosa del favor de los dioses. La fertilidad de sus tierras, el esplendor altivo de sus construcciones, el acceso fácil de los comerciantes al mar, todo aquello eran regalos del Éufrates y del Tigris. Por ello, bien hacían los viajeros griegos en referirse a aquellas estepas lodosas como «Mesopotamia», es decir «la tierra entre los ríos». Y es que sin agua, la riqueza de Babilonia no habría sido más que polvo reseco.

Pero tal como estaban las cosas, la ciudad era la joya de la corona del rey de Persia, algo que sólo podía perder quien estuviese dispuesto a perderlo todo, como bien sabían los propios babilonios, que tenían un buen concepto de sí mismos y estaban acostumbrados a concebir su ciudad como el epicentro de todo gran acontecimiento. Durante siglos, la ambición de aquel pueblo había conmocionado al Próximo Oriente. De todos los enemigos de Asiria, el más persistente había sido el pueblo babilónico, que junto con los medos había llevado a cabo la revuelta que derrocó al imperio abominable sobre cuyo naufragio construyeron luego los babilonios su propio dominio, imponiéndose a sus vecinos por medio de los mismos métodos afables que antaño habían empleado también los asirios, «el yugo férreo del servilismo».[2] Jeremías, en la lejana Judea, había advertido al respecto que «su aljaba es como un sepulcro abierto; todos son valientes. Comerá tu mies y tu pan, comerá a tus hijos y a tus hijas; comerá tus ovejas y tus vacas,

comerá tus viñas y tus higueras, y a espada convertirá en nada tus ciudades fortificadas en que confías».[3] Y al final, todo había ocurrido como lo había previsto el profeta: en el 586 a. J. C., Jerusalén fue tomada y quedó convertida en un montón de escombros renegridos, por lo cual los judíos tuvieron que partir a llorar su exilio en las riberas babilónicas, donde les harían compañía los desterrados de otras naciones del Próximo Oriente. Y es que, a pesar de ser tan fértil y pujante, hacía tiempo que Mesopotamia no se bastaba a sí misma y, para poder sobrevivir y satisfacer sus apetitos monstruosos, había empezado a vampirizar hombres y productos provenientes de tierras lejanas. Los inmigrantes, fuesen esclavos o exiliados, mercenarios o comerciantes, formaban una variopinta multitud en las calles de Babilonia, la primera ciudad realmente multicultural de la historia. Incluso después de perder la independencia a manos de Ciro, la capital mesopotámica seguiría siendo el mayor crisol de razas del Próximo Oriente y en sus calles seguirían resonando mil lenguas diversas, junto a los rugidos de animales exóticos y el revoloteo de extraños pájaros, adornados con el color dorado, escarlata y madreperla de los confines del mundo. En comparación con Babilonia, Grecia era un lugar atrasado; tal vez hubiese sido la cuna de un imperio, pero ni mucho menos era el pulso del mundo.

Por ello, no sorprendía que los babilonios considerasen que, con el favor de los dioses, el mandato persa no sería más que una mera aberración temporal. Ciro, con su habitual magnanimidad, había desdeñado la idea de eliminar a la familia real de los vencidos, y aunque el último rey, Nabónido, era un anciano cuando la ciudad cayó, a su muerte había dejado unos cuantos herederos con iniciativa. A comienzos de octubre de aquel año, uno de ellos, aprovechando el caos que se había desatado con la muerte de Bardiya,

se proclamó a sí mismo como Nabucodonosor III, nombre portentoso, cargado de una historia ominosa en el recuerdo de todos aquellos que habían sufrido las atenciones de los babilonios en el pasado. El segundo Nabucodonosor había sido el soberano más grande de Babilonia, conquistador de Jerusalén y mucho más: un destructor de ciudades y naciones orondas, al que los vencidos todavía recordaban como un ser fabuloso, resplandeciente y mortífero. Pero si el nombre del nuevo rey hacía temblar a todo el Próximo Oriente, su efecto en los propios babilonios había sido ensoñador: su mundo parecía estar recobrando el equilibrio inicial. El dominio universal que los bandidos persas le habían arrebatado a Mesopotamia podría ahora devolverse a quien realmente pertenecía; Nabucodonosor reinaría de nuevo y, como era de esperar, lo haría sobre el mundo entero.

Darío, siempre consciente del potencial de la propaganda, supo no tomarse aquellos sentimientos de los babilonios a la ligera, y a pesar de que la rebelión en Elam lo había aislado de su patria, prefirió dirigirse directamente a Mesopotamia en lugar de regresar a Persia. Con su habitual y pasmosa velocidad, Darío descendió de los montes por el mismo camino que Ciro había seguido diecisiete años atrás y, como a Ciro, el comienzo de la ruta parecía darle la bienvenida: un falo enorme, formado de piedras, se erguía a un lado de aquel camino, marcando el límite de la Tierra de los Dos Ríos; ante él, llana y uniforme, se extendía la monotonía de las tierras aluviales. En aquel vacío sólo irrumpía, de vez en cuando, algún campesino encorvado por la siembra de la cebada, o tal vez alguna línea de palmeras discontinuas que señalaban el curso de acequias y canales, mucho menos abundantes que alrededor del Éufrates, más hacia el sur. Porque las riberas del Tigris, en contraste con las de su

hermano, el Éufrates, eran de una inclinación asombrosa, y su corriente, cosa muy inconveniente para los agricultores, fluía con tal rapidez que su nombre, en persa, significaba «la flecha».

Pero aquello que hacía del Éufrates una fuente inadecuada para el riego, lo convertía sin embargo en una línea de defensa ideal, sin duda la más formidable con la que contaba Mesopotamia, cuya geografía carecía de accidentes que no fuesen aquellas márgenes. De modo que, para defenderse mejor de la amenaza de una invasión médica, y con el fin de aislar las llanuras que separaban el Tigris y el Éufrates, los babilonios habían construido una larga serie de fortificaciones de ocho metros de ancho y diez de altura, cuyas almenas, orgullosas, podían avistarse a través de la tristeza de aquella planicie. Al cabo de sesenta años de su construcción, la «Muralla Meda» aún daba fe de la temida grandeza del monarca que la había construido, Nabucodonosor II, y se hacía difícil imaginar una ubicación más adecuada para el despliegue del poder real. Acad, la región que atravesaba la muralla, estaba poblada por numerosos recuerdos de las innovaciones pasadas. Milenios antes de Nabucodonosor, un hombre llamado Sargón había tenido un sueño embriagador, un sueño que nadie olvidaría, y gracias al cual los reyes de Babilonia se sentían honrados de llamarse reyes de Acad, título que, a diferencia de otros apelativos babilónicos, como «rey de los cuatro confines del mundo» o «rey del universo», podía parecer modesto, pero que entrañaba el vínculo más estrecho entre los reyes de Babilonia y los orígenes del imperio. Porque aunque Acad se hubiese convertido en un lugar de provincias y el viento se hubiese llevado su antiguo esplendor, antaño había sido la sede de la monarquía. Había sido en Acad, en la década del 2200 a. J.

C., donde por primera vez se había concebido la idea de una conquista mundial.

Sargón, el oscuro aventurero que parecía haber emergido de la nada para cultivar aquella ambición de extinguir la independencia de las vecinas ciudades-estado y mandar en «la totalidad de las tierras bajo el cielo»,[4] nunca dejaría de ser el modelo del hombre mesopotámico, fuerte y resuelto. Casi dos mil años después de la fundación de Acad, Sargón seguía siendo ejemplo y guía para los grandes reyes y, de hecho, en las décadas que precedieron a la conquista persa, la obsesión por Sargón se había vuelto una verdadera moda. En Susa, la capital de Elam, se retocó amorosamente una reliquia conmemorativa de la victoria, originalmente grabada por el nieto de Sargón, y se colocó en un sitio muy visible. Y el propio Nabónido, emocionado, llegaría a trasladarse hasta Acad para supervisar en persona la excavación y restauración de una estatua del gran Sargón. Los museos empezaban a surgir en todas partes: en Ur, por ejemplo, la hija de Nabónido, la princesa En-nigaldi-Nanna, conservaba una colección de antigüedades etiquetadas con gran cuidado, las cuales se exhibieron para edificación del público. Entretanto, en la propia Babilonia, los estudiosos se dedicaban minuciosamente a revisar inagotables archivos en busca de documentos antiguos, reciclando frases arcaicas, buscando la manera de legitimar las necesidades y los caprichos de sus señores en el pasado más lejano. El pueblo mesopotámico, que habitaba entre los vestigios de miles de años de historia, siempre había sido muy respetuoso de la Antigüedad, y en lugar de sentirse oprimido por su pasado, prefería reciclarlo, canibalizarlo y transformarlo para su provecho.

Podría haberse esperado que los persas respondiesen de un modo muy distinto a aquella veneración, que les resultase amenazadora, que sintiesen suspicacia o incluso miedo,

porque no sólo ocurría que su propia historia, al compararla con la de Mesopotamia, parecía tan fugaz como un parpadeo, sino que el paso de las edades de la Tierra, registrado con esmero en listas de reyes y mapas celestes, se convertía en conocimiento para aquellos que lo estudiaban y el conocimiento, a su vez, significaba poder. Si Babilonia ya tenía fama de ser una ciudad de hechiceros, a ello vino a sumarse el establecimiento de una gran red de observatorios a través de toda Babilonia, que permitía a los astrólogos descifrar las advertencias de los cielos y enviar rápida noticia de ellas a los estrategas babilonios. La capacidad de leer el futuro y trazar mapas de las señales que los cuerpos celestes enviaban a los estadistas había sido siempre un arma poderosa para los reyes de Babilonia. Y podía resultar sobrecogedora si se le sumaban los elaborados e indescifrables rituales por los que también era famosa la ciudad, además de sus muchos templos y zigurats, y de los cimientos primordiales sobre los que se habían erigido sus monumentos de ladrillos, en los que, se suponía, aún podían encontrarse las huellas digitales de los dioses; unos templos cuya disposición, se pensaba, databa del comienzo de los tiempos.

Y sin embargo, en el año 539 a. J. C., durante su primera visita a aquella ciudad recién conquistada, Ciro no se había sentido intimidado en lo más mínimo. De hecho, se había mostrado mucho más abierto que Nabónido hacia las complejas y ajenas tradiciones de Mesopotamia, y también hacia el apoyo que éstas podían ofrecerle a su régimen. Porque el último rey de Babilonia, fascinado como se hallaba por la Antigüedad, en algún momento había llegado demasiado lejos en su investigación: no satisfecho con adorar al héroe Sargón, Nabónido también había ensalzado a los reyes de Asiria, a quienes había calificado como sus «ancestros reales»,[5] y cuyos antiguos títulos había adoptado. Esto, para

decir lo menos, resultaría un desatino ante una ciudad que un rey asirio había intentado borrar de la faz de la Tierra. Pero todavía más ofensivo para las sensibilidades babilónicas, y finalmente fatal para la causa de Nabónido, iba a resultar que este último hubiese podido dislocar la nariz de Marduk.

Era muy difícil imaginar un dios más irritable que Marduk en lo respectivo a su dignidad, de modo que ningún mortal, ni siquiera el monarca más excelso, podía permitirse ofenderlo. Era por eso que, cada nuevo año, se esperaba que el rey visitara el Esagila, el más grandioso templo de la ciudad, donde debía exponerse a las bofetadas y tirones de orejas de una humillación ritual que tenía lugar bajo la mirada admonitoria de la estatua de oro de Marduk. Si las lágrimas inundaban los ojos del rey, tanto mejor, porque aquello indicaba que el dios estaba complacido. En cambio, si el rey no aparecía por el templo, eso sólo podía presagiar el desastre para sus dominios, y era por eso que, según la manera de pensar de los babilonios, el comportamiento de Nabónido resultaba particularmente atroz. No sólo se había ausentado durante diez largos años de Babilonia y, por tanto, del Esagila, sino que había hurgado en sus heridas al promover el culto del venerable dios de la Luna, Sin, en lugar de promover el culto de Marduk. Era cierto que Nabónido había descubierto buenas razones en la historia antigua para obrar de aquel modo, puesto que, de la misma manera que Babilonia, lejos de ser la ciudad más antigua del mundo, como gustaban de presumir sus ciudadanos, en realidad se había fundado relativamente tarde, su señor Marduk también había ascendido al trono de los dioses de manera tardía. Al patrocinar el culto de Sin, Nabónido esperaba proporcionarle a su extenso imperio un objeto de lealtad menos chauvinista que el imperioso Marduk. Sin

embargo, lo único que Nabónido había logrado había sido exponerse de modo fatal a la propaganda de Ciro. Según se decía, «Marduk estaba explorando todos los países del mundo en busca de un soberano justo»,[6] y lo había encontrado en el rey de Persia, de modo que Ciro, bienvenido a Babilonia por sus nuevos súbditos, condenó a Nabónido por hereje, como era de esperar, al tiempo que se promovía a sí mismo como el dichoso elegido de Marduk. Los antiguos rituales de la ciudad continuaron llevándose a cabo sin prohibición alguna y las estatuas del culto, de las que Nabónido se había apropiado y mantenía bajo custodia, fueron devueltas a sus santuarios. Durante los primeros meses del mandato persa, Cambises, ocupando el lugar de su padre, incluso se presentó en el Esagila para recibir las bofetadas rituales de año nuevo.

Marduk había sido honrado. El orden se mantenía en la Tierra de los Dos Ríos. Y sí, los persas eran unos advenedizos, y sí, para los babilonios resultaba desconcertante que la ciudad más grandiosa del mundo estuviese gobernada como si fuese una ciudad de provincias, pero Ciro y Cambises habían traído la paz a la ciudad. Y no había mayor virtud que se pudiese atribuir a un rey. Los sacerdotes de Marduk, ratificados en su primacía y en la posesión de grandes extensiones de terreno en Mesopotamia, no eran los únicos nativos en colaborar de manera entusiasta con el mandato extranjero, porque los negocios también florecían: la inflación, que se había disparado bajo el mandato de Nabónido, acabó por estabilizarse, mientras que las rutas de comercio, que ya no se hallaban bloqueadas por las sanciones de los persas, se habían llenado otra vez de caravanas. Para los comerciantes y los financistas, la absorción de Mesopotamia en un imperio mundial facilitaba oportunidades sin precedentes; y la noción sentimental de lealtad al antiguo régi-

men apenas podría obstaculizar el camino del lucro. Los Egibi, por ejemplo, una dinastía de banqueros que, durante décadas, habían sido agentes de los reyes nativos de Babilonia, apenas terminaban de presenciar la caída de Nabónido cuando ya se estaban acomodando sin problemas al nuevo orden. Pronto empezaron a datar sus documentos según el año del ascenso de Ciro al trono y a buscar la expansión hacia los territorios iranios. Al cabo de un par de años, habían abierto oficinas en Ecbatana y a través de toda Persia, además de diversificarse con entusiasmo a los rubros del comercio de esclavos y la caza de contratos matrimoniales. Fue entonces cuando, de pronto, sorprendidos por la revuelta en Mesopotamia, los Egibi tuvieron que afrontar la ruina. A finales del otoño del 522 a. J. C., el centro de operaciones de los Egibi en Babilonia había perdido el contacto con las sucursales regionales, y dos de los hermanos se encontraban aislados en Persia. Las deudas bancarias empezaban a crecer y, más que la libertad, la rebelión de su propia ciudad prometía el desastre, de modo que, mientras más pronto se sofocase la revuelta y se pudiera devolver la estabilidad a los mercados, mejor.

Por supuesto, el hecho de que el mandado persa hubiese degenerado en una cadena de asesinatos y sectarismos era, para la mayor parte de los babilonios, justificación suficiente para la revuelta. Del mismo modo que Marduk se había visto ofendido por Nabónido, ahora el dios reprobaba la actitud guerrera de la casa de Ciro. Sin embargo, aquella suposición, aunque ponía en peligro los reclamos de Darío sobre el trono, también le presentaba una oportunidad deslumbrante: ¿Acaso no podía el elegido de Ahura Mazda mostrarse también como el favorito del dios supremo de Babilonia? ¿Era realmente posible que, después de haber derrocado al hereje Nabónido, el dios bendijera al hijo del

hereje? ¿Qué mejor oportunidad para Darío de establecer sus credenciales como monarca del mundo que sofocar la rebelión en Babilonia? No sorprende, pues, que hubiese arremetido con tanta fuerza contra la ciudad. Para mediados de diciembre, la avanzada persa ya había alcanzado la Muralla Meda, y el próximo paso para Darío fue girar hacia un flanco y guiar al ejército para cruzar el Tigris con ayuda de caballos, camellos y pieles de animales infladas. El 13 de diciembre del 522 a. J. C., el ejército pacificador se encontró en la batalla con las fuerzas de Nabucodonosor, que fueron aniquiladas. Seis días más tarde, con una segunda victoria, Darío acabó de hundir a las fuerzas babilónicas, y Nabucodonosor, junto con lo que quedaba de su caballería, huyó de regreso a la capital. Ninguno de los que se quedaron atrás sobrevivió, y el camino a Babilonia se encontró finalmente despejado.

Sin dudarlo, Darío enfiló aquel camino. Ante él, ocultando el horizonte, se extendía una espantosa bruma de humo y polvo, la exhalación de una metrópolis sin rival en el planeta. Amontonada en las callejuelas estrechas y retorcidas de Babilonia vivía la imposible cantidad de un cuarto de millón de personas. Atestada como se encontraba aquella ciudad, una densa aglomeración de ladrillos, cuerpos y estiércol, encerrar apenas una parte de su extensión había requerido la fortificación urbana más grande que jamás se hubiese construido. Aquellos muros, asombrosos, como todo en Babilonia, rodeaban cinco kilómetros cuadrados, contaban con ocho colosales puertas ornamentadas, y allí donde el Éufrates no formaba una barrera natural, se hallaban a su vez protegidos por fosos, «enormes corrientes de aguas, tan destructoras como las enormes olas del mar». Era una gran ciudadela, adecuada para el teatro de las fantasías del mundo: «Babilonia, la ciudad de la opulencia; Babilonia, la ciu-

dad cuyas gentes se hallan superadas por sus riquezas; Babilonia, la ciudad de las celebraciones, júbilo y baile interminable.»[7] Según se decía, era posible ver a Ishtar, la diosa del amor, deslizarse incluso a través de los callejones más oscuros para visitar a sus favoritos en las tabernas o al aire libre, de modo que toda la ciudad, mezclando la fiesta con la aventura erótica, parecía brillar de deseo. Seguro que para los judíos en el exilio, aquella ciudad parecía un caldo de libertinaje, mientras que para quienes se encontraban en países lejanos, se trataba de un lugar ultraterreno y maravilloso. Según se relataba con gran credulidad, la muralla de la ciudad abarcaba unos noventa kilómetros y tenía cientos de puertas de bronce. En las calles, según se rumoreaba, la prostitución se consideraba un deber sagrado, y las hijas eran felizmente alcahueteadas por sus propios padres. Más que una ciudad, Babilonia era, en sí misma, otro mundo. De hecho, «tal era la inmensidad de su escala» que Ciro —se decía— se había hecho fuerte en las afueras sin que nadie, desde el centro de la ciudad, se diera cuenta de su llegada, y los babilones, que celebraban una fiesta, siguieron bailando y colmando sus instintos. «Y así fue como Babilonia fue tomada por primera vez».[8]

Pero, ¿y la segunda? Las historias que relataban la captura de Babilonia por parte de Ciro, aunque inverosímiles, seguro que apuntaban a una verdad estratégica: un ejército que irrumpa en una ciudad puede verse, en efecto, engullido por su vastedad. Los soldados de Darío debieron de haber sentido que el corazón les latía con más fuerza al comenzar a distinguir la muralla de Babilonia a través del humo porque nada, ni siquiera los templos egipcios, podía haberlos preparado para las gigantescas dimensiones de aquel lugar. Sin embargo, es poco probable que su general sintiera algún asomo de duda porque Darío sabía, pues así le ha-

bían hecho saber sus estrategas, que Babilonia estaba madura para su recolección. Aunque pareciera inexpugnable, aquella ciudad se encontraba demasiado desgarrada por las luchas internas como para defenderse. Y si Babilonia era un espejo del mundo, como clamaban aquellos que habían quedado maravillados por la ciudad, entonces la imagen que devolvía aquel espejo era la del odio social y étnico. No sólo los sacerdotes y los comerciantes estaban deseosos de colaborar con el rey persa; Babilonia también estaba repleta de descendientes de deportados que se hallaban dispersos en los suburbios, poco dispuestos a morir por la causa de Nabucodonosor. De modo que el cosmopolitismo de la gran ciudad, que alguna vez había sido la marca y el sustento del poder imperial, ahora se convertía en una amenaza de anarquía. Y la anarquía era una perspectiva que los babilonios evitarían a toda costa, incluso al precio de tener que rendirse a un soberano extranjero, porque el caos, en Mesopotamia, siempre se había considerado la máxima pesadilla. Como era bien sabido, demonios incontrolables y bestiales habían dominado al mundo en sus albores, hasta que los dioses se apiadaron de la humanidad y pusieron orden, dándole un rey sin el cual la civilización no podría mantenerse y sin el que los demonios volverían. «Tener autoridad, posesiones y fortaleza, todas son espléndidas propiedades divinas.» Así se había dicho en la Antigüedad, en una época tan remota que incluso Sargón y su imperio eran todavía cosa del futuro. «Debéis someteros al hombre fuerte, debéis humillaros ante el hombre que ejerce el poder.»[9] Tal vez no fuese la más heroica de las máximas, pero al menos era un consejo práctico que se había consagrado en los hábitos de la ciudad a lo largo de milenios. De modo que los babilonios, al ver que el rey persa cabalgaba victorioso ha-

cia ellos, se postraron ante él debidamente y, una vez más, como lo habían hecho con Ciro, le abrieron las puertas.

Al atravesar el azul vidrioso de la entrada principal, Darío tomaba posesión de la ciudad sin que ningún laberinto urbano se lo tragase. En Babilonia podían hallarse tanto la simetría como el caos: del mismo modo en que los dioses habían dado estructura a un mundo informe mediante el don de la institución sagrada de la monarquía, una soberbia cuadrícula de bulevares se había dispuesto a través del agitado fermento de la ciudad más grande del mundo. Y Darío hacía su entrada en Babilonia por el más largo de aquellos bulevares, la Gran Ruta Procesional.

«Que no florezcan los arrogantes» era expresión con la que, en recuerdo de victorias pasadas, los babilonios se referían a aquella avenida. Recorrerla como su soberano era apoderarse de los sueños más orgullosos de la ciudad, ya que, en Babilonia, dejarse ver era la esencia de la monarquía. Lejos de ser pompa y fasto vacío, aquello se consideraba la emanación de un orden otorgado a la ciudad por los dioses, y que podía imaginarse como la descarga de un relámpago que se propagara a través de ella, iluminando la carne y los huesos de los mortales, el polvo, el limo y el ladrillo. La arquitectura de la Ruta Procesional era una ilustración conmovedora de aquella metáfora. Al final del bulevar se erguía, hasta una altura de casi cien metros, el monumento más asombroso de Babilonia, una inmensa torre escalonada de diecisiete millones de ladrillos, que proyectaba su sombra incluso sobre el Esagila: se trataba del Etemenanki, o «casa que es la frontera entre los cielos y la Tierra». Aquí, como el nombre del templo daba a entender, habitaba un misterio muy profundo, localizado con precisión y portentoso simbolismo en el centro de la ciudad. Pero el Etemenanki no era la única manifestación de aquel contac-

to entre los cielos y la Tierra: en opinión de los babilonios, también debía serlo la persona mortal de su rey, puesto que, de acuerdo con una antiquísima tradición mesopotámica, el rey era un hombre distinto a todos los demás, pero también el palpitante corazón de toda la sociedad. Y el que aquello no fuese una paradoja lo ilustraba una simple visita a la Ruta Procesional. A un lado de la entrada principal de la ciudad, a la vista de todos aquellos que entrasen a Babilonia, se hallaba un palacio inmenso, a su manera tan visible como el Etemenanki, que se encontraba en el extremo opuesto del bulevar. Pero quien se topara con aquella construcción de ladrillo de policroma magnificencia, recubierta como estaba de oro y plata, lapislázuli, marfil y cedro, no podía evitar agachar la vista. Porque aquella opulencia no era sólo una manifestación del poder real, sino que había sido calculada, precisamente, para reforzarlo; todos debían someterse y postrar sus almas ante ella.

Mesopotamia, tierra glamurosa, siempre había ejercido una poderosa influencia en sus vecinos, y entre muchos otros, los reyes de Anshan siempre habían considerado a Babilonia como modelo de realeza, una rica herencia que Darío, al establecerse en el gran palacio real de la Ruta Procesional, reclamaba para sí: el rey de Persia sería también el rey de Babilonia. Y sí, también rey de Acad. Orgulloso como se encontraba de su ascendencia, «aqueménida, y también persa, hijo de persa»,[10] Darío no tenía problema en adornarse con las túnicas que había saqueado del «rey de las tierras» de Mesopotamia. Pero Darío tenía incluso mejores motivos que Ciro o Cambises para comprobar que la talla le viniese bien; como usurpador, necesitaba cada fragmento de legitimidad que pudiese conseguir.

Una vez ganada Babilonia, Darío se mantuvo alerta a todo aquello que la ciudad pudiese enseñarle. Y es que para

un hombre de una inteligencia tan penetrante, Babilonia tuvo que haber resultado una inmensa ilustración del significado pleno de la realeza, consagrada en rituales, esplendores y piedras. Las lecciones que allí estaba aprendiendo prometían ser valiosas y, de hecho, tenían que serlo, porque mientras Darío permanecía en aquella ciudad, empezaron a llegarle noticias desalentadoras. La victoria en Mesopotamia no había constituido un gran golpe contra sus demás enemigos, y la rebelión parecía extenderse a través de los dominios sobre los que Darío esperaba mandar. En todas partes se reportaban insurrecciones y guerras.

Para Darío, era el mundo entero lo que se hallaba en juego.

El fin de la historia

«Cada rey de la tierra me trajo grandes tributos y me besó los pies cuando me hallaba en el trono de Babilonia»,[11] llegó a alardear Ciro. Sin embargo, la estancia temporal de Darío en aquella ciudad, que sólo había traído oleadas de rebelión, no estuvo señalada por ninguno de los gestos ostensivos de clemencia tan amados de sus predecesores. Sitiado como se encontraba, Darío prefería más bien los actos de brutalidad y justo castigo, cuidadosamente dirigidos a un blanco, y fue así como al desventurado Nabucodonosor, que había caído prisionero con la ciudad, se le negó incluso el derecho a su célebre nombre. Darío, echando mano de su truco favorito, le acusó de ser un impostor y le hizo procesar como «Nidintu-Bel».[*] Del mismo modo en que se habían deshecho del cadáver de Gaumata con sospechosa celeridad, a Nidintu-Bel, en lugar de hacerle desfilar por la Ruta Procesional, se le empaló con tanta prisa como discre-

ción. Junto al presunto impostor iban a aparecer cuarenta y nueve tenientes, sin duda sus más íntimos allegados. Después de todo, los muertos no podían contar su versión de la historia.

Sin embargo, las sospechas de Darío sobre el acecho constante que tenía lugar a sus espaldas no se despejaban con facilidad. Aquel invierno, a pesar de la captura de Babilonia, parecía como si las tropas del nuevo rey, dispersas y reducidas en número, pudieran verse aplastadas de repente. Ni siquiera Persia había escapado de la revuelta: aunque la división de la aristocracia que Bardiya propició en su momento había resultado fatídica, al menos le había asegurado que la causa asociada a su nombre sobreviviera en alguna de las facciones resultantes. Los nobles que se habían beneficiado de las políticas del rey asesinado apenas podrían esperar favores futuros del asesino. De modo que aquellos nobles tomaron partido imperiosamente contra el golpe y, proclamando como rey a uno de los suyos, Vahyazdata, decidieron copiar la estrategia de Darío y anunciar que aquel hombre era, de hecho, el verdadero Bardiya. Como si no hubiese ya bastantes aspirantes al trono, otros rebeldes empezaron a surgir al mismo tiempo de las sombras en otras regiones de Asia, reclamando también el linaje de monarcas hacía tiempo depuestos y, con él, la gloria de imperios caídos en el olvido. Ambiciones venidas de otro tiempo, reprimidas brevemente por el mandato persa, comenzaban de nuevo a abrirse camino. Entre ellas iba a sobresalir la especial amenaza de un noble llamado Fraortes, que tomaría el control de Ecbatana y que, haciendo causa común con los rebeldes de la parte oriental del imperio, muchos de los cuales se apresuraron a reconocerle como su señor, iba a proclamar el regreso de la Edad de Oro de los medos.

Aquel reto a Darío era algo más que mera nostalgia de una dinastía desaparecida. Fraortes no había tardado en declararse descendiente directo de Astiages, pero sobre todo era legatario de un resentimiento que había favorecido la desaparición del último rey de los medos. Si la nobleza meda, al igual que la persa, deseaba conservar algún tipo de independencia, no contaba con otra alternativa que expulsar al usurpador; Darío, decidido, brutal y carismático como era, no parecía capaz de mimar los caprichos de nadie que no fuese él mismo. Y allí radicaba una elección en verdad angustiosa para los jefes de clanes: o dejaban pasar la oportunidad de formar parte de un nuevo imperio global, para disfrutar otra vez los placeres locales y más limitados, o podían seguir siendo amos y señores del mundo, pero en calidad de vasallos de un rey universal. La medida de la grandeza persa, incluso cuando aquel pueblo parecía haber derivado en una zozobra mortal, dictaba que «los cielos y la tierra, el mar y el desierto»[12] podían verse sacudidos, pero la gran convulsión, la que tenía lugar en el corazón, sólo podía manifestarse en forma de una guerra civil.

A lo largo y ancho del imperio, la lucha más cruenta ocurriría entre aquellos que apenas unos meses antes habían sido compañeros de armas. Las fuerzas de Vahyazdata, que planeaban apoderarse de la provincia vecina a Persia por la parte oriental, fueron detenidas por el gobernador, que había elegido sumarse al bando de Darío. En el norte, donde los rebeldes se habían alzado en apoyo a los coterráneos de Fraortes, los hombres leales a Darío no estaban bajo el mando de un persa, sino de otro compatriota de Fraortes, un medo. Entretanto, en la propia Media, a temperaturas bajo cero y entre tormentas de nieve, los jefes de los clanes se enfrentaban por el control de la Gran Ruta del Jorasán. En enero, las huestes de Fraortes avanzaban con decisión

hacia la llanura de Neseo, desde donde amenazarían con entrar en Mesopotamia del mismo modo en que, no hacía ni dos meses, lo había hecho el propio Darío. Y con ello se avecinaba la verdadera explosión de la crisis: Darío, sabiendo que no podía perder Babilonia pero que, al mismo tiempo, estaba inmerso en una guerra frenética con varios frentes, envió un pequeño ejército al mando de Hidarnes, uno de los siete conspiradores originales, para mantener el control en la ruta costase lo que costase. Hidarnes, cuyo futuro para entonces ya se encontraba ligado de modo irrevocable a la suerte de Darío, regresó obediente sobre sus pasos hasta los Zagros helados, donde, con sombría resolución, dispuso sus tropas para bloquear el descenso de los rebeldes medos. Aunque la batalla se libró en toda ley, el resultado fue un punto muerto: el ejército de Fraortes, que no había sufrido bajas de consideración, tampoco pudo continuar su avance, e Hidarnes, atrincherado ante el acantilado sagrado de Behistún, mantuvo la línea de defensa y esperó a su señor.

Hacia el mes de abril se comunicó, finalmente, una gran victoria contra Vahyazdata. También fue abatida la rebelión en el norte, y Darío estaba listo para dedicarse a la campaña meda. Al mando de las reservas que mantenía en Babilonia, se dirigió hasta el lugar donde se encontraba Hidarnes, y en una batalla sangrienta y decisiva, las fuerzas de Fraortes fueron aniquiladas. Este último fue apresado y encadenado. Darío sabía ahora que haber descuidado la exposición de Gaumata y Nidintu-Bel al escarnio público había sido un error que había que subsanar, por lo que el destino de Fraortes tenía que ser ejemplar. No sólo le cortaron la nariz, la lengua y las orejas, sino que, además, se le cegó de un ojo. Y mientras otros rebeldes prominentes eran despellejados para luego rellenar sus pieles con paja, al amo se le dejó en-

cadenado a las puertas del palacio real de Ecbatana, «donde todos pudieran verlo».[13] No fue hasta que sus coterráneos hubieron tenido suficiente oportunidad de quedarse boquiabiertos ante la humillación del hombre que había querido reinar en Media cuando Fraortes fue empalado.

Todo se hizo, por supuesto, para particular edificación de los jefes de los clanes. Sin duda, el cadáver maltrecho de Fraortes, pudriéndose en su estaca, visible desde cualquier punto de Ecbatana, debía pesar en las mentes de los nobles tanto como su hedor cargaba el aire veraniego. Al cabo de dos meses, la aristocracia persa se vería recompensada con la misma lección, y Vahyazdata, que había perdido una segunda batalla, sería debidamente empalado junto a sus tenientes más cercanos, sentenciados todos al mismo destino doloroso, retorciéndose en un inmenso bosque de estacas, bajo la supervisión de un Darío implacable y de expresión severa. Ya no habría más aspirantes a hacerse pasar por Bardiya, mientras que el rey asesinado descansaba por fin en su tumba. Poco a poco, Darío pasaría a apropiarse de quienes en la intimidad habían dependido de Bardiya. Los varios retoños femeninos de la familia real, es decir, hermanas, esposas e hijas del hombre al que había desplazado, se vieron arrastrados al tálamo de Darío. Entre ellos se encontraba Atosa, dos veces viuda pero por primera vez reina junto a un hombre que no fuese su hermano. Qué emociones podía haber experimentado Atosa al dormir con el asesino de Bardiya es algo que sólo puede imaginarse, pero lo que es cierto es que, de acuerdo con los registros, no sería ella la esposa favorita de Darío, título otorgado a su hermana menor, Artistone, la segunda de las hijas de Ciro en proporcionarle al nuevo rey un vínculo con el pasado.

De todas formas, Darío, que había vadeado entre la sangre hasta hacerse con el *kidaris* real, no era el tipo de hom-

bre que dependiera sólo de un harén para justificar su mandato. Incluso cuando quería hacerse valer a través del linaje de Ciro, no dejaba de difundir con ferocidad la primacía de su propia sangre: «Soy Darío, Rey de Reyes, Rey de Persia, Rey de las Tierras, hijo de Hiastapes, nieto de Arsames, un aqueménida.»[14] Así, con un sonoro y espléndido redoble, se iba a proclamar. «Hubo ocho en mi familia que fueron reyes antes que yo. Soy el noveno. Nueve veces, en sucesión, hemos sido reyes.»[15] Lo cual, por supuesto, era estirar la verdad hasta el exceso porque, ¿dónde quedaba Cambises, y dónde Ciro, y dónde la línea de sucesión real legítima? ¿Dónde, en efecto, quedaba el padre de Darío, Hiastapes, que de modo más bien vergonzante seguía vivo? Ahora que el mundo estaba en sus manos, Darío podía dejar al margen pormenores embarazosos como aquél. Después de todo, lo que importaba no era lo que pudiese saber el círculo íntimo de cortesanos y jefes de clan, sino lo que Darío lograra hacer comprender al imperio y a la posteridad.

Además, aquellas falacias sólo encubrían una verdad más profunda. Hacia el verano del 521 a. J. C., aunque todavía estuvieran ardiendo los montes de Elam y Mesopotamia, el triunfo de Darío ya no podía ponerse en duda: el conspirador se había asegurado el trono y había salvado al mundo para el pueblo persa. ¿Y quién, si no un hombre que gozara con brío del favor de Ahura Mazda, eso que Darío siempre había afirmado tener, podría haber logrado cosas tan admirables? Una notoria simetría enmarcaba la trayectoria de sus esfuerzos, una cierta evidencia de alguna guía más allá de lo mortal. Seguro que no era una coincidencia que Behistún, la montaña más sagrada de todas, hubiese servido de escenario a la ejecución de Gaumata y también a la derrota de Fraortes, los dos puntos de inflexión en el progreso de Darío hacia el trono. El nuevo rey, que buscaba in-

mortalizar su campaña contra la Mentira, eligió por supuesto hacerlo en el lugar donde habían ocurrido aquellos hechos que tanto revuelo habían causado. Incluso antes de la victoria en Persia, y por primera vez en la historia, Darío puso a trabajar en Behistún a unos artesanos que «como en las páginas de un libro, en la roca del color de la sangre»,[16] convirtieran el lenguaje de los persas a su forma escrita. La historia de cómo Darío había salvado al mundo del mal era demasiado importante como para confiarla únicamente a los relatos orales de los magos. Sólo la roca sólida podía proporcionarle un santuario adecuado a una épica como aquélla, y «así fue cincelado, y leído en mi presencia, y luego la inscripción fue copiada y enviada a todas las provincias».[17] A partir de aquel momento, nadie en el imperio podría ignorar las hazañas de Darío.

Sin embargo, mientras proclamaba sus logros hasta los confines más lejanos de la Tierra, el rey ya estaba buscando distanciarse del torbellino de la revuelta y la guerra. Sus intenciones podían verse ilustradas en la ladera de la roca de Behistún, esculpidas en un inmenso relieve junto a los bloques de escritura cuneiforme. Allí se divisaba un enorme Darío que aplastaba a Gaumata, abatido, bajo sus pies; y ante él, como enanos maniatados, se extendían en fila los reyes mentirosos. En la cara del conquistador, sin embargo, no se veían labios fruncidos, ni la sonrisa gélida y despreciativa del mando; más bien serenidad, dignidad, majestad y calma, como si los triunfos celebrados en aquel relieve no fuesen, para el héroe, más que las señales de un orden que se encontraba más allá del tiempo. En conjunto, aquello representaba un desvío radical de las normas de autopromoción de la realeza. Cuando los reyes asirios se habían retratado a sí mismos pisoteando a sus adversarios, lo habían hecho en el detalle más extravagante: salpicados de sangre,

entre el avance de las fuerzas que los iban a sitiar y la huida de los vencidos, el botín de los saqueos apilado junto a las cabezas cercenadas. En Behistún no se registraban este tipo de pormenores. Lo que le importaba a Darío no era la batalla, sino haberla ganado; le daba igual el derramamiento de sangre, sino que la sangre se hubiese secado; que una época de paz hubiese llegado. Pero la victoria sobre los reyes mentirosos había sido grande y terrible y, puesto que aquella victoria refrendaba lo que Darío siempre había afirmado, que se trataba del protegido de Ahura Mazda, el nuevo rey no podía menos que ordenar que los detalles de aquella victoria se registrasen y proclamasen. No obstante, Darío nunca volvería a permitir que se le mostrara implicado en los acontecimientos. Como monarca universal, ahora se encontraba por encima de esas cosas. Del mismo modo que el dios Mazda habitaba más allá de los ritmos del mundo, su apoderado, el rey de Persia, trascendía el espacio y el tiempo. De hecho, la historia había alcanzado su glorioso final, y el imperio persa era ese final al mismo tiempo que su máxima expresión, porque ¿qué otra cosa podía ser un dominio que abarcase los límites del horizonte si no se trataba del bastión de un verdadero orden cósmico? De aquella monarquía, ahora que Darío la había redimido de la Mentira, podía esperarse que durase por toda la eternidad; infinita, inquebrantable, la atalaya de la Verdad.

De no ser, claro, porque la historia persistía en su curso. En el 520 a. J. C., mientras los artesanos de Darío aún se encontraban trabajando con ahínco en Behistún, los elamitas, siempre tan sediciosos, se alzaron de nuevo en una revuelta. Darío, enfurecido, los maldijo con rapidez y estruendo: «Esos elamitas eran unos infieles —términos no sólo asombrosos sino, hasta entonces, desconocidos—, no adoraban a Ahura Mazda como era debido.»[18] Lo anterior, es

decir, la condena de un pueblo por desatender una religión que no fuera la suya, era algo completamente extraordinario. Hasta ese momento, Darío, siguiendo la sutil política de Ciro, siempre había perseverado en sus atenciones hacia los dioses extranjeros, pero ahora le estaba enviando a las naciones súbditas del imperio una advertencia nueva y severa. Si algún pueblo proseguía en su rebelión contra el orden de Ahura Mazda, podía esperar que se le considerase no sólo seguidor de la Mentira, sino adorador de *daivas,* falsos dioses y demonios. Por el contrario, los guerreros que lucharan contra ellos podían esperar «bendiciones divinas, tanto en sus vidas como después de la muerte».[19] Gloria en la Tierra y eternidad en el cielo: aquéllas eran las garantías que Darío ofrecía a sus hombres, manifiesto que demostró ser muy alentador. Las tropas de Gobrias, el suegro de Darío, lograron aplastar la revuelta en Elam a una velocidad perentoria y casi arrogante. Los elamitas nunca se atreverían a desafiar otra vez el terrible poder del rey persa. Tal fue el efecto de la primera guerra santa del mundo.

En aquella campaña, que de otro modo no habría resultado memorable, se escondía una fatídica señal. Darío, al poner a prueba los límites del potencial de su religión, había logrado una innovación dramática. Allí estaban contenidas las semillas de algunas de las nociones más radicales que pudiesen concebirse; por ejemplo, que estaba bien aplastar al enemigo extranjero por infiel, mientras que a los guerreros se les prometía el paraíso, y que la conquista en el nombre de un dios podía convertirse en un deber moral. Y no era que Darío hubiese intentado jamás imponer su religión a punta de espada, ni siquiera mientras ordenaba la invasión de Elam: aquella idea resultaba inconcebible para el espíritu de los tiempos. Sin embargo, estaba naciendo una nueva era y Darío era la partera. Su visión del imperio co-

mo unión de los órdenes cósmico, moral y político entrañaría un provecho sensacional, la piedra fundamental no sólo de su propio mandato, sino del propio concepto de orden universal. El imperio que Ciro había dispuesto y había protegido de la disolución se estaba fundando por segunda vez, y una monarquía global se afianzaba de nuevo, dispuesta a forjar una paz global.

Por muy turbadora que hubiese resultado la usurpación del trono por parte de Darío, sus intenciones nunca fueron poner el mundo patas arriba. Muy al contrario, los antiguos reinos del Próximo Oriente, que habían pasado por la última rebelión, ya no eran actores en el escenario internacional. Sin embargo, Darío, el responsable de aquel relevo, aún cuidaba bien de los espectros de aquellos reyes. Aunque los persas fuesen brutales cuando hacía falta, la revolución violenta difícilmente era su ideal. El nuevo rey se disponía a construir su nuevo orden, pero lo hacía a medida de las vestimentas del pasado, y lo iba a adornar con ellas. Un faraón seguía reinando en Egipto, un rey de Babilonia en Mesopotamia y, en Media, un heredero autoproclamado de la casa de Astiages. Darío era todas estas cosas y más. «Rey de Reyes»,[20] tal era el título del que más se ufanaba, no tanto porque tomase por sus feudos a los reinos extranjeros —aunque en efecto así lo hacía—, sino porque le complacía posar como la quintaesencia de la realeza. Todas las monarquías que alguna vez habían existido tendrían que hallar la consagración en su persona; Darío era el Gran Rey.

Y no hubo nadie que no quedase subyugado. Incluso sus antiguos homólogos, aquellos que poseían los nombres más famosos y honrados de Persia, incluso los otros seis conspiradores, todos pasaron a ser meros *bandaka,* es decir servidores del rey. La nobleza, diezmada por la guerra civil, e intimidada por las tropas de Darío, curtidas por la guerra,

ya no se atrevía a cuestionar las aspiraciones del poder real. El propio Darío, que no por nada se había pasado los primeros seis meses de su reinado en Babilonia, tardó poco tiempo en hacer de todo el imperio su hogar. En Susa, la capital de los elamitas vencidos, se dictaron órdenes de allanar gran parte de la ciudad antigua y de construir una ciudad real nueva y grandiosa. Aquella nueva ciudad, edificada con desprecio hacia el sitio en que se emplazaba, no se iba a colocar sobre la topografía natural, sino sobre una superficie nivelada de modo artificial, unos cimientos de gravilla y ladrillo cocido. Darío, no contento con construir una nueva capital empezando de cero, comenzó a buscar sitios vírgenes en la propia Persia. La idea era encontrar el lugar para una segunda capital, más grande, y acabó encontrándolo a unos treinta kilómetros al sur de Pasargada. Esta última no podía convertirse en el nuevo hogar de Darío porque si bien éste continuaba honrándola, Pasargada estaba demasiado asociada al nombre de Ciro. Darío quería un escenario que fuese suyo y sólo suyo, y para ello eligió un sitio que ya se encontraba iluminado por su gloria. Se trataba del monte de la Piedad, nombre que no carecía de una cierta ironía, puesto que había sido al pie de aquel monte donde se empaló a Vahyazdata y a los nobles rebeldes. En ese mismo lugar, Darío ordenó la construcción de una terraza gigante, una plataforma con vistas impecables hacia los campos de la muerte que se hallaban más abajo, «hermosa e inalcanzable»,[21] una base adecuada para la capital del mundo.

Darío bautizó aquel lugar como «Paarsa», como si toda la extensión de Persia se encogiese para poder contenerla entre sus murallas. Y, de algún modo, así iba a ser, pues el apetito de centralización del rey era insaciable. La ciudad, que mucho más adelante los griegos llamarían Persépolis, se

construyó como centro neurálgico del poder y vitrina de exhibición. No sólo Persia, sino también los reinos del vasto dominio que se extendía más allá de Persia iban a formar parte de una inmensa unidad administrativa centrada, como era natural, en la figura del propio rey. No por nada Darío se había pasado los primeros años de su mandato apuntalando el imperio. Y es que estaba resuelto a impedir que el colapso amenazara de nuevo aquella unidad. Con su energía habitual, Darío se dedicó a la tarea administrativa más portentosa que un monarca hubiese emprendido jamás: nada menos que dotar al mundo entero de un sólido equilibrio económico, el mismo reto que había destruido a Cambises y a Bardiya. Pero el talento de Darío, como se iba a demostrar, estaba a la par de sus ambiciones, y la crisis económica que había abrumado al imperio durante el último año del reinado de Cambises se resolvió con dinamismo; el obsoleto sistema tributario que se había mantenido durante la administración de Ciro y de sus hijos fue reformado; se fijaron con cuidado nuevos impuestos y aranceles en todas las provincias del mundo conocido y, sobre la eficacia sin precedentes obtenida con aquella reforma, se sostendría durante casi dos siglos el poderío persa. La meticulosa maestría de Darío en política fiscal fue lo que, por encima del liderazgo militar o de su genio para la propaganda, le permitió rescatar un imperio al borde del abismo. Si el esplendor naciente de Persépolis y de Susa decía mucho del dominio de Darío, también lo hacían, al deslizarse entre las obras de construcción, cargados de pergaminos, tablas y tablillas de cifras, los burócratas empleados en los palacios reales. Es posible que los nobles persas se hayan burlado de Darío «el tendero»,[22] a sus espaldas, pero el imperio y la grandeza de Persia no habrían sido nada si Darío no hubiese llevado los números.

Esta realidad quedaba ilustrada por la propia construcción de los palacios, puesto que los tributos al Gran Rey no eran sólo materia de archivos polvorientos, sino la sustancia misma de un drama espléndido y sagrado. Durante los meses que había pasado en Babilonia, Darío había visto cómo gran parte de la grandeza de aquella ciudad, desde los ornamentos de sus palacios hasta las muchas lenguas que se hablaban en sus calles, daban cuenta de la magnitud del imperio desaparecido. Y lo correcto era que Susa y Persépolis, en tanto y en cuanto que capitales de un dominio inenarrablemente más extenso que el de Babilonia, se prodigasen en sus palacios con «materiales traídos de muy lejos».[23] Según designio previo, relucían allí los trofeos que daban cuenta de la magnificencia de cada rey precedente. Si aquellos enseres podían considerarse a la medida de la grandeza de los reyes, entonces el Gran Rey, con sus *grands projets,* había alcanzado cotas nunca vistas. «El oro, traído de Sardes y de Bactriana, lo han trabajado artesanos de aquí, y las piedras preciosas, lapislázuli y cornalina, se han traído de Sogdiana.» Así se informaba con grandilocuencia a los visitantes que llegaban a Susa: «La plata y el ébano fueron traídos de la India; y los frisos de los muros, de Jonia; el marfil, que se ha tallado aquí, ha venido de Etiopía, la India y Aracosia.»[24] Y así proseguía, en el tono vibrante del anfitrión orgulloso, el recuento de los tributos y labores de los veintitrés territorios del imperio. Nunca antes los detalles del uso de los impuestos se habían convertido en un espectáculo tan fascinante.

Pero ¿dónde quedaban los babilonios, cuya ciudad había sido antes la capital del mundo? Sus nuevas tareas consistían en cavar agujeros para los nuevos cimientos y en hornear ladrillos de barro; responsabilidades poco glamurosas, podría pensarse. Pero cuando Darío enumeraba a los pue-

blos del imperio que habían contribuido a la construcción de Susa, ponía a los babilonios al comienzo de la lista. «Si se cavó en la tierra, si se recogieron los escombros y si los ladrillos que se secaron al sol tenían forma, se lo debemos a los babilonios: fueron ellos quienes llevaron a cabo estas tareas.»[25] El simbolismo de esta afirmación no sólo era profundo, sino que, tratándose de Darío, sin duda era deliberado, porque sabía muy bien que en Mesopotamia no se acostumbraba deshacerse de los vestigios de antiguos monumentos, sino que se precintaban y las nuevas estructuras se construían sobre las ruinas antiguas. Un templo, por ejemplo, aunque se elevara hasta los cielos, se cimentaba siempre sobre los restos del pasado. Y así sucedió con los palacios del Gran Rey.

Aunque descansaran sobre macizas terrazas de enladrilladora, llevada a cabo por los babilonios, y a pesar de que se encontrasen adornadas con el lujo y los tesoros del mundo, tal vez Susa y Persépolis no fuesen la morada de los dioses. Pero, aun así, eran el santuario de una visión espiritual dominante. Si Babilonia rezumaba una energía derivada de sus grandiosas proporciones, las capitales del monarca persa, modeladas a capricho de su fundador, ofrecían un fulgurante reflejo de la armonía del orden cósmico. Eso no quería decir que careciesen por completo de un carácter metropolitano, puesto que incluso antes de la fundación de Persépolis, los Egibi, ubicua familia poseedora de casas de negocios, habían abierto sucursales en la zona, iniciativa que pronto seguirían otros comerciantes y financistas. Además, los burócratas pululaban por todas partes, mientras que artesanos y obreros venidos de los confines del mundo habían traído a las calles de Susa y Persépolis la confusión de sus voces, de otras lenguas. Pero estas ciudades no eran cosmopolitas en el sentido febril en que lo era Babilonia, ni tam-

poco era la ambición de Darío que lo fuesen. Para el Gran Rey, no era necesario salir de palacio y sumergirse en una apestosa masa humana para alardear de sus logros. El recibo detallado de algún tributo, a salvo en el archivo correspondiente; el destello de un metal raro y precioso, extraído de alguna montaña inenarrablemente lejana, en alguna puerta palaciega; el retrato de algún humilde contribuyente —un árabe, un etíope, un nativo del Gandara—, con su sumisión congelada para siempre en el dibujo del friso, todas esas cosas hablaban con perfecta elocuencia de la naturaleza intemporal del poder persa. Aunque para Darío también fuesen importantes los sangrientos detalles prácticos del poder imperial, también lo eran sus sombras, la visión sacra de un estado universal, según la cual el vasto dominio de Darío se había impuesto por el bien de los pueblos conquistados. El pacto encarnado en el mandato persa no podía ser más elocuente: armonía a cambio de humildad; protección a cambio de degradación; las bendiciones de un orden mundial a cambio de la obediencia y la sumisión. Por supuesto, contrastado con la propaganda de los grandes imperios de Mesopotamia, aquello omitía de manera notoria el deleite en la masacre, pero era una eficaz justificación de la conquista global ilimitada.

Y es de una lógica deslumbrante que si el destino del pueblo persa era traer la paz a un mundo que se desangraba, entonces quienes desafiaban aquel destino eran, no cabía duda, agentes de la oscuridad y la anarquía; súbditos de la Mentira, que no sólo amenazaban al imperio de Darío, sino al orden cósmico que en él se reflejaba. Pero, en ocasiones, incluso la Tierra y el cielo podían manifestar su repulsión hacia los enemigos del Gran Rey. En el 519 a. J. C., un año después de la supresión de la revuelta elamita, un nuevo levantamiento tuvo lugar entre los sacios, rebeldes

empedernidos, en la frontera norte del imperio. Darío, que se dirigía con sus tropas a pacificar la revuelta, fue traicionado por su guía y acabó perdido y muerto de sed en las lóbregas estepas. Como no había agua en kilómetros, ni parecía que fuese a llover, el rey no tuvo más alternativa que adoptar medidas desesperadas: subir a la cima de una montaña, despojarse de su manto y de su *kidaris,* lanzar el cetro al suelo y esperar la llegada del amanecer, cuando el Rey de Reyes elevó su voz en una plegaria que eliminara de la tierra las sombras de la oscuridad. Y así fue. Sus ruegos fueron atendidos; del cielo empezó a caer lluvia y el agua refrescó la tierra. Darío recogió entonces las vestiduras reales y dirigió su ejército hasta la victoria contra los rebeldes. Para los persas, aquella aventura difícilmente podía contar con una moraleja más edificante; no había lugar tan remoto que no se pudiera pacificar y subyugar. «Desde esta orilla del océano hasta la orilla opuesta, desde este lado de la tierra reseca hasta el otro lado de la tierra reseca»,[26] Darío lo dominaba todo.

Había que admitir que, si bien los dominios del Gran Rey no tenían precedente, tampoco abarcaban aún los confines del mundo entero. Más allá del Yaxartes, las estepas de Asia todavía se extendían, invictas, hasta lugares remotos, como la cuenca del río Ranga. En África, una tormenta del desierto[*] se había tragado a un ejército persa que Cambises había enviado al oeste. Desde las ciudades jonias podía verse, al otro lado del mar, un continente extraño y apenas explorado, Europa, una tierra a la espera de que la atravesasen y subyugasen. Y, sin duda, llegaría la hora de aquel territorio salvaje y remoto, porque nada podía detener a los ejércitos del Gran Rey en su tarea de llevar el orden hasta el último baluarte de la Mentira. Darío apenas había regresado de vencer a los sacios cuando ya estaba buscando nuevas

conquistas. En el 518 a. J. C., con la mirada fija en Oriente, el rey envió un escuadrón naval a reconocer las tierras misteriosas de la cuenca del Indo. La invasión siguió con rapidez; el Punyab se vio sometido; se impuso un tributo de polvo de oro, elefantes y maravillas similares, e incluso el gran río fue asimilado bajo el yugo del imperio de manera simbólica: sus aguas fueron entregadas a Darío en una vasija inmensa, que éste colocó entre sus tesoros, junto a las aguas de los otros ríos que, del mismo modo, se habían sometido para mayor gloria del rey.[27]

Es cierto que todavía quedaban las tierras de más allá del Indo, independientes del mandato persa, pero el rey también podía bendecir aquella región con sus favores, aunque no se tratase formalmente de una provincia. Los peticionarios sólo tenían que obsequiar al rey con un tributo de tierra y agua. A cambio, sentirían la calidez de su luminosa atención. Un ritual solemne e imponente debía acompañar la presentación de aquellas ofrendas, y los suplicantes, postrados sobre su propia ofrenda de tierra, esparcida en el suelo, debían jurar lealtad a Persia. De esta manera, el Gran Rey simbolizaba la asimilación de las obras de la naturaleza y de los hombres en su propio orden, lo cual favorecía a todos. Los propios suplicantes, al retirarse de la presencia temible del rey, no podían albergar dudas sobre la importancia del gesto que acababan de representar. Habían dado un paso del que no podían desdecirse. Se habían convertido en parte, aunque humilde, del imperio del mundo.

No fue necesario que los ejércitos del Gran Rey tomaran parte en la expansión de los límites del poder persa. Tanto hacia el oeste como hacia el este, su avance continuaba por mar y tierra. Al mismo tiempo que Darío conquistaba el Punyab, Otanes, su antiguo rival por el trono, se encontraba navegando por las aguas orientales del Egeo. La isla de

Samos había pasado a ser parte formal del imperio y las islas vecinas, intentando anticiparse a la flota persa, empezaron a contemplar la posibilidad de hacer, ellas también, sus ofrendas de agua y tierra a los embajadores del rey. Asunto prometedor para Darío, puesto que una vez que las ricas llanuras del Indo fuesen domeñadas, su atención podría dirigirse al extremo opuesto del imperio. Dos continentes se habían rendido ya ante la supremacía persa; ¿por qué no un tercero?

La mirada del Gran Rey se iba a fijar, de manera inexorable, en Occidente.

CAPÍTULO 3

Esparta

«¿Quiénes son los espartanos?»

Corrían todavía los primeros años de gloria del imperio persa, y Ciro aún se encontraba en Lidia, cuando una delegación, venida del otro lado del Egeo, le hizo una visita inesperada. Se trataba de un grupo de embajadores griegos, aunque eran unos griegos muy distintos a los del Asia cuyas ciudades, prósperas y tentadoras, Ciro estaba planeando someter y asimilar a su dominio por aquel entonces. Estos extraños llevaban el cabello largo, y sus túnicas rojas eran bastante características. Por otra parte, no se expresaban con la sutileza y propiedad que solían distinguir el lenguaje de los embajadores; al contrario, resultaban bruscos, tajantes y descorteses. Con todo, el mensaje que traían al rey más grandioso de la Tierra era fácil de entender: Ciro debía dejar en paz a las ciudades jonias. De lo contrario, tendría que rendir cuentas a quienes habían enviado aquella comitiva, los espartanos. Era evidente que, para aquellos extranjeros, la sola mención de su pueblo debía de helarle la sangre al que la escuchase, puesto que no añadieron nada más. De modo que Ciro se vio forzado a apartarse de los embajadores y hacerle la consulta a un jonio que se encontraba pre-

sente. «Dime —preguntó el rey, desconcertado—, ¿quiénes son los espartanos?»[1]

Esta pregunta habría dejado perplejo a cualquier griego porque ¿cómo un asiático podía no haber escuchado hablar de los espartanos? Nada podía ilustrar mejor la condición remota y foránea de los persas que el hecho de no conocer a la mujer más célebre de la historia, Helena de Esparta, la que hacía cientos de años había causado la ruina no sólo de Asia, sino también de Grecia. El mundo entero se había desangrado por el secuestro de Helena de la casa de su marido, el rey Menelao, y su traslado a la legendaria ciudad de Troya. Durante diez largos años, los héroes de Oriente y Occidente se habían masacrado entre sí en la polvorienta llanura troyana, en lo que había sido una guerra infame. Una guerra que sólo llegaría a su fin cuando todos los hombres de la ciudad que por aquel entonces los griegos tenían por la más majestuosa de Asia hubiesen sido asesinados y sus mujeres, convertidas en esclavas. Para los descendientes de los vencedores, algo de terrible y digno de meditación había en la dimensión tan pura de aquella destrucción; después de todo, «una inmensa fuerza expedicionaria se había armado para invadir Asia y el poder troyano había sido borrado de la faz de la Tierra, todo por la causa de una sola mujer espartana».[2] No sorprendía, pues, que muchos griegos, en especial los que habitaban en las lindes de Asia, imaginasen que el resto de aquella vasta región debía de encontrarse aún resentido hasta la hosquedad o que tal vez estuviesen rumiando todavía los errores del pasado. Asentados de modo precario como se encontraban, al borde del gran continente, los jonios no carecían de buenas razones para temer a las sombras vengativas de los muertos troyanos.

Para los propios espartanos, sin embargo, el recuerdo de la hija más famosa de su ciudad era algo precioso. Se contaba que cuando buscaba a Helena entre las ruinas de la masacre final de Troya, lo que Menelao deseaba era convertirla en uno más de los cadáveres apilados, un castigo apropiado por todas las muertes que ésta había causado. Pero cuando por fin la encontró, en lugar de matarla, embobado por la perfección de sus senos desnudos, dejó caer la espada para abrazar a su mujer. Ambos habían regresado entonces a Esparta, y sus tumbas todavía podían verse en un promontorio al sur de la ciudad: inmensos bloques de piedra que se elevaban sobre la tierra, tan rojos como el cabello de Menelao. No obstante, la propia Helena, «aquel resplandor de mujer»,[3] había sido en vida más deslumbrante que su marido, porque no sólo había sido rubia, sino que toda ella parecía hecha de oro. Si Ciro hubiese sabido que los espartanos adoraban en su sepulcro a una mujer como aquélla, sensual y amante del placer, sin duda habría visto refrendado su desprecio hacia las presunciones ridículas de aquellos embajadores. Con sus cabellos largos y sus rojas túnicas, los embajadores debieron de haberle parecido dignos adoradores de Helena; Ciro ya había tenido suficientes oportunidades de enterarse de, que entre los griegos, el cabello largo era signo de afeminamiento, mientras que el uso del bermellón era señal de una extravagancia desenfrenada. Así pues, no sorprende que los persas desatendieran las amenazas de los espartanos, ¿o acaso era posible tener miedo de una raza que amaba el lujo de aquella manera?

Las apariencias, por supuesto, podían engañar, aunque era cierto que antaño, durante los primeros años de su historia, los espartanos habían alcanzado celebridad por su codicia y apego a lo material. El vaticinio común era que «la avidez será su ruina»,[4] y durante los siglos VIII y VII a. J. C.,

Esparta pasó a ser un modelo de todo lo que el resto de la Hélade deseaba evitar: su élite era brutal y voraz, su apetito de tierras era obsceno y el empobrecimiento del ciudadano medio, expropiado de su patrimonio, y con frecuencia incluso de su libertad, resultaba chocante. Los analistas extranjeros, horrorizados al comprobar la toxicidad de los odios de clase espartanos, no titubeaban a la hora de juzgar a Esparta como «el estado peor gobernado de Grecia».[5] Y aquello, además, en una época en que los competidores no escaseaban. Y es que, ya en el siglo VII a. J. C., la brecha entre los ricos y los pobres, los pocos y los muchos, había empezado a crecer de un modo alarmante en todo el mundo griego; el ideal de un buen gobierno (*eunomia,* como se le llamaba), parecía un sueño lejano para toda una región donde reinaba más bien la inestabilidad.

Pero las convulsiones sociales no eran desconocidas más allá de las fronteras griegas, y de eso podían dar fe los jefes de los clanes medos o persas. Sin embargo, el anhelo de *eunomia* era particularmente apremiante entre los griegos. Y en cierto sentido, se encontraban solos en aquella búsqueda. Ciertamente, no había un sistema en aquellas tierras pobres y atrasadas que pudiese compararse con las tradiciones milenarias de las monarquías orientales. A diferencia de los clanes de los Zagros, los griegos se encontraban alejados de las fuentes de la civilización y, al no haber tenido a mano un modelo burocrático o de centralización, su mundo se había fragmentado muy pronto en una multitud de ciudades-estado que competían entre sí, cada una con un tipo característico de crisis constitucional. Sin embargo, abrumados como se encontraban por las tensiones sociales crónicas, los griegos no habían olvidado por completo la libertad que su provincianismo les otorgaba: libertad para experimentar, para innovar y para allanar sus propios caminos. «Mejor

una ciudad pequeña emplazada al borde de una roca —se podía argumentar—, siempre y cuando esté bien gobernada, que todos los esplendores de la idiotez de Nínive.»[6] En efecto, comparado con el accidentado paisaje griego, salpicado de ciudades, el insulso terreno aluvial de Mesopotamia podía parecer un poco decadente. En cambio, las montañas que rodeaban las tierras bajas de Grecia y que aislaban a un estado del otro, por no hablar de la extensión del ancho mundo que se encontraba más allá de aquellas tierras de la Hélade, otorgaban a los griegos una autonomía, aunque toscamente labrada, al tiempo que los separaban de ese mundo.

Sin duda, los espartanos habían sacado provecho del emplazamiento de su ciudad. Que hubiesen tenido la libertad de deleitarse en su gusto por la guerra de clases se había debido casi exclusivamente a la geografía. Lacedemonia, territorio en la linde remota del sur de Grecia, sobre el cual dominaba Esparta, se encontraba enmarcado en todos sus flancos por formidables baluartes naturales; por el este y por el sur, el mar; por el norte, las colinas grises y amenazadoras; por el oeste, indómito e inmenso, descollaba el monte Taigeto, con sus cinco picos como garras, rayados de nieve incluso durante los calores del verano. Detrás de aquellas fronteras era fácil que una ciudad se buscara su propia ruina sin que la molestasen.

Pero detrás de aquellas fronteras, una ciudad también podía evolucionar y metamorfosearse. Los espartanos, al igual que los persas, habían sido originalmente una monarquía tribal y su estado se enraizaba en un remoto pasado nómada. La propia Esparta, a pesar del nombre tan venerable, era poco más que una aglomeración de cuatro aldeas fundadas sobre lo que antes había sido un terreno casi virgen. Poco parecía deberle a la Esparta original, la de Hele-

na y Menelao. Aunque la tumba de la pareja se elevara, impresionante, sobre la llanura lacedemonia, no por ello daba fe de continuidad, sino más bien de lo contrario, de la ruptura brutal con el pasado. Montones de escombros semienterrados rodeaban el sepulcro; eso era lo que quedaba de un palacio hacía tiempo abandonado y en el que tal vez habían habitado Helena y Menelao. Pero alrededor del 1200 a. J. C., todas las grandes edificaciones lacedemonias habían sido saqueadas y quemadas. Por qué, y a manos de quién, se había olvidado con rapidez: las ruinas eran demasiado funestas como para conservarlas en el recuerdo. Y así habían pasado los siglos.

Poco a poco, el vacío que había dejado la caída del reino de Menelao lo habían ido llenando los recién llegados del norte, tribus nómadas que, mucho después, se darían a conocer como los dorios, orgullosos de distinguirse de los griegos que allí habían nacido y que allí habían sido vencidos.[7] Sin embargo, los dorios también eran griegos, y no habían olvidado el refulgente pasado de su tierra adoptiva. De hecho, de los dorios se decía que no había nación más devota «de las leyendas de la época heroica, de los vetustos comienzos de las ciudades y de todo lo que se relacionara con los tiempos pasados».[8] Los nuevos pobladores, intrigados por el linaje lacedemonio, comenzarían por lo tanto a apropiarse de él. Por ejemplo, alrededor del año 700 a. J. C., más o menos cuando los medos y los persas estaban echando raíces en los distantes Zagros, los dorios descubrían de modo fortuito la tumba de Helena y, en un gesto aún más sensacional, la élite espartana comenzaba a buscarse unos ancestros muy anteriores al reino de Menelao, descendientes del héroe más grande de todos, Heracles, matador de monstruos e hijo de Zeus, el rey de los dioses. Lo que había sido una invasión de los antepasados dorios aho-

ra podía presentarse como un regreso y lo que se había ganado mediante la conquista había pasado a ser patrimonio legítimo. Los espartanos de la clase dominante se llamaban a sí mismos «heráclidas» y, como herederos de Heracles, reclamaban no sólo el dominio de Lacedemonia, sino el de gran parte de Grecia.

Todo ello, por supuesto, era motivo de profunda alarma entre los vecinos. Hacia el año 700 a. J. C., los espartanos ya habían logrado la asombrosa hazaña de cruzar la cadena del Taigeto, frontera natural intimidatoria donde las hubiese, y habían lanzado también una ofensiva para anexionarse la tierra de Mesenia, que se extendía más allá del Taigeto hacia el oeste. Los «campos extensísimos» que allí se encontraban, «buenos para el arado, buenos para el cultivo de la fruta»,[9] eran incluso más fértiles que los de Lacedemonia, y aunque también los mesenios podían presumir del linaje de los dorios, los espartanos habían demostrado su desdén por cualquier lazo de parentesco mediante la brutalidad de aquel asalto, que sólo daba cuenta de un carácter tan implacable como resuelto. Porque aunque un territorio tan extenso como Mesenia no se podía subyugar con tanta facilidad, los espartanos, fieles a su denodado objetivo, continuarían regando con sangre aquellos campos y bosques durante décadas. Cuando al fin llegó, la rendición de los mesenios fue completa, aunque aquella victoria forzada había llevado a los conquistadores más de un siglo.

La reducción a la esclavitud de un pueblo griego a manos de otro pueblo griego era un hecho sin precedentes y no sólo valió a los espartanos la mayor riqueza de Grecia, sino que los convirtió en una raza prodigiosa; mutante, desconcertante, única. En opinión de los propios espartanos, aquella aura la tenían muy merecida porque ¿dónde si no en un mundo que hacía tiempo había dejado atrás la Edad

de Oro de sus héroes podía encontrarse un linaje que viniera desde el propio rey de los dioses? Los espartanos, de un pragmatismo brutal en lo tocante a los fines a los cuales servían sus supersticiones, eran sin embargo creyentes devotos; sabían que estaban a la sombra de los caprichos divinos en todo lo que hicieran. Ofender a los dioses podía significar perderlo todo y atender a sus deseos aseguraba la grandeza de Esparta. Fue así como, finalmente, los espartanos pudieron conquistar Mesenia y fue así como, ante aquella campaña interminable, Esparta había podido redimirse de una crisis todavía mayor, un cataclismo social que había lindado con la fatalidad y del que, de modo sorprendente, habían surgido como un modelo de *eunomia.*



Aquella elección entre la reforma o la ruina era algo que los heráclidas habían querido posponer durante mucho tiempo. Sin embargo, la conquista de Mesenia, lejos de permitirles aplazar la hora de la verdad, les había forzado a apresurarla. Aunque la victoria había traído gran riqueza a Esparta, poco había hecho para aliviar las miserias de los pobres. De hecho, al concentrar mayores recursos en manos de la aristocracia, lo único que había hecho aquella victoria era amenazar con empeorar la condición de los desposeídos. Si las clases altas espartanas hubiesen estado en las

mismas circunstancias que sus contrapartes en la distante Media, podrían haber hecho caso omiso del empobrecimiento de sus conciudadanos y de cómo éstos pedían a gritos una redistribución de la tierra, o de todas las «sediciones contra el reino».[10] Pero Esparta no era Media, y una gran revolución de los asuntos militares, cuyas oleadas habían comenzado a recorrer toda Grecia, amenazaba en ese momento con hundir a los heráclidas.

Porque no era la caballería —afectada, costosa e indefectiblemente formada por la clase alta— la que había conquistado Mesenia para los espartanos. La victoria la había conseguido, más bien, la perseverancia de los soldados de a pie, ciudadanos de linaje campesino, hombres que tal vez no habían tenido los recursos para costearse los caballos, pero que sí habían podido agenciarse su panoplia, es decir sus armas y armaduras, especialmente los *hopla,* escudos circulares de diseño radicalmente novedoso, de un metro de diámetro y madera reforzada en bronce. Una línea de soldados blandiendo sus lanzas y provistos de un *hoplon,* los hoplitas, formados en falange y protegidos también, a veces, por cascos y corazas de bronce, era un arma potencialmente devastadora. Y los espartanos, en el curso de la guerra de Mesenia, habían tenido numerosas oportunidades de experimentar con este nuevo tipo de guerra, radical y letal, aunque no por ello fácil de llevar a cabo, puesto que su éxito requería una raza particular de hombres. Para lograr los objetivos, cada *hoplon* debía ofrecer protección al que estuviese al lado y no sólo a quien lo sujetaba; de lo contrario, mientras avanzaba hacia el enemigo, la línea de la falange corría el riesgo de verse desmembrada si mostraba alguna división social.

«Manteneos juntos —exhortaba un himno de batalla espartano—, mantened la línea, no cedáis a la alarma, o a la

vergonzosa aniquilación.»[11] Un grito disciplinario dirigido a los hoplitas de todas las clases porque, al fin y al cabo, ¿cuál podía ser el destino del heráclida de sangre más azul si no podía confiarle su flanco al vecino, humilde agricultor, durante la batalla? ¿Y cuál —pregunta aún más imperiosa— sería el destino de la propia Esparta si el agricultor no podía costearse el escudo? La respuesta era la ruina; tan segura y violenta como los odios mesenios. El *establishment* espartano, habiéndose henchido a costa de las clases más bajas, de pronto se encontró, en el mismo momento de la victoria, mirando a la catástrofe a los ojos. A mediados del siglo VII, la cohesión cívica ya no podía tomarse por una mera aspiración de los agricultores que anduviesen cortos de dinero. Incluso para los heráclidas se había convertido en un asunto de vida o muerte.

El pánico dio lugar entonces a una solución verdaderamente extraordinaria: la revolución llegó a Lacedemonia. El pueblo espartano, desesperado ante el futuro, se vio persuadido de hacer a un lado sus venerables y vetustas diferencias de clase y de entregarse al experimento majestuoso, aunque homicida, de la ingeniería social. Pero ¿cómo y a instancias de quién, exactamente? Los propios espartanos, entusiastas de los relatos dramáticos de antiguos héroes, difícilmente tenían el tipo requerido como para atribuir el cambio de orden a unas fuerzas sociales anónimas. ¿Tal vez hubiese sido obra de algún sabio visionario? Poco tiempo tardó en sugerirse el nombre de Licurgo: apenas un siglo había pasado del establecimiento de la *eunomia* en Esparta cuando ya se estaba aclamando a aquella misteriosa figura como arquitecto del cambio. En su conjunto, las opiniones coincidían en que Licurgo había sido un notable entre los heráclidas, sobrino nada menos que de un rey espartano, y poseedor del carácter más severo que hubiese existido, un

hombre «justo y de principios».[12] Sin embargo, hasta allí llegaba el consenso entre sus biógrafos, porque incluso los oráculos confesaban su desconcierto a la hora de responder si Licurgo había sido un «humano o un dios», aunque la tendencia era creer en el carácter divino del sabio.[13] Los espartanos compartían esta opinión, de modo que elevaron un templo en honor de aquel hombre, mientras que su supuesto programa de reformas se empezó a datar, con una frecuencia cada vez mayor, en la noche de los tiempos, otorgándole así, del mismo modo que a los heráclidas, un linaje tan venerable como falaz. Quien controla el pasado controla el futuro: la intervención quirúrgica más radical que jamás hubiese realizado un estado en sí mismo muy pronto representaría la esencia de sus tradiciones. Licurgo, según se afirmaría más tarde, «complacido y satisfecho de la perfección y grandeza de su legislación, cuando comenzó a actuar y andaba ya su camino, sintió un vivo deseo de, en la medida de las posibilidades de una providencia humana, dejarla inmortal e inmutable para el futuro».[14] Al reverenciarlo, y posiblemente también al fabricarlo, los espartanos habían hecho su sueño realidad. Como serían el primer pueblo de la historia en descubrir, la revolución podía sustentarse mejor cuando se transfiguraba en mito.

El sentido de extrañeza que hacía tiempo había atormentado a los espartanos ahora animaba las estructuras del estado, y a los ojos de los habitantes de otras ciudades, aquel pueblo se había convertido en infrahumano y sobrehumano al mismo tiempo. De Licurgo se decía que había sido un dios, y sin embargo también se contaba que había cargado con el aspecto de una bestia, o bien de algo asilvestrado. «Aquel que le da la vida a las obras de un lobo» era el significado literal de su nombre, portentoso y amenazante. Y según la constitución que Licurgo había establecido, los es-

partanos ya no podían ser los predadores de su propia estirpe, ni los ricos podían serlo de los pobres, o los heráclidas de los agricultores: todos se habían convertido en cazadores de una misma manada mortífera. Cada ciudadano, fuese aristócrata o campesino, había pasado a formar parte de las bases y, de allí en adelante, incluso «los muy ricos tendrían que adoptar un estilo de vida que se pareciese tanto como fuera posible al de la gente común y corriente».[15]

Una disciplina universal y despiadada le iba a enseñar a cada espartano, desde su nacimiento, que la conformidad lo era todo; el ciudadano asumiría su lugar en la sociedad y el hoplita lo asumiría en la línea de batalla, donde se vería obligado a permanecer el resto de su vida, «los pies separados y firmes, impasible, plantándole cara al enemigo».[16] Sólo la muerte podría redimirle de su deber. De hecho, se decía que Licurgo, en una ilustración suprema de lo que el ciudadano le debía al estado, había llegado al punto de quitarse la vida con la esperanza de educar a su pueblo mediante aquel gesto, «dejándose morir de hambre, en la convicción de que, de los estadistas, ni siquiera la muerte debe ser inútil para la patria, ni sin provecho el final de su vida, sino que debe convertirse en una parte más de su virtud y su actividad».[17]

Severa filosofía, sin duda. No obstante, aunque pareciera la negación de sí misma, los espartanos la valoraban precisamente por la libertad que les daba. Que la ciudad se hubiese convertido en un cuartel y la sociedad entera, en una inmensa falange reforzada para la guerra no era reflejo de la coerción, sino más bien de un consenso reciamente forjado entre las clases, aunque el equilibrio que de ese modo se alcanzara entre los ricos y los pobres fuese precario. Aunque los heráclidas habían cedido la soberanía al pueblo, y con ello una aparente equidad, conservaban sin embargo sus ri-

quezas, sus propiedades y gran parte de su poder. Las clases más pobres, que accedían ahora a los rangos de un ejército elitista e incomparable, ganaban con ello un estatus que hasta entonces siempre se les había negado, además de una incipiente seguridad material. Ya no tendrían que rascarse los bolsillos de modo vergonzante ni tratar de sobrevivir de la agricultura o el comercio. Un guerrero no tenía que remendar zapatos, serrar madera ni fabricar cazuelas porque esas actividades era mejor dejárselas a los ciudadanos de otras comunidades lacedemonias, a los *perioikoi* o «habitantes de los alrededores», como se les etiquetaba con desprecio: hombres de segunda clase a quienes se les negaban los derechos de un espartano completo y probado.

Para el verdadero soldado, sólo una fuente de riqueza era digna de su rango. La conquista de Mesenia había proporcionado un botín con el que la aristocracia podía ser generosa, lo cual era muy gratificante para un pueblo que antaño había estado obsesionado por la falta de tierras. Aunque los detalles precisos resultan vagos, es posible que una de las políticas clave de la reforma de Licurgo fuera la repartición de gran parte de Mesenia en forma de parcelas para los pobres.[18] Sin embargo, no se trataba de que los miembros de la raza superior cultivasen en persona aquellas concesiones de terreno. Era inconcebible que un guerrero espartano anduviera sudando y trabajando la tierra; aquélla era la función de los mesenios conquistados. Los espartanos, incluso antes de cruzar el Taigeto, habían desplegado un genio particular a la hora de explotar al enemigo derrotado. Toda su historia daba cuenta de aquello. Los eruditos más cultos, curiosos a propósito del nombre «ilotas» con el que los espartanos se referían a las clases inferiores y miserables, afirmaron que tenía su origen en Helos, un pueblo de Lacedemonia conquistado durante los primeros días de

la expansión.[19] Y lo que antes se había practicado de un lado de la cadena del Taigeto se refinó y perfeccionó del otro lado: un pueblo entero fue reducido al vasallaje. Como «asnos que sufren bajo pesadas cargas»,[20] los mesenios se vieron obligados a cargar sobre sus espaldas todo el peso de la grandeza espartana.

Por su parte, los conquistadores apenas habían empezado a hacerse ricos a costa de los ilotas que ya tenían cuando comenzaron a buscar más. A comienzos del siglo VI a. J. C., cuando las tierras situadas al oeste de su ciudad ya se encontraban dominadas, el objetivo de las ambiciones espartanas se desplazó de manera inevitable hacia el norte. Sin embargo, en el camino se asomaba un rival amenazador. Argos, una ciudad localizada a menos de sesenta y cinco kilómetros de la frontera lacedemonia, era una potencia tan inquieta y arrogante como Esparta, mientras que sus reclamos de propiedad sobre el sur de Grecia eran, si acaso, más impresionantes que los espartanos. Mientras que estos últimos alardeaban del linaje de Menelao, los argivos podían convocar a una figura aún más célebre, a su hermano mayor, Agamenón, rey de la dorada Micenas y comandante en jefe de las tropas griegas en Troya. De la propia ciudad de Micenas, aunque ya no albergase el trono de los reyes, aún podía encontrarse, arropado por los barrancos al norte de la llanura de Argos, el esqueleto de un antiguo esplendor. Y aunque los argivos solían tomarse la molestia de aplastar incluso las señales más insignificantes de rebelión de aquella ciudad, no por ello habían dejado de adoptar sus antiguas pretensiones, por cierto nada risibles, ni siquiera comparadas con la interminable propaganda de guerra que todas las ciudades griegas llevaban a cabo por aquel entonces. Después de todo, Agamenón había reinado como el heredero de su abuelo Pélope, un aventurero con un hombro de mar-

fil que le había dado su nombre a toda la península que formaba el sur de Grecia. ¿Por qué, entonces, iban a contentarse los argivos con el segundo lugar en una lucha por el dominio de la «isla de Pélope», o *Peloponnesos* en griego? ¿No debía reinar Argos, en lugar de Esparta, como señora del Peloponeso?

Tan pronto como en el 669 a. J. C., durante los primeros días de la reforma licúrgica, los argivos no sólo habían resistido el primer asalto a su territorio por parte del nuevo ejército ciudadano espartano, sino que lo habían abatido. Medio siglo más tarde, los espartanos aún estaban peleando para imponerse incluso en aquellos estados que lindaban con sus fronteras. Después de cruzar una cadena de montes áridos, el viajero lacedemonio que tomara el camino hacia el norte acabaría por descender a una fértil extensión de campos y olivares, el territorio de Tegea, una ciudad infortunada, puesto que se encontraba a medio camino entre Argos y Esparta. Para los espartanos, la riqueza de las tierras de labranza tegeas era una provocación especialmente intolerable, y durante los primeros años del siglo VI, desataron una guerra total para anexarse aquel territorio y convertir a los tegeatas en ilotas. Los invasores, azuzados por un oráculo que había asegurado que pronto estarían «bailando en las llanuras de Tegea»,[21] tenían una confianza imponderable en la victoria; tanto que llevaron consigo instrumentos de exploración y grillos para sus nuevos vasallos. El oráculo, sin embargo, los había engañado; la invasión se vio frustrada y el único baile que hicieron los espartanos tuvo lugar bajo el látigo, como prisioneros de guerra en trabajos forzados, sujetos por las mismas cadenas que habían llevado consigo desde Esparta.

Esto significó tal golpe para la confianza que los espartanos tenían en sí mismos que su política exterior sufrió un

cambio radical y decisivo. Ya empezaban a darse cuenta de que el objetivo de reducir a todos los habitantes del Peloponeso a la condición de ilotas era una ambición monstruosa y excesiva, y que la hegemonía podía adoptar muchas formas. No cabía duda de que había que reconvenir a los tegeatas, pero ¿era posible que allí donde la opresión descarnada había fallado, la intimidación y la fuerza del prestigio pudiesen conseguir el éxito? De modo que los espartanos, echando mano de su habitual mezcla de astucia y religiosidad, enviaron una delegación a Tegea con la excusa de una tregua. Había llegado a Esparta la noticia de un extraño hallazgo en el patio de una herrería: se trataba de la columna vertebral de lo que aparentaba ser un esqueleto monstruoso y, vislumbrando en aquel descubrimiento sorprendente la posibilidad de un gran golpe propagandístico, los espartanos decidieron adueñarse de él. Como era de esperar, procedieron a desenterrar el premio y llevárselo a casa a escondidas, para luego exhibirlo y volverlo a inhumar porque, según se iba a revelar, se trataba nada menos que del esqueleto —¡suenan las trompetas!— del hijo de Agamenón. Por supuesto, no cabía imaginar una estratagema que pudiese enfurecer más a los argivos y, con todo, la fanfarria de los espartanos al respecto tenía un objetivo aún mejor calculado. Tal vez hubiesen robado los huesos de Tegea, pero al adorarlos en su propio suelo, Esparta le estaba demostrando a los demás pueblos del Peloponeso que valoraba y respetaba sus tradiciones más añejas. Ya no se proponía arrastrarlas por el fango, como lo había hecho en Mesenia; aquellas ciudades que hubiesen demostrado que preferían luchar hasta la muerte antes que verse reducidas a la esclavitud ahora podían someterse al dominio de Esparta sin temer la ruina total. De hecho, los espartanos daban a entender que aquello podría traerles incluso algunas venta-

jas porque en un Peloponeso hacía tiempo atormentado por los odios entre pueblos rivales, por no mencionar la amenaza de Argos, Esparta ofrecía al menos una cierta protección. Peores destinos podían imaginarse. Así que, en el año 550 a. J. C., apenas unas décadas después de la victoria en la batalla de los grillos, Tegea pasó a formar parte de una liga establecida por su temible vecina espartana.

Otras ciudades pronto le seguirían en la capitulación, seducidas y apaciguadas de igual manera por los espartanos, cuyos buscadores de huesos ahora recorrían hasta el último rincón del Peloponeso en busca de los restos de otros posibles héroes, empresa en la que tendrían un éxito considerable, sobre todo teniendo en cuenta que el paisaje se encontraba poblado de restos de mamuts pleistocénicos. Los espartanos, sin embargo, no se contentaban con recurrir a la paleontología en su ambición de fraguar una gran liga de ciudades subordinadas. Y al mismo tiempo que se erigían en guardianes del pasado mítico de sus vecinos, se mantenían fieles a los ideales de la manada de los lobos, a la práctica del terror y a la guerra total. Las derrotas tempranas que su naciente ejército había sufrido, lejos de minar la fe de los espartanos en el sistema de Licurgo, les habían proporcionado el valor de perfeccionarlo. Un siglo más tarde, la transformación de la sociedad espartana en una máquina de matar había proporcionado a sus ciudadanos una rara mística sanguinaria. Para los hoplitas de otras ciudades, élites que debían limpiar su panoplia en los henales durante cada estación y cuya tendencia, en el mejor espíritu del *amateur,* era tomarse la guerra como un deporte ritual, aunque a menudo también mortal, la perspectiva de encontrarse con los espartanos en el campo de batalla resultaba al menos atroz. Ya era alarmante que una ciudad entera pudiese movilizarse, pero que el objetivo principal de sus ciu-

dadanos fuese rastrear y aniquilar a cualquiera que les plantase cara resultaba aterrador. En lugar de medirse contra un adversario como aquél, muchos hoplitas no espartanos simplemente preferían darse a la fuga.

Los propios espartanos, maestros en la guerra psicológica, amén de todas sus otras formas, sabían muy bien cómo convertir en hielo la sangre de sus enemigos. El avance de sus falanges solía anunciarse desde muy lejos con la aguda estridencia de sus flautas, al tiempo que la tierra temblaba bajo el ritmo cada vez más cercano de su marcha, lenta y acompasada. Cuando finalmente podía vislumbrárseles a través de la bruma polvorienta de la batalla, lo que aparecía era una «muralla de bronce y escarlata»:[22] los espartanos solían pulir sus escudos hasta sacarles brillo y, supuestamente, vestir túnicas del color rojo chillón de la sangre fresca[23] era una prescripción personal del propio Licurgo. Por encima del paso lento de su marcha se elevaban himnos escalofriantes dedicados a los héroes de la Antigüedad, hasta que los oficiales, con el característico penacho de crin de caballo que iba de una oreja a la otra, gritaban una orden y la falange cesaba su peán. En ese momento, el toque de las trompetas rasgaba el aire, los hoplitas aceleraban el paso, bajaban las lanzas y empezaban a correr, aunque no necesariamente en una sola masa: las alas podían avanzar por separado, como los cuernos de un toro, para atacar los flancos del enemigo. Más allá de la ambición o incluso de la instrucción de aquellas tropas advenedizas, la disciplina requerida para una maniobra como aquélla prestaba sombrío testimonio del gusto espartano por la vida militar. Aquella capacidad parecía casi tramposa a los ojos de los hoplitas de otras ciudades, pero no había deshonor alguno en reconocer la grandeza de una ciudad que proporcionaba tal entrenamiento y destrezas arrolladoras a sus hombres. Todos

coincidían en que era «una cosa terrible pelear contra los espartanos».[24]

A principios de la década del 540 a. J. C., cuando un oráculo aconsejó a Creso, rey de Lidia, que buscase en «la más poderosa de las ciudades griegas» un aliado en la guerra que se avizoraba contra los persas, éste no dudó en acercarse a Esparta. Hacer una mayor ofrenda al prestigio de aquella ciudad era imposible, del mismo modo que no había desaire más franco posible hacia Argos. Pero con la amistad de un rey tan rico y poderoso como Creso, bajo cuyo dominio se encontraban Tegea y gran parte del resto del Peloponeso, los espartanos podían creer que finalmente había llegado la hora de la verdad para el viejo enemigo. Alrededor del 546 a. J. C., mientras el imperio lidio estaba a punto de sucumbir ante Ciro, los espartanos decidieron avanzar, no en ayuda de Creso, como la alianza podía hacer esperar, sino directamente contra Argos. En un gesto atávico, los argivos propusieron de inmediato un torneo, un enfrentamiento entre trescientos campeones de su propia ciudad y trescientos de sus invasores. Los espartanos, siempre tan entusiastas del ejemplo de las antiguas leyendas heroicas, accedieron. Al final del día, sólo quedaban en pie tres hombres: dos argivos y un espartano solitario. Los primeros, creyéndose vencedores, regresaron a la ciudad a celebrar el triunfo, permitiendo que aquel adversario, empapado en sangre pero todavía con vida suficiente en el cuerpo, les acusara de abandonar el campo de batalla, reclamando para sí el triunfo. Cuando los argivos cuestionaron aquello con gran indignación, los espartanos vinieron en apoyo del soldado que había sobrevivido; la fuerza invasora decidió encontrarse en pleno con el enemigo al día siguiente, cuando obtuvieron una victoria abrumadora. Franjas estratégicamente vitales de la frontera argiva se anexaron a Lacedemo-

nia de manera permanente mediante aquella victoria y los propios argivos, con las cabezas afeitadas en señal de su humillación, quedaron estancados durante una generación. Así que mientras en Argos comenzaban a trabajar las tijeras, los espartanos hacían el voto contrario: de allí en adelante, se dejarían crecer el cabello y lo llevarían en trenzas aceitadas que, junto con sus túnicas rojas, iban a convertirse en seña de identidad.

Sin embargo, todavía duraba la celebración cuando la noticia de la caída de Creso llegó a oídos espartanos. El incumplimiento de los términos de su alianza con el rey de Lidia no sólo era una franca humillación; lo peor estaba aún por venir. Como no querían movilizar sus tropas hasta más allá del Egeo bajo ninguna circunstancia, los espartanos enviaron una pequeña comitiva de embajadores a encontrarse con Ciro y su célebre desaire: «¿Quiénes son los espartanos?». Los persas, sin duda, tenían pocos motivos para saberlo, y aquella lección daba mucho que pensar. Aunque Esparta fuese un coloso a ojos de los griegos, en Asia difícilmente estaba registrada como marca, mucho menos como potencia. ¿Y por qué debería estarlo? Comparado con la fantástica magnitud del dominio de Ciro, el Peloponeso entero no era más que un punto insignificante.

Pero llegaría la hora en que los espartanos pudiesen pagar a los persas con el mismo ultraje. «¿Quiénes son los espartanos?». Esta pregunta, hecha con desprecio, también podía plantearse con miedo. Escudados detrás de una frontera montañosa, pagados de sí, xenófobos y suspicaces, los espartanos tomaban pero no daban, espiaban pero no soltaban prenda. Aislados como se encontraban de los otros pueblos de Grecia, no hacían el esfuerzo de distinguir entre griegos y no griegos, condenando de ese modo en tanto que «extranjero» a todo el que no fuese espartano y, caso de en-

contrar alguno, periódicamente se hacían expulsiones de la ciudad. De todas formas, los señores-lobos eran para sus vecinos una fuente constante de obsesiva fascinación y de miedo. El acertijo que planteaban a los vecinos, al igual que la pregunta de Ciro, no contaba con una respuesta evidente. La verdad se encontraba velada por la fantasía, la realidad por el espejismo. Y conscientes como eran de la valía del terror, los espartanos comprendían a la perfección que liberando su esencia del misterio que la envolvía sólo lograrían empobrecerse, que en el misterio se encontraba su espeluznante fuerza.

Esclavos de la ley

Por el pie del risco en el que se encontraba la tumba de Helena pasaba la corriente lodosa y veloz del Eurotas, y los viajeros que seguían su trayectoria sinuosa en dirección al norte pronto podían avistar lo que parecía un grupo de poblados apiñados en desorden sobre la ribera contraria. Poco había en la apariencia provinciana de Esparta que delatara el temeroso respeto que se tenía por sus habitantes. «Suponed —como lo expresó alguna vez el ateniense Tucídides— que la ciudad fuese abandonada, de modo que sólo quedasen los templos y la disposición de las demás edificaciones. Sin duda, con el paso del tiempo, las generaciones futuras encontrarían cada vez más difícil creer que el pueblo que alguna vez vivió allí hubiese tenido algún poderío.»[25]

Este asunto traía sin cuidado a los propios espartanos. Un pueblo curtido en las virtudes de la contención y la entereza sólo podía despreciar las arquitecturas grandísonas. Que los cobardes de otros estados construyeran murallas

alrededor de sus ciudades; los espartanos no necesitaban de la albañilería cuando tenían sus lanzas y sus bruñidos escudos. ¿Para qué construir monumentos pomposos y derrochar el mármol cuando la marca más auténtica del hombre era vivir la vida como si estuviese en un campo militar? Sólo los templos, intrusión de los misterios ultraterrenos en una adusta ciudad que, por el resto, parecía un cuartel, se distinguían por encima de la disposición ordinaria de las edificaciones. Allí al menos, los espartanos podían prodigar la riqueza de sus trofeos de guerra. El interior del gran santuario de la acrópolis, una loma apaisada que servía de alcázar a la ciudad, se encontraba recubierto con placas rectangulares de bronce sólido. En otro templo al norte de Esparta se erguía, cubierta en el oro más puro, una estatua de Apolo, el dios arquero de las profecías.

Pero el más sobrecogedor de todos los templos lacedemonios, sin embargo, estaba dedicado a la hermana de Apolo, Artemisa, «señora de las bestias salvajes».[26] Siguiendo el curso del Eurotas hacia el norte, al dejar atrás el centro de la ciudad y los campos de entrenamiento al aire libre, el viajero pronto encontraría una hondonada pantanosa donde se alzaba un ídolo negro y antiguo de la diosa. Alrededor del 560 a. J. C., cuando comenzaba el auge de su dominio sobre el resto del Peloponeso, los espartanos construyeron allí un magnífico templo de piedra. Sin embargo, a pesar del resplandor de aquella nueva obra, el sitio siempre conservó un aire de hosquedad. No era sólo que las ranas siguieran croando entre los juncos que rodeaban el santuario, ni que algunas veces, como un fantasma, la calima flotase sobre el río, sino que el propio templo ponía la piel de gallina. No todos los ornamentos eran recientes. De la nueva obra colgaban adornos de un santuario mucho más antiguo: máscaras de terracota, algunas de ellas retratos ideali-

zados de jóvenes imberbes o soldados avejentados, pero también de monstruos disformes y grotescos, de mirada estúpida, con la boca muy abierta en gritos de barbarie o dolor.[27] Allí residían los elementos que integraban las pesadillas de los espartanos, y pocos eran los ciudadanos que no se veían atormentados por aquella imaginería, puesto que era en el templo de Artemisa donde los hombres venían a celebrar la iniciación en cada etapa vital, desde la infancia hasta la senectud. Y aquellas máscaras de mirada extraviada, pero siempre presentes, no dejaban de observarlos. Los rostros de los héroes estaban allí para infundir coraje, mientras que las muecas de los idiotas y de las gorgonas, las arpías deformes y desdentadas, les recordaban la fealdad del fracaso. Fracasar era convertirse en paria, perderse más allá de los límites de la ciudad, donde sólo se encontraban los desgraciados, los piltrafas y las bestias humanas. Y todo espartano debía convivir con lo que aquella verdad implicaba, con el severo código que de allí se derivaba.

Y es que no había lugar donde no se vigilara y supervisara a los ciudadanos. Cada generación se convertía en carcelera de la siguiente porque, aunque los espartanos no desconocieran el sentimiento de admiración por los «coros de niños y niñas, los bailes y las festividades»,[28] al mismo tiempo desconfiaban de la exuberancia de la juventud. Licurgo, que siempre había trabajado por el bien de la manada, temía lo que pudiera ocurrir si no se fiscalizaban las energías de sus lobeznos, y por ello había enseñado a sus coterráneos que sólo con el látigo se podía entrenar de manera adecuada a los jóvenes predadores. Gracias al triste ejemplo de su propia historia temprana, los espartanos sabían que cuando la barbarie se soltaba de su correa, los instintos y los impulsos podían provocar la caída de un imperio con una facilidad pasmosa. Ya habían pasado por una

revolución y no querían aguantar otra. No se podía dar carta blanca a la inquietud y a los apetitos naturales de la juventud; sólo la disciplina, una inflexible disciplina, podía contenerlos. Si algún cambio debía tener lugar en Esparta, tratárase de una costumbre defectuosa o de una ley en desacuerdo con los tiempos, eran los ancianos quienes debatían y aprobaban la reforma necesaria.[29] De otro modo, ¿por qué tendría que aceptarse una nueva medida? Después de todo, los ancianos de Esparta eran la prueba viviente de lo que la tradición podía alcanzar: la formación de una raza suprema de héroes.

Fue así cómo, a pesar de su temible reputación, Esparta llegaría a ser ensalzada como la cuna de los modales más perfectos. De todas las ciudades griegas, sólo allí se apartaba un joven para ceder el paso a sus mayores, gesto de respeto con el que honraba simultáneamente a las leyes y a las costumbres de su pueblo. Y esa noción había calado de tal manera que los espartanos, horrorizados ante la idea de que un mozalbete no se levantase de su asiento en presencia de sus mayores, despreciaban los baños públicos. «Las lanzas de los jóvenes» tal vez florecieran por toda la ciudad, pero no cabía duda de que «son los viejos quienes ostentan allí el poder».[30] Incluso los jefes de estado titulares —porque los espartanos, siempre tan peculiares, no tenían un rey, sino dos— estaban obligados a honrar aquella autoridad. Si alguien se acercaba demasiado a los límites de lo constitucional, rápidamente se le procesaba por la corte suprema de la ciudad, un cuerpo legislativo que, además de los dos reyes, estaba formado por gerontócratas mayores de sesenta años. Como era de esperar, los espartanos llamaban Gerusía a este cuerpo de intimidación, nombre que, como el senado de los romanos, tenía el significado literal de «consejo de ancianos». Porque además de su rol como guardiana de la

constitución, la Gerusía tenía el derecho de interponerse a cualquier moción y de presentar los frutos de sus propias deliberaciones como hechos irrevocables. En fin, que aquel cuerpo tenía a la política espartana sujeta por el cuello. Ser elegido como miembro de este grupo no era sólo el máximo honor que un ciudadano podía recibir, sino que se trataba de un puesto vitalicio. «No sorprende que éste, de todos los premios humanos, sea el que con mayor celo se disputa.» Incluso los no espartanos admitían que «sí, las competiciones atléticas son también honrosas, pero son sólo pruebas de destreza física. Ser electo para la Gerusía es la prueba definitiva de la nobleza de espíritu».[31]

No había rincón ni agujero en Esparta adonde no llegasen aquellas manos huesudas. Incluso los recién nacidos estaban sujetos a la intromisión de los ancianos. Si se juzgaba que un infante era demasiado enfermizo o deforme como para hacer alguna contribución a la ciudad, los mayores ordenaban su ejecución inmediata. Puesto que la inversión que el estado debía realizar para educar a un ciudadano era considerable, la mayoría de los espartanos consideraban que tal decisión era la correcta. De hecho, una madre podía hacer ella misma las veces de eugenesista bañando a su bebé en vino. Como todo el mundo sabía, no había prueba más eficaz para detectar la epilepsia, ¿y qué progenitor verdaderamente espartano querría criar un hijo que pudiese tener ataques repentinos? Mejor una defunción temprana que correr el riesgo de sufrir una desgracia de ese tipo. Un barranco a un lado del camino que bordeaba las montañas hacia Mesenia, los Apótetas, o «campos de desechos», proporcionaba el escenario para el infanticidio. En aquel abismo, donde ya no podían traer la vergüenza a la ciudad que los había engendrado, se lanzaba a los débiles y a los deformes, condenándolos a un tenebroso olvido por toda la eter-

nidad. Pero aquello no era un abandono a la manera convencional de otros pueblos, sino un rito de ejecución, lúgubre y formal. Para el niño espartano no deseado no había esperanza de librarse del rito, como sí se decía que la había tenido Ciro en su infancia. Los niños espartanos con algún defecto debían morir y, *pour encourager les autres,* también había que verlos morir.

Entretanto, la tracería formada por los huesitos que ensuciaban las profundidades de los Apótetas servía a quienes habían sobrevivido para concentrarse a las mil maravillas. Los niños espartanos no podían menos que crecer con la conciencia orgullosa de formar parte de una élite para la que habían sido elegidos desde su nacimiento. Sin embargo, el estado les imponía obligaciones severas y temibles a cambio de aquel auspicio. Se decía que Licurgo, en lugar de poner por escrito su programa de reformas, había preferido que quedase grabado en el carácter y en la carne de quienes debían vivir de acuerdo a ellas, de modo que pudiesen servirse los unos a los otros de constituciones andantes. Pero un proceso de ingeniería social sólo podía practicarse, claro está, desde la cuna. Los bebés, tan blandos e indefensos, tenían que endurecerse y convertirse en espartanos, de modo que nada de pañales para ellos, nada de caricias para los que empezaban a andar, nada de mimar caprichos, nada de remilgos para comerse la comida, «sin melindres, sin extrañeza ante la oscuridad, sin miedo a la soledad y ajenos al torpe gimoteo y a las rabietas».[32] No sorprende que las niñeras espartanas fuesen admiradas por su enfoque vigoroso, en el que no había lugar para necedades. Sin embargo, estrictas como eran, incluso las niñeras se encontraban a la sombra del cuerpo de maestros de la ciudad, que tenía un rol nunca antes visto en el resto de Grecia. En su preocupación por darle forma a un ciudadano perfecto, los

espartanos habían desarrollado una noción realmente extraña y radical: el primer sistema educativo estatal.

¡Y aquel sistema incluso se ocupaba de las niñas! Como era más probable condenar a un varón a los Apótetas que a una niña, el vigor de las reservas femeninas era un asunto de gran importancia para la ciudad. Sólo las madres saludables podían garantizar una raza de guerreros saludables, y así como a los chicos se les entrenaba para la guerra, a las chicas se las debía preparar para la crianza. El resultado, al menos a ojos de los extranjeros, era una inversión de casi cualquier norma aceptada. En Esparta, los niños corrían con los gastos de la alimentación de sus hermanas y, para asombro de los demás helenos, también se les enseñaba a leer y a expresarse, no con modestia, como era propio de las mujeres, sino de una manera agresiva y sentenciosa, para que pudiesen instruir mejor a sus propios hijos sobre lo que significaba ser espartano. Las chicas practicaban ejercicio en público: corrían, lanzaban la jabalina e incluso luchaban. Y cuando bailaban, lo hacían con tal desenfreno que incluso llegaban a golpear los talones contra sus nalgas desnudas. Porque, en efecto —y aquí el descrédito de los extranjeros alcanzaba su punto de ebullición—, cuando entrenaban, era costumbre entre las chicas espartanas llevar túnicas muy cortas, diseñadas de modo que mostraban las caderas. Algunas veces, ¡horror de los horrores!, incluso hacían deporte al desnudo.

Visiones de la carne femenina, aceitada y bronceada, brillaban en la imaginación de más de un observador de Esparta, y los propios espartanos, sensibles a las burlas que convertían a sus hijas en «exhibicionistas de caderas»,[33] replicaban con severidad que «no había nada vergonzoso en la desnudez femenina, nada inmoral en lo más mínimo». De hecho, «como incitaba a la sobriedad, y a una pasión por la

buena forma física»,[34] era justo lo contrario. Sin embargo, aunque los requerimientos del programa espartano de eugenesia tuviesen tanto valor, los campos de entrenamiento no dejaban de poseer un aura de erotismo. Cualquier espartano podía argüir que donde mejor se medía la fertilidad de una futura madre era en el brillo de su piel y en la perfección de sus senos. La belleza física —el largo cabello rubio y los elegantes tobillos por los que las chicas griegas eran célebres—, era la medida más accesible para juzgar incluso la belleza moral. Sin duda, una hija fea sería motivo de alarma e inquietud para sus padres, y aquello requería tomar medidas desesperadas. Se contaba la historia de una niña tan poco agraciada que, agarrada a un clavo ardiendo, su niñera había acabado por llevar a la tumba de Helena. Allí, fuera del santuario, había aparecido una mujer misteriosa, que había acariciado el pelo de la chica y había dicho que sería «la más hermosa, después de haber sido la más fea».[35] Y al parecer, así había ocurrido: la niña se había convertido en una belleza célebre, que acabó casándose con un rey espartano. Como era evidente, el espíritu de Helena aún se paseaba de vez en cuando por su tierra natal.

Historias como aquélla revelaban una verdad importante sobre la idiosincrasia espartana. Aunque el ideal de Licurgo fuese un estado igualitario, no fomentaba en nada la noción de igualdad. El sentido desenfrenado de la competición que hacía que las mujeres desearan opacar a sus semejantes y ser las más bellas corroía en verdad a toda la ciudad. ¿Qué tipo de gobierno es mejor?, preguntó una vez un rey espartano. La respuesta no se hizo esperar: «Aquél en el que la mayor cantidad de ciudadanos pueden competir entre sí por la mayor virtud sin amenazar al estado con la anarquía.»[36] A esto se debía que el sistema educativo, en una aparente paradoja, se dedicara a aplicar el mismo molde a todos los que

pasaran por él y, al mismo tiempo, a identificar y buscar el camino más rápido para la élite. Y si esto ya era evidente en la crianza de las niñas, lo era más aún en el entrenamiento de sus hermanos. El espartano que mejor se sometiese a dicho entrenamiento sería también el más sobresaliente.

Porque el objetivo de los maestros no sólo era aplastar la individualidad de cada niño, sino obligarlo a alcanzar un grado sorprendente de resistencia, disciplina e impasibilidad, de modo que el chico pudiese demostrar, de manera incontrovertible, que estaba hecho de hierro. A los siete años, cuando un niño espartano dejaba su hogar para vivir en una comuna con los demás niños, lo que se fracturaba y reformaba no era sólo su sentido de la familia. A partir de aquel momento, la propia noción de una identidad privada se veía tomada por asalto continuamente. Los espartanos llamaban a este entrenamiento *agogé,* palabra aplicada más convencionalmente a la crianza de ganado, y al maestro se le llamaba *paidonomos,* literalmente, un pastor de niños. Al joven espartano se le negaban raciones de comida apropiadas y, en cambio, se le estimulaba a rebuscar en las granjas de los vecinos lacedemonios, a acechar y robar comida como un zorro, con lo cual lograba desarrollar una sigilosa astucia.[*] Tanto en el calor del verano como en el frío del invierno, el joven espartano debía llevar el mismo estilo de túnica, idéntica a la que llevaban sus compañeros. Y nada más, ni siquiera zapatos. Había límites estrictos incluso para la conversación, manera de promover el terso estilo discursivo que en toda Grecia se conocía como «laconismo». Empero, mientras el joven espartano se sometía a esta disciplina feroz y uniforme, se le estudiaba, comparaba y calificaba continuamente: «Los vigilaban los ancianos durante sus juegos y, con frecuencia, suscitando de continuo entre ellos combates y riñas, se informaban no a la ligera de cómo

era por naturaleza cada uno de ellos en cuanto a aguantar y no rehuir la lucha en las contiendas.»[37] Incluso podían verse chicas entre el público: era rutinario ordenar a los jóvenes que se desnudaran ante ellas, sometiéndose de ese modo al halago o a las risas burlonas. Un verdadero espartano no tenía nada que ocultar.

Lección más que alarmante para un chico que, a la edad de doce años, caía en la cuenta de que, legalmente, podía seducir y ser seducido. Porque aunque la pederastia se practicaba en el resto de Grecia, sólo en Esparta estaba institucionalizada. Al parecer, incluso se ponían multas a los jóvenes que se negaran a aceptar un amante. Se rumoreaba también que durante la adolescencia, cuando no estaban casadas, las chicas podían verse sodomizadas repetidas veces.[38] En ambos casos, la justificación seguramente era la misma: no había lugar tan íntimo, tan privado, como para que el estado no tuviera el derecho de entrar en él. Sin embargo, aunque la obligación de someterse debió de haber sido traumática para la mayor parte de los jóvenes espartanos, al menos para los varones también entrañaba algunas compensaciones valiosas. No sólo era aceptable que un amante favoreciera a su joven amigo, sino que se esperaba que lo hiciera. Y mientras más honorable fuese un ciudadano y mejor conectado estuviese, más eficaz sería al promover la carrera de su amado. La élite daba lugar a la élite, y era así como un chico que se rendía ante el empuje nocturno de un hombre mayor y curtido por la guerra podía descubrir el manantial secreto del poder espartano que se abría ante él.

Sin duda, para el momento en que culminaba la *agogé,* un joven podía saber con certeza si había sido señalado para un futuro de grandeza. A los graduandos más prometedores se les concedía el honor de un sangriento desafío fi-

nal. Formados en un escuadrón de asalto conocido como la Cripteia, se les enviaba a las montañas, armados sólo con una daga cada uno, y allí se les ordenaba vivir de la tierra. Este período de exilio de la ciudad, sin embargo, era mucho más que una prueba de resistencia. Viajaban solos, y era inevitable que cada uno de los miembros de la Cripteia tuviese que cruzar el Taigeto y llegar hasta Mesenia. Una vez allí, avanzando sin hacer ruido durante la noche, se esperaba que cada graduado de la *agogé* demostrara que era un asesino, como se le había preparado para hacer. De todos los hombres, se decía, sólo los espartanos negaban que el homicidio fuese por necesidad un crimen. En su opinión, era perfectamente legítimo acabar con los esclavos indignos de aquel modo, aunque, temerosos de provocar la ira de los dioses en su contra, los espartanos proclamaban cada año una guerra contra los ilotas, maniobra de una circunspección no menos homicida, en realidad calculada para evitarle a la Cripteia todo riesgo de mancharse de sangre de manera inapropiada.[39] Por otra parte, si no era seleccionando con cuidado a los mesenios más capacitados, ¿cómo podían los espartanos hacerse con vasallos naturales? Del mismo modo que condenaban a la escoria de su ciudad a los Apótetas, se buscaba extinguir cualquier chispa de talento o de rebeldía entre sus esclavos. Sólo los más serviles podían reproducirse, y se multaba a los señores que no lograban coartar el crecimiento y las destrezas de sus ilotas, asunto del que además se daba conocimiento a los mayores. Y era entonces cuando la Cripteia, puesta también al corriente, se desplazaba al lugar a encargarse de sus asuntos.

Aunque fuese un asesino por encargo, el joven espartano que acercaba su daga a la garganta del mesenio condenado estaba llevando a cabo algo más que una ejecución: se trataba, casi, de un rito iniciático, una hazaña mágica. Al sentir

cómo la hojilla se hundía, el joven tenía el privilegio de saberse acólito de los misterios más profundos de su estado: ningún espartano que hubiese retrocedido ante el asesinato a sangre fría podía mandar sobre su pueblo. Los mayores que comisionaban a la Cripteia sus encargos ponían al mismo tiempo a sus miembros a prueba. Sólo cuando un joven hubiese olfateado por sí mismo el odio de un mesenio acosado, y una vez que lo hubiese visto con sus propios ojos, podría apreciar en toda su magnitud el peligro al que estaba expuesta su ciudad. Sólo una vez que hubiese matado en nombre de la ciudad podría apreciar verdaderamente lo que se le exigía mantener a raya.

Para el agente de la Cripteia, aquél era el conocimiento particular del que se le investía junto con el poder, si bien la ignorancia no podía permitírsele a ningún espartano, fuese hombre o mujer. Según se decía, cuando Helena era todavía pequeña, la habían sorprendido bailando en el santuario de Artemisa y la habían violado. Y un grupo de invasores mesenios había ultrajado de modo similar a un coro de bailarinas antes de que su ciudad fuese esclavizada. Y si se les daba media oportunidad, podían volver a hacerlo. Todas las chicas espartanas sabían cuál sería su destino si la mano dura de su ciudad llegase a temblar, aunque era a sus hermanos a quienes se obligaba a poner a prueba aquella certeza hasta los límites de la propia resistencia. Durante la infancia, parte del entrenamiento de cada ciudadano era aprender lo que significaban los azotes del látigo. Después del ritual del azotamiento, los niños de la raza lacedemonia suprema, con sus bastas túnicas convertidas en jirones, los hombros desgarrados y sangrantes, no tenían mejor aspecto que los esclavos más humildes. Y, sin embargo, aquella demostración era del todo contraria al servilismo: el mismo látigo que servía para degradar al ilota ennoblecía, en cam-

bio, al niño espartano. «El sufrimiento transitorio da lugar a la alegría de una fama perdurable.»[40] Aquélla era una de las enseñanzas que Licurgo había dejado a su pueblo. Quienes soportaban el látigo con el temple más enérgico eran los elegidos para formar parte de la Cripteia, porque un amo lo era todavía más cuando podía soportar las cargas del esclavo.

La comprensión de aquella verdad gobernaría al espartano durante toda su vida adulta. Aunque el graduado de la *agogé* nunca más tendría que soportar la humillación de los latigazos, su vida continuaba coartada por restricciones que un ciudadano de cualquier otro estado griego habría considerado intolerables. Un espartano no podía optar a un cargo público ni controlar siquiera sus propias finanzas hasta que cumplía los treinta años y, en lugar de vivir con su esposa, se le obligaba a escabullirse del cuartel para copular como un animal, con prisa. Tal vez llevase las cicatrices de alguna batalla, pero el joven que se peleaba a golpes con otro podía esperar que sus mayores lo tratasen como a un niño malcriado o, incluso, como a un esclavo. Resultaba simbólico de aquella ambigüedad que un guerrero espartano de veintitantos años debiese llevar el cabello corto, como un ilota. Y lo que era más chocante aún, también así debían llevarlo las novias espartanas.[41]

En Grecia, las únicas mujeres que solían verse con las cabezas afeitadas eran las jóvenes esclavas, a quienes se les esquilaban las trenzas para fabricar pelucas, pero también era típico de la peculiaridad de los espartanos considerar aquello que en el resto de Grecia era una señal de humillación como un emblema de matronal orgullo. La espartana recién casada, que había sido criada para procrear, podía finalmente abrazar su destino. La sociedad la estimulaba en la medida de lo posible, de modo que mientras más prolífica

demostrara ser, mayor sería su prestigio. Si la mujer producía tres hijos, al marido se le eximía de los deberes en la guarnición; si moría durante el parto, al menos tendría el consuelo de que su nombre se grabase para toda la eternidad en una lápida. Tal era la manera en que el estado buscaba incluso convertir la maternidad en un asunto de encarnizada competencia.

Aunque nada se comparaba, desde luego, con la obsesión de los jóvenes varones por el estatus. Aquella competencia se fomentaba de manera tan despiadada, que entre los veinteañeros resultaba verdaderamente carnívora. El honor supremo, que sólo se otorgaba a tres graduados de cada promoción, consistía en ser nombrado *hippagretes,* o «comandante de la caballería», por los ancianos. Este título le daba a un joven espartano el derecho a nominar a cien de sus homólogos como miembros del Hippeis, un escuadrón de élite de trescientos hombres que operaba de manera separada de la estructura de mando que gobernaba a las otras unidades militares y que, en el centro de la línea de batalla, servía como guardia real del rey que comandase la tropa. Los celos de quienes eran desdeñados por los *hippagretai* resultaban naturalmente de temer. A los marginados se les instigaba a que mantuviesen vigilados a los Hippeis e informasen de cualquier infracción, que buscasen siempre que sus miembros fuesen desincorporados en desgracia, en fin, que intentasen pescar en río revuelto y tomar su lugar. No sorprende que las reyertas entre los jóvenes espartanos fuesen muy habituales, ni tampoco sorprende que incluso al principio de la edad adulta, tuviesen que verse constreñidos por reglas de conducta tan feroces.

De ahí las inquietantes paradojas que regían la sociedad espartana: la humillación era un orgullo y la restricción, una oportunidad. La disciplina, libertad. La subordinación, la

mayor soberanía posible. Incluso después de cumplir los treinta años y haberse convertido en ciudadano de pleno derecho, en un *homoios* o semejante, el espartano seguía viviendo en condiciones que a la élite de otras ciudades le habrían parecido dignas de esclavos. Cada noche debían cenar en un comedor común, adonde debían llevar una ración de ingredientes crudos que los cocineros mezclaban hasta convertirlos en un caldo negro y espeso. Tan desagradable resultaba aquel brebaje, que los extranjeros que tenían el privilegio de probarlo hacían chistes al respecto: finalmente, podían entender por qué los espartanos no tenían miedo de la muerte. Bromas tontas y superficiales. Los espartanos, que no eran inmunes a un cierto deleite en las ocurrencias y, de hecho, habían construido un altar a la risa en la ciudad, sabían que algunas cosas eran demasiado solemnes como para burlarse de ellas. Para un *homoios,* el peor enemigo era el exceso. En otros estados, los pobres eran sacos de huesos, y tal vez a los ricos se les apodara de «corpulentos», pero no en Esparta. En otros estados, era la élite la que se permitía caprichos como beber vino y bailar en estado de ebriedad, pero no en Esparta. En Esparta, eso se reservaba para los esclavos. Algunas veces se arrastraba a algún ilota al comedor donde comían los *homoioi.* Se trataba de un *ser* animal y encorvado, vestido con pieles gastadas y una espantosa gorra de perro pulgoso en la cabeza. Para entretenimiento y edificación de los amos que le observaban, el pobre desgraciado debía beber vino puro, tragárselo hasta que el licor se derramara de sus labios y empapara sus pieles. Entonces, en medio de las risotadas, los espartanos le obligaban a bailar. Con las mejillas rojas y la barbilla llena de baba, el ilota vacilaba y se tambaleaba hasta que perdía el conocimiento y caía al suelo inmundo, momento en el que los señores se divertían arrojándole huesos.

Para ser justos, se puede decir de Lacedemonia que «podía encontrarse allí la quintaesencia tanto de la libertad como de la esclavitud».[42] Después de todo, una era el reflejo de la otra. En los muros del templo de Artemisa, las máscaras de los jóvenes guerreros y de los sabios ancianos parecían mucho más nobles en comparación con las otras máscaras que las rodeaban y que representaban brujas, seres tarados, monstruos y salvajes. De modo similar, para los sobrios *homoioi* sentados a la mesa del comedor, todo el rigor y la crueldad de su entrenamiento se veían justificados por el espectáculo de un ilota babeando y cayéndose a sus pies. Los espartanos, que eran dueños de sus propios cuerpos y apetitos tanto como lo eran de una vasta población de esclavos, eran los más libres entre los hombres precisamente porque se hallaban sometidos al código más estricto e intransigente. «Pues, aunque libres, no son libres en todo, porque tienen por señora a la ley, ante la cual tiemblan mucho más todavía que los tuyos ante ti. Hacen lo que ella manda, y ella manda siempre lo mismo.»[43]

Voces ancestrales

La perfección evidente de su constitución, por no hablar de la xenofobia a la que necesariamente daba lugar, llevaba a muchos espartanos a mirar el mundo más allá de sus fronteras con una mezcla de suspicacia y desdén. Una serie de desastres de la política exterior sólo habían logrado reafirmarlos en su insularidad. A la humillación del desaire de Ciro se había sumado una debacle aún peor cuando, en el 525 a. J. C., una expedición marítima que se dirigía a Samos, poderosa isla cercana a la costa de Jonia, ocupada por los persas, fue exhaustivamente rechazada. A partir de

aquel momento, en lugar de arriesgarse a nuevos embrollos en el Egeo, la mayor parte de los espartanos se encontraron satisfechos de dejar atrás las aventuras orientales. Resultaba mucho mejor consolidar la propia supremacía más cerca de casa porque si se despachaban demasiados de aquellos hombres incomparables a ultramar, ¿quién impediría que los ilotas se alzaran en una revuelta? Por no hablar de los supuestos aliados, que debían mantenerse bien sujetos para que Lacedemonia entera estuviera a salvo. Mejor dejar que las fronteras naturales del Peloponeso le sirviesen a Esparta de murallas.

Sin embargo, a pesar de su nombre, la isla de Pélope no estaba completamente «rodeada por el mar».[44] A tres días de marcha hacia el norte de Esparta se hallaba la gran ciudad mercantil de Corinto, y más allá, en una estrecha franja de tierra de no más de diez kilómetros de ancho, se encontraban las ciudades y las montañas de la Grecia continental. Aunque fuesen peloponenses, los espartanos no podían permitirse actuar como si el istmo no existiera. No sólo porque algunas de las ciudades que se hallaban al norte, como Atenas y Tebas, tenían papeles de importancia en el juego de poder de Grecia. Otros motivos eran un sentimentalismo primario y el instinto de conservación. A pesar de sus intentos de pasar por los herederos de Menelao, los espartanos eran dorios al fin y al cabo. Y la región montañosa que se extendía al norte del istmo era la tierra natal de sus ancestros. Más allá de Atenas y Tebas, los picos que rodeaban las tierras más bajas obligaban al camino del istmo a continuar por la costa hasta que, en el punto más estrecho, apenas había espacio para que pasaran dos carros a la vez. Este paso, el de las Termópilas, tenía una relevancia considerable para los espartanos, puesto que había sido desde el pico que se elevaba hacia el oeste por detrás de las Termó-

pilas, el monte Oeta, desde donde Heracles, consumiéndose en las llamas de la pira en la que se había inmolado, ascendió al monte Olimpo a unirse con los otros dioses. Y justo al sur del monte Oeta se extendía una región de historia igualmente rica, la llanura de Dóride, a partir de la cual los dorios habían tomado nombre. A su vez, al sur de Dóride se elevaba otro pico, el Parnaso, escarpado y cortado por barrancos; y un poco más allá, en la vertiente más alejada de aquel monte, se encontraba el lugar más sagrado de la región, un santuario que los espartanos apreciaban incluso más que los templos de su propia ciudad y que, de hecho, era el más sagrado de toda la Hélade. En Delfos, el aire estaba preñado de profecías. Se suponía que durante nueve meses al año era la morada del dios Apolo y, por eso, más que en cualquier otro sitio en el mundo, era allí donde podían ocurrir visiones y revelaciones del futuro. En lo más profundo de aquel oráculo se desgarraba el velo del propio tiempo.

No resultaba sorprendente que los espartanos profesaran una admiración particular hacia Apolo. Del mismo modo que sus ancestros habían emigrado a Lacedemonia, el dios arquero había llegado a Delfos como un invasor del norte. Cuando hubo dejado atrás las murallas del Olimpo, Apolo, «certero flechador», viajó por el mundo «a la búsqueda del primer oráculo para los hombres».[45] Y lo había encontrado allí donde una monstruosa serpiente pitón, hinchada de presas humanas, dormitaba junto a un manantial de agua dulce y helada, enroscada contra la escarpada roca del Parnaso, mientras que bajo aquella visión, las águilas planeaban sobre un barranco solitario y moteado de sombras. Un solo tiro de su arco mortífero había bastado para acabar con el reino de aquel monstruo y, desde entonces, era Apolo quien mandaba como señor de Delfos. Las plantas de

laurel que el dios había sembrado servían para purificar el santuario y, según se decía, con el correr del tiempo los hombres habían construido allí, con ramas cortadas de los arbustos de laurel, un templo donde Apolo había comenzado a dictar profecías a través del susurro de las hojas. Pero, desde la juventud del dios, una construcción había seguido a la otra; la segunda había sido de tallos de helecho, la tercera de cera y plumas, la cuarta de bronce, porque la historia del oráculo de Apolo era fabulosa y estaba marcada por el cambio incesante. Con el tiempo, las hojas de laurel habían guardado silencio y el dios había elegido hablar a través del éxtasis de una joven sacerdotisa, la Pitia o Pitonisa, en cuyo título se podía escuchar el eco del enemigo hacía tiempo descompuesto de Apolo. Alrededor del año 750 a. J. C., cuando la historia de Delfos comenzó a abandonar el mito, se erigió allí un templo de piedra y, según parece, poco después se decidió que sólo una mujer anciana podía ser designada para hacer las veces de Pitonisa, aunque como símbolo de su pureza se le obligaba a vestir las ropas de una joven.[46] En el 548 a. J. C., el templo se quemó, reduciéndose a cenizas. Sin embargo, entre todo aquel tumulto, la voz de Apolo había seguido hablando.

No había otro oráculo que se le pudiera comparar. De hecho, tal era el prestigio del oráculo de Delfos que entre todos los templos fundados en Grecia no hubo otro que llegara a contar con un cuerpo de sacerdotes a tiempo completo. Y aunque un cuadro sacerdotal como aquél difícilmente habría sorprendido a las burocracias de los grandes templos orientales, para los griegos se trataba sin duda de una innovación. Los relatos de los viajeros sobre las extrañas acciones de los sacerdotes egipcios o babilonios nunca dejaban de sorprender a los helenos, y la noticia de que en Persia sólo un mago podía presidir un sacrificio sería recibi-

da con particular asombro. En Grecia, cualquiera, incluso mujeres y esclavos, podía hacer sacrificios. Sólo los délficos, apartados de cualquier otra fuente posible de ingresos, vivían de las colectas del santuario. «Cuidad el templo», Apolo les había ordenado, «acoged a las gloriosas estirpes».[47] Los délficos, obedeciéndola, habían hecho ganancias profusas, y otras ciudades, lejos de cuestionar el profesionalismo de los sacerdotes, habían colaborado gustosamente —y en secreto— con ellos. El arreglo convenía a todos. ¿Qué mejor prueba de la justicia de los sacerdotes que cobrar a todos la misma tarifa fija? Cuando facciones rivales se dirigían al oráculo para que dirimiera una pelea, debían confiar absolutamente en las palabras del dios. Nadie podía permitirse que la neutralidad del oráculo se viese afectada, de modo que cuando, en el 595 a. J. C., la vecina ciudad de Crisa intentó anexionarse el oráculo, toda Grecia, escandalizada, tomó medidas despiadadas,[48] y una liga de ciudades marchó a defender al dios. Las normas del comportamiento civilizado, que prohibían la guerra química en tanto que crimen contra los dioses, se suspendieron temporalmente y se añadió veneno al suministro de agua de Crisa, de modo que «los defensores de la ciudad se vieron afectados por violentos ataques de diarrea, y tuvieron que abandonar sus posiciones».[49] Las murallas fueron derrumbadas y la impía ciudad quedó devastada. Siglos después, la llanura en la que se había emplazado Crisa seguía siendo una tierra baldía e infértil, «como si estuviese bajo el efecto de una maldición».[50]

Los griegos habían aprendido una lección estremecedora: O Delfos era un oráculo para todos los griegos o no era nada. Desde entonces, como muestra de esta realidad, las llamas sagradas se elevarían eternamente sobre el altar público del templo, atendidas en todo momento por las sacer-

dotisas, alimentadas con madera de pino y de laurel, de modo que nunca se extinguieran. Porque aquél era el fuego del hogar de toda Grecia. Pero incluso quienes no fuesen griegos podían acercarse a Apolo con la esperanza de que éste les respondiera. El carácter sacro de Delfos se extendía por todo el globo. Según se decía al principio, cuando Zeus había venido al reino del universo, queriendo tantear la magnitud de su herencia, había soltado un águila desde levante y otra desde poniente, de modo que, al observarlas volar, pudiera localizar el centro del mundo. Ambas aves se habían encontrado en Delfos, y una gran roca, el ónfalos u «ombligo», aún señalaba el lugar. Por eso, lo natural era que los sacerdotes dieran la bienvenida a suplicantes extranjeros como si se tratara de un deber del templo. Por ejemplo, cuando se enfrentaba a la amenaza creciente de Persia, Creso había necesitado orientación divina y había enviado mensajeros a todos los oráculos del mundo con instrucciones de preguntar, en un día concreto, lo que su amo estaba haciendo en casa, en Lidia. Sólo Delfos había dado la respuesta adecuada: Creso estaba preparando un estofado de cordero y tortuga. Desde aquel momento, el rey de Lidia se convertiría en el patrocinador más generoso del templo, enviando ofrendas incomparables de oro, recipientes, lingotes y estatuas de leones, que se iban a sumar a los tesoros que ya se amontonaban en las sombras del templo. A cambio de aquellos regalos, Apolo le daría consejos de política exterior a Creso; por ejemplo, fue gracias a la sugerencia del dios que el rey de Lidia formó su alianza con los espartanos.

Aunque, claro está, aquella alianza no lo iba a salvar a largo plazo. Si los consejos de Apolo a menudo parecían claros, algunas veces, en cambio, no lo eran. «El dios cuyo oráculo se halla en Delfos no habla ni se mantiene en silen-

cio, sino que ofrece pistas.»[51] Quienes malinterpretaban al dios, quienes no lograban reconocer la ambigüedad que se ocultaba en sus pronunciamientos, quienes torpemente tomaban acción de acuerdo con lo que querían creer, invariablemente caían en la ruina. Y la vanagloria y la terquedad de Creso, que se había vuelto dependiente del consejo de Apolo, en un momento acabarían por llevarle al desastre. Al consultar al oráculo sobre la pertinencia de atacar a Ciro, la respuesta había sido que un imperio poderoso podría caer si lo hacía. Creso, por supuesto, decidió hacer la guerra, y fue así cómo vio caer a su propio imperio.

Cuando Apolo fue acusado de ingratitud hacia su benefactor, los sacerdotes de Delfos replicaron que el dios, aunque no podía desviar el curso del destino, había concedido tres años más de prosperidad de los que la Fortuna le había asignado a Creso. La réplica fue aceptada con credulidad: los reyes siempre habían sido los favoritos de los dioses. Aquello quedaba claro en las leyendas de los tiempos pasados, cuando los héroes indefectiblemente poseían sangre real. Pero lo que en la leyenda era aceptable se había vuelto cada vez más ofensivo para las aristocracias de varios estados griegos y, por último, para los ciudadanos de toda clase. A diferencia de lo que ocurría en Oriente, el reclamo de que algún mortal debiera verse privilegiado por los dioses no servía para legitimar el concepto de monarquía; al contrario, le restaba brillo. Y es que a ningún griego le gustaba pensar que su condición natural pudiese ser la esclavitud. «Apenas conozcas el yugo de la servidumbre —se decía—, Zeus, dios del trueno, te despojará de la mitad de tus virtudes.»[52] Y tal vez vivir como mujeres, con el pie de un déspota sobre las espaldas, estaba muy bien para los pueblos serviles de Oriente, pero no para un griego nacido en libertad. Los reyes, a menos que estuvieran confinados a la

seguridad de las tierras más remotas y afeminadas, pertenecían más bien a los poemas antiguos. Tal rango sólo se mantenía con vida, aunque de manera espectral, en el título concedido a algunos sacerdotes de ciertas ciudades griegas, porque la intimidad compartida con los dioses, que alguna vez había sido privilegio de la realeza, no podía hacerse a un lado sin más, y las ceremonias venerables todavía podían depender de ella. Sin embargo, incluso como sacerdote, un «rey» seguía siendo una figura peligrosa, y había que limitar escrupulosamente el carisma natural de aquel título, al que no se le debían conceder poderes más allá de lo religioso. Incluso el término de su mandato, en una ciudad como Atenas, debía limitarse estrictamente a un año.

Cuán extraordinario debe de haber resultado entonces que, entre todos los estados, justamente en Esparta, donde lo comunal era lo más importante, los reyes no sólo hubiesen subsistido sino que aún mantuviesen un resplandor sagrado y sobrecogedor. Los demás espartanos eran *homoioi,* pares o semejantes, pero la realeza estaba por encima de eso. Los príncipes se veían eximidos de la *agogé* durante la infancia y, como comandante en jefe del ejército, el rey era el que llevaba a sus hombres a la guerra. Como jefe de estado, no representaba a ningún ciudadano, y a nadie se le permitía tocarlo o incluso rozarlo en público. Lo más excepcional, aquello que de verdad lo separaba del resto de sus coterráneos, era su intimidad con los dioses. Sin duda, ningún mortal en el mundo entero podía tener una relación más estrecha con el oráculo de Delfos que la que disfrutaban los reyes espartanos. Cada uno, mediante un acuerdo que no tenía parangón en ningún otro estado, contaba con dos embajadores, los pitios, siempre preparados para enfilar a galope la ruta del norte e interrogar a Apolo ante el menor gesto del rey. Ésos eran los privilegios de su linaje

porque, al fin y al cabo, los reyes eran parientes lejanos de Zeus.

Sus coterráneos, naturalmente, buscaban la manera de beneficiarse de aquella consanguinidad con los dioses. Aunque respetasen a la realeza, los espartanos no cultivaban un servilismo apocado, sino justo lo contrario: mientras que otros griegos se encogían ante la mística de los reyes, los espartanos, con aquella mezcla de sentido común y superstición tan típica de su política, intentaban sacar provecho de aquel vínculo. Si los reyes tenían la atención de Apolo, el estado contaba con el mandato de sus reyes. Como astutos predadores cautivos, a los reyes se les mantenía bajo vigilancia continua y rigurosa, a la más estricta manera espartana. Se mantenían vigilados el uno al otro, y la Gerusía y la población vigilaban a ambos. Incluso cuando los reyes empezaron a estar ausentes de la ciudad con frecuencia debido a las campañas militares, como fue el caso a finales del siglo VI a. J. C., la vigilancia se mantuvo como siempre.

De hecho, puede que incluso se volviera más estricta. A medida que florecía la grandeza espartana, y con ella la oportunidad de aventuras en el extranjero, los éforos, magistrados de una institución que antaño era insignificante, comenzaron a fungir de inquisidores y de guardianes de la realeza. Estos cargos, cinco en total, se elegían anualmente en la asamblea de todos los ciudadanos, de modo que podían afirmar de manera legítima que los representaban a todos. Aunque el rey podía desdeñar una primera y hasta una segunda convocatoria de parte de los éforos, a la tercera estaba obligado a levantarse y responder. Este llamado de lealtad al reclamo de los éforos formaba parte de un ritual, que tenía lugar al menos una vez al mes y representaba una llamativa inversión de roles. Según se decía, al principio, los éforos habían sido los sirvientes de los reyes pero, con el

correr de los años y mediante argucias y secretos, habían logrado convertirse en sombras de sus señores. Y aunque, comparados con el rey, eran personajes sin rostro, no dejaban por ello de tener poderes sobrenaturales. Los éforos solían reunirse en la oscuridad y mirar el futuro en las estrellas, y si llegaban a descubrir que un rey «era un ofensor de los dioses»,[53] tenían el derecho de mandarlo abandonar el trono. Y entonces tenían la potestad de hacer lo que el rey tradicionalmente hacía, que era enviar mensajeros a Delfos, cuyo oráculo, se suponía, debía confirmar el juicio de los cielos.

Pero, ¿lo hacía? ¿Qué bando apoyarían Apolo y su sacerdocio en caso de una lucha a muerte entre un rey y los éforos? Tal pregunta no cabía formularla en Esparta, donde el temor de un levantamiento constitucional era notorio. Tampoco esperaban los espartanos verse obligados a formularla porque, a fin de cuentas, su ciudad no estaba gobernada ni por el rey ni por los éforos, sino por las costumbres y por el carácter inimitable de sus ciudadanos. La cualidad que los espartanos honraban por encima de todo recibía el nombre de *sofrosine,* es decir sensatez, moderación, prudencia y autocontrol, y por muy grandes que fuesen los poderes del rey o de los éforos, en tanto y en cuanto que ciudadanos espartanos estaban impedidos de abusar de ellos hasta el extremo. «Porque está en tu naturaleza —según la amonestación formulada un día por un corintio— hacer menos de lo que podrías haber hecho, y refrenarte antes de seguir por donde el juicio te habría indicado hacerlo.»[54] No obstante, a los espartanos dicha crítica les podía sonar a elogio, puesto que la *sofrosine* estaba en todas partes y el espíritu de la revolución había sido bien domesticado entre los lacedemonios. Del mismo modo que un guerrero se encontraba sometido a la disciplina de la falange, los éforos y el rey eran parte del

estado, donde no cabían el egoísmo, el frenesí y el desvío del deber.

Tal era la situación cuando, en el 520 a. J. C.,[55] un nuevo rey ascendió al trono y comenzó a manejar el poder de una manera escandalosa y despiadada. Incluso antes de nacer, Cleómenes se había visto envuelto en una espiral de rumores, a cuál más chocante.

Según se decía, su padre, el rey, incapaz de preñar a su amadísima primera esposa, había recibido de los éforos la orden de divorciarse y tomar otra esposa pero, como se resistía a desafiar abiertamente a los magistrados, el rey había optado por practicar la bigamia. Sin embargo, apenas la segunda compañera de lecho hubo dado a luz a Cleómenes, su primera esposa, para sorpresa de todos, superó a su rival y tuvo tres hijos en rápida sucesión. Como se trataba, además, de la sobrina del rey, y no sólo de su amada, éste, como era de esperar, acabó despreciando a Cleómenes y, haciendo gala de su favoritismo, tomó la cáustica decisión de llamar al medio hermano preferido Dorieo, «el dorio», y de inscribirlo en la *agogé,* que el príncipe pasaría con honores. De modo que, como heredero legítimo y, al mismo tiempo, hombre del pueblo, Dorieo había proyectado una conspicua sombra en su desventurado y malquerido hermano mayor, pues «era el primero entre todos los de su edad y sabía bien que por mérito él había de ser rey».[56]

Pero los espartanos eran sobre todo un pueblo legalista, y Cleómenes era el primero en la línea de sucesión del trono, así que, apenas murió el padre, fue Cleómenes quien ascendió al trono. A pesar de su éxito y popularidad, Dorieo se vio superado por aquella maniobra, y Cleómenes, aferrándose al poder, lo primero que hizo fue intentar apartar a su medio hermano de Esparta. Cuando lo logró, con la excusa de una misión en el extranjero, la magnitud de la de-

rrota de Dorieo no podía, sin embargo, disfrazarse. Esparta había resultado ser demasiado pequeña para ambos hermanos, y tampoco parecía haber alguna posibilidad de que Dorieo volviera a casa. Después de un intento frustrado de encontrar una colonia en África, Dorieo acabó como mercenario en Sicilia, donde cayó sin gloria en una oscura refriega, momento a partir del cual Cleómenes ya pudo reinar sin peligro en Esparta.

Sin embargo, las circunstancias de su ascenso al trono no dejaban de ensombrecerlo. Consciente de que muchos de sus coterráneos lo tomaban por legítimo a medias en el mejor de los casos, Cleómenes decidió responder con bravura y de manera desafiante: el tradicionalismo sobrio que cabía esperar de un rey espartano no era para él. Ni tampoco lo era la cautela, a pesar de su pertinencia. Bien fuese por el deseo de demostrar su verdadera estatura ante sus detractores, bien por desprecio y la falta de miras de aquellos hombres, o quizá porque creía estar obrando, como hombre astuto e ingenioso, en el mejor interés de la ciudad, Cleómenes resolvió desde un comienzo alardear de su poder. La facilidad con la que se había deshecho de Dorieo indicaba que aquel poder era considerable y, por primera vez desde que habían tenido lugar las reformas de Licurgo, se sentaba en el trono de Esparta un rey dispuesto a hacer uso de sus privilegios hasta donde fuese posible.

Todo ello prometía un futuro turbulento para los espartanos, al tiempo que se convertía en una amenaza incluso para ciudades alejadas de los confines de Lacedemonia. Un hombre tan impetuoso a cargo de la maquinaria de guerra más mortífera de Grecia era un motivo de alarma para todo el Peloponeso, y también para los pueblos de más allá. En el 519 a. J. C., a un año escaso del hecho sucesorio, Cleómenes atravesó el istmo con un ejército. Se trataba de una

declaración de intenciones tan amenazadora como portentosa, según demostraría el tiempo. El nuevo rey no aceptaba verse constreñido por los límites de su patio trasero, y pronto quedaría claro que su atención estaba dirigida hacia la Grecia central: hacia Delfos, donde los sacerdotes rápidamente se vieron envueltos en escándalos y sobornos; hacia Beocia, la gran llanura ganadera dominada por Tebas, pero donde también se emplazaban otras ciudades pequeñas, resentidas por los maltratos tebanos y ampliamente susceptibles de vandalismo de parte del invasor. También hacia el Ática, una tierra de cultivos y montes, vital desde un punto de vista estratégico, puesto que a través de ella pasaba el camino del istmo en dirección al norte. De hecho, la atención del rey estaba enfocada, sobre todo, en el Ática, y en la ciudad de Atenas especialmente, puesto que se trataba de una potencia en crecimiento y, por lo tanto, de una posible amenaza que había que neutralizar. Aunque algunas veces fuese impulsivo, difícilmente podía calificarse de provocador a Cleómenes sólo porque hubiese desarrollado el gusto por la fuerza preventiva.

Sin embargo, las turbulencias empezaban a ser más intensas de lo que el rey o los demás podían percibir: la intrusión de Cleómenes en la política ateniense precipitaría un terremoto en ese ámbito, la rebelión más extensa que hubiese ocurrido en una ciudad griega desde tiempos de Licurgo, y cuyas secuelas se iban a sentir no sólo en Grecia, sino del otro lado del Egeo, en el imperio persa. E incluso, a pesar de las distancias, en los dominios del propio Darío.

La revolución llegaba a Atenas, y la guerra llegaba al mundo entero.

CAPÍTULO 4

Atenas

Los hijos de la tierra

En la Grecia arcaica, una ciudad difícilmente se calificaba como tal si no contaba en su historia con algún estrambótico mito fundacional. Los espartanos distaban con mucho de ser los únicos griegos obsesionados por sus raíces. Con la ansiedad propia de un pueblo que se tenía que estar cuidando siempre las espaldas de algún rival dispuesto a abusar de su poder y someter a los demás, demostrando de ese modo y a cada paso su superioridad, los griegos de todas las ciudades contaban historias increíbles acerca de su pasado; algunas más increíbles que otras. Los argivos, por ejemplo, a pesar de ser tan dorios como los espartanos, motivo por el que no tenían mayor derecho que estos últimos a reclamar el linaje de Heracles, difícilmente se contentaban con la misma genealogía que sus odiados vecinos. Así, mientras que los espartanos andaban siempre demostrando ser mejores en el campo de batalla, las fantasías genealógicas de los argivos resultaban cada vez más altisonantes. De acuerdo con su propia jactancia, árabes, egipcios y un sinnúmero de pueblos descendían todos de la misma mujer argiva; de hecho, apenas existía nación en el mundo que no

estuviese unida a Argos por lazos de sangre. O al menos de eso les gustaba presumir a los argivos.

Alardes tan extravagantes como éste no eran ni mucho menos el único recurso del que los argivos echaban mano para poner en su sitio a los espartanos. Los ciudadanos de Tegea, cuya historia se preciaba de varios nombres famosos, podían permitirse el lujo de menospreciar a sus temibles vecinos dorios en tanto y en cuanto que advenedizos, puesto que ellos, los tegeatas, siempre habían vivido en el Peloponeso, a diferencia de los dorios. Y es que, entre los griegos, el arraigo profundo a la tierra era una fuente de prestigio. Los argivos, no contentos con ostentar su esplendoroso acervo allende los mares, se ufanaban sobre todo de haber sido siempre nativos de aquella tierra, desdeñando alegremente su ascendencia doria, que podría haber vuelto problemática la afirmación. La lógica, como puede verse, rara vez caracterizaba los mitos fundacionales griegos. En el Peloponeso, en concreto, donde coexistían una gran cantidad de tradiciones que competían entre sí, los reclamos y las réplicas se embrollaban de modo peculiar, y el pasado podía modificarse con facilidad sobre la marcha.

El epítome de aquella tradición consistía, por supuesto, en que alguna región afirmase no haber sido jamás conquistada y haber mantenido siempre a raya al invasor, salvaguardando sus costumbres y su libertad. «El mismo tronco étnico, generación tras generación, y el mismo pueblo han vivido siempre en ésta, nuestra tierra nativa; y es este pueblo el que, en virtud de sus méritos, nos ha legado un país eternamente libre.»[1] A lo largo de su historia, los atenienses no se cansarían jamás de hacer este tipo de afirmaciones: los cuentos populares sobre las migraciones o el crisol de razas no eran para aquel pueblo que, pagado de sí mismo al extremo de hacerse tedioso a ojos de los otros griegos, insistía

en subrayar el carácter sacrosanto de sus fronteras, que ni heráclidas ni dorios habían logrado franquear por la fuerza. Del mismo modo que «el trigo y la cebada» que crecían en los campos áticos, al igual que «las vides, los olivos y las higueras»,[2] los atenienses habían nacido de la tierra y habían brotado del suelo. Eran «autóctonos».

Y esto no era una metáfora, ni tampoco una elaborada presunción. Para los atenienses, aquélla era la verdad pura y simple. Cuando recorrían su tierra natal, los caminos polvorientos que rodeaban las colinas áticas, las planicies y los valles rocosos, los habitantes de aquella región se sabían parte del paisaje del mismo modo en que lo eran los arbustos de mejorana, el tomillo con su aroma embriagador, las espectrales praderas cubiertas de asfódelos, tan amados por los dioses, o el mármol que se dejaba vislumbrar a través de la maleza en las pendientes de las colinas. Allí se hallaba un misterio mucho más profundo que el que los otros griegos reclamaban para sí cuando elaboraban linajes fabulosos y alardeaban de una ascendencia divina. Para un ateniense habría resultado blasfemo presumir de una herencia como aquélla. Después de todo, la diosa que adoraban como su protectora, y de la que habían tomado el nombre, era Atenea: guerrera de ojos grises, señora de las artes, hija de la sabiduría, virgen. A ella, sublime y enigmática, no podía corresponder la indignidad de un parto: ningún hombre la había poseído jamás. El único que alguna vez había estado cerca de lograrlo había sido su hermano Hefesto, herrero lisiado al servicio de los dioses, de destrezas tan ilimitadas como corvadas andaban sus piernas. Una vez se había visto de tal modo superado por el deseo de poseer a su hermana que había ido cojeando tras ella, sudoroso y tiznado, y había intentado tomarla en sus brazos. Aunque Atenea lo había echado a un lado con un desprecio glacial, Hefesto,

tembloroso de excitación, había ya eyaculado sobre la cadera de la diosa. Ésta se limpiaría con un trozo de lana que, todavía empapada, dejaría caer sobre el Ática, de modo que el semen, como un rocío denso, acabaría por humedecer el vientre de la Madre Tierra. De esta fertilización de «los campos que daban el grano» había nacido un niño con la cola enrollada de una serpiente, a quien Atenea había adoptado y había llamado Erecteio.[3] Luego lo llevaría a la Acrópolis, «a su propio y lujoso templo», donde, «hasta este día, con cada revolución anual, los hijos de Atenas le ofrecen toros y carneros».[4]

Se trata del tipo de historia que a un heráclida le costaría refrendar, pero el hecho de que los atenienses se encontrasen satisfechos de atribuir los orígenes de su ciudad a un trapo desechado expresa de modo elocuente la importancia que para ellos poseía aquel mito que, a lo largo de los siglos, se iría elaborando cada vez más, aunque sus raíces fuesen tan antiguas como la verdad que reflejaban: los atenienses eran, en efecto, un pueblo diferente. Que sus fronteras se hubiesen mantenido incólumes, como más tarde afirmarían sus habitantes, parece improbable, pero el Ática, entre todas las regiones de Grecia, sin duda había capeado mejor el temporal que llevó al palacio de Menelao y a muchas otras capitales orondas a la ruina. A pesar de la agitación de los tenebrosos siglos posteriores, las distintas comunidades áticas habían preservado una imagen de sí mismas de nación discreta unida por unos hábitos y un dialecto compartidos por una misma raza. Una vez que hubieron dejado atrás la así llamada edad oscura, los atenienses todavía podían recordar que, a pesar de todo, nunca habían sido nómadas sin casa, sino «el pueblo más antiguo» de Grecia.[5] Es cierto que, hasta entrado el siglo VII a. J. C., al igual que Esparta, Atenas había sido poco más que un po-

blado mísero, apiñado de modo afrentoso alrededor de la roca de la Acrópolis. Los pobladores de los asentamientos cercanos no se concebían a sí mismos como atenienses, y tal vez ni siquiera considerasen que pertenecían a un único estado.[6] Sin embargo, la propia Acrópolis, fulgurante e inmensa, servía a todas las comunidades áticas de objeto natural de veneración, puesto que todos los valles llevaban a ella y no había otro santuario ático que pudiese rivalizar con su aura de misterio. Sus bloques de mampostería, tan pesados que, como era evidente, sólo un gigante podría haberlos levantado, ganaban la cúspide en una muralla inmensa. Ruinas de una antigüedad incalculable eran testimonio del uso que en un tiempo anterior habían hecho de ellas los héroes y los reyes.[*] Santificada por la presencia de Atenea, que allí había erigido su morada, la roca también hacía las veces de tumba de Erecteio, el nacido de la tierra. Cuando observaban la Acrópolis, todas las gentes del Ática, y no sólo los atenienses, podían recordar así el suelo del cual habían nacido, la herencia que compartían y la lealtad que a su tierra natal le debían.

El resultado de todo aquello era una identidad regional sin parangón en el resto de Grecia. Que Atenas se irguiera para dominar el Ática como la única ciudad que merecía aquella calificación resultaba tan prodigioso como aberrante a los ojos de los demás griegos. La vecina Beocia, un área de tamaño similar al Ática, se encontraba dividida en no menos de diez estados en disputa, mientras que Argos, la ciudad más poblada del Peloponeso, dominaba una planicie de escasamente la mitad del tamaño del Ática. Entre todas las potencias griegas, sólo Esparta controlaba una franja más amplia de territorio que la que controlaba Atenas, aunque, a diferencia de esta última, el territorio dominado por Esparta se había ganado a punta de espada, y a punta de es-

pada se mantenía. Los atenienses, en cambio, jamás habían intentado nada ni remotamente tan energético. En el siglo VII a. J. C., mientras los espartanos culminaban su conquista de Mesenia, y al tiempo que otras ciudades a lo largo y ancho de Grecia se agitaban en torbellinos de violencia, cualquier visitante de Argos o de Corinto habría calificado el Ática como un lugar atrasado y soporífero. Y es que, sin duda, los atenienses preferían retroceder antes que sumergir la punta del pie en las aguas de lo moderno. Las revoluciones militares y políticas que afectaban al resto de Grecia y que, en concreto, estaban transformando Esparta en algo peligroso y nuevo, no estaban hechas para los atenienses. Antes que ceder a un experimento similar, los pobladores del Ática preferían la seguridad que les proporcionaba su falta de ambición y su nostalgia. Comparadas con los templos de las islas más pequeñas del Egeo, las construcciones atenienses se encogían en su humildad, sus ritos funerarios se sabían arcaicos e incluso la alfarería, en cuya fabricación se empleaban un cuarto de los habitantes de la ciudad, y que alguna vez había sido la más innovadora en Grecia, volvía sobre la pista del pasado cada vez en mayor medida. Mientras que el resto del mundo griego miraba deslumbrado hacia nuevos horizontes, los atenienses parecían buscar el camino de regreso a los tiempos de la guerra de Troya.[7]

De hecho, su estructura social hacía pensar que nunca la hubiesen dejado atrás. Un ciudadano que se adentrara en los campos y los bosques del Ática, a un día de camino de Atenas, o tal vez un poco más, podía acabar viviendo como un siervo o un aparcero, pagándole un sexto de sus ganancias a las familias de terratenientes que, a la manera tradicional de los héroes, vivían alejadas del mundanal ruido, casándose entre sí, repartiéndose las magistraturas y despreciando al resto del mundo con altanería. Tal era el deseo de

exclusividad de algunos clanes de la aristocracia que incluso miraban con desprecio lo que para el resto de los atenienses era el mayor motivo de jactancia, la tierra, y preferían trazar linajes exóticos, provenientes de figuras varias de la guerra de Troya. Una familia, los Pisistrátidas, afirmaba descender de un rey mesenio; otra, los Filaidas, de Áyax, el mayor guerrero que había luchado en cualquiera de los bandos de Troya, y rey de Salamina, una isla muy cercana a la costa ática. Así, la nobleza ateniense bien podía arrogarse el título de «eupátridas», o «bien nacidos», porque no había otra aristocracia en Grecia anclada en el pasado de manera tan relamida.

Sin embargo, los vientos de cambio que soplaban más allá de Atenas no se podían mantener a raya con tanta facilidad y, en el año 600 a. J. C., incluso los eupátridas comenzaron a dejarse llevar por aquellas corrientes. El cosmopolitismo, para quienes tenían algún sentido de la moda, hacía tiempo que prometía el acceso a una clase internacional recién formada, cuyos miembros no podían encontrar una identidad, en el sentido más verdadero, en sus compatriotas de las clases más bajas y trabajadoras, sino en sus sofisticados pares a lo largo y ancho del mundo griego. «Simplemente adoro las cosas buenas de la vida»[8] era una afirmación que nadie podía imaginar en boca de un héroe austero y andrajoso, pero que no sorprendía a ninguno de los que creían que el lujo sólo reflejaba la propia imagen de los dioses. Incluso las mujeres, siempre y cuando sus gustos fuesen lo bastante elegantes y sus joyas lo bastante doradas, sus vestimentas lo bastante suaves y de colores suntuosos, podían albergar la esperanza de vislumbrar la divinidad o incluso de conversar con ella. «Inmortal Afrodita de policromo trono, / hija de Zeus que enredas con astucias, te imploro, / no domines con penas y torturas, / soberana, mi pe-

cho; / mas ven aquí, si es que otras veces antes, / cuando llegó a tu oído mi voz desde lo lejos, / te pusiste a escuchar y, dejando la casa / de tu padre, viniste, / uncido el carro de oro. Veloces te traían / los hermosos gorriones hacia la tierra oscura / con un fuerte batir de alas desde el cielo, / atravesando el éter.»[9] Una plegaria que bien valía la pena elevar, puesto que los placeres, si se experimentaban con propiedad, podían deslumbrar los ojos de los mortales, y una cena en compañía de los amigos podía ser un dominio de influencia más extenso que cualquier estado. Los encantos que la alta sociedad, delicada y perfumada como era, ejercía sobre aquellos que podían costeárselos, tenían un poder casi espiritual. El gusto se había convertido en una señal de élite no menos legítima que el linaje.

Sin embargo, lo que definía aquel linaje también lo amenazaba. La pasión por el lujo, gran parte del cual había que traer en barco desde glamurosos parajes de ultramar, inevitablemente contribuyó a incrementar las fortunas de aquellos dedicados al negocio de la importación y la exportación. El capital, que antes había estado vinculado casi en exclusiva al patrimonio de la nobleza, se volvió cada vez más líquido. En el año 600 a. J. C., una innovación crucial se introdujo en las ciudades jónicas: la acuñación de monedas. A lo largo de las décadas que siguieron, este avance cruzaría el Egeo y empezaría a extenderse por toda Grecia. No sorprende, pues, que la aristocracia, escandalizada ante la perspectiva de que un comerciante pudiese contar con el mismo poder adquisitivo que un eupátrida, reaccionara con disgusto y alarma crecientes, ni que los insultos se hicieran cada vez más frenéticos. *Kakoi* era como dio en llamarse a los nuevos ricos: «plebeyos», «desagradables», «tramposos». Los propios *kakoi,* sin embargo, no hacían más que encogerse de hombros y continuar amasando fortunas. Des-

pués de todo, como un espartano señaló alguna vez durante los días de mayor agitación social de su ciudad, «un hombre no es más que la suma de lo que posee», eslogan muy apropiado para aquella época nueva y desconcertante. «El oro es lo único que puede tomar el lugar de la estirpe.» Los nobles se quejaban frunciendo el ceño. «No hay otra base para la estima.»[10]

Por supuesto, los propios espartanos, que antaño se habían visto muy convulsionados por el mismo clamor, hacía tiempo que le habían encontrado también un remedio. En la década del 590 a. J. C., a muchos pobladores del Ática debió de parecerles que la historia se estaba repitiendo, puesto que al igual que había ocurrido en Lacedemonia en el siglo anterior, toda una región de Grecia se paralizaba por una crisis agraria, mientras que el mercado de propiedades nunca antes había sido tan fluido. Los nobles arruinados y amenazados por la pérdida del patrimonio apretaban las tuercas a sus arrendatarios, y así se iba transmitiendo la miseria, a lo largo de la cadena alimentaria, desde las mansiones de las grandes familias hasta los solares más áridos y desposeídos, hasta llegar a los ciudadanos más pobres. Para delimitar los límites de olivares y campos hipotecados, los acreedores llenaban el paisaje de ominosas líneas de piedras, marcando lo que bien podría haber sido el sepulcro de los campesinos arruinados.

A medida que empeoraba, la necesidad de tierras de cultivo trajo consigo un recurso inevitable. La tentadora isla de Salamina se encontraba a una cercanía irresistible, un poco más allá del istmo al sur del Ática, de modo que los eruditos atenienses, aduciendo complejos argumentos tomados de la épica antigua, lograron demostrar que el antiguo reino de Áyax les pertenecía. Esto, sin duda, representaba una novedad para los habitantes de Megara, una pequeña ciu-

dad a medio camino entre Atenas y Corinto que también reclamaba la propiedad de Salamina y que, de hecho, ya había enviado colonos a asentarse en el lugar. Como era de esperar, las dos ciudades entraron en una guerra, que Atenas perdió, por lo que se vio forzada a buscar la paz. Fue un asunto tanto más irritante cuanto que, pequeña como era, Megara apenas estaba calificada como potencia de tercera clase. Los atenienses se sumieron entonces en una apesadumbrada introspección; afligidos por una crisis en casa y humillados en el extranjero, ya no podían seguir negando que sus hazañas daban pena. Algo estaba podrido en el estado de Atenas.

Figuras espectrales comenzaban a aparecer en las calles de la ciudad, presagios aparentes de una ruina que estaba al llegar. Tan desesperada les parecía la situación a los atenienses que, en su entusiasmo por los consejos de sabios formados por un solo hombre, ilustrado a la perfección por las historias que se relataban sobre Licurgo, empezaron a buscar un sabio. Por fortuna para ellos, ya había un candidato a mano. En el 594 a. J. C.,[11] Solón, universalmente reconocido como el hombre más sabio de Atenas (amén de ser uno de los siete griegos más sabios que hasta entonces habían existido), obtuvo el arcontado, la más alta magistratura de la ciudad, con lo cual Atenas ponía en manos de Solón la tarea de salvar al estado. Dicho nombramiento, en una sociedad de clases como la de Atenas, sólo podía ser recibido con el aplauso unánime de sus miembros, puesto que Solón, descendiente de sangre azul de un antiguo rey ático, no sólo se interesaba por el comercio, sino que, al mismo tiempo, demostraba a los pobres la indignación que sentía ante la situación que éstos vivían. Era, en suma, un hombre que lograba ganarse la simpatía de los votantes.

Aunque estaba ejercitado en el arte de variar el tono de su voz según su audiencia, Solón no era un oportunista ocioso. Su sabiduría pertenecía a una variedad particularmente vigorosa. Había sido él quien, un año antes de convertirse en arconte, había arengado a la opinión pública griega para defender a Delfos cuando la impía ciudad de Crisa había intentado anexionarse el oráculo. Por ello, la derrota de su propia ciudad ante Megara sólo podía provocarle un arrebato incluso mayor. «Enfilemos hacia Salamina», había exhortado en verso apasionado, «luchemos por la hermosa isla, librémonos de la desgracia».[12] Ahora, como jefe de estado, Solón se hallaba en posición de hacer algo más que inventar eslóganes. Y le resultaba evidente que las dos grandes crisis a las que se enfrentaba Atenas tenían la misma raíz: el empobrecimiento rural estaba debilitando las reservas áticas de mano de obra y los granjeros y agricultores se hundían cada vez más en la servidumbre. La desesperación podía llevar a algunos pobres a jugarse incluso la libertad para cubrir sus deudas; podían acabar como esclavos, entre cadenas y grillos, en sus propias tierras. Si Solón hubiese mostrado el mismo carácter calculador y despiadado de Licurgo, esta tendencia habría continuado fácilmente y los pobres de la ciudad habrían acabado como ilotas de por vida. Pero Solón prefirió redimirlos. Incluso aquellos que habían sido vendidos en el extranjero, aquellos que «habían olvidado cómo hablar el dialecto ático» obtuvieron la libertad. Al tiempo que, dentro de la propia Ática, Solón ordenó que se perdonara la deuda de cualquier propiedad hipotecada. Campo adentro, los hombres se pusieron a trabajar, «desenterrando los mojones del sitio donde se habían colocado».[13]

Como era natural, muchos terratenientes montaron en cólera, pero Solón, llevando al extremo el papel de sabio

desinteresado, arguyó con firmeza que sus reformas también favorecían los intereses de esta clase. Después de todo, sin los cimientos que proporcionaban los campesinos libres, ¿qué esperanza quedaba de hacerse con Salamina, de proteger a Atenas del declive social, de que la ciudad obtuviese el rango que, por su tamaño, le correspondía? En efecto, Solón se había propuesto aliviar el sufrimiento de los pobres, pero también se había esmerado para mantener a los ricos en el poder. Los eupátridas, tapándose la nariz con asco, se habían tenido que aliar con los *kakoi;* ya no era la cuna sino la riqueza lo que permitía tomar posesión de los cargos, de modo que los pobres, a pesar de pertenecer a la asamblea de ciudadanos, no tenían el privilegio de hablar durante la misma. No se trataba, pues, del triunfo de la revolución, sino de un equilibrio que había costado lo suyo. «Aunque fuesen envidiados por su riqueza —Solón había señalado—, quise proteger a los ricos del odio de los oprimidos.»[14]

En resumidas cuentas, Solón estaba satisfecho con su centrismo instintivo; su santo y seña era el tradicional término de *eunomia,* el sueño griego bien conocido de un orden justo y natural, en el que todos sabrían cuál era su lugar, donde «los roces más ásperos se suavizarían, los apetitos se calmarían, y se pondría freno a la arrogancia».[15] ¿Acaso no era ese ideal, después de todo, el derecho natural de quienes habían nacido de la tierra? Lejos de estar llevando a cabo un experimento político novedoso, Solón se veía a sí mismo comprometido en un acto de reparación y justicia. Con un talento para reinventar la historia digno de un espartano, aquel hombre logró persuadir a su ciudad de que la constitución que él había redactado era, de hecho, la misma que había existido en un pasado lejano. Copias de aquellas leyes, inscritas en público en papiros, servían para

recitar sus palabras a toda clase de ciudadanos. A los pobres se les garantizaba la libertad y el recurso legal ante los abusos de los poderosos; por su parte, a los ricos se les otorgaba el derecho exclusivo a las magistraturas y al control político de la ciudad. ¿Qué podía ser más justo, más natural o tradicional?

Antes de abandonar el poder y partir de Atenas en un crucero por el Mediterráneo que duraría una década,[*] Solón decretó que sus leyes debían permanecer vigentes durante al menos un siglo. Pero apenas se hizo Solón a la mar, algunos problemas que venían de antiguo empezaron a asomar sus horrendas cabezas. La *eunomia* no se podía mantener en Atenas con tanta facilidad como Solón quiso imaginar a su partida. Cuando ya no hubo quien delimitase sus poderes, la nobleza comenzó de nuevo a pavonearse y a disputarse entre sí, como había sido siempre su costumbre. Más allá de la propia Atenas, el Ática seguía siendo un mosaico de clanes y lealtades rivales. Aunque hubiese traído consigo algunos éxitos, la guerra en Salamina no parecía terminar jamás. En fin, que a pesar de los esfuerzos de Solón, Atenas seguía siendo la manzana podrida de Grecia.

Sin embargo, sus reformas ya habían puesto en marcha algo trascendental. Al partir de las leyendas de su ciudad acerca de la Antigüedad y del favor de los dioses, Solón había dado por sentado que la de Atenas era una herencia que cada uno de sus ciudadanos podía reclamar para sí. De modo que, escandalizado ante la visión de los campesinos que trabajaban atados al suelo polvoriento del cual habían brotado sus antepasados, Solón había ordenado abolir las cadenas. A partir de aquel momento, ya no cabían dudas acerca de quién era ateniense y quién no. Por supuesto, no hay nada como el espectáculo de la servidumbre del prójimo para estimular la propia autoestima, y gracias a Solón,

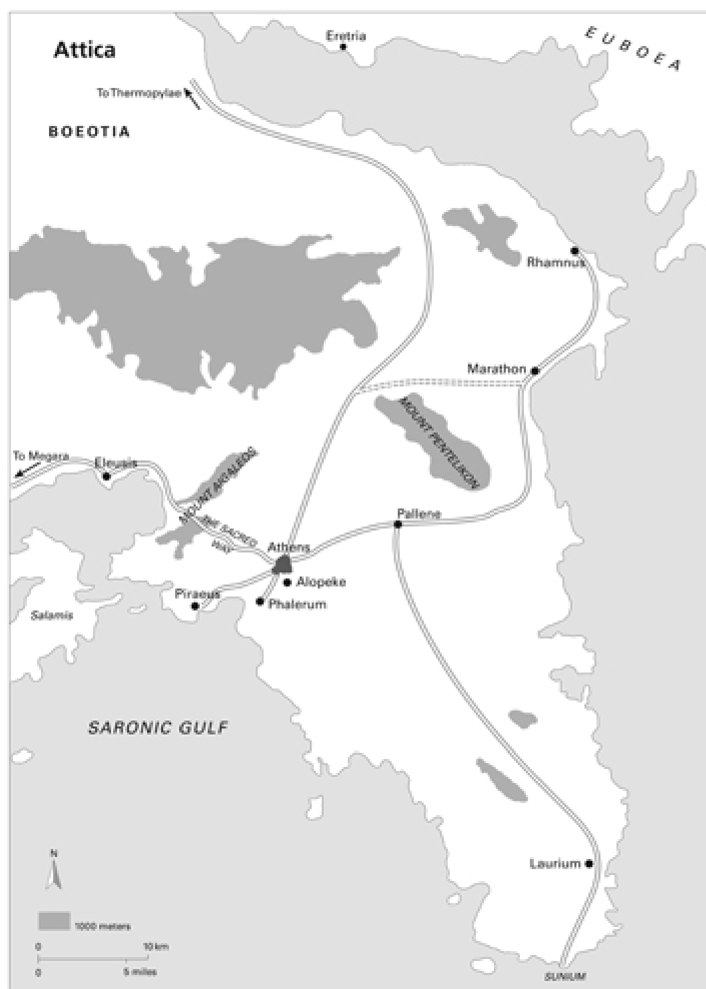
incluso el campesino más pobre, sabiéndose tan libre como el eupátrida más altivo, podía ahora mirar a los esclavos por encima del hombro. Los pobres no tenían voz en la asamblea, pero sí que empezaron a tener voto: «Puesto que al parecer Solón concedió al pueblo la facultad, absolutamente necesaria, de elegir a los magistrados y pedirles cuentas (pues si el pueblo no fuera soberano de esto, resultaría esclavo y hostil).»[16]

Estaba claro que nuevas turbulencias venían a sumarse al torbellino incesante de las rivalidades entre los aristócratas. A partir de aquel momento, cualquier noble con ambiciones tendría que asumir el reto de negociar de la mejor manera posible. No se trataba, claro, de que los aristócratas se inclinasen en una reverencia ante los pobres —la mera idea habría sido absurda—, pero el éxito (o el fracaso) dependía ahora, incluso en el caso de un eupátrida, de una votación a mano alzada. Los curtidores, los granjeros, los alfareros y los herreros podían acudir a la asamblea y usar su voto, de modo que, aunque de puertas adentro la élite continuaba haciendo política, ya no podía olvidarse de dónde radicaba la soberanía. Como correspondía a una ciudad que había surgido de la tierra, aquella soberanía no la ostentaban sólo los eupátridas, ni tampoco el grupo más amplio de los ricos, sino la Asamblea de todos los atenienses, del pueblo. Del *demos.*

La Acrópolis es mía

No era ninguna sorpresa que Atenea hubiese escogido la Acrópolis como residencia. Para empezar, la vista era una buena razón: a ciento cincuenta metros por encima del resto de Atenas, incluso un mortal situado en aquel punto po-

día extender la mirada a una distancia de kilómetros. Al sur, a una hora andando, se encontraba la bahía de Falero, que hacía las veces de puerto de Atenas; hacia el oeste, tapando la vista de Salamina, se encontraba el pico del monte Egaleo; hacia el noreste se encontraba otro monte, el Pentélico, de donde extraían el mármol los obreros que, a su paso, dejaban las pendientes llenas de cicatrices. Para una diosa que resplandecía a través de la claridad del cielo, esto no significaba obstáculo alguno, pero para los mortales, pegados como estaban al suelo, el conjunto significaba un reto. Dos caminos sorteaban aquel monte; uno se dirigía, ondulante, hacia el norte y el otro se deslizaba hacia el sur. En concreto, los nobles que partían de Atenas rodeaban con frecuencia el monte Pentélico, porque más allá se encontraba una llanura bordeada por el mar donde la aristocracia podía practicar uno de sus deportes favoritos. Allí, en Maratón, prosperaban los caballos y sus adiestradores.



Pero los afilados montes rocosos de la Acrópolis regalaban a la vista más de un paisaje; las callejuelas estrechas de la ciudad próspera y abigarrada que se encontraba al pie de sus acantilados no eran lugar adecuado para una diosa. Aquellos caminos sin pavimentar, con frecuencia rocosos e invariablemente cubiertos de porquería, giraban y se retorcían sin rumbo. Perros y pollos, cabras, cerdos y vacas, todos contribuían con su hedor. Y también con sus pulgas. El estruendo, por su parte, se alimentaba de los carros que chirriaban y hacían ruido a su paso por unas hendiduras en

el camino, destinadas a ese fin. En la década del 560 a. J. C., Atenas hacía tiempo que se había acostumbrado a su propio retraso. La ciudad solía estar rebosante de carros, a su vez pletóricos de objetos de alfarería y cerámica, puesto que los artesanos atenienses habían ganado renombre mundial. Incluso el barrio del Cerámico había sido nombrado en su honor, aunque también era conocido por el cementerio y por sus prostitutas baratas.

Las cumbres de la Acrópolis estaban en todos los sentidos mucho más elevadas. La roca desnuda no dejaba lugar a dudas sobre su santidad. Allí, en la piedra, crecía el olivo primigenio, regalo de Atenea, tan antiguo como la propia Atenas y del que se decía que era inmortal, aunque los atenienses, cuidándose en salud y puesto que, como era natural, no deseaban que el árbol perdiera su follaje, habían prohibido el paso de las cabras a la colina, con la excepción de una sola cabra, que cada año era conducida hasta la cima para ofrecerla en sacrificio a los dioses. De hecho, sólo a una criatura se le permitía el paso a la colina sagrada. Se trataba de una serpiente que vivía encerrada en un sitio cercano a la tumba de Erecteio, el de la cola de serpiente, el primer ciudadano de Atenas, el nacido de la tierra. Allí las sacerdotisas alimentaban amorosamente a la serpiente con tortas de miel. Más abajo, entre los hombres de la ciudad, corría la voz de que si la serpiente llegase a desaparecer, la ciudad se vería condenada a la caída.

Sin duda, el hecho de que la serpiente estuviese contenta de residir en la Acrópolis podía considerarse un milagro porque, aunque se tratase de un lugar sagrado, apenas podía calificarse de apacible. Durante años, el sitio había estado en obras permanentes. Alrededor del 575 a. J. C., se había arrastrado hasta la entrada de la antigua ciudadela una rampa de piedra enorme, de unos setenta y cinco metros de

longitud, para mejorar la entrada a la cima. A partir de entonces, y sin demora, los obreros se establecerían allí también, por lo que, durante los años siguientes, el martilleo no iba a cesar. Lo que antes había sido un revoltijo de ruinas primitivas se vería transformado en un santuario tan espectacular como cualquier otro que pudiese existir en Grecia. La cima se encontraba coronada no sólo de mampostería, sino de estatuas de cualquier tamaño imaginable: efigies de hombres jóvenes de rizos como conchas de caracol y sonrisas burlonas; doncellas con hoyuelos y largas trenzas, vestidos ceñidos al cuerpo y vaporosas túnicas llenas de pliegues; gorgonas pintadas de colores chillones; caballos haciendo cabriolas y leones rugientes. En todas estas imágenes, de un modo tenue pero inconfundible, se podía vislumbrar la rara y fabulosa influencia de Oriente, morada de reyes de riqueza y poder inimaginables. Los tiempos de la Atenas provinciana habían quedado en el pasado; su santuario había dejado de tener un carácter introspectivo y autóctono.

Claro que aquellas obras no se habían realizado en nombre de los atenienses, por lo que, lejos de dar cuenta del apogeo de la armonía cívica, las nubes de polvo que se elevaban sobre la Acrópolis llevaban más bien el mensaje contrario. Cada proyecto de edificación había sido regalo de un clan distinto porque, después de todo, ¿qué mejor forma tenía un eupátrida de hacer alarde de su condición que adornar el horizonte de su ciudad? La excelencia, para los nobles, no sólo consistía en hacer carrera política, sino también en emular la época heroica, imitar a los héroes inmortales. «Ser siempre los más valientes» era la exhortación de los héroes de la guerra de Troya. «Ser siempre los mejores.»[17] Siglos más tarde, los aristócratas todavía eran amamantados con este mensaje, un manifiesto implícito para las

clases altas de toda Grecia. A ello se debía que si la debilidad por las cenas era una de las marcas de la élite cosmopolita, otro rasgo que había cobrado importancia durante el siglo VII a. J. C. fuese el gusto por el deporte. Concursos espectaculares de resistencia y destreza en los que los nobles de la *jeunesse dorée,* esplendorosos e impecables a punta de ejercicios, competían entre sí por la gloria pública. Es cierto que, según se decía, el primer ganador de los Juegos Olímpicos había sido un cocinero, y también que de vez en cuando algún pastor colaba una victoria de cuento de hadas, pero, en general, sólo quienes tenían tiempo y dinero podían permitirse el entrenamiento de diez meses que exigían las reglas oficiales. Hacia la primera mitad del siglo VI, a los juegos de Olimpia habían venido a sumarse todo un circuito de festivales, de modo que los participantes podían, y así lo hacían con frecuencia, pasarse todo el año de gira, un año detrás de otro, esculpiendo y tonificando sus cuerpos, relacionándose con otros miembros de *la crème de la crème* del mundo griego. En el 566 a. J. C., incluso los atenienses, que durante el siglo anterior habían mostrado un desafiante menosprecio hacia las olimpíadas, acabaron sumándose a ellas. La ciudad inauguró un festival en honor de Atenea, las Grandes Panateneas, entre cuyos premios se incluían, además de la gloria, una gran ánfora de aceite de oliva. *Grands projets* en la Acrópolis, trofeos de atletismo: ambas cosas hablaban de «la dulzura» que suponían «el triunfo y la fama extraordinaria».[18]

Pero el aplauso no era universal. El *glamour* y la glorificación de sí misma podían estar bien para Olimpia, pero no para los hoplitas que se dirigían a la batalla. Los espartanos eran un caso evidente en lo que respectaba a su educación, que les llevaba a subordinar su individualidad al colectivo, motivo por el que eran los únicos griegos que jugaban en

equipo. Y también era notoria su ambivalencia hacia los atletas olímpicos. Un competidor de cualquier otra región de Grecia que ganara un primer premio en los juegos podía esperar que se erigiese una estatua en su honor, o recibir una recompensa, o incluso podía abrir una brecha en la muralla de su ciudad natal para «mostrar», según se decía, que «un estado que contase con un ciudadano como aquél apenas necesitaba fortificación alguna».[19] No obstante, para los espartanos, aquello era una tontería, entre otros motivos porque no tenían una muralla que pudieran derrumbar. Naturalmente, como su prestigio estaba en juego, se esperaba que los atletas espartanos compitiesen y ganasen en Olimpia, pero en casa, los monumentos a la victoria de los atletas eran de una ausencia conspicua. Los campeones que regresaban a casa no obtenían otra recompensa que la peligrosa movilización al frente de batalla, directamente frente al rey.

Y es que sobre los seres excepcionales y semidivinos siempre pendía alguna amenaza. En el universo de las cosas se erguía una escala de perfección que se elevaba como el monte Olimpo, en cuyas cumbres se encontraban los inmortales, mientras que a los pies se hallaban los mortales, que siempre buscaban ascender. Pero para un hombre era peligroso llegar demasiado lejos, y los azares que aquello podía entrañar no sólo hundían en la ruina a los héroes, sino a todos aquellos que los conociesen y, de hecho, a la ciudad entera. Que tiempo atrás, en tiempos de su aislamiento, la suspicacia de los atenienses hacia los atletas internacionales no había sido sólo una muestra de provincianismo había quedado demostrado con holgura por el destino de Ciclón, un eupátrida y una de las pocas estrellas olímpicas de Atenas. En el año 632 a. J. C., cuando el campeón se dirigía a casa con su corona de olivo, la vanidad se

apoderó de él de tal modo que se atrevió a tomar la Acrópolis, proclamándose señor de Atenas. La ciudad, escandalizada, se volcó entera a una refriega callejera y Ciclón y sus seguidores tuvieron que atrincherarse en el monte, buscando refugio en un templo, que sólo accedieron a abandonar una vez que el arconte les hubo garantizado libre paso. Pero al salir, todos murieron lapidados,[20] saludable lección sobre los frutos que se pueden cosechar cuando se elevan demasiado las miras.

Sin embargo, los hombres como Ciclón eran unos iluminados en aquellos estados griegos que se encontraban más al día que Atenas; pocas ciudades importantes del mundo griego se salvarían de caer en manos de algún hombretón ambicioso, aunque la excepción a la regla, como de costumbre, era Esparta. Los griegos llamaban a aquellos regímenes *Tyrannides,* es decir «tiranías», aunque para los griegos dicha palabra no tenía, ni remotamente, la connotación sangrienta que pueda tener hoy en día. De hecho, un tirano griego debía contar casi por definición con una cierta popularidad.

De otra manera, no podría mantenerse en el poder durante mucho tiempo. Trompetas, eslóganes y obras públicas eran las bazas de las que los tiranos solían hacer gala, y también se esperaba de ellos que, como mínimo, proporcionasen un gobierno firme a sus pueblos, tal vez afectados por décadas de luchas entre facciones. Sin embargo, muchos tiranos daban incluso más de sí; por ejemplo, Periandro, un célebre autócrata de Corinto, demostró ser también un estadista tan consumado que, junto a Solón, acabaría recordándosele como uno de los siete sabios de Grecia.[*] No obstante, era natural que, a cambio de garantizar a sus conciudadanos las bendiciones del orden y la prosperidad, un tirano pudiese exigir algo a cambio. Por ejemplo, que la

ciudad pasase por alto algunas medidas ilegales, o bien algunas precauciones lamentables como el uso de guardaespaldas, el control del derecho a la libre expresión, o las ocasionales llamadas a la puerta a medianoche.

Por supuesto, quienes más sufrían con estas humillaciones eran los propios cómplices del tirano. Porque era difícil imaginar peor tormento para la aristocracia que tener que aguantar una tiranía, asunto que sólo podía compararse con el hecho de observar al mismo campeón ganar las carreras año tras año. En este sentido, no sorprende que Megacles, el arconte que había engañado a los seguidores de Ciclón para que abandonasen su refugio en el templo y se expusieran a su lapidación, hubiese estado dispuesto a cometer tal sacrilegio. El hombre había sido jefe de los Alcmeónidas, uno de los clanes más importantes de Atenas, descendiente de un rey. Un clan orgulloso y altivo, no pasible de esclavitud bajo la tiranía que fuese. Pero la pena que Megacles y su familia tuvieron que pagar sólo podía ser tan espantosa como el crimen que Megacles había cometido contra los dioses, aunque lo hubiese hecho en defensa de la libertad. Aquello no podía perdonarse así como así, de modo que, al cabo de treinta años de intentos frenéticos por retrasar el proceso, los Alcmeónidas tuvieron que comparecer finalmente ante la corte. Alrededor del año 600 a. J. C. se les condenó a todos al exilio perpetuo,[21] e incluso la osamenta enmohecida de los ancestros familiares fue desenterrada para lanzarla más allá de los límites de la ciudad. Los Alcmeónidas se habían convertido en una familia abominable.

Pero aunque estuviesen ausentes de Atenas, la sombra glamurosa de aquella familia continuaba proyectándose sobre la ciudad. De hecho, la maldición no había hecho más que realzar su peligroso atractivo, así que, en un gesto típico de la audacia familiar, los Alcmeónidas establecieron una

lucrativa relación de favores mutuos nada menos que con los sacerdotes de Delfos tan pronto como se vieron exiliados. El hijo de Megacles, Alcmeón, que ostentaba sin vergüenza un gran talento para la hipocresía, dirigió una campaña contra la ciudad sacrílega de Crisa, gracias a la cual acabó haciéndose con el puesto de mediador entre el Oráculo, agradecido, y el rey Creso, lo que a su vez le permitiría cosechar unas ganancias fabulosas. Y es que tan complacido se hallaba Creso por la diplomacia de su agente que le invitó a visitar el tesoro real en Sardes y a llevarse consigo todo el oro que pudiese cargar.[22] Según se cuenta, Alcmeón aprovechó esta oferta al máximo, llevando una ancha túnica de mujer y los coturnos más holgados que pudo encontrar, que llenó con polvo de oro, de modo que «salía del tesoro arrastrando apenas los coturnos, parecido a cualquier cosa menos a un hombre, pues tenía hinchados los mofletes y estaba hinchado por todas partes».[23]

Pero la nostálgica mirada de los Alcmeónidas continuaba fija en su ciudad natal, a pesar de que el paisaje, durante la década del 560 a. J. C., había comenzado a dar pena. Durante aquella década, Atenas parecía estar bajo el yugo inquebrantable de un eupátrida de gran clase, Licurgo, jefe de los Bútadas, un clan de linaje tan intachable que podía reclamar la herencia del mismísimo hermano de Erecteio. Esta genealogía le otorgaba a Licurgo un derecho casi de propietario respecto a la Acrópolis, ventaja que éste, con el instinto de un empresario nato, supo aprovechar al máximo. Apenas cabía duda de que Licurgo había sido el responsable de la construcción de la imponente rampa que llevaba a la cima de la colina, así como de la inauguración de la primera festividad de la ciudad, las Grandes Panateneas. Nadie podía disputarle, además, el derecho a oficiar en el templo más venerable de toda la Acrópolis, el de Atenea

Polias, la «Protectora de la Ciudad».[24] Por modesto y anticuado que fuese el altar, su sombrío interior albergaba un objeto sagrado de valor incalculable, una estatua que había caído del cielo en tiempos muy remotos, autorretrato en madera de olivo realizado por la propia Atenea.[25] Las huellas de Licurgo se encontraban, pues, en toda la rampa, en las fiestas y en la imagen de la deidad, y no estuvo libre de ellas la gran procesión que tuvo lugar por vez primera en el 566 a. J. C. y que luego se repetiría cada cuatro años, junto con las Grandes Panateneas. Dicha procesión ascendía por la rampa hasta el templo de Atenea para ofrecer libaciones a la estatua, que para entonces ya llevaba alrededor del cuello una égida dorada con la cabeza de la gorgona, y también para ofrendarle un hermoso peplo bordado y tejido por las doncellas más nobles de la ciudad. Hoplitas y jinetes, ancianos venerables y jovencitas, incluso extranjeros residentes en la ciudad (metecos), todos tenían su puesto en la espectacular cabalgata que, a su vez, le proporcionaba a los Bútadas una imagen pública envidiable.

Sin embargo, Licurgo no iba a ser el único en proporcionar material para titulares durante la década del 560 a. J. C. En medio de la emoción de las festividades atenienses, un general de nombre Pisístrato ponía fin a aquella vergüenza interminable que era la guerra de Salamina. Aunque no le faltaban lazos influyentes —incluso se decía que, de joven, había sido amante de Solón—, Pisístrato nunca se había hecho ilusiones en cuanto a superar el atractivo que los Bútadas tenían para el resto de la nobleza. Pero hacia el final de aquella década, cuando Megara había sido vencida, con lo que Atenas se había asegurado el poder sobre Salamina, el prestigio de Pisístrato había crecido de un modo formidable. Y puesto que no era sólo un héroe de guerra, sino también un hombre encantador y calculador, dotado de un

cierto carisma y de un talento poco común para aprovechar las oportunidades que las reformas de Solón habían traído consigo, lo primero que hizo fue designarse a sí mismo como vocero de los campesinos más pobres, para luego fingirse víctima de un dramático ataque y, por último, pedir a la asamblea que se le asignase un cuerpo de guardaespaldas. Las sombrías advertencias sobre la tiranía que se avecinaba que hizo Solón desde su retiro, quien hacía mucho tiempo que había dejado de ser amante de Pisístrato, fueron desestimadas, mientras que a este último se le concedió lo que había pedido. Fue de ese modo como, sin mayor demora, Pisístrato tomó la Acrópolis.

Desde el exilio, los Alcmeónidas olfatearon su oportunidad en el aire y decidieron tantear el terreno de los Bútadas. Licurgo, obligado por el golpe de estado a una dramática reevaluación de las circunstancias, tuvo que tragarse con prontitud sus objeciones acerca del regreso de los Alcmeónidas. Y fue así como se obtuvo la reconciliación entre los dos clanes más importantes de la ciudad, que pasaron a formar una unidad tan poderosa que Pisístrato no pudo hacer gran cosa al respecto, por lo que su posición empezó a debilitarse a medida que pasaban los días. Pero en lugar de ofrecer resistencia hasta que la perdición lo alcanzara, como había hecho Ciclón, Pisístrato decidió no perder tiempo y marcharse al exilio.

Sin embargo, es posible que a pesar de la aparente ruina de todas sus esperanzas, Pisístrato se hubiese convencido a sí mismo de que le quedaba otra oportunidad. Tal vez hubiese previsto que los Alcmeónidas, arrogantes, taimados y de una riqueza obscena como la que ostentaban, difícilmente podían ser buenos aliados para cualquier otro clan. Y también que, fuese cual fuese el arreglo al que habían llegado los Alcmeónidas con Licurgo, era improbable que se

contentaran con un papel secundario durante mucho tiempo. Naturalmente, nada más volver a Atenas, los Alcmeónidas ya habían puesto el ojo en el escenario natural de autopromoción que era la Acrópolis, y allí comenzaron a gastarse sus reservas de oro de Lidia. Es posible que un inmenso templo de piedra que data aproximadamente de aquella época, el primero de tal magnitud de la Acrópolis, fuese obra de los Alcmeónidas.[26] ¿Quién más podría haber tenido los recursos, o los motivos, para acometer un proyecto como aquél? El templo, decorado lujosamente con vívidas pinturas de serpientes, toros, leones, tritones de cola de pez y hombres de triple torso con barbas azules y muy bien cuidadas, era una declaración de principios de una extravagancia difícil de superar. A su lado, el antiguo y deteriorado templo de Atenea Polias, y con él los Bútadas, quedaban en una sombra total.

Sin embargo, en opinión de los atenienses, lo nuevo no siempre era lo mejor. El templo de los Alcmeónidas podía ser muy espectacular, pero le faltaba aquello que otorgaba su carácter sagrado al antiguo templo, es decir, la presencia de la propia Atenea. A mediados de la década del 550 a. J. C., la relación entre los Alcmeónidas y los Bútadas se había agriado bastante, y los primeros habían comenzado a buscar la manera de meter baza contra Licurgo y hacerse con el favor de Atenea. En un pulcro despliegue de oportunismo, mezclado con un plan bastante descabellado, los Alcmeónidas dieron con la fórmula: aliarse con el mismo hombre al que habían llevado al exilio cinco años atrás. En ese sentido, lo primero fue consolidar la alianza dinástica, para lo cual Pisístrato se vio forzado a separarse de su mujer, una argiva de sangre azul que respondía al nombre de Timonasa, y casarse con una mujer del clan alcmeónida. Lo siguiente, a su regreso a Ática, fue dirigirse a un pueblo al sur del

monte Pentélico, donde vivía una vendedora de flores de excepcional altura y belleza, y cuyo nombre no podía ser más apropiado: *Phye,* es decir «estatura». Pisístrato engalanó a aquella mujer con el casco y la armadura de Atenea y la subió a un carro en el que se dirigieron a Atenas, mientras dos heraldos se adelantaban para proclamar que la diosa estaba acompañando a su favorito hasta la Acrópolis. Un montaje, pues, escandaloso, aunque Pisístrato logró salirse con la suya. Nadie pensó en reírse de la procesión, sino que todos se agolparon a observarla. El espectáculo de una diosa que conducía un carro por las calles de la ciudad inspiraba un temor reverente en muchos atenienses, para quienes aquella visión era una epifanía asombrosa. Para otros espectadores, el ascenso del carro a la Acrópolis parecía más bien una obra de teatro, aunque no resultaba menos sorprendente. Después de todo, hacer que Atenea apareciese en persona para bendecir su templo era algo que no se le había ocurrido ni siquiera a Licurgo, el de las consumadas dotes escénicas. En todos los sentidos, los Alcmeónidas habían dado un golpe maestro.

Y ahora que habían capturado la Acrópolis una segunda vez, Pisístrato se había vuelto prescindible. La delicada puñalada trapera tomó entonces la forma de un rumor escandaloso,[27] según el cual Pisístrato no sólo había estado negándole a su mujer los placeres que cualquier esposa merecía, sino que, como el monstruo que sin duda era, había estado satisfaciendo su apetencia del noble cuerpo de su mujer de un modo espantoso y antinatural. Ante la ciudad entera, escandalizada por aquel rumor, el honor familiar obligaba a los Alcmeónidas a renegar del que había sido su socio, incluso si aquello significaba hacer las paces con Licurgo, su antiguo enemigo.

Pisístrato, confrontado una vez más con la alianza de las dos familias más poderosas de la ciudad, se retiró a la ignominia de un segundo exilio. Mientras tanto, Atenas volvía a quedar en manos de Alcmeónidas y Bútadas, aunque esta vez ya no quedaban dudas sobre cuál era el clan superior.

Sin embargo, al traicionar a su antiguo cómplice, los Alcmeónidas habían subestimado severamente a Pisístrato. De hecho, al utilizarlo y después sacárselo de encima con tal perfidia, la familia no había hecho más que dictar a su víctima una lección magistral de valor incalculable en el arte oscuro de la política. Durante la década siguiente, Pisístrato demostraría lo aplicado que era como alumno. Después de lograr persuadir a Timonasa, a quien había dejado plantada, para que volviese junto a él, Pisístrato se dedicó a recomponer la amistad con su familia política en Argos. En Tebas logró convencer a algunas familias ricas para que lo patrocinasen y cuando hubo amasado una cierta fortuna, reclutó a sus tropas para la invasión. En el año 546 a. J. C., Pisístrato estaba listo para desembarcar con sus tropas en las playas de Maratón, y cuando así lo hizo, recibió una cálida bienvenida. Después de todo, los Pisistrátidas siempre habían tenido lazos cercanos con los habitantes de los pueblos de la llanura. Los Alcmeónidas, por su parte, no se alarmaban sin necesidad. Aunque con poca convicción, una fuerza militar se dirigió hasta el pueblo de Palene, y a pesar de que Pisístrato se acercaba, en un estrepitoso gesto de desprecio hacia su antiguo secuaz, la expedición de los Alcmeónidas se detuvo a comer. El enfrentamiento acabó en masacre. Los atenienses, sorprendidos a mitad del almuerzo por un ejército que incluía la caballería tebana y una fuerza de choque de mil hoplitas, se dio media vuelta y huyó en masa hasta Atenas, dejando tras de sí y de la polvareda del «frente de batalla», en Palene, el cuerpo sin vida de más de

un Alcmeónida.[28] Los miembros sobrevivientes de la familia, en lugar de regresar a Atenas con el ejército vencido y esperar allí la venganza de Pisístrato, naturalmente huyeron a través de la frontera ática, exiliándose una vez más.

Por su parte, Pisístrato se deleitaba en su triunfo mientras continuaba el avance sobre Atenas. Ya no le hacía falta una diosa que proclamara su triunfo, de modo que, una vez más, ascendió por la enorme rampa que llevaba a la Acrópolis y, cuando estuvo en la cumbre, tomó posesión de la colina sagrada. Con extrema condescendencia, Pisístrato pasó entonces a informar a sus conciudadanos que «no debían sentir alarma o abatimiento, sino que debían irse a atender sus asuntos privados, dejándole a él todas las cargas del Estado».[29] Los atenienses, haciendo caso de aquella exhortación, dieron media vuelta y se dispusieron a cumplir con lo que el nuevo soberano les ordenaba, al mismo tiempo que pensaban —tal vez con alivio— que aquella vez el tirano había vuelto para quedarse.

Un drama para salir de la crisis

Y así fue. No hubo más viajes al extranjero para Pisístrato, cuya elegante crueldad daba cuenta de lo mucho que había superado a sus maestros, los Alcmeónidas, todavía en el exilio. Así las cosas, ora el nuevo tirano amenazaba, ora seducía a los eupátridas, de quienes logró obtener una docilidad sin precedentes. Los hijos de sus rivales más importantes fueron enviados como rehenes a la isla de Naxos, en el Egeo. Al mismo tiempo, de las estepas de Escitia, un territorio indómito y lejano situado al norte de Grecia, llegaban brigadas de esclavos que, de repente, empezarían a patrullar las calles de Atenas armados, cual brigadas policia-

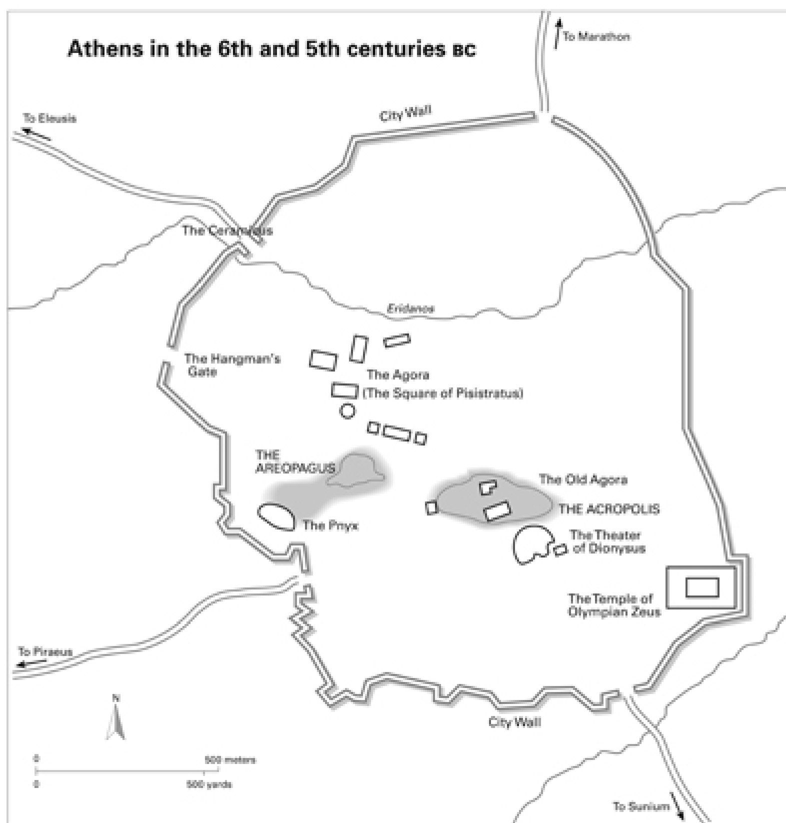
les, de arcos y flechas, las cabezas cubiertas con extravagantes gorros acabados en punta, lo que en su conjunto resultaba una visión alarmante para cualquier ciudadano. La construcción de edificios a un ritmo competitivo fue disminuyendo, puesto que no podía haber más que un protagonista en aquella ciudad. Pero aunque el propio Pisístrato se quedaba con lo mejor del botín, siempre tenía cuidado de dejar algunas sobras jugosas a sus rivales, alguna magistratura o algún cargo en el extranjero.

De ese modo, incluso los ciudadanos más notables estuvieron satisfechos de aceptar el régimen clientelar. Milcíades, por ejemplo, jefe de los Filaidas, obtuvo permiso para dirigir una expedición a través del Egeo hasta el Helesponto, el estrecho que separa Asia de Europa y que hoy en día se conoce como estrecho de Dardanelos. Contento de poder desplegar sus alas, Milcíades aprovechó la oportunidad y, al llegar al Helesponto, atracó en el Quersoneso, la delgada península que forma la ribera europea del estrecho, desde donde era posible controlar con facilidad el mar Negro y sus doradas orillas, y donde lanzó una breve ofensiva de dominación, no sólo contra los nativos, sino también contra los colonos griegos que allí se habían establecido y que podían aspirar a plantarle cara en el camino. Una vez que su autoridad sobre toda la península se hubo asentado con solidez, Milcíades se erigió, por derecho propio y con la bendición de Pisístrato, en tirano de la región. Ello, exceptuando por supuesto a las víctimas infortunadas de sus campañas, los dejaba a todos como ganadores. En fin, que no podían prepararse mejores noticias para alegrar los corazones atenienses, puesto que el Ática, con sus yermos suelos y su creciente población, hacía tiempo que no se autoabastecía, y a pesar de la prosperidad ateniense, la hambruna nunca parecía hallarse demasiado lejos. De modo que Pisístrato, el

hombre que podía alardear de haber enviado a Milcíades al Quersoneso, merecía naturalmente una gratitud inmensa. Por su parte, el nuevo tirano, que había logrado asegurar el alimento a sus conciudadanos y había conquistado una ruta de comercio marítimo de importancia vital para Atenas —amén de quitarse al mismo tiempo de encima a un rival peligroso, y todo ello en una sola jugada—, podía saborear su satisfacción por una labor bien cumplida.

Matar varios pájaros de un tiro, bien dirigido, era la clásica estrategia de Pisístrato. Después de todo, ¿por qué quedarse satisfechos con neutralizar a los eupátridas cuando quedaban comerciantes, artesanos y granjeros a quienes amedrentar? Años atrás, Solón había osado formular la misma pregunta, pero se había encogido de horror ante la respuesta: «Dadle a otro hombre el rol que me fue dado a mí —había advertido con amarga satisfacción—, algún hombre inescrupuloso y ambicioso, y veréis cómo permite que la muchedumbre pierda la civilidad.»[30] Solón hablaba con la autoridad moral de un hombre que, en su momento, se resistió a la tentación de la tiranía, pero Pisístrato, que se había rendido a ella de todo corazón, podía alegar, y no sin cierta justificación, que sólo estaba siguiendo el camino propuesto por su antiguo amante. Si la manipulación que Pisístrato llevaba a cabo de sus rivales de la aristocracia no hacía más que seguir un camino previamente allanado por los Alcmeónidas, por otra parte era evidente que sólo seguía el ejemplo del propio Solón en cuanto a su preocupación por el *demos.* Aquél era el motivo por el que, aunque Pisístrato fuese un autócrata, el escrupuloso respeto que demostraba hacia la asamblea, comportándose «como un ciudadano, más que como un tirano»,[31] según decían los observadores, era más que un mero artilugio. Pisístrato no iba a aceptar que sus compañeros eupátridas pusiesen cara

de asco cuando intentaban ganarse los favores de obreros y comerciantes hediondos. Para promover activamente el entusiasmo popular hacia el régimen, el tirano viajaba sin tregua por el campo, y allí estrechaba las manos de los campesinos más humildes, llevando la justicia a las tierras más apartadas, «de modo que quienes tuviesen alguna queja no tuviesen que recorrer todo el camino hasta Atenas y atrasarse en sus negocios».[32] Entretanto, en la propia ciudad, los constructores se ponían manos a la obra en un proyecto espectacular, una nueva plaza situada al pie de la Acrópolis, donde pronto se escucharía el borboteo del agua fresca de nueve fuentes y el mármol recién tallado empezaría a resplandecer. Maravillados ante una escena como aquélla, nunca antes vista, ¿cómo podían los atenienses dudar de la grandeza o la benevolencia de un tirano? Atenas realmente parecía haber entrado en una «Edad de Oro».[33]



Desde luego, el entusiasmo por las arengas libertarias era más bien poco. En la primavera del 527 a. J. C., cuando Pisístrato, después de los diecinueve años que había durado aquel reino de sosiego, murió en paz en su propio lecho, sus dos hijos, Hipias e Hiparco, le sucedieron sin encontrar ningún obstáculo. Si un embajador persa hubiese tenido que atender los asuntos de aquella ciudad remota y desconocida, seguro que no habría tenido mayor problema en identificar la forma de gobierno que allí prevalecía, y tampoco habría dudado que del reino de aquellos hermanos atenienses se desprendía un tufillo a aristocracia; sus gustos eran monumentales incluso comparados con los estándares del padre fallecido. Si algún ciudadano tenía dudas al respecto, bastaba con que girase la vista hacia el sudeste de

Atenas, donde los Pisistrátidas, no contentos con el embellecimiento continuo de la plaza fundada por su progenitor, se embarcaron en un proyecto todavía más ambicioso para los martillos y cinceles de sus artesanos. Se trataba de un templo a Zeus, tan inmenso que los filósofos de siglos posteriores, boquiabiertos ante aquella visión, la compararían con las pirámides de Egipto.

Pero Hipias e Hiparco no eran ni mucho menos faraones. A pesar de la rimbombancia de sus proyectos arquitectónicos, lo cierto es que no tenían rango formal en el gobierno de la ciudad. Así como las grandes columnas de aquel templo se erguían sobre un sitio de antiguo consagrado a Zeus, los Pisistrátidas, al enfrentarse al conservadurismo de sus conciudadanos, habían pensado que lo mejor sería enraizar su autoridad en el subsuelo de la tradición. Para ellos, una cosa era cultivar el entusiasmo por la arquitectura, como siempre se había esperado de los eupátridas con capacidad de ascenso en la escala social, pero otra cosa muy distinta era ostentar la verdadera índole de su poderío. Si los rivales resultaban obstinados, lo mejor era asesinarlos en silencio. Lo que pasaba de puertas adentro y en sótanos oscuros no era motivo para alardear en público; por el contrario, al mismo tiempo que la publicitaban, los Pisistrátidas debían ocultar su tiranía bajo un velo.

Y fue bajo el velo de la constitución de Solón que se logró ocultar con cierto decoro la descarnada verdad de aquella supremacía; a los candidatos de otras familias se les permitía competir por el arcontado, si bien casi todos estaban al servicio de los tiranos. Pero no todos. Había dos hombres en particular que habrían llamado la atención de quien echara un vistazo al arcontado de la ciudad. Uno de ellos, asombrosamente, era Milcíades, no el aventurero contemporáneo de Pisístrato, sino un sobrino suyo, recién con-

vertido en cabeza de los Filaidas y posible nuevo tirano del Quersoneso. Justo encima de él estaba el que iba a dejar aún más boquiabiertos a los espectadores, un tal Clístenes, a quien la gracia de los tiranos había permitido volver a Atenas y retomar su altísimo cargo. ¿Quién podía dudar de la legitimidad del régimen que había puesto al antiguo exiliado en la nómina de los arcontes? Si hasta el enemigo más implacable de la tiranía se prestaba a adornarla, ¿quién podía dudar que los hermanos estuvieran allí para quedarse?

Empero, se podía interpretar el regreso de Clístenes bajo una luz muy distinta. ¿Acaso los Alcmeónidas, esos traidores inveterados, realmente habían enterrado el hacha de guerra? Confiar en la buena fe de aquella familia era toda una apuesta y, de hecho, apenas Clístenes hubo terminado su compromiso en el cargo, se le forzó de nuevo al exilio.[34] Y aunque eso podía tomarse como una victoria para los Pisistrátidas, se trataba de un triunfo especialmente precario. Después de todo, la base de la legitimidad de los hijos de Pisístrato radicaba en su capacidad de mantener la paz y el orden público, y si empezaban a surgir luchas entre las distintas facciones, el poder se les escaparía de las manos. Sin embargo, el que no pudiesen permitir disturbios entre el pueblo no les daba carta blanca para una represión excesiva, torpeza que habría provocado un mayor descontento. A la luz de aquellas consideraciones, más que un monumento a la confianza que los Pisistrátidas tenían en sí mismos, el templo de Zeus parecía pura fachada.

Y en realidad, espejismos como aquél eran el rasgo distintivo del régimen. Vista desde cierto ángulo, Atenas podía parecer una monarquía, pero desde otro punto de mira podía parecer algo muy diferente. Con un oído puesto en el clamor de los negocios, el ciudadano que inspeccionara la lista del arcontado y dirigiese la vista hacia el este del espa-

cio público de la ciudad podría vislumbrar en sus márgenes los destellos del dinero que pasaba de mano en mano. El comercio ya había colonizado aquel ejercicio de autopromoción pisistrátida que era la plaza; los mercaderes engordaban a costa de la tiranía; los mostradores de toda la ciudad se encontraban repletos de plata, monedas estandarizadas, según parece, por los propios Pisistrátidas, estampadas por un lado con la imagen de Atenea y por el otro con su búho sagrado, un tipo de cambio tan puro que se consideraba uno de los más fuertes de toda la Hélade. A ojos de los ciudadanos atenienses, aquellas monedas habían otorgado a los ricos un interés nunca antes visto, al tiempo que dibujaban un perfil digno en aquellos ciudadanos de quienes dependían los negocios más jugosos, fuesen artesanos del barrio del Cerámico o agricultores en posesión de prensas de aceitunas. Hipias e Hiparco, del mismo modo que lo había hecho su padre, cortejaban a todos por igual: de una u otra forma se halagaba a todas las clases de Atenas, y con todas se galanteaba. Y al igual que se esperaba que los arcontes actuasen como si la constitución fuese algo más que una farsa glorificada, se suponía que los ciudadanos eran soberanos y libres, herederos y dueños de su tierra. Tal vez los artesanos y agricultores acabaran por creerse aquello que tanto se les repetía y, naturalmente, el engaño serviría a los propósitos de los tiranos. Después de todo, pocas veces parecen los actores más auténticos que cuando están convencidos de la realidad de sus papeles.

Quizás el símbolo más apropiado de la tiranía no fuese ninguno de los muchos monumentos que ésta se dedicaría a sí misma, ni el templo de Zeus Olímpico ni ningún otro *grand project,* sino la adicción tan común entre los atenienses a llevar máscaras, el «de boca en boca» de los memoriales y la interpretación de diversos papeles. Cuando giraban

la vista hacia los tiempos pasados, hacia el misterioso nacimiento de la tragedia, las generaciones posteriores no dudarían en atribuir al original mecenazgo de la tiranía la creación de la prestigiosa festividad de las Grandes Dionisíacas de la ciudad, centradas en la competitividad de trágicos rivales. Pero «si llegamos a permitirnos alabar y honrar la simulación —había advertido Solón alguna vez—, lo siguiente será ver cómo éste trepa hasta los mismos asuntos de estado».[35] Claro que, para los Pisistrátidas, allí radicaba precisamente el atractivo de todo aquello.

Sin embargo, perdidos también en el corredor de espejos que ellos mismos habían construido, los reyes debieron de haber anhelado una mano que los guiase. Cómo encontrar esa guía planteaba sin duda un reto en una ciudad donde las fronteras entre hecho y fantasía, propaganda y verdad, se habían desdibujado en gran medida. Temerosos de depender en exceso de la agencia humana, los dos hermanos optaron por depositar su fe en lo sobrenatural. Según se decía, Hipias «conocía los oráculos con más certeza que nadie»,[36] y junto con su hermano patrocinaba un extenso archivo de profecías, atesoradas con esmero en la Acrópolis. Cuando Hiparco descubrió que el archivista, un íntimo suyo de nombre Onomácrito, había estado alterando los vaticinios, el tirano se molestó tanto que hizo desterrar a su amigo en el acto. Después de todo, el valor de la información estratégica dependía de las fuentes. Con esto en mente, los hermanos decidieron empezar a fiarse sobre todo de sus propios sueños, lo cual dio como resultado la prolongación sin resistencia del gobierno durante trece años.

Fue entonces cuando, una ardiente noche del verano del año 514 a. J. C., en vísperas de las Grandes Panateneas, Hiparco tuvo una visión que fue incapaz de interpretar. Un hombre muy joven y hermoso se encontraba de pie a un la-

do de su cama y, en la manera urgente y críptica que es propia de los sueños, le advertía que los crímenes siempre se pagan. Asustado, Hiparco habría querido dedicarse a escudriñar sus recuerdos en busca de la ofensa que podía haber cometido, y también a subsanar el error, pero aquella mañana empezaban las Grandes Panateneas y no tenía tiempo. Así que en lugar de enmendar su posible crimen, atravesó con premura la plaza fundada por su padre en dirección al Cerámico, donde su hermano estaba organizando una gran procesión que pronto partiría hacia la Acrópolis. Cuando hubo dejado atrás un templo en el extremo de la plaza, Hiparco pudo reconocer a dos hombres que se abrían paso hacia él. Tal vez en ese momento descifrase su sueño, pero ya era demasiado tarde. Aquellos hombres se aprestaban a matarlo. Uno de ellos, Harmodio, era el varón más guapo de Atenas, «en todo el esplendor de su juventud».[37] El otro, Aristogitón, era su amante. Hiparco, que tenía gustos sublimes en lo que a la belleza masculina concernía, había intentado separar a la pareja para sus propios fines predatorios, cometiendo de aquel modo una ofensa mortal hacia la pareja. Amedrentados por el poder del tirano, y a sabiendas de que no contaban con otro recurso, los dos amantes habían preferido ganar tiempo y esperar hasta que tuviese lugar una fiesta como las Panateneas, durante la cual todos los ciudadanos llevaban sus espadas. Ésa sería su oportunidad. De modo que una vez que Hiparco se encontró ante ellos, y mientras los guardaespaldas se hallaban distraídos por la turbamulta, Harmodio y Aristogitón lo ejecutaron.

Y allí mismo tuvo fin su conspiración, porque el primero murió en el acto y Aristogitón, aunque fue torturado durante varios días, no reveló ningún plan más extenso. Sin embargo, ¿acaso podía Hipias permitirse creer que los asesinos habían actuado por cuenta propia? Después de todo,

Hiparco había muerto por abusar de su poder, y el rumor que corría por las calles no era que hubiese sido víctima de un crimen pasional, sino más bien de un golpe heroico, llevado a cabo en nombre de la libertad. Hipias comenzaba a sentir paranoia, y a medida que su confianza mermaba, comenzaba a descubrirse la farsa que él y su familia habían orquestado. El equilibrio que habían logrado mantener con tanta delicadeza entre la verdadera naturaleza de su régimen y las sombras chinescas con las cuales lo adornaban, entre una naturaleza amenazadora y una graciosa magnanimidad, zozobraba ahora en la fatalidad. Desesperado, afligido y presa del pánico, Hipias comenzó a ejercer un terror cada vez más descarnado: las ejecuciones, que antes se llevaban a cabo en salas ocultas, empezaron a teñir de sangre la ciudad. La represión daba lugar a la conspiración, y la conspiración, a su vez, resultaba en una mayor represión. La presunción de que Atenas fuese algo más que un estado policial empezaba a parecer una broma cruel, e Hipias, que solía ser «un hombre al que resultaba fácil aproximarse»,[38] se escondía ahora entre escitas y demás mercenarios extranjeros, como si fuese un déspota de origen bárbaro, difícilmente un ateniense.

Sin embargo, ¿quién podía deshacerse de él? Las conversaciones acaloradas acerca de la revolución que tenían lugar en los salones de la aristocracia y en los bares del Cerámico estaban muy bien, pero alguien tenía que dar el primer paso. Todas las miradas estaban puestas en Clístenes, aquel hombre tan parecido a un chacal que, como era de esperar, a un año escaso de la muerte de Hiparco se había materializado en la frontera norte del Ática. Sin embargo, al tener la oportunidad de derrocar a Hipias, los atenienses no supieron aprovecharla. Aunque se sentían resentidos hacia la tiranía, no les entusiasmaba el regreso de los Alcmeónidas al

poder. De modo que, una vez que las fuerzas invasoras de Clístenes fueron aniquiladas por los mercenarios de Hipias, el primero no tuvo otra opción que volver a cruzar la frontera, dejando tras de sí, en el campo de batalla, los cuerpos de los pocos atenienses que se habían atrevido a apoyarlo. «Buenos guerreros, de noble cuna, mostraron la sangre que corría por sus venas.»[39]

Al parecer, a los atenienses se les acababa de revelar una tétrica verdad: la única alternativa a la esclavitud era el destierro o la muerte.

El poder en manos del pueblo

Irrefrenable como era, Clístenes en realidad no se había rendido. Regodearse en las dudas sobre la propia capacidad no era un rasgo típico de los Alcmeónidas, de modo que el adversario más poderoso de la tiranía no había terminado de lamerse las heridas cuando ya se hallaba en busca de nuevos aliados. Clístenes se sabía lejos de ser el único que deseaba ver caer a Hipias. Al menos un segundo conspirador de talento tenía interés en desestabilizar Atenas. Se trataba de un hombre que, al igual que cualquier alcmeónida, estaba dotado de un ojo para la oportunidad, pero sus recursos superaban con mucho a la formación de los Alcmeónidas. De hecho, el rey Cleómenes de Esparta ya había intentado una movilización similar en el 519 a. J. C., durante su primera expedición al norte del istmo. En aquella ocasión, los ciudadanos de Platea, una pequeña ciudad a unos quince kilómetros al sur de Tebas, se le habían acercado a pedirle ayuda en contra de sus arrogantes vecinos. Astuto y malicioso, Cleómenes les había sugerido pedir ayuda a Atenas, y los hermanos tiranos, incapaces de resistir a aquella

halagadora petición, habían marchado a defender a Platea, donde habían ganado de manera sobrecogedora. Esto, claro, les había valido la lealtad perdurable de la pequeña Platea, pero había supuesto un golpe mortal a su amistad con los poderosos tebanos. Y como aquella relación había sido uno de los pilares de la política exterior pisistrátida, al menos desde el segundo exilio del padre de los tiranos, el episodio podía considerarse una gran metedura de pata. Cleómenes, por su parte, sólo podía frotarse las manos de contento.

Pero de aquello habían pasado ya seis años. ¿Acaso podía Clístenes convencer al rey de Esparta de que interviniera abiertamente en contra de Hipias? Tal vez aquello era una esperanza quijotesca, porque los Pisistrátidas, a pesar de su alianza matrimonial con Argos, habían tenido cuidado de no excederse en sus acciones y de mantenerse también del lado de Esparta. Tanto es así que Hipias tenía el rango oficial de «amigo del pueblo espartano». Sin embargo, antes de acercarse al rey, Clístenes seguramente hizo algunas averiguaciones acerca de aquel hombre, por lo que debía saber que Cleómenes, con su destacado entusiasmo por inmiscuirse en los asuntos de las ciudades de más allá del Peloponeso, no era precisamente el modelo de contención de un rey espartano. Un político con la capacidad de persuasión de Clístenes podía confiar en convencer a Cleómenes de lo que éste seguramente se inclinaría a creer de todas formas: a saber, que Hipias, con sus megalomaníacos proyectos de construcción y su alianza con Argos, representaba una amenaza para los intereses espartanos. Pero a pesar de lo poco ortodoxo que fuese el enfoque de Cleómenes en las relaciones internacionales, difícilmente podía pensarse que lanzaría un ataque no retaliativo contra un hombre que, al fin y al cabo, era «un amigo del pueblo espartano».

Al menos no lo haría sin tener una justificación, aunque se tratara de una falacia. Pero también en este sentido, Clístenes era un hombre de recursos. No por nada los Alcmeónidas se habían convertido en los favoritos de Delfos, al punto de haber sido ellos quienes pagaron por las suntuosas reformas que siguieron al gran incendio del 548 a. J. C. De modo que al cabo de dos décadas de férvido patrocinio, había llegado el momento de cobrar los favores. Todos los espartanos que consultaron al oráculo recibieron invariablemente la misma respuesta. No importaba lo que preguntasen a Apolo, ya que éste siempre devolvía la misma respuesta, «que libertasen a Atenas».[40] Cuando aquella asombrosa noticia llegó a la ciudad de Esparta, fue recibida con consternación. Tal vez Cleómenes, al tanto de las intrigas de Clístenes, fuese el único en no compartir la perplejidad y alarma generales.

Claro que para un pueblo tan devoto como el de Esparta, no había manera de desdeñar las indicaciones de Apolo, por muy desconcertantes que pudiesen resultar. «Después de todo, aunque era muy cierto que los Pisistrátidas eran buenos amigos de Esparta, ¿qué eran los lazos humanos en comparación con las órdenes de un dios?»[41] Tal vez porque reflejaba la incomodidad de los espartanos ante el carácter ilegal de la empresa, la primera expedición que se envió contra Atenas fue más bien discreta, poco nutrida, de modo que Hipias pudo oponérsele con facilidad. La segunda, sin embargo, cuando ya era el prestigio espartano lo que se hallaba en juego, fue avasalladora. En el verano del 510 a. J. C., un ejército espartano liderado por el propio Cleómenes avanzó desde el istmo hasta llegar al Ática, donde casi sin esfuerzo aplastó a los mercenarios de Hipias. Este último logró escabullirse de regreso hasta Atenas y esconderse con su familia en la Acrópolis. Pero Cleómenes colocó

rápidamente barricadas que bloquearon cualquier posible madriguera, y ello con tal esmero que cuando el tirano intentó despachar a sus hijos a sitio seguro, éstos cayeron de inmediato en manos de los espartanos. El padre, regateando con desespero por sus vidas, recibió un inflexible ultimátum: debía abandonar el Ática de inmediato. Sorprendido por lo abrupto de su caída, Hipias no tuvo más alternativa que aceptar aquellas condiciones tan acerbas, y su único consuelo al dejar la ciudad en la que había mandado durante tanto tiempo debió de haber sido la concepción del exilio como un riesgo ocupacional, un azar al que cualquier tirano se encuentra sujeto. Además, como su padre había demostrado con creces, no había nada que le impidiera maquinar el regreso, aunque su tiranía, aniquilada como se encontraba, no tenía un futuro muy próximo. De manera dramática e inesperada, Atenas se había convertido en una ciudad libre.

Pero ¿qué entrañaba aquella libertad? Sobre el asunto había una ominosa disputa entre los dos hombres cuyas maniobras habían tenido mayor importancia para la liberación de la ciudad. A pesar de lo que le hubiese prometido a Cleómenes desde el exilio, Clístenes no tenía la menor intención de presenciar cómo su ciudad pasaba a formar parte del sistema clientelar de Esparta. Por su parte, el propio Cleómenes, que había arriesgado tantas vidas espartanas en una guerra ilegal, no buscaba otro beneficio para su inversión que no fuese precisamente aquél. Incluso si no podía lograr que Atenas se convirtiera en una potencia servil hacia Esparta, al menos deseaba que se mantuviera tan debilitada por las luchas entre facciones que no pudiera representar amenaza alguna para el dominio de Cleómenes. De modo que no pasó mucho tiempo antes de que el acuerdo entre ambos conspiradores comenzara a desmoronarse, y

en la lucha contra sus propias sombras que deberían librar a continuación, Cleómenes parecía llevar las de ganar. Como era de esperar, la suspicacia de los eupátridas hacia Clístenes se mantuvo tan firme como siempre, y una vez abatida la mano dura de la tiranía, muchos oligarcas se encontraron deseosos de revivir los viejos tiempos, de volver a aliarse contra los Alcmeónidas. La oposición hacia Clístenes comenzó a gravitar entonces alrededor de un rival de la nobleza llamado Iságoras, «antiguo amigo de los tiranos»,[42] y el éxito fue tal que, en el 508 a. J. C., Iságoras fue elegido para el arcontado. Cleómenes, que para entonces ya se había alineado abiertamente contra su antiguo colega, manifestó desde Esparta su apoyo incondicional a aquel nombramiento. Para el nuevo arconte resultaba vital que el rey espartano lo refrendara, y lo deseaba con tal imperiosidad que en la ciudad corría el rumor de que Iságoras había alcahueteado su propia mujer a Cleómenes.

Por su parte, aunque Clístenes había dado bastantes golpes bajos en su momento, lo cierto es que nunca había caído tan bajo. A pesar de su maestría en la estafa y la trampa, aquel hombre era mucho más que el oportunista codicioso que la propaganda de sus enemigos retrataba. No sólo estaba resuelto a impedir que Atenas cayese al nivel de estado clientelar de Esparta, sino que era capaz de ver que la guerra que Iságoras y sus aliados estaban librando había dejado de tener sentido. Aunque pocos atenienses fuesen capaces de reconocerlo, el carácter de su ciudad ya había cambiado para siempre. Bajo la tiranía, la noción misma de autoridad se había degradado, había dejado de estar en manos de la élite que alguna vez se había aferrado a ella con tanto ahínco. Ahora que los tiranos habían desaparecido, se hacía difícil sentenciar dónde residía exactamente el poder. ¿Acaso en aquellas pocas familias, como los propios Alcmeónidas o

los Filaidas, alguno de sus miembros tenía aún madera de líder? Tal vez, pero la propia experiencia de Clístenes desde su regreso a Atenas había demostrado que incluso los eupátridas más excelsos, debilitados por el exilio o la humillante colaboración con la tiranía, se encontraban despojados de su prestigio hasta un punto peligroso. Amenazado como se encontraba por Iságoras, Clístenes no optó por buscar apoyo donde la tradición habría señalado, es decir entre otras facciones de la antigua oligarquía, sino en una fuente totalmente novedosa. Dirigiéndose a una asamblea de ciudadanos, Clístenes propuso lo que iba a ser una verdadera revolución.[43] Si, como siempre habían afirmado Hipias, Pisístrato e incluso Solón, el pueblo era realmente soberano, lo lógico era que tuviese la autoridad correspondiente sobre su ciudad: que fuese el pueblo el que debatiese las políticas, que las votase, que las pusiese en funcionamiento sin importar la clase social o la riqueza de sus miembros. Que el *demos* fuese investido con el poder, el *kratos.* Que Atenas, para resumir, se convirtiese en una *demokratia.*[44]

Tan asombroso resultaba este programa de gobierno, tan audazmente radical, que atribuirle algún precedente resultaba imposible. Tomados por sorpresa, los opositores de Clístenes respondieron con alaridos de rabia y descrédito. Mientras que Clístenes, como era de esperar, «se asoció con el pueblo»,[45] a ojos de Iságoras y sus seguidores aquello no era más que un timo, producto de la más alta irresponsabilidad, cínico e imprudente incluso en comparación con los pasados tejemanejes alcmeónidas. Pero la verdad era mucho más perturbadora: las medidas que con ilimitada ambición y brillante esbozo proponía Clístenes no eran la jugada improvisada de un apostador acorralado. Al contrario, todo indicaba que las había pensado con sumo cuidado. Y es que, en la amargura de su exilio, no le debió faltar oportu-

nidad de reflexionar sobre la manera en que las ambiciones de la nobleza y las propias aspiraciones de su familia y de otros clanes eupátridas no habían dado otro resultado que las encarnizadas luchas y enemistades de las últimas décadas, además de la indignidad, de sobras conocida, de la tiranía. Atenas estaba enferma, en eso no había disputa, pero ¿qué esperanza quedaba, en cambio, de hallar una cura? Sólo una, parecían haber decidido Clístenes y sus secuaces: romper el molde, sacar provecho no sólo de las ambiciones de la élite, sino de las aspiraciones de todo el pueblo ateniense; crear con aquellas energías un futuro que estuviese a la altura del potencial de la ciudad. Es decir, una apuesta soberbia, prodigiosa y trascendental con la que Clístenes parecía estar arriesgándolo todo.

Sólo que, de repente, los nervios iban a fallarle. A comienzos del verano del año 507 a. J. C., un heraldo venido de Esparta, al amparo de una antigua maldición, solicitó que los Alcmeónidas fuesen expulsados de Atenas. Era evidente que, en ese juego del gato y el ratón entre dos antiguos aliados, a Cleómenes aún le quedaban muchos recursos. Clístenes, amedrentado por el curso de los acontecimientos, huyó sin demora. Por su parte, acompañado de un pequeño cuerpo de guardaespaldas, Cleómenes no tardó en apersonarse en la ciudad, donde llevó a cabo el resto de las purgas de elementos antiespartanos, un total de setecientas familias. Llegado el momento, el rey espartano se dirigió, pavoneándose, hasta la Acrópolis, desde donde había acordado dictar junto a Iságoras el nuevo orden constitucional. Un orden en el que, naturalmente, no había lugar para tonterías como la democracia. También era natural que si ya le había prestado su mujer a Cleómenes, Iságoras se convirtiera ahora en el alcahuete de Atenas para la satisfacción de Esparta.

Sin embargo, mientras ambos soberanos —rey espartano y traidor a la patria ateniense— se hallaban deliberando, desde las calles bajo la Acrópolis comenzó a elevarse un rumor ominoso y violento. Era así como sonaban los disturbios. Al asomarse desde el almenaje, Cleómenes pudo ver a la turba furiosa que se concentraba a las puertas de la Acrópolis, sitiándolo, junto a sus soldados, en la cima de aquella roca sagrada. Para expresarlo de modo eufemístico, aquello le resultó inesperado: ¿Quién podía estar liderando aquel disturbio si Clístenes se encontraba, al igual que sus seguidores, en el exilio? Con el pasar de las horas, una chocante verdad acabó revelándose: el propio pueblo ateniense, encolerizado por el atrevimiento de Cleómenes y la connivencia de Iságoras, se había alzado de manera espontánea en defensa de las libertades prometidas. Y no parecía muy dispuesto a dejarse aplacar. El asedio se mantuvo durante dos días; al tercero, Cleómenes, «hambriento, sucio y con una barba de varios días»,[46] había tenido suficiente. Se pactó una tregua. Los espartanos, humillados, tuvieron que aceptar una escolta hasta los límites de la ciudad, e Iságoras, que se las arregló para escapar también, tuvo que contentarse con el exilio. Entretanto, sus colaboradores fueron arrinconados y ejecutados. La democracia, que se había jugado el futuro en el ardor y el derramamiento de sangre de la revolución, sobrevivía al primer atentado.

Al recibir las noticias, un Clístenes triunfante se apresuró a regresar a Atenas, pero todos sabían que la victoria no era sólo suya ni por asomo. A partir de aquel momento, incluso sus opositores más férreos tendrían que aceptar que no había manera de desdecir el programa de reformas que Clístenes había propuesto al pueblo ateniense. Sencillamente era su deber, después de que el pueblo había tomado la Acrópolis y había derrotado a Cleómenes. De hecho, incluso las

clases altas, que tenían vivo en el recuerdo el linchamiento de los seguidores de Iságoras, debían sentir un cierto alivio ante el regreso de Clístenes, que con su paquete de medidas cuidadosamente diseñadas era preferible al reguero de sangre por las calles y a los cadáveres colgantes de los eupátridas que se pudrían bajo el sol de la Acrópolis.

Fue de este modo como, a mediados de aquel año crucial del 507 a. J. C., un alcmeónida y pariente de Clístenes pudo ocupar discretamente el lugar de Iságoras en el arcontado y continuar la transformación de Atenas en un estado sin parangón en la historia del mundo. Si bien la palabra *eunomia,* o «buen gobierno», había sido el santo y seña de todas las antiguas reformas griegas, desde Licurgo hasta Solón, lo que Clístenes y sus correligionarios proponían era sutil y al mismo tiempo radicalmente distinto: *isonomia,* es decir igualdad. Igualdad ante la ley, igualdad en la participación en el gobierno. A partir de aquel momento, ése sería el ideal ateniense. Cierto que algunos ciudadanos seguirían siendo más iguales que otros (por ejemplo los que ostentaban cargos de mayor rango, a los que sólo podían postularse los miembros de la clase más alta). Sin embargo, aunque algunas reliquias del viejo régimen sobrevivieran a la marea democrática, muchas más se verían sumergidas con prontitud. El propio Solón no habría reconocido el escenario de la inundación. Atenas se había convertido en una ciudad que garantizaba a cualquier ciudadano, sin importar su pobreza o falta de educación, la libertad de expresar sus ideas en público;[47] una ciudad en la que la política ya no estaba circunscrita a los recargados y exclusivos salones de la aristocracia, sino que se debatía públicamente en la asamblea, ante «el carpintero, el herrero o el zapatero, ante el mercader o el propietario de naves, el rico o el pobre, el aristócrata o el desclasado; ante todos por igual»;[48] una ciudad en

la que no se podía adoptar ninguna medida ni aprobar ninguna ley como no fuese mediante votación de todo el pueblo ateniense. Un experimento noble y admirable, un estado en el que, por primera vez, los ciudadanos podían sentirse sujetos al poder y al mismo tiempo dueños de él. Nada volvería a ser como antes en Atenas ni, de hecho, en toda Grecia.

Y no era otro el propósito que Clístenes y quienes lo habían apoyado tenían en mente. Los valedores de la revolución ateniense no eran visionarios movidos por el ideal de una hermandad con los pobres, sino unos pragmatistas de cuidado, cuyo objetivo era sencillamente sacar provecho, como nobles que eran, de una ciudad enérgica. Y esta ambición, así como el inmenso proyecto que de ella se derivaría, fue objeto de sus mayores esfuerzos. Y es que, como bien sabían, el tiempo no estaba de su lado. No sólo porque Cleómenes, «sabedor de que los atenienses le habían insultado con hechos y palabras»,[49] quisiera la venganza. Puesto que Hipias e Iságoras planeaban el regreso, Clístenes temía que la ciudad pudiese atomizarse en cualquier momento en facciones enfrentadas. El sistema feudal dinástico, que había llevado a Atenas al borde de la ruina, era demasiado letal como para seguir tolerándolo, conclusión que hasta las dinastías en cuestión, si bien de mala gana, parecían haber suscrito.

Pero ¿cómo neutralizarlas? La solución que Clístenes proponía era de una ferocidad tan ambiciosa como brillante en su sencillez: lo que había que hacer era suprimir la identificación de los ciudadanos con la familia, con el barrio y con el jefe del clan local. Eso era casi un instinto natural en los pobladores del Ática, motivo por el que erradicarlo exigía un minucioso plan de medidas ingeniosas. De modo que Clístenes dividió el territorio con meticulosidad, con-

virtiendo el antiguo tejido de ciudades, estados y poblados en cerca de ciento cincuenta distritos separados. A partir de aquel momento, los ciudadanos de la nueva democracia estarían obligados a tomar su apellido de aquellos *demos,* y no de las familias, como habían hecho hasta entonces. Y también deberían adoptar de allí su identidad cívica, puesto que para que un joven alcanzase la mayoría de edad y se convirtiese en ciudadano de Atenas, las reformas de Clístenes exigían que estuviese empadronado en un *demo.* Y aquello se iba a aplicar no sólo al más orgulloso eupátrida, sino también al campesino más humilde: ambos, como coterráneos del mismo *demo,* compartirían el mismo apellido. Es evidente que no todos los eupátridas estaban fascinados con esta innovación y algunos de ellos, en particular aquellos tan ricos que tenían un estado o un pueblo en propiedad y, por lo tanto, un *demo,* dejaron muy claro el disgusto que aquello les causaba. Los Bútadas, por ejemplo, hartos de tener que compartir su exclusiva nomenclatura con la chusma, en un gesto de sarcasmo se dieron a sí mismos un nuevo nombre: los Eteobútadas.[50]

Sin embargo, había que tener cuidado. Si se era demasiado incisivo respecto a los otros miembros del mismo *demo,* incluso un auténtico eteobútada podía verse excluido de la vida pública. Clístenes, con su habitual astucia preventiva, había ordenado que los miembros de los *demos* eligiesen un delegado entre ellos para que viajase a Atenas a preparar los temas de discusión de la Asamblea. ¿Y qué aristócrata en sus cabales dejaría que el esnobismo le impidiera aprovechar un chollo como ése? Del mismo modo que Clístenes debía exhortar a los eupátridas a no abandonarse a la molicie, debía también estar alerta del peligro que aquello traía consigo: que los nobles ambiciosos utilizasen su *demo* como trampolín para una tiranía. Y fue contra ese peligro que, va-

liéndose de su habitual previsión y mezquino gusto por complicar toda empresa en la que tomaban parte, los fundadores de la democracia acumularon una serie de contrapesos. El Ática, que ya se encontraba dividida en *demos,* fue redibujada de acuerdo con un nuevo patrón y un nuevo calado: los *demos* se agruparon en «tercios» que, como su nombre indicaba, debían compartir con otros dos miembros para formar una tribu. Y como cada tercio provendría de distintos lugares del Ática —si uno estaba situado, por ejemplo, en las laderas de las montañas, otro podía hallarse en la costa y, un tercero, en las cercanías de la propia Atenas—, cada tribu, de las diez que habría en total, necesariamente arrancaría de cuajo las raíces más antiguas de cada tercio. En lugar de la espontaneidad primitiva de cada clan, el pueblo ateniense comenzaba a experimentar algunas lealtades finamente calibradas, e infinitamente más artificiales. Tribus, tercios y *demos* formaban, pues, un sistema complejo y no tan fácil de manipular, ni siquiera para los aristócratas con mejores contactos.

Pero ¿era posible lograr que aquel sistema funcionase? Como, en puridad, nadie había intentado antes fundar una democracia, nadie lo sabía. Los vecinos de Atenas no podían permitirse dar por sentado el fracaso de aquella revolución que observaban con alarma creciente. Y Cleómenes, en particular, tenía motivos para esperar lo peor. Si Clístenes y sus colaboradores habían seguido con nerviosismo lo que ocurría en Esparta mientras se esforzaban por aplicar sus tenaces reformas, el rey de Esparta, por su parte, temía estar librando una carrera contra el tiempo en su intento de intrigar contra la revolución. Aunque las reformas democráticas parecieran un enredo increíble, Cleómenes podía ver con claridad su potencial. Puesto que ya no se hallaban enfrentados entre sí, los ciudadanos atenienses podrían al

menos oponer un frente único a sus vecinos. Y teniendo en cuenta las dimensiones del Ática en su conjunto, aquello les otorgaba una capacidad realmente de temer. Atenas, que en términos militares había sido un pigmeo durante siglos, de la noche a la mañana parecía estar a punto de convertirse en un peso pesado.

Para Cleómenes, lo más doloroso era que al haber depuesto él mismo a los Pisistrátidas, se había convertido en la partera de hecho de aquel régimen ateniense de bellacos. Y también era consciente de que muchos de sus compatriotas, resentidos por la proactiva política exterior del rey, comenzaban a intrigar en su contra y murmuraban que se había excedido en sus atribuciones, que su intromisión en los asuntos de Atenas sólo había causado un desastre. Por el momento, nadie contaba con la fortaleza para desafiarlo abiertamente; los éforos se resistían a pisarle los talones de un modo evidente, y el otro rey de Esparta, Demarato, hijo de aquella niña sin atributos a quien Helena le había otorgado su belleza, se mantenía sin rebelarse bajo su sombra. Sin embargo, cuanto mayor era el asco con el que los atenienses se tapaban las narices, más se debilitaba el prestigio de Cleómenes, que no podía permitirse ningún riesgo en su ataque contra Clístenes. Esta vez no podía irrumpir en el Ática con un reducido cuerpo de guardaespaldas; cuando durante el verano del año 506 a. J. C., Cleómenes y Demarato, con la connivencia de Iságoras, finalmente atravesaron el istmo, los reyes no sólo lideraban una fuerza de ataque formada por sus más acerados compatriotas, sino que contaban con el apoyo de otros contingentes reclutados en el resto del Peloponeso, además de otros aliados. Porque los tebanos, todavía molestos por la alianza entre Atenas y Platea, se sumaron con entusiasmo a la partida, invadiendo por el oeste, mientras un ejército proveniente de la ciudad de

Calcis cruzaba los estrechos que separaban el Ática de la alargada isla de Eubea en dirección al norte, formando así la tercera arista de un asalto que revelaba una brillante coordinación. Cleómenes hacía un buen trabajo, Atenas se encontraba efectivamente rodeada y la democracia, recién nacida, parecía estar a punto de ser estrangulada en su cuna.

Sin embargo, es posible que los atenienses, que habían optado por enfrentarse primero a su peor enemigo y estaban dispuestos a marchar al sur a salir al encuentro de los dos reyes espartanos, encontraron una señal de esperanza en la ruta que enfilaban, que no era común y corriente. Cada mes de septiembre, una gran procesión de atenienses, engalanados con coronas de mirto y blancas túnicas, marchaban por aquel camino entonando su *iacche,* un grito de alegría y triunfo. No por nada se le llamaba la Vía Sacra a aquella ruta que se dirigía al templo sagrado de Eleusis, situado a veintisiete kilómetros de Atenas y en el que se enseñaba un gran misterio: la vida podía surgir de la muerte, y de la más lúgubre desesperación podía nacer una luz esperanzadora. Resultaba pues imposible concebir un lugar más propicio para defender la libertad de la ciudad y, por supuesto, cuando los atenienses llegaron a Eleusis, descubrieron que, de hecho, había ocurrido un milagro.

Los espartanos habían desaparecido, y con ellos todas las huestes que les habían apoyado. La explicación era que Demarato, resentido y temeroso de las aventuras extranjeras de su compañero rey Cleómenes, había estado fomentando el descontento. Como era de esperar, muchos de los aliados de la liga peloponense desertaron, Corinto a la cabeza, y Cleómenes, repentinamente sin ejército y en medio de su furia impotente, se había visto obligado a abortar la invasión. Los atenienses, atónitos ante la magnitud insólita de

su salvación, sólo podían explicársela como un rescate de los dioses. Aunque algunos, al recordar el talento histórico de Clístenes para el soborno, se preguntarían si no se debía más bien al oro alcmeónida.

No obstante, los tebanos y su odio hacia los atenienses no estaban como para prestarse al cohecho. En un rápido giro hacia el norte, la nueva fuerza militar de la democracia iba a encarar la prueba definitiva. Clístenes, y con él todos aquellos que habían trabajado con tanto esmero en las reformas, se preparaban para la resolución de la batalla, que traería consigo la respuesta a una pregunta en particular. Acostumbrado como se hallaba el ateniense promedio a combatir en las filas de los grandes aristócratas, ¿sería acaso capaz de profesar la lealtad suficiente a esa innovación artificial que era la tribu como para ponerse en la línea de batalla, cubrir a sus correligionarios, luchar, en suma, no por el señor de un clan, sino por un ideal, por la libertad, por la propia Atenas? La respuesta, estrepitosa y triunfante, iba a ser afirmativa. El invasor tebano fue aniquilado y, el mismo día, las fuerzas atenienses cruzaron a Eubea y obligaron a Calcis a pedir una humillante tregua y aceptar un enorme asentamiento, de cuatro mil colonos, en su propio territorio.

> Iban en aumento los atenienses: pues no en una sino en todas las cosas se muestra cuán importante es la igualdad, ya que los atenienses, cuando vivían bajo un señor, no eran superiores en las armas a ninguno de sus vecinos, y librados de sus señores, fueron con mucho los primeros. Ello demuestra, pues, que cuando estaban sometidos, de intento combatían mal, como que tra-

bajaban para un amo, pero una vez libres, cada cual ansiaba trabajar para sí.[51]

Al parecer, realmente era posible que la democracia funcionase. De eso empezaron a alardear los atenienses, jubilosos, al mundo entero. Y cuando regresaron a su ciudad, todavía extáticos ante el milagro de la salvación, encargaron un enorme monumento a la victoria, una cuadriga de bronce, que se colocó a las puertas de la Acrópolis, en lo que antes fuera escenario de megalomanía aristocrática. Ahora, sería el brillo intimidatorio del nuevo monumento lo primero que viese cualquiera que entrase a la ciudadela: un ídolo dedicado a «los hijos de los atenienses»[52] en vez de a un solo individuo. Una estatua dedicada a un pueblo entero. A partir de aquel momento, y a través de toda Atenas, una explosión de sonidos artesanales daría fe del entusiasmo de la democracia por la restauración. Los artesanos que antes habían trabajado al servicio de los Pisistrátidas en el enorme templo de Zeus Olímpico ahora podían verse, manos a la obra, en una colina al oeste de la Acrópolis, el Pnyx, tallando a partir de la roca un nuevo e inmenso lugar de encuentro para la asamblea donde pudiera acomodarse a cinco mil personas al mismo tiempo. Entretanto, en dirección al norte, más allá del Pnyx y de la Acrópolis, otros trabajadores se encargaban sistemáticamente de borrar todos los vestigios de la tiranía. El monumento a Zeus se mantuvo en su sitio, a medio construir, como recordatorio de la locura del tirano, pero no era tan fácil dejar intacto aquel espacio público que Pisístrato había allanado en pleno centro urbano. Sobre todo porque los ciudadanos de la nueva democracia necesitaban aquel sitio como lugar de encuentro. Empezaron a llamarle «Ágora», pues aquella era la palabra que designaba un área con la que contaban todas las ciudades

griegas, un espacio en el que las personas podían reunirse en libertad. Las honorables edificaciones públicas del *agora* antigua de Atenas, situadas al noreste de la Acrópolis, fueron reemplazadas por una construcción de una magnitud y belleza que, en su conjunto, resultaba más digna del pueblo, y que pasó a sacralizarse como corazón simbólico de la democracia.[53]

Este simbolismo se realzó con la colocación, en todo el centro del edificio, de un pesado bronce de los tiranicidas, Harmodio y Aristogitón, con las espadas empuñadas y una expresión severa, los cuerpos heroica e inverosímilmente desnudos; el retrato de los salvadores de Atenas y fundadores de la libertad. Considerando que aquélla era la única pieza de estatuaria pública que podía encontrarse en toda la ciudad, su predominio sobre el Ágora era bastante notorio. Por supuesto, lo más desconcertante de todo es que Harmodio y Aristogitón, lejos de haberse sacrificado por la libertad, en realidad habían eliminado a Hiparco en una escuálida riña pasional. De hecho, si alguien merecía el título de libertador de Atenas, se trataba del rey de Esparta, pero aquello no resultaba muy del gusto de los atenienses. De allí el valor que le otorgaban a los tiranicidas. Como en cualquier estado revolucionario de la historia, el régimen de Clístenes necesitaba héroes con urgencia. Harmodio y Aristogitón eran lo bastante sanguinarios y estaban lo bastante muertos, de modo que lo más natural era convertirlos en los primeros héroes de la democracia.

Aquella fama servía también a un propósito más profundo. Clístenes comprendía bien a sus compatriotas y sabía que el pueblo ateniense, aunque hubiese demostrado su carácter revolucionario, no había abandonado las tradiciones en lo más profundo de su alma. Lejos de glorificar a la democracia naciente, necesitaban algo que refrendara sus la-

zos con el pasado. De modo que Clístenes había procurado con sutileza envolver sus atrevidos experimentos en la tradición más altisonante. Por ejemplo, todas las tribus habían recibido nombres de héroes de la Antigüedad, como si, al igual que los propios atenienses, no hubiesen brotado de la fértil imaginación de Clístenes sino de la propia tierra. Lejos de ser un nuevo invento, incluso la propia democracia, según daban a entender sus fundadores, resultaba del derecho natural y primordial de los pueblos del Ática: era el legado de un tiempo remoto en que el legendario héroe Teseo había dado muerte al minotauro. Bajo aquella luz, ¿qué habían hecho los tiranicidas si no habían dado muerte a un monstruo? Era evidente que la muerte de aquellos patriotas desinteresados había permitido que la democracia ateniense se restableciera. Por supuesto, aquello no era más que un juego de espejos que no hacía ni remota justicia al propio Clístenes y a sus secuaces. Sin embargo, la prueba incontrovertible de la grandeza de aquellos hombres tal vez haya sido que Clístenes, descendiente de una familia no precisamente famosa por su modestia, hubiese reconocido lo esencial que resultaba correr un fantástico velo sobre la verdadera magnitud de sus logros. Al fundar la democracia, Clístenes había inventado el futuro de su ciudad, pero de modo igualmente crucial había fabricado su pasado.

No había, pues, estatuas de Clístenes en el Ágora, como tampoco había lugar para él, padre fundador de la democracia, en los afectos de sus coterráneos. De hecho, apenas hubo muerto, los atenienses se permitieron un extraordinario ataque de amnesia, dejando en el olvido el propio hecho de haber pasado por una revolución.[*] Tan natural les parecía entonces su nueva forma de gobierno, tan arraigada en el suelo ático, que la verdadera comprensión de sus orígenes, tal como lo había calculado Clístenes, comenzó a

desvanecerse. Se trataba de una paradoja agridulce: en el síndrome de la falsa memoria que había sumido a Clístenes en la oscuridad se hallaba la prueba de su éxito sorprendente. No sólo le había evitado una guerra civil a su país, sino que lo había emplazado sobre unos cimientos duraderos. Sólo Darío, entre sus contemporáneos, podía compararse con Clístenes. Cierto que entre el persa, monarca del mundo, y el ateniense, amigo del pueblo, parecía haber pocas correspondencias y, sin embargo, en la magnitud de sus logros y en todo lo que habían comprometido en nombre del futuro, ambos hombres se parecían sobremanera. Ambos habían llegado al poder en medio del derramamiento de sangre, pero luego habían llevado la paz a sus países; ambos habían domesticado las ambiciones de la túrbida aristocracia y, al hacerlo, habían dado forma a un futuro radicalmente distinto para sus pueblos. Sin embargo, ambos habían optado por esconder su originalidad bajo los recuerdos de un pasado remoto y, de manera aún más portentosa, ambos habían creado algo aventurado, vigoroso y temible.

Pero aunque Atenas, emplazada como estaba en los márgenes del mundo, se hallaba protegida por una coraza natural, Darío no la tenía tan olvidada como en el pasado. La noticia de la revolución había llegado a Persépolis y, en el 507 a. J. C., cuando los atenienses esperaban con nerviosismo la embestida espartana y habían notado, con alarma, que Hipias se había refugiado en territorio persa, al sur del Helesponto, decidieron enviar una comitiva de embajadores a Sardes, donde gobernaba Artafernes, hermano del Rey de Reyes, astuto y despiadado. Cuando los embajadores atenienses llegaron a la corte y le suplicaron que se aliara a ellos en contra de los espartanos, Artafernes hizo la graciosa concesión. Naturalmente, a cambio pidió la ofrenda habitual de agua y tierra, una condición que, encogiéndose de

hombros, los embajadores habían aceptado. A su regreso a Atenas, al relatar las noticias de su sumisión a Artafernes, «fueron muy censurados»[54] y aquello, sin duda, permitió a la democracia sentirse mejor consigo misma. Empero, los atenienses nunca desdijeron su alianza con Persia, ni su propia sumisión al imperio. Mejor estar a salvo que arrepentirse; incluso después de las grandes victorias del 506 a. J. C., nadie sabía cuándo podría volver Cleómenes. No era mala idea contar con una póliza de seguros ante la amenaza espartana, incluso al precio de una humillación simbólica. ¿Y qué era la ofrenda de agua y tierra, sino un gesto y poco más?

Al menos así les complacía pensar a los atenienses.

CAPÍTULO 5

Las barbas chamuscadas del rey de Persia

El gran juego

Artafernes recibió una buena recompensa de su real hermano por el golpe que fulminó a Bardiya. Sardes era, desde cualquier punto de vista, un premio magnífico. En tanto que capital occidental, para los persas constituía uno de los cuatro pilares de sus dominios, una ciudad de riqueza tan fabulosa que incluso sus ríos arrastraban oro. Cuando Creso no estaba ocupado sobornando al oráculo de Delfos o dejándose aguijonear por los Alcmeónidas, utilizaba sus rentas para acuñar las primeras monedas de oro, una innovación que le había permitido hacerse con una riqueza acaso más obscena. Cuarenta años más tarde, muerto Creso hacía mucho, los conquistadores persas todavía podían disfrutar de los frutos de su espléndido derroche.

Incluso quienes estuvieran familiarizados con Babilonia habrían encontrado difícil desdeñar a Sardes. El hito arquitectónico de la ciudad era el magnífico templo de Cibeles, una diosa madre tan antigua como las colinas, capaz de inspirar una extrema devoción en sus adoradores, al extremo

de hacerlos bailar en las laderas de las montañas, revolcarse en medio de orgías e, incluso si los rituales llegaban al frenesí, cortarse los testículos. Más allá del templo, elevándose en anillos como los de Ecbatana, podían verse las celebradas murallas de Sardes. El círculo interior, que rodeaba la acrópolis, era tan grande que Creso había cometido el señalado error de creerlo inexpugnable. La propia acrópolis, un rojo trozo de montaña que se elevaba sobre la planicie fluvial, rematado en una de sus crestas por lo que había sido antaño el palacio real y que ahora era el baluarte último del poder persa, resultaba incluso más intimidatorio. Desde allí, al contemplar la superficie de la ciudad emplazada más abajo, o bien al extender la mirada hacia el oeste, hacia las vastas extensiones de trigo y cebada y hacia el camino que, en tres días de marcha, llevaba al «mar Salobre», Artafernes podía considerarse un igual de cualquier rey.

Por supuesto, había una excepción. Artafernes («el fiel Artafernes»), podía ser el señor de la región occidental, pero era lo bastante prudente como para no olvidar por un momento que apenas era un vasallo de su hermano, su sirviente, su *bandaka.* Si bien, claro, para transmitir a la población local el debido respeto a la majestad persa, había modelado su corte a partir de la de Darío, presidiéndola no como un rey, sino como el «guardián del poder del rey», como un sátrapa.[*] Darío, que había ascendido al trono en medio de un infierno de rebeliones, no tenía intención de permitir que cualquier súbdito demasiado poderoso volviese a poner en peligro su poder o la grandeza de Persia. Una simple orden de su secretariado podía expulsar a cualquier sátrapa. Para una capital de provincias, la llegada de una carta real era un evento importante y, con frecuencia, alarmante. Algunos sátrapas, ante una misiva del Gran Rey, lle-

gaban al extremo de postrarse ante ella y besar el suelo con humildad.

¿Exceso de celo o puro sentido común? Nunca podía saberse quién se escondía entre las sombras, vigilando, tomando notas. Algunos afirmaban que el rey tenía espías dedicados a recorrer su imperio, atentos oficiales conocidos simplemente como sus «ojos». Otros, por su parte, sospechaban una verdad todavía más inquietante:

> Los súbditos del rey, después de todo, estarían en guardia ante cualquier inspector que se presentase como uno de sus «ojos». Lo que ocurre, en realidad, es muy distinto: el rey presta oídos a cualquiera que afirme haber escuchado o presenciado algo impropio. De allí el dicho de que posee mil ojos y mil oídos.[1]

La paranoia casi alcanzaba una escala global. No importaba en qué lugar de la inconcebible vastedad de su imperio estuvieran sus súbditos; siempre era posible imaginarse a Darío vigilante, atento a todo lo que dijeran.

Sin embargo, estar al servicio exclusivo del rey no era suficiente para un vasallo, ni siquiera para uno tan favorecido como Artafernes. Como contable máximo, y con su insaciable apetito de tributos, Darío exigía de sus sátrapas algo más que vulgares impuestos. «Por la gracia de Ahura Mazda —solía recordar a quienes lo servían— soy soberano del hombre que es amigo del bien, que rechaza el mal, que no desea presenciar la opresión del débil a manos del poderoso.»[2] Darío hablaba a todos, tal era su privilegio, como la fuente de la ley, pero al hacerlo, reflejaba con claridad la imagen que los persas tenían de sí mismos. Y es que ningún otro pueblo poseía una mayor fe en su propia virtud. Tan

severas eran las exigencias de la justicia, gustaban de creer los persas, que incluso superaban las prerrogativas de clase y educación. Un campesino cuya recta naturaleza fuese descubierta por el ojo atento del Gran Rey podía ser promovido a un cargo judicial, y una vez en funciones, se encontraría sentado sobre jirones de piel reseca, el pellejo de su corrupto predecesor, al que con justicia se habría desollado vivo. Era ése el tipo de anécdota a un tiempo edificante y espantosa que no dejaba de fascinar a los persas, puesto que, naturalmente, de ese modo se refrendaban sus más profundas convicciones. No existía otro pueblo, podían reflexionar satisfechos, con un sentido de la justicia y una aptitud para gobernar que pudiera compararse con el suyo. ¡Qué buena fortuna para las pequeñas naciones haber terminado como esclavas del rey persa!

Justificación ésta de la conquista del mundo de la que el rey persa, por supuesto, se había apropiado. Sin embargo, en las satrapías de Darío, en los límites del imperio, muy lejos de la presencia real, se imponían demandas de justicia particulares. La obligación de garantizar un trato justo a los provincianos a los que al mismo tiempo se estaba esquilando no resultaba tan evidente, y en qué podía convertirse aquel deber era algo fácil de descubrir en una visita a la ceca real en Sardes. Allí, como en tiempos de Creso, continuaba acuñándose la moneda, pero esta vez con la imagen de Darío como arquero, extendiendo el arco real del poder: Darío como guerrero y adalid de la verdad, de la justicia, de Arta. Una vez acuñado, sonante y resplandeciente, el oro se empacaba y se transportaba a Susa.

Quizás el rasgo de personalidad más necesario para cualquier sátrapa exitoso fuese una cierta y brutal hipocresía, pero ello no hacía de la proclama de la *pax persica* una completa farsa. Si bien se aseguraba de mantener un flujo regu-

lar de vagones cargados de tributos que salieron de Sardes, Artafernes no deseaba desangrar a su provincia. Aquello habría hecho peligrar a la gallina que ponía los espléndidos huevos de oro del Gran Rey. Bajo el mandato de Artafernes, al igual que en tiempos de Creso, Lidia continuaba alardeando de una clase de magnates nativos. Uno de ellos, un magnate minero llamado Pitio, había tenido tanto éxito en la administración de su fortuna que, según se decía, sólo Darío lo precedía en la lista de los hombres más ricos del imperio. Los lidios como Pitio, a quienes el dominio persa había abierto horizontes mundiales, no tenían el menor interés en promover la agitación en favor de la independencia. Artafernes, tan sutil como su hermano, alentaba aquella colaboración allí donde pudiese, no sólo entre los ricos. De modo que los funcionarios lidios siguieron administrando la provincia para sus amos, tal como lo habían hecho bajo el reinado de Creso, mientras que su lenguaje, sus costumbres y sus dioses se toleraban con escrúpulo. Sólo los templos que representaban a Creso y al poder de su dinastía, los símbolos del viejo régimen, fueron derruidos o convertidos en altares de fuego. Y ni siquiera entonces se hicieron intentos de forzar a los lidios a adorar a Ahura Mazda. De hecho, antes ocurría que los conquistadores adoptaban las costumbres nativas. Y la prueba más llamativa de tal cosa se encontraba a trece kilómetros al norte de Sardes, una maravilla que podía atisbarse desde el palacio de Artafernes: unos misteriosos montículos de arcilla y piedra que se alzaban sobre los campos de grano como las olas agitadas de una marea dorada. Tres de aquellos promontorios eran los túmulos de reyes lidios célebres, pero alrededor de ellos se elevaban tumbas más nuevas y pequeñas hasta llenar la necrópolis, el lugar de descanso de los nativos adinerados y también el de sus amos persas.[3] Porque incluso entre el

polvo y el silencio de un cementerio, la Sardes de Artafernes era un lugar abiertamente multicultural.

Esto no quería decir que la tolerancia persa hacia los extranjeros y sus peculiares hábitos implicara de alguna manera el respeto. Del mismo modo que Ciro, al conquistar Babilonia, se había sentido libre de reclamar para sí el favor de una multitud de dioses porque, precisamente, no creía en ninguno de ellos, Artafernes se apropiaba de las tradiciones lidias y las tergiversaba para sus fines, mostrando de esa manera su valoración de una verdad lúgubre y funesta, porque las tradiciones que definen a un pueblo, a las que se aferra, las tradiciones que ama pueden servir también para esclavizarlo cuando el conquistador las explota con astucia. Era esta máxima, aplicada por los persas en sus muchas satrapías, la que sostenía la filosofía del imperio. No existía élite alguna, gustaban de pensar, que no se pudiera inducir al sometimiento de una manera u otra.

Y cuando no existía una élite, era posible importarla de cualquier otro lugar. Al mismo tiempo que halagaba a los babilonios con las atenciones que prestaba a Marduk, Ciro no desdeñaba los anhelos de los deportados, exiliados como los judíos, que se habían visto arrastrados a Babilonia décadas atrás. Los persas sabían reconocer un poderoso recurso en aquellos cautivos desdichados, en la nostalgia que sentían de su tierra. Judea era el pivote entre Mesopotamia y Egipto, una tierra de tal valor estratégico que, sin duda, merecía una pequeña inversión. Por ello, Ciro no sólo permitió a los judíos que regresaran a los escombros cubiertos de hierbajos de su terruño sino que, además, pagó la reconstrucción de su templo en Jerusalén, que había sido devastado. Según se decía, en gratitud hacia el rey persa, Jehová, el dios de los judíos, lo había convertido en su «ungido», su «Cristo»,[4] y había manifestado que toda la tierra

sería para el mesías de su pueblo elegido. «Yo iré delante de ti y allanaré los cerros; romperé las puertas de bronce y haré saltar los cerrojos de hierro. Te daré tesoros secretos y riquezas escondidas, para que sepas que yo soy el Señor, el que te llama por tu nombre, el Dios de Israel.»[5]

La idea tan peculiar de que Ciro pudiese, en cierta forma, deberle su grandeza al presuntuoso dios de los judíos era algo que los persas estaban dispuestos a tolerar, pues comprendían la necesidad de cada esclavo de creerse el preferido de su amo. Al fin y al cabo, no había una fuente mayor de satisfacción para las naciones sometidas y no existía garantía más segura de su fiel servidumbre que la convicción de haber recibido la gracia de una relación especial con el rey. Así había sido siempre: en los días de su nómada insignificancia, a los persas no les había resultado indiferente la magnificencia de Mesopotamia. Ahora, como señores del mundo, todavía recordaban en qué consistía experimentar la atracción gravitacional que ejercían la riqueza, el poder y el *glamour.*

Mucho antes de la llegada de los persas, también la clase alta griega se había visto fascinada por el dorado esplendor de los reinos de Oriente. El atletismo y los banquetes no eran las únicas pasiones de las élites, y de ello podía dar extravagante testimonio el decorado de la Acrópolis: todo lo que pareciera venir de Oriente les hechizaba también. Si esto resultaba evidente incluso en lugares tan atrasados como Atenas, lo era mucho más al otro lado del Egeo, en las costas de Asia, donde los jonios habían cultivado durante siglos un gusto por lo exótico. «En el Ágora los puedes ver, exhibiendo sus mantos de púrpura, perfumados de embriagadores aromas, mostrando sus espléndidos rizos.»[6] Aun así, los jonios resultaban un enigma y un reto para sus señores. Según creían los persas, lo único que sabían hacer era

combatir entre sí, pero aquellos conflictos interminables que, por lo demás, habían contribuido en gran modo a su conquista, los convertían también en un pueblo bastante fatigoso de gobernar. Allí donde los lidios tenían a sus burócratas y los judíos a sus sacerdotes, los griegos no parecían poseer otra cosa que facciones traicioneras y tornadizas.

En consecuencia, a pesar de su aptitud para el análisis psicológico, los persas tenían que esforzarse para mantener bajo control a los súbditos jonios. Ciertamente, algunos consejeros en Sardes tenían sus esperanzas puestas en los sacerdotes de Apolo, a quienes identificaban como lo más cercano que había en Grecia a una orden como la de los magos, y del mismo modo recomendaban un generoso patronazgo de sus santuarios como medio para ganarse el corazón de los jonios. El entusiasmo por una política de este tipo se extendía hasta las esferas más altas del poder, y el propio Darío habría emitido una severa reprimenda si se le hubiese comunicado que sus oficiales infringían las prerrogativas de Apolo. Aun así, si el rey esperaba reclutar al dios griego de la luz para la sagrada causa de Arta, la desilusión sería enorme. Y es que ofrecer a sus fieles lecciones sobre la verdad no era algo que pudiera esperarse de un dios como Apolo. Tanto en Delfos como en su gran oráculo en Dídimo, en la costa meridional del Egeo, el dios prefería hablar a través de misteriosos acertijos. Y aquel comportamiento, en todo caso, resultaba mejor que el de otros olímpicos como Atenea, que se complacía en patrocinar a los hombres con talento para la mentira.

¿Qué podían hacer los persas con deidades como aquéllas? Nada podía resultar más chocante para la sensibilidad del imperio, excepto tal vez la moda, tan extendida entre los miembros más audaces de la élite jónica, de negar que hubiese un plan divino para el universo. Los primeros filó-

sofos podían haberse criado en el imperio persa, pero con dificultad podía considerarse que apoyaran las pretensiones o ideales del Gran Rey. Si Darío encontraba en el triunfo de su pueblo la evidencia incontrovertible del poder activo de Ahura Mazda, un jonio dotado de una cierta audacia no habría visto allí más que la acción de los principios de la naturaleza. El carácter de dichos principios era, a su vez, objeto de candentes debates. Un sabio podía argumentar que el mundo estaba formado completamente de aire, reduciendo así a todo el imperio persa y a sus obras a un juego de condensación y rarefacción. Otro apoyaría el contraargumento del elemento sagrado de Zoroastro, el fuego, y sin embargo, no vería en él la inmanencia de la verdad, la justicia y la rectitud, sino sólo un flujo inagotable. Para un filósofo así, la creencia de que hubiese un orden más profundo no era sino la más estúpida de las presunciones. «Todas las cosas están hechas de fuego y todas las cosas regresarán al fuego.»[7] No había mucho material allí para un propagandista de la corte del sátrapa.

De modo que el hecho de que, a falta de una mejor alternativa, Artafernes dependiera de los tiranos para poder controlar Jonia servía de poco para dotar de una base sólida al poder persa. De hecho, aquello habría podido ilustrar una teoría muy favorecida por ciertos filósofos, que para ellos se derivaba simplemente de una cuestión observable de la vida: que todo en el mundo era conflicto y tensión. Los nobles jonios, después de todo, no sentían mayor entusiasmo por someterse a una tiranía que sus contrapartes al otro lado del Egeo. Y al favorecer a una facción más que a otra, los persas se veían involucrados sin remedio en las interminables disputas de la aristocracia jonia. Mientras que en Sardes podían asentar su administración en una eficiente y respetuosa burocracia, en Jonia sólo habían encontrado

intrigas, partidismo y espionaje. Allí, un agente persa tenía que probarse tan adepto de la traición como cualquier griego. Para el propio Artafernes, el reto consistía en elegir ganadores, mantenerlos en el poder hasta que dejasen de resultar útiles y, entonces, deshacerse de ellos con un mínimo de complicaciones.

No era de extrañar que sus protegidos, conscientes a la perfección del rol que tenían asignado en los planes del sátrapa, se sintieran bajo una presión infinitamente mayor que sus homólogos en Grecia. Aunque resultara indispensable, el apoyo persa tenía un coste peligroso, pues un tirano jonio no sólo debía evitar los celos de sus pares, sino también la suspicacia de las turbulentas y xenófobas clases populares. Mientras la aristocracia, amante del chic oriental, se había revelado una colaboradora natural de la aristocracia oriental, sus conciudadanos mantenían un desprecio irreductible hacia cualquier tipo de extranjeros. De Tales, por ejemplo, a quien los jonios tenían por uno de sus sabios más brillantes —y, de hecho, por el primero de los filósofos— se decía que había dado un fino ejemplo de sabiduría al señalar lo agradecido que estaba a Fortuna por tres cosas: «Primero, no soy una bestia sino un ser humano; segundo, no soy una mujer sino un hombre; y tercero, no soy un extranjero sino un griego.»[8] Los jonios gustaban de llamar a sus vecinos «bárbaros»: pueblos cuyas lenguas eran puros galimatías, consistentes en un «ba, ba, ba». Se solía pensar, además, que esta incapacidad para hablar griego, digna de conmiseración, podía ocultar limitaciones más siniestras. La suspicacia jónica a propósito de los hábitos extranjeros era muy anterior a la conquista del rey persa. Los propios lidios, tan admirados por los aristócratas en la época de Creso, habían sido ampliamente despreciados por esa vasta mayoría de jonios que no podían pagarse mantos de púrpura,

perfumes o vajillas de oro. Historias indecorosas circulaban con gusto, en especial sobre los antepasados de Creso. Según se relataba, uno de ellos había patentado la circuncisión femenina en un esfuerzo por ahorrar el gasto en eunucos. Otro, al parecer, tenía el hábito de exhibir a su reina desnuda ante los mirones y otro más, según se contaba con escándalo, había desarrollado un gusto por el canibalismo y una mañana, al levantarse después de una noche de borrachera, se encontró con las manos de su mujer asomándole de la boca.

¿Qué tipo de griegos elegirían remedar monstruos como aquéllos? Claramente, gustaban de sugerir los críticos de la nobleza, sólo los pervertidos y los degenerados. Lidia, al igual que sus notorias y expertas prostitutas, era a la vez mórbida y predatoria: quienes se rendían a sus caricias bien merecían el desprecio que pudieran recibir. Si se apartaba el velo de la elegancia bárbara, tan apreciada por la aristocracia —el sedoso erotismo, el refinamiento, las muestras de opulencia—, la realidad se revelaría infinitamente sórdida. Una imagen muy apropiada para representar la corte de Sardes podía ser una prostituta «que hablaba lidio», arrodillada en un callejón, aporreando los testículos de su cliente mientras azotaba su inmundo trasero. «El pasaje apesta. Nubes de escarabajos estercoleros vienen zumbando detrás de la peste.»[9] Una escena vil y repugnante, metáfora adecuada para una vil y repugnante verdad. La aristocracia se revolcaba en excrementos, y los tiranos, los peores criminales, se hundían en ellos hasta el cuello.

Esto dejaba a los tiranos ante una elección poco apetecible, gobernar como traidores o que una turbamulta furiosa los linchase. Pero si tuviesen la oportunidad de dar un golpe maestro a sus señores —e incluso, quizás, al propio Rey de Reyes—, ¿qué pasaría? Una hipótesis fantástica, excepto

por el hecho de que, en el año 513 a. J. C., la pregunta repentinamente se tornó apremiantemente real.[10] Darío, que aún saboreaba sus triunfos en la India, había regresado a Sardes con un vasto ejército, y luego había avanzado hasta Europa para desaparecer a continuación en dirección al norte, en lo que hoy en día es Ucrania, en una gran expedición contra los escitas. Los diversos tiranos griegos, obligados a desempeñar su papel en la ofensiva persa, fueron movilizados con sus escuadras hasta el mar Negro para construir un puente de barcas en la boca del Danubio, donde debían esperar el retorno de su señor. Entre ellos se encontraba Milcíades el Filaida, aristócrata ateniense y tirano del Quersoneso, recientemente sometido al yugo persa, no para alegría de Milcíades, que había ideado un plan audaz mientras éste contaba las semanas y observaba los cielos tornarse cada vez más plomizos y helados. ¿Qué pasaría si los griegos cortasen el puente y dejasen a Darío con todo su ejército en la helada ribera norte del Danubio? Escitia no era, con certeza, un lugar para pasar el invierno. Las tormentas de nieve eran abrumadoras y a los nativos les gustaba beber sangre humana. Era posible. Estaba en manos de los jonios condenar al fracaso a la expedición del Gran Rey. Una idea peligrosa, tentadora y, hacia finales del otoño, cuando la avanzadilla persa estaba a sólo unos días de distancia, una idea cada vez más apremiante. Los tiranos acordaron una conferencia, en la que Milcíades los exhortó a seguir su plan y, por un momento embriagador y fugaz, el resto de los griegos se dejó convencer. Ello hasta que la razón, ordinaria pero pragmática, logró prevalecer. Después de todo, cada tirano jonio era perfectamente consciente de que «cada uno de ellos era señor de su ciudad gracias a Darío».[11] De modo que votaron por permanecer leales y mantener a flote el puente y, ocultando discretamente la traición que

habían estado considerando, los tiranos —Milcíades incluido— dieron la bienvenida a su señor. La perspectiva de la libertad podría resultar dulce, pero no era tan dulce como la realidad del poder.

Había un griego en particular —un hombre que entendía tan bien como cualquier lidio o medo las oportunidades que le abría el dominio persa— para quien ese poder resultaba especialmente precioso. Histieo, el mayor oponente de las fanfarronadas de Milcíades en el Danubio, hablaba como tirano de la única metrópoli internacional del Egeo, la afamada «gloria de Jonia»,[12] Mileto. Lugar de nacimiento de Tales, y de la propia filosofía, aquella ciudad era un gran centro cultural y económico. Las cuatro magníficas bahías del puerto, donde florecía un bosque flotante de mástiles —barcos graneros de Crimea, navíos mercantes de Siria, de Egipto y de Italia, naves de guerra esbeltas y amenazadoras, la flota del Gran Rey—, no tenían paralelo en opulencia y movimiento en ninguna parte del mundo griego. Tan apreciada resultaba Mileto para los persas en tanto que puerto comercial y base naval que, en comparación con las otras ciudades jonias, gozaba de una forma única y privilegiada de vasallaje, que le permitía concebirse casi como aliada del imperio. Aunque nunca había permitido que su estatus se le fuera a la cabeza, Histieo disfrutaba de las ventajas que se le habían concedido sobre los demás tiranos y, sobre todo, de la oportunidad de tener una relación personal con el hombre más poderoso del mundo.

A su regreso de Escitia, el Gran Rey recompensó a Histieo como era debido por su firme apoyo a la expedición, convocándolo a Sardes y preguntándole amablemente a su *bandaka* milesio si había algún obsequio que deseara. Dado que el ejército que Darío había dejado atrás, en Europa, avanzaba ahora en dirección oeste, desde el Quersoneso ha-

cia Tracia, conquistando con gran esfuerzo la costa norte del Egeo y la región interior, Histieo, con gran audacia, sugirió que tal vez podría recibir un trozo de aquella nueva y espléndida satrapía. El Gran Rey inclinó su cabeza; la petición había sido concedida, e Histieo era ahora el dueño de un área de Tracia llamada Mircinos. Recompensa nada mezquina, por cierto: situada junto a un ancho río, no lejos de la nueva frontera con el reino de Macedonia, el obsequio de Darío incluía minas de plata y bosques, material de primera para una flota. Histieo, naturalmente, estaba encantado. Ahora que ya no se encontraba confinado en Jonia, podría atreverse a tener sueños ambiciosos.

Pero cuando se disponía a fundar una ciudad en su nueva posesión en Tracia, empezaron a correr los comentarios entre la élite militar persa. Después de muchos carraspeos nerviosos, se depositaron algunas palabras con todo respeto en los oídos reales. Se sugería que a los griegos, sobre todo a los griegos tenaces y ambiciosos como Histieo, no había que concederles demasiado poder. Como era natural, el Gran Rey descartó arrebatarle a Histieo la recompensa que ya le había otorgado, y mucho menos podía admitir que tal vez había cometido un error. De modo que optó por convocar al tirano milesio a Sardes y anunciarle que sería recompensado con muestras de aprecio todavía mayores, a saber, el magnífico título de «compañero de la mesa real» y el cargo de consejero del rey en asuntos griegos. Como Darío pronto iba a abandonar Sardes, Histieo tendría el supremo honor de acompañar a su señor durante el viaje. Con una sonrisa forzada en su rostro, en el 511 a. J. C. el tirano se vio obligado a hacer las maletas y abandonar la patria para viajar a Susa.

Sin embargo, mientras languidecía en la jaula dorada de la corte real, Histieo no abandonaba sus esperanzas de

aprovechar el dominio persa para establecer una base de poder para su dinastía en el Egeo. En Mileto, entretanto, el tirano interino, su sobrino Aristágoras, daba pruebas de estar hecho de la misma cepa y de haber estudiado los métodos de su tío como un alumno muy aplicado. En el 500 a. J. C., Aristágoras propuso sutilmente a Artafernes un plan que, confiaba, daría beneficios a ambos: ¿Por qué no enviar una expedición de ataque a la isla de Naxos?, preguntó Aristágoras al sátrapa. Ubicada como estaba a medio camino de las rutas de invasión a Grecia por el Egeo, era un premio valioso y, además, estaba madura para la recolección. La isla se encontraba dominada por luchas intestinas, la guerra de clases era una amenaza y la aristocracia suplicaba abiertamente una intervención persa. Sardes podría proveer los barcos, Aristágoras proveería los contactos con la amedrentada aristocracia de Naxos y todos saldrían ganando.

Después de consultarlo con su hermano el rey, Artafernes dio su visto bueno al plan de Aristágoras, que a su vez sintió un alivio enorme, aunque lo supo disimular. No podía hacérselo saber al sátrapa, pero cada vez encontraba más difícil mantener un equilibrio que ya se había tornado precario entre las demandas de sus amos persas y las peticiones contrarias de su propio pueblo. Incluso a pesar de los estándares de las ciudades jonias, Mileto siempre había resultado notoria por la brutalidad de sus odios de clase. Pero en los últimos tiempos, aquellos odios de siempre amenazaban con volverse particularmente destructivos. En Mileto y en las islas del Egeo se seguían con entusiasmo los acontecimientos de la revolución de Atenas, una ciudad que desde las brumas del pasado legendario proclamaba haber enviado los primeros colonos a Jonia. Cada vez eran más violentos los llamamientos desde las calles de la ciudad a estable-

cer una democracia similar, a derrocar la tiranía y a poner fin al dominio bárbaro. Y cuando se embarcó en la flota de invasión a Naxos, Aristágoras sabía que estaba haciendo una apuesta arriesgada; mejor ni pensar en las posibles consecuencias del fracaso.

Pronto, sin embargo, se iba a encontrar ante ellas. Todo lo que podía ir mal durante la expedición fue mal. El intento de conquista de Naxos fue un verdadero desastre y, para rematar la catástrofe, Aristágoras tuvo un serio enfrentamiento con el comandante persa, que resultaba ser el primo de Artafernes. Cuando la noticia llegó a Sardes, este último, con la decisión con la que acostumbraba a abordar el manejo de los asuntos jonios, concluyó que Aristágoras debería ser reemplazado, y firmó a tal efecto una orden. Aristágoras, que ya no tenía nada que perder, y ya que su tío le prestaba todo su apoyo desde la lejana Susa, respondió a su despido con un cambio de alianzas sorprendente, por no decir acrobático. Abdicando de la tiranía antes de que ésta le fuera arrebatada, se pronunció como un entusiasta de la democracia. Tan entusiasta, vociferaba, que le gustaría poder instaurarla en todos los estados jonios. Eso, claro, era arrojar leña al fuego: la revolución comenzó a arder por toda Jonia, las tiranías eran derrocadas y reemplazadas por democracias. Los tiranos que lograron escapar a la lapidación se refugiarían con Artafernes.

La furia de este último, como era de esperar, resultaría terrible. Al izar la bandera de la libertad, los jonios habían dado un paso fatídico y peligroso. Desafiar las órdenes del sátrapa de Darío y derrocar los regímenes impuestos por él era declararle la guerra al Rey de Reyes. En medio de los primeros y jubilosos arrebatos de su libertad, aquello pareció no importarle a la mayoría. Aristágoras, sin embargo, comprendía bien la situación y no se engañaba sobre la

magnitud del reto al que sus compatriotas se enfrentarían a partir de aquel momento. No era posible desafiar de modo insensato a una superpotencia como Persia; el deseo de venganza de Artafernes podía resultar tan imperioso como devastador. Para que las ciudades rebeldes —y sus sueños — no se vieran aplastadas, no sólo haría falta un frente unido sino, además, una flota de guerra efectiva, amén de algunos aliados.

Pero ¿cómo conseguirlos? La mente de Aristágoras ya estaba tramando, fértil y esperanzada, una variedad de planes, de los cuales el primero resultaba particularmente audaz. Uno de sus agentes se hizo pasar por oficial leal a Artafernes, navegó hasta un puerto situado a varias millas al norte de Mileto, donde se encontraba anclada la flota persa, capturó a los jonios que servían allí como almirantes y navegó de regreso a Mileto con toda la flota.[13] Un triunfo atrevido y espectacular que le dio a Aristágoras el valor de embarcarse él mismo en una misión secreta. En el invierno del año 499 a. J. C., el líder de la revolución abordó un navío de guerra y se hizo a la mar desde el gran puerto de su ciudad. Al otro lado de la bahía, hacia el norte de Mileto, Aristágoras podía ver una gran columna rocosa, la cresta del monte Micala, que se elevaba sobre las aguas. Era allí donde, en tiempos más felices, los griegos del Asia acostumbraban a reunirse para celebrar sus vínculos comunes en el santuario «Panjonio», «el santuario de todos los jonios». Ya tendrían oportunidad de celebrar allí consejos de guerra, asambleas de generales y reuniones de estrategas, pero ése no era el momento. Aristágoras tenía un menester más urgente. Continuó navegando. El monte Micala se desvanecía en el horizonte y, más allá de su punta más occidental, también desaparecía de la vista la isla de Samos. Frente a él se

extendían el mar abierto y las corrientes que lo llevarían a Grecia.

Una década de mezquindad y engaño

Corría el año 499 a. J. C., era invierno en Lacedemonia. A poca distancia de Gitión, el pequeño puerto que hacía las veces de base naval de los espartanos, se encontraba el islote de Granas, erosionado por los vientos, desierto, pero no por ello menos sugerente para las mentes de quienes lo veían, que indefectiblemente lo relacionaban con el cálido verano y las estrellas centelleantes. Había sido allí, bajo el cielo estrellado, donde habían pasado su primera noche Helena y Paris, entrelazados en un delirio de pasión que muy pronto habría de causar el conflicto que hundiría a Oriente y Occidente y que llevaría a los navíos de guerra espartanos hasta las aguas de Troya. ¿Una señal prometedora? Al observar el famoso islote, mientras su barco se dirigía a Gitión, Aristágoras seguramente deseaba que así fuera. Su misión consistía nada menos que en reclutar a los espartanos para una segunda gran guerra en Asia.



Por el camino de cincuenta kilómetros que llevaba a su ciudad, Aristágoras ensayó de nuevo los argumentos que usaría frente a sus huéspedes. Los persas eran más ricos de lo que el hombre más ambicioso pudiera soñar y, además, «peleaban vistiendo pantalones».[14] ¿Acaso algún otro enemigo podía resultar más tentador para los espartanos, que contaban entre sus dos reyes con un líder tan entusiasta de los ataques preventivos? Incluso después del desastre de Eleusis, Cleómenes seguía siendo el hombre fuerte de Esparta; era él quien había puesto en su sitio de manera decisiva a Demarato, que había agitado en gran medida la opinión pública para que la campaña ateniense fuese abortada. A su regreso del Ática, Cleómenes había acusado abiertamente a su corregente de sabotear el esfuerzo bélico y había presionado a la asamblea espartana para que aprobase una

ley que prohibiera que ambos reyes participasen en la misma campaña. En efecto, su rival se recluyó en el cuartel. El pobre Demarato había quedado en la sombra de tal modo que, desesperado, llegaría a participar en una carrera de carros en los Juegos Olímpicos y, lo que es peor, se atrevería a presumir de su victoria. Si aquello era un comportamiento vulgar a los ojos de cualquier espartano, en el caso de un rey ni siquiera tenía precedente.

El propio Cleómenes, sin embargo, también mostraba algunas cicatrices de la trágica aventura ateniense. Cuando se reunió con Aristágoras para discutir la crisis en Jonia, el comandante en jefe espartano sorprendió a su huésped rechazando de pleno su solicitud de ayuda. Aristágoras, a su vez, suponiendo que lo que deseaba Cleómenes era un soborno, lo siguió hasta su casa, ofreciéndole sumas cada vez mayores a medida que iban avanzando. Ni siquiera la presencia de Gorgo, la hija de ocho años del rey, le obligó a ser más discreto; craso error, dada la pedantería que, desde temprana edad, se inculcaba también en las niñas espartanas: «Papi —dijo, de repente, la niña de ojos brillantes— ¡este extranjero te quiere corromper! ¡No sigas hablando con él!»[15] Aquella muestra de precoz rectitud era como para conmover el corazón del padre, pero aunque no hubiese tenido a su hija allí para recordarle sus principios, Cleómenes habría rechazado de todos modos a Aristágoras. La derrota ateniense todavía dejaba un regusto amargo en su boca y, mucho peor, del norte se tenía noticia de que los argivos, el viejo enemigo, se estaban reagrupando y planeaban otro enfrentamiento. Los espartanos necesitarían todas sus reservas de soldados para lidiar con una crisis inminente, de modo que Cleómenes no tenía la más mínima intención de enviar a un solo hoplita al extranjero.

Esto no quería decir que subestimara la amenaza que representaban los persas. Para entonces, Cleómenes ya se había convertido en un experimentado estratega y podía reconocer con claridad la amenaza que para Esparta suponía la creciente escala de las ambiciones del Gran Rey. Y no sólo para Esparta, ni tampoco principalmente para ésta. Mientras veía a un Aristágoras desconsolado partir de Lacedemonia, Cleómenes, un hombre astuto, seguramente adivinaba su siguiente destino. Los jonios no habían sido los únicos insurrectos contra el Gran Rey de aquel invierno. También los había en Grecia. Los atenienses, que en el 507 a. J. C. habían buscado auxilio persa contra Cleómenes, también habían tenido que lamentar con amargura su ofrecimiento de tierra y agua.

En un gesto que Cleómenes seguramente concebía como la más exquisita justicia poética, Artafernes, patrocinador instintivo de tiranos, había obligado a los atenienses a aceptar el regreso de Hipias, el pisistrátida exiliado. Los atenienses, naturalmente, se habían negado, y, por ello, a partir de ese momento, y para todos los efectos, se encontraban en guerra contra Persia. ¿Quién era Cleómenes para salvar a los atenienses? Eran ellos quienes habían metido la pata, así que el problema era de ellos. Y cuando —como Cleómenes no dudaba que harían—, los atenienses respondieran al llamado de Aristágoras y enviaran una fuerza expedicionaria a Jonia, correrían riesgos, sufrirían pérdidas y pondrían a prueba la fortaleza persa en beneficio de la inteligencia espartana.

De ello eran conscientes hasta un punto incómodo los atenienses más calculadores. Algunos miembros sensatos de la aristocracia, expertos en *Realpolitik* y atentos a la magnitud del poderío persa, escucharon con horror las exhortaciones de Aristágoras a la guerra; pero no era la aristocracia

quien controlaba la asamblea. El pueblo ateniense, ansioso por retribuir a Artafernes el honor de haber aceptado aquella ofrenda de sumisión, estaba más que dispuesto a hacer causa común con sus hermanos del otro lado del mar, y embriagado por la perspectiva de un botín fácil, votó entusiasmado por el envío de una flota de veinte navíos al asalto común contra Persia. Como Aristágoras señalaría jovialmente, la fiebre de la guerra era un tipo de intoxicación al que la democracia parecía especialmente propensa. Después de todo, «no habiendo podido engañar al lacedemonio Cleómenes, que era uno solo, puedo hacerlo con treinta mil atenienses».[16]

Por desgracia para él, y para los jonios, no había otras democracias a mano. De hecho, aparte de Eretria, un puerto mercantil en la isla de Eubea que siempre había visto sus intereses amenazados por los persas, Atenas fue la única ciudad de Grecia en hacer caso de la cháchara de Aristágoras. Pero este hecho, lejos de proporcionar a los ciudadanos motivo de reflexión, sólo sirvió para alimentar la concepción que los atenienses tenían de sí mismos como seres excepcionales, así como su convicción a propósito de aquella misión. En la primavera del año 498 a. J. C., la primera flota expedicionaria de la democracia zarpó de la bahía de Falero en dirección al este, siguiendo el curso de la costa del Ática. Desde el norte se le iban a unir cinco navíos provenientes de Eretria y, cuando estuvieron todos juntos, con las proas apuntando hacia Jonia, siguieron navegando hasta desaparecer de la vista de los atenienses, que sin embargo no dejarían de tenerlos presentes. Dondequiera que el desasosegado pueblo ateniense se reuniera aquel verano, ya fuese en los bares del Cerámico, en el ágora o en la bahía de Falero, se esperaban noticias de la flota. Pasaron las semanas y, por fin, empezó a filtrarse alguna noticia. Según se in-

formaba, los soldados de la democracia habían obtenido un éxito glorioso. En lugar de ocultarse en la costa jonia, se habían atrevido a atacar el propio corazón del poder de Artafernes. En compañía de sus aliados jonios y eretrios, habían marchado por senderos secretos y sinuosos a través de las montañas que protegían a Sardes hasta llegar a la llanura, donde habían tomado por sorpresa a los persas. Artafernes había huido a su palacio, la ciudad había sido incendiada y una expedición persa que estaba por marchar contra Mileto se había visto obligada a abortar su misión. Atenas había cumplido con su deber y, gracias a sus heroicos esfuerzos, los jonios habían sido libertados para siempre.

¿Misión cumplida? Puede que así lo pareciera, pero las jubilosas noticias de Jonia no tardarían en cambiar de tono. Artafernes estaba encerrado en su palacio, pero los griegos, reducidos en número y carentes de la maquinaria requerida para sitiarlo, habían fracasado de un modo lastimoso en el intento de atravesar sus formidables murallas. Además, habían sido incapaces de salvar el templo de Cibeles de las llamas que arrasaban la ciudad situada en el valle del palacio. Este sacrilegio resultaba tan terrible que los griegos, ya frustrados por la tentativa fallida de capturar a Artafernes, se habían replegado a las montañas. Y mientras marchaban cansados y dando tumbos de regreso al mar, los jinetes persas los acecharon hasta que, a poco más de un kilómetro de sus barcos, se habían visto obligados a darse la vuelta y pelear. «Fáciles de vencer»,[17] era como los había descrito Aristágoras repetidas veces durante el transcurso de su gira diplomática.

Ahora, mientras se marchitaban bajo la andanada de sus flechas y se ahogaban en las nubes de polvo que levantaba la incansable caballería persa, los atenienses habían descubierto la pavorosa verdad. Aunque estuvieran acorazadas

en bronce, las filas griegas empezaban a romperse, y el comandante eretrio había muerto en el intento de mantenerlas unidas, mientras que los sobrevivientes atenienses, separados del cuerpo principal del ejército griego, regresaron penosamente a sus barcos, izaron las velas y se dieron a la fuga.

Los atenienses sólo podían saludar con una alarmada perplejidad a la flota diezmada que volvía a casa; ahora podían ver que Aristágoras los había engañado. La percepción jonia según la cual los persas eran débiles y afeminados acabó expuesta como un producto de la ingenuidad. La asamblea ateniense pasó radicalmente del militarismo al derrotismo, desestimando todos los subsiguientes llamados que, cargados de amargos reproches, les apremiaban desde el frente. Por lo demás, y aunque hubiese vendido falsas ilusiones a Atenas, Aristágoras podía reclamar algunos éxitos genuinos; el incendio de Sardes, aunque para los atenienses hubiese sido un desastre, había proclamado a los cuatro vientos la humillación de los persas. Desde Chipre hasta el Quersoneso, las chispas de la rebelión se transformaban en llamaradas, y Artafernes, con su prestigio maltrecho, descubría que la labor de extinguirlas no era tarea fácil.

Los atenienses, sin embargo, en su terco y renovado aislacionismo, no iban a dejarse seducir. Ahora, gracias al breve atisbo del poder persa que la expedición les había permitido, les resultaba claro que las maquinaciones y ambiciones de Aristágoras no eran más que castillos en el aire. Y más ominoso aún, como habían podido comprobar por sí mismos, los hoplitas jonios no podían plantar cara al alcance y velocidad de la caballería persa, al punto que, para el verano del 497 a. J. C., apenas dos años después del comienzo de la revuelta, a los insurrectos sólo les había faltado que los arrojasen al mar. Sólo Mileto, cuna del levanta-

miento, resistía, y aunque la flota jonia continuaba invicta, las olas no suministraban nuevos reclutas. Tan lúgubre se presentaba la situación para Aristágoras, quien ya no podía contar con los atenienses, que decidió seguir el ejemplo de su tío y viajar a Mircino, el feudo privado de Histieo en Tracia, para asegurarse madera para la flota y plata para los mercenarios. Sin embargo, los nativos mostraron estar incluso menos dispuestos que los atenienses a apoyar la guerra: lejos de darle la bienvenida a su señor, se sublevaron por la propia libertad y lo mataron. Así, de un modo confuso y un poco anónimo, perecía Aristágoras, el instigador de la gran revuelta contra el Rey de Reyes, el hombre que le había otorgado genuino liderazgo y propósito a aquella causa.

La esperanza jonia de obtener la victoria, que ya se había empezado a desvanecer, se fue apagando hasta extinguirse casi por completo. Otros tres años les llevaría aún a los persas sentirse preparados para disputar a los rebeldes el control del mar, mientras se esforzaban en reconstruir la flota que les habían robado al comienzo de la revuelta. Sin embargo, durante ese período, con Aristágoras muerto, y sin que nadie se postulara para sucederlo, la ofensiva jonia parecía estancarse como si el horror ante la catástrofe que se sabía próxima la paralizara. Los líderes de las distintas facciones se enfrentaban entre sí, al igual que las clases sociales y las diferentes ciudades. El oro persa, más letal que cualquier cantidad de unidades de caballería, comenzaba a hacer su trabajo. Derrotistas y apaciguadores se desmarcaban por igual. Con todo, la flota jonia, anclada a lo largo de las islas de la costa de Mileto, mantenía su posición con más de 350 navíos de guerra, un número respetable, excepto por el hecho de que se iban pudriendo bajo las tormentas del invierno o hervían al calor del verano, con lo cual empezaban

a desprender un tufo a desesperación, un hedor que flotaba como una amenaza en el aire y que llegaba incluso hasta la mortificada Atenas.

Los atenienses, que empezaban a comprender entonces que cualquier protección que los jonios les hubieran podido ofrecer estaba condenada a fracasar y que la aguda y despiadada mirada del Rey de Reyes pronto se fijaría, sin parpadear, en su ciudad, comenzaron a sentir pánico. La exaltada confianza que había dado a la democracia sus primeras y embriagadoras victorias se estaba extinguiendo con rapidez. La derrota en Jonia, por lo demás, no había sido la única catástrofe que habían sufrido los atenienses en tiempos recientes. Durante toda una década se habían visto atrapados en un engorroso conflicto con la isla de Egina, pequeña pero de una energía tormentosa; un nido de piratas y mendigos, en opinión de los atenienses, para cuya molestia dicho nido estaba situado apenas a unos veinte kilómetros al sur de Salamina, en el corazón del golfo Sarónico, justo sobre sus líneas de navegación. Puesto que Atenas estaba dominada por el influjo político de los terratenientes —marineros inexpertos que tenían los pies bien anclados en la tierra—, la ciudad jamás había considerado armarse una flota, y ni siquiera ante el acoso de los corsarios eginenses pensaba hacerlo. Después de todo, ¿quién aportaría el dinero? No serían los pobres, claro, ni tampoco los ricos, quienes daban por sentado que sólo pelearían con escudos y lanzas, en tierra firme, como hombres de cierto linaje que podían costearse una armadura decente, tal como lo habían hecho siempre. Este desdén hacia el poder naval, aunque le evitaba a los hoplitas la indignidad de tener que remar y sudar en la bancada, no contribuía mucho a la ofensiva contra Egina. Tal era la impotencia de los atenienses frente a los ataques enemigos que en una ocasión se vieron forzados a

observar cómo ardía el puerto sin poder hacer nada al respecto. Cierto, la amplia bahía de Falero era de difícil defensa, y los piratas eginenses no eran capaces de enfrentarse a Atenas por tierra, pero el hecho de que la guerra fuera una molestia más que una amenaza de muerte no suavizaba la percepción general de que la democracia se encontraba a la deriva. Y había un asunto en particular que no dejaba de inquietar a los votantes: si eran incapaces de derrotar a una islita insignificante en sus propias costas, ¿qué esperanza podían albergar contra la furia justiciera de una superpotencia?

Mientras las nubes borrascosas del invencible poder persa se cernían, cada vez más oscuras, sobre Jonia, extrañas sombras regresaban del pasado para perturbar todavía más a Atenas. En el verano del 496 a. J. C., el pueblo ateniense elegía como jefe de estado a un hombre cuyo nombre parecía insinuar el ocaso inminente de la libertad. Hiparco no era solamente el hijo de un destacado ministro pisistrátida, sino que había casado a su hermana con Hipias, el tirano exiliado. Tal vez fuese el candidato ideal para abrir canales diplomáticos a través de su cuñado y negociar condiciones favorables con Artafernes, quizás incluso para asegurar el perdón del Gran Rey por el incendio de Sardes. A pesar de todo, la democracia había permanecido intacta. Pese a las continuas malas noticias del frente jonio, Hiparco sirvió su año en el cargo sin colaborar con el enemigo de manera activa. Aun así, la tentación de rendirse, eso que el partido de la paz prefería denominar «realismo», iba en aumento. Por la ciudad circulaban rumores sobre ciudadanos acusados de «medizar», es decir, de traicionar a la patria.[*] Y como había sido inevitable durante un siglo, las peores sospechas se dirigían a esos adalides del oportunismo que eran los Alcmeónidas. Clístenes tal vez hubiese sido el mecenas de la

democracia, pero pocos dudaban que, ante un incentivo suficiente, su clan no optase por venderla. Que nada se hubiese podido probar en contra de los Alcmeónidas sólo alimentaba la paranoia de la democracia. No cabía duda de que el oro del Gran Rey fluía hacia algún punto de Atenas, de alguna manera. Si no iba a parar a manos de los Alcmeónidas, alguien más lo estaba recibiendo. Así las cosas, los políticos se miraban entre sí con suspicacia mientras seguían las noticias de Jonia con presentimientos cada vez más sombríos y, al mismo tiempo, maniobraban para sacar ventaja de la situación.

Para los eupátridas, se trataba por supuesto de un juego muy antiguo. La pacificación les resultaba natural, ya que, al igual que en Jonia, la aristocracia ateniense siempre había afectado un cierto orientalismo caprichoso. Difícilmente podía esperarse de ellos que aceptaran la idea de arriesgar la destrucción de su ciudad en lugar de procurar un acuerdo con el todopoderoso Rey de Reyes. Al darse cuenta de esto, y del palio de humo negro suspendido sobre Jonia, los entusiastas del nuevo orden político comenzaron a desconfiar de la vieja élite y a dudar de su lealtad. Ciertamente, no se podía tomar a todos los eupátridas por colaboradores del enemigo en potencia: Milcíades, el más noble entre los nobles, había sido desde el inicio de la gran revuelta jonia un activo luchador por la libertad en el Quersoneso. Pero incluso Milcíades gobernaba su feudo como un tirano, lo cual lo hacía muy poco recomendable para quienes se preocupaban por la democracia en Atenas.

¿Dónde, entonces, podían procurarse líderes los atenienses? Quizá en una nueva generación y en una nueva raza de políticos que no temieran hablar del poder popular como los hijos de las grandes familias, sino que más bien se inspirasen en él. La revolución, que tan alarmante resultaba para

la élite eupátrida, prometía oportunidades infrecuentes a los ciudadanos que tuvieran el talento para aprovecharlas. Por ejemplo, pasada apenas una década de la instauración de la democracia, era verosímil que un joven llamado Temístocles pusiera los ojos en el cargo supremo de Atenas, el arcontado, pese a provenir de una familia que no poseía ningún linaje político. Aunque de cuna aristocrática, su padre nunca había mostrado el menor interés por ocupar cargos públicos, y su madre —horror de horrores— ni siquiera era ateniense de nacimiento. En otros tiempos, más chauvinistas, una desgracia como aquélla habría bastado para negarle a Temístocles la ciudadanía. Sólo las reformas de Clístenes y la necesidad de completar las diez tribus con un cierto número de hombres hechos y derechos habían asegurado un cambio en la ley. Como resultado, el sentido de lealtad de Temístocles hacia el nuevo orden era de una naturaleza especialmente personal, y de allí que su deseo de un cargo público fuese tan intenso como el de un hombre que delira y desea curarse. Con el cinismo instintivo que siempre marcó su historia de amor con la celebridad, Temístocles había dado en el clavo con respecto al único indicador posible de la fama en un estado gobernado por el pueblo: «¿Cómo me pueden valorar —les preguntaba a sus amigos— cuando todavía no he logrado que me envidien?». [18] Los horizontes abiertos por el nuevo orden resplandecían ante él como una suerte de agonía.

En el 494 a. J. C. aquel brillante y ambicioso joven celebraba su trigésimo cumpleaños; después de años de espera, alcanzaba la edad para presentar su candidatura al arcontado. Al año siguiente, decidía hacer un intento —por cierto un intento con una buena oportunidad de éxito—. Tal vez no tuviese experiencia en la vida pública y su origen fuese más bien anónimo, pero, de todos modos, Temístocles po-

seía todo lo que una estrella necesitaba. Con un cuello poderoso, el cabello bien recortado y un cuerpo y rostro agradables, Temístocles tenía la apariencia «de un auténtico héroe»,[19] según juicio de la posteridad: un héroe indomable, indestructible, lleno de fuerza. Su inteligencia, sin embargo, era todo lo opuesto a lo que cabría esperar de un simple hombre forzudo; las maquinaciones de su mente, infinitamente ágil y serpentina, acabarían por maravillar a sus conciudadanos, y también por alarmarlos. La nueva forma de gobierno ateniense no requería artes oscuras de los políticos, pero Temístocles era un maestro de las mismas. Sabía cómo formar alianzas, tejer intrigas, embellecer la verdad a su conveniencia. Y lo que es más crucial, sabía sobre todo cómo hacerse visible. En lugar de vivir en las tierras de su familia, prefirió dejarse llevar por la corriente de la ciudad hasta el Cerámico, cerca de la Puerta del Ahorcado, donde se arrojaban los cuerpos de los criminales ejecutados y los suicidas; un lugar insalubre, sin duda, pero —y de allí la atracción que ejercía para Temístocles— situado a corta distancia del Ágora. Preocupado por la posibilidad de no recibir la visita de los ricos y los poderosos, que podían verse desalentados por aquel lugar aciago, Temístocles comenzó a invitar a músicos célebres para que ensayasen dentro de su casa; ansioso por hacer amigos e influenciar a la gente, se hizo abogado, el primer candidato de una democracia en practicar para la vida pública ejerciendo la ley. De naturaleza afable y gregaria, halagaba a los pobres; y éstos, que no estaban acostumbrados a que los cortejasen, le correspondieron en su amor. Temístocles hacía campaña allí donde ningún otro político había pensado hacerla antes: recorriendo las tabernas, los mercados y los muelles, asegurándose de no olvidar el nombre de un solo votante, y es que había puesto el ojo en un electorado radicalmente nuevo.

La ambición no era su única motivación. Nada de lo que hacía Temístocles estaba completamente aislado del interés personal, pero en los pobres había visto algo más que simples electores: ellos eran los futuros salvadores de la ciudad. Una noción sorprendente para sus iguales; no obstante, «era el genio de Temístocles lo que le permitía mirar a lo lejos, al futuro, y analizar todas las posibilidades tanto del bien como del mal».[20] Con mucha más claridad que cualquiera de sus mayores, el astuto político se percató de que la oportunidad de salvar a su ciudad no radicaba en la tierra seca sino en el mar y que el poder de cualquier barco de guerra dependía de los músculos de sus remeros. Aquél debió de ser un pronóstico difícilmente convincente, pues Atenas, con un solo puerto, apenas poseía una flota de guerra. Temístocles, sin embargo, con la mirada de visionario fija a más largo plazo, no se mostró intimidado. Esbozando su manifiesto, comenzó a abogar por que se abandonasen los muelles existentes y fuesen reemplazados por un nuevo puerto en El Pireo, un cabo rocoso situado más allá de la playa de Falero. Allí, la costa podía acomodar no uno, sino tres puertos naturales, más que suficientes para cualquier flota, y fáciles también de defender. Cierto que estaba tres kilómetros más alejado de la ciudad que Falero, pero Temístocles argumentó, con pasión, que se trataba de un pequeño precio a pagar por las inmensas ventajas que un nuevo puerto en El Pireo traería consigo: un lugar seguro para la nueva flota mercante ateniense, un centro de comercio que rivalizaría con Corinto o Egina y protección ante la amenaza de los corsarios eginenses. Y quizás, en su momento, si podían conseguir el dinero, y si las circunstancias lo exigieran, sólo quizás, una base naval…

No era el deseo de Temístocles alarmar a la nobleza terrateniente hablando sobre flotas de guerra, y por ello pre-

firió no decir demasiado sobre ese último punto. Aun así, durante la primavera del 494 a. J. C., la sombra de la cuestión se hacía palpable en toda Atenas. Las noticias de Oriente se hacían más oscuras cada día que pasaba. La flota persa estaba ya en movimiento. Los líderes jonios, según se informaba, habían desembarcado en secreto en un espolón del monte Micala y, después de ascender por sus laderas como refugiados en su propia tierra, se habían reunido en el Panjonio, un santuario comunal hacía tiempo abandonado. Allí, después de limpiar la maleza, habían resuelto resistirse a los persas y jugarse el futuro en un único y desesperado envite. La revuelta, como bien sabían sus líderes, estaba en el filo de la navaja: «En su momento decisivo: quedar libres o esclavos, y aun esclavos fugitivos.»[21] No quedaba más alternativa para los jonios que preparar todos los barcos de guerra que pudiesen y arriesgar su última carta. Lo siguiente fue rodear el cabo de Micala y navegar hacia al sur, en dirección a Mileto y la pequeña isla de Lade. Allí, a unos tres kilómetros de los grandes puertos de la ciudad, establecieron su base. Más allá se encontraban seiscientos barcos de guerra enemigos y la posibilidad de una batalla decisiva; pero durante días enteros, como si estuvieran abrumados por la escala de un enfrentamiento inminente y monstruoso, ningún bando se atrevió a moverse, y los nervios, a lo largo y ancho de Jonia, de Atenas, a lo largo y ancho de todo el mundo griego, comenzaron a crisparse. La inmovilidad, sin embargo, se mantuvo y, mientras tanto, en todos los puertos los hombres esperaban con ansiedad alguna noticia.

Fue entonces cuando, hacia el verano, llegaron al fin las noticias tan malas y funestas que se habían estado temiendo. Los jonios, muertos de hambre en su pequeña base insular, habían demostrado ser presa fácil de los agentes enemigos. Cuando su flota avanzó hacia la bahía de Mileto pa-

ra trabar un repentino ataque persa, la formación de batalla se deshizo rápidamente. Algunos capitanes de Samos, la isla situada frente al cabo Micala, habían hecho un pacto secreto con los persas, no sólo para salvar su propio pellejo, sino también para arruinar a la ciudad bajo cuya sombra comercial habían vivido por tanto tiempo. Cuando escuadras enteras siguieron el ejemplo de los renegados y empezaron a retirarse, la derrota para el resto de la flota jonia se hizo inevitable y la posición de Mileto, insostenible. Cuando los cadáveres inundaban sus playas, la peste corría por las calles y toda esperanza de victoria se había perdido en las aguas de Lade, los milesios sucumbieron al asalto de las máquinas de cerco y Artafernes, tomando posesión de la ciudad, ejerció sobre ella una venganza terrible, de tintes asirios. La joya del Egeo, la antigua aliada favorita del rey persa, fue entregada al fuego. Los hombres fueron masacrados, las mujeres violadas, sus hijos castrados y sus hijas esclavizadas. Atados a carretones sobrecargados con los tesoros de sus santuarios más sagrados, los infortunados sobrevivientes iniciaron el largo viaje hacia los campos de trabajo y los harenes de Persia; en su ruta se cruzarían con colonos que iban en sentido contrario, súbditos leales a quienes Artafernes había dado posesión de sus tierras. Era ése el destino que el Gran Rey tenía prometido a todo el que se rebelara a su poder; y tal como el Gran Rey había prometido, así se había cumplido.

¿Y dónde fijaría la vista a continuación? ¿Tenía acaso la sombra de su ira límite alguno? Si las noticias de la destrucción de Mileto fueron recibidas en Atenas y Eretria con el más puro terror, también entre sus vecinos se extendió un palpable escalofrío de aprensión. Ocupadas en sus propias querellas, como siempre, incluso las ciudades griegas más provincianas se veían ahora obligadas a alzar la mirada y re-

conocer en el poder persa un nuevo y prodigioso factor en sus cálculos. Pero, ¿para qué? Había muchas opciones posibles, no todas gloriosas. Los argivos, por ejemplo, cuyo entusiasmo por la libertad ocupaba un lejano segundo lugar respecto a su odio hacia los espartanos, habían tomado su decisión incluso antes de la caída de Mileto.[22] Echando mano de una de sus falsas genealogías, tradicional recurso de su política exterior, los embajadores argivos se dirigieron a Sardes e informaron a unos persas sorprendidos que, en realidad, eran descendientes —suenan los tambores— de un antiguo rey de Argos. Podría parecer una teoría un tanto rebuscada, excepto por el hecho de que el ancestro putativo invocado por los argivos, el héroe matador de gorgonas y salvador de princesas, respondía al nombre de Perseo, lo cual ciertamente sonaba como si hubiese podido tratarse de un ancestro de los persas. De modo que un túrbido pacto se llevó a cabo, pues tanto persas como argivos tenían excelentes razones para creerse la fantasía de que eran parientes: los primeros anticipaban una base naval amiga en el Peloponeso y los segundos podían frotarse las manos con satisfacción y soñar con una Esparta reducida a escombros por su primo lejano, el Rey de Reyes.

Los propios espartanos, cuya hostilidad hacia Persia les venía de los tiempos del desaire de Ciro, siempre habían considerado la presunción de vínculos de los argivos con los bárbaros como algo más ridículo que peligroso. Aquella percepción, sin embargo, cambió tan pronto como las siniestras noticias de Jonia empezaron a llegar. Una Persia victoriosa, una Argos revanchista: un posible escenario había surgido de las peores pesadillas de los espartanos. Cleómenes, que había rechazado la oportunidad de combatir a los bárbaros en Jonia, necesitaba ahora una manera más astuta de atacarlos, una que encendiese los corazones de sus

compatriotas. A saber, un ataque a Argos. En el verano del 494 a. J. C., mientras los persas se ocupaban en reducir a polvo a las fuerzas rebeldes en Jonia, Cleómenes condujo a sus compatriotas hacia el norte en su propia misión de exterminio, y no estaba dispuesto a permitir que nada se interpusiese en su camino. Informado por sus adivinos de que un dios fluvial argivo los maldeciría si se atrevían a cruzar sus aguas, Cleómenes respondió con sarcasmo: «Cuán patriótico de su parte»[23] y, desdeñoso, tomó otra ruta. A continuación, una vez que hubo destruido al ejército argivo en una gran batalla junto a la villa de Sepea y hubo perseguido a los sobrevivientes hasta un bosque sagrado, el rey espartano informaría a los argivos, llamándolos por sus nombres, que su rescate había sido pagado. A medida que los hombres iban emergiendo del santuario, uno a uno, los hacía ejecutar. Cuando los fugitivos restantes se percataron, finalmente, de su truco asesino, Cleómenes mandó incendiar el bosque sagrado.

Un crimen espantoso, sin duda, tan espantoso como la destrucción de Mileto, puesto que lo había cometido un griego. Y aunque para salvarse de la mácula del sacrilegio, Cleómenes había ordenado que fuesen los ilotas quienes prendieran fuego al bosque, el humo negro que se alzó de aquel holocausto, grasiento y contaminado de carne humana, ofrecía una grotesca advertencia sobre los propósitos espartanos a las otras ciudades. No se toleraría amenaza alguna hacia Lacedemonia. Argos, despojada de toda una generación, desmembrada de su territorio, tan debilitada que incluso la diminuta Micenas podía deshacerse de su dominio, permanecería como el ejemplo mutilado del posible resultado de los desafíos al poder espartano. La advertencia valía también para los persas. Cualquier invasión se enfrentaría

con una resistencia implacable. Esparta se comprometía a salir al encuentro y pelear, y sin importar nada más.

Por lo visto, Atenas no tendría que enfrentarse sola contra el vengativo Rey de Reyes, pero, en el invierno del 494 a J. C, los atenienses parecían encontrarse paralizados por la misma indecisión que había afligido de manera fatídica a sus primos jonios. Quizás estaban abatidos por las tenebrosas noticias que no dejaban de llegar de más allá del Egeo. Se contaba que Jonia, otrora luminosa y próspera, se había visto convertida en una tierra baldía. Los hierbajos crecían sobre las huellas de las brigadas de castigo persas; los fugitivos que habían tomado refugio en las colinas eran acosados con perros y rastreadores; los pocos milesios que no habían sido deportados yacían en sus últimos estertores entre las ruinas renegridas de la cuna de la filosofía. La posibilidad de compartir un destino similar les resultaba casi insoportable a los atenienses. En la primavera del 493 a. J. C., cuando se estrenó en las Dionisíacas de la ciudad una tragedia que no ponía en escena una historia inspirada en la mitología, como esperaba el público, sino que se inspiraba directamente en la caída de Mileto, «prorrumpió en llanto todo el teatro».[24] La tragedia no tardó en ser censurada y el autor fue condenado a pagar una multa sustanciosa por haber inventado la propaganda de agitación y haber perturbado con ello la paz ciudadana. Parecía que la respuesta de los atenienses a la amenaza persa consistía en enterrar la cabeza en la arena.

Sin embargo, del mismo modo que sabían con certeza que la fuerza expedicionaria del Gran Rey vendría a Atenas, eran conscientes de que su llegada sólo les dejaría dos opciones: tratar de apaciguarlos, colaborar y rendirse; o luchar. La elección no podía retrasarse durante mucho más tiempo, y pruebas de ello podían verse por todas partes.

Apenas el público del teatro se terminaba de secar las lágrimas cuando otro vívido recordatorio de las nubes de tormenta que se condensaban hacia el este desembarcaba en la bahía de Falero. Milcíades llegaba seguido por una estela de gloria: se había enfrentado a los bárbaros con mayor heroísmo que cualquier otro ateniense, había escapado a la venganza de la flota persa de milagro, evadiendo a un escuadrón enviado especialmente para interceptarlo, y había continuado su ruta hasta llegar a Atenas. Sin embargo, también cerca de casa tenía Milcíades muchos enemigos; sus iguales lo odiaban y el pueblo le temía, y su encanto parecía inadecuado para una democracia en problemas. Muy pronto fue llevado a juicio «por su tiranía en el Quersoneso».[25] El juicio fue fijado para más tarde ese mismo año.

Y mucho más pesaría en el veredicto que el simple destino de Milcíades. ¿Tendrían los atenienses el valor de dejar en libertad a un hombre al que durante largo tiempo habían temido como a un tirano en potencia y cuya reputación como luchador contra los medos sin embargo no tenía parangón? ¿O se rendirían a los placeres más inmediatos —y tradicionales— de las luchas intestinas? Todo ciudadano tendía a ver las cosas desde su propio punto de vista, pero quien prometía una mayor influencia en el veredicto era el arconte supremo, el jefe de estado anual, lo cual bastó para imprimir una cierta tensión en las elecciones del 493 a. J. C. Milcíades seguramente habrá soltado un profundo suspiro de alivio cuando la victoria la obtuvo el candidato que más se identificaba con la causa antipacifista. Cierto, Temístocles podía ser muy proclive a la envidia, y la tentación de arruinar a un rival carismático debió de haberle resultado considerable, pero logró resistirla. Milcíades fue exonerado en el juicio y poco después fue elegido jefe militar de su tribu, uno de los diez generales encargados de dar consejo y

apoyo al supremo comandante de los atenienses, el arconte de guerra. Al igual que el incendio del bosque de Sepea, aquello debía de parecer a los espías persas una declaración de intenciones harto desafiante. Con seguridad, otorgaba a Milcíades una influencia crucial en la formulación de las políticas de defensa de la ciudad. La democracia parecía haber tomado finalmente una decisión: los atenienses, como los espartanos, estaban dispuestos a pelear.

El camino a Maratón

En Atenas nadie tenía la menor duda de que el Gran Rey estaba personalmente resuelto a destruir la democracia. Se contaba que cuando la noticia de que Sardes ardía había llegado a oídos de Darío, éste había pedido su arco, tótem siniestro del poder real, y había disparado una flecha al aire mientras le rogaba a Ahura Mazda que castigase a los atenienses como lo merecían. Tal era su furia, al parecer, que su real apetito nunca se había recuperado por completo del disgusto. Se rumoreaba que día tras día, año tras año, cada vez que Darío se sentaba a comer, un sirviente murmuraba a su oído: «Señor, acuérdate de los atenienses.»[26]

Claro que no resultaba una hazaña insignificante para un pueblo hasta entonces desconocido, situado en la orilla misma del mundo, que se le mencionara a diario en el sanctasanctórum de Persépolis. Incluso mientras los atenienses se erizaban al imaginarse como los elegidos de la venganza del Gran Rey, al mismo tiempo podían sentir un escalofrío de orgullo desesperado ante la idea. En efecto, el señalado hecho de que Darío no hubiera lanzado un rápido ataque desde Asia sugería que quizás, estaban siendo incluso condescendientes consigo mismos. La magnitud verdadera del im-

perio del Gran Rey y la atención que su gobierno requería de él se escapaban a la comprensión de la mayoría de los griegos. Cleómenes, que durante el transcurso de su infructuosa entrevista con Aristágoras recibió la noticia de que Susa estaba a más de tres meses de camino, y más allá del mar, había reaccionado con incredulidad y desconcierto; y sin embargo, al este de Susa hacían falta otros tres meses para atravesar los dominios restantes del Gran Rey. Eso, naturalmente, habría resultado de escaso consuelo para los atenienses, que aguardaban la hora del desastre, pero darles una lección no era la única y ni siquiera la más urgente de las preocupaciones de Darío.

Ello no quiere decir que no fuese en absoluto una preocupación. La memoria del Gran Rey era excelente y su alcance, global. No había crisis, por distante que fuera, de la que no se le informase con minuciosidad: tan sorprendente como las distancias entre sus dominios era el ingenio de sus sirvientes para acortarlas, de modo que nadie podía no sorprenderse por la rapidez de las comunicaciones persas. Las almenaras brillaban de puesto en puesto de vigía para mantener al Gran Rey al tanto de cualquier incidente casi en el momento en que se producía. En las regiones más montañosas, y sobre todo en la propia Persia, donde los valles ofrecían una excelente acústica, era posible llevar y traer información más detallada por retransmisión acústica. Los persas, educados «en las artes del control de la respiración y el uso efectivo de sus pulmones»,[27] eran los renombrados poseedores de las voces más poderosas del mundo. Más de un mensaje había llegado el mismo día gracias al eco que resonaba entre riscos y desfiladeros, por encima de superficies que un hombre habría tardado un mes andando en atravesar. Los persas comprendían, hasta un grado nunca

antes alcanzado, que la información significaba poder, y quien controlara la información controlaría al mundo.

La base primordial de la grandeza persa no era, entonces, su burocracia, ni siquiera sus ejércitos, sino más bien sus caminos. Preciosos filamentos de polvo y suciedad pisoteada proveían al inmenso cuerpo del imperio de un sistema nervioso por el cual las noticias fluían de manera constante, de sinapsis en sinapsis, desde y hacia el cerebro. Las distancias que hasta tal punto habían abatido a Cleómenes se veían aniquiladas con regularidad por los correos reales. Todas las tardes, después de un duro día de galope, el mensajero encontraría una estación esperándolo, equipada con una cama, provisiones y un caballo nuevo para la mañana. Un mensaje en verdad urgente, uno traído desde el Egeo al galope, a través de tormentas y en la oscuridad de la noche, llegaría a Persépolis en menos de dos semanas, un grado de velocidad asombroso, casi sobrenatural, y nada igual se había visto antes. No extrañaba, pues, que el control que el Gran Rey ejercía sobre tal servicio —la primera superautopista de la información— impresionara tanto a sus súbditos, para quienes se trataba del indicador y la encarnación más indudables del poder persa.

El acceso a este servicio estaba restringido de un modo feroz. Nadie podía poner pie en los caminos del rey sin un pase, un *viyataka,* y dado que cada documento de viaje se emitía directamente desde Persépolis, o mediante el despacho de un sátrapa, la mera posesión de uno era ya una muestra de prestigio. De hecho, era en el *viyataka* donde esas manías gemelas del imperialismo persa que era el cambio constante de las formas y la rígida estratificación social se encontraban y se fundían del modo más perfecto. No había mejor manera para que un oficial descubriese su lugar preciso en el orden imperial que llegar a una estación para

pasar la noche, mostrar su *viyataka* al encargado y contar las raciones que le eran entregadas. Si era uno de los grandes del reino —digamos, uno de los seis compañeros conspiradores de Darío—, entonces él y su cortejo recibirían hasta cien cuartos de vino. Si su rango estaba en lo más bajo de la cadena alimentaria, podría encontrarse con una ración de vino menor que la de un caballo particularmente favorecido. Tan satisfactoria encontraban los persas el *viyataka* como herramienta para ordenar el mundo que no sólo los oficiales y soldados, sino incluso mujeres, niños y aves, se encontraban situados de modo definitivo en el esquema imperial de las cosas de acuerdo con las raciones que les correspondían. Si un pato, por ejemplo, debía engordarse para la mesa real, podía esperar un cuarto de vino cada día. Una joven, en comparación, tendría que conformarse con un cuarto a la semana.

Hombres, mujeres, niños, caballos y aves acuáticas: ninguno podía eludir las meticulosas normas de los burócratas de Darío. No era sólo en las cortes de los sátrapas donde los «ojos» del Gran Rey estaban siempre observando, analizando, controlando. Toda transacción efectuada en una estación requería un documento que debían sellar tanto el encargado como el beneficiario, y que era enviado al archivo central en Persépolis. El control de los itinerarios de los viajeros por los caminos reales era tan estricto que aquellos que se retrasaran en la ruta y no llegaran en la fecha que les tocaba podían perder la ración de esa noche. Todo el que viajara por los caminos sin el *viyataka* no sólo pasaría hambre, sino que pronto se le perseguiría y ejecutaría, e incluso el correo, si no había sido enviado con el consentimiento real o de los sátrapas, debía destruirse. Sólo los más astutos podían burlar la vigilancia de las patrullas. Histieo, por ejemplo, allá por el 499 a. J. C., desesperado por comuni-

carse con su sobrino en la lejana Mileto a propósito de sus planes de revuelta, había afeitado el cabello de su esclavo de más confianza y le había tatuado un mensaje en el cuero cabelludo. A continuación, esperaría con paciencia a que el cabello volviera a crecer y «entonces, cuando ya el esclavo poseía de nuevo una cabellera completa, Histieo lo envió a Mileto con órdenes de no hacer nada, excepto pedirle a Aristágoras que lo afeitara y tomase en cuenta lo que entonces se revelaría».[28] Tal era el ingenio requerido para quienes no tenían *viyataka.*

¿Cómo, entonces, habrían de competir los enemigos del Gran Rey con los prodigiosos recursos de información de Darío? No muy bien, era la respuesta. Los rebeldes jonios, arrinconados en el borde más extremo de Asia, sólo poseían nociones muy vagas de las movilizaciones de las tropas persas y de sus intenciones, una limitación que destacaba gracias a la sorprendente habilidad de Darío, que a dos mil quinientos kilómetros del escenario de la guerra seguía los eventos casi como si estuviera presente en el lugar. Durante las primeras semanas del 494 a. J. C., él mismo había trazado los planes para la ofensiva final que, unos meses después, daría lugar a la gran victoria persa en Lade y al saqueo de Mileto. La información de Darío en esa ocasión había sido particularmente detallada porque su principal asesor militar en asuntos griegos, un general de nombre Datis, había viajado expresamente desde Jonia para mantenerlo al tanto de las últimas nuevas del frente. Nada podría indicar mejor la suprema importancia asignada por el Gran Rey a la inteligencia que el hecho de que un hombre de la importancia de Datis debiera hacer el largo viaje a Persépolis en persona. Datis —como Harpago, el conquistador de Jonia— era un medo pero, en el competitivo mundo de las raciones y los salvoconductos, era un jugador de tan alto rango co-

mo cualquiera de los grandes persas. Su ración diaria de vino era de setenta cuartos, algo que no habría desdeñado la hermana del rey y que constituía una recompensa por una habilidad y un récord militar excepcionales.

Claro está que los servicios de inteligencia persas no siempre lograban todo lo que querían: ni siquiera el ojo de Darío atinaba invariablemente en la elección de sus colaboradores. Uno de los peores desastres había ocurrido dos años antes de la llegada de Datis a Persépolis, cuando el rey había decidido enviar a Histieo de regreso a Sardes como su agente personal. Consternado de tener que recibir al astuto milesio en su cuartel general, pero reticente a ofender a su hermano, Artafernes le había revelado a Histieo todas sus sospechas, en la esperanza de que su incómodo huésped se pasara con franqueza al bando enemigo. «Dejémonos de rodeos —amenazó el sátrapa—, tú cosiste esos zapatos y Aristágoras se los calzó.»[29] Histieo, que había palidecido, entendió el mensaje, pero su escape de Sardes aquella misma noche no agotó su capacidad para causar problemas. Pescando en las turbias aguas de los círculos de espionaje con habilidad consumada, revelándose primero a un bando y después a otro como un doble agente, Histieo se valió de la astucia de Artafernes contra este mismo, atreviéndose incluso a fomentar la rebelión dentro de la propia corte del sátrapa. Los griegos, por lo visto, no eran los únicos vulnerables al estímulo para atacarse los unos a los otros, y la crisis pronto adoptó un cariz tan amenazador que Artafernes, en un esfuerzo frenético para mantener su autoridad, se vio obligado a llevar a cabo una purga completa de sus compatriotas. Fue necesario aplicar esa medida tan severa para prevenir la desintegración del comando provincial persa y, como era natural, a partir de ese momento Histieo se convirtió en un hombre marcado. Ningún epi-

sodio del aplastamiento de la revuelta jonia podría haberle dado mayor placer a Artafernes que la captura, un año después de la victoria de Lade, del antiguo y traicionero favorito de su hermano. Transportado a Sardes entre cadenas, el irreprimible Histieo insistió con tranquilidad en que se le entregase al Gran Rey en persona, una exigencia a la que Artafernes respondió haciéndolo empalar para después enviar su cabeza por correo urgente a Susa, encurtida y conservada en sal.

La ejecución de Histieo y el escape paralelo de Milcíades a Atenas marcaron el fin efectivo de la resistencia jonia, pero no así de los trabajos de Artafernes. Ahora que había ganado la guerra, tenía ante sí la dura labor de ganar la paz. Jonia había resultado devastada por seis veranos de guerra salvaje, los campos estaban sin cultivar, los barcos se pudrían en bahías estancadas, los caminos habían desaparecido bajo la maleza y villas y ciudades enteras permanecían como abandonadas ruinas renegridas. Acosados por el hambre, los jonios, de manera inevitable, comenzaron a pelearse entre ellos por los pocos campos que no estaban cubiertos de ortigas y zarzas, y a pesar de que casi no les quedaban energías, acabaron buscando de nuevo las armas. Artafernes, que no estaba dispuesto a tolerar aquello, intervino de inmediato, convocando a representantes de los estados jonios a Sardes, donde los obligó a hacer un juramento de eterna amistad. A partir de entonces, todas las disputas fronterizas ya no se decidirían mediante escaramuzas armadas, como era tradicional entre los griegos, sino por un arbitraje respaldado directamente por la sanción de la fuerza persa. Tal como los mismos jonios reconocían, esto era una novedad «no del todo en su desventaja».[30] Proteger a los súbditos de sus peores instintos, promover la estabilidad y facilitar un flujo regular de tributos, en ello consistía, co-

mo siempre, la política natural del sátrapa. Y ahora que el terror había servido a sus fines, Artafernes podía suspirar con alivio y dedicarse a ganar el corazón y la mente de sus súbditos. Consciente a la perfección de la repugnancia que los jonios sentían hacia la tiranía, Artafernes estaba dispuesto a ceder, bajo ciertas circunstancias, a las preferencias de aquel pueblo por la democracia. Después de todo, mientras la paz del rey fuese respetada, poco importaba cómo eligieran los griegos gobernarse a sí mismos.

Tal indulgencia no se extendía, claro está, hasta aquellos pueblos que todavía se mantenían en armas. Mientras Artafernes aplicaba a la desangrada Jonia el bálsamo de un tratado de paz que mucho tiempo después se recordaría todavía como ejemplo de equidad y justicia, el continuo desafío de los atenienses seguía siendo una herida abierta. Y también una amenaza. Cuanto más se retrasase el castigo a Atenas, mayor era el riesgo de que proliferasen estados terroristas en las montañosas e inaccesibles tierras indómitas de Grecia: una perspectiva pesadillesca para cualquier estratega persa. La geopolítica, sin embargo, estaba lejos de ser la única fuente de motivación del Gran Rey. No por nada Ahura Mazda había puesto el mundo en sus manos. No por nada no había deber más sagrado para el Rey de Reyes que la obligación de destruir la fortaleza de la Mentira allí donde fuera que ésta abriera una úlcera. Atenas era un nido de rebeldes, eso seguro, pero la ciudad se revelaba también, de manera mucho más siniestra, como un hogar de demonios *(daiva),* falsos dioses que habían escogido el camino de la rebelión contra el dios Mazda, «siguiendo el curso de la Ira, infectando las vidas de los hombres».[31] Sólo el fuego, como el que había limpiado y purgado los santuarios de los jonios, podría redimir a Atenas y a sus templos de la Mentira. Por el bien espiritual del universo, así como por la futu-

ra estabilidad de Jonia, el Egeo entero habría de ser transformado, sin tardanza, en un lago persa. Ejemplo de una nueva y asombrosa etapa de expansión imperial y de guerra sagrada, la quema de Atenas prometía ambas cosas.

Pero ¿cuál era la mejor manera de lograrlo? Se ofrecían dos estrategias: completar la conquista de las tierras a lo largo de la costa norte del Egeo y, de manera simultánea, forzar a las ciudades de la Hélade a rendirse. En lo relativo a la primera, se envió una flota y un ejército a Tracia en la primavera del 492 a. J. C. con órdenes de extender el dominio persa hacia el oeste, a Macedonia, y tal vez más allá. Su comandante, un atractivo joven de la nobleza llamado Mardonio, llegó al frente occidental bañado ya por el resplandor dorado de su carisma. Hijo de Gobrias, el mejor amigo de Darío entre los Siete, su intimidad con la casa real había sido confirmada por su matrimonio con la hija del Gran Rey. Pero Mardonio no sólo estaba muy bien conectado, sino que era también un general de auténtico espíritu y atractivo. Alejandro, el rey de Macedonia, no tardó en aceptar lo inevitable: Macedonia se vio formalmente absorbida en los dominios del Gran Rey, cuya autoridad se extendía ahora hasta las faldas del monte Olimpo. Es cierto que la victoria resultaría ligeramente menoscabada al naufragar la flota entera de Mardonio en una tormenta frente al monte Atos y que el propio Mardonio, en un asalto demasiado arriesgado a una molesta tribu de montañeses, acabaría malherido, pero aquellos errores no eran lo bastante severos como para disminuir el prestigio persa. Macedonia permanecía en manos del Gran Rey, qué duda cabía; Alejandro, siempre acomodaticio, sabía muy bien en qué dirección soplaba el viento.

El asunto clave para los estrategas persas era saber si los griegos del sur se mostrarían igual de sensibles al clima po-

lítico. En el 491 a. J. C., un año después de la conquista de Macedonia, se enviaron embajadores en gira de reconocimiento a Grecia con peticiones de tierra y agua. La mayor parte de las ciudades aceptaron la sumisión de manera satisfactoria, pero algunas no lo hicieron. Dos, en particular, no podrían haber declarado de modo más manifiesto su alianza con la oscuridad de la Mentira y con los *daiva*, esos «engendros de propósitos malvados».[32] En Atenas no sólo fueron rechazadas las demandas del Gran Rey, sino que sus embajadores, en claro desafío a la ley internacional, fueron sometidos a juicio por la asamblea, sentenciados y ejecutados. Dado que Atenas era un probado estado terrorista y que el hombre que había promovido la ejecución de los diplomáticos era Milcíades, un notorio fugitivo de la justicia del Gran Rey, tal vez dicho ultraje no constituyese una sorpresa. Más escandaloso, y de implicaciones más perturbadoras, resultaba que los espartanos hubiesen elegido ensuciarse las manos con un sacrilegio incluso peor. No hubo juicio alguno para los embajadores del Gran Rey en Esparta: en su lugar, fueron arrojados a un pozo, y antes de morir ahogados, se les dijo que «si querían tierra y agua, allí la podrían encontrar».[33]

Aquel espectáculo de franco desafío, espantoso ingenio e irresponsable desprecio hacia las costumbres religiosas llevaba las huellas de Cleómenes por todas partes. Al parecer, la democracia ateniense había alcanzado un arreglo con el rey espartano, que anteriormente había intentado destruirla en dos ocasiones. Y cuando los atenienses descubrieron que Egina había ofrecido tierra y agua al Gran Rey, informaron de ello a Esparta, ante lo cual Cleómenes en persona viajó a reprender a quienes estuvieran «medizando». Sin embargo, puesto que Egina dependía del comercio internacional, los príncipes mercaderes de la ciudad se mostraban

reticentes a ofender a la superpotencia oriental, aunque así lo mandase un rey espartano. En busca de una manera de eludir a Cleómenes, los monarcas eginenses decidieron apelar a Demarato, su corregente, siempre agradecido ante cualquier oportunidad de asestar una puñalada en la espalda de su odiado rival. Demarato, claro, ofreció su apoyo más entusiasta y los eginenses se vieron animados a mantenerse firmes en su postura, es decir, en el desaire a Cleómenes.

Aunque el papel de Demarato en todo este asunto se había mantenido un tanto solapado, no lo habían ocultado lo suficiente como para que su colega no lo descubriera. Y la contraofensiva de Cleómenes a su regreso a Esparta sería tan brutal como astuta. Resuelto a terminar de una vez con su insufrible colega, Cleómenes se acercó al primo de Demarato, una despreciable nulidad de nombre Leotíquides, y le prometió el trono a cambio de que colaborase en la destrucción de su pariente. Promesa que Leotíquides, como era de esperar, aceptó sin más. Como bien sabían sus enemigos, Demarato tenía un viejo esqueleto oculto en el armario; las circunstancias del nacimiento de Cleómenes eran, en efecto, confusas, pero las de su corregente no se quedaban atrás. La madre de Demarato, aquella niña simplona a quien la aparición de Helena había otorgado el don de sus encantos, se había transformado en tal belleza que el rey de Esparta, abrumado por su hermosura, se la había arrebatado al marido por la fuerza que le otorgaba su corona. Siete meses más tarde, la nueva reina daba a luz un hijo, pero ¿quién era el padre, el rey o el plebeyo? Interrogante hacía tiempo resuelto, se podría haber pensado, dado que en el 491 a. J. C., el hijo de la reina —el propio Demarato— ya llevaba en el trono veinticuatro años. Aquello, sin embargo, no era obstáculo para Cleómenes, de modo que cuando

Leotíquides sacó el tema de la legitimidad de Demarato y propuso llevar el caso ante el oráculo de Delfos para que allí se arbitrara, los juiciosos sobornos a los sacerdotes ya habían garantizado la complicidad de Apolo.

El oráculo se pronunciaría, pues, contra Demarato, a quien el eforado depuso de modo formal en cuanto regresó a Esparta, al tiempo que Leotíquides, maleable y venal, tomaba su lugar. Acompañado por su nuevo colega, Cleómenes regresó con prontitud a confrontar a los eginenses, que en esta ocasión no se atrevieron a desafiar a los dos reyes espartanos y capitularon allí mismo. Como garantía de su buena conducta, incluso aceptaron entregar rehenes a sus más amargos enemigos, los atenienses. Así que las fuerzas expedicionarias persas ya no podrían valerse de Egina como base cuando alcanzaran los límites del Ática. Y Cleómenes, a quien sus vecinos habían odiado durante tanto tiempo, se vio de repente aclamado en todas partes por su desinteresada labor «en la causa común de Grecia».[34] Los agentes persas pudieron así confirmar el juicio de que el rey espartano era su más hábil y peligroso enemigo, el mayor obstáculo para los planes que el Gran Rey tenía para Occidente.

Sin embargo, no todo estaba perdido. Los persas habían tenido oportunidad de sobra para apreciar que ningún frente griego era tan sólido que no pudiese desintegrarse en cualquier momento. Cuando Cleómenes ya parecía haberse asegurado el trono de por vida, se hizo pública la noticia de sus sobornos a Delfos y el escándalo se apoderó de Esparta. La indignación fue universal. Cleómenes, a quien por fin se le atrapaba en falta, se vio obligado a abandonar la ciudad en deshonra. Por supuesto, el exilio no era un destino que aquel hombre pudiese soportar recostado y sin hacer nada, y en lugar de suplicar a sus conciudadanos el permiso para

regresar, optó por intimidarlos. Cleómenes siempre había tenido talento para colocar al lobo entre las ovejas pero, en esta ocasión, la traición sería francamente abierta. Desdiciendo su propia política del «divide y vencerás» que con tanto éxito había promovido durante su reinado, Cleómenes procuró ganar el norte del Peloponeso para su causa personal, y ello con tal éxito que sus inquietos compatriotas empezaron a flaquear y lo invitaron, presurosos, a que volviera. Pero lo hacían con ánimo poco indulgente, y al regresar a Esparta, Cleómenes estaba sellando su desgracia. Pronto empezó a murmurarse que estaba loco; los espartanos echaban la culpa al alcohol, mientras que los argivos preferían ver en la decadencia de Cleómenes una prueba segura de la ira de los dioses. Sin embargo, fuese cual fuese la causa, casi todos estaban de acuerdo en que el mismo rey que hacía apenas un año habían tenido por baluarte de Grecia era ahora un lunático. Pocas quejas pudieron escucharse cuando, hacia finales del 491 a. J. C., Leónidas y Cleombroto, los dos medios hermanos que le quedaban, hicieron que se le declarase demente y procedieron a encerrarlo. Y nadie se sorprendió cuando, a la mañana siguiente, su cadáver fue hallado con tajos en las piernas, las caderas y el vientre, y en el suelo, a su lado, un cuchillo ensangrentado. El veredicto, aunque un tanto improbable, fue aceptado por todos: había sido un suicidio.

Fue así cómo pereció el enemigo más formidable del Gran Rey en Grecia. Y con él desaparecía, también, todo un estilo de liderazgo —inescrupuloso, seguramente, pero decidido y con iniciativa—, algo que los espartanos, naturalmente cautos, nunca habían dejado de considerar alarmante. De hecho, las patéticas circunstancias de la muerte de Cleómenes confirmaron la suspicacia de los espartanos hacia los líderes más fuertes. Ciertamente, Leónidas, el nue-

vo rey, era el heredero de su hermano en más de un aspecto. Con la bendición del padre se había casado con Gorgo, la única hija de Cleómenes, una heredera tan rica como precoz había sido de niña. De todos modos, recién llegado al trono, y posiblemente manchado por el fratricidio, Leónidas era todavía como un misterio. Haría falta más tiempo para que aquel misterio se desvelase. ¿Quién más estaría dispuesto a asumir el liderazgo bajo la amenaza del martillo persa? ¿Leotíquides? Estaba demasiado ocupado graznando el infortunio de Demarato. ¿La Gerusía? ¿El eforado? Ambos cuerpos eran de instinto conservador, mucho menos proclives de lo que había sido Cleómenes a apoyar una política de avance defensivo. De modo que al enviar sus informes a Sardes aquel invierno, los espías persas tenían muy buenas noticias sobre Esparta. La agitación que reinaba en la ciudad, las luchas intestinas que a los estrategas de Darío parecían una cosa tan inveteradamente griega, todo aquello era una oportunidad magnífica para atacar a Atenas y derrotarla mientras nadie pudiera ayudarla a defenderse.

Como era una oportunidad que no podía desperdiciarse, en las primeras semanas del 490 a. J. C. se dictó finalmente la orden de la invasión que tanto se había anticipado. Un gran ejército, «poderoso y bien equipado», partió de Susa. Tal vez fuesen unos veinticinco mil hombres,[35] y como Mardonio todavía estaba recuperándose de sus heridas, el comando de la expedición se confió a otros dos generales que tenían experiencia en el frente occidental: Artafernes, hijo homónimo del sátrapa de Sardes y, como jefe supremo, Datis el Medo, el veterano incontestable de la revuelta jonia, un hombre con un conocimiento tan especializado del enemigo que incluso podía hablar algo de griego, lo cual era inusual entre la élite imperial. La estrategia que los dos comandantes seguirían la había establecido el propio Gran

Rey. Deberían cruzar el Egeo con una enorme flota, beneficiar a todas las islas con el dominio y la paz persa y, una vez completado ese objetivo, «reducir a Atenas y a Eretria a la esclavitud y conducir a los esclavos ante el rey».[36] La conquista del resto de Grecia, incluyendo Esparta y el Peloponeso, tendría que esperar, pero aun así, tal como estaba planteada en las instrucciones de Darío, la expedición resultaba bastante ambiciosa. Una ofensiva anfibia de aquella escala no se veía desde la invasión de Egipto hacía treinta y cinco años. Además, el plan de no bordear la costa sino saltar de isla en isla hasta Grecia era una estrategia tan atrevida e innovadora como las que antes había concebido Darío.

Pero Datis y Artafernes seguramente no tenían dudas sobre su éxito final. Cada día que avanzaban hacia el oeste proporcionaba nuevas muestras de la magnitud casi increíble de los recursos del rey: grupos de trabajo que mantenían con esmero los caminos y que algunas veces estaban formados por poblaciones enteras, trasplantadas hasta allí desde los rincones más alejados de la Tierra; los guardias, apostados junto a cada puente, cada flotilla de pontones, cada paso de montaña; las mismas tropas que los seguían, no sólo persas y medas, sino también los contingentes reclutados más al este, bactrianos y sogdianos, y los sacios, tan diestros con el hacha. ¿Qué eran los atenienses comparados con pueblos como éstos? No cabía siquiera mencionarlos. Y así continuaba la marcha, comandada por la voluntad de ese rey distante pero que todo veía; y al final de cada tarde, sin importar dónde se detuvieran, aquellos hombres de las estepas, de las montañas y de los pueblos de Irán recibían sus provisiones de los monstruosos almacenes, provistos escrupulosamente de vasijas de vino, hogazas de pan y cebada para los caballos. Cuando finalmente hubieron atravesado las Puertas Sirias y alcanzaron la llanura de

Cilicia, en la costa sudoriental de la moderna Turquía, encontraron que los esperaba una inmensa flota compuesta de navíos de guerra y cargueros para caballos. Subieron entonces, por las pasarelas, hombres y caballos, y a una orden de Datis, la armada se adentró en el mar.

Rumores de aquel avance empezaron a correr pronto por toda Grecia, pero nadie parecía demasiado alarmado. Aunque la monstruosa flota se dirigía con toda claridad hacia el Egeo, ni siquiera los atenienses, alterados como estaban, se tomaron aquello como una amenaza inminente. Muchas otras flotas persas se habían avistado en la costa de Jonia en el pasado, pero siempre habían continuado hacia el norte bordeando la costa, rumbo al Helesponto. ¿Por qué iban a pensar que esta flota tomaría un curso diferente? El ejército persa pasó de aquel modo frente a los arruinados puertos de Mileto, siguió su rumbo hacia el estrecho entre el monte Micala y la isla de Samos y, justo entonces, justo a la altura de Samos, ocurrió algo por completo inesperado. La flota cambió repentinamente de curso, y sólo entonces un escalofrío de incredulidad sacudió a todos aquellos que observaban desde la costa. ¡Los persas no seguían hacia el norte, sino hacia el oeste! Aquello sólo podía tener una explicación: Datis y su flota se dirigían hacia mar abierto, hacia Grecia, hacia el Ática.

Mientras la flota navegaba por el Egeo, su comandante dictaba una clase magistral en las artes de construir un imperio. Primero, impresionar e intimidar. Enfilando hacia la bahía de una sorprendida isla de Naxos, la flota tomó una tardía venganza por el desastre de la expedición de la década anterior. La ciudad fue incendiada y, mientras sus hogares y templos ardían, los habitantes, reducidos a la esclavitud, acabaron encadenados en los barcos. Lo siguiente era ganarse su corazón y su mente. Al llegar al siguiente puerto

de la ruta, la isla de Delos, que toda Grecia consideraba sagrada, puesto que allí habían nacido Artemisa y Apolo, Datis reaccionó con dolido candor ante la noticia de que la flota local había huido antes de su llegada. «¡Hombres iluminados por la luz de lo sagrado, qué extraña opinión tenéis sobre mi persona cuando huis de esta manera!» dijo.[37] Esto podría haber parecido una lamentación artera, teniendo en cuenta que, después de la caída de Mileto, los persas no se habían abstenido de saquear el sagrado oráculo de Dídima ni de llevarse la gran estatua de bronce de Apolo hasta Ecbatana. ¡Pero los habitantes de Delos estaban muy equivocados si imaginaban que aquel severo tratamiento del santuario de los rebeldes implicaba una falta de respeto hacia el gran Apolo! Después de todo, habían sido los propios rebeldes, al unirse a la Mentira y de ese modo entregar el oráculo sagrado a la nocturna corrupción de los *daiva,* quienes habían demostrado la más grosera falta de respeto hacia el dios de la luz. Datis, resuelto a que aquella sutileza teológica no pasara desapercibida para los griegos, puso en escena una espectacular demostración de su devoción por el dios Apolo, para lo cual se colocó ante el altar de la deidad y allí procedió a quemar enormes cantidades de incienso. Y después de haber puesto en claro aquella cuestión, regresó a la flota para continuar el viaje por las islas, donde iba aceptando ofrecimientos de sumisión, tomando rehenes y reclutando tropas. A nadie se le ocurría resistírsele. Las nubes gemelas de humo —una negra, de las llamas de Naxos, la otra blanca y perfumada, que se elevaba hasta la nariz del propio Apolo— habían hecho su trabajo. Era como si el ejército, al dirigirse a Eretria y Atenas, navegara bajo la sombra de aquellas nubes, y como si la sombra misma avanzara hacia el oeste para sumir a toda Grecia, inexorablemente, en la oscuridad.

A finales de julio, Datis había alcanzado el punto más oriental de Eubea.[38] El Ática estaba a la vista. Atenas, sin embargo, tendría que esperar porque, en lugar de seguir directamente hacia el continente, Datis decidió que apuntaría primero al más pequeño y menos formidable de los dos blancos en la lista de Darío. La flota persa navegó setenta kilómetros hacia el norte, por el canal que separaba el Ática de Eubea y que se hacía más estrecho a medida que avanzaban, hasta que al fin, tierra adentro y enmarcada contra un fondo de cumbres montañosas, pudieron divisar la ciudad rebelde de Eretria. Su acrópolis, una abrupta joroba, se elevaba sobre una estrecha planicie de campos y olivares. Mientras observaba la costa, un Datis nervioso pronto daría un suspiro de alivio: en lugar de atacar a su fuerza expedicionaria durante el desembarco en la playa, allí donde habría sido más vulnerable, los eretrios habían optado por refugiarse detrás de los muros de la ciudad. Los persas habían podido iniciar su asalto y, durante cinco largos días, la lucha había sido sangrienta y desesperada, hasta que al sexto día, la traición entregó la ciudad a quienes la cercaban. Dos quintacolumnistas abrieron las puertas. Ambos provenían, como sin duda lo sabría Datis, de la aristocracia; de hecho eran «los hombres más respetados de Eretria».[39] Una vez más, la política favorita de los persas de intimidar a las masas y halagar a las élites había demostrado triunfalmente su valor. Al igual que en Jonia, y ahora en Eubea, las ruinas calcinadas servían de testimonio de la aptitud de los griegos para la traición y el odio de clases.

Seguramente había un hombre que ante el espectáculo de Eretria en llamas y las filas de esclavos que se preparaban para la deportación habría anticipado allí el destino de su propia ciudad y de su propio pueblo, a menos, claro, que pudiese hacerlos entrar en razón, lograr que le abriesen

sus puertas y le dieran de nuevo la bienvenida. Hipias, el tirano exiliado de Atenas, tenía ahora más de ochenta años y no había visto su patria en dos décadas. Sin embargo, se tenía a sí mismo por la última y mejor esperanza de los atenienses. Sólo él podría desviar la furia justiciera del Gran Rey, sólo él podría devolver esta desgraciada ciudad a las luminosas alturas del favor de Darío.

No se trataba de un sentimiento de culpa; más bien el patriotismo y la confianza en su propio destino motivaban al anciano pisistrátida a abordar un barco persa y guiar a la flota de Datis de regreso por la ruta que había seguido. Más allá del estrecho, en el extremo más alejado del golfo de Eubea, la costa del Ática se erguía, áspera y elevada, sobre las aguas. No era posible desembarcar en su costa septentrional pero, al doblar en un cabo, el lugar perfecto los esperaba: una amplia bahía en forma de cimitarra, protegida de los vientos, con playas en las que toda una flota podría vararse, y más allá de la playa, una llanura, ideal para la caballería de Datis, que además les presentaba la opción de dos caminos que ascendían, rodeando el monte Pentélico, en dirección a Atenas. Hipias tenía buenos motivos para recordar el lugar. Hacía más de cincuenta años, él y su hermano habían desembarcado allí con su padre, Pisístrato, cuando el candidato a tirano había tenido éxito en su tercer intento de hacerse con el dominio de Atenas. Ahora que la flota persa se dirigía hacia el mismo punto de desembarco, Hipias sabía que la historia, con toda seguridad, estaba a punto de repetirse. Al igual que había ocurrido antes con las visiones de su hermano, las de Hipias le ofrecían ahora un impresionante atisbo de lo que ocurriría. La noche anterior había soñado que dormía con su madre; ahora, tan pronto como la proa de su barco se enterraba en la arena, el

viejo se preparaba para desembarcar, abrazar su tierra nativa y comprobar los augurios. Estaba, al fin, en casa.

Mientras tanto, a su alrededor, la bahía tomaba el color negro de los barcos y los hombres se lanzaban al agua y avanzaban hasta la playa llena de algas. Eran miles y miles, una multitud armada como nunca antes se había visto en Grecia. A lo lejos, los ojeadores persas levantaban ya a su paso el polvo de la llanura de Maratón.

Quieran los dioses que Grecia se mantenga libre

El peor enemigo al que un hoplita se podía enfrentar en la batalla era el pánico. Sólo hacía falta que un hombre desesperara de la victoria, que abandonara su lugar en la línea y soltara su escudo, que empezara a empujar a sus compañeros en el frenético intento de retroceder, y la súbita conmoción del miedo se apoderaría de toda la falange. La huida de un simple soldado se convertiría, en cuestión de segundos, en una desbandada general. Era un fenómeno perturbador que los griegos preferían no atribuir a la falibilidad de los mortales, sino a extraños eventos sobrenaturales, tal vez al aliento de un dios que insuflara el escalofrío entre las tropas, o a la súbita aparición de un héroe furibundo, salido de su tumba, que marchara por el campo de batalla. Aunque esta teoría proporcionaba un consuelo para el orgullo herido de un ejército en fuga, de todos modos entrañaba una perturbadora verdad: la lucha en una falange sería siempre vulnerable a la cobardía de unos pocos. «Los hombres visten yelmos y corazas para su propia protección, pero los escudos se llevan para la protección de todos los que forman las líneas.»[40] Un hoplita que marchara a la guerra

sin una confianza total en el coraje de los compañeros bien podía pensar que marchaba hacia su fatal condena.

Cuando los atenienses que observaban desde sus murallas el monte Pentélico pudieron atisbar el fuego de una almenara que advertía del desembarco de los persas, supieron que el momento temido durante tantos años había llegado finalmente. Relatos asombrosos sobre el tamaño de las hordas asiáticas ya corrían por la ciudad y era evidente, incluso para el más sobrio de los estrategas griegos, que cualquier ejército que la democracia pudiera movilizar se vería superado en número de un modo infame. A eso había que agregar la abrumadora superioridad de la caballería invasora y el deprimente hecho de que, en cincuenta años, ningún ejército griego hubiera logrado vencer a los persas en combate abierto. Los argumentos para permanecer donde estaban, apostar a las tropas en los muros y prepararse para un cerco debieron de parecerles irresistibles.

Sin embargo, la decisión de marchar de la ciudad y enfrentarse a los invasores ya se había tomado. Apenas se había confirmado que los persas habían desembarcado en Maratón cuando los hoplitas de la democracia, todos los ciudadanos que podían proveerse a sí mismos de las armas necesarias, puede que unos diez mil en total, se prepararon «para llevar alimentos con ellos y marchar».[41] Así partieron bajo el mando del arconte de guerra, Calímaco, pero la estrategia era de Milcíades y se había adoptado como decisión oficial de todo el pueblo ateniense después de varios días de agrios debates en la asamblea. La opinión del más grande vencedor de medos no era de subestimar, y en contra de los argumentos de todos aquellos que abogaban por una política defensiva, Milcíades había presentado un convincente alegato. Sí, los invasores habían desembarcado con una fuerza abrumadora y, sí, habían traído consigo su

temible caballería, pero era precisamente por esas razones por las que había que hacerles frente. Dos caminos que rodeaban el monte Pentélico conducían a Atenas: si los atenienses permitían que los persas tomaran uno de esos caminos, sus jinetes controlarían toda la extensión del Ática. Pero si marchaban con rapidez y aseguraban las dos entradas a la llanura, quizá podrían contener la avanzada persa que venía de la playa. Casi con toda seguridad se estarían comprometiendo a luchar, pero no era sólo en la falange que el nerviosismo podía causar desastres. Después de todo, no habían hecho falta sino dos traidores para abrir las puertas de Eretria. ¿Podría realmente soportar el cerco una ciudad como Atenas, que durante una década había estado poblada de rumores y traiciones, quintacolumnistas y beneficiarios del oro del Gran Rey? Costaba creerlo. Si los acontecimientos iban de mal en peor, mejor era morir en equipo que ser apuñalado ignominiosamente por la espalda.

Pero a pesar de que el pueblo ateniense había votado en favor de la política activa de Milcíades, todavía se encogían ante la idea de resistir y enfrentarse a los temibles invasores sin ayuda. Mientras el ejército de la democracia se dirigía a Maratón y desaparecía de la vista de quienes permanecían en Atenas, un ciudadano marchaba en dirección opuesta. Su nombre era Filípides, un atleta célebre por tratarse del mayor corredor de la ciudad, un hombre de prodigiosa resistencia y velocidad. A la segunda tarde de aquella épica carrera, cuando había cubierto la asombrosa distancia de doscientos veinticinco kilómetros en menos de dos días, Filípides se encontró descendiendo las ásperas colinas de Lacedemonia hacia el valle del Eurotas. Mientras el sol se ocultaba detrás de los picos del monte Taigeto, Filípides alcanzaba el cuartel de barracones y templos desprovistos de murallas que constituía Esparta.

Las escenas que allí encontraría no podrían haber representado un mayor contraste con aquellas que había dejado en Atenas. Toda Lacedemonia estaba *en fête,* puesto que Filípides había llegado durante una de las fiestas más sagradas de los espartanos, la Carneia, y por toda la ciudad los hombres más jóvenes descansaban de un día de brutales juegos de persecución, mientras sus mayores festejaban en tiendas de campaña emplazadas en deliberada imitación de un campamento de guerra. Lejos de indicar que los espartanos estuviesen listos para marchar de inmediato a la guerra, aquella parodia de su estilo tradicional de campaña mostraba exactamente lo contrario: la Carneia era un período de paz. Según informarían los espartanos a Filípides con algún remordimiento, no estaba previsto interrumpir el sacrosanto período de tregua. Sólo cuando la luna llena en la plateada noche de agosto así lo indicase, podrían marchar a Maratón, y aún faltaba una semana para eso a partir de la tarde de la llegada de Filípides a Esparta. Agréguese a eso el tiempo de marcha, y los atenienses no alcanzarían a ver al ejército espartano al menos en diez días más. Seguro que si hubiese estado vivo, Cleómenes, el que se reía de los tabúes, el inveterado enemigo de Persia, habría insistido en una partida inmediata, pero Cleómenes estaba muerto y Esparta estaba aún estupefacta ante su violento final, amén de dividida por luchas intestinas. El resentimiento entre Leotíquides y Demarato en particular continuaba envenenando la vida pública; el nuevo rey no dejaba de recordarle a su predecesor de modo burlón su condición de plebeyo. De modo que no convenía irritar más a los dioses cuando los espartanos ya padecían esa agitación, a pesar de la exhortación de Filípides: «Lacedemonios, los atenienses os piden que los socorráis y no permitáis que la ciudad más antigua

entre las griegas caiga en esclavitud en manos de los bárbaros.»[42]

Aunque diez días de espera deben de haberle parecido al desconsolado corredor un plazo peligrosamente largo para los atenienses, Filípides no estaba destinado a regresar de su misión con las manos vacías.[43] Durante su regreso a Atenas, a su paso por las cumbres situadas más allá de Tegea, una figura con los pies de macho cabrío, dos cuernos protuberantes y un enorme falo le saludó por su nombre. Quizá fuese una alucinación provocada por el desgaste, el calor o el desaliento, pero Filípides no tenía duda de que un dios le había hablado. Uno potencialmente malicioso, por cierto, pues Pan poseía un aguzado sentido del humor y si albergaba alguna animosidad hacia una ciudad, era perfectamente capaz de darle a cada ciudadano entre sus murallas una erección enorme. Sin embargo, en esta oportunidad, al aparecérsele a Filípides, sólo había tenido palabras de aliento, que reafirmaban su afecto por los atenienses y prometía servir a su causa muy pronto. Aunque no daba mayores detalles, como su nombre indicaba, Pan era el dios del pánico y su sola aparición en el campo de batalla podía enviar oleadas de miedo a un ejército entero y encender con brioso valor a otro, por lo que sus palabras debieron de resultarle ricas en esperanza y promesas a Filípides.

Sobre todo porque cuando finalmente llegó a su hogar, no se encontró con el ardiente montón de ruinas que había temido, sino con una ciudad que se mantenía en calma. De hecho, las noticias del frente resultaban casi prometedoras: los hoplitas atenienses habían marchado con tal velocidad a Maratón que habían conseguido asegurar los dos caminos que se dirigían a Atenas y atrincherarse allí antes de que los persas lograran salir de la llanura. Además, se les habían unido unos ochocientos hombres de Platea, todos los hopli-

tas que la diminuta ciudad había podido enviar. Esto no significaba un refuerzo considerable, pero representaba un valiente gesto de gratitud, una demostración tan conmovedora de amistad que los atenienses se sintieron poderosamente reconfortados. Quizá empezaron a tener la esperanza, mientras escuchaban las noticias de Filípides, de que el bloqueo en Maratón podría continuar hasta que llegasen los refuerzos espartanos. Quizá, después de todo, la ciudad podría salvarse de la tormenta del fuego persa.

Desde luego, entre un pueblo despojado de sus guerreros, aquel estado de ánimo tan optimista no podía verse libre de angustia por completo. Temibles visiones y temerosas preguntas hacían estragos en las calles llenas de nerviosismo. ¿Qué pasaría si la flota persa rodeaba la costa del Ática mientras los hoplitas atenienses se mantenían en Maratón y repentinamente desembarcaba en Falero? ¿Y si había traidores en contacto con Hipias? ¿Y si tenían planes para abrir las puertas al enemigo? Por supuesto, los rumores más siniestros se concentraban en los Alcmeónidas, pero nada podía probarse en su contra y, pese a los rumores, tampoco había evidencia alguna de franca traición o derrotismo de parte de quien fuese. Las puertas de la ciudad permanecían cerradas. Y Filípides, que se dirigió a Maratón, no sólo pudo comunicar a los generales las nuevas de Esparta y de su encuentro con Pan, sino la noticia de que la moral en Atenas se mantenía en sus trece.

No obstante, al llegar al campamento ateniense y encontrarse por primera vez con aquello a lo que se enfrentaban sus coterráneos, seguramente el corredor sintió vacilar su voluntad. El espectáculo de la llanura de Maratón era el más adecuado para helar la sangre. Tan espeluznante, quizá, como el que habrían presenciado los defensores de los muros de Troya, porque ¿cuándo, desde aquellos tiempos

tan antiguos, se había visto una fuerza invasora comparable a la de Datis? En el extremo más alejado de la bahía, protegidos por un largo promontorio conocido por los lugareños como «La cola del perro», los barcos persas se encontraban varados en la arena y se extendían a lo largo de los varios kilómetros de la curva de la playa. Una monstruosa cantidad de asiáticos vestidos con extraños y coloridos ropajes se agitaba en la llanura, aplastando bajo sus foráneos pies los cultivos nacidos del sudor de los campesinos atenienses y del sagrado suelo ático. Los jinetes persas galopaban hasta las líneas atenienses, daban la vuelta y regresaban, una y otra vez, burlándose de la falta de arqueros de sus adversarios con las nubes de polvo que levantaban, que rápidamente se dispersaban.

No se atrevían, sin embargo, a aventurarse más allá, puesto que los atenienses, acampados en un terreno elevado, y a cuyas espaldas se elevaba incluso más la topografía y crecía un bosque consagrado a Hércules, que los ocultaba de la caballería persa, ocupaban una posición defensiva formidable. Y ahora que Filípides había llegado a la base, los atenienses podían saber con exactitud cuánto tiempo más tendrían que esperar a los espartanos: una semana. Algo perfectamente aceptable en la opinión de la mayoría de los generales atenienses, aunque algunos, al escuchar las noticias de Filípides, pensarían que se trataba más bien de un peligroso tiempo de vacilación. Los persas, como Milcíades bien sabía, poseían un siniestro dominio de las artes del espionaje, y sin duda Datis ya estaría tomando en cuenta los caprichos del calendario espartano en sus planes. Y tampoco cabía duda de que se estaría percatando de que el tiempo se le acababa. Dado que, hasta el momento, la fuerza ateniense no se había desintegrado entre traiciones y desacuerdos como había esperado Datis, pronto los coman-

dantes persas se verían obligados a seguir una nueva estrategia, y Milcíades albergaba pocas dudas con respecto a cuál sería el nuevo plan. Ahora que los atenienses bloqueaban los dos caminos hacia el sur, para Datis sólo había una manera de atacar Atenas antes de la llegada de los espartanos, por mar. Si los invasores empezaban a embarcar, el ejército ateniense tendría que afrontar una terrible elección entre permanecer allí y arriesgarse a que la caballería enemiga se transportara por mar y resultase bienvenida por los quintacolumnistas en Atenas, o descender hasta la llanura y luchar. Ambas alternativas resultaban aterradoras, pero sólo la última ofrecía una pequeña oportunidad de victoria, según argumentaba Milcíades.

Pasó un día y luego otro, y otro más. Cuatro días faltaban para la llegada de los espartanos y la situación se mantenía en un punto muerto. Los barcos persas permanecían en su sitio, amenazadores pero inmóviles, varados en la arena. El sol se ocultó sobre las montañas que bordeaban la llanura de Maratón y la luna, al fin, resplandeció en toda su plenitud en el cielo de agosto. Lejos, en Lacedemonia, los hombres de Esparta se estarían preparando para marchar a la guerra. ¿Y en el campamento persa? La llanura estaba iluminada por una fantasmagórica luz plateada, pero a kilómetros de distancia de los barcos invasores resultaba difícil saber con exactitud lo que estaba ocurriendo a la sombra de «La cola del perro». Sucedía algo, sin duda, porque en ese momento se empezó a escuchar una tremenda conmoción, el sonido de millares y millares de pies que, primero con levedad, después con mayor vigor, se aproximaban a las líneas atenienses. Los invasores, al parecer, finalmente avanzaban. Pero ¿se trataría de un asalto completo o de una simple maniobra? La respuesta iba a saberse pronto. Datis no era el único comandante que se había dado cuenta de la

importancia vital de la inteligencia. Alguien —de quien sólo podemos suponer que haya sido Milcíades, experto conocedor de tácticas militares persas— había reclutado espías entre los invasores, y aquella noche de luna llena, algunos reclutas jonios se habían escabullido por la llanura hasta llegar al bosque que ocultaba el campamento ateniense. La noticia que traían consigo no habría podido resultar más urgente, y así, con urgencia, se le hizo saber a Calímaco y a los diez generales tribales que constituían el alto mando ateniense: «Los jinetes se han marchado.»[44]

Había llegado, pues, el momento que Milcíades había estado esperando. Si la información de sus espías era correcta, la fuerza expedicionaria de los persas se había dividido: una parte avanzaba para distraer la atención de los atenienses, mientras que a lo lejos, en la retaguardia, la caballería se embarcaba.[45] Se convocó un consejo de guerra con rapidez y Milcíades imploró a sus colegas generales que votasen por una batalla inmediata. Nunca, los urgía, tendrían una mejor oportunidad para la victoria: el ejército invasor se encontraba dividido y, excepto por una pequeña parte, toda la caballería se había marchado. Cuatro de los nueve generales estuvieron de acuerdo, pero cinco, espantados ante la idea de atacar a los persas —que tenían una cantidad abrumadoramente superior de tropas— en campo abierto, sin arqueros, sin caballería y demás, se resistieron. El voto decisivo lo tenía el arconte de guerra, Calímaco, que había demostrado ya con creces no sentir vergüenza alguna en inclinarse ante la experiencia del más famoso vencedor de medos del Ática. Y una vez más, tomó partido por Milcíades. Se dio así la orden. La batalla tendría lugar al amanecer.



Los hombres se despertaban por todo el campamento ateniense con la noticia de que en una hora estarían avanzando contra un enemigo nunca antes vencido por un ejército hoplita en combate abierto, «y cuyo nombre, al ser pronunciado, era suficiente para provocar escalofríos en las espaldas de cualquier griego».[46] Pero si haciendo acopio de las últimas reservas de fuerza moral y física conseguían una oportunidad de evitar la propia masacre, la de sus familias y la de su ciudad, entonces los hoplitas atenienses tenían que alistarse para aprovecharla. Los esclavos encargados del cuidado de sus preciosas armaduras sacaron entonces la fulgurante panoplia y los atenienses desnudos se transformaron en temibles autómatas de bronce. Una vez cubiertos por sus corazas y sus grebas, sus escudos y sus lanzas, los yelmos elevados sobre sus cabezas, los hoplitas tomaron posición en la formación de batalla, de pie, al lado de sus compañeros de los *demos,* los tercios y las tribus. Era costumbre entre los atenienses organizar sus falanges en

una profundidad de ocho filas, pero Milcíades, temeroso de que pudieran verse rodeados por la infantería ligera persa, que contaba con una mayor movilidad, o por lo que quedaba de su caballería, ordenó que el centro se aligerase, de modo que la línea de batalla de los atenienses fuese equivalente a la de los invasores, que, a poco más de un kilómetro, se hacían cada vez más visibles bajo la temprana luz del alba. Cuando los primeros rayos del sol tocaron las grises colinas eubeas, se ofrecieron sacrificios a los dioses. Y puesto que los augurios resultaron favorables, los generales tomaron sus posiciones en la línea del frente. Calímaco, como era la costumbre del arconte de guerra, tomó el mando del ala derecha; los plateos se colocaron a la izquierda; Temístocles y la otra nueva estrella de la democracia, Arístides, guiarían a sus tribus desde el centro de la falange, en el corazón peligrosamente debilitado.[47] Milcíades, por su parte, encargado por el día del comando general de batalla, permaneció donde todos pudieran oírlo y, levantando su brazo, apuntó a los persas y gritó: «¡A por ellos!»[48]

Un resplandor metálico brilló por toda la línea cuando los hoplitas bajaron sus yelmos, levantaron sus escudos y se pusieron al hombro sus lanzas. Había llegado, finalmente, un momento en el que no había marcha atrás. Con la cabeza enmarcada casi por completo por el metal, cada miembro de la falange se encontraba aterradoramente aislado de las imágenes y los sonidos del campo de batalla y apenas era capaz de ver al enemigo que tenía al frente, de escuchar con dificultad el sonido de las trompetas que ordenaban a los atenienses iniciar el ataque. Sólo la súbita sacudida de sus compañeros a cada lado y el empuje de los hombres a su espalda parecían reales. Más abajo, en la despejada superficie de la llanura, la falange empezaba a avanzar, manteniendo la formación, sin amenazar una sola vez con la ruptura. To-

dos se encontraban poseídos por el espanto y la ebriedad del momento, pues si bien era cierto que la cobardía de unos pocos detrás de un muro de escudos podía probarse fatal para muchos, también era cierto lo opuesto; e incluso un hoplita que temblara de terror mientras avanzaba, que no pudiera controlar sus esfínteres y manchara su manto con excrementos, podía saberse fuerte al estar con sus amigos y parientes y formar parte de un solo y poderoso cuerpo de hombres armados y nacidos libres. Sin la conciencia de la falange, ¿cómo se habría atrevido un ateniense a hacer lo que todos hicieron en ese amanecer de agosto: avanzar contra un enemigo que se suponía invencible a través de la llanura que, muchos temían, les traería la muerte?

Más tarde se contarían historias extraordinarias a propósito de este avance; por ejemplo que los atenienses habían atravesado corriendo la distancia completa, de casi dos kilómetros, como si un hombre lo bastante valiente como para atacar primero al enemigo persa debiese ser de alguna manera sobrehumano. En realidad, ningún hombre que vistiera la armadura completa del hoplita, unos catorce kilos de bronce, madera y cuero, habría podido correr esa distancia y tener la energía para pelear con eficacia. Incluso en la relativa frescura de la mañana temprana, el sudor rápidamente se mezclaba con el polvo que se elevaba al paso de diez mil pares de pies y que cegaba en parte a los hoplitas que avanzaban, al tiempo que hacía arder sus ojos. La visión del enemigo —arqueros de extrañas vestimentas que preparaban sus flechas, honderos que alistaban sus piedras, la expresión de regocijo e incredulidad entre las filas persas — se hacía más turbia. Y pronto, mientras los atenienses se adentraban en tierra de nadie, las primeras flechas empezaron a zumbar por encima de sus cabezas. Sólo entonces los hoplitas empezaron finalmente a correr, elevando el mons-

truoso peso de sus escudos para protegerse el pecho. Al mismo tiempo, como si la falange fuera «una feroz criatura arrinconada, erizando su pelaje y plantando cara a su enemigo»,[49] los hoplitas situados en las tres primeras filas bajaron y apuntaron sus lanzas, preparándose para el choque inminente. Ahora sólo quedaban ciento cuarenta metros de recorrido, y una tormenta de flechas y pedradas se cernía sobre ellos, golpeando sus escudos, botando contra los yelmos, hiriendo a algún hoplita en el muslo, o tal vez atravesándole la garganta. Aun así, los atenienses desafiaron aquella lluvia negra y aceleraron el paso. Los enemigos que se encontraban en su camino empezaron a alzar sus escudos de mimbre mientras se percataban, con horror, de que el muro de escudos y lanzas con punta de hierro, lejos de ser un blanco fácil para sus arqueros, como habían supuesto los persas, resultaba imparable. Cien metros, cincuenta, veinte, diez, y entonces, cuando pudo escucharse el grito de guerra ateniense, un terrible aullido que se elevaba incluso por encima del ruido de las pisadas sobre la tierra seca, la cacofonía del metal que entrechocaba y los gritos de un enemigo poseído por el pánico, la falange atacó las líneas persas.

El impacto fue devastador. Los atenienses habían perfeccionado su estilo de combate con otras falanges, aporreando con sus escudos de madera otros escudos y golpeando estrepitosamente las corazas de bronce con las puntas de hierro de sus lanzas. Ahora, en los primeros y terribles segundos de aquella colisión, no quedaba más que el choque abrumador del metal contra la carne y los huesos, el avance de la marea ateniense sobre unos hombres protegidos como máximo con algunas prendas acolchadas, tal vez armados sólo con arcos y hondas. Las lanzas de fresno de los hoplitas, en vez de partirse como solía ocurrir cuando una falan-

ge chocaba con otra, podían ahora clavarse una y otra vez, y aquellos enemigos que lograban evitar la terrible estocada se veían aplastados con facilidad bajo el peso tremendo del avance de los hombres de bronce. Pronto los hombres, en estado de pánico, empezaron a romper las filas de las alas del ejército persa y a retroceder por la llanura, al tiempo que los atenienses continuaban su mortífera labor con las lanzas. Los invasores sólo tuvieron el dominio de la lucha en el centro, allí donde la fuerza de choque de la falange era mucho más débil. Sólo allí habían resistido el impacto y habían logrado hacer retroceder, poco a poco, a los hoplitas. Y era allí donde se encontraban las mejores tropas del invasor: los propios persas, con armaduras más pesadas que las de la mayoría de los reclutas, y los sacios, brutales guerreros venidos de las lejanas estepas de las lindes de Oriente, y cuyas hachas bien podían atravesar el yelmo de un hoplita o cortar la coraza hasta llegarle al pecho. Sin embargo, las alas griegas ya empezaban a cerrarse sobre ellos, atacándolos por los flancos, reforzando a los compañeros de tribu de Arístides y Temístocles que bajo tanta presión se encontraban. Y fue así como, muy pronto, también el centro de la ofensiva persa empezó a desmoronarse y la matanza se volvió más sangrienta. Los pocos persas y sacios que pudieron permitírselo se unieron a la desbandada general y corrieron, entre tropezones, en dirección a sus navíos, varados en la arena a unos cuantos kilómetros de la llanura. Los atenienses, exultantes en su triunfo, los perseguían, aunque también se sentían incapaces de creer del todo en aquella victoria. Se hallaban, pues, totalmente arrebatados por la manera en que Pan había mantenido su palabra.

Pero si habían ganado la batalla, esa victoria todavía no era decisiva. El tiempo que las dos alas atenienses habían tardado en poner fin a la batalla en el centro de la lucha de

sobras había bastado a los marineros para preparar la flota y embarcar a las tropas que, aterradas, chapoteaban en los bajíos. Muchos de sus camaradas invasores habían sido aplastados por la estampida general, o se habían hundido en la gran marisma que se extendía al norte del lugar donde estaban varados los barcos, ahogándose allí en tal cantidad que aquél «había sido el lugar de la peor matanza»,[50] según más tarde se estimaría. Sin embargo, mientras Datis y Artafernes mantuvieran el control de su flota, continuarían representando una amenaza; y Milcíades y sus hombres, en su impotencia para atacar a los navíos que ya habían partido, naturalmente intentaban capturar o quemar los que todavía estuviesen en la costa. De modo que el combate en la playa fue tan feroz como cualquier otro momento de la batalla, e igualmente fatídico para los atenienses: a un hoplita que adelantaba el brazo para asir la popa de un barco se la cortaban con un hacha, caía de espaldas y se desangraba por la herida fatal; Calímaco, el arconte de guerra, moriría en la playa, al igual que alguno de los generales tribales. Siete barcos fueron capturados, pero el resto logró escapar. El camino a Atenas estaba cerrado a los persas. No así el mar.

¿Qué pasaría con los barcos que transportaban a la caballería y que habían partido antes de la batalla? La pregunta era un tormento para el alto mando ateniense. Apenas los hoplitas, agotados, comenzaban a vadear entre los cuerpos que flotaban en los bajíos para volver al campamento cuando, al mirar por encima de la llanura en dirección de su ciudad, pudieron ver, en la ladera del monte Pentelicón, los destellos de una superficie pulida, colocada allí deliberadamente para atrapar los rayos del sol matutino.[51] Estaba claro que se trataba de una señal acordada de antemano y que sólo podía estar dirigida a la flota persa que navegaba en algún punto del mar. Aunque era imposible saber su signifi-

cado preciso, todos los atenienses sabían que significaba una traición.

La consternación se apoderó de los soldados. A cuarenta kilómetros de distancia, sus familias y sus hogares se encontraban completamente indefensos. Y ellos mismos, exhaustos y empapados de sudor y sangre, no tenían otra opción que regresar a Atenas «tan rápido como pudieran llevarlos sus piernas».[52] No eran todavía las diez de la mañana cuando abandonaban el campo de batalla, y al final de la tarde, en una sorprendente demostración de fuerza y resistencia, ya habían regresado a su ciudad.[*] Justo a tiempo, por cierto, puesto que poco después se acercaban a Falero los primeros barcos de la flota persa, que durante unas horas se mantuvieron inmóviles más allá de la entrada de la bahía. Sólo cuando el sol se ocultaba finalmente tras aquel día tan largo y decisivo, los navíos persas levaron anclas, dieron la vuelta y navegaron en dirección al este, hacia la noche. La amenaza de la invasión había terminado.

Atenas había escapado al terrible destino de Mileto y Eretria y, en palabras de Milcíades, se había mostrado como «una ciudad capaz de convertirse en la más grande de toda Grecia».[53] En Maratón, los griegos habían visto con sus propios ojos su peor pesadilla, en la que el pueblo ateniense no sólo se veía trasplantado lejos del antiguo suelo primordial que los había parido, de sus casas, sus campos y sus *demos,* sino, peor aún, sus lazos de sangre se veían extirpados entre horribles escenas de mutilación. Todo hoplita que hubiese luchado ese día debía saber que el Gran Rey, furioso por la ruptura que los atenienses habían hecho de su juramento, había ordenado que sufriesen «el más terrible de todos los actos conocidos de venganza»,[54] que sus hijos fuesen castrados. ¿Tal vez los atenienses hayan temido, en sus más oscuras visiones, que los dioses aceptaran aquella

cruel sentencia? Atenas, en efecto, había traicionado su voto de lealtad hacia Darío, y era práctica habitual entre los griegos, cuando juraban, aplastar los testículos cortados de un animal sacrificado y después rezar para que su progenie fuese igualmente aplastada en caso de faltar a su palabra. Al atacar al enemigo en Maratón, los atenienses se habían puesto a sí mismos a prueba ante el más terrible de sus miedos y lo habían superado de manera espectacular.

Y también habían resuelto otros cuantos asuntos. Quien fuera que hubiese enviado la señal a los persas desde el monte Pentélico ahora se mantenía en silencio. Cuando llegó la noticia de que Hipias, perdidas todas sus esperanzas, había muerto de un disgusto en el camino de regreso al exilio, se confirmó lo que ya todos sabían: que después de Maratón nadie podía apostar su futuro al regreso de la tiranía a Atenas. Ahora todos estaban a favor del gobierno del pueblo, o, al menos, a favor del gobierno del pueblo que había obtenido aquella famosa victoria: los granjeros, la nobleza territorial, aquellos que poseían una armadura. Según se supo, 192 de ellos habían muerto en la batalla y para esos héroes de la libertad ateniense fue acordado un honor único. No habría tumbas en el Cerámico para ellos. En lugar de eso, por primera y única vez en la historia de su ciudad, los muertos serían enterrados «como un tributo a su valor»,[55] en la misma llanura en la que habían caído. Una gran tumba se elevó a una altura de más de quince metros por encima de sus cuerpos y al lado de cada uno se colocó una losa de mármol con su nombre. Ni siquiera las dinastías nobiliarias más rancias podían presumir de un honor comparable. Mezclados con la tierra que con tanto valor habían defendido, los caídos fueron enterrados juntos, sin distinciones de clase o de familia. Eran ciudadanos, nada más y nada me-

nos. ¿Qué título más orgulloso podía proclamarse que el título de ateniense? Atenas lo era todo.

Incluso los espartanos, que llegaron a Atenas al cabo de una agotadora marcha de tres días, sentirían hacia aquellos hombres, que habían vencido a los medos sin ayuda, un respeto nuevo y sincero. Al avanzar hasta inspeccionar el campo de batalla, encontrarían, pudriéndose entre el polvo de la llanura o hundidos a medias en el cieno de la marisma, prueba suficiente de la magnitud de la amenaza que con tal heroísmo se había rechazado en Maratón. Seis mil cuatrocientos invasores yacían allí, engordando a las moscas, y eso no era más que una fracción de la fuerza expedicionaria que Datis lideraba. Los millones que pudiera poseer el Gran Rey bajo su mando, que se reproducían y formaban enjambres en la oscuridad del interior del Asia, era algo que ni atenienses ni espartanos deseaban tomar en consideración en ese momento. Pero al observar a los persas caídos y complacerse en la gran victoria, cualquier griego debió de sentir un temblor de aprehensión. Los espartanos, por su parte, seguían inspeccionando con método el campo de batalla, girando cuerpos y tomando notas, encontrando allí una gran tranquilidad. Era la primera oportunidad que tenían de estudiar la armadura y las armas de los legendarios señores de Oriente, y lo que vieron no los impresionó demasiado. Datis tal vez hubiese conducido un ejército enorme hasta Maratón, pero no se trataba de unas tropas que los espartanos hubiesen reconocido como sus iguales.

Mientras continuaban con su gira de inspección, se excavaba una gran trinchera en las márgenes meridionales de la marisma, un improvisado vertedero donde los cuerpos de los invasores fueron arrojados sin ceremonias. No habría memorial para las hordas persas masacradas.[*] Muda y sin gloria era su tumba, pero ¿qué otra cosa podían merecer

unos hombres que en vida no habían conocido la camaradería de una ciudad, o la libertad opuesta a los dictámenes reales y a la disciplina de la falange, y que, en lugar de eso, se conducían como rebaños de bestias, y sus voces parecían gruñidos de animales, como en un cuento lleno de sonido y de furia, contado por un idiota y que nada significa? Los jonios habían calificado a los persas de «bárbaros» y ahora, después de su gran victoria, los atenienses comenzaban a hacer lo mismo. Era una palabra que evocaba a la perfección el miedo que habían sentido aquella mañana en la llanura de Maratón, ante un ejército incontable y extraño, mascullando la destrucción de los griegos, unos «habladores de galimatías». Sin embargo, «bárbaro», sobre todo en la lengua de un veterano de la famosa batalla, podía sugerir otra cosa: un sarcasmo, un tono de superioridad o incluso de desprecio y que, seguro, pocos griegos se habrían atrevido a utilizar antes de tan decisivo amanecer de agosto.

Maratón había enseñado a toda Grecia, y no sólo a los atenienses, una portentosa lección: la humillación a manos de una superpotencia no era inevitable. Los atenienses, como nunca se cansarían de recordarle a todo el mundo, habían demostrado que las hordas del Gran Rey podían ser derrotadas. El coloso tenía pies de barro.

La libertad, después de todo, podía ser defendida.

CAPÍTULO 6

La tormenta se avecina

Mala hierba en el paraíso

Los atenienses celebraron Maratón como la más grandiosa victoria de todos los tiempos, pero el Rey de Reyes, como era de esperar, prefería observarla bajo otra luz. Los propagandistas persas no acostumbraban a llamar la atención sobre los fracasos de su amo, y tampoco era del todo exagerado desdeñar aquella batalla en tanto que una simple escaramuza fronteriza. Aunque era lamentable que aquellos atenienses hediondos hubiesen logrado escapar de su castigo, el fracaso a la hora de invadir una ciudad poco desmerecía una expedición que, por lo demás, había resultado un gran éxito. Y quien dudase al respecto sólo tendría que observar a los eretrios, humillados, mientras se les conducía por las calles de Susa. Darío, en extremo generoso, había respondido al espectáculo de la desgracia y la sumisión de sus cautivos ordenando que les quitaran las cadenas y haciéndolos instalar en el norte de la actual Basora. Por aquel entonces, la región ya era célebre a causa del misterioso líquido negro que brotaba de sus arenas, además del olor de eso que los persas llamaban *rhadinake* y que inundaba el aire con pesantez, tan diferente al aroma salado del Egeo. Del mismo

modo que los judíos se habían lamentado alguna vez junto a los ríos de Babilonia, ahora los eretrios guardarían el duelo por su patria entre los pozos de petróleo del sur de Iraq. «Adiós, famosa Eretria, nuestra patria perdida. Adiós, Atenas, nuestra vecina de más allá del estrecho. Adiós, mar amadísimo.»[1] El exilio, como bien reconocía Darío, era suficiente castigo.

Aquella magnanimidad, por supuesto, sólo daba cuenta de la calma posterior a la tormenta de la cólera del Gran Rey. La sentencia de muerte para Atenas, aquella obstinada fortaleza de los *daivas* y de la Mentira, se mantenía inmutable, como siempre. Aunque no sólo para Atenas. El Gran Rey no había olvidado ni perdonado el pecado cometido por los espartanos al asesinar a sus embajadores, y después de Maratón, había reformulado su estrategia occidental: la nueva resolución era que, al igual que Atenas, Esparta fuese destruida. Por fortuna, los jefes de inteligencia persas, siempre adelantándose a los preparativos militares del Gran Rey, acababan de dar un golpe espectacular: habían reclutado como agente al antiguo rey de aquella inaccesible y misteriosa ciudad. Demarato, a quien Leotíquides había insultado públicamente ante todos los espartanos, y no pudiendo aguantar más su situación, primero se había movilizado con sigilo y al final había acabado por correr hasta la corte de Susa, donde le habían recibido con espléndidas muestras de preferencia, al tiempo que sacaban con avaricia la información.[2] El desertor, que para entonces ya sentía nostalgia de su ciudad, había respondido al interrogatorio sin reserva alguna y con un amargo deleite.

Si bien el intento de Demarato de animar a sus nuevos patrones a invadir el Peloponeso no resultaba muy original, los planes de conquista de Darío no podían acelerarse con facilidad. La expedición de Datis había sido poco más que

una *razzia* glorificada y la pacificación completa de una tierra tan remota y montañosa como Grecia planteaba un reto de otro orden y complejidad. Las ruedas de la burocracia persa podían ser lentas, pero ello se debía a que eran muy minuciosas. De modo que, en junio del 486 a. J. C., tres años después de que Darío hubiera dado las órdenes para la movilización de su imperio, los egipcios, oprimidos por las interminables demandas de grano y reclutas de sus amos, se alzaron de un modo repentino. De inmediato, la mirada del Gran Rey se desvió en dirección al sur. Egipto, tan próspero, tan fértil, tan dorado, era un premio demasiado valioso como para descuidarlo a favor de los yermos desnudos de Grecia. Fue así cómo se dispuso una fuerza expedicionaria —que ya había dado por supuesto que Atenas sería su blanco— para tomar por asalto las tierras del Nilo. Y mientras el verano daba paso al bienaventurado frescor del otoño, se hicieron los preparativos para la partida. El Rey de Reyes se alistaba para cabalgar, en persona, a la cabeza de aquella expedición.

Todos en la corte comprendieron que se trataba de un momento señalado. Darío se había embarcado antes en muchas expediciones, pero a los sesenta y seis años, ya no era un hombre joven y abundaban los rumores sobre su fragilidad. Los dolorosos recuerdos de los cortesanos sobre lo ocurrido la última vez que un rey persa se había dirigido a Egipto se atrevieron a anticipar —y también a temer— el final de una era. Después de todo, Cambises sólo había dejado en Persia a un hermano al partir a la campaña del Nilo, Darío, pero éste había tomado una esposa tras otra y, orgullosamente prolífico, había tenido muchos hijos ambiciosos. Guerra en las provincias, un probable conflicto sucesorio: si el pasado servía de algo era para ver que aquélla era la receta para el desastre. El fratricidio, con sus malignos efec-

tos, amenazaba las bases de dominio persa, y ya había provocado la extinción de una línea de reyes. ¿Quién podía asegurar que aquello no ocurriría de nuevo?

Sin embargo, un Darío envejecido, que se había esforzado durante todo su reinado para dar al mundo los frutos de la verdad y del orden, apenas podía pensar en el desastre posterior a su muerte con ánimo ecuánime. Mejor resultaba creer que, lejos de ser una amenaza para el poder de su imperio, una inmensa reserva de hijos capaces de gobernar el imperio serviría para fortalecerlo. El pueblo debía tener confianza en lugar de sentir alarma ante su fecundidad. No por nada los persas siempre habían tenido por uno de sus principios fundamentales que «el mérito de un persa, después del valor militar, consiste en tener muchos hijos».[3] Y además, escrupuloso como era en todo, Darío no había descuidado la educación de sus hijos. Los mimos no eran precisamente el estilo de los persas e incluso los griegos, que gustaban de tranquilizarse con la idea de que un pueblo que vestía pantalones como traje nacional no era más que un hilarante grupo de afeminados, se veían obligados a reconocerlo: aunque cubriese sus piernas con tejidos estampados de vivos colores, un príncipe persa debía educarse para ser rudo.

De acuerdo que un príncipe persa también habría podido pasar los primeros años de su vida en la sedosa comodidad de los aposentos maternos, pero sólo para que los eunucos pudieran moldearlo mejor, «formando su belleza infantil, dando forma a sus miembros de niño, enderezando su espalda».[4] A partir de los cinco años, se encontraba sujeto a una formación tan exigente como la espartana: un joven príncipe se tenía que levantar antes del amanecer al sonido de una trompeta y su día empezaba con una carrera de ocho kilómetros, para después embarcarse en una agotado-

ra sucesión de lecciones, entrenamiento de la voz, prácticas armadas e inmersiones en rápidos helados. Para que aprendiese las artes del liderazgo, se le pondría al mando de una compañía de otros cincuenta niños. Para inculcarle una majestuosa agilidad con la lanza y el arco, debía ir de caza con su padre. Para enseñarle los principios de justicia, las glorias de la historia persa y la devoción a Ahura Mazda, recibiría instrucción de los magos. Podría haber nacido en el regazo del lujo, pero el lujo existía para impresionar a los ojos de los seres inferiores, no para ablandar el filo de la élite. Incluso de una princesa que poseyera pueblos enteros sin otra función que mantenerla calzada con exquisitas zapatillas se esperaba que no se mantuviese en un ocio superficial, que estudiase con sus institutrices, practicase equitación, y quizá que, como sus hermanos, se mostrase «hábil con el arco y la lanza».[5] Mucho se esperaba de los hijos del Rey de Reyes. Aunque los privilegios de la realeza, impresionantes y espléndidos, estuviesen más allá de toda comparación, las responsabilidades que entrañaban eran igualmente terribles. La herencia de la progenie de Darío era, nada menos, el señorío del mundo. Ningún niño de la historia había nacido en una cuna de oro tan sólido. Bajo la talentosa y juiciosa administración de Darío, el imperio se había convertido en un asunto de familia y a ninguno de sus hijos les interesaba pelearse por sus inconmensurables despojos. Si se probaban dignos del favor de su padre, podían aspirar al gobierno de antiguos reinos, poderosas satrapías y espléndidos ejércitos. Cuanto más dignos fuesen, más extravagante resultaría el beneficio, pero el premio supremo de la monarquía universal de Darío sólo sería adecuado para el príncipe que más lo mereciera.

Y hacía años que Darío había decidido quién sería merecedor de ese premio,[6] porque uno de sus hijos brillaba con

una luz especial por encima del resto. Jerjes no era el mayor de los príncipes reales, pero durante mucho tiempo había sido el heredero aparente del Gran Rey. Eran muchas las circunstancias que se conjugaban para valerle el título. La más decisiva tal vez fuese que, a diferencia de sus medios hermanos, por las venas de Jerjes corría la mezcla de sangre correcta. Su madre era la impetuosa Atosa, la mujer más influyente del reino, viuda de Cambises y de Bardiya, hija de Ciro el Grande. Y aquel linaje, si bien era una ventaja, habría resultado insuficiente para ganarle a Jerjes la bendición de su padre si el príncipe no hubiese poseído otras muchas cualidades. Jerjes, que había recibido la educación más exclusiva del mundo, había tenido oportunidad de demostrar sus talentos como jinete, así como en el manejo de armas y en la sabiduría de los magos, «pues ningún hombre que fallara al ser instruido en aquello podría ser rey de los persas»[7] Del mismo modo, ya fuese en expediciones de caza o en la vanguardia de alguna campaña militar, Jerjes había dado buenas muestras de su personal valentía. El factor decisivo, sin embargo, era que Jerjes, alto y guapo, lucía como un rey. Y aquélla era una consideración crucial. El pueblo persa estaba tan obsesionado por la apariencia física que cada noble contaba con un maquillador personal en su séquito, el artículo de moda indispensable eran los zapatos de plataforma y las barbas y los mostachos falsos eran tan apreciados que se encontraban sometidos al régimen tributario. Ni siquiera el padre de Jerjes se podría comparar con el príncipe por su belleza. Darío, que por lo demás era considerado un hombre bastante atractivo, tenía brazos como los de un gibón, «que le llegaban hasta sus rodillas».[8] Jerjes, en cambio, no sufría de ninguna peculiaridad física. «Y entre tantos miles de hombres, en belleza y estatura nadie era más digno de poseer esa fuerza que el mismo Jerjes.»[9]

A finales del otoño del año 486 a. J. C., antes de que pudiera partir para Egipto, el debilitado Rey de Reyes finalmente «abandonó el trono»[10] —como en un eufemismo lo expresarían los persas—, y fue así cómo Jerjes pudo acceder al reinado del mundo sin oposición. Tal vez nada daba mejor cuenta de lo que había sido el reino de Darío que su partida. El contraste entre su propio ascenso al trono, violento e ilícito, y la majestuosa quietud del hecho sucesorio daba claro testimonio del orden que Darío había traído a sus extensos dominios. Entre escenas de gran duelo, el cuerpo del rey fallecido, todo cubierto de cera, sería trasladado desde Persépolis en un carro de magníficos ornamentos, tirado por caballos a los que se habían cortado las crines. Y bajo la conducción de Jerjes, la población entera de la ciudad se desparramaba tras el ataúd entre lamentos, mientras se cortaba mechones de cabello y se tropezaba en la ostentación de su pena a lo largo del camino que llevaba hasta unos dentados riscos de caliza, en lo alto de cuya superficie rocosa se había excavado la tumba real. Allí fue sepultado el Gran Rey, al tiempo que en toda Persépolis y en toda Persia, en todas las satrapías del imperio, allí donde las bendiciones de Arta se hubiesen repartido, los fuegos sagrados que se habían alimentado durante los treinta y seis años del reinado de Darío se extinguieron con solemnidad, permitiendo que, poco a poco, las brasas se convirtieran en polvo.

Los altares no arderían de nuevo, y el nuevo reinado no empezaría oficialmente hasta que Jerjes se trasladara al norte, a Pasargada, para iniciarse en algunos secretos que sólo podían conocer el más sabio de los magos y el propio rey. Como parte de la iniciación, Jerjes fue obligado primero «a desvestirse de sus propias ropas y a vestir un traje que Darío había usado antes de hacerse rey»,[11] y luego tuvo que

ingerir varios fétidos brebajes que los magos habían preparado para él, filtros mágicos de leche cortada y hierbas sagradas. En su mano derecha se colocó un cetro y en su cabeza, el *kidaris,* la tiara enhiesta de la realeza. A continuación, Jerjes fue conducido hasta la cegadora luz del día persa. Los sátrapas, los altos oficiales, las multitudes expectantes y agitadas y todos los que se habían reunido en Pasargada para presenciar ese momento se postraron en el suelo como era su deber y su privilegio siempre que se viesen honrados por la presencia del rey. Heredero de Ciro y elegido de Ahura Mazda, Jerjes era la imagen resplandeciente de ambos ante al pueblo persa.

Pero no permanecería mucho tiempo en la ciudad para disfrutar de la celebración. Le esperaban negocios urgentes ahora que había tomado las riendas del gobierno de Darío. Pronto abandonaría la festiva capital para dirigirse a Egipto, donde en el ataque a los rebeldes, demostró con creces que estaba hecho de la misma fibra que su padre y que no decepcionaría las expectativas que éste había puesto en él: Jerjes no sólo aplastó de modo sumario la revuelta, sino que dando muestras del mismo ojo para el nepotismo constructivo que su progenitor había practicado de modo tan ventajoso, instaló allí como sátrapa a uno de sus hermanos. El Gran Rey, más fervoroso que Darío, no consideró aquella victoria como un triunfo sobre unos meros adversarios mortales, sino sobre los poderes mucho más letales del mal cósmico. Era menester atacar y someter a los países donde se adoraba a los *daiva,* arrasar sus santuarios y sus territorios entregados a la Mentira, consagrarlos de nuevo a la causa de la Verdad. Tal habría de ser el manifiesto orientador del pueblo persa a lo largo del reinado de Jerjes. Y si quedaba alguna duda, las inscripciones colocadas en Persépolis así lo proclamaban con severidad al mundo, al tiem-

po que recordaban a los cortesanos de Jerjes que no había otro camino verdadero excepto aquél señalado por su rey: «El hombre que respeta la Ley dictada por Ahura Mazda, que adora a Ahura Mazda y a Arta con la reverencia debida, encontrará en vida la felicidad y se hará uno con los bienaventurados después de la muerte.»[12] Rey de Reyes como era, «Rey de Persia, Rey de las Tierras», Jerjes nunca olvidó que todo ese poder sin paralelo le había sido confiado para un propósito sagrado y trascendental. Las obligaciones colocadas sobre sus anchos hombros no eran de las que se pudiera sacudir casualmente. Jerjes no podía decepcionar a aquellos que lo habían elegido para llevar esa pesada carga. «Darío tenía otros hijos —Jerjes reconocía explícitamente—, pero Darío, mi padre, me hizo el más importante después de él.» Y lo había hecho como expresión de un propósito superior: «Pues todo esto se hizo según los deseos de Ahura Mazda.»[13]

Una vez pacificado Egipto con éxito, no había excusas para descuidar otros negocios importantes que habían quedado sin resolver a la muerte de Darío. Apenas regresó a Persia, diferentes grupos reclamaron la atención del Gran Rey, urgiéndole a preparar una nueva expedición, a penetrar más a fondo en Europa, a castigar a Atenas, a conquistar Grecia. El más insistente de todos era Mardonio, que se había recuperado hacía mucho de la herida sufrida en Tracia y deseaba regresar al Egeo, que consideraba su área de conocimiento particular. Pero Mardonio no era el único que buscaba la gloria. Si el Gran Rey podía haber instalado ya a un hermano en el palacio del faraón, lo cierto era que muchos otros parientes estaban ansiosos por impresionarlo, por probar su entereza, por disfrutar del *glamour* del alto mando. Después de todo, conquistar el territorio lejano de los *anairya* era la verdadera razón de ser persa.

Al consultar a sus jefes de inteligencia sobre el frente occidental, Jerjes se había sentido satisfecho de que todo marchara bien. Atenas y Esparta continuaban oponiéndose de modo implacable a las ambiciones del Gran Rey, pero la aristocracia de otras regiones de Grecia, incluyendo, nada menos, que la del vital territorio de Tesalia, situado al norte de Beocia y de Tebas, daría la bienvenida con los brazos abiertos a una invasión persa, según informaban los oficiales. Una vez que Tesalia hubiese caído, Tebas y otras ciudades emplazadas más hacia el sur se verían obligadas a colaborar. De hecho, tal vez Esparta y Atenas no fueran causas del todo perdidas. El apoyo de algunos clientes tal vez pudiesen garantizarlo todavía Demarato, instalado en la comodidad de Susa, y los Pisistrátidas, que ya estaban en su tercera década como asalariados de los persas. Los hijos de Hipias, de una diligencia admirable, incluso se atreverían a ofrecer al Gran Rey el auxilio de los propios cielos, y así «le describieron a Jerjes que un nativo de Persia estaba predestinado a cruzar el Helesponto, y le expusieron, en detalle, los triunfos que se seguirían».[14] La fuente de tan inequívocas afirmaciones no era otra que Onomácrito, el mismo charlatán que había sido íntimo de los tiranos en Atenas hasta que había perdido su favor por las acusaciones sobre sus profecías amañadas. Tal vez no fuese la fuente más fiable, pero los Pisistrátidas, en la desesperación propia del exiliado por ver su patria de nuevo, habían vuelto a confiar en sus palabras de una manera lamentable.

Resulta dudoso que el alto mando persa tuviese el mismo grado de confianza en Onomácrito, pero poco importa. A escasos meses del retorno de Jerjes de Egipto, el impulso de la ofensiva ya era imparable, y los pocos que todavía se oponían a la invasión se encontraron sin poder alguno para evitarla. Si se atrevían a hablar, se les acusaría de cobardes.

Sus advertencias, sin embargo, pese a los impacientes resoplidos del partido de la guerra, no podían apartarse con tanta facilidad. Los atenienses, tal como se había demostrado en Maratón, no estaban desesperados. Aprovisionar a cualquier fuerza expedicionaria sería difícil incluso para los expertos burócratas persas y el terreno montañoso de Grecia era notoriamente inhóspito. Aquellas preocupaciones no se podían desdeñar como si sólo se tratase de un derrotismo alarmista. Aun así, los peligros de tal aventura, que bien podrían haber causado algún acceso de duda a Jerjes, finalmente sólo sirvieron para vigorizar su real determinación. Acobardarse ante el peligro, admitir que el poder persa pudiese tener límites, abandonar para siempre Atenas y todo el continente que se extendía más allá del Ática a la Mentira, todo eso hubiese representado una vil traición a Darío y, aún más imperdonable, al gran dios Mazda. La invasión podría estar cargada de peligros, pero sólo así resultaba digna de las atenciones del Gran Rey.

¿Cuál sería la mejor manera de enfrentarse a ello? Más allá de los imponentes portales tallados con toros de cabezas humanas y alas de águila, más allá de los patios de vivos colores atendidos por oficiosos eunucos, más allá de los mil guardaespaldas apostados en una guardia perpetua frente a la puerta de su real señor, con sus largas túnicas bordadas con gemas y los mangos de sus lanzas adornados con delicadas manzanas de oro, en el interior del sanctasanctórum de Persépolis se reunieron los más fiables consejeros de Jerjes para ofrecer su opinión ante el trono. Aunque estaban encerrados en el centro neurálgico del poder persa, lo que allí se dijera podría adivinarse en su momento gracias a los rumores y al curso de los acontecimientos.[15] Una vez que ya se había resuelto ir la guerra, sólo quedaba un punto por

discutir: ¿Qué tipo de fuerza expedicionaria debería organizarse para la invasión y conquista de Grecia?

Parece ser que Mardonio había urgido a los presentes a reclutar únicamente tropas de élite, a saber, los propios persas, los medos, los sacios y los iranios orientales. Tal fuerza de ataque, argumentó, sería capaz de moverse como el rayo, adelantarse a cualquier enemigo, caer sobre la pesada infantería griega con la mortal rapidez que tan letal había resultado para los jonios.[16] Sin embargo, esta estrategia, aunque modelada en un glorioso precedente, tenía un serio e insolventable defecto: los tiempos habían cambiado. ¿Cómo podría ser suficiente para la dignidad del hombre que habría de comandarlo un ejército reclutado en tan pocas satrapías? Lo que podría haber bastado a Ciro en sus días como bandido en las montañas difícilmente resultaba adecuado para el nieto que ahora gobernaba el mundo. Cuando conquistara Occidente, Jerjes no sólo lo haría como rey de Persia, sino como rey de todos los dominios que se extendían más allá de sus límites. Incluso los pueblos situados en sus fronteras tenían el sagrado deber de ofrecer el tributo de sus hijos, y en su obediencia se reflejaría la incomparable gloria de su señor, el Rey de Reyes.

Así se acordó y, mientras se proclamaban las órdenes reales, tal vez desde la sala de audiencias de Jerjes fuese posible escuchar los cinceles de los escultores que adornaban el muro de una escalinata en un patio.[17] Al igual que los propios escalones, tan bajos como para permitir graciosamente que un noble, ataviado con su voluminosa túnica, pudiera ascender por ellos sin perjurio a su dignidad, la obra tenía que ser delicada en extremo. Los artesanos tenían orden de representar en todo su detalle a los pueblos subyugados en el acto de ofrecer sus tesoros al rey. Hasta el momento, poco más sabía Jerjes de sus muchos súbditos, tan alejados de

Persia y tan salvajes como eran en su mayoría. Pero ahora, mientras sus mensajeros se preparaban para galopar hasta cada satrapía para convocarlos a la batalla, Jerjes podría ver, reunida ante el trono, toda la fabulosa diversidad de sus tributarios, armados para la guerra. Indios con *dhotis* de algodón y elevados arcos de caña, etíopes vestidos con pieles de leopardo, armados con flechas de puntas de piedra, mosquios de yelmos de madera, tracios con pieles de zorro sobre sus cabezas, cisios con turbantes, asirios con corazas de lino y garrotes remachados. Como si se hubiesen convertido en exótica carne y sangre a partir de la piedra de Persépolis, todos se formarían ante su amo y marcharían con él hacia el oeste.

Sin duda, engordar la fuerza expedicionaria con aquella vasta babel de reclutas pobremente armados generaría algunos problemas para el atribulado departamento de suministros del Gran Rey. Movilizar un ejército de la magnitud de los designios de Jerjes a través del Egeo estaba fuera de toda posibilidad: la única vía que podían seguir hasta Atenas era por tierra. Esto exigiría maravillas en su preparación: de alguna manera habría que unir el Helesponto; deberían allanarse caminos por las agrestes tierras de Tracia y Macedonia, y sería menester plantar, recoger y almacenar cosechas. Demandas de peso para los equipos logísticos encargados de satisfacerlas, claro, aunque para el Gran Rey se tratase de manifestaciones tan gloriosas de su poder como cualquier batalla victoriosa. Domesticar territorios indómitos, conjurar escenas de orden y madura plenitud en la tierra viva: ¿Se podía concebir una imagen más perfecta de su misión global? Los persas, rodeados de montañas y tierras desoladas por todos los flancos, siempre habían concebido el talento para sembrar el desierto como señal indiscutible del verdadero estadista. El sátrapa que para satisfacción del

Gran Rey demostrase «que había fomentado el cultivo de su provincia, que la había plantado con árboles, que había sembrado las simientes de los cultivos»[18] era invariablemente considerado un triunfador. Al ofrecer al Gran Rey su extraordinaria verdura, el más humilde jardinero podía ascender con rapidez. Se cuenta que uno de los herederos de Jerjes, ante la presentación de una monstruosa granada, había dicho: «Me parece que no debe ser un problema para alguien capaz de hacer crecer fruta de este tamaño lograr que una pequeña ciudad prospere.»[19]

Incluso el Gran Rey presumía de su buena mano para las plantas. Y con razón, pues cuando no estaba practicando el tiro al blanco o vadeando heladas corrientes, el joven Jerjes había pasado muchas tardes felices en el jardín, «plantando árboles, cortando y recogiendo raíces medicinales».[20] En la corte persa sólo la caza podía rivalizar con la jardinería como pasión. Combinar ambas actividades era, para los persas, la verdadera realización personal. Rara era la capital de una provincia que no poseyera su propio parque de caza bien provisto, pero también debía contar con pabellones ubicados junto a lagos y rumorosas corrientes, con prados amorosamente cultivados y con plantas de todo tipo, jardines de hierbas y macizos florales, árboles de peras y manzanas, pinos y cipreses bien firmes en el suelo y perfumados con la fragancia de flores exóticas. No sería la última vez que un imperio fomentase la obsesión por la botánica. Darío, aunque ocupado en las labores exigidas de un monarca universal responsable, se mantenía al día de las últimas innovaciones en horticultura, estimulando de modo incansable a sus sátrapas para que experimentasen con injertos y recogiesen raros semilleros. Mardonio, se comentaba, ansioso por aumentar la fiebre guerrera de su primo, le aseguró a Jerjes que Europa era un vasto jardín, «el vivero de to-

do tipo de árboles».[21] Y cuando empezaron a correr por toda Persépolis las noticias sobre la invasión de Grecia, los jardineros reales se frotaban las manos con la misma alegría con la que lo habría hecho cualquiera que esperara recibir suculentas ganancias.

Paradaida era como los persas llamaban a aquellos parques suyos de exquisita belleza, una palabra que el griego transcribiría como *paradeisos,* es decir «paraíso».[22] Al entrar en uno de ellos y caminar junto a la frescura de un arroyo cristalino, al ver las maravillas naturales trasplantadas de todos los rincones del imperio —animales exóticos, árboles exóticos, flores exóticas—, el Gran Rey se podría imaginar en el cielo. Un paraíso, sin embargo, le ofrecía más que un mero santuario, un refugio de todas las miserias y banalidades de la vida mortal. Todo aquello de lo que pudiera deleitarse, «la belleza de los árboles, la perfecta precisión con la que habían sido plantados, la rectitud de las líneas que formaban, la regularidad de sus ángulos, la multitud de perfumes exquisitos que se mezclaban y llenaban el aire»,[23] había sido ordenado según su voluntad. De la misma manera, dado que era el Rey de Reyes, con el mundo entero en sus manos, él podía transformar la naturaleza en todas partes.

Del mismo modo que con un movimiento de su mano podía ilustrar a sus jardineros sobre cómo debía plantarse una línea de cipreses, al colocar su dedo en un mapa el Gran Rey podía rehacer el mar y la tierra. Allí donde fluían las aguas del Helesponto habría que unir Asia y Europa con maderas y tierra vigorosamente apisonada que se extendieran en un inmenso pontón. Al mismo tiempo, un gran canal abierto en el istmo situado bajo el monte Atos, más hacia el oeste en la costa egea, debería evitarle a la flota persa el tener que rodear esa traicionera península en la que se alzaba

aquel monte. Había sido allí, en Maratón, donde dos años atrás Mardonio había perdido su flota y donde, según se decía, el desastre había resultado incluso peor debido a extraños prodigios de la naturaleza. Al parecer, mientras los monstruos marinos se agitaban en las aguas turbulentas y se daban un banquete con los marineros ahogados, blancas palomas, nacidas de la espuma, se elevaron revoloteando sobre la masacre, y «era la primera vez que estas aves aparecían en Grecia, pues nunca antes se las había visto allí».[24] No se permitirían, pues, más irrupciones de lo extraño. Del mismo modo que una pantera enjaulada en un paraíso no representa ningún peligro para quienes la observan a través de los barrotes dorados en su jaula, así los monstruos marinos del monte Atos salivarían en vano, sin importar cuántos barcos pasasen a su lado en su ruta hacia Atenas.

Toda Grecia se estremecería. Construir un canal tan ancho como para que dos barcos de guerra pudieran pasar al mismo tiempo, tan profundo como para que sus cascos no rascasen el fondo, en fin, un canal de casi dos kilómetros y medio, era un encargo fuera del alcance de cualquier mortal, excepto de uno. Éste era el insistente y clamoroso mensaje de terror que el martilleo de los esforzados equipos de trabajo enviaba más allá del monte Atos. Toda Asia se había puesto en movimiento. El Gran Rey se acercaba.

Hora de dar el paso siguiente

La idea de que un hombre sólo tuviese que dar una palmada para que se excavara un canal, o se construyera un puente, o todo un continente se alzase en armas resultaba tan extraña como alarmante a los oídos de los atenienses. El gran templo de Zeus abandonado por los Pisistrátidas en el

exilio, con sus columnas barridas por el polvo, permanecía en su lugar como un sobrio recordatorio del disgusto que le causaba a la ciudad el tener que obedecer a cualquier líder. El reflejo automático de la aristocracia ateniense, cada vez que se encontraba con alguien que destacase demasiado, era buscar la espada. «Ese pueblo no encuentra placentero honrar a nadie: se considera que al hacerlo resultan privados de algo.»[25] Sentimiento común y sostenido entre los griegos de toda la Hélade. La democracia, en ese sentido, había cambiado poco. Se contaba que el padre de Temístocles, al intentar disuadir a su hijo de seguir una carrera en la política, le señaló los cascos podridos de unos barcos de guerra que se encontraban en Falero, advirtiéndole que tal era el destino de todo político ambicioso. «Así es cómo se trata en Atenas a los líderes cuando han dejado de ser útiles.»[26]

Con certeza, las rivalidades entre la élite continuaban siendo tan carnívoras y despiadadas como lo habían sido antes del establecimiento de la democracia. Incluso la sobresaliente figura de Milcíades se vio muy pronto abocada a la tragedia. En el 489 a. J. C., al cabo de apenas un año de haber salvado a su ciudad de ser aniquilada, Milcíades sufrió una herida en un muslo mientras dirigía una expedición contra una ciudad de colaboracionistas del Egeo y se vio obligado a regresar a Atenas, donde su reputación fue de repente cuestionada. Los Alcmeónidas, como perros de caza, olfatearon el olor de la sangre, y dando rienda suelta a los talentos de un joven y ambicioso político llamado Jantipo, a quien habían casado ya con la sobrina de Clístenes, llevaron a juicio a Milcíades, acusándolo, con típica desvergüenza, de «engañar al pueblo ateniense». Acorralado por la asamblea, Milcíades acabó siendo condenado, y seguro que lo habrían sacado de su camilla sin contemplaciones, lo

habrían arrastrado a través de La Puerta del Ahorcado y lo habrían arrojado en una fosa si los jueces, reacios a dar al vencedor de Maratón el mismo trato que habían recibido los embajadores del Gran Rey, no hubiesen votado por una ingente multa en lugar de aquello. Pocas semanas después de la sentencia, la gangrena con la que se había empezado a pudrir la pierna del gran héroe lo mataría. Después de reunir con dificultad la cantidad necesaria para pagar la multa, su joven hijo, Cimón, heredó el liderazgo del clan de los Filaidas y, con ello, una fortuna muy reducida y —no hacía falta decirlo— la continua enemistad de los Alcmeónidas.

Sin embargo, aunque era cierto que los atenienses, siempre temerosos de cualquier situación «en la que un hombre es capaz de ejercer un poder desproporcionado sobre sus compañeros»,[27] se complacieron al ver al gran Milcíades humillado, eso no significaba que sintieran mucho entusiasmo hacia sus rivales. ¿Quiénes habían sido los chivos expiatorios en el juicio iniciado por Jantipo: los votantes de la asamblea o los Alcmeónidas? La respuesta no tardaría en conocerse. Al cabo de dos años de la muerte de Milcíades, los ciudadanos se reunieron en el ágora, donde se había construido un gran puesto de votación especialmente para ese día, rodeado por oficiales que vigilaban cuidadosamente a todo el que pasaba por allí para asegurarse de que nadie votara dos veces. Junto a las diez puertas de entrada, una por cada tribu, había unos cúmulos de piezas de cerámica rota, y mientras se inclinaba a recoger un fragmento, cada ateniense sabía que estaba ejerciendo un derecho temido y temible. Antaño, en tiempos anteriores a la democracia, el exilio había sido el destino al que se condenaba mediante las armas al capricho de los líderes facciosos, un castigo ruinoso y brutal en sus efectos. Pero ahora, por primera vez, sería impuesto como la sentencia mesurada de un

pueblo soberano. Cada ciudadano, al colocar su voto en la parte de atrás de un fragmento de cerámica, se veía obligado a elegir el nombre de un político prominente. Al final del día, todos los fragmentos (*ostraka* era el nombre que le daban los griegos) se contarían y apilarían en montones separados. El ciudadano que contase con el mayor número de nominaciones dispondría entonces de diez días para abandonar el Ática. No sufriría la pérdida de sus propiedades o sus derechos cívicos que los exiliados sufrían en el pasado, pero durante diez años no se le permitiría regresar a casa. Sufriría, como decían los atenienses, el ostracismo.

Aquella arma mortal para las ambiciones de cualquier familia demasiado poderosa no había formado parte del arsenal democrático desde que Clístenes, veinte años atrás, la había decretado.[28] El hecho de que los atenienses se hubieran decidido a usarla después de la caída de Milcíades sugiere lo resueltos que estaban a no convertirse en instrumentos de clanes enfrentados. Un pueblo que había rechazado al Gran Rey ciertamente no podía sentirse obligado a vivir en la sombra de aristócratas belicosos. El primero al que se arrojó por la borda fue Hiparco, un notorio apoyo de los Pisistrátidas que durante la década previa había sido sospechoso de colaborar desde el arcontado con Hipias y Artafernes. Al año siguiente, en el 486 a. J. C., el turno le tocó a un alcmeónida, sin que ello resultase una sorpresa. Dos años más tarde se despachó al propio Jantipo, que así cosechaba la merecida recompensa de su ascenso a la fama. Filaidas, Pisistrátidas, Alcmeónidas, todos los clanes resultaron efectivamente decapitados en los años que siguieron a Maratón. Si el establecimiento de la democracia había sido una revolución de terciopelo, el ostracismo era una guillotina que no derramaba sangre.

Naturalmente, y al igual que en todas las revoluciones, al eliminar la élite de los influyentes quedaba el campo libre para que los rivales más acomodaticios y oportunistas ocuparan su lugar. Los Alcmeónidas no habían sido los únicos ciudadanos en sentirse opacados por el fulgor del vencedor de Maratón, ni habían sido los únicos poderosos que ansiaban un puesto al sol del favor de la asamblea. Un hombre en particular, para el que la victoria de Milcíades había sido una agonía tal que sufriría noches de insomnio e inapetencia, ya se estaba moviendo con astucia para quedarse con los mejores despojos. Temístocles, que tampoco carecía de enemigos, era consciente de que sus ambiciones políticas podían llevarle a la ruina. Pero aunque había sido un candidato popular para el exilio desde el primer ostracismo, y montones de *ostraka* lo nominaban cada año, Temístocles poseía una ventaja crucial. Los insultos que con rabia se podían arrojar contra los nombres de los otros candidatos al exilio —«traidor», tal vez, o «amante de Datis» o garabateada con torpeza en un fragmento de cerámica, la figura de un arquero con un gorro medo— difícilmente podían aplicarse a Temístocles. A diferencia de la mayoría de los condenados por el ostracismo, Temístocles siempre se había mantenido en sus trece contra el Rey de Reyes. La prueba más destacable era el gran complejo marítimo de El Pireo, que se había empezado a construir durante su arcontado y que, al cabo de casi una década, era el puerto mejor fortificado de toda la Hélade. De hecho, como empezaría a afirmar abiertamente Temístocles, todo lo que se necesitaba para completar la transformación de Atenas en una potencia naval de primer rango era una flota de guerra.

Tal vez fuera una perspectiva tentadora para las clases populares pero no así para los terratenientes y granjeros que habían triunfado hacía poco en Maratón. Temístocles

hacía presión para que se construyesen unos doscientos barcos. La cantidad de hombres necesaria para poner a navegar tan inmensa flota dejaría pocos ciudadanos para la batalla terrestre con escudos y lanzas, a la manera tradicional. ¿Acaso esperaba Temístocles que la clase hoplita votara por su propia aniquilación? Y lo que era aún más importante, ¿quién tendría que financiar el extravagante programa naval de Temístocles? Los barcos de guerra no resultaban baratos: una flota era tal vez el símbolo más costoso del estatus al que una ciudad pudiese aspirar. Al escuchar a Temístocles, los ricos debieron de haberse hecho una buena idea de quién pagaría las cuentas. Por lo tanto, era de esperar que, con la desaparición de los voceros tradicionales de la reacción, las cabezas de las grandes familias, desesperadas, tuvieran que buscar a su alrededor algún otro adalid. Y no hizo falta buscar muy lejos. Hacia mediados de la década del 480 a. J. C., Arístides, el general que peleó junto a Temístocles en el debilitado centro en Maratón, había comenzado a surgir como su más acérrimo y eficaz oponente. Incluso en lo que concernía a sus personalidades, ambos hombres parecían estar destinados a enfrentarse. Mientras se calificaba a Temístocles de oportunista, de hombre de ingente hipocresía y astucia, los seguidores de Arístides celebraban a este último como el modelo definitivo de virtuosismo y rectitud. Si Temístocles era conocido por aceptar sobornos a la menor oportunidad, su rival tenía tal reputación de austeridad y honradez que, después de Maratón, cuando el ejército ateniense tuvo que regresar en desesperada carrera a Falero, fue Arístides quien se quedó en el campo de batalla a cargo del botín. «El justo» gustaban de llamar sus admiradores a Arístides, un apodo que el gran hombre, sin la menor vergüenza, había hecho suyo.[29]

Y a este dechado de virtudes correspondía un poderoso y trascendental descubrimiento: que la imagen, en una democracia, puede llevar a un estadista tan lejos como la sustancia. Más allá de los epítetos, Arístides en realidad no era menos hábil en el juego político que Temístocles. Lejos de «evitar las componendas entre facciones y seguir su propio camino»,[30] como le gustaba hacer creer, Arístides era un intrigante de habilidad consumada. Si Temístocles tuvo que depender de oscuros recién llegados para su educación política, Arístides, apuntando a lo más alto, se hizo íntimo de Clístenes. Su pose de tosca pobreza no era más que propaganda; quizá no fuese tan adepto a aceptar los sobornos como Temístocles, pero, naturalmente, como dueño que era de una gran propiedad en Falero, y pariente cercano de algunos de los hombres más ricos de Atenas, tampoco le hacían mucha falta.

¿Cómo se explica, entonces, el peculiar control que sobre el electorado poseía Arístides? Al señalar que era originario de Alopeke, una villa al sur de Atenas, sus opositores jugaban con el parecido del nombre con *alopex,* el vocablo griego para «zorro». Sin embargo, acusar de mentiroso a Arístides tal vez fuese ir demasiado lejos. La hipocresía, podría alegarse, era la sangre vital de la democracia. El igualitarismo radical que dominaba cada vez con mayor fuerza la ciudad había hecho poco para atenuar la tradición del esnobismo. Arístides, rico pero ahorrativo, ambicioso pero con vocación de servicio, de buena cuna pero resuelto a confiar en la voluntad del pueblo, ofrecía a los atenienses una confirmación sobremanera reconfortante: que los ideales del pasado podían reconciliarse con el nuevo régimen. Así parecía prometer que las antiguas certezas, nacidas del suelo del Ática y enraizadas tan profundamente como el olivo sagrado que se elevaba en la Acrópolis, podrían todavía ser-

vir de guía al pueblo ateniense ante los peligros y la inseguridad que acechaban. Poco sorprende que ante las confiables virtudes del hoplita que poseía el Justo, la brillante exhortación de Temístocles a armar una flota de guerra les haya parecido a muchos tan antipatriótica como una marejada.

Pero tal vez aquello fuese confundir el destino de la ciudad. En la Acrópolis, junto al olivo primigenio de Atenea, se podía encontrar una cisterna llena de agua salada. El ciudadano que allí se arrodillase podría escuchar cómo surgía de las profundidades «un canto como el de las olas cuando sopla el viento del sur», y si observaba las rocas, podría ver «una marca en forma de tridente»[31] que, en un pasado distante, había dejado allí Poseidón, el dios del mar. En aquel tiempo, se decía, él y Atenea habían competido por el favor de la ciudad, y Poseidón, aunque superado por la diosa, había dejado aquella fuente en la roca del santuario más sagrado de Atenas como muestra de su infinita protección.[32] Y no era la Acrópolis el único lugar donde los atenienses podían solicitar favores al dios. Al borde de un vertiginoso acantilado en «el sagrado Sunio, el cabo de Atenas»,[33] que todo barco que se dirigiese a mar abierto desde el Ática tenía que rodear, se había elevado un templo a Poseidón. Al comandar el traslado de sus caballos en la desesperada carrera a Falero, Datis habría podido ver cómo se elevaban sus columnas sobre él mientras su perturbadora flotilla navegaba más allá del cabo. Tal vez Poseidón hubiese retrasado el avance de los barcos persas que se esforzaban por llegar a Atenas en ese día portentoso removiendo las corrientes con la punta de su tridente. Y, sin duda, no había dios más inclinado a favorecer los planes de Temístocles contra un segundo ataque bárbaro que el señor de los mares. Dado que Sunio se encontraba a menos de quince kiló-

metros al sur de su *demo,* seguro que al propio Temístocles le habría resultado fácil visitar el cabo, y es probable que así lo hiciera con frecuencia. No debía existir un mejor lugar para orar por un milagro que aquél, con la sombra del santuario del dios a su espalda y el rumor de la marea en los acantilados.

Y si iba a ocurrir un milagro, el lugar adecuado se encontraba a una distancia que con facilidad se podía recorrer a pie desde el templo de Poseidón, y eso también lo sabía Temístocles. Los acantilados en el extremo del promontorio no quedaban lejos. Al norte de Sunio se encontraba la árida y desolada planicie de Laurio, una extensión costera que, sin el alivio de las brisas que mantenían el cabo fresco, resultaba tan corrosiva como abrasadora, contaminada como estaba de emanaciones tóxicas, a pesar de lo cual allí vivían miles de personas, hombres, mujeres y niños con sus cabañas amontonadas en desorden alrededor de complejos fabriles. No eran ciudadanos, sino infortunados esclavos, condenados a trabajar entre el polvo y la contaminación para que la democracia pudiera ser rica. Las laderas que se alzaban más allá del mar, marcadas por las picas, al igual que el incesante ruido de las perforaciones, eran prueba de que Laurio era un área tan rica en plata que si bien se explotaba desde antes de la guerra de Troya, todavía poseía ricas vetas inexploradas. Durante las dos décadas anteriores, las canteras se habían beneficiado de una mejora sustancial: se habían cavado tanques de piedra en la propia roca para así lavar el mineral bruto que se extraía, lo cual permitía que el material sobrante, del que invariablemente había una gran cantidad, pudiera eliminarse antes de pasar a la fundición. Aquella sencilla innovación había permitido refinar la plata hasta un grado de pureza sin precedentes y, además, revelaba una perspectiva tentadora y emocionante: si se encontra-

ba una nueva veta, podría explotarse con mayor eficiencia que cualquier otra en la historia de Laurio. Sólo hacía falta un golpe de suerte, que tuvo lugar en el 483 a. J. C.

«Una fuente que les mana plata, un tesoro que encierra su tierra.»[34] Así se aparecía la veta a los maravillados atenienses. ¿Qué hacer con aquella inesperada fortuna? Apenas recibió noticias de ello, Temístocles se dirigió a la asamblea y solicitó una flota, propuesta que fue recibida entre gritos de indignación. Arístides, con su inimitable mezcla de conservadurismo y demagogia, se opuso de inmediato. Era costumbre, señalaría con calma, que la bonanza de las minas se repartiera de manera equitativa entre el pueblo ateniense: una llamada al interés personal de los votantes, a un tiempo descarada y enmarcada de la manera más edificante en la tradición. Temístocles plantó cara, pero no optó por la estrategia del terror, y ni siquiera mencionó la amenaza persa. En lugar de eso, insistió en que un enemigo mucho más inmediato que el Gran Rey se encontraba apostado a las puertas de Atenas, y así comenzó a «agitar el disgusto y los celos de los votantes hacia Egina».[35] La asamblea, dividida por las tentaciones rivales del egoísmo y el militarismo, acordó un compromiso. Los beneficios de Laurio se invertirían en la construcción de navíos de guerra, pero sólo cien de ellos. Temístocles, que había hecho campaña por el doble de ese número, se negó a aceptarlo, y tampoco Arístides quiso ceder en su posición. Ninguno de los dos era capaz de lograr una ventaja sobre el otro, el otoño se transformó en invierno, y la democracia, dividida por la disputa, se vio paralizada. En enero, cuando la asamblea se reunió para votar si debía haber ostracismo aquel año, el resultado ya se adivinaba. El conflicto debía decidirse, y uno de los dos se tendría que marchar, o Temístocles o Arístides, así que se

acordó sacar los fragmentos de cerámica cuando el invierno diera paso a la primavera.

Puede que en aquel entonces no se haya concebido así, pero el ostracismo del 482 a. J. C. fue, en efecto, el primer referéndum en la historia. Y tal vez el más trascendente, porque de su resultado pendía no sólo el futuro de Atenas, sino el de una Grecia independiente. Y mucho más. A medida que se aproximaba la fecha pautada para el ostracismo, los propios atenienses parecían irlo comprendiendo vagamente. Los rumores de una ingente construcción en la península de Atos se habían ido revelando como una amenaza verdadera y los cotilleos en tono amedrentado sobre los preparativos de guerra del Gran Rey habían empezado a circular por las calles dominadas por la ansiedad. Los enemigos de Temístocles, que desaprobaban la creación de una flota para la ciudad pero seguían ensalzando a Arístides como el Justo, se hacían cada vez más irritantes a ojos del pueblo, como pronto descubriría el propio Arístides. El día del ostracismo, ante el puesto de votación, un campesino analfabeto, que no reconocía al gran hombre, se le acercó a ofrecerle un pedazo de cerámica para que allí escribiese «Arístides». Sin mostrar su sorpresa, Arístides le preguntó al campesino la razón. «Porque —sería la respuesta— estoy harto de oír cómo le mientan El Justo todo el tiempo.» Cuando Arístides escuchó aquello, no dijo nada. Se limitó a sujetar el fragmento de cerámica, escribir en él su nombre y entregárselo de nuevo al hombre.[36] Una historia edificante, y que sólo podía haber contado el propio Justo, naturalmente, y con la obvia intención de limitar los daños. Incluso mientras observaba las *ostraka* amontonarse en su contra, Arístides procuraba salvar alguna cosa de la ruina. Quizás pudiera ver lo que estaba escrito en algunos de los fragmentos: «Hermano de Datis.» Una vez que el resultado

fue confirmado y se anunció que debía marchar al exilio, Arístides supo que, sin importar lo que tuviera que dejar atrás, debía mantener su reputación de hombre honrado. Ya llegaría el momento en que la necesitara de nuevo. Tal vez lo hubiesen condenado a sufrir el ostracismo, pero antes de marcharse ya estaba preparando el terreno para su regreso.

Por el momento, sin embargo, el voto había servido a sus fines. La atmósfera se había despejado y Temístocles había triunfado: Atenas tendría sus doscientos barcos. Más de doscientos, de hecho, ya que los atenienses, al cabo de tantas vacilaciones, de repente parecían poseídos por un espíritu muy distinto, nerviosamente enérgico; como si al haberse decidido al fin por la acción, temieran hacer demasiado poco, demasiado tarde. De modo que los agentes armados con la plata del Laurio se dispersaron con velocidad por todo el Egeo para comprar madera donde fuera que pudieran obtenerla. Día y noche retumbaba en los astilleros de El Pireo el ruido de las sierras y los martillos. Desde la votación del verano anterior ya se estaban fabricando barcos de guerra, pero ahora lo hacían al ritmo asombroso de dos a la semana. Nada que no fuera lo mejor serviría, y el modelo más moderno y letal era el trirreme, una esbelta máquina asesina armada con un espolón, equipada con tres hileras separadas de remos y que requería un trabajo de la mayor calidad. Temístocles, voluntarioso como siempre, había insistido personalmente en experimentar con un nuevo diseño, dirigido a mejorar «la velocidad y capacidad de maniobra»,[37] pues si bien la alta productividad era esencial, también lo era la calidad. «Motivo de terror para el enemigo y de alegría para los amigos», tal había de ser la norma de cada trirreme elegido por la democracia.[38]

Aunque los retos que implicaba construir una flota de guerra eran de una magnitud que movía a la reflexión, comparados con la dificultad de equiparla y aprender a maniobrarla resultaban insignificantes. El manejo efectivo de los remos del trirreme era una habilidad notoriamente difícil de aprender. «La navegación, después de todo, y como muchas otras cosas, es un arte. No basta darle nuestro tiempo libre y, de hecho, no deja tiempo libre.»[39] En particular cuando el propio tiempo se iba convirtiendo en un bien escaso. Era urgente instruir a toda la población del Ática en el arte del remo, y aun así, se inquietaba Temístocles, quizá no habría suficientes ciudadanos para tripular la creciente flota. Día tras día iba pasando el verano del 482 a. J. C. y se acercaban las sombras del invierno, mientras granjeros venidos de los más remotos olivares, alfareros que tal vez nunca antes hubiesen salido del Cerámico, «resueltos hombres de la clase hoplita»[40] que habían dejado atrás la panoplia para que acumulase telas de araña en los desvanes, todos practicaban, practicaban y practicaban, aguantándose las ampollas, el cansancio y el dolor de los músculos que ignoraban poseer. Y todo para volver a tomar sus cojines de remo, ponerlos en la bancada y prepararse a practicar de nuevo. Un brutal curso intensivo, pero así tenía que ser. Eran pocos los que, al llegar la primavera del 481 a. J. C., pensaban que el enemigo para el que se estaban preparando era la flota eginense. Rumores sobre lo que el Gran Rey le reservaba a Atenas surgían de todas las direcciones, e incluso se decía, con alarma, que Jerjes y su ejército se estaban alistando para partir de Susa aquella misma primavera. Un oscuro presentimiento se apoderó de los atenienses y, en medio de la incertidumbre y la confusión, también el anhelo de conocer lo peor. Fue entonces cuando, de la fuente menos esperada, llegaron algunas noticias claras.

Fueron los espartanos quienes las recibieron: un par de tablillas en blanco. Esta críptica entrega causó gran perplejidad, hasta que la siempre tan despierta Gorgo, esposa del rey Leónidas, sugirió raspar la cera de las tabletas y se encontró un mensaje escrito en la madera. El mensaje provenía de Demarato y era una advertencia sobre los planes del Rey de Reyes. Los espartanos admitían no saber si aquella información revelaba «una benigna preocupación por su pueblo o una maliciosa alegría»,[41] pero aun así, qué extraño y alarmante resultaba que hubiese alguna duda sobre las motivaciones del desertor. Un mensaje que, de modo tan misterioso, hubiese logrado pasar todas las alcabalas de los caminos reales y que estaba pensado para helar la sangre de sus destinatarios, que pretendía reforzar la imagen de ese rey títere a la espera, tenía todas las huellas del departamento de trucos sucios de los persas. Aunque los espartanos no compartían el entusiasmo de los atenienses por mostrar sus diferencias en público, no carecían de divisiones internas. El mensaje de Demarato sólo podía haberse redactado con la intención de empeorar el conflicto entre los halcones que confiaban en la victoria sin importar quién se atreviera a retarlos, ni siquiera si se trataba del Rey de Reyes, y los pesimistas, esos que temían en silencio que los dioses los hubiesen sentenciado a la ruina y que la hora de su perdición se estuviese acercando.

Tanto Demarato como los jefes de la inteligencia persa sabrían que este último grupo no era minoría en Esparta. Era común en Lacedemonia el temor a los fantasmas de los heraldos de Darío que Cleómenes había asesinado hacía una década y se pensaba que aquellos espectros clamaban a los dioses por una venganza, como era su derecho. Tal era el remordimiento de algunos espartanos que dos Heráclidas prominentes, ansiosos por expiar el sacrilegio cometido por

la ciudad, habían optado por el recurso desesperado de viajar a Susa y ofrecerse en sacrificio. Jerjes, demasiado astuto como para aceptar aquella oferta sorprendente, los perdonó con toda generosidad. Y es que ¿por qué habría de aliviar Jerjes a los espartanos del peso de sus culpas? Como habían imaginado los persas, las noticias de Demarato sólo sirvieron para aumentar aquel temor y para que una mayoría maldijera al traidor. Así salió a relucir su viejo escándalo y se le acusó de ser el hijo bastardo de un ilota, el fruto de una revolcada de su madre con un hediondo sirviente de las cuadras, digno de ser un esclavo en Asia. Otros, sin embargo, consideraban que Demarato tal vez fuese el único hombre que se alzaba entre ellos y la ruina total, alguien que se había opuesto a Cleómenes y a sus impíos excesos en toda ocasión, y empezaron a murmurar de manera diferente. También hacían correr rumores sobre la paternidad de Demarato, pero en lugar de referirse a él como el hijo de un esclavo, se decía que había nacido del espíritu de un héroe legendario, de un semidiós.[42]

Naturalmente, y no hacía falta decirlo, si el Gran Rey invadía el Peloponeso, los espartanos resistirían y bloquearían su camino. Pero si incluso ellos, los guerreros más valientes del mundo, sufrían el tormento de la duda, ¿cómo iban a controlar sus nervios los helenos de otros estados menores? Cuando la primavera dio paso al verano, la elección se tornó inevitable para cada ciudad de Grecia: había que resistir o someterse. Ya no era posible referirse a la posibilidad de una invasión persa como si se tratase de una fantasía alarmista de políticos ambiciosos como Temístocles. Se había hecho evidente, incluso para los escépticos más tercos, que los rumores sobre la movilización de Jerjes desde Susa que corrían por Esparta eran ciertos. En efecto, Jerjes se dirigía hacia el oeste. A comienzos del otoño había llegado a Sar-

des, según se informaba desde Jonia, y sus vastos dominios seguían vaciándose a su paso: con él, bajo su estandarte, se iban los pobladores. El Gran Rey y todas sus hordas estaban, pues, en camino. Y la primavera del año siguiente daría lugar a la mayor ofensiva bélica jamás organizada: primero pasarían por el Helesponto, después llegarían a Europa y, entonces, como un lobo que se abalanzara sobre el rebaño, en un salto al sur atacarían Grecia. Mientras corría el que sería su último invierno de libertad, quienes allí vivían podían empezar a temblar ante la espantosa certeza de quién sería el blanco del Gran Rey.

El alto mando persa, siempre tan adepto a la guerra psicológica, no descuidó ninguna oportunidad de dar otra vuelta de tuerca. Tal como habían hecho hacía una década, antes de la campaña de Maratón, los enviados persas comenzaron a recorrer toda Grecia con demandas de tierra y agua. Se visitaron todas las ciudades, con dos excepciones: Atenas y Esparta. El mensaje de intimidación para el resto de Grecia no podía ser más claro. En una carrera frenética para que no las marcasen igualmente para la destrucción, muchas ciudades cumplieron con las demandas de los emisarios imperiales, e incluso aquellas que rehusaron la ofrenda de sumisión contaban con alguna facción a favor de los persas, o se negaban de modo más bien ambiguo. No parecía imposible que, durante aquel lúgubre otoño señalado por el miedo, toda Grecia estuviera a punto de caer en el regazo de Jerjes como una fruta demasiado madura.

Ésa era naturalmente, la peor de las pesadillas para los espartanos y los atenienses, quienes no tenían otra alternativa que luchar. Con la esperanza de vigorizar los recursos y conseguir el apoyo de los suyos, también ellos enviaron embajadores que exhortasen a sus compatriotas griegos a tomar las armas y asistir a una conferencia de guerra en Es-

parta. Tal vez fuese aquélla una ubicación lógica, pues sería la Liga del Peloponeso la que pudiera prestar apoyo a cualquier ejército aliado, pero los espartanos, nerviosos ante la posibilidad de alejar a las ciudades que no pertenecieran a la Liga, y mostrando un cuidado inusual hacia sus sensibilidades, tuvieron el detalle de llamar al lugar de la conferencia el «Helenión»; «el edificio de las naciones unidas de Grecia».[43] Y no se trataba de un gesto vacío. Muchas de las ciudades que habían decidido enviar delegados a Esparta estaban todavía en guerra entre sí, y, de modo sorprendente, cuando se propuso que tales conflictos fuesen solucionados, todos se mostraron de acuerdo. Egina, por ejemplo, que desde el principio estaba decidida a luchar contra el invasor, hizo la paz con Atenas, e incluso se apuntó la posibilidad, bastante real, de unir sus barcos en una sola flota con los de su vieja y amarga enemiga.

Claro que eso no significaba que el nuevo espíritu de armonía no tuviese sus límites. Cuando Temístocles, señalando la contribución desproporcionada que su ciudad haría a la flota aliada, reclamó el comando general de la misma, los eginenses se unieron a los delegados de otras ciudades de antigua tradición marítima, como Corinto y las ciudades de Eubea, para acallar sus aspiraciones. De modo heroico y tan pragmático como de costumbre, el almirante ateniense se tragó su orgullo. Tal vez tuviese una vanidad enorme, pero su determinación de convertirse en el salvador de Atenas era incluso mayor. Temístocles no era el tipo de hombre que permitiría que el egoísmo nublase su inteligencia o su insólita habilidad de penetrar en la mente de los demás; con la capacidad de comprensión que le proporcionaba su naturaleza intrigante, Temístocles podía ver que los griegos sólo tenían una esperanza de sobrevivir, consistente en «poner fin a sus conflictos internos, reconciliar a las ciudades y

dejarse persuadir para unirse a la causa común de derrotar a Persia».[44] Al reconocer el peligro de que ninguna flota aceptase recibir órdenes de un almirante de otra ciudad, Temístocles hizo una sugerencia magistral: que el liderazgo de la flota aliada se le diese a un pueblo sin una gota de sangre marinera en las venas. Así fue cómo los espartanos, que ya habían reclamado el comando general de las fuerzas de tierra, fueron investidos también con el mando de la flota. Un recurso amargo para Atenas, pero como Temístocles sabía muy bien, una ciudad podía recibir golpes bastante más duros que una simple magulladura en su amor propio.

Ahora que la estructura de mando, pese a lo vaga que pudiera resultar, quedaba establecida con éxito, los aliados podían comenzar a establecer planes. Ante ellos había dos retos importantes. El primero, evidente para todos los delegados presentes en el Helenión, era la necesidad de aumentar el número de tropas. De las alrededor de setecientas ciudades de la Grecia continental, apenas treinta habían enviado delegados a Esparta. A los ausentes notorios, como los argivos habría que convencerlos de alguna manera de sumarse a la causa común; había que apoyar a las facciones de ciudades neutrales como Tebas que estuviesen a favor de una alianza. Y fue así como se decidió usar la estrategia de la zanahoria atada al palo y la zanahoria. Por una parte, se acordó enviar embajadores a Argos y a todas las ciudades que hasta el momento habían permanecido apartadas de la alianza; por otra, una proclama advertía que a quienes fuesen culpables de medizar se les confiscaría un décimo de sus ingresos como castigo a su traición. Y dado que los aliados, sin duda, necesitarían tanto de la ayuda divina como de la asistencia humana en aquella empresa, piadosamente se acordó que todo lo confiscado sería «para el dios en Delfos».[45]

No había nada de ingenuidad en esta esperanza de que Apolo se dejase sobornar y con él, su oráculo. Al contrario, lo que se revelaba allí era uno de los temores mejor fundados de los aliados porque todos ellos eran hombres prácticos y sabían que los espías persas estaban en todas partes, y que en secreto ofrecían regalos de oro por aquí y susurraban promesas de favor del Gran Rey por allá, al mismo tiempo que se esmeraban en arruinar la voluntad de los griegos desde dentro. Y ante esa campaña de espionaje, los aliados tenían que encontrar alguna manera de asestar un contragolpe. De allí el segundo reto que se planteaba a los aliados: infiltrarse en el territorio del Rey de Reyes.

Los griegos, pese a todas sus bravuconadas, apenas tenían idea de la verdadera magnitud de lo que se les venía encima. Sólo con mucha inteligencia podrían empezar a formular una estrategia, y para eso se necesitaban agentes secretos. De modo que se escogieron tres espías y se les asignó una misión: viajar a Sardes y tomar notas de todo lo que vieran. Si lograban hacerlo sin que los capturasen, permitirían a los aliados tener una comprensión infinitamente más amplia de sus riesgos y oportunidades, y de acuerdo con ello trazar sus planes una vez que llegara la primavera, cuando habían acordado reunirse de nuevo.

Finalizada la conferencia, los delegados empezaron a intercambiar saludos y a volver a casa. Mientras tanto, los tres agentes ya estaban de camino al puerto más cercano para abordar un barco en dirección a Jonia. La primavera y la temporada de campaña se encontraban todavía a unos meses vista, pero al menos los aliados griegos ya podían sentir que habían dado el primer golpe contra el Rey de Reyes y su invasión a Grecia.

La deshonra de Europa

Antes de la llegada de los persas, el Egeo había sido un lago griego. Pero para el invierno del año 481 a. J. C., cuando Jonia ya había sido mutilada y se ocupaba en calcular el ruinoso coste de la rebelión, Mileto se encontraba reducida a la renegrida cáscara de su anterior grandeza y Naxos y las otras islas llevaban ya una década sometidas al ejército de Datis, el viaje de aquellos tres espías desde el Peloponeso fue un recorrido por aguas enemigas. Cuanto más se acercaban a Asia, más perturbador se tornaba el trayecto. Por todas partes podían verse las muestras de la pavorosa magnitud de los preparativos de Jerjes. El invierno se estaba acercando, pero las rutas de navegación estaban concurridas de un modo inusual para aquella época del año. Navíos procedentes de todos los rincones del Mediterráneo oriental llenaban los puertos de la costa jonia; los griegos se veían superados incluso en su propio terreno. Hacía trece años que la última flota de la Jonia libre había perdido su lugar en los mares en la batalla de Lade. Y ahora que faltaban unos pocos meses para la invasión de Grecia, los contingentes que tanto habían contribuido a la aplastante victoria del Rey de Reyes se encontraban de regreso en aguas jonias. Cualquier griego los habría reconocido con un estremecimiento de temor. Esbeltos, acorazados, bien dispuestos para las maniobras más sublimes, los trirremes que constituían la fuerza de choque de la flota de Jerjes tenían una reputación mortal. En todas partes se reconocía a los marineros que los tripulaban como los más diestros del mundo. «Tus fronteras están en el corazón del mar», como dijo el profeta Ezequiel.[46] Se refería a la ciudad de Tiro, pero podría haberse referido a su vecina más rica, Sidón, o también a Biblos, o a cualquiera de los grandes baluartes comercia-

les de las islas o de los puertos situados lo largo de la costa de lo que hoy en día es el Líbano. Aquellas ciudades se preciaban de su independencia, pero para muchos extranjeros aquel detalle resultaba una sutileza inútil. Los griegos preferían concebir a todos los ciudadanos de aquellos puertos como una sola y pérfida tripulación: *Phoinikes,* fenicios.

Este nombre, que se deriva casi con toda seguridad *de phoinix,* vocablo griego que significa «púrpura», reflejaba la misma mezcla de admiración y desprecio con la que acostumbraban referirse a cualquier pueblo que encontrasen amenazante. Admiración porque el tinte púrpura que los fenicios elaboraban a partir de ciertos moluscos era el color del refinamiento, y privilegio, un producto de lujo internacionalmente deseado que había ayudado a llenar los cofres pletóricos de Tiro y de Sidón. Y desprecio, también, pues resultaba muy vulgar, con todo, que se les pudiera definir por una mercancía. ¡Completa e irredimiblemente vulgar! «El amor del lucro, se podría decir, es una característica peculiar de los fenicios.»[47] Así gustaban de desdeñar los aristócratas atenienses. Esta caracterización de los fenicios como unos seres grasientos y codiciosos, prejuicio universal entre los griegos, inspiraba con igual facilidad el resentimiento y el desdén. Sin embargo, los mercaderes de Tiro y Sidón no eran los únicos que poseían aquella inclinación al lucro; eran muchos los griegos que la compartían y que se resentían profundamente de la competencia de los fenicios. No importaba lo lejos que viajaran, ni dónde buscaran nuevos mercados, materia prima o tierras para comerciar, ya que «aquellos celebrados marinos, agudos negociantes, las bodegas de sus negros barcos rebosantes con una carga de llamativas baratijas»[48] siempre parecían llegar primero.

Aquella rivalidad, que venía de lejos, llegaría hasta los límites del mundo conocido. Puesto que sus ciudades se en-

contraban cercadas por montañas como las de Grecia, los fenicios siempre tuvieron los ojos puestos en los amplios horizontes del mar. Ya en el 814 a. J. C., según se relataba, Elisa, princesa tiria, abandonó su tierra para dirigir una gran expedición de colonos que recorrería la costa norte de África hasta llegar frente a Sicilia, donde fundaría una «nueva ciudad», *Qart hadasht* (Cartago), destinada a convertirse en la mayor metrópolis de Occidente. Cuando unas décadas más tarde, los colonos de Eubea empezaron a dirigirse también hacia aquella región occidental, los tentáculos del comercio fenicio ya llegaban a España. Y pronto se empezarían a extender incluso más lejos, hacia el Atlántico y el ecuador, hasta las playas rodeadas por la jungla donde los cartagineses cambiaban sus baratijas por el oro de los desapasionados nativos.

Los griegos escuchaban las historias de aquellos viajeros con una chispa de envidia en los ojos y se percataban de lo atrasados que estaban en lo que concernía al mercado africano. Sin embargo, aunque la sofisticación de las redes comerciales de sus rivales les había dejado atrás en África y España, también ellos habían descubierto en Occidente una frontera rebosante de oportunidades. Aunque su primera colonia en la isla de Isquia, en la bahía de Nápoles, había atraído al principio el interés de los inversores fenicios, la sociedad con el viejo enemigo no resultó fácil y pronto degeneró en una confrontación abierta a lo largo de Italia y Sicilia. Entretanto, cada vez eran más los colonos griegos que llegaban a la zona en busca de una nueva vida, y su presencia empezaba a notarse. Sin pausa, una marea de colonización marítima llegaba de Eubea, de Corinto, de Megara, de Jonia, en una escala que no se vería superada hasta el descubrimiento de América, ocurrido al cabo de más de dos mil años. En el siglo VIII a. J. C., una ciudad se fundaba en

Italia o Sicilia cada dos años, y los nativos incluso habían empezado a hablar de una Magna Grecia.

Cuando la colonización en masa se vio reducida a un goteo, a mediados del siglo VI a. J. C., el salvaje oeste ya se encontraba a medias domesticado, y determinados a impresionar a los nativos que no habían podido esclavizar, los colonos adoptaron con toda intención un estilo ostentoso. Todo lo que hacían era de una escala monumental; en el nuevo mundo de los griegos, las murallas eran más vastas que en el viejo, los templos se alzaban con mayor grandiosidad y los colores brillaban con mayor fuerza y matices. Incluso los placeres humanos olían a intimidación en el oeste. En Síbaris, una ciudad situada en el arco del pie de la Italia meridional, objeto de horrorizada fascinación hasta para sus vecinos, los dandis se reclinaban con languidez en lechos de pétalos de rosa mientras se quejaban, arrastrando las palabras, de que aquello les provocaba ampollas. En la guerra, bastaba que sus caballos oyesen a los flautistas llamar a las falanges al combate para que se empezaran a agitar todos juntos, en perfecta sincronía, practicando sus pasos de danza. Incluso la ruina de Síbaris, cuando llegó, resultaría espectacular. Capturada en el 510 a. J. C. por una coalición de enemigos, la ciudad fue destruida por completo, borrada de la faz de la tierra, y de ella no quedaron ni los rastros. Tanto en el éxito como en el fracaso, el oeste se encontraba iluminado por un resplandor espeluznante y sensacional.



No sorprende que al reunirse en Helenión, los aliados hubiesen resuelto enviar una misión en la dirección opuesta a la de los espías que partían hacia el este. Los griegos occidentales tal vez sintieran entusiasmo por los lechos de pétalos de rosa y los bailes nocturnos, pero cuando estaban de ánimo, también eran soldados temibles. Un tirano de nombre Gelón, aventurero despiadado y exuberante que había tomado el poder del gran puerto siciliano de Siracusa hacía cuatro años, parecía el actor más adecuado para el rol de salvador de Grecia. Sus credenciales como hombre de acción eran tan impresionantes como perturbadoras: hasta el momento, y como si se tratase de un asirio, había acabado con tres ciudades vecinas, llevándose a sus poblaciones a Siracusa o vendiéndolas en el mercado de esclavos, y la escala de las flotas y ejércitos que había creado era casi oriental. En resumidas cuentas, el tipo de militarismo que más prometedor resultaba ante la amenaza del Rey de Reyes.

Excepto por el hecho de que ese mismo invierno del 481 a. J. C. se temía una crisis en la propia Siracusa. Gelón, que seguía avanzando con sus fanfarronadas incluso más hacia el oeste, en un intento de expandir su supremacía sobre toda Sicilia, había tenido que enfrentarse con otro bloque de poder rival situado al otro lado de la isla y compuesto, en su mayor parte, de colonias fenicias. Éstas, desesperadas, habían buscado un aliado y, como era natural, habían pedido ayuda a la más poderosa de las colonias fenicias, Cartago. Los príncipes mercantes que se encargaban de los asuntos de Cartago, sutiles y calculadores, observaban el avance de Gelón con una alarma cada vez mayor, de modo que recibieron a sus compatriotas sicilianos con los brazos abiertos. La oportunidad de derrocar al problemático tirano de Siracusa y al mismo tiempo permitirse un poco de expansionismo era demasiado buena como para dejarla pasar. Durante el otoño del 481 a. J. C., mientras los trirremes de Tiro y Sidón navegaban hacia el Egeo, los cartagineses empezaron a equipar su flota y a reclutar un peligroso ejército de mercenarios para enfrentarse con Gelón al llegar la primavera. Al parecer, tanto en el este como en el oeste, los fenicios se estaban agrupando. Y tanto en el este como en el oeste, serían los griegos quienes sufrieran toda la fuerza de su ofensiva de guerra.

¿Una coincidencia? Nadie en Grecia podía estar seguro. Pese a lo que pudieran descubrir en algunos puertos de su ruta, los espías enviados a Sardes no tenían la menor esperanza de interceptar las comunicaciones —si acaso existían— entre los cartagineses y el Rey de Reyes. De todos modos, la suspicacia a propósito del largo alcance de las intrigas fenicias resultaba natural para la mayoría de los griegos. Después de todo, si el alto mando cartaginés estaba colaborando con Jerjes e intentaba sincronizar sus invasiones ge-

melas, entonces los sospechosos más probables de hacer las veces de intermediarios tendrían que ser agentes de la ciudad madre, Tiro. No obstante, a algunos teóricos de la conspiración les inquietaba que la maldad fenicia no se limitase a eso. ¿Qué pasaría si la expedición del Rey de Reyes, la reunión de las hordas de Asia y el exterminio de la libertad que prometían no eran sino el clímax de un conflicto incluso más antiguo y persistente? «Los persas con conocimientos sobre la materia —se afirmaría con desnuda confianza después de la guerra— culpaban del conflicto a los fenicios.»[49] El odio entre Oriente y Occidente, entre Asia y Europa, entre bárbaros y griegos. Todo, según esta teoría, surgía de una sola fuente de perfidia.

Claro que imaginar a Jerjes como el instrumento de una maligna conspiración global planeada en Tiro era llevar la paranoia a sus extremos. El Rey de Reyes no iba a la guerra en nombre de nadie que no fuese él mismo, y los fenicios, al igual que cualquier otro pueblo sometido, eran sus esclavos. Estaban obligados a pagarle tributo, a aceptar a un sátrapa y, además, cuando navegaban a la guerra, tenían que someterse a la autoridad de un cortesano persa sin experiencia alguna en las artes de la navegación. Pero eso no quería decir que los fenicios carecieran de influencia en el alto mando. Dejando de lado a los persas, no había quizás otro grupo nacional en sus dominios con un acceso tan directo a los oídos reales. Los reyes de Tiro y Sidón eran perfectamente conscientes de que la expedición del Gran Rey sería un fracaso sin la entusiasta participación de sus flotas. Así había sido siempre. Cuando Cambises fundó la marina de guerra imperial, pronto descubrió los límites de su nuevo juguete. Al ordenar un ataque contra Cartago, fue sorprendido por el veto fenicio a sus planes, «bajo el principio de que sería antinatural ir a la guerra contra sus propios hi-

jos».[50] La lección de esta sorprendente muestra de lesa majestad fue una que los estrategas persas asimilaron con prontitud. Aunque fuese posible obligar a los contingentes de otros súbditos a ir a la guerra, la prudencia recomendaba manejar a los fenicios con mayor diplomacia. Aunque fuesen esclavos, a veces resultaba contraproducente restregarles su condición en las narices. Mejor no hacerlos navegar como conscriptos, sino como participantes entusiastas de la causa del Rey de Reyes o, en resumidas cuentas, hacerles creer que sus propios intereses estaban en juego.

Por supuesto, así era en la campaña de Grecia. Los fenicios, que habían proporcionado la mayor parte de la flota de Lade, se habían beneficiado con creces de la destrucción de Mileto, una ciudad que había sido centro de comercio al igual que Sidón o Tiro. Si Atenas quedaba también devastada, y si Corinto y Egina resultaban neutralizadas, la promesa de futuro de los negocios fenicios brillaría como nunca. Por ello, el entusiasmo en las cancillerías de Tiro y Sidón ante la guerra del Gran Rey no tenía límites. Los fenicios trajeron consigo al Egeo trescientos navíos, más de los que contaba la flota entera de Atenas. Y aquellas naves no habían sido fabricadas con prisas: Sidón, que competía con Corinto como lugar de origen del trirreme, había estado en la vanguardia de la innovación náutica durante siglos. Los remeros atenienses, que en muchos casos apenas tenían unos meses de práctica, tendrían que medirse con los mejores en su primera batalla.

Y, de modo aterrador, se verían también superados en número. Lejos estaban los fenicios de ser el único pueblo que había enviado una flota en respuesta a la convocatoria del Gran Rey. Egipcios y jonios destacaban entre otros por ser casi tan hábiles con el remo como los sidonios. Cierto, ambos pueblos provenían de satrapías con un pasado de re-

beliones, y mientras fisgoneaban por el puerto, es posible que los tres agentes griegos pudieran encontrar alguna esperanza en este hecho. Pero de haber sido el caso, se engañaban. El almirantazgo persa, que se había visto sorprendido durante los primeros días de la revuelta jonia, había aprendido también a no descuidar sus espaldas, de modo que el mando de los egipcios y de los jonios se colocó directamente en manos de dos hermanos de Jerjes, y sólo marinos de probada lealtad tripulaban los barcos de la armada. ¿Por qué se arriesgaría alguien de la flota del Gran Rey a amotinarse y buscar su propia aniquilación? ¿Acaso por el beneficio de los atenienses que de todos modos estaban condenados más allá de toda duda? Durante aquel invierno, nadie en los puertos de Jonia tenía dudas a ese respecto. La abrumadora flota pronto empezaría a navegar a lo largo de la costa del Egeo, destruyendo todo lo que encontrara a su paso. Los espías griegos habían contado 1.207 trirremes: una cifra de precisión reveladora.[51] Si tan vasta flota de navíos se dirigiría a Grecia, y si lograría llegar sin sufrir pérdidas a causa de las tormentas de verano eran preguntas que sólo podría responder el desarrollo de la campaña. Sin embargo, aunque el Gran Rey perdiera un cuarto de su flota, o incluso la mitad, la pelea estaría demasiado lejos de la igualdad. Para los espías griegos, un hecho simple y brutal se tornaba en una clara amenaza: al llegar el verano, los aliados tendrían que enfrentar la mayor fuerza jamás vista en el mar.

¿Y por tierra? Una visita a Sardes bastaba para responder a aquella pregunta. Los agentes griegos se dieron prisa y, a su tercer día de viaje desde la costa pudieron ver ante ellos una ominosa nube de humo que oscurecía las montañas plateadas que se erguían hacia el este. Pronto, cuando se acercaban a su destino, comenzaron a distinguir unos

grandes montículos de tierra, el cementerio de los antiguos reyes de Lidia, y entonces, a través de la bruma, se reveló tenuemente la propia Sardes, con los rojos acantilados de la acrópolis enmarcados por las altas murallas y coronados por el monumental palacio de Creso. Sin embargo, las banderas que ondeaban sobre las almenas de la ciudad, unas con «la imagen del sol encerrado en un cristal» y otras, el estandarte real de batalla, bordadas con la imagen de un águila dorada,[52] eran dignas de un monarca mucho más poderoso de lo que pudo haber sido Creso, y la prueba de aquella grandeza se extendía a lo largo de kilómetros sobre la planicie, ante la turbada mirada de los agentes griegos. El humo que habían visto a lo lejos se elevaba de las hogueras del campamento. Miles y miles de hogueras. Agrupadas en sus tiendas, practicando con su extraño armamento o farfullando sus lenguas impenetrables, las multitudes del ejército del Gran Rey parecían conjuradas en un mundo más extraño y bárbaro de lo que la mayoría de los griegos se había permitido imaginar. Los más lúgubres presentimientos de los espías parecían confirmarse: los más remotos rincones de Asia y África se habían vaciado. Millones y millones de soldados caerían sobre Grecia en pocos meses.

O eso parecía. En realidad, contar tan monstruosas hordas —o siquiera tratar de hacer un cálculo estimado— no era tarea fácil, e incluso antes de que pudieran empezar a sacar sus cálculos, los espías fueron descubiertos y detenidos. Los habían arrestado militares, no agentes de inteligencia, así que no se les ocurrió nada mejor que torturar a sus cautivos y condenarlos a muerte. Cuando la sentencia estaba a punto de cumplirse, algunos capitanes de la guardia personal del Gran Rey llegaron a toda prisa y ordenaron libertar a los prisioneros, a quienes se condujo, dando tumbos, hasta la acrópolis, a los rincones más privados del pala-

cio, donde, para su perplejidad, los tres espías fueron interrogados, en persona, por el Gran Rey. Al acabar, se les escoltó en una visita completa por el campamento imperial, y sólo una vez que tuvieron copiosas notas de aquello, se les envió, finalmente, de regreso a Grecia.

Tal como el Gran Rey había anticipado, los informes que llevaban consigo sólo se valían de superlativos espeluznantes, y es que lo que se había mostrado a los espías era nada menos que el espectáculo del dominio mundial, en cuyo corazón residía la fuerza de choque de la guardia del Gran Rey, los mil soldados que lo atendían personalmente y que lucían manzanas de oro en los extremos de sus lanzas, amén de los nueve mil, escogidos asimismo con gran cuidado, y cuyas lanzas ostentaban manzanas también, esta vez de plata; una fuerza de guerreros de choque conocidos como los «Inmortales», «pues si uno de ellos moría o enfermaba, un reemplazo avanzaba de inmediato para llenar su lugar en las filas».[53] A continuación estaban los contingentes de élite de la caballería persa y de otras varias naciones súbditas como Media, Bactriana, India y las estepas de los lacios, pues aunque el Gran Rey carecía de infantería pesada para medirse con los hoplitas de armadura de bronce de Atenas y Esparta, disponía de inmensas cantidades de carne para las lanzas: contingentes exóticos que, en circunstancias normales, no parecerían a los griegos más que un enemigo lastimoso pero que si avanzaban en grandes torrentes de humanidad, podrían arrastrar consigo cualquier muralla de escudos que encontrasen en su camino. En todo caso, fue así como se comunicó en Grecia, pues los tres espías, echando mano de sus propias y maravilladas estimaciones del número de tropas del Gran Rey tanto como seguramente dependían de las cifras provistas con amabilidad por los guardas persas, se encontraron en efecto hablando de millones. Un

millón setecientos mil, para ser precisos, y ese total no tenía en cuenta los contingentes que el Gran Rey pensaba reclutar mientras avanzara por Tracia y Grecia.

Tales cifras, tan colosales que prácticamente resultaban absurdas, eran casi sin duda una grotesca exageración. Forzados a hacer un cálculo, la mayoría de los historiadores calcularían que el ejército bajo el mando de Jerjes estaría más cerca de las doscientas cincuenta mil personas.[54] Pero incluso esa cifra representaba una fuerza invasora mayor que cualquier otra que se hubiese organizado previamente; y no sorprendería que la maquinaria de propaganda persa, procurando que los griegos entrasen en un estado de pánico y los dominase la desesperación e incluso, tal vez, se rindieran, hubiese dado a los agentes información falaz. Prestidigitación estadística, pues, del tipo que una hábil burocracia puede llevar a cabo incluso mientras duerme, pero no por eso constituía un fraude. No al menos, bajo ningún concepto, de acuerdo con la manera de pensar del Gran Rey. En realidad, el mensaje que proclamaban era que el mundo entero se encontraba unificado bajo su estandarte y que sólo los estados terroristas más rancios podían atreverse a desafiarlo.

Y era para defender la Verdad, después de todo, que Jerjes se sentaba en su trono. Aunque las consideraciones de geopolítica, el sentido del deber hacia su padre y la ambición personal habían tenido que ver con la decisión de que Atenas fuese incinerada y Grecia conquistada, razones más profundas sustentaban todo aquello. «Todo lo que hago, lo hago por el favor de Ahura Mazda.» Aquello se complacía Jerjes en proclamar, al igual que se había complacido Darío antes de él. «Cuando hay un deber que debe cumplirse, es Ahura Mazda quien me brinda ayuda hasta que el deber se ha cumplido.»[55] Sobre el ejército imperial que se embarca-

ba en el reto supremo del reino de su amo podía verse la aureola de lo divino. El dios de la luz era concebido como una presencia constante durante la campaña y, naturalmente, Ahura Mazda no se representaba como los pueblos gustaban de representar a sus dioses, en la forma de un vulgar ídolo o de una imagen pintada. La ausencia, portentosa y rodeada de misterio, servía en su lugar. Era por ello que un carro de guerra decorado de manera espléndida debía acompañar al ejército hasta Grecia, guiado por un cochero que, a pie, llevaba las riendas desde atrás. Pero el carro debía ir vacío «porque no existía el mortal que pudiera ocupar su lugar en el trono que era aquel carro».[56] De él tiraban ocho caballos blancos de espléndida belleza y tamaño, traídos especialmente de Sardes. Otros tantos se adelantarían en el camino y algunos más deberían arrastrar el carro del propio Jerjes. Estas criaturas estaban naturalmente tocadas por lo sagrado, pues provenían de la llanura de Neseo. Había sido allí donde —el primer día del señalado reino de Darío, cuando el asesino del falso mago había abandonado el fuerte de Sikyavautish y había elevado su daga sangrienta para anunciar que toda Persia y sus dominios habían sido purgados de la Mentira— los caballos blancos habían relinchado a modo de saludo al nuevo rey. Ahora, lejos de Neseo, otros caballos de la misma raza tiraban del carro del hijo de Darío y pronto presenciarían la sumisión de la endemoniada Atenas a la Verdad, y de toda Grecia con ella.

Si la razón de ser del mundo era que Jerjes conquistase, como le habían educado para creer, pues también existía para ser mejorado. Un jardinero entusiasta como el rey persa sabía muy bien que antes de que un paraíso se pudiera dar por completado debía estar libre de hierbajos, en completo orden y belleza. Resultaba significativo que incluso al embarcarse en una brutal campaña de destrucción, el amor

de Jerjes por el mundo natural y el aprecio que sentía hacia sus glorias no le dejaran nunca. Cuando se acercaba a Sardes, Jerjes había avistado un plátano de una belleza extraordinaria y había hecho detener la marcha del ejército para admirarlo. Se ordenó a uno de los inmortales que se apartase del destacamento y le sirviese de guardia al árbol, y piezas de oro del tesoro móvil de la expedición fueron colocadas en sus sinuosas ramas. Sin duda, el Gran Rey quitaba, pero también daba.

Y no sólo a los árboles. Cuando cuidaba del jardín que era el mundo de su enorme imperio, Jerjes se complacía en los sirvientes que le eran leales y los recompensaba con regalos suntuosos, del mismo modo en que había recompensado al árbol. «¿Qué trajes puede haber que se comparen en belleza con los que el rey ofrece a sus amigos? ¿Quién ofrece regalos tan distinguidos como estos brazaletes, collares y caballos de ornadas monturas de oro?»[57] La expedición de Jerjes a Europa estaba destinada a mostrar el despropósito en que consistía el desdeñar el favor del Gran Rey, aunque también tenía un objetivo más pacífico. Las satrapías más remotas, que de modo tan cruel habían estado privadas hasta ese momento de la presencia real, ahora podrían disfrutar del supremo privilegio de honrar al Rey de Reyes en persona. Mientras Jerjes galopaba por los pueblos, sus súbditos flanqueaban los caminos, arrojaban flores ante el estrépito de los cascos de los caballos de Neseo y se postraban en el polvo; los sirvientes que seguían el curso de su amo reunían regalos y peticiones; los guardias azotaban con sus látigos a las multitudes que gemían y sollozaban, asegurándose de tal modo que no olvidasen cuál era su lugar ni siquiera cuando el éxtasis los dominaba. Naturalmente, no había nada que los súbditos del Gran Rey, fuesen campesinos o plutócratas, pudiesen ofrecer a su señor y que

ya no fuera suyo, pero al iluminar con el favor real a aquellos que se humillaban ante él, Jerjes podía ser gracioso y magnánimo. «De la manera más generosa —le gustaba alardear— pago a aquellos que gracias a mí están bien.»[58] Si tan sólo se sometiesen a la majestad del Gran Rey, incluso los griegos podrían aspirar a unas ganancias como las de Demarato, extravagantes honores y regalos. Allí se encontraba la esencia de la simbiosis de la monarquía global: incluso el propio Jerjes tenía que plantar para poder cosechar.

Lo cual no implicaba que, por el bien del jardín, a veces no hubiese que podarlo, y es que los siervos, a diferencia de las plantas, en ocasiones podían tornarse presuntuosos. Poco antes de atisbar el árbol que lo había sorprendido de tal manera con su belleza, Jerjes había sido recibido por Pitio, el lidio reputado como plebeyo más rico del imperio. Unos treinta años hacía que aquel mismo magnate, sensible a los gustos de sus señores persas, había obsequiado a Darío con un árbol de plátano hecho de oro. Ahora, al recibir a Jerjes, no sólo se había ocupado de alimentar a todo el ejército del Gran Rey, sino que además había prometido financiarlo. Jerjes había rechazado su oferta al vuelo, pero había quedado encantado, y durante todo aquel invierno, Pitio y sus cinco hijos disfrutaron del más honorable favor real. El propio Pitio fue cargado de obsequios, y a todos sus hijos se les asignaron altos cargos militares. Fue entonces cuando con la llegada de la primavera a Sardes, y por lo tanto del momento propicio para que Jerjes y su fuerza expedicionaria partieran rumbo a su gran empresa, la consternación se apoderó repentinamente de los persas: un eclipse había ocultado el sol y había dejado al mundo en la penumbra. Aunque los magos aseguraron pronto a su ansioso amo que aquello no anunciaba la ruina de su expedición sino de los

griegos, Sardes se vio perturbada por un oscuro presentimiento. El viejo Pitio, tan «aterrado con aquel portento del cielo»[59] como lo estaría cualquiera, se atrevió a suplicar al Gran Rey que dispensara a su hijo mayor de ir a Grecia, un error terrible y fatídico. No habría sido posible formular una petición más escandalosa en el momento en que el propio Jerjes se estaba preparando para enfilar hacia el peligro junto a todos sus «hijos, hermanos familiares y amigos».[60] Aunque el Gran Rey, mezclando la piedad con los duros dictados de la justicia, se contuvo y le perdonó la vida a su antiguo favorito, su impertinencia era algo que no podía excusar. Fue así cómo se mandó detener, ejecutar y partir por medio al amado hijo mayor de Pitio, y mientras el ejército se formaba para marchar hacia el norte por el Helesponto, las dos mitades del cuerpo fueron exhibidas una a cada lado del camino de Sardes. «Y todo el ejército, al iniciar su avance, tuvo que pasar entre las dos mitades del cuerpo del joven.»[61]

Una despedida poco alegre, se podría haber pensado. De hecho, aquella ofrenda sangrienta, macabra y tan repulsiva transmitía a los contingentes que por allí pasaban un poderoso mensaje de consuelo: las exigencias rituales y la justicia habían condenado al hijo de Pitio. El sacrificio de una vida humana era un acto preñado de una magia prodigiosa, una magia que Jerjes, que sólo deseaba purificar a su ejército, se había atrevido a utilizar. El Gran Rey, que confiaba en el juicio de los magos, según los cuales el eclipse había sido un portento favorable, había dejado a un lado sus propias dudas sobre si se trataba de un mal augurio, pero al ver que Sardes se encontraba tan perturbada por las sombras, supo que lo mejor era jugar sobre seguro. Ahora que sus tropas se preparaban para aventurarse en el territorio ignoto de un nuevo continente, podían hacerlo confiando en que no ha-

bía nada que su rey estuviese dispuesto a escatimar en su camino a la victoria.

Por lo demás, mientras se acercaba a Europa, Jerjes no descuidaba la manipulación de las supersticiones del enemigo. Tal vez fuese devoto adorador de Ahura Mazda, pero Jerjes poseía el tradicional genio persa para sacar provecho de la sensibilidad religiosa de los pueblos extranjeros. Fue por ello que, al llegar al Helesponto, no desdeñó la oportunidad de hacer una pausa en su viaje y explorar un paraje que debe de haberle parecido poco más que una serie de montículos cubiertos de hierba, pero que para los griegos tenía un significado infinitamente mayor. Se trataba de Troya. Y al ordenar a los magos que hiciesen libaciones en ese lugar, Jerjes estaba reclamando el rol que los griegos, amedrentados, en realidad ya le habían otorgado: la némesis de la matanza causada por Agamenón. El Rey de Reyes tenía en sus manos la venganza de la muerte de todos los asiáticos caídos en el polvo troyano. Y al igual que había ocurrido una vez con Troya, Atenas y Esparta pronto iban a arder.

Entonces, mientras los Pisistrátidas sin duda susurraban serviciales palabras de ánimo, se condujeron mil bueyes a lo alto de la colina y allí se los inmoló en una ofrenda a Atenea. Tomando en cuenta el bien conocido odio de la diosa hacia los troyanos, aquello podía parecer un gesto equivocado, de no ser por el hecho de que, al mostrar su respeto por la protectora de Atenas de un modo tan extravagante, Jerjes estaba enviando a los atenienses un mensaje muy claro. La Atenea que adoraban en su ciudad no era una diosa del Olimpo, sino un demonio que había adoptado su forma, uno de los *daivas,* un sirviente de la Mentira. El Rey de Reyes, a pesar de su compromiso con la quema de la Acrópolis, no era enemigo de la diosa verdadera, cuyo culto, en

compañía de los Pisistrátidas, pronto iba a restaurar. Sólo una vez que Atenas estuviese bajo el dominio persa Atenea podría regresar a su antiguo hogar, y ese momento, en la primavera del 480 a. J. C., se estaba acercando.

Y es que desde la cumbre de Troya, el Gran Rey podía ver al fin, más allá de la planicie en la que tantos griegos y troyanos habían peleado y caído, el fatídico resplandor del Helesponto. Y más adelante, en el estrecho marítimo de apenas un par de kilómetros que separaba Asia y Europa, dos cadenas gemelas de pontones lo esperaban con sus inmensas ataduras, que mantenían unidos los dos continentes contra viento y marea. Era cierto que aquel invierno un vendaval particularmente feroz había arrastrado consigo dos modelos previos de aquel puente, pero el alto mando persa había hecho decapitar algunos ingenieros *pour encourager les autres,* y puesto que no eran barcos y mano de obra lo que faltaba, pudieron reparar los daños sin demora. Incluso parecía que el Helesponto había aprendido a comportarse. Habían bastado unos cuantos latigazos simbólicos y unos grilletes arrojados al agua; el mar había permanecido en paz desde entonces. Ahora, mientras Jerjes descendía por la colina cubierta de pasto de Troya, todo estaba preparado para su paso. Su ejército se encontraba formado a lo largo de las playas y llanuras de Abidos, la ciudad más cercana a la cabeza del puente; su flota se deslizaba ya hacia el estrecho, y sus remos batientes se trababan con los peces. Los nativos habían acertado en el tipo de regalo de bienvenida que podía resultar aceptable para un monarca del mundo y habían erigido un trono de mármol blanco en un promontorio que dominaba el impresionante paisaje. Al llegar, el Gran Rey tomó asiento para admirar la vista.

«Sentado allí, miraba hacia la playa, y contemplaba su ejército y sus naves… Al ver todo el Helesponto cubierto

de naves y llenas de hombres todas las playas y las llanuras de los abidenos, entonces Jerjes se tuvo por bienaventurado.»[62] El mundo entero se encontraba ante Jerjes. Aquél era un espectáculo de indiscutible dominio universal, como ningún rey hubiese orquestado antes. También era un espectáculo de intimidación porque tal vez la puesta en escena fuera extravagante y su teatralidad intencional, puesto que allí se reunían tropas venidas de todo el mundo, pero el desfile, bajo toda la parafernalia, enseñaba unos dientes feroces. Incluso en el éxtasis del momento, el Gran Rey se preocupaba por demostrar que la calidad le entusiasmaba tanto como la cantidad, y fue así como envió mensajeros a los diferentes contingentes navales con la orden de ofrecer una demostración de sus destrezas en una regata. Una vez que se hubo celebrado la competición, que inevitablemente habían ganado los sidonios, se dio orden de que los preparativos para cruzar el estrecho empezasen de inmediato.

Los preparativos llevaron toda la tarde y la noche y, finalmente, cuando el horizonte se iluminaba por la derecha, los Inmortales, que llevaban coronas de flores y sostenían sus lanzas con la punta hacia abajo, se formaron en filas muy juntas a un lado del puente oriental. En la distancia, desde el otro puente, se escuchaba el sonido de las bestias de carga, el rebuzno de las mulas, los quejidos de los camellos y, por encima de aquellos sonidos, el perfume de incienso de los resplandecientes braseros se elevaba para recibir a la aurora. El Rey de Reyes se adelantó a los Inmortales y, marchando sobre ramos de mirto, se aproximó hasta el borde del puente. Más allá del estrecho, la silueta de Europa se perfilaba mejor a cada minuto, hasta que, desde el este, el primer rayo de luz tocó el Helesponto. Jerjes derramó entonces el vino de una copa dorada en el mar y elevó una plegaria a los cielos suplicando el éxito de su gran empresa.

Cuando hubo terminado, arrojó la copa a la corriente negra, luego un cuenco dorado y, finalmente, una espada. La ceremonia había concluido y ya podían empezar a cruzar. El sol, que tocaba las filas de los Inmortales mientras avanzaban por el puente que rechinaba bajo sus pies, se reflejaba en las manzanas doradas y plateadas de sus lanzas, de modo que, a medida que avanzaban, parecían puntos de luz en movimiento.[*]

Siete días fueron necesarios para que la fuerza expedicionaria salvara el estrecho desde Asia hasta Europa. El ejército cruzó el pontón oriental y las caravanas de carga el occidental, pero nadie sabe con certeza cuándo atravesó el puente el propio Jerjes. Algunos dicen que fue en el segundo día, otros que fue el último hombre en cruzarlo. Sin embargo, lo cierto es que la expedición pasó el Helesponto sin problemas y que ese logro, para quienes lo presenciaron, parecía la obra de un dios más que una hazaña humana. «¿A qué fin, oh Zeus —se cuenta que exclamó un nativo al ver al Rey de Reyes cruzar el estrecho— en forma de persa y con nombre de Jerjes en lugar del de Zeus, quieres asolar a Grecia conduciendo contra ella todos los hombres? Pues tú sin ellos podías hacerlo.»[63]

Poniendo límites

Al mismo tiempo que Jerjes dejaba Sardes, una delegación de Esparta se dirigía hacia el norte para participar en el congreso de los aliados en el istmo, pero seguro que el estado de ánimo de aquellos hombres era bastante menos alegre que el del Gran Rey. Los espartanos, incluso en los mejores momentos, tendían a ser malos viajeros, y la primavera del 480 a. J. C., qué duda cabía, no era la mejor de las épo-

cas. La noticia de que casi dos millones de bárbaros se dirigían a Esparta debió de darles material de sobra para reflexionar. Pero ni siquiera el temor a la invasión podía eclipsar por completo un motivo de paranoia más tradicional para los espartanos. Huraños tan provincianos en sus temores como en muchos otros rasgos, el temor supremo de aquellos hombres había sido siempre la revuelta en su propio territorio. Incluso llegada la primavera, los ilotas, a quienes se mantenía en la ignorancia de todo lo que no fuese un hecho relacionado específicamente con la servidumbre, poco sabían acerca de la inminente llegada del Gran Rey. Pero no todos los habitantes de la región eran igual de indiferentes a todo aquello, y en las ciudades hacía tiempo subordinadas, y por lo tanto resentidas hacia Esparta, la posibilidad de sustituir el dominio de una superpotencia local por una soberanía global propiciaba agudos cálculos. De camino al congreso del istmo de Corinto, la delegación espartana iba dejando atrás ciudades cuyos pobladores, según se decía, estaban medizando. Una de éstas, justo dentro de la frontera con Tegea, era Carias, un pueblo ligado de un modo tan íntimo al resto de Lacedemonia que las jóvenes espartanas iban a bailar allí con frecuencia. La propia Tegea, en años recientes, había mostrado una preocupante tendencia a la insubordinación, llegando incluso a permitirse ocasionales «choques abiertos con Esparta».[64] Aquello, sin embargo, era un motivo menor de preocupación si se tenía en cuenta a Sepea, la enemiga más amarga y venenosa de Esparta, tal vez diezmada por la última matanza, pero todavía hambrienta de venganza y de lo que concebía como un derecho de nacimiento: el dominio del Peloponeso. Mientras se dirigían hacia el norte, a Corinto, los delegados espartanos difícilmente habrían podido evitar una mirada de angustia en dirección de Argos.

Hay que admitir que los argivos habían adoptado una postura escurridiza y todavía no se habían comprometido con la causa del Gran Rey de manera abierta. Pero tampoco —y de ello estaban penosamente al corriente los espartanos— se habían sumado a la causa aliada. Aquel invierno, cuando los representantes espartanos llegaron a Argos y conminaron a los argivos a sumarse a la causa, éstos respondieron con unas demandas que sabían imposibles: una tregua de treinta años y una participación en el mando. Las negociaciones fracasaron de inmediato, se condujo a los embajadores espartanos a la frontera y se les advirtió que si enviaban otra misión, aquello se tomaría como un acto hostil. Pues «antes quisieron ser dominados por los bárbaros que ceder en nada a los lacedemonios».[65]

Una declaración de neutralidad que, para los espartanos, resultaba tan alarmante como una amenaza. Incluso antes de la primera conferencia aliada en Helenión, ya se sospechaba lo peor de Argos, y con razón. Y mientras los argivos, para justificar una neutralidad tan poco gloriosa, podían esgrimir una advertencia de Delfos («cuidaos y mantened vuestras lanzas bien guardadas»),[66] los espartanos, por su parte, «con la primera agitación de la guerra», decidieron solicitar también un pronóstico a largo plazo de Apolo. Al regresar del oráculo, los pitios traían a sus majestades Leónidas y Leotíquides el más alarmante de los mensajes.

> *Vuestro destino, oh habitantes de los anchos campos de Esparta,*
>
> *Es ver a vuestra grande y famosa ciudad destruida por los hijos de Perseo.*
>
> *Eso, o todos aquellos que habiten dentro de las fronteras de Lacedemonia,*

Deberán hacer duelo por la muerte de un rey del linaje de Hércules.[67]

La profecía daba para cavilar. No sólo porque Leónidas y Leotíquides parecían haber recibido una sentencia de muerte, sino porque, además, la descripción del apocalipsis que aplastaría a Esparta entrañaba la típica y amenazante ambigüedad délfica. ¿Quiénes eran exactamente los hijos de Perseo? ¿Los persas? ¿Los argivos? ¿Ambos? Que la conferencia de primavera de los aliados se realizara en el istmo, a medio camino entre el Peloponeso y la Grecia del norte, sólo servía para que la pregunta se tornase más inquietante y urgente. A la delantera de los embajadores, todavía en las lindes de Asia pero cada día más cerca, se encontraban los persas, y tras de ellos, cuidándose las espaldas, los argivos. Todos hijos de Perseo. Resultaba poco sorprendente que los delegados espartanos estuviesen alterados.

Si Leónidas o Leotíquides se encontraban entre los embajadores no lo sabemos. No era práctica habitual de los reyes espartanos formar parte de sus propias comitivas, pero Leónidas en particular, como representante de un linaje real más antiguo, era el supremo comandante aliado, y con seguridad habría querido recibir en persona cualquier novedad estratégica. Si llegó a participar en las reuniones del istmo, seguramente la experiencia le habría desanimado. Pese a las grandes esperanzas del otoño anterior, no se habían sumado nuevos aliados. Al igual que Argos, muchos de los estados a los que se había exhortado a hacerlo habían respondido que Apolo les aconsejaba mantener la sumisión. Y la mayor decepción vendría del hombre que había dado lugar a las mayores esperanzas, el tirano de Siracusa. Gelón necesitaba con desesperación hasta el último barco y solda-

do para su propio e inminente enfrentamiento con Cartago. Puesto que no deseaba arruinar su prestigio admitiendo sus verdaderos motivos, se libró de sus compromisos con el viejo mundo con una desvergüenza tal que incluso superaba a los argivos. Primero, exigió el comando exclusivo de todas las fuerzas griegas y, acto seguido hizo gran espectáculo de su voluntad de negociación del comando, ya fuera del ejército o la flota. Cuando los embajadores aliados, tal como esperaba, se negaron, indignados, a aceptar sus condiciones, Gelón replicó con desprecio: «Huésped de Atenas, parece que vosotros tenéis quien mande, pero no tendréis a quién mandar.»[68]

Fue una amarga decepción que pareció dar un golpe fatal a cualquier esperanza que los griegos pudiesen albergar de lanzar una operación anfibia de defensa. Mientras que un ejército de hoplitas, si encontraba un paso de montaña que pudiese bloquear, podría aspirar a contener a las hordas bárbaras, la mayoría de los delegados sentía que la flota aliada, privada de los doscientos trirremes de Gelón, no tendría esperanza alguna de combatir en igualdad de condiciones. Temístocles, claro, no estaba de acuerdo, pero aquella primavera también él tenía dificultades para recordar a sus propios conciudadanos la fidelidad a su compromiso. Los espartanos no eran el único pueblo que había pasado un invierno de inquietud. Los atenienses, que habían gastado una fortuna, amén de su tiempo y esfuerzo, en armar una nueva flota, ahora tenían dudas sobre su estrategia. Muchos procuraban fortalecer su espíritu para la terrible prueba que se avecinaba con una renovada nostalgia de Maratón. Cuanto más cerca se encontraba el Gran Rey, más ansiaban los veteranos de aquella celebrada victoria —la valerosa, tenaz y conservadora clase hoplita— partir sus remos sobre la cabeza de Temístocles y enfrentarse de nuevo,

en tierra, contra los bárbaros. El propio Temístocles, que había esperado que aquella particular fantasía desapareciera con el ostracismo de Arístides, se encontró muy cerca de que lo relevasen del mando, y sólo mediante un soborno a su rival para que éste renunciase a la candidatura pudo ganar las elecciones anuales para formar parte del equipo de generales. Su autoridad iba mermando y sus enemigos en Atenas lo sabían. También lo sabían los demás delegados en el istmo. Temístocles, por el momento, no estaba en posición de imponerse.

En lugar de eso, en medio de la vacilación y el desánimo, se permitió que un grupo de magnates ganaderos y gentes de campo de Tesalia tomara la iniciativa. Habían llegado por sorpresa a la conferencia y habían urgido a los abatidos aliados a mirar hacia el norte. Tesalia era asombrosamente plana y vasta y, por lo tanto, un sitio ideal para la caballería persa, pero sus campos ondulantes estaban rodeados por todos los flancos de cadenas montañosas, ingentes baluartes naturales que se erguían al cielo desde la planicie polvorienta. De aquellos montes, los más imponentes estaban situados al norte, a lo largo de la frontera con Macedonia, controlada por los persas. Era allí donde, de acuerdo con los barones tesalios, los aliados debían hacerles frente. Los delegados se mostraron curiosos. Para muchos de ellos, de instinto provinciano como la mayoría de los griegos, Tesalia era *terra incognita,* no sólo remota sino, de hecho, siniestra, tan famosa por sus brujas como por su ganado y su grano. Sin embargo, todo el mundo había oído hablar del monte Olimpo y de su vecino inmediato, el monte Osa, dos de las elevaciones que definían la frontera norte. Muchos delegados habían oído también de Tempe, el estrecho paso de ocho kilómetros que separaba el Olimpo del Osa y cuyas laderas, tan verticales, hacían pensar que sólo el tridente de

Poseidón podría haber tallado aquellos acantilados. Los tesalios aseguraron a los aliados que cualquier ejército que se dirigiera al sur tendría que pasar por aquel desfiladero, y lo único que los griegos tendrían que hacer para detener al Gran Rey era despachar una fuerza a Tesalia y bloquear Tempe. Parecía un argumento a prueba de objeciones. Incluso los espartanos estaban convencidos, pese a que el plan los obligaría a arriesgar la seguridad de sus tropas, enviándolas lejos del Peloponeso. De modo que diez mil hoplitas de varias ciudades se prepararon para el viaje, la misma cantidad que había derrotado a los bárbaros en Maratón, detalle tal vez significativo. Un espartano, un tal Euaineto, tomó el mando general, mientras Temístocles lideraba el contingente ateniense.

Unas pocas semanas más tarde, toda la expedición se vio frustrada de la manera más humillante. Las artes disuasorias de los tesalios, que habían logrado convencer a los aliados de embarcarse en aquella expedición, les habían hecho olvidar la mención de varios inconvenientes. Primero, que una facción rival en Tesalia ya se había sometido a los persas; segundo, que Tempe no era el único paso a través de las montañas del norte, y tercero, que todo el área se encontraba tomada por agentes enemigos y que así había estado durante años, desde que la facción dominante en Tesalia, procurando eliminar de una buena vez a sus rivales, había establecido el primer contacto con los jefes de espionaje de Jerjes y había sugerido al señor de los persas lanzar una ofensiva. La fuerza expedicionaria, lejos de asegurarse una posición invulnerable, había caído en una trampa. Dado que una guerra civil fermentaba en su retaguardia, y en vista de que no podían asegurar todos los pasos de montaña hacia Tesalia, apenas llegaron a Tempe, Euaineto y Temístocles decidieron que era mejor no arriesgarse y se apresuraron a

regresar. Una decisión correcta, sin duda, que salvó la vida de diez mil hombres. Pero la ignominia de la retirada sólo podía enviar un escalofrío a toda Grecia. Ahora que las facciones rivales de Tesalia quedaban abandonadas a los bárbaros, empezarían a medizar de manera frenética, y los colaboracionistas de las ciudades más meridionales verían confirmada su propia concepción de sí mismos como realistas. Entretanto, los pueblos que todavía estaban dispuestos a luchar se hundían en una angustiosa parálisis. Ante la creciente marea de la amenaza persa, cada día más turbia, daba la impresión de que los aliados sólo tuviesen una estrategia: la retirada. Los rumores de que los persas eran invencibles se hacían cada vez más intensos, y no se hablaba de otra cosa ni siquiera en las ciudades comprometidas con la resistencia cuando, a finales de mayo, la noticia de que el Gran Rey y su ejército habían cruzado el Helesponto irrumpió como un trueno sobre Grecia.[69]

Fue en Atenas donde reinó mayor perplejidad y donde el enfrentamiento a propósito de la estrategia a seguir resultaba más ominoso. El pueblo ateniense, a diferencia de los ciudadanos de otras ciudades, no se enfrentaba sólo a la posibilidad de la derrota, sino a la destrucción total y, en su desesperación, buscó la guía de Apolo.[70] Los emisarios atenienses dejaron el Ática, pasaron fatigosamente por Tebas, escalaron las faldas del monte Parnaso, y pronto se encontraron en el camino sinuoso y cada vez más solitario que, entre picos dentados y rocosos desfiladeros, conducía a Delfos. Una vez llegaron a su destino, fueron conducidos primero a través del llamativo santuario hasta el manantial de Castalia, y una vez se hubieron purificado en sus aguas heladas y hubieron ofrecido un sacrificio a las llamas del fuego eterno, llegaron al propio templo. Al fondo del santuario, en lo más profundo de la penumbra de un laberinto

de antiguos tesoros, la Pitia los aguardaba. Comparada con la piedra del Ónfalos, cubierta por una red, o con el sagrado laurel, o con la lira del dios, tesoros todos amontonados en una pequeña sala contigua, la Pitia, una anciana ataviada con un vestido de jovencita, resultaba grotesca e inapropiada como vehículo del dorado Apolo. Sin embargo, mientras los vapores del caldero sobre el que estaba colocada acariciaban sus muslos abiertos y ondeaban bajo su túnica de virgen, la anciana ya se agitaba en un éxtasis profético y caía en trance. Los atenienses, guiados por los sacerdotes, tomaron asiento junto a la entrada, y de inmediato, sin esperar siquiera a escuchar la pregunta, la Pitia comenzó a sacudirse con la urgencia de su divina posesión. «¿Por qué os sentáis, desgraciados? —gimió, su acento distorsionado, afectado por el miedo—. ¡Salid de aquí, escapad, escapad, escapad al fin del mundo!» Sus palabras, escupidas con horror, se elevaban y tropezaban con un ritmo salvaje, conjurando imágenes de matanzas, de fuegos y aniquilación. El dios de la guerra se acercaba, las ruedas de su carro sirio traqueteaban y las torres se derrumbaban a su paso. Los templos de Atenas arderían. La negra sangre ahogaría a la ciudad. «Salid, digo, del santuario, y esparcid tristezas sobre vuestra alma.»[71]

Andando con dificultad hasta encontrar de nuevo la luz del sol, los emisarios atenienses se encontraron sin otra opción que seguir las órdenes de la Pitia y entregarse a la desesperación. Ya todo estaba decidido: la ruina de su ciudad estaba cerca, pero ¿lo estaba realmente? Un sacerdote, evidentemente tan afectado por la visión de la Pitia como los propios atenienses, corrió tras los emisarios y les rogó que se acercaran al oráculo por segunda vez. Para un escéptico, aquello podría haber parecido una sospechosa apuesta compensatoria. Y tal vez lo fuese; los sacerdotes, después

de todo, tenían que considerar su propio futuro, y aunque resultaba comprensible que se encontrasen ansiosos de no antagonizar con el Rey de Reyes, tampoco podían arriesgarse a apostar todas sus fichas a la victoria persa. Cualquier eventualidad, hasta la más improbable, que era la victoria griega, debía tomarse en cuenta. Resultaba prudente, pues, que los sacerdotes concediesen a sus huéspedes atenienses al menos un destello de esperanza.

El cinismo, como el ejemplo fatal de Cleómenes había demostrado, podía llegar demasiado lejos. No todos los enigmas del oráculo podían rechazarse en tanto que muestras de oportunismo. Despreciar a Delfos era despreciar la divinidad en su conjunto. Y la idea que se ocultaba tras el consejo del sacerdote a los atenienses —que a Apolo, aunque había revelado un pronóstico de absoluto pesimismo, de alguna manera podía persuadírsele de matizar con otro dictamen más agradable— no era necesariamente inverosímil. La sabiduría de un dios, por su misma naturaleza, era misteriosa e infinita. Con Apolo, las cosas rara vez eran lo que parecían, y si Delfos, como pensaba la mayoría de los griegos, abría una puerta a lo sobrenatural, entonces el atisbo del futuro que les permitía podía brillar y mutar como el fuego.

De modo que los atenienses aceptaron el consejo del sacerdote, y no debieron de haberse sorprendido del todo cuando la Pitia, al verlos por segunda vez, cayó en un renovado frenesí y empezó a recitar nuevas profecías. «Atenas no puede calmar el poder de Zeus Olímpico —advirtió— aunque le ruega con toda su elocuencia y dulzura.» Hasta ese momento, el oráculo resultaba deprimente, pero entonces, abruptamente, hubo un destello de esperanza. «Y aun así», gimió la Pitia:

Y aun así, con esta palabra os ofrezco, firme, una promesa:

Todo lo que está dentro de los límites del Ática caerá,

Sí, y los sagrados valles de las cadenas montañosas cercanas,

Pero sólo la muralla de madera, la muralla de madera resistirá,

Eso concede Zeus a Atenea, como auxilio a vosotros y a vuestros hijos.

Hombres a caballo, hombres a pie, avanzan desde Asia:

Retiraos, pues muy pronto los encontraréis cara a cara.

Divina Salamina, serás la ruina de más de un hijo de su madre

Cuando la semilla se disperse, o la cosecha se recoja.[72]

Con estas crípticas frases finales, la Pitia despertó bruscamente de su trance y de nuevo se hizo el silencio en el santuario de Apolo.

¿De qué demonios podía estar hablando? Aunque no tenían la menor idea, los emisarios atenienses estaban aliviados de que la segunda ronda de versos sonara un poco más alegre que la primera y, agradecidos, llevaron la transcripción a Atenas. Allí se analizó hasta el cansancio, y la disputa y la perplejidad fueron generales. Una expresión en particular sirvió para polarizar las opiniones, «la muralla de madera». Los oponentes de Temístocles, que mostraban una prodigiosa capacidad para las opiniones irrelevantes, pensaban que se trataba de una referencia a la cerca de madera que

en tiempos de Erecteio había bordeado la cima de la Acrópolis. Temístocles, de manera más plausible, argumentó que se refería a los barcos de la flota. De lo contrario, dijo, ¿por qué la Pitia habría de mencionar la isla de Salamina? Sí, respondieron sus oponentes, pero la Pitia no había aclarado qué madres —si las griegas o las bárbaras— harían duelo por sus hijos. Cierto, respondió Temístocles, pero ¿acaso no ha calificado a Salamina de «divina»? Y así continuó la disputa.

Sólo los votos de la asamblea podrían llegar a una decisión. Tal había sido la sabiduría de Apolo que le había dado a Atenas un oráculo que no se limitaba a ser el espejo de sus dudas más íntimas, sino que obligaba a la ciudad a resolver aquellas dudas por sí misma. Era en tanto que ciudadanos de una democracia que los atenienses se enfrentaban a su prueba más importante, y como ciudadanos de una democracia debían decidir cuál era la mejor manera de hacerle frente. A comienzos de junio se acordó una fecha para el debate formal del oráculo, que serviría, claro, para determinar de una vez por todas cómo librar la guerra que se aproximaba. Ahora que el Gran Rey se encontraba a pocas semanas de camino de su ciudad, el pueblo ateniense no podía perder el tiempo. Por fin se veían obligados a decidirse por Temístocles y su estrategia, o bien rechazarle a él y a su estrategia de una vez por todas.

El lugar elegido para aquel debate tan trascendental era el primer y más solemne monumento que la democracia había erigido en su propio honor: el gran centro de reunión que habían excavado hacía dos décadas y media en la colina del Pnyx. Mientras tomaban asiento entre el polvo y la fragancia del tomillo, los votantes podían ver el panorama sin rival de su ciudad y el sagrado paisaje del que los primeros atenienses, en sus orígenes, habían brotado. En la distancia,

casi despojada de color por la pureza de la luz ática, se dibujaban la silueta del monte Pentélico y los caminos que llevaban a Maratón. En primer plano se erigía el Ágora, con el gran desnudo de los tiranicidas junto a los nuevos y resplandecientes monumentos cívicos. A la derecha se elevaba imponente, por encima de todo lo demás, la roca sagrada de la Acrópolis. Cubierta como estaba todavía su cima por los detritos de la aristocracia —santuarios familiares, estatuas, escudos y bronces votivos— podían verse allí, sin embargo, en el más sacrosanto de todos los lugares, llamativas señales del nuevo orden. El venerable aunque deteriorado templo de Atenea Polias, antiguo ejemplo de la excelencia bútada, se había reemplazado hacía tiempo, durante la primera década de la democracia, por una imponente estructura, mucho más apropiada a la divinidad de la diosa y del propio pueblo de Atenas. Se había demolido, además, el santuario de extravagante decoración que los Alcmeónidas habían construido a mediados del siglo anterior, al tiempo que el ostracismo se había encargado de destruir la base política de la familia. En su lugar se había dado inicio a las obras de otro magnífico templo, concebido como celebración de Maratón y como expresión de gratitud a Atenea por su protección. Los votantes que se situasen en el Pnyx podrían ver todavía el andamiaje que cubría aquella estructura a medio terminar. Una obra del amor como aquélla, en un lugar así, en una ciudad como Atenas, no podía abandonarse. Y menos a los bárbaros y a su impío fuego.

Sin embargo, en aquel día señalado, el día del debate más decisivo de la historia griega, y tal vez de la historia europea, era precisamente aquello lo que proponía Temístocles. Ya no era posible, si acaso alguna vez lo había sido, embellecer los detalles de su política naval. Aunque todos los ciudadanos capacitados tomaran su lugar en la bancada, la

flota ateniense seguía careciendo de tripulación suficiente. Ningún hombre en edad de pelear podía ser dispensado para proteger «una muralla de madera» en la Acrópolis, ni tampoco en algún otro lugar de Atenas. Las mujeres, los niños y los ancianos deberían ser evacuados y la propia ciudad debía confiársele «a Atenea, la señora de Atenas, y también a los otros dioses».[73] Era posible, claro —y así debió de haberlo argumentado Temístocles— que aún hubiese oportunidad de detener a los bárbaros al norte del Ática. Con todo, si cada ateniense estaba dedicado a la flota, aquello requeriría que los espartanos y sus aliados se encargasen de defender el frente terrestre. Que fuese posible persuadir a los peloponenses para que se aventurasen más allá del istmo una segunda vez, tan lejos de sus propias ciudades, era algo que sólo se sabría con el tiempo. Si los atenienses albergaban alguna esperanza de convencer a los espartanos de que no les abandonasen, no tenían mucha elección, salvo dar ejemplo. Temístocles, de seguro, podía ofrecer a sus conciudadanos sangre, sudor y lágrimas, amén de grandes esfuerzos, pero lo que no podía conceder era que ellos mismos se resistiesen al invasor en la playa. Entregar Atenas, pero nunca entregarse con ella, tal era la política, tan audaz como paradójica, que Temístocles ofrecía a los atenienses.

No tenemos manera de saber qué cimas pudo alcanzar su talento oratorio, ni qué frases memorables y conmovedoras pronunciase; no se conserva un solo testimonio de su discurso. Sólo por el efecto que tuvieron en la asamblea podemos imaginar lo energéticas y vivificantes que debieron de resultar las audaces propuestas de Temístocles, pues el voto de los asistentes acabó refrendándolas. El pueblo ateniense, enfrentado al peligro más severo de su historia, se comprometía, de una vez y para siempre, con el desconocido ele-

mento marino y ponía su fe en un hombre cuya ambición muchos habían temido durante tanto tiempo. Pocos atenienses parecían seguir dudando que Temístocles poseyera «un talento supremo para obtener la solución perfecta a una crisis precisamente en el momento adecuado».[74] Pero sólo al borde mismo de la catástrofe habían sido capaces de reconocer la cualidad excepcional de sus previsiones. En circunstancias normales, la democracia mostraba poca tolerancia hacia el genio, pero las circunstancias de aquel verano no eran normales en ningún sentido, y por eso los atenienses, en lugar de castigar a Temístocles por haber llevado siempre la razón a propósito de la amenaza persa, decidieron apoyarlo. La suspicacia del talento, en un momento de crisis como al que se enfrentaba Atenas, era algo que la ciudad no se podía permitir. Por ello, a insistencia de Temístocles, se autorizó convocar el regreso al Ática de varias víctimas del ostracismo, «con el fin de que todos los atenienses pudieran pensar como una sola cabeza en la defensa contra los bárbaros».[75] Cimón, hijo de Milcíades, y tal vez el máximo heredero de la tradición de Maratón, condujo una procesión de *la jeunesse dorée* desde el Cerámico hasta la Acrópolis y allí, con gran ostentación, dedicó la rienda de su caballo a Atenea antes de recoger un escudo y descender con sus compañeros hasta El Pireo. «Y así hizo para transmitir a toda la ciudad un simple mensaje: que ya no era necesaria la habilidad del jinete sino los hombres que pudieran pelear en el mar.»[76]



Ahora que Atenas finalmente se encontraba unida, lo único que quedaba por hacer era persuadir a los aliados a interpretar sus roles. A su regreso al istmo, Temístocles lo hizo con un puño en extremo fortalecido; se encontró con que los peloponenses no se mostraban en principio hostiles, pese al fiasco de Tempe, al establecimiento de un segundo frente defensivo. Después de todo, la flota ateniense estaba comprometida con la defensa de su propia línea costera tanto como con la del Ática, y Temístocles, para quien la expedición a Tesalia no había sido una completa pérdida de

tiempo, ya había identificado el lugar perfecto para intentar contener a la flota persa. Entre la punta norte de Eubea y el continente existía un angosto pasaje de apenas unos diez kilómetros, ideal para bloquearlo. Además, estaba situado apenas a unos sesenta y cinco kilómetros al este del paso más estrecho de las Termópilas. Una flota y un ejército que operasen en equipo tendrían la esperanza de controlar ambos lugares, el estrecho y el paso, incluso teniendo en cuenta las monstruosas probabilidades en contra. Los atenienses, azuzados por Temístocles, ya habían votado enviar cien barcos a Eubea, y ahora los delegados aliados —sin duda, también urgidos a ello por Temístocles— aceptaron respaldar esta estrategia. Corinto, Egina y Megara, al igual que otras potencias navales menores, estuvieron de acuerdo en enviar un escuadrón para apoyar a la flota ateniense. Esparta, por su parte, llevaría una fuerza expedicionaria hasta las Termópilas. Parecía que, al fin, pese a todo, se había alcanzado una resolución. Y ahora, en la calma que precedía a la tormenta, no quedaba más que esperar a los bárbaros.

Y esperar, y esperar un poco más. Junio daría paso a julio, y el Gran Rey seguía sin llegar. Los rumores alimentaban informes fantásticos sobre su avance, sobre cómo su ejército, al beber, secaba los ríos, sobre cómo todo el que se cruzaba en su camino se apresuraba a ofrecerle tierra y agua. Noticias sobre el dorado esplendor de sus regatas, sus festines y diversiones. Por lo pronto, parecía que su avance por Europa había sido menos una invasión que un placentero desfile, y, cuando julio dio paso a agosto, las mejores condiciones para la campaña militar empezaban a quedar atrás. Muy pronto el Egeo se calentaría hasta un grado opresivo y el aire más frío del norte y del noreste traería consigo las tormentas de verano, que los griegos acostumbraban llamar Helespónticas. «Rezad a los vientos —acon-

sejaron los sacerdotes de Delfos, en su mensaje final a los aliados—, pues se mostrarán como buenos aliados de Grecia.»[77] Un mensaje que todos los que se preparaban para navegar con la flota griega tomaron al pie de la letra.

Sin embargo, entre los pobladores de una ciudad en particular, la tardanza del Gran Rey provocaba sentimientos mucho menos entusiastas. Para los espartanos, la perspectiva de tener que defender las Termópilas en agosto resultaba sobremanera alarmante. Habían pasado cuatro años desde los últimos juegos en Olimpia y ahora que la luna comenzaba a blanquear de nuevo, los juegos estaban a punto de comenzar. Para completar la agonía espartana, pronto tendría lugar también la Carneia, y la conjunción de ambas festividades anunciaba un período inusualmente prolongado de tregua sagrada. ¿Cómo iban a romperlo? Atormentados por los espectros de los embajadores persas que habían ejecutado, la idea de ofender a los dioses con nuevos sacrilegios resultaba demasiado infame como para contemplarla. Y mientras el Peloponeso estuviera plagado por la potencial medización y los argivos, como siempre, olfateasen la oportunidad en el aire, el Gran Rey no sería el único instrumento de castigo divino que se preparaba en las cercanías. No, los espartanos no podrían marchar hacia el norte en agosto. Hacerlo sería criminal y digno de lunáticos. La tregua olímpica no podía romperse.

Pero ¿quiénes eran los bárbaros para respetar semejantes escrúpulos? Apenas empezó agosto llegaron al istmo las noticias que toda Grecia esperaba, temidas por una mitad y anheladas por la otra: los persas habían comenzado a despejar caminos a lo largo de las faldas del Olimpo. La conferencia se disolvió de inmediato, y en Atenas, cuyos muelles se encontraban ya tomados por el alboroto de los preparativos de la evacuación, la idea de una tregua era lo último

que los ciudadanos tenían en mente. En lugar de eso —y literalmente—, todos se habían subido a bordo. Los defensores de la ciudad se reunían en medio del frenesí y algunos barcos —los más prescindibles— fueron confiados a los voluntarios de la leal Platea, «cuyo coraje y espíritu, se esperaba, serviría para compensar su total ignorancia del mar».[78] De modo que, aunque dejaban atrás una sustancial flota de reserva para defender las aguas de la patria, los atenienses lograron despachar a Eubea no los cien barcos que habían acordado, sino ciento veintisiete. Otras ciudades (Corinto y Egina a la cabeza) enviaron también todos los navíos que pudieron. Quien observara la flota aliada mientras rodeaba el cabo de Sunio en su camino al norte, trirreme tras trirreme, remos agitando el agua, arriba y abajo, arriba y abajo, debió de presenciar un espectáculo conmovedor. Doscientos setenta y un barcos de primera línea navegaban hacia Eubea. Sin duda, sólo una fracción de la flota bajo el mando del Gran Rey, aunque de todas formas representaba un valeroso esfuerzo. Valeroso y esperanzador.

Al mando de la flota se encontraba un espartano, tal como se había acordado el año anterior en Helenión, un aristócrata llamado Euribíades. Amarga ironía para sus compatriotas que, aunque perturbados por el temor a romper la tregua olímpica, sentían que su sentido del honor se ensalzaba al contemplar lo que otras ciudades ofrecían a la causa bélica. Proteger los accesos terrestres mientras otros se encargaban de guardar las rutas marítimas, he ahí un deber que un espartano difícilmente podía eludir. Tenía que haber alguna manera de comprometerse y mantenerse fieles a la causa sin arriesgarse al castigo furibundo de los dioses. Y puesto que era impensable enviar un ejército completo hasta que la tregua olímpica hubiese terminado, ¿por qué no enviar entonces una avanzadilla para asegurar el paso? Si a

lo largo de la ruta de más de trescientos kilómetros que se extendía desde Lacedemonia hasta las Termópilas resultara posible persuadir a otras ciudades a reforzar la avanzadilla con contingentes propios, una pequeña fuerza espartana podría aspirar a defender el paso. Sobre todo si estaba integrada por los más férreos y más resistentes soldados de la élite. Y, sobre todo, puesto que aquello transmitiría al mundo un mensaje muy claro sobre la resolución espartana, si la dirigía un rey.

Sería Leónidas quien se hiciera cargo de aquella peligrosa misión. Como representante del linaje real más antiguo, sin duda debía sentir que era su deber, pero también tenía un motivo más personal. Los fantasmas de los embajadores persas asesinados no eran, quizá, los únicos espectros que visitaban Lacedemonia aquel verano. Había pasado más de una década desde que se había hallado el cadáver de Cleómenes en una acequia, con las piernas y el estómago cubiertos de tajos. Y todavía era un misterio si había muerto por su propia mano —un justo castigo por sus sobornos al oráculo y su arriesgada impiedad— o si había sido víctima de una sangrienta conspiración, orquestada posiblemente por el propio alto mando espartano. En todo caso, Leónidas debió de haberse sentido implicado en el terrible final de su predecesor, ya que al fin y al cabo, Cleómenes era de su propia familia. Y tal vez la sangre se hubiese lavado hacía tiempo, pero la opresiva y amenazante sensación de estar maldita aún pendía, tan cercana como el calor de agosto, sobre la ciudad de Esparta. Mientras se preparaba para aquella desesperada misión, Leónidas debía tener presentes las temibles palabras del oráculo. Si no resultaba arrasada su ciudad, «todos aquellos que habiten dentro de las fronteras de Lacedemonia / Deberán hacer duelo por la muerte de un rey del linaje de Hércules». Seguro que tampoco se le

escapaba que había sido en un monte por encima de las Termópilas donde había muerto el propio Hércules, entregando su carne y su sangre mortal al fuego que le permitiría ascender a la morada de los dioses. Así que Leónidas bien podría haber preferido no reclutar el Hippeis, una brigada de choque de trescientos jóvenes que habitualmente servían como guardia del rey en la batalla, y haberlos reemplazado con veteranos más viejos «todos hombres con hijos vivos».[79] Una clara declaración de intenciones. Y así, pasara lo que pasara en aquel lugar —una victoria gloriosa o una total derrota—, Leónidas se habría mantenido fiel a esa misión señalada por el destino. De una manera u otra, habría asegurado la redención de su ciudad. Porque no habría retirada posible de las Termópilas.

CAPÍTULO 7

A raya

Preparativos épicos

En vida, Hiparco —aquel donjuanesco tirano cuya muerte, acaecida en una trifulca amorosa en el año 514 a. J. C., era conmemorada por los atenienses como una proeza libertaria— siempre se había deleitado con las invenciones de sus súbditos. Además de haber sido férvido mecenas de arquitectos, cosa tan común entre la realeza, Hiparco había profesado una rara pasión por la literatura. En una inscripción bajo los falos erectos que, de modo desconcertante, acostumbraban a señalar los destinos de la región, quien visitara el Ática podía leer una sucinta evolución de los versos compuestos por el propio pisistrátida. Pero ése no era el único provecho que los atenienses habían sacado de aquella bibliófila tiranía. También había sido gracias a Hiparco, por ejemplo, que la flor y nata del talento literario griego, aquellos que alguna vez habían desdeñado a Atenas como un lugar atrasado, hubiesen acabado por establecerse en esa misma ciudad, que empezarían a concebir como el centro neurálgico de la cultura de la Hélade. La determinación del tirano por atraer a los poetas de renombre a su corte era tal que incluso había dispuesto un lujoso servicio de taxis para

los visitantes, consistente en una galera privada de cincuenta remos.

Pero incluso más que en la literatura contemporánea, el verdadero entusiasmo de Hiparco se concentraba —al igual que ocurría en el resto del mundo griego— en dos épicas en particular, la *Ilíada* y la *Odisea,* compuestas hacía siglos, y ambientadas en la época de la guerra de Troya. Poco se sabía acerca del autor, un poeta llamado Homero, pero para los griegos aquel hombre era una fuente primordial, infinita e inagotable, de donde brotaban sus creencias e ideales más profundos. Tanto era así que sólo los mares, que rodeaban y regaban al mundo en su totalidad, parecían representar al poeta de manera adecuada. No sorprende que Hiparco, en su intento de colocar a Atenas en el mapa literario, hubiese estado dispuesto en cierta forma a calificar a Homero de ateniense cuando, para frustración de todos, se solía pensar que provenía del Egeo oriental. Incluso se decía que Pisístrato, el padre de Hiparco, alguna vez había intentado colar de modo subrepticio algunos versos propios, que cantaban las loas de Atenas y de sus héroes más antiguos, en una edición de las obras del poeta que se había hecho con el patrocinio de la tiranía. Por su parte, el propio Hiparco, menos vulgar, había dispuesto los recitales de las obras épicas de Homero en las Grandes Panateneas, lo cual era una novedad. Claro que aquellos recitales no se llevaban a cabo con un refinado espíritu de *belle-lettrisme* sino, más bien, y como era de esperar, en feroz competición, similar a los eventos atléticos celebrados durante aquellas fiestas. «Sed siempre los más valientes. Sed siempre los mejores.» Máximas, se excusaba decir, tomadas de la propia *Ilíada.*

Y máximas también que los griegos de todas las regiones consideraban una posesión innata, a pesar de los intentos

de apropiársela que había llevado a cabo Hiparco. Por ejemplo, los espartanos, coterráneos de Helena y Menelao, no necesitaban organizar lecturas de poesía para exhibir su afinidad con los valores de la épica homérica. Si la letra de su código militar les venía de Licurgo, en cambio el espíritu, la determinación heroica de preferir la muerte y «una reputación gloriosa que nunca morirá»[1] a una vida de cobardía y vergüenza era una resplandeciente encarnación de la temeridad de los héroes a los que el «Poeta» había cantado. Y de un héroe en especial: Aquiles, el más colosal y peligroso de los guerreros, que había viajado a Troya para consumirse en la llama del fasto más terrible, consciente de que su fama, ante sus coetáneos, no significaría más que una maldición. El éxtasis que le proporcionaba a Aquiles su afán de gloria, por el que se había peleado con Agamenón a causa de una esclava, por el que se había encerrado en su tienda mientras sus camaradas eran asesinados y que le había hecho volver a la batalla sólo cuando hubo caído su amado primo, era un tipo de abandono que un soldado espartano difícilmente podía permitirse. Sin embargo, la belleza de una muerte en el campo de batalla, que pudiese valerle a un guerrero la consagración de su recuerdo, ello aunque su espíritu —rabioso, pero con un halo dorado y brillante— quedase atrapado en la penumbra del inframundo, en resumen, una muerte que pudiese ganarle *kleos* o («fama inmortal») al héroe, era una noción para siempre asociada no sólo a la figura de Aquiles, sino decididamente espartana a ojos de todos los helenos. Otros griegos podían aspirar a vivir según aquellos ideales, pero sólo en Esparta se educaba a los ciudadanos, desde su nacimiento, en la fidelidad a esas concepciones.

Seguro que a comienzos de agosto, cuando Leónidas, al mando de su pequeña fuerza defensiva, llegó al paso de las

Termópilas, el ejemplo de los héroes que hacía siglos habían luchado en el primer conflicto entre Europa y Asia difícilmente podía deslumbrar al ojo de su mente. Gracias a Homero, Leónidas sabía que los dioses, «cual aves de carroña, cual buitres», pronto extenderían sombras invisibles sobre las posiciones de sus hombres. Porque cada vez que los mortales debían llevar su coraje a la altura de la atrocidad, siempre que tenían que prepararse para la batalla, «las filas se sentaban densas, erizadas de broqueles, de cascos y de picas».[2] Y para ello debe de haber sido difícil imaginar un sitio más perturbador que las Termópilas («Puertas Calientes»), de cuyos manantiales termales se elevaban los vapores que daban nombre a aquel paso, y bajo cuyos silbidos las rocas aparecían pálidas y deformes, como cera derretida, mientras el sulfuro cortaba la humedad del aire de agosto; un ambiente febril, viciado y asfixiante. Tan estrecho era aquel paso que en dos puntos de los extremos, conocidos como las Puertas Oriental y Occidental, sólo había lugar para que pasara un carro. A un lado del desfiladero se encontraban las marismas del golfo Málico. Al otro, «empinadas e imposibles de cruzar»,[3] las vertientes del monte Calídromo, cubiertas de árboles en los riscos menos elevados, cuya grisura se iba desnudando a medida que ascendía hacia el cielo implacable. Se trataba, pues, de un sitio extraño, sobrenatural. Y también, al parecer, creado especialmente para defensa de la Hélade.

Según los nativos de la región, habían sido los antiguos habitantes de la Fócida, tierra de valles que separaban a las Termópilas de Delfos, quienes antaño habían construido un muro en aquel paso. Pero no lo habían hecho para bloquear los trechos más angostados en cada extremo sino, más bien, para defender una franja de poco menos de veinte metros de ancho, la así llamada «Puerta Media», donde

los riscos eran más elevados y difíciles de flanquear. Desde el campamento, situado más abajo, lo primero que hizo Leónidas fue intentar reparar el muro focense, reto no muy difícil teniendo en cuenta que, además de la guardia real, había traído consigo a unos trescientos ilotas y otros cinco mil soldados.[4] Estos últimos, que habían sido engatusados para unírsele cuando no habían sido más bien amedrentados, eran sobre todo peloponenses. Algunos, sin embargo, no lo eran: setecientos eran voluntarios de Tespis, una ciudad de Beocia que, al igual que Platea, hacía tiempo que se resentía de los abusos tebanos y no había dudado en ofrecer a la causa aliada sus soldados, de los cuales cuatrocientos venían de la propia Tebas. Camino de las Termópilas, Leónidas, incómodo ante el hecho de que muchos helenos anduvieran medizando, había buscado a los conspiradores más notables y, sin mayores reparos, les había pedido su apoyo. Las clases dominantes tebanas, que no eran lo bastante osadas como para hacerle un desplante a un rey espartano, le habían respondido con vagas evasivas. Pero, seguras como estaban de que la misión de Leónidas era un suicidio, habían permitido alegremente que «algunos hombres de la facción rival»,[5] es decir, quienes se oponían a los tejemanejes de aquellas clases dominantes, partieran con Leónidas. Éste, desesperado por obtener refuerzos, había recibido a aquellas tropas leales con agradecimiento. Pero mientras observaba la resplandeciente llanura baldía que se extendía más allá de las Termópilas en busca de alguna polvareda en el horizonte, al tiempo que buscaba avizorar la primera señal de las hordas del Gran Rey, el rey espartano no podía dudar que eran muchos los que, a sus espaldas, deseaban verle caer.

No obstante, aquélla no era su única preocupación. Mientras sus hombres estaban ocupados atrincherándose,

una delegación venida de la ciudad cercana de Traquis, en cuyo territorio se encontraban las Termópilas, trajo a Leónidas noticias inoportunas. Al parecer, el paso no era tan seguro como los estrategas en el istmo querían creer. Existía un sendero que bordeaba las Termópilas y que, aunque poco apropiado para la caballería o la infantería pesada, era fácilmente transitable para un ejército de armas ligeras, según reportaban los tracios. Si los bárbaros descubrían aquella ruta, sin duda la seguirían, de modo que no había otra alternativa para quienes defendieran las Puertas Calientes que bloquear aquel sendero. Cosa sencilla, podría haberse pensado, de no ser porque Leónidas, contra cuya posición estaba a punto de lanzarse al ataque la fuerza entera del Gran Rey, no podía prescindir de un solo hoplita. Dado que no tenía gran alternativa, se comprometió a hacerlo de todos modos. Mil hombres de la Fócida, cuyo odio hacia los traidores tesalios les había llevado a sumarse con entusiasmo a los aliados, se ofrecieron como voluntarios para proteger aquel sendero. Y Leónidas, capitalizando el conocimiento que aquellos hombres tenían del terreno y la probabilidad de que los persas sólo movilizaran infantería ligera hasta aquel punto, aceptó la oferta. Ningún espartano, ni un solo oficial, fue movilizado para compensar la inexperiencia de los focios. Preparándose para la tormenta que se aproximaba, Leónidas prefería tener toda la élite militar a su lado. Apuesta tal vez comprensible, pero pésima.

De cualquier modo, el rey espartano no era el único en verse obligado a realizar cálculos torpes. A setenta kilómetros al este, más allá del golfo Málico, y más allá de los estrechos que separaban a Eubea del continente, los almirantes aliados tenían sus propios motivos para inquietarse. Cierto que el lugar que habían escogido parecía protegido, al igual que las Termópilas: a diferencia de la sombría costa

en el lado opuesto de la isla, cuyas pendientes invadidas por la maleza se avistaban por encima del mar como dientes de olivares que salieran de rocosas encías, el extremo norte de Eubea era poco más que guijarros y arena sucia. Como era plana y alargada, aquella playa había sido un puerto fácil para arrastrar hasta allí los navíos de guerra griegos, cientos y cientos de ellos. Y puesto que no había arrecifes ni bancos de arena mar adentro, sino más bien la repentina profundidad del mar, parecía igualmente sencillo hacerse de nuevo a la mar una vez avistada la flota persa. Sin embargo, la pregunta sin respuesta que minaba la confianza de los griegos era hacia dónde se dirigirían los bárbaros. Si tomaban rumbo al oeste, hacia los estrechos que llevaban a las Termópilas, entonces la marina aliada estaría bien situada para bloquear el acceso, como una puerta que pivotara sobre una bisagra; pero si se dirigían hacia el este, hacia la costa más externa de Eubea, ya fuese para atacar el Ática y el istmo o para ganar el extremo opuesto de la isla y atacar a la flota griega por detrás, el peligro sería, en efecto, bastante grave. El Gran Rey comandaba tantos trirremes que fácilmente podría dividir a su flota en dos y, aun así, ejercer una fuerza abrumadora en dos frentes separados. De modo que los almirantes aliados se arriesgaban a verse acorralados en el estrecho que separaba Eubea de la Grecia continental, en lugar de bloquearlo para el enemigo. Tanto en el paso como en la playa, una avanzadilla corría el riesgo de verse aniquilada.

Las dos primeras semanas de agosto transcurrieron sin más. No había señal de movilizaciones hacia el norte. Al otro lado del mar en el que se encontraban los griegos, cada vez más nerviosos, se extendía una península montañosa y boscosa, poblada por monstruos, conocida como Magnesia. Y todos sabían que los invasores probablemente llegarían

bordeando aquella costa inhóspita, sin que nadie en Eubea pudiese avistarlos hasta que hubiesen dejado atrás la isla de Skiatos, justo en el límite meridional del continente, y entraran así en su campo de visión. De modo que sólo parecía posible recibir alguna señal del ataque si ésta venía de Skiatos, por lo que tres barcos patrullas estaban estacionados en la isla, en cuyas colinas habían apostado almenaras. Pero aún no había señal de los navíos, y los tripulantes de la flota griega, esperando que la guerra comenzara en cualquier momento, no dejaban de recorrer la costa de arriba abajo, haciendo crujir los guijarros bajo sus pies, mientras el sudor les hacía arder los ojos. Sólo cuando, con el atardecer, el sol se ponía detrás del distante pico del Calídromo, podían permitirse bajar la guardia. Y es que en el Egeo, donde navegar significaba saltar de isla en isla, nadie osaría navegar mar adentro de noche. Llegada, pues, la noche, los griegos tal vez podían transportarse a una época distinta, al tiempo en que sus antepasados acampaban del mismo modo, al lado de sus navíos, en playas solitarias. Porque aunque hubiese un templo dedicado a Artemisa en una pequeña colina detrás de ellos —santuario que había dado nombre al cabo, Artemisio—, los navegantes griegos estaban solos en ese lugar.

Llenos de soberbia, sobre los puentes de la batalla

se asentaron toda la noche, y muchas hogueras suyas ardían.

Como en el firmamento las estrellas alrededor de la clara luna,

aparecen relucientes cuando el ambiente se torna sereno.[6]

Pero una mañana de mediados de agosto, a la hora menos esperada del día, justo después del atardecer, las llamas se elevaron de repente sobre Skiatos. Las patrullas habían avistado al enemigo, se había librado ya una primera batalla, y el resultado había sido la destrucción humillante de aquellos tres navíos. Bajo el cielo estrellado y claro, como si hubiese surgido de la nada, una escuadra de diez trirremes sidonios se había abatido sobre Skiatos; los fenicios, a diferencia de sus rivales, habían aprendido a navegar a mar abierto de noche.[7] Los barcos de patrulla griegos no sólo se habían visto completamente emboscados, sino también superados en velocidad. Uno de ellos se había rendido casi de inmediato, y el prisionero mejor parecido había sido degollado sobre la proa en un ritual dedicado a los dioses; la primera sangre la obtenían los sidonios. El segundo navío sólo pudo ser capturado tras una lucha furibunda. De hecho, el enemigo había quedado tan impresionado por las proezas de un cierto marino griego que, una vez que por fin lo hubieron sometido, curaron sus heridas con mirto, las envolvieron en vendajes y lo celebraron como a un héroe de guerra. El tercer navío, el trirreme ateniense, había escapado con éxito de los perseguidores, pero sólo para encallar en un banco de lodo más allá de un estuario. No se trataba, pues, de un comienzo glorioso para la defensa de la libertad griega.

En Artemisio, mientras tanto, todo era alarma y consternación. Como no se sabía si las señales del fuego sobre Skiatos anunciaban la proximidad de la flota bárbara en pleno, los tripulantes griegos iban dando traspiés sobre los guijarros de la playa o vadeaban las orillas buscando hacerse a la mar con sus navíos. Pero conforme pasaban las horas y no aparecía el enemigo, se hizo evidente que los sidonios sólo se hallaban en misión de reconocimiento y que no eran

la vanguardia de la invasión. A pesar de su espectacular triunfo inicial, no todo estaba resultando según lo planeado: navíos de patrulla griegos pudieron presenciar cómo tres de los trirremes del enemigo encallaban en un arrecife. No obstante, los griegos que se encontraban en Artemisio continuaron haciéndose a la mar y navegando hacia el estrecho a la entrada de Eubea y del continente, como dominados por el pánico. Pero una impresión de cobardía aún mayor la daba el hecho de que ninguna de las naves hiciese el intento de capturar a los sidonios; ni siquiera cuando en una descarada muestra de tranquilidad, éstos se dispusieron a construir una baliza que advirtiera a sus colegas del arrecife oculto. Era como si los griegos, ostentando su baja moral, de hecho buscasen que alguien la reportara al alto mando persa.

Y tal vez así era. Por supuesto, si tenían en mente lo vigoroso que podía resultar el ataque que estaba a punto de abalanzarse sobre ellos, lo normal era al menos una cierta impresionabilidad. Euribíades, almirante del alto mando, no era precisamente un líder carismático. Como era espartano, al parecer se sentía doblemente incómodo de hallarse a bordo de un navío tan alejado del Peloponeso, y su mayor contribución a la estrategia aliada sería la advertencia constante de que «los persas eran invencibles en el mar».[8] Sin embargo, a pesar de ser el comandante, Euribíades no se encontraba en realidad al mando. El liderazgo efectivo de la flota griega estaba en manos del almirante del contingente mejor dotado, Temístocles, que siempre había sido partidario de una estrategia de ataque, por lo que no se entendía, por cierto, por qué había refrendado, entonces, un repliegue de las tropas en Artemisio. Su temple, en cualquier caso, no podía ponerse en duda; había peleado en Maratón y sabía lo que era enfrentarse a los bárbaros sin darse a la fu-

ga. Y también podía recordar cómo se había logrado aquella victoria tan célebre: cómo él y sus compañeros, debilitados en el epicentro de la batalla, rechazaron el avance del enemigo, logrando que el ataque bárbaro se volcara sobre sí mismo, de modo que los flancos se replegaran en lo que resultaría una trampa mortal para los propios persas. Todo era cuestión de arrogancia. La arrogancia del enemigo que se creía invencible, manipulada con la debida astucia, podía transformar lo que parecía una superioridad abrumadora de los persas en una ventaja; tal era la lección que Temístocles parecía haber aprendido de sus tratos previos con el enemigo. Por eso, tal vez, optó por retirarse de Artemisio. Una apuesta muy arriesgada. Pero las apuestas muy arriesgadas habían funcionado antes con los persas.

Sin embargo, en esta ocasión no iba a ser así. La trampa ya había saltado, pero no había nadie que mordiese el cebo. El día había transcurrido sin que los ojeadores apostados en las cimas de Eubea observaran movimientos en las rutas náuticas de Magnesia. Los navíos de guerra de la Hélade, en lugar de volver a Artemisio, se replegaron todavía más hacia el sur. Calcis, donde los remeros, exhaustos, finalmente se detuvieron a recobrar el aliento, se encontraba en la mitad de la costa occidental de Eubea y parecía una buena posición estratégica para que los griegos, dependientes de las noticias acerca de las intenciones de la flota persa enviadas por sus vigías, se movilizaran rápidamente hasta estar a salvo en las costas del Ática o bien regresaran por donde habían venido para defender los flancos de Leónidas. Los remeros, protegidos por la propia topografía costera de Eubea que los separaba del mar abierto, envueltos por un calor cada vez más asfixiante, seguro que debieron de verse aliviados de estar lejos de las playas de Artemisio, tan expuestas. Porque aquel calor tan sofocante a finales del ve-

rano invariablemente presagiaba una tormenta de los vientos del Helesponto. Era noción popular entre los marinos del Egeo no fiarse nunca del clima después del 12 de agosto, y esa fecha ya había pasado de largo. Y aunque los días seguían transcurriendo sin novedades de la flota persa, tampoco menguaba el calor; y los griegos, estacionados en Calcis, no quitaban la vista de las almenaras colocadas en las colinas de Eubea, al tiempo que refrescaban los pies en las corrientes marinas y hacían lo que Apolo les había aconsejado: elevar plegarias a los vientos.

Del mismo modo que Leónidas, en su solitaria misión de centinela de las Termópilas, estaba preparado para morir, Temístocles se disponía a sobrevivir. Aunque resultara glorioso caer en la batalla habiendo dejado atrás hogar y familia para ir a una guerra en tierras distantes, arriesgando la vida en una competición suprema de valor y resistencia, la tradición griega también contemplaba que los héroes hiciesen gala de su instinto de conservación, y no por ello se les consideraba menos heroicos. Ante las dos alternativas que le había presentado su madre, alcanzar una edad provecta pero sin fama o morir joven en la más perdurable gloria, Aquiles no había dudado. Pero Homero, en su segunda gran épica, había cantado las aventuras de un hombre que había tomado una decisión muy distinta. Después de saquear Troya, Ulises, tan fornido como Temístocles, y habiendo llevado una vida tan agitada como éste, no había deseado otra cosa que volver a casa a los brazos de su mujer. Y, para lograrlo, no hubo táctica, engaño o ardid del que no se considerase digno. Era por eso que Atenea había admirado y honrado a Ulises por encima de todos sus favoritos: «Tú eres de los mortales todos —le había dicho la diosa—, el mejor en el consejo y con la palabra, y yo tengo fama entre los dioses por mi previsión y mis astucias.»[9] De ahí que

la diosa amara de tal modo a los atenienses, a quienes se tenía por los más astutos entre los griegos, y de ahí, también, que cada vez que lo imposible se volvía posible de repente, y cada vez que se vislumbraba la solución a un problema que antes parecía no tenerla, los mortales pudieran estar seguros de que Atenea velaba por ellos. Seguro que Temístocles, al sopesar los riesgos de la batalla y dar vueltas en su cabeza a posibles nuevas estratagemas, no se había limitado a elevar plegarias a los vientos del norte.

«A Atenea rogando y con el mazo dando», venía más o menos a decir el proverbio.[10] Por el momento, sin embargo, tomar la iniciativa no estaba en manos de Temístocles; su próxima jugada dependía de lo que otros —es decir, los persas, pero también los dioses del viento, porque en ningún sentido parecía haber novedades, aunque las temperaturas siguieran subiendo— hiciesen primero. Pero al cabo de unos diez días de que la flota griega hubiese abandonado Artemisio, llegó de pronto una primera señal de alarma. Un cúter de treinta remos, capitaneado por un ateniense de nombre Abrónico, compinche de Temístocles, se apresuraba por el estrecho hasta Calcis. Abrónico, que había sido nombrado al comienzo de la campaña oficial de enlace entre Leónidas y la flota griega, traía noticias alarmantes a su colega: al parecer, aquella farsa de guerra se había terminado. La armada del Gran Rey se acercaba a las Termópilas: el líder medo se encontraba ante las Puertas Calientes.

Se desata la tormenta

No hacían falta atalayas para avisar que el Rey de Reyes se acercaba. Mucho antes de que las primeras unidades persas de reconocimiento empezaran a dejarse caer por las lla-

nuras a lo largo de las costas del golfo Málico, Leónidas debió de haber notado que una fuerza imposible de calcular se aproximaba hacia él. Tal vez no hubiese una sola nube en el cielo de agosto, pero el horizonte del norte se perdía en una polvareda cada vez más sucia, más densa, más turbia. Y en algún momento, la propia tierra, pisoteada por la marcha de miles y miles de pies, había comenzado a temblar. Tal era, literalmente, el poderío del Gran Rey que podía hacer temblar toda la tierra. Durante años, los agentes y estrategas persas habían infundido un terror progresivo entre los griegos; ahora el terror había llegado a las puertas de la Hélade.

Los defensores de las Termópilas miraban con horror el espectáculo de las hordas del Gran Rey en la bahía: aquello superaba con mucho sus más siniestras expectativas. En el centro del estruendo cada vez mayor de aquella avanzada trepidante, que ora podía verse, ora se ocultaba bajo asfixiantes nubes de polvo, los bárbaros estaban cada vez más cerca. Para los griegos, que debían limpiarse el polvo de los ojos mientras sentían el temblor incesante de la tierra bajo sus pies, aquello debió haber sido la más espantosa confirmación de los informes de los tres espías apostados en Sardes, según los cuales Asia había quedado vacía tras la partida de sus millones de soldados a Grecia. El pánico comenzaba, pues, a apoderarse de aquel pequeño ejército. A excepción, claro, de los espartanos, que mantenían la habitual compostura. Pero Leónidas, que buscaba calmar los nervios entre los aliados, ordenó a su salvaguardia que protegiera una posición más allá de la muralla focense. Más pronto que tarde, un jinete persa cabalgaba con estrépito hasta la Puerta Occidental, donde ninguno de «los trescientos» se dignó a mirarlo. Algunos estaban ocupados peinándose sus largos cabellos, manera acostumbrada por los espartanos de

prepararse para la muerte. Otros, con los cuerpos desnudos y resbalosos de aceite, corrían o forcejeaban entre sí, aunque sin demasiado esfuerzo, porque «en la campaña, el esfuerzo requerido de los espartanos era siempre menos exigente de lo normal [...], de modo que para ellos, y de un modo exclusivo, la guerra representaba una relajación del entrenamiento militar»[11]. El *scout* persa, boquiabierto ante aquella escena, se daría media vuelta y galoparía de regreso hasta donde estaban sus tropas. Los espartanos no intentarían detenerle.

Más tarde aquel mismo día, una comitiva formal de embajadores enviados por Jerjes se acercaba hasta las Puertas Calientes. Leónidas, que debió de haberse encontrado con ellos más allá del muro, para impedirles ver los pocos hombres que tenía bajo su mando, fue informado de los términos propuestos por el Gran Rey. Si los defensores del paso deponían las armas, podrían volver libremente a sus casas y se les concedería el título de «Amigos del Pueblo Persa». Además, «a todos los griegos que aceptaran esa amistad, el rey Jerjes les otorgaría más tierras, y de mayor calidad que las que en aquel momento poseyeran».[12] Para muchos, que se morían de ganas de volver al istmo, aquellas propuestas sólo venían a refrendar su entusiasmo por replegarse del paso, pero los focios, para quienes el istmo, para lo poco que les servía de protección bien podría haber estado en Egipto, reaccionaron con furia ante la perspectiva de abandonar las Termópilas. Otro tanto, como era de esperar, hizo Leónidas; y puesto que el comandante en jefe era él, amén de ser el rey de Esparta, aquella resolución bastó para convencer a los irresolutos. Había que defender el paso. Cuando la embajada del Gran Rey regresó a las Puertas Calientes, solicitando de nuevo que los griegos abandonaran las

armas, Leónidas respondió con un lacónico desafío: *«Molon labe»,* «ven a buscarlas».[13]

Los coterráneos de Leónidas eran muy dados a aquellas perlas de audacia. Cuanto peores fuesen las circunstancias, más imperturbables se les enseñaba a los soldados espartanos a mantenerse. Y Leónidas, perfectamente consciente de que la sangre fría era el mejor estímulo que podía ofrecer a la moral de sus aliados confusos, buscó en su guardia real algún gesto de atrevimiento similar que lo apoyase. Y sus súbditos no lo decepcionarían. Según uno de los aliados locales, cuando los bárbaros dispararon la primera andanada de flechas, era tal la cantidad que silbaba en el aire que las flechas ocultaban el sol. Pero los espartanos, que miraban las flechas como si de espigas afeminadas y cobardes se tratase, afectaron una tranquilidad colosal. «Qué buenas nuevas —apuntó uno—, si los medos esconden el sol, tanto mejor: así podremos pelear a la sombra.»[14]

Sin embargo, aunque aquellas ocurrencias sin duda pudiesen animar al personal, a Leónidas debió de parecerle que rozaban la alegría de un tísico. El rey espartano sabía que la situación a la que se enfrentaban sus hombres era incluso más grave de lo que éstos podían apreciar. Temístocles y la flota griega se habían quedado en Calcis, rezando por que hubiese tormenta, y con Artemisio desprotegido, no había nada que impidiera que la flota persa se dirigiese a las Termópilas una vez que hubiesen alcanzado Eubea. Y no podía faltar mucho para que llegara ese momento, ahora que el Gran Rey ya se había instalado tan cerca de las Puertas Calientes. Leónidas debió de haber visto con alivio cómo el crepúsculo se apoderaba del golfo Málico y cómo las llamas se elevaban del campamento en aquel paso mientras oteaba en la distancia del horizonte oriental en busca de mástiles. Había llegado la noche, no así la flota persa. Los

aliados aún mantenían el control de las Termópilas pero, ¿durante cuánto tiempo? Los hombres miraban con nerviosismo hacia el cielo despejado y quieto, donde la luna brillaba casi llena. De igual modo debía estar brillando en la distante Olimpia y en Lacedemonia. Aunque había enviado mensajeros al istmo esa misma tarde con una petición desesperada de refuerzos, Leónidas sabía que las probabilidades de que fuese atendida eran pocas. Al menos hasta la semana siguiente, cuando los juegos de Olimpia y Carneia hubiesen acabado. También sabía que el tiempo se terminaba.

Llegó el alba y todavía no había señales de un asalto al paso. A lo largo del camino de la costa, unidades rezagadas o grupos de avituallamiento del ejército del Gran Rey se dirigían hacia el campamento. Más allá del golfo Málico, los estrechos seguían despejados, aunque sin duda la flota imperial estaba por allí en alguna parte, acercándose desde el norte a la cita con el Rey de Reyes.

Pero ¿dónde tendría lugar aquella cita? Tal vez el nuevo día trajese la respuesta. El mar se extendía, calmo y cristalino, bajo la caricia de los rayos de la mañana, enmarcando la silueta azul de Eubea. En la distancia, hacia el noreste, se elevaban los picos de Magnesia, y todo seguía en una curiosa, intensa y amenazadora quietud. Un marinero entrenado en el reconocimiento de los estados de ánimo del Egeo podría haber descifrado lo que aquella quietud anunciaba, pero había pocos marineros de oficio en las Termópilas. De modo que el cambio de clima, que llegó tan abruptamente como los gritos del viento, debió de parecerles una cosa extraña y sobrenatural, como el aliento de los dioses. Surgido de la nada, un vendaval empezó a arrasar la bahía, golpeando las olas y azotando a los defensores de las Puertas Calientes con nubes de rocío. La luz del amanecer se convirtió en una densa penumbra, y los truenos empezaron a retum-

bar a lo lejos en el Egeo.[15] La ansiada tormenta de los vientos del Helesponto, por la que tanto habían rezado, finalmente llegaba, «y el mar todo empezaba a hervir con ella, como agua en un cazo».[16]

Dos días duró la tormenta, y dos días se guarecieron los aliados a un costado de la Puerta Media. Dos días pasaron los espartanos envueltos en sus mantos escarlata, mientras el vendaval los latigaba desde el mar. Dos días hicieron tiempo los bárbaros, sin poder atacar el paso. En lugar de eso, ambos bandos observaban el clima y escrutaban el horizonte oriental, atribulados ante la falta de noticias de sus respectivas flotas. Una mañana, al cabo de tres días de tormenta, cuando los vientos al fin empezaban a calmarse, pudieron atisbarse en el golfo Málico los restos de un naufragio que se balanceaban sobre el mar picado. Y aún más lejos empezaban a verse las escuadras de navíos que luchaban por abrirse paso contra el viento en dirección al norte, a través del mar gris. La flota griega había sobrevivido a la tormenta y, para enorme alivio de la pequeña tropa estacionada en las Termópilas, los navíos regresaban ahora a la base de Artemisio. Se afianzaban de nuevo los eslabones de la cadena. En cualquier caso, el frente aún podía defenderse y todavía no había noticia de la flota enemiga.

Los informes que esa noche trajo el oficial de enlace apostado en Artemisio sugerían el porqué. Mientras se dirigían al paso de Skiatos, los bárbaros se habían visto superados por los mares. Al parecer, la costa de Magnesia, aporreada por el vendaval en toda su potencia, se hallaba cubierta de cadáveres, oro y maderos. La cantidad exacta de navíos perdidos en la tormenta era aún objeto de conjetura, pero algunos tripulantes de la flota griega se atrevían a decir que «quedarían unas pocas naves contrarias».[17] Una predicción de la que, claro está, Leónidas podía hacerse eco

con dificultad: en la llanura que se extendía ante la Puerta Occidental, las innúmeras hogueras de los bárbaros continuaban ardiendo. Y también hasta allí habrían llegado las noticias del desastre en la costa de Magnesia. Los bárbaros ya habrían digerido su fracaso en el intento de circunnavegar las Termópilas por mar, y ya se habría ordenado un nuevo plan de ataque. Y un plan urgente, porque el Gran Rey, que tenía cientos de miles de bocas que alimentar, no tenía tiempo que perder. Aquella noche, las consecuencias de aquello resultaban tan evidentes como amenazadoras para Leónidas y su pequeño ejército. Cuatro días habían esperado que el Gran Rey llevase a cabo un ataque frontal a su posición, y seguro que a la mañana siguiente, la quinta, las multitudes asiáticas se lanzarían contra ellos. Sería una prueba para la resolución y el coraje de los griegos como pocos hombres habían tenido que enfrentar alguna vez, ni siquiera en tiempos de las leyendas. Ni siquiera en los días de Troya. De modo que peinándose el cabello, afilando sus armas y puliendo sus escudos hasta sacarles un brillo cegador, los espartanos se preparaban para el amanecer y para lo que se les había estado entrenando durante toda la vida: una demostración del arte de matar.

Y, en efecto, con el sol llegaron los bárbaros. Fueron los medos, cuya sola mención resultaba tan temible para los griegos, los encargados de despejar el paso; estaban entrenados para luchar en las montañas, amén de bien protegidos por armaduras de malla metálica, que brillaban como escamas de peces de hierro. Sin embargo, Leónidas había elegido su posición con cuidado, y por mucha experiencia que tuviesen los medos escalando los desfiladeros de los Zagros, se les hizo imposible escalar hasta el desfiladero de la Puerta Media y rodear la línea de defensa. Lo angostado del paso tampoco les dejaba suficiente espacio para echar

mano de lo que, de otro modo, habría sido una estrategia letal: disparar una andanada de flechas tan densa que tapara el sol que iluminaba la asfixiante posición espartana. En lugar de eso, los medos se vieron obligados a cargar directamente contra la muralla protectora, intentando desplazarla. Pero ésta era una táctica castrense en la cual los hoplitas estaban mejor entrenados que nadie; además, los escudos de los medos estaban fabricados de mimbre y sus lanzas eran mucho más cortas que las picas de los espartanos.

De modo que, aunque parecían abrumadores en número, los medos no dieron la talla. Al cabo de unos segundos del primer impacto, los espartanos, que nunca antes se habían medido con el enemigo bárbaro, supieron con quién se enfrentaban. Y aunque no cabía dudar de la valentía de los medos, hombres preparados para abalanzarse sobre un muro de escudos y picas colocadas en punta, lo cierto es que, incluso bajo la protección de sus escamas de metal, eran presa fácil para aquella muralla de asesinos profesionales vestidos de bronce. Al cabo de algunos minutos, el frente se había convertido en un osario. Los espartanos se valían de sus picas y espadas para destrozar a sus adversarios, y su destreza al «luchar cerca del enemigo»[18] era motivo de horror entre el resto de los griegos. Ahora, en la intimidad infernal de las Puertas Calientes, los medos aprendían a compartir aquel horror. Aquellos que caían lo hacían con heridas descomunales y quienes seguían en pie estaban empapados en sangre y tenían que deslizarse sobre entrañas y vísceras, tambalearse por encima de las pilas de cadáveres, cada vez más altas.

Pero, para los griegos, la lucha por mantener sus posiciones ante el enemigo furibundo que deseaba aplastarlos resultaba también desesperada. Al tener que repeler a los asaltantes con aquellos escudos tan pesados, propinando

golpes, picazos y hachazos por doquier mientras el sol iba recalentando sin cesar el bronce de las armaduras, y mientras la sangre y el sudor iban empapando sus cuerpos, los hoplitas en la línea del frente difícilmente podían mantener aquella posición todo el día. Y tampoco era necesario porque Leónidas, calmado y eficiente, se ocupaba de que hubiese transfusiones regulares de tropas nuevas a la línea de la batalla. Los que se retiraban podían quitarse la armadura, beber algo y vendarse las heridas: incluso los espartanos necesitaban recuperar el aliento de vez en cuando.

Sobre todo porque Leónidas, ignorante de las tácticas futuras que el Rey de Reyes podía emplear, necesitaba que sus tropas de élite estuviesen preparadas para afrontar cualquier urgencia. Y así continuó la batalla todo el día, hasta que los griegos, que habían expulsado a los medos y que habían visto también cómo llegaban los refuerzos de Susa, en efecto se encontraron ante esa emergencia. La penumbra era casi total, pero en ella brillaba la ornada y exquisitamente colorida panoplia de los Inmortales, el regimiento más eficiente y temible de las fuerzas del Gran Rey, tan excelso entre los persas como lo eran los espartanos entre los griegos. Leónidas ordenó entonces a toda la guardia real que volviese al frente, «donde los lacedemonios lucharon de una manera que nunca se olvidará».[19] Coraje, fortaleza y resolución fueron sus demostraciones, como era de esperar, pero también un talento mortífero para las maniobras tácticas. Ante una señal, se daban media vuelta, tropezándose y aparentando replegarse en pánico, y entonces, cuando el enemigo se adelantaba, triunfante y olvidándose por un momento de la disciplina, los espartanos se giraban de nuevo, volvían a formarse con temible estrépito de los escudos y hacían trizas a sus perseguidores. Aquella táctica tenía un efecto doble y desmoralizante entre los asaltantes por-

que, además de las víctimas infligidas, servía para restregarles en las narices la verdad desnuda del valor que los espartanos sostenían en la lucha, incluso después de pelear un día entero entre aquel calor, la sangre, el hedor y las moscas. Reticente a la idea de malgastar sus mejores tropas sin obtener resultados, el Gran Rey ordenó el repliegue total, y los Inmortales se retiraron a través de la Puerta Occidental. Sólo quedaron en el paso las sombras de la noche, los restos de la carnicería y los griegos.

Aquella noche, con el estruendo distante de los truenos sobre Magnesia, empezó a llover en el campo de batalla, que poco a poco se fue cubriendo de un manto de lodo y tripas. Entre las confusas pilas de cadáveres, las joyas al cuello de los soldados masacrados de Jerjes brillaban, bajo las mortecinas antorchas de los centinelas, como si se burlaran de la suciedad de aquella masacre. ¿Y tal vez de las pretensiones del Rey de Reyes? Eso le habría gustado creer a Leónidas con desesperación. Pero no era un hombre que se rindiese a la autocomplacencia. Aunque su posición se había mostrado inexpugnable ante el asalto frontal, seguía siendo tan fuerte o tan débil como lo fuesen los flancos. Los mensajeros del campo focense que se encontraba en las alturas del monte Calídromo, y que entre tumbos y resbalones habían podido llegar a las Termópilas, le aseguraban a Leónidas que los accesos montañosos estaban despejados. Sin embargo, dada la violencia con la que arreciaba el temporal, comunicarse con la flota apostada en Artemisio aquella noche resultaba imposible. Al igual que durante las tormentas anteriores, Leónidas sólo podía escuchar los gritos del viento mientras se envolvía con su capa y esperaba que sucediera lo mejor.

Y tal vez aquello fuese, en realidad, lo mejor, al menos para su propia tranquilidad. Porque ese día, que para los

defensores de las Termópilas podía considerarse un nuevo triunfo de la obstinación, para los almirantes en Artemisio significaba otra cosa muy distinta.[20] Las sorpresas desagradables no dejaban de sucederse una tras otra; la flota persa, lejos de haber quedado destruida casi por completo, como esperaban los griegos más optimistas, estaba aún en pie. Tal vez la tormenta la hubiese vapuleado, pero a lo largo de las primeras horas de aquella tarde, los griegos pudieron ver con desesperanza creciente cómo escuadra tras escuadra se dirigía a la orilla opuesta a Artemisio, después de haber dejado atrás Skiatos y haber circunnavegado el cabo de Magnesia. Nunca habían visto los griegos un mar tan renegrido por los barcos: incluso después de los estragos que las tormentas habían causado, los persas todavía contaban con unos ochocientos trirremes, lo suficiente para superar a la flota aliada en una proporción de casi tres a uno. Ni siquiera el tropiezo accidental de quince navíos enemigos contra la base griega, donde su tripulación había sido capturada, alcanzaba a alegrar a los aliados. Ahora, a escasos quince kilómetros al otro lado del mar, desde donde podían ver a la flota persa, muchos empezaron a reclamar un segundo repliegue, y además urgente, antes de que los bárbaros pudiesen acabar sus reparaciones. Aquellas peticiones se elevaron con voz cada vez más alta, para consternación de los locales, que ya estaban bastante nerviosos ante la perspectiva de quedar abandonados a manos de los medos. Primero habían enviado una delegación a Euribíades y después a Temístocles, con una perentoria solicitud de que los aliados se quedaran. Sin embargo, Temístocles, tan desalentado como los habitantes de Eubea ante la posible evacuación de Artemisio, había pedido algo a cambio de sus servicios y, tras haberse quedado con la mayor parte del pago, había utilizado el resto para sobornar a Euribíades. Difícilmente se tra-

taba del estilo tenaz que Leónidas habría preferido, pero era igual de eficiente. Euribíades y los otros almirantes accedieron a mantener la flota y la línea de defensa en Artemisio como era debido.

Pero tan pronto como el alto mando hubo resuelto aquella cuestión, el pánico atacó de nuevo. Hacia el final de aquella misma tarde, más o menos a la misma hora en que los Inmortales avanzaban hacia las Puertas Calientes, y mientras las escuadras de la flota persa, de la manera más ostensiva posible, llevaban a cabo un intimidatorio reconocimiento de la costa opuesta, los aliados sacaban del mar a un griego que desertaba de la flota enemiga, un tal Escilias. Se trataba de un buzo profesional, que afirmaba haber nadado más de quince kilómetros hasta Artemisio bajo el agua, y cuyas noticias resultaban tan creíbles como inverosímiles eran sus alardes, por lo que bastaron para helar la sangre de los almirantes que lo escuchaban. Mientras el enemigo hacía las reparaciones necesarias en su flota, según informaba Escilias, doscientos navíos rodeaban sin ser vistos la costa oriental de Eubea y su extremo meridional hasta alcanzar la costa occidental. Todo ello pintaba peor que nunca para los griegos, que en ese caso pronto se encontrarían acorralados entre los bárbaros apostados ante ellos y los que bloqueaban la ruta de escape. Era un momento peligroso, sin duda, pero como Temístocles no tardaría en subrayar, los servicios de inteligencia prestados por Escilias no sólo advertían del peligro sino también de una oportunidad. Si destinaban una escuadra de la flota a dirigirse al estrecho entre Eubea y la Hélade continental y confiaban en que los dioses hicieran que los barcos que patrullaban el Ática atisbaran a los doscientos navíos persas y además los persiguieran posiblemente serían los bárbaros quienes se encontraran atrapados sin salida.

Claro que aquello no era más que una gran apuesta, pero los griegos no tenían otra alternativa, si deseaban tener alguna esperanza de detener el avance persa, que confiarse de vez en cuando a la audacia y la suerte. De modo que la resolución se dictó y «se hicieron a la mar contra los bárbaros, con intención de poner a prueba su modo de combatir y maniobrar».[21] Naturalmente, como era fundamental no alertar a los bárbaros apostados en la orilla opuesta de la división de la flota principal en Artemisio, la escuadra solo podría zarpar después de la caída de la noche, y después de que los griegos, si aquello era posible, hubiesen demostrado al enemigo que no tenían intención de poner pies en polvorosa. Esto último se logró abandonando las posiciones y aventurándose con descaro mar adentro, desafiando de ese modo a los persas a que los atacasen. Reto que los persas, confiándose en el peso aplastante de sus números y en la mayor destreza de sus tripulantes, debidamente aceptaron. Cuando empezaba a ponerse el sol tras los picos occidentales de tierra firme, la flota persa navegaba con avidez a través del canal, muy superior en número a la línea griega, a la que buscaba rodear y aplastar para terminar con aquella guerra allí mismo y de una buena vez. Los griegos, sin embargo, se habían anticipado a aquella táctica y habían preparado una maniobra diseñada especialmente para enfrentarla: formados en círculo, con los espolones apuntando hacia fuera como las espinas de un puercoespín que estuviera enrollado sobre sí mismo como una bola, de repente se lanzaron al ataque. En la lucha encarnizada que siguió, los persas se toparon con la negación de su destreza y velocidad, que creían superiores. Cerca de una treintena de sus navíos fueron capturados, y cuando el crepúsculo, apoderándose del Egeo, puso fin a la batalla, fueron los griegos quienes, para su propia sorpresa y deleite, pudieron reclamar los ho-

nores de la victoria. Al parecer, no sólo era posible enfrentarse a las destrezas marítimas de los bárbaros, sino que incluso se podían vencer. Y no cabía imaginar un mejor aliciente para los marinos que encaraban la peligrosa travesía nocturna.

En ese momento, por supuesto, llegó el temporal. Mientras la lluvia golpeaba con fuerza los navíos de la flota persa, los vientos, que llegaban bramando desde el sudeste hasta la lúgubre franja costera de Artemisio, acabaron en un santiamén con toda posibilidad de navegación nocturna. Para fortuna de los aliados, sin embargo, aquél no era el único daño causado por la tormenta: la corriente marítima comenzaba a arrastrar los vestigios del naufragio causado por la batalla de la tarde hasta las posiciones enemigas, donde se enredaban con los remos de las patrullas persas mientras la bahía se llenaba de maderos y cadáveres. Vapuleados por una segunda borrasca mientras todavía se estaban lamiendo las heridas que les había infligido el inesperado golpe de los griegos, a los persas les llegó el turno de entrar en pánico, e «imaginaron que su hora había llegado».[22] Pero estaban equivocados: el puerto donde habían varado para guarecerse el día anterior protegió a la flota de los peores azotes de la tormenta. No ocurrió así en el caso de los doscientos navíos que habían enviado a rodear Eubea, puesto que la inhóspita costa oriental de la isla, con sus dentados riscos y acantilados, constituía una protección mísera en caso de temporal. Los navíos, según se dice, «arrastrados y sin saber dónde eran arrastrados», se precipitaron contra un notorio punto negro llamado «las peñas». Sin que importara si allí se habían perdido todas las embarcaciones, como más tarde cacareaban los griegos, la tormenta había decidido el final de la misión.[23]

A la tarde siguiente, las noticias del naufragio llegaron a Artemisio y los almirantes griegos, confiados en que sus líneas de repliegue ya no se encontraban amenazadas, pudieron permitirse respirar aliviados. No obstante, tampoco tenían intención de abandonar su posición ofensiva, puesto que la perspectiva de mantener la línea de frente parecía ahora tan favorable como lúgubre había sido el día anterior. Buenas nuevas llegaban de todas partes: refuerzos de treinta y tres barcos recién llegados de Atenas, la destrucción en un asalto nocturno de una escuadra de navíos cilicios y el informe que traía Abrónico, según el cual Leónidas y sus hombres habían aguantado un segundo día de duros combates en las Puertas Calientes. Si el Gran Rey no lograba abrir una brecha pronto, su ejército comenzaría a morirse de hambre. Ya se estaba acabando la temporada de las campañas, y los bárbaros estaban lejos de casa. Si lograban tan sólo evitar la derrota y mantener a los medos a raya, sería victoria suficiente para los griegos.

Pero la verdadera prueba para la flota aliada y su capacidad de mantener a raya al enemigo aún estaba por llegar. Los persas, que trabajaban con desespero para lograr que los navíos que les quedaban pudiesen hacerse a la mar, todavía no habían intentado quitar el pasador de la línea griega. Ésta, si se veía forzada, tendría que abrir paso hacia las Termópilas por el estrecho entre Eubea y el continente. Al amanecer del tercer día de batalla, los griegos apostados en Artemisio tenían ante sí una vista que les impedía dudar que el momento de la verdad había llegado al fin: al canal iba llegando una escuadra tras otra (navíos fenicios, egipcios, jonios) para sumarse a la flota enemiga. Después de tantas escaramuzas y tanto boxeo con las propias sombras, finalmente estaba al caer un primer asalto frontal de la marina del Gran Rey a las posiciones griegas. Algunos hom-

bres que habían sujetado el primer remo hacía apenas meses —o semanas, en el caso de los que venían de Platea—, pero que estaban muy bien dispuestos para la lucha, se dirigieron a remo a bloquearles el paso.

Una vez que hubo bloqueado el estrecho, y con una capacidad de desplazarse menor que la del enemigo, la flota griega optó por esperar que los persas forzaran el ataque. Con los nudillos blancos por el esfuerzo de agarrar los remos y las narices arrugadas ante la abrumadora hediondez del sudor y de los esfínteres descontrolados, sentados y tensos en sus bancos de madera, los remeros esperaban escuchar, por encima del crujido de la madera, el chapoteo del agua y la cháchara nerviosa de sus camaradas, la marea de la batalla que se aproximaba. Y pronto llegaría el grito de los marinos en cubierta: los bárbaros se acercaban. «En número abrumador, figuras de colores chillones, gritos arrogantes y salvajes chillidos»,[24] tales eran las imágenes y los sonidos de la vanguardia persa que se aproximaba a través del canal. Y el impacto, cuando llegó, fue pulverizador. Durante todo el día, los griegos lucharon con desesperación por mantener al enemigo a raya, de modo que «los unos se exhortaban a no dejar pasar a los bárbaros a Grecia, y los otros a destrozar el ejército griego y apoderarse del estrecho».[25] De alguna manera, aunque con dificultad, y a pesar de haber sido vapuleados, los griegos lograron mantener el control del estrecho. Muchos navíos se hundieron o fueron capturados, y la flota aliada, mucho más pequeña, no podía permitirse esas pérdidas. Otros se averiaron. La mitad de la flota ateniense, que había sufrido en toda su potencia el asalto del enemigo durante la batalla, quedó fuera de combate. La posibilidad de mantener el control sobre el estrecho un día más no estaba muy clara. Desconsolados, los griegos empezaron a recoger los vestigios del combate,

apilándolos sobre la arena para que hicieran las veces de piras funerarias de sus caídos, mientras los almirantes de rostros ansiosos, iluminados por las llamas, debatían sobre las acciones a emprender. En aquel momento, ante el estado de destrucción de la flota griega, y sacando sus propias conclusiones, los habitantes de la región empezaban a pastorear su ganado hasta la orilla del mar, en la esperanza de que se les incluyera en cualquier posible evacuación. Temístocles, que reconocía la posible necesidad de abandonar Artemisio, y que no deseaba que sus marinos, fatigados por la batalla, tuviesen que remar toda la noche con los estómagos vacíos, mandó asar aquel ganado.

Incluso a pesar del agotamiento y la decepción, el estado de ánimo a lo largo de aquella playa sembrada de fogatas no era de total desesperación. Los griegos se habían enfrentado en una batalla con todas las de la ley a la armada del Gran Rey y habían vivido para contarlo. Grandes triunfos se habían logrado en Artemisio, y no todo se había debido a los ventarrones. La flota aliada permanecía intacta como cuerpo de batalla, y el repliegue, si llegaba, se haría de manera estratégica y ordenada. Sin embargo, una decisión en aquel sentido no podría tomarse hasta que llegasen noticias de las Puertas Calientes, puesto que la sincronización con Leónidas y su infantería seguía siendo la clave de toda la campaña. Y ninguno de los marinos sabía lo que había ocurrido en las Termópilas, de modo que, mientras el atardecer se convertía en noche oscura, a los almirantes no les quedaba otra alternativa que hacer tiempo; recorrer de arriba abajo la playa de guijarros, inhalar el aroma mezclado de la carne humana y el ganado sobre el fuego, atravesar con la mirada el canal, hasta alcanzar las luces distantes de las posiciones persas, esperar, en fin, que Abrónico les trajese el informe diario del rey espartano.

Y en buena hora su pequeña galera llegó esa noche a Artemisio. Los marinos todavía estaban cenando alrededor de sus hogueras, las naves aún no estaban preparadas para zarpar y el sentimiento de que estaban viviendo una crisis no se había apoderado todavía del campamento. Sin embargo, vislumbrar la expresión de Abrónico mientras ganaba con dificultad la orilla bastó para que todo cambiara. Antes de que hablase, quienes lo habían visto sabían que había tenido lugar una calamidad en las Termópilas.

Cena como un rey, desayuna como un espartano

Aunque se encontrara en una llanura polvorienta, con los caminos bloqueados, a orillas del mar Salobre, en una tierra inhóspita y remota, el Gran Rey seguía siendo el eje alrededor del cual giraba el mundo. Como no podía dirigir la invasión a Grecia desde Persépolis, Jerjes había dado orden de que Persépolis viniera con él a Grecia. Noche tras noche, sin importar dónde se detuviese el Gran Rey, los sirvientes se apresuraban a descargar montañas de equipaje de los convoyes de mulas y camellos, a allanar una buena extensión de tierra y elevar allí una tienda tan espléndida que, en comparación, desmerecía a muchos palacios. Como la realeza persa era de una resistencia inveterada, los ingenieros del rey, que según la estación del año migraban con él de capital en capital, tenían una larga experiencia en los viajes reales y sabían con precisión la mejor manera de prefabricar el lujo. Como resultado, incluso en los lúgubres parajes que rodeaban a las Termópilas, la dignidad imperial, envuelta y protegida en alfombras y cojines, toldos de cuero y coloridas cortinas, no se veía nunca amenazada. Una cámara tras otra aislaban a la presencia real, mientras los Inmor-

tales, apostados en cada puerta, se erguían en protección contra cualquier intento de asesinato que los veteranos de la Cripteia pudiesen llevar a cabo.[*] El contraste con las condiciones dentro de las Puertas Calientes no podía ser más brutal: mientras Leónidas tenía que acampar entre la pestilencia y la putrefacción, el Gran Rey podía dirigir la batalla desde el frescor perfumado de su sala de audiencias; o, de noche, para ahorrar energía, podía echarse en un sillón con patas de plata, cuya lencería habría sido preparada especialmente para el rey por un fabricante de camas, un esclavo entrenado para hacer «lencería hermosa y suave, puesto que los persas fueron los primeros en considerar tal cosa como un arte».[26]

Agarrados a un clavo ardiendo, los griegos preferían atribuir aquellas extravagancias del estilo de campaña persa al afeminamiento, lo cual sólo evidenciaba de modo lamentable su propia falta de sofisticación. Jerjes, que había dado amplias demostraciones de su coraje cuando todavía era joven, no tenía intención de arriesgar su vida en aquella batalla. No cuando una gran armada y una flota necesitaban de su liderazgo, y cuando había una campaña pendiente de complejidad sin precedentes. La tienda real tal vez fuese monumental, pero así tenía que ser si había de servir de sede a una superpotencia global. Se encontrase tanto en Persépolis como a un lado del camino a las Termópilas, el Gran Rey no desdeñaba los consejos; al contrario, los buscaba, puesto que había aprendido que el hombre más sabio era aquel que mejor uso hacía de sus esclavos. Y Jerjes, cuyos subordinados rara vez carecían de obediencia y coraje, sin duda tenía talento para inspirar en ellos devoción. No por nada su nombre quería decir «el que manda sobre héroes».

De modo que los seguidores del Gran Rey no estaban menos forjados que los espartanos por una disciplina rigurosa. El protocolo, incluso en campaña, e incluso para los héroes, era rígido y sacrosanto. Sin importar con cuánta fuerza azotasen las tormentas fuera de la tienda, o lo alarmantes que resultaran las noticias del frente, el Gran Rey, sentado en la debida magnificencia de un trono de oro sólido, presidía sus consejos de guerra tal como lo habría hecho en Persépolis. La circunstancia muy diferente de encontrarse en las Termópilas sólo diferenciaba los procedimientos en el hecho de que los oídos reales pudiesen inclinarse a escuchar a los forasteros. Aunque los altos rangos militares estuviesen repletos de parientes e íntimos del rey, no todo el que era honrado con una convocatoria ante la presencia real era necesariamente persa. Por ejemplo, había dos hijos de Datis al mando de la caballería y después, claro, en calidad de consejero jefe de todo lo que tuviese que ver con Grecia estaba Demarato. Mientras Jerjes, que periódicamente enviaba tropas a las Puertas Calientes, mantenía un ojo en los defensores de las Termópilas, esperando que dieran muestras de debilidad, también intentaba comprender la psicología espartana a partir de las informaciones que extraía de los reyes en el exilio. Fuerza abrumadora y dominio de la información: características gemelas, si las hubiere, de la manera persa de hacer la guerra. Para sintetizarlo de un modo adecuado: neutralizar el problema que planteaban los defensores de las Termópilas sólo era posible desde la tienda del Rey de Reyes, donde príncipes de sangre real y agentes de inteligencia, jefes de logística y renegados griegos podían ser igualmente convocados y donde era posible reunir todas sus evaluaciones e informes.

Y Jerjes, aunque enfurecido por la defensa de las Termópilas, no se dejaba llevar por la frustración. En lugar de eso,

consultaba los informes, hacía cálculos, daba órdenes y ejercitaba la paciencia. Rey de un pueblo montañés, a Jerjes no le resultaba sorprendente que un paso estrecho fuese inexpugnable ante un ataque frontal. Las Puertas Sirias, por ejemplo, a través de las cuales Datis y su ejército habían cruzado de camino hacia Maratón, estaban protegidas por fortificaciones mucho más imponentes que las del paso de las Termópilas, un torniquete siempre listo para aplicarse, en caso de urgencia, al flujo del Camino Real. Pero incluso cuando «una entrada natural imita con exactitud las defensas elevadas por el ingenio humano»,[27] invariablemente debía de tener alguna debilidad fatal, como bien sabían los militares persas. Y es que son pocos los desfiladeros que no pueden atravesarse por algún camino de las alturas. Las Puertas Sirias, las Puertas Cilicias y las Puertas Persas, todas podían rodearse por caminos de montaña. ¿Por qué no iban a poder rodear las Puertas Calientes?

Al tiempo que los griegos resistían todo lo que se les lanzara directamente, esta pregunta se iba volviendo cada vez más imperiosa. No cabía duda de que los agentes persas, incluso antes de la llegada del Gran Rey, habrían peinado la tierra al pie de los montes Oeta y Calídromo, buscando el lugar por donde ésta cediera el paso, exhibiendo el oro a los campesinos en el intento de procurarse guías nativos. Pero nadie se había revelado dispuesto; Traquis, emplazada por encima de la fisura que se abría en la escarpada garganta del Asopo, se mostraba abiertamente hostil al Gran Rey, y la mayor parte de los nativos habían huido a las montañas o al lado de Leónidas. Sin embargo, quedaban algunos, y lo único que hacía falta era que un griego, uno solo, se dejara intimidar por la magnificencia del Gran Rey y se doblegara. Y sin duda, la magnificencia era algo en lo que el Gran Rey destacaba en modo superlativo.

A la manera de un coloso en medio del extenso campo, rodeada por estandartes de guerra imperiales decorados con águilas que aleteaban imperiosamente por encima de ella, la tienda del propio Jerjes destacaba particularmente. No se trataba sólo de un comando general de campaña; gracias a la cuidadosa reproducción del trazado de Persépolis hasta el más mínimo detalle, aquella tienda era una clase magistral ambulante sobre la dinámica del poder real. Desdeñosos hacia esas cosas como sólo podían serlo unos salvajes que habitaban en los bordes exteriores del mundo, era menester hacer que los griegos dejasen atrás aquella lamentable ignorancia a fuerza de sorpresa y terror. Cuando intentaba explicar a Jerjes el significado del código de Licurgo, Demarato afirmó con audacia que, ante él, los súbditos espartanos temblaban «mucho más todavía que los tuyos ante ti»,[28] lo cual el Rey de Reyes «tomó a risa y no dio muestra ninguna de enojo, sino que le despidió benignamente».[29] Tal vez el espinoso provincianismo de un exiliado nostálgico de la patria fuese un chiste demasiado patético como para molestar al amo de una superpotencia. Y tal vez —puesto que los espartanos eran el pueblo que había osado matar a los embajadores de su Darío; un pueblo que había enviado a su rey con apenas trescientos espartíadas a hacer frente al poderío completo de la armada persa— la insolencia de aquellos hombres no era algo que Jerjes pudiese tomar en broma. «Es verdad que los griegos se ufanan de practicar semejantes costumbres: envidian la buena fortuna y aborrecen al que es más poderoso.»[30] Expresado con una condescendencia aplastante, aunque no inapropiada, tal era el ponderado juicio del alto mando persa a propósito de la psicología del enemigo. Sin embargo, el mismo perfil podría haberse aplicado alguna vez a los medos, a los babilonios o a los egipcios. Y a todos aquellos pueblos tan

antiguos se les había enseñado con mano dura dónde radicaba el defecto de su carácter.

Que el Gran Rey sintiera la solemne obligación de abrir los ojos de Europa a su futuro en el nuevo orden mundial venía señalado por el paso relajado de su avance desde el Helesponto. Si la lentitud había hecho que los persas llegasen a las Termópilas en un momento tan tardío y peligroso de la estación de campaña, lo cierto era que, para Jerjes, era importante instruir con precisión a los nuevos súbditos que iba encontrando en el camino en la índole de la sumisión que ahora le debían. Una sucesión de desfiles, regatas y competiciones ecuestres permitía ostentar la escala global de los recursos del Gran Rey, al tiempo que dejaba claro cuál era la contribución que los propios nativos debían hacer a la magnificencia real, el grado de servilismo que graciosamente se les permitiría mostrar ante su amo y señor. A lo largo del invierno, cada ciudad en el camino de la expedición debía preparar una celebración digna del rey, y durante meses los nativos habían hecho poco más que preocuparse por los menús. Tener que encargarse de preparar un festín adecuado a los opulentos estándares de Persépolis era bastante dolor de cabeza para cualquier anfitrión, pero no era aquélla la mayor de sus obligaciones. También había que alimentar a los soldados del Gran Rey, a sus caballos, mulas y camellos. Era menester suministrar la madera para las hogueras de los cocineros reales. Los vasos en la mesa del rey debían ser de oro y plata, los manteles del lino más delicado, las alfombras y tapices de los materiales más suaves y espléndidos que los misérrimos ciudadanos pudiesen costear. Y una vez usadas, no había posibilidad alguna de vender aquellas cosas para recuperar algunos de los gastos, puesto que los persas, como el peor tipo de invitados, tenían la costumbre de empacar todo el menaje y «marchar

sin dejar una sola cosa tras de sí».[31] No es de extrañar que un bromista, desangrado por el «honor» de recibir a la armada imperial, hubiese exhortado a sus conciudadanos a agradecer a los dioses «que el rey Jerjes no tenía el hábito de exigir desayuno también».[32]

No sorprende tampoco que durante el mes de mayo, ante la perspectiva de que una fuerza defensiva griega acampara en Tempe, en la linde meridional de su reino, Alejandro de Macedonia hubiese enviado un imperioso mensaje a sus comandantes, advirtiéndoles que aquella posición era insostenible. Eso no sólo era muy cierto, sino que se trataba de una conclusión que los propios griegos empezaban a extraer por sí mismos. No obstante, desde el punto de vista de Alejandro la seguridad de aquella tropa era secundaria. Su principal preocupación había sido asegurar que la estancia de la armada persa en Macedonia fuese lo más breve posible. Como vasallo que era del Rey de Reyes, Alejandro, estaba penosamente al corriente de que su señor concebía todo el imperio como su propia despensa, que «las muchas exquisiteces de los países sobre los cuales mandaba, los frutos mejor elegidos»[33] le eran todos debidos, que eran un tributo a esquilmar para beneficio exclusivo de la mesa real. Los festines ofrecidos con tanta dificultad y agonía por aquellos que estuviesen en el camino de Jerjes eran vistos como regalos, no de quienes los brindaban, sino del propio Gran Rey que, magnánimo, hacía una concesión entre sus seguidores, «la cena del rey». Del mismo modo, se decía que Jerjes rechazaba toda especialidad griega y ordenaba que fuesen retiradas de la mesa las que se llegaban a servir, puesto que sólo la grasa proveniente de las tierras de sus propios súbditos podía pasar por los labios del Gran Rey. Ya habría tiempo para comer higos del Ática una vez que Jerjes se sentara en el trono de una Atenas subyugada.

La posibilidad de que su armada pudiese morir de hambre o —mejor ni pensarlo— que la mesa real pudiese encontrarse vacía, no habría indicado una crisis logística, sino un riesgo para los propios cimientos del prestigio imperial. Si el Gran Rey no tenía su pudín, la moral del imperio podía empezar a desplomarse. Y no era cosa fácil pillar los dedos a una burocracia tan atenta al detalle como la persa, que expedía salvoconductos y cartillas de racionamiento a los patos y que había tomado exhaustivas precauciones para un momento de crisis como el que parecía estarse cociendo en las Termópilas. Seguramente llevarían aves entre el avituallamiento real, al igual que cualquier cantidad de las exquisiteces a las que se había acostumbrado el paladar real: aceite de acanto de Carmania, dátiles de Babilonia y comino de Etiopía. Incluso el agua de beber del Gran Rey se traía en grandes vasijas desde un río cercano a Susa.

No obstante, el suministro de ingredientes —en particular de ingredientes frescos— tenía sus límites, incluso para los infalibles jefes de la logística persa. Al sexto día de acampada forzosa en las Termópilas, la situación más allá de los ornados confines de la tienda real, entre la muchedumbre de soldados rasos, se tornaba seria. Los apetitos iranios, en concreto, no eran dados a apretarse el cinturón. Entre los griegos, acostumbrados a comer sólo la carne de animales que se hubiesen sacrificado a los dioses, se contaban historias que los dejaban atónitos sobre los gustos carnívoros del enemigo. Según se decía, un persa encontraba normal hornear un asno entero para celebrar un aniversario o, si era un hombre de situación holgada, tal vez incluso un camello. Los soldados en campaña solían consumir a diario «bueyes, asnos, venados, animales más pequeños, avestruces, gansos y gallos».[34] De modo que los alrededores de las Termópilas, que en la mejor temporada del año no abunda-

ban en avestruces, proporcionaban una alarmante decepción culinaria a los soldados del Gran Rey. Los cocineros persas, tan celebrados por sus ingeniosas recetas, con dificultad podían sacarse del sombrero alguna comida en aquellos campos desnudos.

Sin embargo, Jerjes, aunque ansioso ante el rugido de los estómagos de sus tropas, sabía que algunos sentían aquel tormento con una fuerza mucho mayor. La presencia del ejército persa ante sus puertas amenazaba a los terratenientes locales con la ruina. Y como la responsabilidad por aquella lamentable situación era de Leónidas y su hediondo y minúsculo ejército, la manera más evidente —y de hecho, la única— que los nativos tenían para evitarse la miseria total era ayudar al Gran Rey a desatascar las Puertas Calientes. Jerjes posiblemente confiaba en que, allí donde el espectáculo de la invencibilidad real no le había ayudado a conseguir un guía, el egoísmo tuviera éxito.

Y así fue, finalmente, cuando entre el polvo y la decepción del segundo día de batalla, la capacidad griega de traicionar a los suyos por la espalda acudió en rescate del alto mando persa. Hacía casi una semana que la armada imperial estaba acampada ante las Termópilas y, por fin, un informante reptaba hasta la tienda real. Su nombre era Efialtes, nativo de la llanura donde se emplazaba el campamento persa. Fue él quien reveló a los interrogadores que el Calídromo, en efecto, guardaba un secreto. «En la creencia de obtener del rey una gran recompensa, le indicó la senda que a través del monte llevaba a las Termópilas»,[35] e incluso se ofreció, en un acto de traición realmente ominoso, a hacer las veces de guía para los invasores.

De inmediato, la temible maquinaria de la armada imperial, bien engranada y mortífera, se puso en marcha. Aunque ya el día estaba bastante avanzado, no podían esperar

más, de modo que esa misma noche se dieron órdenes de ascender al Calídromo. Y no se trataba de que lo hiciera nada más la infantería ligera, las únicas tropas que Leónidas había supuesto capaces de llevar a cabo aquel viaje. Los Inmortales, cuya resistencia se había educado en la alta meseta irania, estaban hechos a la medida para aquella aventura. Diezmados como habían resultado en el paso el día anterior, no había hombre entre ellos que no anhelara una oportunidad de venganza. Y aquella misión se mostraba particularmente excitante para su comandante, Hidarnes, hijo del conspirador del mismo nombre que, junto a Darío, había defendido cuarenta y un años antes la Gran Ruta del Jorasán de un enorme ejército de rebeldes medos. Ahora, ante la oportunidad perfecta de engrosar la lista de honores de guerra de la familia, Hidarnes se encontraba al servicio del hijo de Darío y, esta vez, no en la defensa, sino en el despeje de un paso vital.

De modo que, junto con sus diez mil hombres, Hidarnes partió al atardecer de aquel mismo día. La ruta comenzaba muchos kilómetros al oeste de las Puertas Calientes, de Traquis y de la garganta del Asopo, bajo la cual se extendía aquella región.[36] Detrás de los hombres que comenzaban el ascenso se quedaban, punteando la llanura, las hogueras de los guardias del campamento, pero pronto la visión del campo desapareció. Por fortuna, tal como lo había anunciado Efialtes, el sendero era de fácil recorrido. La luna, la devota luna carniana, brillaba en toda su plenitud contra el cielo despejado, incluso más que las estrellas de agosto. Durante horas, los Inmortales marcharon, a través de la luz plateada y las sombras, hacia la izquierda de la extensa llanura que se extendía más allá de los elevados acantilados de Tracia, hasta que cruzaron un valle y llegaron al río Asopo, detrás de cuya ribera más alejada se empinaba el camino fi-

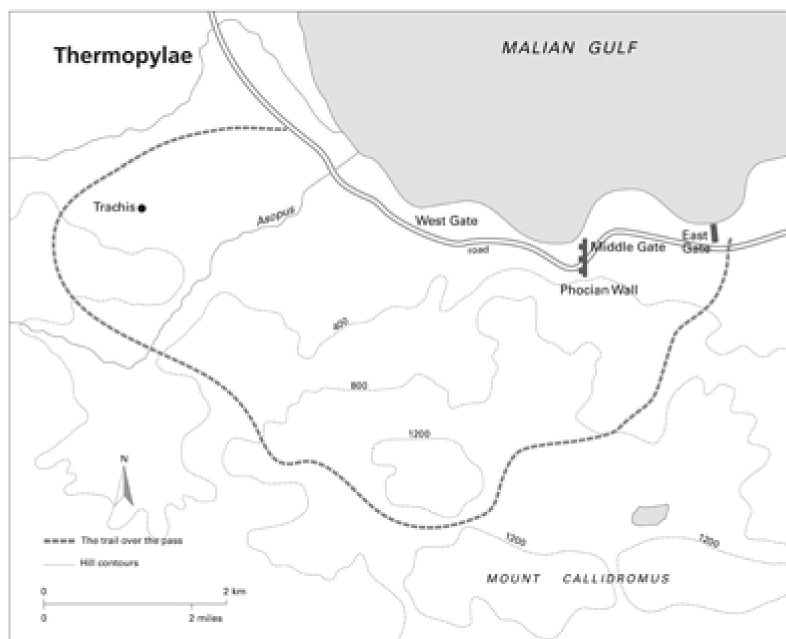
nalmente. Pero en aquel punto, agobiados bajo el peso de sus escudos y armaduras, los persas todavía podían ascender en línea recta. Al cabo de más o menos una hora de laboriosa caminata a través de un lindero de robles y pinos, se encontraron con otra gran meseta. Ante ellos, y atravesando nuevos bosques y ocasionales pastizales, el camino continuaba ascendiendo, otra vez con amabilidad. Los Inmortales, que volvían a ganar velocidad, pudieron comenzar entonces a rodear el pico que se erguía entre ellos y las Termópilas, y también entre ellos y el horizonte oriental. De modo gradual, a medida que las estrellas comenzaban a desvanecerse, los persas comenzaron a sentir la llegada de la mañana y adivinar cómo el Sol, iluminado con la eterna belleza de Ahura Mazda, pronto se elevaría sobre las Puertas Calientes. La cuesta comenzaba a disminuir; los Inmortales pasaron por otro bosque de robles que, sin embargo, no les impedía ver con claridad el camino que se extendía ante ellos y que no sólo se iba volviendo menos arduo, sino que la borrasca reciente había limpiado de ramas entrelazadas a la altura de sus cabezas. Las hojas, que ya estaban secas, crujían bajo sus pasos cuando, por encima del rumor y el pisoteo de veinte mil pies, llegó de pronto un repique: el sonido del metal.

Adelantándose hasta el límite del bosque, y para su consternación, el comandante de los Inmortales pudo ver una guarnición de hoplitas que bloqueaba el camino. Estaba claro que los habían sorprendido, puesto que los helenos aún estaban luchando por ponerse sus armaduras; pero Hidarnes, que a golpes había aprendido a no subestimar a los espartanos, quería su revancha en las Puertas Calientes, no en las alturas del paso. Sin embargo, cuando señalando la falta de túnicas y capas escarlata entre el enemigo, Efialtes tranquilizó a su señor diciéndole que no se trataba de los

hombres de Leónidas sino de los soldados de otra ciudad, tal vez de la Fócida, Hidarnes dio orden inmediata a sus hombres de atacar. Los Inmortales sacaron entonces sus arcos y dispararon una prolija andanada de flechas a la falange recién formada. Los focios, que no tenían el sentido de la estrategia que quizá les habría proporcionado la presencia de un oficial espartano, y dando por sentado que los bárbaros habían marchado toda la noche con el objetivo específico de acabar con ellos, se replegaron de manera caótica a la cima de una colina cercana. Allí, se aprestaron a dar una última batalla heroica, pero apenas pudieron ver cómo los Inmortales pasaban de largo, despreciándolos, y continuaban por el camino despejado.

Cuando comenzó el descenso hacia las Puertas Calientes, Hidarnes debía suponer que un vigía focio se habría adelantado a la carrera para alertar a Leónidas. Pero es improbable que aquella reflexión le perturbase. Tal vez incluso formara parte de la estrategia persa el advertir a los griegos de su aciago destino. Poco antes de la salida del sol, y del enfrentamiento con los focios, un desertor del campamento del Gran Rey se había escabullido hasta las Puertas Calientes. Se trataba de un jonio, un tal Tirastíades, motivado, según él mismo insistía, por su preocupación ante la suerte de sus coterráneos. Y tal vez estuviese en verdad preocupado. Sólo que su llegada parecía envuelta en un cierto relente del ministerio persa de trucos sucios. Además de lo infrecuente que resulta que las ratas se suban a un barco que se hunde, el momento de la aparición de Tirastíades en el campamento griego mostraba todos los signos del cálculo más cuidadoso: era demasiado tarde para que Leónidas enviase refuerzos a los focios pero, al mismo tiempo, aquello lo tentaba con una cierta esperanza de un posible repliegue. Y eso, por supuesto, era precisamente lo que el Gran Rey deseaba

que Leónidas creyese, puesto que si optaban por defender ambos extremos de las Puertas Calientes contra las tenazas del ataque que se perpetraba contra ellos, los griegos aún podrían mantener el control del paso durante días. En cambio, si los atrapaban en retirada en el camino principal, la caballería persa no tendría dificultad en reducirlos a pedacitos. El paso se habría despejado, cinco mil hoplitas griegos habrían sido eliminados de la cuenta de resultados de la guerra y el triunfo del Gran Rey sería total.



Pero ¿mordería Leónidas el anzuelo? El comandante en jefe de la liga ático-délica, desesperado ante la posibilidad de perder todo su ejército, pero obligado como rey de Esparta a mantenerse en sus trece y defender las Termópilas, tenía sin embargo una tercera opción. Una vez que tuvo confirmación del desastre que podía leerse en las entrañas de los machos cabríos sacrificiales, decidió convocar a un consejo de guerra a los líderes, de ojos llorosos, de los demás contingentes. La confusión y la alarma, como era de es-

perar, reinaban en aquella reunión, donde algunos se negaban a la evacuación de las tropas, mientras que la mayoría reclamaba su comienzo inmediato. Leónidas, silenciando el tumulto, anunció que la intención de su guardia real era defender la brecha del ataque enemigo, sin importar lo que se viniese contra ellos. Y entonces, no sólo dio carta blanca sino que ordenó que el cuerpo principal del ejército se replegara tan pronto como fuese posible para obtener alguna posibilidad de sobrevivir al combate al día siguiente. Los tespios, notorios por su terquedad, se negaron a abandonar sus posiciones, y otro tanto —ya que su ciudad estaba condenada a medizar, por lo que no tenían a donde volver, excepto a la perspectiva del destierro— hicieron los tebanos leales a Grecia.[37] Leónidas ordenó asimismo que los ilotas se quedasen en las Puertas Calientes para ayudar a los espartanos a prepararse para la batalla, servir como infantería ligera y morir por la causa de la libertad de sus amos. En total, unos mil quinientos hombres, aferrándose con dedos pegajosos a sus armas aporreadas y maltrechas, sintieron los primeros rayos del sol en sus rostros mientras trataban de impedir que sus expresiones dieran cuenta de sus sentimientos, fuesen éstos el desprecio, la resignación o la envidia, al ver cómo sus camaradas recogían las armaduras y abandonaban el campamento en dirección al sur.[38] Cuando el sonido de la marcha se desvaneció y el polvo blanco se dispersó con la brisa de la mañana, aquella pequeña fuerza defensiva se encontró a solas con el hedor y la cerrazón de aquel paso. Nada que pudiera perturbar la calma parecía provenir de las pendientes occidentales del Calídromo, por las cuales descendía Hidarnes con sus Inmortales en aquel instante. No había nada que sugiriese que los bárbaros se aproximaban y, por el momento, tampoco había nada a la vista en la Puerta Occidental. «Tomad un buen desayuno

—aconsejó Leónidas a sus hombres— porque mañana comeremos en el inframundo.»[39]

Entretanto, en la tienda real también se tomaba el desayuno, pero sin duda los ánimos eran mucho más alegres. Y más relajados también. Aunque se había levantado al amanecer para ofrecer libaciones al sol, Jerjes quería dar a Hidarnes la oportunidad de alcanzar el paso antes de lanzar su propio ataque. Finalmente, a eso de las nueve en punto, el Gran Rey hizo una señal con la cabeza a sus generales y la masa colosal de su ejército comenzó a avanzar. Incluso antes de llegar al paso, el hedor de la muerte, sonorizado por las moscas carroñeras, se elevaba como las nubes de polvo y el calor, y cuando llegaron a las Puertas Calientes, encontraron ante ellos los miembros enredados de sus camaradas asesinados, las barrigas hinchadas o destrozadas, los abdómenes pálidos, las vísceras esparcidas por el suelo. El enemigo también estaba a la vista: en lugar de quedarse a un lado del muro de la Puerta Media, como habían hecho los dos días anteriores, los griegos habían avanzado hasta pasar la puerta, preparados a luchar, no por relevos, sino como una sola masa furibunda. Por un momento, horrorizadas ante aquellos hombres de carne y bronce, las tropas del Gran Rey detuvieron el avance. Fue entonces cuando los oficiales, blandiendo sus látigos, les obligaron a avanzar. Aunque este detalle se suele desdeñar como propaganda griega, no hay motivos para dudar de su veracidad. El peso de los números, ahora que podían atacar de manera más efectiva al enemigo, era una ventaja aplastante que el alto mando persa debía explotar. Y el uso de reclutas sin entrenar, al menos durante el infernal comienzo de aquella batalla, debió de parecerle el mejor equilibrio entre coste y eficacia para neutralizar las alargadas picas de los helenos. Atrapados entre su propia policía militar y la temible falan-

ge coronada de bronce y salpicada de sangre de los griegos, los desventurados reclutas no tenían otra opción que arrastrarse hacia adelante, para ser aplastados contra la pared de escudos, o bien asfixiarse en los pozos, en los que caían a cientos, aunque en el mismo movimiento las picas de los griegos quedaban convertidas en madera de cerillas.

Y entonces, una vez partidas todas las picas, fue cuando la élite persa se dispuso para la matanza. A continuación se libraría una batalla como las que se describen en la *Ilíada,* el choque entre poderosos campeones: «Allí se confundían quejidos y vítores de triunfo.»[40] Entre los caídos se encontrarían dos hijos y un hermano de Darío, además del propio Leónidas. Y una lucha desesperada, homérica, se libraría por el cuerpo del rey muerto, hasta que los espartanos, con la ferocidad propia de la angustia y la desesperación, lograron arrastrarlo a un sitio seguro, al menos de manera temporal. Porque justo entonces, por detrás de ellos, justo por encima de la salida oriental de las Puertas Calientes, entre los arbustos de la pendiente, pudieron ver el brillo de las puntas de las lanzas: los Inmortales habían llegado. Amenazados ahora por todos los flancos, los supervivientes griegos se replegaron detrás del muro y buscaron un pequeño promontorio en el pozo de la Puerta Media. Aunque, separados de sus camaradas y aplastados contra una pared del acantilado, los tebanos nunca lo alcanzaron, sí dieron allí espartanos y tespios la última batalla. Cubiertos de flechas, salpicados de entrañas, resistieron hasta el final. Cuando las espadas se rompían, utilizaban sus empuñaduras a modo de puños de metal, o peleaban con los dientes, las manos o las uñas. Sólo cuando todos los espartanos y tespios estuvieron muertos y el polvo estuvo saturado de sangre, sólo una vez que los cadáveres estuvieron apilados en altos montículos,

pudo decirse que el Gran Rey había ganado la batalla y, con ella, el paso.

El propio Jerjes, al entrar a las Puertas Calientes alrededor de mediodía, sentiría tanta euforia ante los estandartes persas que ondeaban sobre el campo de batalla como repulsión le provocó aquella carnicería. Según era su deber hacia los hombres que habían caído por su causa, dio instrucciones de que se cavaran trincheras y que allí se colocaran los cuerpos de los muertos, y que luego fuesen cubiertos reverencialmente con tierra y hojas. Los cuerpos de los griegos se dejaron expuestos a la podredumbre, y a los pocos tebanos que habían preferido lanzar las armas al suelo en lugar de ser asesinados, se ordenó que los encadenasen y marcasen. Que no estuviera de ánimo generoso no era sorprendente; a pesar de su brillante éxito en la destrucción de una posición griega que parecía inexpugnable al cabo de apenas dos días de batalla, no formaba parte de su plan que tantos enemigos escaparan a la muerte. Y otra incomodidad se avecinaba, puesto que la flota griega, según se le informaría la tarde siguiente, había llevado a cabo, con éxito, su propia evacuación: habían zarpado en medio de la noche a aguas más seguras. La flota persa, que a la mañana siguiente llegó a Artemisio, no encontró del enemigo más que brasas humeantes de las hogueras del campamento y huesos de ganado bien roídos. Los griegos se habían convertido en fugitivos, humillados por agua y por tierra, pero al parecer seguían resueltos a luchar.

Aunque seguro que no faltaba mucho para poder torcerles el cuello como si fueran pollos. Mientras filtraba los informes de inteligencia que siguieron a las Termópilas, el Gran Rey no podía contener la sonrisa ante los intentos desesperados de sus enemigos de rivalizar con él en una guerra psicológica. Se le había informado, por ejemplo, que

un almirante griego se había detenido en su recorrido por la costa de Eubea para grabar un mensaje en la orilla, en el que pedía a los jonios que desertaran, o al menos que lucharan sin vigor. ¡Una estratagema risible! ¿Por qué cuando las armas persas acababan de obtener dos grandes victorias, cuando las ciudades de Beocia se apresuraban a abrirle las puertas al conquistador, cuando el dominio de Europa estaba al alcance del Gran Rey, contemplaría alguno de sus súbditos la posibilidad de amotinarse? Tal vez sus escuadras se encontrasen golpeadas por la tormenta, incluso podía ser que estuviesen desconsoladas porque los griegos habían escapado de su radio de acción, pero había una manera muy fácil de animarles. Se hizo pues una invitación formal a la flota «a dejar su puesto e ir a contemplar cómo combate el rey Jerjes contra los insensatos que pensaron sobrepujar el poderío del rey».[41] Fueron tantos los hombres que aceptaron la oferta, según se dice, que no había suficientes barcos para llevarlos hasta las Puertas Calientes.

Más que los cadáveres de los griegos, más que las pilas de cascos con sus penachos de cola de caballo, rotos y abollados, incluso más que aquellos símbolos del orgullo espartano, sus túnicas y sus capas de color rojo sangre, convertidas ahora en poco más que jirones, un solo trofeo, espantoso y chocante, les habría hecho comprender a los marinos jonios la verdadera y terrible magnitud del poder de su señor. A un lado del camino habían colocado una estaca y, sobre la estaca, una cabeza humana. Aunque los persas «de cuantos hombres conozco, son quienes acostumbran a respetar más a los guerreros valientes»,[42] ningún honor se le había rendido a Leónidas. Rey de una ciudad condenada, ¿qué otro destino podía merecer? Era así cómo su conquistador, el Rey de Reyes, trataba con todos los siervos de la Mentira.

Y los globos oculares sin vida del comandante en jefe de los aliados, encogidos y llenos de moscas, se habían fijado en el camino que llevaba a Atenas, ahora despejado e inerme.

Pueblo fantasma

Un día al año, cuando el invierno que se derretía cedía el paso a la primavera, los atenienses se convertían en extranjeros en su propia ciudad. Se acordonaban los templos, y los límites de todo se desdibujaban. Las puertas se embadurnaban con alquitrán y los atenienses, incluidos niños y esclavos, debían mantenerse alejados de las calles. En la privacidad de sus hogares, sentados en mesas separadas, mientras competían por vaciar jarras separadas y tenían prohibido hablar entre sí hasta haberse bebido todo el contenido, los pobladores de la ciudad celebraban la Antesteria, la fiesta del vino nuevo. No había mejor ocasión para una buena pelea familiar: incluso se permitía a los niños de tres años, coronados con flores y armados con sus propias jarritas, que participaran en la competición, y que luego anduvieran por allí, tambaleándose, observando las escenas de la fiesta. «Sillones, mesas, almohadas, mantas, guirnaldas, perfumes, putas, aperitivos, hay de todo: esponjas, tartas, panecillos de sésamo, dulces, bailarines, también de los buenos, y todas las canciones favoritas.»[43] Dejando a un lado quizá las prostitutas, ninguna otra fiesta del calendario ateniense se acercaba tanto al espíritu de la actual Navidad.

Sin embargo, a medida que los sonidos de la alegría iban amortiguándose tras las puertas brillantes de alquitrán, podía notarse que el abandono de las calles no era completo. Se suponía que los demonios las habían tomado: espíritus

del mal, heraldos del desastre. La gente los llamaba *Keres,* espectros de extramuros. Pero sólo cuando el sol se ocultaba, los atenienses se sentían libres de gritar, aliviados: «¡Largaos, *Keres,* que se ha acabado la Antesteria!»[44] Entonces se abrían las puertas cubiertas de alquitrán, los hombres se lanzaban a las calles, se retiraban las sogas que cubrían los templos y el ritmo de la vida diaria regresaba a Atenas.

Pero ¿y si aquel ritmo perdido no volviese nunca más? Esta pregunta había estado atormentando a la ciudad desde que Temístocles, a comienzos del verano anterior, había persuadido al pueblo ateniense de que abandonara su tierra natal. Porque tal vez hubiese extranjeros más peligrosos que los espíritus devoradores de muertos. Así, un sentimiento ambiguo ensombrecía la Antesteria. Gracias a una peculiaridad del acento ático, *Keres* podía pronunciarse *Kares,* es decir, «caños», o «pueblos de Caria», o sea los vecinos de los jonios del extremo sudoeste de la actual Turquía, que habían sido de los primeros bárbaros en importunar la conciencia griega. Durante siglos, los carios habían constituido un emblema de lo foráneo y de lo asiático. Según se decía, habían luchado al lado de los troyanos en la primera gran guerra entre Oriente y Occidente y, a diferencia de sus primos jonios, nunca se habían sometido al mandato de los pobladores griegos. Aun cuando el Halicarnaso, la gran metrópoli caria, le debía su origen a los colonos provenientes del Peloponeso, lo griego no era más que un ingrediente de los muchos que, a lo largo de los siglos, habían dado lugar a un crisol de razas. En todo caso, a ojos de los griegos, la ciudad era el producto de un mestizaje perturbador, y en ella florecían costumbres peculiares, llamativas y exóticas, al punto de que quien allí mandaba era una mujer, la reina Artemisia. Y tan «masculino» era el «espíritu aventure-

ro»[45] de aquella mujer que le había llevado a enrolarse en la marina de guerra imperial. Por más que estuviese engalanada con doradas joyas, envuelta en mantos de púrpura y perfumada con costosas fragancias, nadie podía dudar de sus dotes de almirante. De hecho, sus trirremes estaban tan bien capitaneados que sólo las escuadras sidonias los superaban en reputación. De modo que si no podían detener a los bárbaros antes de que llegaran al Ática, Artemisia y su flotilla pronto se deslizarían hasta el Pireo. *Keres* o *Kares,* poca diferencia había en el término que se usara; en cualquier caso, parecía que seres extraños iban a caminar pronto por las calles de Atenas. Y no desaparecerían con la puesta del sol.

Tal vez fuese de esperar que mientras sus compatriotas luchaban y morían en Artemisio para dar tiempo a la evacuación del Ática, los atenienses partieran penosamente. Aquel desánimo, sin embargo, no daba cuenta del exilio que les esperaba. Las puertas de Trezén, una ciudad emplazada en la seguridad del Peloponeso, a unos cincuenta kilómetros de el Pireo, atravesando el golfo Sarónico, se encontraban abiertas para los refugiados atenienses desde el comienzo de la crisis. Aunque no tener casa fuese una desdicha —sobre todo para un ateniense, nacido de la tierra—, los trezenios habían demostrado su generosidad como anfitriones: cada madre nerviosa que llegaba a la ciudad recibía un subsidio público y cada niño, educación gratuita, e incluso carta blanca para recolectar fruta fresca de los huertos y sembradíos. Sin embargo, en casa, en Atenas, el éxito de la evacuación sólo provocaba renovadas angustias. Mientras más familias se veían entablando sus casas y recorriendo las calles trabajosamente, con su equipaje a cuestas, empujando carros sobrecargados hasta las playas y muelles, mayor cuenta se daban quienes estaban demasiado perturbados o

molestos para unírseles de que el mundo había dado un vuelco.

Ya era una señal bastante ominosa de la época el hecho de que las mujeres y las madres atenienses, ¡matronas respetables!, anduvieran por las calles. Las oportunidades de mala conducta que una crisis internacional podía ofrecer a las mujeres habían atormentado las mentes de los maridos griegos desde los últimos días de la guerra de Troya. Pero en Atenas, aquella ansiedad resonaba de un modo particular. «Criadas bajo los más restrictivos moldes, acostumbradas desde pequeñas a ver y escuchar lo menos posible, y a preguntar lo mínimo»,[46] las mujeres atenienses llevaban una vida de retiro sin parangón en el resto de Grecia. El peculiar carácter de la democracia así lo requería; la capacidad de las mujeres de causar alboroto en la vida pública había sido motivo de alarma entre los cavilosos reformadores desde mucho antes de la revolución del 507 a. J. C. Preocupado por enseñar a la élite las virtudes del autocontrol, Solón encontraba particularmente insufrible toda muestra de exhibicionismo femenino, e hizo rigurosos esfuerzos por mantenerlo a raya. En lugar de permitir que las hijas de la aristocracia hiciesen alarde de su riqueza y buen gusto en público, Solón había tomado el sencillo aunque drástico paso de decretar que cualquier mujer «que caminase por las calles con toda tranquilidad»,[47] debía verse como una prostituta. Los maridos atenienses —o al menos los que tenían suficiente espacio en casa como para confinar a sus mujeres en aposentos separados— habían aprovechado con gusto la oportunidad. A lo largo de las décadas, la ley procuraría cada vez más que sólo las mujeres que nadie hubiese visto jamás se pudiesen considerar respetables. Claro que, al mismo tiempo, aquello hizo maravillas de cara al comercio sexual.

Tanto que, a un siglo de su muerte, Solón era recordado con gratitud por la ciudadanía ateniense como el hombre que había utilizado fondos públicos para subvencionar los prostíbulos, partiendo para ello del impecable principio de que las putas debían estar a disposición de todos. Es probable —puesto que la actitud del gran reformador hacia las mujeres era casi sin duda la indiferencia más severa— que aquella costumbre fuese una aberración, pero en todo caso sugiere que el derecho a buscar prostitutas se había convertido, para muchos ciudadanos, en una piedra fundacional de la democracia. Al igual que la estatua de los tiranicidas en el ágora, o las filas de asientos talladas en el Pnyx, el barrio de la prostitución de Atenas, rebosante de desorden, sufrimiento y placer, era uno de los monumentos supremos al nuevo orden. Se podía ver a las putas por todo el barrio del Cerámico, bien fuese tomando el sol en *topless* a la entrada de los prostíbulos, protagonizando reyertas en los callejones o bien frecuentando las tumbas que se encontraban más allá de los límites de la ciudad. Amenazadas por la extravagante visibilidad de aquellas mujeres, sus respetables hermanas atenienses se encogían y se volvían cada vez menos visibles, de modo que, bajo la democracia, se había instaurado incluso la convención de no mencionar siquiera el nombre de una mujer casada en público. De hecho, dada la naturaleza predadora de la política ateniense, el impacto real que pudiese tener la más virtuosa de las esposas en la carrera de su marido era un riesgo imponderable. Para un político, sólo había algo peor a que no se hablase de él, y era que se hablase de su familia. Muchos ciudadanos, horrorizados al ver a las prostitutas y a las matronas dándose empujones de camino a las playas, incluso prohibieron a sus mujeres sumarse al éxodo.

El resultado sería que cuando hubo arrastrado a su vapuleada flota desde Artemisio hasta la seguridad de El Pireo, Temístocles descubrió con horror que Atenas se encontraba lejos de la evacuación total. Él había sido, por supuesto, «un hombre de recursos», que hizo los llamamientos a las escuadras jonias para que se amotinaran; pero no era tan ingenuo como para contar con una eclosión interna de la marina imperial. Ni tampoco, por cierto, con la ayuda de los peloponenses. Muchos miembros de la oligarquía ateniense, confiados en las promesas privadas de los espartanos, albergaban una última esperanza de que una fuerza aliada pronto fuese a rescatarlos. Pero no era éste el caso de Temístocles. En un paso muy alejado del Peloponeso, un rey de Esparta yacía muerto junto a toda su salvaguardia y no había nada que los atenienses pudiesen hacer o decir para persuadir a los espartanos de movilizar más tropas al extranjero. La respuesta de los delegados de la liga en Corinto ante las noticias provenientes de las Termópilas difícilmente podía ser más clara: por votación unánime, los peloponenses se dedicarían a cubrirse sus propias espaldas. Así que incluso mientras la avanzadilla del Gran Rey se acercaba al Ática, un ejército de obreros, bajo la dirección de Cleombroto, el hermano menor de Leónidas, construía un muro a lo ancho de los ocho kilómetros del istmo, para lo cual «acarreábanse piedras, ladrillos, palos y espuertas llenas de arena; y los que ayudaban en la tarea no descansaban ningún momento, ni de día ni de noche».[48] Otros ya se habían puesto a demoler el camino a Megara, una carretera estrecha rodeada de precipicios que salvaba los riscos de la costa y única ruta que un ejército pudiera seguir para atravesar el istmo. Pero con cada deslizamiento de tierra que caía del camino a la ensenada que se hallaba más abajo, los pelopo-

nenses iban dejando al Ática cada vez más abandonada a su suerte.

Incluso los dioses, al parecer, perdían las esperanzas en Atenas. Apenas había llegado Temístocles a la asamblea para renovar imperiosamente el mandato de evacuar la ciudad cuando los alcanzaron siniestras noticias de la Acrópolis. Según testigos, la serpiente sagrada, cuya presencia al lado de la tumba de Erectio había proporcionado a generaciones de atenienses la certidumbre de no ver caer a su ciudad, había dejado su tarta de miel intacta y había desaparecido. Entre la muchedumbre en pánico, los rumores de que «la propia Atenea había abandonado la ciudad y les mostraba el camino al mar»[49] causaban estragos. Gran oportunidad para Temístocles, claro está; al igual que lo sería un segundo e igualmente sospechoso descubrimiento, que había tenido lugar cuando los refugiados trataban de alcanzar la costa con sus pertenencias. Al parecer, la pitón sagrada no era la única en haber desaparecido de la Acrópolis. Birlada del cuello de la más sagrada de las estatuas, el autorretrato de Atenea Polias, también había desaparecido la cabeza de oro de la Gorgona. Temístocles, en ardiente muestra de su indignación ante aquel sacrilegio, de inmediato se puso a registrar los equipajes de los ciudadanos especialmente ricos. Y cuando, como especialmente ocurría, encontraba sacos de oro escondidos entre las pertenencias, los incautaba en el acto. Aquellas confiscaciones, junto con una colecta entre los antiguos arcontes, sirvió para recaudar una cantidad de dinero sustancial, una reserva económica de la cual el pueblo ateniense en el exilio tendría que depender para su subsistencia.

Entretanto, mientras los padres arrastraban a sus hijos entre sollozos a través de las orillas, dejando tras de sí y en la miseria a las madres, que con rostros blancos y desencaja-

dos se sujetaban con firmeza los pañuelos sobre sus cabezas, y mientras los navíos de todo tipo llenaban las aguas de Falero y de el Pireo, el tiempo se agotaba. Seis días habían pasado desde la toma de las Puertas Calientes. Mientras Atenas se convertía en un pueblo cada vez más fantasma, quienes atestaban las playas comenzaban a escrutar con mayor ansiedad el horizonte que dejaban a sus espaldas en busca de alguna nube de polvo, algún brillo metálico, el punto de luz de alguna fogata. Aún no se veía nada. Cuando Atenas por fin se había quedado vacía, el único movimiento que podía verse por la noche en la gran extensión de terreno de la ciudad era el de los perros, agitados por la calma repentina. Muchos, fieles a sus amos, los habían seguido hasta la playa, por cuyas arenas corrían mientras aullaban a los botes que iban desapareciendo. Según se dice, Jantipo, que había tenido que volver a Atenas junto a las demás víctimas del ostracismo, pero que finalmente había tenido que volver a exiliarse, pudo ver desde el barco, mientras se alejaba del continente, cómo su perro chapoteaba desesperadamente para alcanzarlo y cómo, cuando la criatura, exhausta, finalmente alcanzó la orilla de nuevo, se había subido a unas rocas, había exhalado un quejido y había expirado.[50]

El destino de Jantipo, al igual que el de sus compatriotas, había sido la isla de Salamina. Allí, al otro lado de los estrechos del monte Egaleo, el pueblo ateniense había dado vida a una copia, si bien fantasmal y empobrecida, de la ciudad que acababan de abandonar. Algunas mujeres y niños, los rezagados para quienes el viaje a Trezén se había vuelto peligroso, acampaban también allí, además de los magistrados de la democracia, símbolos y al mismo tiempo guardianes de la constitución. Los ancianos, cuya sabiduría en tiempos de crisis era tenida por un recurso invaluable, se habían es-

tablecido en la isla desde el comienzo de la evacuación, y habían llevado consigo los tesoros de la ciudad y las reservas de grano. Ahora, lo más impactante eran los ciento ochenta trirremes atenienses que, como una muralla de madera que llevara las marcas de un trabajo frenético en el astillero, se erguían en la costa de Salamina. Con todo, Temístocles aún podía decir, mientras señalaba su flota, que sus compatriotas, aunque estuviesen en el exilio, eran los ciudadanos de «la más grande ciudad de toda Grecia».[51]

Una afirmación a la que tendría que aferrarse como si fuese un bote salvavidas durante las horas que siguieron a su llegada a Salamina. Los navíos atenienses no eran los únicos que podían verse desde la isla; durante los últimos dos días, mientras trasladaban a los refugiados que venían del Ática, Temístocles y sus hombres habían podido ver otras escuadras aliadas recorriendo el estrecho. Que los almirantes peloponenses hubiesen accedido a quedarse durante el tiempo que durase la evacuación decía mucho de los lazos de camaradería que se habían forjado en Artemisio. Y es que tanto las órdenes como la inclinación personal les habrían llevado a dirigirse de inmediato al istmo. Desde Salamina, al otro lado del azul del golfo, apenas podía distinguirse un cabo rocoso enmarcado por el cielo; aquella guía tentadora era la acrópolis de Corinto, la atalaya del Peloponeso, y se encontraba a escasos ocho kilómetros al sur del muro del istmo. Por lo tanto, tal vez fuese predecible que un comandante corintio, el joven y tenaz Adimanto, tomara la dirección del consejo de guerra que siguió de inmediato al regreso de Temístocles a la flota aliada. Había que partir hacia el istmo en aquel preciso instante, exigía Adimanto a Euribíades y a sus compañeros almirantes. Era menester concentrar en un mismo punto las reservas navales y militares, sumarse al ejército que ya se encontraba situado a

lo largo del istmo. Había bastantes golfos y bahías en Corinto como para proteger el flanco de la línea del frente. Y si la tragedia, en efecto, alcanzaba a la flota, al menos los peloponenses «podrían encontrar refugio entre sus propios coterráneos».[52]

Por supuesto, un argumento así no estaba diseñado para hacer las delicias de un almirante ateniense, ni tampoco de uno que viniera de Egina o de Megara. E incluso podría haberse pensado que, puesto que aquellos hombres estaban al mando de tres cuartos de la flota griega, un total de trescientos diez trirremes, sus objeciones habrían sido decisivas.[53] Pero no lo fueron ni un ápice. El riesgo al que se enfrentaban Temístocles y sus dos colegas era el mismo que había amenazado toda la empresa desde el comienzo, que la alianza se fragmentase y desintegrase. Y puesto que la flota griega era inferior en proporción de uno a dos, ni siquiera los atenienses podían permitirse actuar solos. Cualquier ruptura entre las escuadras aliadas se llevaría consigo toda esperanza de victoria.

Y era la victoria lo que Temístocles buscaba; no sólo una operación de defensa, como la concebía Adimanto, sino un perjuicio decisivo para la capacidad naval del Gran Rey. Y para convencer a sus colegas de que aquella ambición era más que la fantasía de un exaltado, Temístocles recurrió a la única cosa que podía unirlos, de manera por cierto gloriosa: los recuerdos compartidos de la campaña de Artemisio. Temístocles sabía que la batalla mar adentro, que los griegos tendrían que librar si se movilizaban hasta el istmo, favorecía al enemigo. «Pero la batalla en sitio cerrado —urgió a sus colegas— servirá a nuestros fines.»[54] Ésta era la lección que había aprendido del día más feroz de combate, cuando las escuadras aliadas, aunque se encontraban apaleadas, habían defendido con éxito el paso entre Eubea y el continen-

te ante el peso completo de la flota bárbara. Aquella batalla había tenido lugar a tres o cuatro kilómetros del estrecho; en Salamina, si lograban llevar a los bárbaros hasta allí, el ancho del paso marítimo no excedería los ochocientos metros y, «si todo va bien, y hay posibilidades razonables de que así sea, podremos ganar».[55]

Apartando la confianza de alto vuelo con que se había expresado, este juicio estaba arraigado en la experiencia de todos los que habían luchado en Artemisio, incluyendo a los almirantes peloponenses, al igual que lo estaba en la fecundidad de la idiosincrasia ateniense, siempre estratégica. Bien lo sabía el propio Temístocles, puesto que su carrera se había construido a partir de la persuasión de una manera en la que ninguno de sus adversarios podía comparársele. Las primeras décadas de la democracia habían sido una escuela exigente; nadie está mejor preparado en el mundo para salirse con la suya que un político ateniense exitoso. La eficacia de los argumentos de Temístocles podía medirse por el hecho de que a la mitad del consejo de guerra, cuando los mensajeros trajeron la terrible noticia de que se había visto a los bárbaros entrar al Ática y «prender fuego a los campos»,[56] la reunión no se había disuelto en el pánico, ni tampoco habían insistido los peloponenses en una retirada inmediata, a pesar de la nueva certidumbre de que, en cualquier momento, la flota persa podría alcanzar las aguas atenienses y tal vez bloquear todas las rutas de escape. En lugar de eso, todo el alto mando estuvo de acuerdo en quedarse donde se encontraban: a las afueras de Salamina. Temístocles había convencido a los que dudaban, al menos por el momento.

Y ello a pesar de que, a los ojos de sus colegas, fuese la más despreciable entre las criaturas, puesto que era «un hombre sin país»,[57] etiqueta no del todo apropiada, por

supuesto; no, al menos, mientras Salamina estuviese en manos de los atenienses. Además, Atenas ni siquiera se había rendido por completo, aunque la caballería persa se dirigía estrepitosamente hacia allí; aún se mantenía en la ciudad un último bastión, el corazón sagrado del Ática. Ni siquiera un iconoclasta como Temístocles podría haber sugerido que se abandonase la Acrópolis y, en lugar de eso, por votación de la asamblea, se había acordado que «tesoreros y sacerdotisas se quedaran a cuidar de las propiedades de los dioses». [58] Otros atenienses, los que se habían resistido tercamente a exiliarse, habían acabado refugiándose también en la roca sagrada. Así que los defensores de la Acrópolis, que habían tenido semanas para aprovisionarse y levantar barricadas o «muros de madera» a lo ancho de la rampa, estaban preparados para un prolongado estado de sitio.

Sin embargo, seguro que se acobardaron ante el primer atisbo del enemigo, puesto que no podía haber una mejor perspectiva de la llegada del Gran Rey a Atenas que desde las alturas de la roca sagrada. El fuego, en el que ardían los campos y bosques sagrados del Ática, hacía las veces de heraldo que anunciaba la llegada de Jerjes. Desde el almenaje occidental, los defensores de la Acrópolis podían observar con impotencia cómo en toda su ciudad se colocaban de modo triunfal los estandartes reales. Las hordas del ejército del Gran Rey ya pululaban por toda Atenas, tomando posesión de sus calles otrora familiares, echando al suelo las casas de los defensores. En el Ágora y en las pendientes del Areópago, la colina que se elevaba entre el Pnyx y la Acrópolis, podían verse los ingenieros que perforaban pozos para extraer agua. Era evidente que los bárbaros no se fiaban de los griegos ni para beberse el agua de la ciudad. Otros grupos de trabajo se ocupaban en saquear y despojar a la ciudad entera.

Pero el espectáculo más siniestro que tendrían que soportar los guardianes de la Acrópolis sería la retirada del bronce de los tiranicidas, aquel símbolo tan potente de la democracia, que los bárbaros empacaron para el transporte. Sin duda, allá en su tierra natal, los pisistrátidas habían explicado a sus señores el significado de aquellas estatuas, trofeos perfectos para adornar las salas de Susa.

Entretanto, el Gran Rey establecía el puesto de mando en el Areópago, por encima del Ágora, y los arqueros se apostaban en las colinas con instrucciones de disparar flechas de fuego a las barricadas que bloqueaban la Acrópolis. El muro de madera, que «delataba a los defensores»,[59] pronto fue arrasado por las llamas, pero la defensa que estaba detrás se mantuvo en sus trece. El Gran Rey, ansioso por enviar a Persia la noticia de que los *daivas* habían huido del nido en llamas, empezaba a impacientarse. Los pisistrátidas fueron convocados ante el rey, y se les envió a subir la rampa y negociar con sus obstinados compatriotas. Sin embargo, sus propuestas fueron rechazadas y el asalto a la rampa, como era de esperar, fue retomado. Las flechas silbaban, rasantes, y las rocas que los defensores habían apalancado a los lados de las fortificaciones rodaron cuesta abajo. El caos de la batalla era general.

Pero cuando los atenienses estaban inmersos de pleno en ella, los oficiales del Gran Rey partieron en reconocimiento del extremo opuesto de la Acrópolis. Allí, la vertiente era tal que no se había apostado ni un solo guardia, pero las fuerzas de élite finalmente pudieron escalar el acantilado. Como antes había ocurrido en las Termópilas, los talentos forjados en los Zagros permitían al Gran Rey apuñalar a una guarnición griega por la espalda. La Acrópolis fue devastada y muchos de los defensores prefirieron lanzarse por las almenas en lugar de esperar que los asesinasen. Otros

buscaron refugio en el templo de Atenea pero, naturalmente, los persas también los masacraron. Luego, siguiendo la orden de su señor, prendieron fuego a todo lo que se encontraba en la cima. Lo que no ardiera sería demolido; el gran almacén de los recuerdos atenienses que se habían acumulado durante siglos, el propio pasado de la ciudad, desapareció en un par de horas.

Las gruesas columnas de humo que se elevaban desde aquel infierno empezaron a enturbiar el cielo ático. Para los atenienses, congelados sobre la cubierta de sus barcos, el mensaje que transmitían era el más puro horror. Para los aliados, que observaban cómo la tarde daba paso a la noche y la silueta del monte Egaleo continuaba iluminada de un rojo furioso, el espectáculo no resultaba menos desmoralizador. En otros marinos, sin embargo, debieron de despertarse sentimientos muy diferentes. El almirantazgo del Gran Rey, que no deseaba alcanzar el puerto de Atenas hasta tener certeza de que el sitio se encontraba sometido, se había tomado su tiempo para encontrarse con la armada. Sin embargo, ahora que el resplandor de los templos en llamas anunciaba a los mares la victoria persa por toda la costa ática, desde Sunio hasta la Acrópolis, las escuadras del Gran Rey ya no necesitaban valerse de las estrellas para llegar a puerto aquella noche: los remos, al golpear las aguas, formaban ondas iluminadas por el fuego.

El amanecer descubrió las ruinas de una Acrópolis renegrida y humeante. Antaño había sido un nido de demonios, pero las llamas la habían purificado y habían sacado de allí a la Mentira. Los principios de Arta habían prevalecido y Jerjes, servidor del dios Mazda, había cumplido con su deber hacia la Verdad. Como testimonio de ello, el Gran Rey, que había convocado de nuevo la presencia de los pisistrátidas, les dio órdenes de ascender a la Acrópolis «y ofrecer

allí los sacrificios acordes a su tradición nativa»,[60] puesto que sólo ellos, de todos los atenienses, se habían mantenido incorruptibles ante las lisonjas de la Mentira. Agradecidos, los antiguos exiliados ascendieron hasta la cenicienta roca. Entre estatuas destrozadas, columnas caídas y los cuerpos achicharrados de sus coterráneos encontraron el camino hasta el lugar más sagrado en aquella cima desolada, el punto en el que siempre había estado el olivo primordial, el regalo que Atenea había hecho a la ciudad. El altar que se había construido alrededor había sido devastado, pero entre los escombros pronto surgió un tocón chamuscado. Tenaces, como siempre, las raíces aún se aferraban con vida a la roca.

Y como una especie de milagro, un largo retoño brotaba de aquel tocón y se elevaba hacia el sol.

CAPÍTULO 8

Némesis

Un cóctel explosivo

Y así se supo en Salamina.

«Serás la ruina de más de un hijo de su madre.» Ahora que la flota aliada se encontraba estacionada en las costas de la isla y los persas estaban apostados en la bahía de Falero, las ambigüedades del Oráculo pesaban en la mente del pueblo, más amenazadoras que nunca. Pero las desconcertantes palabras de Apolo no sólo se comentaban entre el alto mando griego; seguramente los persas, siempre tan devotos de las labores de inteligencia, estaban también al tanto de la profecía: «Aquel que reveló la verdad a mis ancestros»;[1] así era cómo Darío había descrito al dios arquero. Pero a pesar de que los persas se mostrasen a menudo respetuosos con respecto a Apolo, su fe en los pronunciamientos de Delfos no era, ni mucho menos, tan instintiva como la de sus enemigos. Ante la expresión «divina Salamina», debieron ser numerosos los funcionarios del gobierno del Gran Rey perplejos que se encontraron debatiendo su autoría precisa. Tal vez alguien que no era el dios hubiese susurrado en el oído de la Pitia alguna palabra. ¿Un sacerdote, por ejemplo? Al fin y al cabo, Delfos era el centro de una

enorme red internacional de contactos y los servidores de Apolo, que tenían un profundo conocimiento de las relaciones internacionales, se encontraban tan bien calificados como el que más para predecir el futuro más probable de la guerra.

Y seguramente, no habían olvidado cómo terminó el último intento griego de derrotar a la armada imperial. Hacía catorce años, unos trescientos cincuenta trirremes jonios, que la flota persa casi duplicaba en número, habían librado una batalla naval en la costa milesia de Lade y habían resultado aniquilados. Y del mismo modo que Mileto había sido el foco de resistencia a los persas por aquel entonces, Atenas lo era en ese momento. Y el único posible equivalente de Lade en las aguas del Ática era, por supuesto, Salamina. No era relevante si los estrategas persas consideraban que la profecía délfica venía de los cielos o si pensaban que se desprendía de cálculos más bien morales; lo más seguro es que el Oráculo haya sustentado su creencia en que la mano de un dios de una grandeza infinitamente superior a la de Apolo dirigía sus asuntos. Las grandes ruedas del tiempo, que giraban bajo los designios de aquel que habitaba más allá del tiempo, Ahura Mazda, claramente poseían una precisión despiadada. Ya una vez había ocurrido que, al verse amenazada por una flota persa mucho mayor, una alianza de facciones griegas se desintegró entre la traición y las puñaladas traperas. Ahora, en una simetría misteriosa pero, qué duda cabía, diseñada por la divinidad, la historia parecía estar destinada a repetirse.

Para curarse en salud, había quienes, en el entorno de Jerjes, exhortaban a su señor a no fiarse de la situación. Demarato, por ejemplo, en franca apreciación de lo que los súbditos del Gran Rey menos desearían que éste hiciese, había recomendado lanzar una operación anfibia directa-

mente contra Lacedemonia, pues «teniendo en casa la guerra en la frontera, no haya temor de que socorran al resto de Grecia, cuando esté sometido por tu ejército».[2] Muy cierto, pero la borrasca y la acción del enemigo habían diezmado de tal manera la marina imperial que la movilización por separado de la más mínima fuerza de la flota podría permitir a los griegos que la igualasen. De modo que la propuesta se vetó, al igual que ocurrió con el consejo de la formidable reina Artemisia de Halicarnaso, aunque en este caso la deliberación llevase más tiempo. Cuando el Gran Rey, que había descendido hasta Falero, convocó a sus almirantes a un consejo de guerra, la voz de Artemisia fue la única en elevarse en contra del plan para provocar una nueva Lade. La batalla, insistía, era un riesgo innecesario. Atenas había sido capturada y el otoño se avecinaba. Lo mejor, por lo tanto, era mantenerse en un punto muerto y dejar que las escuadras griegas se murieran de hambre, o bien que «tú los dispersarás y ellos huirán cada cual a su ciudad».[3] Una aguda apreciación, como Jerjes bien sabía; pero el tiempo se acababa y no podía permitirse hacerle mucho caso. Para el Gran Rey, pasar un invierno en aquel Occidente remoto estaba fuera de toda consideración. Una Atenas devastada no era lugar desde el cual administrar al mundo. Y ahora que ya había agraciado a la expedición contra Europa con su presencia real, el imperativo del rey era acabar con la guerra antes de que la estación de las campañas llegase a su fin. Sólo servía, pues, una victoria aplastante, y debía ocurrir mientras el clima aún diera de sí.

Resultaba sumamente gratificante, entonces, que los jefes del espionaje imperial pudiesen informar a su amo y señor que, altercando e insultándose en su campamento, el enemigo se mantenía fiel a su naturaleza. Del mismo modo que los odios, las dudas y los temores alguna vez habían desga-

rrado a las escuadras jonias en las costas de Lade, una flota griega en el estrecho de Salamina parecía ahora al borde de una eclosión similar. Ya había ocurrido, durante la quema de la Acrópolis, que muchos tripulantes habían entrado en un estado de pánico y habían corrido en estampida a izar las velas, listos para la huida. Y según los informes, aquella misma noche, el alto comando se había dividido en facciones enfrentadas: peloponenses contra atenienses y quienes los apoyaran. Los insultos intercambiados habían dado lugar al cotilleo en todo el campamento. Según se decía, Adimanto había denigrado a Temístocles en tanto que «refugiado» y, cuando se saltó el turno para hablar, le había advertido que «los atletas que empiezan la carrera antes de la señal deben ser latigados». A lo cual Temístocles había replicado con amargura que sí, «y los que se quedan rezagados nunca ganan la corona».[4] Y sólo cuando el segundo amenazó con retirar la flota ateniense entera de la línea del frente y zarpar rumbo a Italia y al exilio permanente logró salirse con la suya. Aunque era difícil predecir durante cuánto tiempo. ¿Qué pasaría si los peloponenses sentían pánico ante la perspectiva de quedarse embotellados en el estrecho y optaban por darse finalmente por vencidos? ¿Qué alternativas tendrían en un caso como aquél los atenienses y su flota?

Los jefes persas de inteligencia, que tenían más de sesenta años de experiencia sacando provecho de la inclinación griega a las luchas intestinas, sabían con precisión cómo averiguarlo. En la víspera del encuentro en Falero, cuando el deseo del Gran Rey de provocar una segunda Lade había quedado claro en las mentes de sus servidores, se ordenó que un contingente de infantería persa tomara el camino al istmo. Puesto que la carretera a lo largo del acantilado más allá de Megara había sido destruida, mientras que el istmo se había fortificado con solidez, la expedición contaba con

pocas posibilidades de asaltar la entrada del Peloponeso. Pero no era ésa su misión. De modo que las tropas, marchando a lo largo de las costas del sur del Ática, partieron de Atenas, rodearon el monte Egaleo y enfilaron la Vía Sacra hacia Eleusis. Sus armas brillaban bajo el sol y sus cantos podían escucharse a kilómetros de distancia, mientras sus pies, treinta mil pares de pies, aporreaban el camino. La enorme nube de polvo que se levantaba a su paso se perdía con la brisa hasta alcanzar el estrecho de Salamina.

Allí, justo como los estrategas persas habían anticipado, la reacción fue una gran consternación. Susurros amotinados empezaron a correr de nuevo entre las tropas peloponenses y, cuando la tarde daba paso a la noche y los marinos, ansiosos, asediaban a sus capitanes exigiéndoles zarpar hacia el istmo, el Gran Rey dio instrucciones de que se apretaran aún más las tuercas. Algunas escuadras de la flota imperial, «dirigiéronse a Salamina y se dispusieron con toda tranquilidad en línea de combate», empezaron a patrullar la costa de la isla, amenazando de tal suerte con bloquear las rutas de escape.[5] Cuando el sol poniente ya se reflejaba a través del mar desde Salamina hasta el istmo, muchos peloponenses se encontraban al borde de la insurrección.

> Estaban llenos de espanto porque, acampados en Salamina, iban a combatir por la tierra de los atenienses, y si eran vencidos, quedarían cogidos y sitiados en la isla, mientras dejaban indefensa su propia tierra. Y al venir la noche, el ejército de los bárbaros marcharía contra el Peloponeso.[6]

Así era como, desde los días del primer contacto entre ambos pueblos, desde siempre, los persas habían jugado al

gato y al ratón con los griegos. Las noticias que traían los agentes del Gran Rey sobre las riñas en Salamina refrendaban la seguridad que éste tenía de haber medido a la perfección el temperamento de sus enemigos. Ahora que, al parecer, toda la flota griega estaba a punto de pelearse entre sí, había llegado el momento de poner toda la carne en el asador. Las escuadras que patrullaban la costa de Salamina recibieron órdenes de volver a la base,[7] y esta retirada, que se llevó a cabo a la vista de los vigías aliados, dejó abierta la ruta de escape hacia el istmo de un modo muy evidente. Y también muy tentador. Dado que los almirantes persas habían descubierto, en Artemisio, que los marinos griegos no eran de resistirse a un repliegue nocturno si una crisis abrupta parecía requerirlo, lo más seguro era que los peloponenses, que no sabían cuándo podría presentarse de nuevo la oportunidad de escapar de aquella ratonera, sintieran que la crisis estaba teniendo lugar aquella misma noche. De modo que, sin importar si los atenienses accedían a zarpar con ellos, era muy probable que se arriesgaran a cruzar el estrecho y, entonces, tal como había ocurrido en Lade, la flota griega se desintegraría en pequeños fragmentos.

Pero, aquella noche, mientras Jerjes ponía sobre la balanza todas sus posibilidades, todavía no contaba con ninguna certidumbre. La emboscada sólo podía intentarse una vez, y no bastaba sólo con azuzar las divisiones internas: también hacía falta que los griegos se traicionasen unos a otros activamente. Lo ideal habría sido contar con un doble agente en el alto mando griego. Y, por fortuna, los jefes de la inteligencia persa tenían una larga y fructífera experiencia en reclutar topos de primer nivel. Después de todo, los espías reales no necesitaban subrayar que había sido el soborno aceptado por los capitanes samios lo que había precipitado el destino de la flota jonia en la batalla de Lade. Y

con un precedente tan estimable como aquél, costaría creer que los agentes del Gran Rey, armados como estaban de oro y promesas de protección real, no estuvieran activos en el campamento aliado en Salamina. Y en ese caso, ¿cuál podía ser su objetivo? En aquella guerra de nervios que estaban librando con tanta maestría contra las varias divisiones griegas, lo más seguro era que los persas lanzaran una doble ofensiva. Y que mientras amenazaban a los peloponenses y los presionaban para que se dieran a la fuga, estuvieran atentos a las ansiedades y resentimientos de los que se verían abandonados en la estacada: los eginenses, los megarios y los atenienses.

«Al hombre que coopere conmigo le concederé ricas recompensas.»[8] Éste había sido siempre el descarado lema de la monarquía persa. ¿Cuál podía ser entonces la recompensa para un hombre que tuviese en su poder el traicionar a toda la flota griega y ganar la guerra y el Occidente para el Gran Rey? Sin duda, espléndida y gloriosa más allá de toda comparación. Poco importaba que Temístocles hubiese nacido en lo que durante años había sido el baluarte poblado de demonios de la Mentira, puesto que el fuego que había consumido la Acrópolis había librado a toda Atenas del mal. Si tan sólo pudiesen postrarse con la debida contrición ante la presencia real, seguro que los atenienses podían contar con la gracia del perdón y tal vez, incluso, si prestaban un buen servicio, con las señales del favor del Gran Rey. Después de todo, ningún hombre tenía el poder de ser más gracioso, más generoso, mejor benefactor. «Las recompensas que otorgo son proporcionales a la ayuda que recibo.»[9]

En este punto se nos habla abiertamente de los contactos entre Temístocles y los agentes persas, pero la turbidez que encubre la traición y el espionaje suele ser impenetrable,

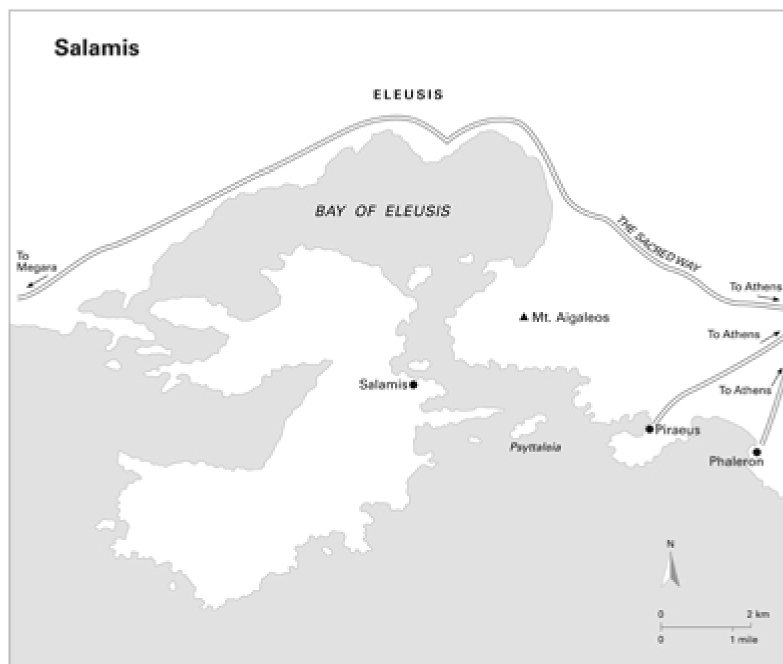
mucho más cuando los hechos han tenido lugar hace dos mil quinientos años. Lo que sí sabemos, sin embargo, es que poco después de que las escuadras persas hubiesen regresado de patrullar Falero, y mientras varios comandantes griegos digerían los alarmantes eventos del día y, según se relata, tenían también sus agarradas, un pequeño bote rompía las líneas de la flota griega y se dirigía al estrecho. A bordo se encontraba el ayo de los hijos de Temístocles, un esclavo de confianza llamado Sicino que, al venir su nombre de Frigia, una satrapía al este de Lidia, posiblemente hablara un poco de persa.[10] También es posible que su llegada a tierra no tomase por sorpresa a quienes le salieron al encuentro, puesto que apenas había puesto un pie en tierra, ya lo estaban llevando ante la presencia del alto mando persa. Sin duda, el mensaje que debía transmitir era de la mayor urgencia: los griegos, según informó Sicino, estaban planeando la huida para aquella misma noche. «Tan sólo bloquead su escape —había sido el consejo de Temístocles — y tendréis una perfecta oportunidad de éxito.» Entretanto, el propio almirante griego, asqueado por la pusilanimidad de sus aliados, era descrito por su esclavo como si sintiese «una completa simpatía hacia el rey y deseara de corazón la victoria persa».[11] Si los jefes de espionaje imperiales habían estado intentando pescar un comunicado de parte de Temístocles, no podían haber esperado conseguir nada mejor.

Un golpe maestro, sin duda. El Gran Rey, que ya habría sido alertado de la posibilidad de que hubiese un gran avance de la inteligencia aquella noche, recibió de inmediato la noticia, y los planes de contingencia que se habían diseñado ante la expectativa de una oportunidad como aquélla se pusieron en marcha. Se ordenó a la flota que se preparara para la acción, así que los remeros y marinos tuvieron

que dejar a medias la cena para ocupar su lugar en la bancada y sobre cubierta. «Los tripulantes saludaron a otros tripulantes a lo largo de toda la línea de batalla»[12] y luego, línea tras línea, zarparon de Falero en dirección a la oscuridad que les aguardaba. Ya no debían saludarse, porque el menor ruido podría poner al enemigo en alerta. Así que, valiéndose únicamente del golpe de los remos para medir su avance, las varias escuadras se deslizaron a través de la noche hasta las posiciones que su señor les había asignado. Una de ellas, la de los doscientos navíos egipcios, debía rodear toda la costa sur de Salamina y apuntar hacia el embudo de la parte más occidental del estrecho, para taponarlo en caso de que los griegos intentasen escapar por allí. Otros, dividiéndose en filas de tres, navegaron hasta posicionarse en la parte oriental del canal, por el cual, según aseguraban sus capitanes, los peloponenses saldrían disparados, presa del pánico, en cualquier momento. Justo en la desembocadura del estrecho al mar se encontraba una isla sagrada para el dios Pan que los atenienses llamaban Psitalea, y donde el Gran Rey, para dar el toque final a la despiadada eficacia de sus preparativos, había estacionado una guarnición de cuatrocientas tropas de infantería, de modo que, cuando llegase la medianoche, «como el mar arrastraría hacia allí especialmente hombres y restos de naufragio (pues la isla estaba en el camino del combate que se iba a realizar) salvasen los unos y matasen a los otros».[13] No se había dejado nada a la suerte; no se permitiría a un solo griego que escapase a la trampa mortal del Gran Rey.

Entretanto, Sicino, el esclavo cuyo mensaje había desencadenado todos aquellos preparativos, había vuelto junto a Temístocles. Su coraje había sido pasmoso, porque seguramente había esperado que lo mantuviesen en el campamento persa para posteriores interrogatorios; de hecho, cuesta

imaginar por qué lo habrían liberado, a menos que fuese para llevar un mensaje de parte de los jefes de espionaje persas a su señor.[14] En cambio no resulta difícil imaginar cuál podía ser el contenido de tal mensaje: las condiciones finales del Gran Rey, la oferta de una amnistía, tal vez la oportunidad de que los atenienses buscaran a sus familias antes de partir para el exilio, o bien la garantía de un futuro privilegiado en el Ática como servidores favoritos del Rey de Reyes. Cualesquiera que fuesen los detalles exactos, Temístocles debió de haber sentido un gran alivio al leerlos porque aquello le garantizaba que sus hijas no irían a parar al mercado de esclavas, que sus hijos no serían castrados, que no se borraría a los ciudadanos atenienses de la faz de la tierra. Aunque la flota griega fuese destruida por la mañana, al menos los atenienses podrían reclamar la misericordia del Gran Rey.



Pero el regreso de Sicino abría una segunda posibilidad, de infinita gloria y esplendor. Mientras las escuadras de la flota imperial se embarcaban en sus maniobras secretas, los almirantes griegos llevaban a cabo un consejo de emergencia, «donde hubo fuerte altercado», según se diría.[15] En algún momento cercano a la medianoche, Temístocles, que sin duda había estado muy ocupado participando y escabulléndose de aquella reunión, se puso en pie y se excusó una vez más. Al salir, se encontró con que, oculto entre las sombras, un viejo enemigo le esperaba. Se trataba de Arístides, el Justo, a quien se había convocado a que volviese del exilio al igual que a Jantipo y las otras víctimas del ostracismo y que había retomado sin trabas su lugar en el corazón mismo de los asuntos de la democracia. Aquella misma noche, mientras se deslizaba hacia Salamina de regreso de una misión en Egina, Arístides había podido ver las siluetas ominosas de la flota persa mientras se deslizaban hacia Salamina, dispersándose por el golfo para bloquear las salidas del estrecho. Temístocles, para quien aquella noticia no era ni mucho menos una sorpresa, se confesó encantado de escucharla y pasó a explicar a Arístides que aquello era cosa suya «porque había sido menester obligar a nuestros aliados a enfrentar una situación que de otra manera, si hubiese dependido de ellos mismos, habrían eludido». Luego, abrazando a su antiguo adversario, le pidió que él, Arístides, fuese quien diera la noticia a los demás almirantes: «Si yo lo digo, creerán que la he inventado.»[16]

Todo ello, sin duda, hacía quedar a los peloponenses como tontos y desdichados. No sorprende que, durante los años siguientes, los atenienses disfrutaran machacando el relato. Sin embargo, hay algo en él que llama la atención: aunque Arístides, en efecto, informó a los comandantes griegos que la flota se hallaba rodeada, al parecer no men-

cionó que aquello era cortesía de una treta de uno de sus colegas, lo cual puede parecer comprensible. No obstante, no deja de resultar curioso que una vez los espartanos y el resto de los peloponenses estuvieron al corriente de los detalles de la estratagema de Temístocles, no demostraran el menor resentimiento hacia el hombre que, se suponía, los había burlado de tal forma, sino, al contrario, se deshicieran en alabanzas a su astucia y previsión. Y a pesar de hallarse emboscados, según se desprende de la revelación hecha por Arístides, no pareciera tampoco que los almirantes griegos sintieran pánico. Al contrario, sus disposiciones para la mañana siguiente parecían dar cuenta de un plan muy minucioso, casi como si para ellos tampoco hubiese sido sorpresa la noticia del bloqueo persa. Casi como si hubiesen sido cómplices en el plan de Temístocles desde un primer momento.

Y tal vez así fuera. Los detalles de la campaña de Salamina sólo pueden enfocarse como a través de una bruma turbia en la que se pierden o se confunden de modo tal que se pueden interpretar de distintas maneras. Eso, desde luego, resulta frustrante. Sin embargo, en esa turbidez se puede atisbar el contorno fascinante de una guerra oculta, un correlato incorpóreo al estruendo, a los choques y empellones de la batalla. Los persas podían reclamar de manera legítima el puesto de amos y señores de la guerra sucia, de modo que no sorprende que, al llegar al Ática, sus jefes de espionaje llevaran consigo la fácil presunción de superioridad que tan fácilmente demuestran los miembros de la clase dominante. No obstante, del mismo modo que la actuación de los griegos en Artemisio seguramente había puesto sobre alerta a los almirantes del Gran Rey a propósito de los riesgos verdaderos, lo más posible es que sus agentes de inteligencia también se hubiesen puesto en guardia. Los aliados

ya habían mostrado buen manejo del amago y la desinformación y, en Salamina, desde luego, Temístocles había dado muestra de su acostumbrada y despiadada comprensión de la psicología al dar a los agentes persas no sólo aquello que su amo quería sino lo que necesitaba creer con desesperación. Pero incluso en su momento de mayor ansiedad, el Gran Rey seguro que habría desdeñado la posibilidad de una traición entre los griegos, de no haber sido porque los almirantes peloponenses hacían pública ostentación de su baja moral. Nunca sabremos con certeza si, en efecto, se trataba de una muchedumbre pendenciera e incompetente que, a pesar de las lecciones aprendidas en Artemisio, no deseaba luchar en el estrecho, o si en realidad eran todos copartícipes de una emboscada que resultaría devastadora. Lo que sí es cierto, sin embargo, es que si los almirantes peloponenses realmente estaban desesperados por escapar aquella noche, la noticia de que se encontraban bloqueados en aquella bahía se tomó, en cambio, con una ecuanimidad destacada. Así llegó el alba de un día fatídico donde los haya en la historia de la humanidad, encontrándose, preparadas y envalentonadas para la batalla, todas las escuadras de la flota griega.

Y por encima del estrecho, iluminada por las primeras luces de aquella mañana, la imaginación de aquellos hombres dio paso al brillo repentino de lo sobrenatural, una acentuación casi palpable de la intensidad de la situación. Antes de que los marinos atenienses tomaran sus puestos en la línea de cubierta, Temístocles pronunció un discurso que sería recordado durante largo tiempo, en el que les urgía a oponer «todo lo mejor y peor que cabe en la naturaleza y condición humanas [...] a elegir lo mejor».[17] Pero estas palabras tal vez no hayan hecho a aquellos hombres erizarse tanto como lo haría la certeza —que al parecer se apoderó

de pronto de toda la flota— de que los hijos de los dioses que en tiempos remotos habían sido guardianes de los montes, los bosques y los templos de Grecia estaban allí con ellos. Tanto es así que, más tarde, algunos relatarían haber visto espíritus y serpientes fantasmales que se deslizaban por la superficie del agua, haber escuchado gritos de guerra sobrenaturales que resonaban en los ecos del estrecho. Que los héroes hacía tanto tiempo muertos se hubieran levantado de sus tumbas para repeler al invasor bárbaro era una certidumbre que el alto mando griego había promovido con diligencia y, de hecho, es posible que, al toparse con la maniobra persa del bloqueo, Arístides hubiese estado navegando con las reliquias de algunos héroes eginenses nacidos del propio Zeus. Pero seguro que nadie dudó de la importancia de esa misión y, quizás, una medida del éxito de aquel plan fuera el hecho de que los peloponenses, que casi se habían amotinado la noche anterior, se alistaran para la batalla con la misma convicción que los demás.

Y no cabía duda, tampoco, de que hacía días que algo sobrenatural se respiraba en el aire. Al parecer, incluso los griegos del séquito del Gran Rey sentían que los cielos se estaban tornando en contra de su señor. Mientras caminaba por los campos desiertos de más allá de Eleusis el día anterior a la batalla, Demarato había visto una nube de polvo que se formaba sobre el camino de la costa y que sólo podía ser producto de la marcha de la división persa que se dirigía al istmo, pero un colaborador ateniense que iba junto a Demarato identificó de inmediato el tenue sonido que les llegaba de la Vía Sacra como el canto o *iacche* que los devotos elevaban en su peregrinación del mes de septiembre a Eleusis. Eso, por supuesto, era imposible, aunque en efecto estaban en la época del año en que aquella ceremonia tenía lugar; a menos que el *iacche* viniese de una procesión sobre-

natural que estuviese celebrando los misterios eleusinos, el retorno a la vida de lo que parecía haber muerto por completo y de manera irrevocable. Aquello había perturbado sobremanera los pensamientos del ateniense mientras recorría los campos calcinados de su tierra natal. «Me temo —había dicho por fin— que esto presagie un gran desastre para las fuerzas del rey.» Demarato, aunque alarmado por aquel juicio, no le había contestado. «Calla y no hables a nadie de esto —le había pedido, en cambio— pues si llegaran estas palabras a oídos del rey, te cortará la cabeza.»[18]

Un consejo sensato, porque Jerjes, determinado como se encontraba a obtener una victoria, no estaba de ánimos para tolerar el derrotismo. Que el fracaso en arrasar la flota griega en Artemisio se hubiese debido a la falta de coraje de sus siervos le parecía a Jerjes un hecho incontrovertible y, en un intento por corregir aquello, había advertido a sus capitanes del modo más intransigente que «si intentaban los griegos esquivar su funesto destino, una vez que hallaran un medio de huir con sus naves sin que se advirtiera, tenían a su alcance el dejar sin cabeza a todo el enemigo».[19] Del mismo modo, aquellos que pelearan bien tendrían el honor supremo de que su señor se fijara personalmente en sus hazañas, incentivo cuya falta se había resentido en Artemisio. Y fue así cómo mientras los remeros griegos se apostaban en sus bancadas, el Gran Rey, seguido por una poderosa comitiva de generales, oficiales y aduladores, dejaba atrás en su carro la ladera sur del monte Egaleo y rodeaba «la cima rocosa que miraba a Salamina, del mar nacida». Allí, en un promontorio por encima de un templo de Heracles, Jerjes ordenó que se frenasen sus caballos neseos y, mientras descendía de su silla, primero sobre un pequeño banco de oro para el pie y —puesto que con dificultad podía permitirse que los tacones de plataforma reales tocasen el suelo desnu-

do— después sobre una alfombra extendida con prisas, los sirvientes se ocupaban de construir un trono. El Gran Rey había elegido bien su aventajada posición. A sus espaldas, un panorama incomparable se iba volviendo más claro a cada minuto: la costa de Salamina, el estrecho, el golfo que los separaba y, en la distancia, el istmo. Pero ¿qué vio Jerjes en las aguas mismas aquella mañana decisiva, mientras el sol salía a sus espaldas y el momento tan esperado de la batalla, para la que de tal manera se había maniobrado, finalmente llegaba también?

Pues no lo que había esperado ver. Al menos eso se sabe. No vería el espectáculo de la flota griega destruida en una emboscada, un mar de palos flotantes y pilas de cadáveres retorcidos sobre las rocas de Psitalea. Antes de llegar al promontorio situado sobre Salamina, el Gran Rey había sido notificado de que la tan anticipada huida de los peloponenses no había ocurrido. De modo que el espectáculo de la flota griega apostada en el estrecho, a los pies del rey, debió de provocarle una amarga desilusión. Y ¿dónde estaban sus propias escuadras, ahora que el sol había salido? Una pregunta decisiva, puesto que, del mismo modo que la estrategia aliada consistía en librar la batalla en el estrecho, los almirantes del Gran Rey hacía bastante tiempo que estaban dedicados a enfrentarse a los griegos en mar abierto. Esta situación había dado paso a un punto muerto que duraba ya tres semanas, y sólo la convicción de que el enemigo era poco más que una muchedumbre desdichada había persuadido al alto mando imperial de poner fin a aquella situación y avanzar con sus escuadras hasta el canal. Una decisión señalada donde las haya en la historia de los conflictos del mundo, puesto que sobre ella no sólo descansaba el futuro de la batalla misma, sino de toda Europa y de la civilización occidental. Por lo cual resulta desesperante que no

se nos diga cuándo o cómo ocurrió. Sin embargo, lo cierto es que, cuando por fin ocurrió, la batalla tuvo lugar justo allí donde los persas habían estado evitando que se librase: en el estrecho de Salamina.

Los historiadores suelen alegar que los persas habían preferido correr un tupido velo sobre la cuestión. Pero esto parece improbable,[20] puesto que las instrucciones que el Gran Rey dio a sus capitanes habían sido de una perfecta claridad: «Vigilad las rutas rugientes por el oleaje.»[21] Es poco probable que con la amenaza de ser decapitados que pendía sobre ellos, los capitanes sintieran un gran entusiasmo por demostrar iniciativa en aquella víspera de la batalla. El señalado error de los griegos, es decir, el no haber metido la pata en la emboscada que con tanto cuidado se les había preparado, sólo confirmaba la decisión de los almirantes imperiales de no ceder en sus posiciones. Y es que, además, los remeros, que difícilmente habían tenido la preparación nocturna adecuada para la batalla, apenas podían remar lo suficiente para impedir que los barcos derivaran o rompieran las líneas. De modo que, al alba, es posible que la llegada del Gran Rey al promontorio sobre Salamina azuzara a algunos capitanes, ansiosos de obtener los favores reales, a comandar una avanzadilla de barcos hasta el canal y que luego todas las líneas se apresuraran a seguirles. Sin embargo, todavía más probable es que la mirada de su señor hiciese recordar la disciplina a la flota. Por mucho que se afanaran en mirar desde proa lo que ocurría en el estrecho, era poco lo que los capitanes de los trirremes lograban avistar de la acción y, en cambio, sí que podían distinguir al Gran Rey que, muy bien situado, lo observaría todo por ellos. ¿Y quién mejor que Jerjes para llevar a cabo el juicio final? ¿Quién mejor para dar luz verde a una apuesta de la que tantas cosas habían llegado a depender?

Lo más probable, entonces, es que la flota persa recibiera la orden de atacar al enemigo en el estrecho poco después del amanecer y que haya venido del propio Rey de Reyes. No sabemos cómo puede haberse transmitido la señal, ni si Jerjes pudo informar a sus almirantes del repentino y fascinante espectáculo que, con claridad, podía ver desde su ventajoso puesto por encima del estrecho, a saber, la desintegración aparente de toda la línea de batalla griega. Unos cincuenta trirremes navegaban hacia Eleusis como si en ello les fuera la vida; ignorantes de lo que les esperaba, sus comandantes los dirigían al estrecho canal al noroeste de la isla donde les esperaban los egipcios. Así había ocurrido en Lade, y así parecía estar ocurriendo ahora, como lo había previsto el traicionero almirante ateniense. Había llegado, pues, la hora de hacer saltar la trampa. La hora de acabar, de una vez por todas, con la resistencia griega. La hora de entrar en el estrecho.

El aterrador sonido de las trompetas, amplificado por la cercanía de las colinas a cada orilla, anunciaba la gran masa de la flota persa que comenzaba a acelerar los golpes de remo a medida que se acercaba a la isla de Psitalea y, acto seguido, rodeaba el cabo sur de Salamina. Se encontraban los fenicios en el ala derecha, los jonios a la izquierda, los cilicios, carios y demás contingentes en el centro, pero ninguno tenía, todavía, una vista clara del enemigo, puesto que el ángulo del canal la obstruía, al tiempo que la espuma y la bruma del amanecer otoñal formaban un velo sobre las aguas. Pero cuando las líneas del frente se acercaban a las posiciones griegas, pudieron escuchar un canto que desde allí se elevaba, un peán, «un clamor a modo de himno […] que devolvió el eco de la isleña roca».[22] No se trataba del sonido de un ejército que se repliega presa del pánico, pero la flota del Rey de Reyes ya no podía dar media vuelta, ni si-

quiera pese a que ciertos capitanes de las líneas frontales sintieran un vuelco repentino en el estómago: el presentimiento, tan pegajoso como el sudor que corría por sus cejas, de que eran ellos quienes navegaban hacia la emboscada. Ya en aquel punto se podía ver, agolpándose en el canal, un inmenso bosque de mástiles que flotaban sobre las aguas agitadas por los remos de las escuadras, que maniobraban hasta colocarse en posición mientras luchaban para no chocar entre sí en la estrechez del canal. Aunque la tierra firme del continente se encontraba atestada por sus propias tropas, al mirar hacia Salamina, los capitanes de la flota imperial no podían dudar que el Gran Rey había sido estafado con todas las de la ley. Los trirremes griegos, lejos de darse a la huida ante la presencia de la flota persa, se formaron en su propia línea naval a lo largo de las bahías y los salientes de la isla; los atenienses en el extremo más hacia el norte y los eginenses al sur, con el espolón de cada barco apuntando directamente a la flota persa.

Aun así, en el último momento, justo antes de la batalla, cuando los estómagos no eran más que puños, los almirantes imperiales debían de estar esperando que el enemigo se convirtiese en chusma, porque los navíos griegos seguían retrocediendo poco a poco hacia la orilla, como dominados por la turbación. Pero en ese momento, justo cuando parecía que estaban listos para arrastrar los barcos fuera del agua, un único navío se adelantó de entre las líneas replegadas de los trirremes. Los soldados dirían más tarde que la tripulación a bordo se había visto aguijoneada por las palabras de una aparición femenina, un fantasma que se había materializado de manera repentina ante la línea griega y que, con inflamado desprecio, había preguntado: «¡Desventurados!, ¿hasta cuándo ciaréis?»[23] Y la tripulación había contestado empuñando los remos con fuerza, impulsan-

do el curso rápido del navío a través de las aguas que separaban las dos líneas navales, maniobrando de modo que el bronce del espolón, cuyo brillo partía el mar en dos, apuntara a la popa de un navío persa solitario. Y fue así como llegó el *repiqueteo* de una andanada de flechas sobre la cubierta, el sonido de la madera al romperse. Ya se había hecho el primer contacto de la batalla. Sin embargo, no hubo muertes rápidas, porque los remos de ambas embarcaciones pronto se enredaron y ambos navíos quedaron atascados el uno con el otro. Al ver aquello, algunos capitanes de otros barcos se adelantaron a ayudar a sus compañeros, y pronto todos estaban movilizándose; los griegos, mientras avanzaban «en formación correcta, con orden»,[24] cantaban con júbilo y frenesí las muertes que estaban por venir.



Casi de inmediato, la batalla se había apropiado de todo el trayecto del canal, y la confusión que reinaba era tal que la identidad del primer navío en atacar a los bárbaros sería motivo de furibundo debate; tanto eginenses como atenienses reclamaban el honor, y adjudicarlo con propiedad se

volvió imposible. Ambos contingentes se enfrentaban en extremos opuestos de una línea que se extendía a lo largo de casi dos kilómetros, y ningún hombre que se encontrase en el estrecho podía tener el panorama completo de la batalla. No sorprende que los recuerdos de aquel día siniestro y glorioso no sean de la estrategia de la batalla, ni de su desarrollo, ni de la actuación de escuadras rivales, sino de conmovedores actos individuales de heroísmo, hazañas de un brillo resaltado por el telón de fondo del griterío, la carnicería y el caos.

Y el mayor *glamour* lo iban a tener, por cierto, algunos ases del trirreme. Entre ellos, el más célebre sería un ateniense, un tal Aminias de Palene. En medio del choque inicial de la batalla, éste se atrevió a atacar la nave insignia de la flota fenicia, un barco enorme comandado por un hermano del propio Gran Rey. Aquel almirante real, naturalmente furioso ante la imprudencia de su atacante, ordenó que se lanzara una lluvia de proyectiles contra el ateniense mientras él mismo dirigía un abordaje. Pero Aminias lo espetó durante el salto y lo lanzó fuera de borda. Aún más ambigua fue la actuación de un segundo comandante del Gran Rey, nada menos que la reina Artemisia de Halicarnaso, ante otro ataque de Aminias. Al ver que éste se le venía encima, la reina había sido presa del pánico, y como su ruta de escape se hallaba bloqueada por el trirreme de uno de sus propios vasallos, Artemisia optó por el sorprendente recurso de embestirlo con el espolón. El navío y su infortunada tripulación rápidamente se hundieron hasta el fondo del estrecho, mientras Aminias, que supuso que la reina había abandonado la causa persa, dejó de perseguirla. Y fue así cómo Artemisia logró escapar.

Muy impresionado, el Rey de Reyes lo había visto todo desde su trono en las alturas de la batalla. A su manera tan

equivocado como lo había estado Aminias, el Gran Rey pensaba que el barco que Artemisia había echado a pique era griego. Y es que la ferocidad del combate era tal que los ayudantes del rey encontraban difícil distinguir al amigo del adversario. Sin embargo, si aquello constituía un reto para los secretarios reales, ocupados en dejar constancia de las proezas particulares, pocas deben de haber sido las ilusiones que éstos y su señor pudieron hacerse sobre el progreso de la batalla. «Mis hombres se han convertido en mujeres —parece haber dicho Jerjes al ver que el barco de Artemisia se alejaba del naufragio de su víctima— y mis mujeres en hombres.»[25] Su amargura era comprensible, puesto que, mucho más que cualquiera de los capitanes involucrados en la lucha, el Gran Rey era el responsable total de la catástrofe que se desarrollaba en el estrecho, y desde donde estaba podía ver que, a la muerte de su almirante y líder, las escuadras de choque fenicias se encontraban acorraladas por los griegos, que las obligaban a retroceder hasta la orilla, o a pelear abiertamente. Y el Gran Rey podía darse cuenta de que aquel caos era el resultado del intento de sus escuadras de replegarse, puesto que línea tras línea iban perdiendo la formación, estorbándose entre sí en el paso por el estrecho, y «entre sí mismos se golpeaban con sus propios espolones de proa reforzados con bronce, y destrozaban el aparejo de remos completo».[26] Jerjes podía observar con un descrédito cada vez mayor cómo una cuña mortífera de navíos griegos dividía su flota en dos, dejando a los fenicios atrapados como atunes en una red al lado derecho de la línea de batalla. Y tal vez pudiese recordar que la orden de atacar a los griegos había sido suya.

Que se había equivocado al darla era evidente para el Gran Rey incluso antes de que la batalla hubiese comenzado. Los trirremes que había observado navegar por el norte

del canal en dirección a Eleusis, y que sus colaboradores griegos habían identificado como corintios, se habían detenido una vez que alcanzaron el cabo nororiental de Salamina. Pero tras echar un vistazo al estrecho entre Eleusis y Salamina, los corintios se habían dado la vuelta y habían regresado a la línea de batalla. Estaba claro que no habían sentido pánico, sino que se encontraban en una misión de reconocimiento, asegurándose de que la escuadra egipcia, que había rodeado la isla durante la noche, no estuviese preparándose para atacar la retaguardia griega. Por supuesto, no estaba haciéndolo. La escuadra egipcia, como el propio Jerjes dolorosamente sabía, todavía se encontraba a casi quince kilómetros de una batalla en que sus navíos habrían sido cruciales, al acecho en la parte occidental del estrecho, esperando una huida griega que nunca se iba a producir.

Por supuesto, vejado como se encontraba, el Gran Rey sería en extremo quisquilloso con los supervivientes del fiasco. Cuando un grupo de capitanes fenicios con muy mal aspecto intentaron justificar la pérdida de sus navíos como resultado de la traición de otros contingentes de la flota, los hizo decapitar allí mismo. Por supuesto, no era concebible que el Gran Rey aceptase responsabilidad alguna por la catástrofe, y los fenicios, ahora que su fuerza había quedado hecha añicos en las rocas sobre las que estaba el trono, podían servirle de chivos expiatorios. Sin embargo, a medida que observaba el curso de la debacle desde su puesto de mando, Jerjes debió de tener la conciencia, cada vez más amarga, de que sus propias estratagemas, diseñadas con tal cuidado y confianza en la victoria, se habían vuelto contra él. El mediodía dio paso a la tarde, y los persas fueron finalmente expulsados del estrecho. Tal vez un tercio de los trirremes que habían entrado en el mortífero canal habían sobrevivido y pudieron abandonarlo. Tras ellos venían los

griegos, acosándolos mientras iban dando tumbos desesperados hacia Falero, persiguiéndolos por las mismas aguas en las que, el día anterior, el Gran Rey había planeado que tuviese lugar la emboscada con la cual se aseguraría el control de Grecia.

Pero tal vez la herida más cruel se produjera hacia el atardecer, cuando, excepto por «los lamentos» y los cadáveres flotando de los persas que se enredaban en los remos de los vencedores, no quedaban hombres del Gran Rey en el estrecho, y a los griegos sólo les restaba una ejecución por llevar a cabo antes de la llegada de la «sombría faz de la noche».[27] Los cuatrocientos soldados que el Gran Rey había destinado a Psitalea la noche anterior se habían quedado varados en aquella posición, puesto que, en medio del pánico y la desesperación causados por la destrucción de la marina imperial, no había habido oportunidad de evacuarlos. Y ahora, los mismos persas infortunados que habían recibido la orden de ejecutar a cualquier griego que se viera arrastrado hasta las rocas, se habían convertido en el objetivo de una brigada de ejecución. Honderos, arqueros y marineros de pesada armadura emergían de los navíos aliados en busca de una sangrienta revancha por la aniquilación de los espartanos en las Termópilas. Dirigidos por Arístides, los griegos «se lanzaron contra ellos con unánime griterío y los golpearon, destrozaron los miembros de los infelices hasta que del todo les quitaron a todos la vida».[28] Las rocas se tornaron resbaladizas por la masacre, y algunos de los hombres de Arístides se deslizaban sobre los cadáveres mientras los acuchillaban y cosechaban anillos y brazaletes, al tiempo que otros vadeaban el agua roja de las orillas recolectando lo que pudiesen de los muertos que allí flotaban. Kilómetros de extensión marina estaban cubiertos de maderos provenientes de los innúmeros navíos de guerra

que se habían destrozado, que la marea lentamente dispersaría en el golfo cada vez más oscuro.

Y así acabaron los intentos del Gran Rey de tomar el estrecho de Salamina.

Tan lejos, tan cerca

En el 484 a. J. C., mientras Jerjes, que acababa de regresar de su represión de la revuelta en Egipto, estaba esbozando sus primeros planes para conquistar Occidente, Mesopotamia se alzó también en imprevista rebelión. Habían pasado ya décadas desde que Darío había empalado al hombre al que con desprecio había llamado Nidintu-Bel, deshaciéndose de ese modo del último nativo que pudiese aspirar a ser el «Rey de Babilonia, Rey de las Tierras». Títulos que, imbuidos de todo el antiguo *glamour* de la ciudad entre los dos ríos, se contaban entre los más espléndidos honores que el usurpador había legado a su hijo. Claro que los títulos, por sí mismos, como bien había podido apreciar Darío, no hacían al rey de Babilonia. El dominio persa sobre Mesopotamia a lo largo de sus muchos años de reinado se había ido convirtiendo, cada vez más, en un asunto de bienes raíces. Vastas franjas de territorio habían sido arrebatadas a los nativos para acabar como propiedades personales del Rey de Reyes, mientras que otras parcelas, divididas para favorecer a algunos súbditos, se habían entregado con la condición tácita de que allí se asentaran reservistas de los confines más distantes del imperio. En consecuencia, las marismas mesopotámicas, al igual que las ingentes ciudades a las que alimentaban, habían empezado a llenarse de inmigrantes. Quien caminase a lo largo de un canal bordeado de palmeras podía dejar atrás villorrios poblados por

completo de extranjeros: arqueros egipcios, jinetes lidios, sacios diestros con el hacha. Tal sería el futuro del mundo bajo el mandato del Rey de Reyes: un crisol de razas universal.

Cuando la insurrección estalló en las riberas del Éufrates, Jerjes se movilizó para aplastarla sin demora, pues el riesgo de una expedición a Occidente difícilmente podía asumirse mientras Babilonia, la ciudad más grande y rica de los dominios del Gran Rey, se encontrase tan agitada. La gran capital seguía teniendo una importancia crucial en el orden persa, y no sólo eran los burócratas imperiales quienes podían dar fe de aquello. Del mismo modo que Jerjes y Ciro habían descubierto en la antigua ciudad un espejo que reflejaba sus más orgullosas presunciones, Jerjes demostraría, con su invasión a Europa, una visión de la monarquía global que por primera vez hacía mucho tiempo se había soñado en Babilonia, la cosmópolis original. El campo de atracción de las fuerzas del Gran Rey y de sus multitudes de soldados, venidos de las lindes de todo el mundo, llevaba al Ática algo más que un toque de la distante Mesopotamia. Y también se esperaba de los atenienses, de los peloponenses y de todos los griegos, incluso aquellos de las islas del más lejano Occidente, que pronto añadiesen sus propios elementos a la mezcla. Es decir, una vez que los hubiesen conquistado. Una vez que, finalmente, lograsen conquistarlos.

Pero la forma cómo asegurarse aquella sumisión se había convertido, después de Salamina, en un quebradero de cabeza repentino e inesperado. En el consejo de guerra que siguió a la batalla, Mardonio había desestimado la debacle como algo carente de toda importancia: «¿Qué son unos tablones de madera? —diría con desdén—. Si han estado cobardes los fenicios, los egipcios, los ciprios y los cilicios, el desastre en nada toca a los persas»,[29] ello expresado con

vehemencia y con el chauvinismo tan natural de los aristócratas persas y del Gran Rey, desde luego, puesto que no era su estilo criticar el coraje y las proezas de sus coterráneos. Pero, aun así, Jerjes no había marchado a Grecia sólo como Rey de Reyes, sino en tanto y en cuanto que «Rey de las Tierras». La aniquilación de las tropas que había convocado bajo su estandarte había herido su orgullo. Bien estaba que Mardonio se permitiese despreciar el carácter mestizo y andrajoso de la marina imperial, pero era precisamente aquello, en opinión del Gran Rey, lo que la había convertido en una digna encarnación de su poder global.

Y en un principio, a pesar de que hubiese resultado tan vapuleada, tampoco estaba Jerjes dispuesto a aceptar que la derrota hubiese limitado el alcance de sus fuerzas. Apenas su flota había resultado diezmada en el estrecho cuando Jerjes estaba intentando ya imponer su supremacía de otra manera, igual de imperiosa: la construcción de una calzada por encima del agua hasta Salamina. Para ello se lanzaron rocas en las aguas poco profundas y, en un intento desesperado de salvar las honduras centrales del canal, se intentó que los navíos mercantiles, muy juntos, hiciesen las veces de pasarela. Pero en aquella ocasión, el verdadero obstáculo no sería el estrecho en sí mismo tanto como los arqueros griegos. Los ingenieros del imperio, acosados por los sanguinarios navíos griegos, constituían blancos fáciles para la ofensiva enemiga, de modo que el Gran Rey, inclinándose ante lo inevitable, tuvo que abandonar de mala gana el proyecto. Para un hombre que había construido un puente a través del Helesponto y que había dividido la península del monte Atos, se trataba de una frustración agónica. Hacía unos pocos días que había soñado con la conquista de todo un continente y ahora se veía desafiado por un estrecho marítimo de menos de dos kilómetros.

Y por otras agitadas y siniestras cuestiones. De Sicilia, un escenario crucial para la extensión del poder imperial incluso más hacia el oeste, empezaban a llegar informes de una segunda victoria.[*] Según se informaba, Gelón, el precoz tirano de Siracusa, había infligido una derrota sensacional a los cartagineses, la destrucción de cuyo ejército había sido tan sangrienta que no había comparación posible. Fuera de los muros de Himera, una ciudad al norte de Sicilia, yacían masacrados ciento cincuenta mil cartagineses, y todos los supervivientes se habían convertido en esclavos, mientras que su general, al que habían sorprendido ofreciendo un sacrificio, se había inmolado en las llamas. Noticias todas que se prestaban para la reflexión del Gran Rey, ya caviloso a propósito del próximo paso a seguir en un Ática cada vez más otoñal. Las ambiciones de Jerjes, otrora tan grandiosas, se veían ahora reducidas y circunscritas. El sueño de extender los límites del poderío persa hasta la tierra del sol poniente de poco servía ante la realidad del istmo bloqueado y de un Peloponeso insurrecto. Lo que antes se había presentado como una campaña universal de dominación, parecía haberse encogido a la escala de una torpe guerrilla fronteriza.

Y como tal, parecía haber dejado de ser digna de las atenciones del Gran Rey, situación que Mardonio supo reconocer con rapidez en su propio provecho. «Déjate persuadir —exhortó a su primo— si tienes resuelto no permanecer, conduce el ejército a tus tierras y llévate los más.»[30] Un encargo como aquél era precisamente lo que Mardonio andaba buscando durante años y el Gran Rey, reticente respecto a la idea de pasar otro verano de campaña en Grecia, ya no tenía motivos para oponerse a la estrategia de su primo. La magnitud y extravagancia que habían caracterizado a la expedición bajo su propio mando resultarían escanda-

losas una vez que ya no estuviese Jerjes a la cabeza. Y como nuevo jefe de las fuerzas de choque, a Mardonio se le juzgaría sólo por un parámetro: el éxito que pudiese tener en someter a la nueva satrapía. Entre los espartanos y sus aliados, en cambio, lo que contaba era la calidad, no la cantidad. La lección de las Termópilas había sido muy penosa, pero por eso mismo la habían aprendido bien. Y mientras el Gran Rey y sus tropas dejaban tras de sí un Ática todavía humeante en su marcha a Beocia y luego a Tesalia, Mardonio, que había recibido carta blanca de manos de su primo, comenzaba a elegir a dedo su propia élite.

A la cabeza de su lista de deseos se encontraba la caballería: móvil, bien armada y en el caso de los sacios, capaz de disparar una andanada de flechas a la línea de infantería mejor formada que pudiesen encontrarse en el camino. Ya se había mostrado con creces la indefensión de los hoplitas griegos ante un enemigo como aquél durante las décadas previas, y poca razón parecía haber para dudar que la situación hubiese cambiado. Y Mardonio no era el único que era de aquella opinión. Que los neutrales suscribían aquel punto de vista podía deducirse del hecho de que, aunque no hubiese logrado someter a Grecia, el Gran Rey había podido completar su repliegue con calma y sin bajas.[31] Por supuesto, los aliados hacían circular numerosas anécdotas, como que el ejército imperial había tenido que alimentarse de pasto o había quedado diezmado al intentar cruzar un río helado, o que el propio Jerjes había tenido que cruzar el Helesponto solo, agazapado en un bote de pesca. Puras mentiras. Cualquier tribu o ciudad que rechazara su oferta de sumisión podía esperar una respuesta tan devastadora como inmediata. De modo que casi todos optaban por la seguridad; Tracia, Macedonia y Tesalia se mantuvieron leales al Rey de Reyes, al igual que Tebas y la Grecia central.

Incluso la flota imperial, aunque un tanto disminuida, estaba lejos de encontrarse agotada, y a pesar de la carnicería de Salamina, seguía superando en número a la marina aliada. Todo hacía pensar que, llegado el verano, Mardonio podría «poner fin a la tarea».

O tal vez no hiciese falta siquiera. Aunque el gran error de la inteligencia persa en Salamina había sido vergonzoso, y sus consecuencias habían resultado devastadoras, el alto mando no abandonaba la política del «divide y vencerás» y la posibilidad de aplicarla era notoria en el caso de Temístocles. Después de todo, no había sido por recomendación del almirante ateniense que el Gran Rey había decidido luchar en el estrecho, detalle del que Temístocles había sacado un provecho considerable. En un gesto de sorprendente descaro, no sería hasta pasados varios días de Salamina cuando Temístocles enviaría a Sicino a cruzar el estrecho con un segundo mensaje para los persas, en el que garantizaba estar «dispuesto a servir la causa real» y haber utilizado su influencia para contener al resto de la flota aliada.[32] Podría pensarse que estas afirmaciones dejarían atónitos a los persas, pero lo cierto es que los jefes de espionaje no sometieron a Sicino a una muerte lenta y dolorosa, como sin duda habrán tenido muchas ganas de hacer, sino que, al igual que sucedió durante la víspera de Salamina, prefirieron enviar al esclavo de regreso con su señor. No sabemos qué mensaje le dieron para que entregase, pero sin duda debió de tratarse de una extensión de las condiciones de la paz establecidas por el Gran Rey. Claro que difícilmente se podía esperar que el pueblo ateniense, todavía inflado por la victoria de Salamina, aceptase aquellas condiciones, pero tampoco era ésa la idea. Si resultaba evidente que Temístocles estaba peleando con su propia sombra, aquello no era menos cierto del alto mando persa. Así, cada bando le esta-

ba señalando al otro lo que opinaba de un sucio secreto compartido: que todavía podía llegar el momento en que fuera del interés de ambos bandos garantizar a Atenas una rendición privilegiada.

Pero ¿por qué habría enviado Temístocles un mensaje tan traicionero en el momento de su mayor triunfo? La respuesta, para quien estuviese familiarizado con las oscuras artes interpretativas de la diplomacia griega, no tardaría en llegar. Varias semanas después de la segunda misión de Sicino, los espartanos enviaron su propia embajada al campamento persa en Tesalia, exigiendo sin pudor alguna compensación por la muerte de Leónidas. Ante ello, el Gran Rey primero estalló en carcajadas, después se quedó mudo de repente, como si estuviese evaluando la situación, y finalmente dijo: «Tendréis todas las reparaciones que merecéis —mientras dirigía un gesto a su primo— de parte de Mardonio, aquí presente.»[33] Era bastante ingenioso, pero seguro que Jerjes había estado dándole vueltas en su cabeza a algo más que a un *bon mot* amenazante. Tal vez se hubiese percatado de que en las torpes demandas de los espartanos se escondía una señal intrigante; quizá le estuviesen dando a entender que a cambio de un soborno de peso podrían tolerar el *status quo.* Era hilarante, desde luego, ya que el Gran Rey no negociaba con nadie, a pesar de que la posible oferta resultase tan interesante. Después de todo, un acuerdo como ése obligaría a los espartanos a lavarse las manos de los asuntos de toda la Grecia central, incluyendo el Ática. De modo que bien podía el Gran Rey detenerse a fruncir el ceño, caviloso.

Y una vez su embajada hubo sido rechazada, bien podían los espartanos gritar a los cuatro vientos que, en primer lugar, sólo la habían enviado por indicación de Apolo. Los atenienses, a su vez, confiaban en la palabra de los esparta-

nos, puesto que ninguno de los estados que habían obtenido la victoria de Salamina tenía interés en desestabilizar la alianza si podían evitarlo. En medio de las tormentas otoñales, ya se acercaba el final de la temporada de campaña, y todavía el brillo de la famosa victoria iluminaba la dilación de los acontecimientos. Al cabo de unas pocas pero provechosas semanas de viaje por el Egeo, en el que habían extorsionado a los pobladores de las islas, las varias escuadras griegas se reunieron en la costa del istmo para celebrar sus logros. Allí, en el templo de Poseidón que había servido de cuartel general de la alianza durante el verano, tuvo lugar una gran celebración, donde todos se dieron palmadas de felicitación en las espaldas, se ofrecieron sacrificios a los dioses y se entregaron premios. La sensación de alivio era inmensa. «Una nube negra —en palabras de Temístocles— había sido apartada de los mares.»[34]

Pero no, lamentablemente, de la tierra. Y aquello tendría consecuencias ominosas para la alianza, lo cual ya empezaban a notar los astutos atenienses y espartanos. Al mismo tiempo que se celebraba allí la gran fiesta de la unificación, el istmo había servido como línea de fractura. Si un delegado se cansaba de la celebración, le bastaba con pagar una visita a la fuente de entretenimiento alternativa más evidente. Se trataba del templo dedicado a Afrodita, la diosa del amor, que se erguía a seiscientos metros por encima de Corinto, en la cima de su empinada acrópolis. Allí, como complemento a la estatuaria de mármol, se podía encontrar un tipo de ofrenda votiva bastante menos piadosa, donada a la diosa por sus adalides olímpicos y otras luminarias, y cuya fama era tan notoria que en griego *korinthiazein* («pegarse un corintio») significaba copular. En el templo de Afrodita, tan patriótico como eficiente, las prostitutas habían pasado las semanas previas a Salamina elevando plegarias urgentes

a su divina señora, implorándole que insuflara en los aliados el amor a la batalla. Cualquier héroe de guerra que se tomase un respiro de la celebración del istmo para visitar el templo podía esperar una recepción particularmente entusiasta. Y entonces, agotado tanto por el éxtasis como por el esfuerzo, se desplomaría, admiraría el incomparable paisaje y podría ver por sí mismo los motivos por los que la alianza que había ganado en Salamina corría un peligro inminente de fracturarse.

Con dificultad podía concebirse un lugar desde donde apreciar con mayor presteza las oportunidades y el dilema que se planteaban en el istmo. Hacia el sur se extendía el Peloponeso, que ahora se encontraba a salvo de la invasión, sobre todo, gracias a la flota ateniense. Hacia el norte se hallaba la curva costera que llevaba al Ática, todavía dispuesta para recibir a Mardonio. Por ello no sorprende que los atenienses mantuvieran la vista nerviosa sobre el camino a Tesalia, mientras ya enfilaban el estrecho desde Salamina de camino a la patria devastada. Resentidos como se encontraban a causa de la monstruosa injusticia de la geografía, y apenas capaces de contenerse y de no inculpar a los peloponenses, los atenienses exigían a voz en cuello el compromiso de los aliados de enviar un ejército al norte contra Mardonio cuando llegase la primavera. A lo cual los peloponenses se negaron en bloque. Y cuanto más intentaban los atenienses avergonzarles para obligarlos a actuar, machacándoles el papel de ganadores de Salamina, más se atrincheraban sus colegas, cómodos y pagados de sí, detrás de su propia reticencia.

El resultado, un hervor evidente bajo la fachada amistosa que se había presentado en el istmo, era una mezcla tóxica de resentimiento y desprecio. Los peloponenses, enfurecidos por el engreimiento ateniense, se aseguraron de que el

premio al logro cívico se entregase a Egina y luego, en lugar de tener que soportar el espectáculo de Temístocles paseándose por allí con la corona al logro individual, dividieron sus votos entre los nominados de sus propias ciudades, de modo que nadie ganó el premio.

La respuesta ateniense fue comenzar a lanzar calumnias a mansalva, entre las cuales destacaba que los corintios de Salamina no habían tomado rumbo al norte del canal para enfrentarse a los egipcios, sino en una huida de cobardes. Así que, por más que los delegados en el istmo se deleitaran en la sensación de haberse librado de los bárbaros, la mezquindad, las envidias y las calumnias seguían existiendo como en los viejos tiempos.

Pero los espartanos, aunque tal vez tentados a unirse a la diversión, se daban cuenta de que su ciudad no podía permitírselo. Su seguridad debía estar incluso por encima del placer de provocar a Temístocles. La flota ateniense, como penosamente estaba al tanto el alto mando espartano, seguía siendo la clave de la defensa del Peloponeso, y Mardonio sólo tendría esperanza de abrir una brecha en el istmo si lograba ganarse el favor de Atenas para la causa del Gran Rey. De modo que los espartanos, haciendo gala del pragmatismo tan ordinario que de manera invariable acompañaba su comprensión de la naturaleza humana, optaron por no insultar al almirante ateniense y, en lugar de ello, halagaron su vanidad.

Temístocles, con el orgullo aún un poco herido por las humillaciones que los más estrechos de miras le habían infligido en el istmo, recibió una invitación a Lacedemonia, y una vez que hubo cruzado la frontera de aquella tierra reservada y suspicaz, se le recibió con una verdadera orgía de elogios. La corona que se le había negado en el istmo se le entregó en Esparta, «en reconocimiento de su capacidad e

inteligencia»,[35] y también se le ofreció un carro espléndido. Cuando dejó la ciudad, los trescientos miembros del *Hippeis* le escoltaron, honor que no había recibido antes ningún extranjero, pero lo más posible es que hubiese otra razón estratégica para otorgarle aquella guardia real a Temístocles que el solo motivo de honrarle. Su camino a casa pasaba por Caris, una ciudad sobre la que había caído la oscura sospecha de haberse encontrado en la nómina de los bárbaros durante el verano. Y si los carianos aún estaban de ánimo para medizar, también era cierto que, fuera de sus límites, acechaba una bestia mucho más amenazante: Argos, el perro que de modo tan señalado no había mostrado aún los colmillos. Pero todavía podía hacerlo, puesto que, según se informaba, los argivos estaban en contacto directo con Mardonio, a quien le habían prometido que «harían todo lo que pudieran para impedir a los espartanos que marchasen a la guerra».[36] Estaba claro, pues, que los propios espartanos, al otorgar a Temístocles sus trescientos escoltas, no sólo buscaban recordarle el sacrificio que habían ofrecido en las Termópilas, sino los peligros que aún les amenazaban en su propio patio trasero. Para el momento en que el *Hippeis* llegó a Tegea y saludó a su huésped deseándole que fuese con los dioses, aquello ya debía de haber quedado claro: los espartanos no tenían la menor intención de enviar un ejército al norte del istmo.

Esto, desde el punto de vista de Temístocles, difícilmente impulsaba su carrera. La noticia de los honores que se habían ofrecido a su almirante no fueron de gran consuelo para el pueblo ateniense, que tembloroso y hambriento recorría las ruinas de su ciudad, como tampoco era consuelo la sospecha de que su flota, que ofrecía protección a unos peloponenses que no se moverían de casa, proporcionaba en cambio una protección insignificante a las tierras y las fami-

lias de los hombres que la tripulaban. La rabia y el resentimiento empezaron a cebarse en los campamentos de refugiados, que ahora poblaban la ciudad, y la clase hoplita, cuyo desprecio de Temístocles sólo se había visto alimentado por los alardes de este último a propósito de Salamina, empezaba a olisquear la sangre del almirante. Ya durante el invierno había tenido lugar un intento de convertir la masacre de una guarnición persa en Psitalea en un punto de inflexión del conflicto, y a la cabeza de la iniciativa se encontraba Arístides. Ahora que el invierno empezaba a dar paso a la primavera y a la temporada de las campañas del 479 a. J. C., las maniobras en contra del héroe de Salamina se fueron viciando cada vez más. La memoria de los votantes, como había quedado demostrado una y otra vez durante la breve historia de la democracia, era de una brevedad funesta. De modo que, al llegar las elecciones de febrero, la recompensa de Temístocles por haber salvado a su ciudad consistió en retirarle el mando de su preciosa flota.[37] El almirantazgo le fue otorgado en su lugar a Jantipo, el alcmeónida adoptado. Y el mando de las fuerzas terrestres le tocó en suerte, por supuesto, a Arístides.

El impacto de estos cambios en la política ateniense fue inmediato y de largo alcance. Los esfuerzos que antes se habían dedicado a la flota se empezaron a consagrar a la preparación de una segunda Maratón. Y en primavera, cuando las escuadras aliadas se reunieron en Egina, los atenienses se hicieron notar por su ausencia. Los espartanos, que por su parte habían mostrado su entusiasmo por una campaña naval mediante la presencia, no del todo sugerente, del rey Leotíquides, a quien se había asignado el mando, se toparon con la obstinación ateniense. Atenas no suministraría barcos a la flota aliada hasta que los espartanos se hubiesen comprometido a enviar tropas en una expedición al norte

del istmo. Los espartanos, a su vez, poniendo al descubierto las verdaderas intenciones de los atenienses, se negaron a aceptar el trato, con lo cual se llegaría a un punto muerto. Leotíquides, que escasamente contaba con unos cien trirremes bajo su mando, merodeaba las costas de Delos, demasiado amedrentado por los persas como para arriesgarse a llegar más al este. Entretanto, la flota persa, igualmente amedrentada por los griegos, se agazapaba en las costas de Samos. Los peloponenses, por su parte, se agazapaban tras su muralla. Mardonio, que sabía que no tendría oportunidad de hacerse con aquella nueva satrapía si no lograba atraer a los espartanos hasta el norte del istmo, o en su defecto someter o convencer de alguna manera a la flota griega, se agazapaba en Tesalia. Los atenienses, atrapados en su impotencia en el centro de todo, no tenían mayor alternativa que agazaparse ellos también. Y de este modo se prolongó una situación sin salida hasta el mes de mayo.

Fue Mardonio quien finalmente provocó una ruptura. Cansado de la diplomacia secretista, pero reticente a poner en peligro sus posibles frutos, decidió dejar claras las condiciones del Gran Rey antes de continuar hacia el sur desde Tesalia. Una vez que hubo consultado de la manera más ostentosa a un montón de oráculos griegos, con el fin de garantizar a los atenienses que sus intenciones eran buenas, Mardonio envió a un embajador a visitar a ese untuoso especulador que era el rey Alejandro de Macedonia. Como hermano político de un general persa y «Amigo y Benefactor oficial del pueblo ateniense», el lábil político debió de parecerle a Mardonio un intermediario ideal, y sin duda Alejandro tenía un raro talento para hacer ofrecimientos plausibles. Ante una Acrópolis cubierta de ruinas y el Ágora que se erguía más allá, destilando una preocupación genuina, Alejandro advirtió al pueblo ateniense que su ciu-

dad, entre todas las que se habían opuesto al Gran Rey, «se encontraba más directamente sobre la línea de fuego». De este modo se les planteaban dos alternativas; la primera era ver cómo su país se convertía en una tierra de nadie, «apisonada bajo los ejércitos enemigos». La segunda era convertirse en amigos del Gran Rey, pero en una amistad sin parangón en todo el imperio persa. Un perdón completo, la garantía del autogobierno, la reconstrucción de sus templos a costa del tesoro real, una extensión del territorio: todas estas cosas estaban a su alcance. «¿Qué razón terrena podéis tener, entonces —exclamaría Alejandro— para manteneros en armas contra el rey?»[38]

La oferta de Mardonio se había elaborado con gran astucia para manipular las sospechas más lúgubres de los atenienses respecto a Esparta, y estos últimos debieron de sentir de todo corazón que habría estado perfectamente justificado aceptar unas condiciones tan generosas. Ya habían luchado durante más tiempo que cualquier otra ciudad de Grecia y a un coste mucho mayor, pese a lo cual, como Alejandro había subrayado con afabilidad, los espartanos no parecían preocuparse por haberlos abandonado a su propia suerte. Por supuesto, antes de permitir a Alejandro que entregase la oferta persa de paz, los atenienses se habían asegurado de que una comitiva de alto rango venida de Esparta estuviese también presente para escucharla, pero cuando les llegó el turno de dirigirse a la asamblea, los espartanos optaron por eludir lo importante, y una oferta de acomodar refugiados no era ni remotamente lo que el pueblo ateniense había esperado escuchar, como tampoco lo eran los sermones acerca de la pérfida naturaleza de los bárbaros. «Bien sabéis que no hay verdad ni honor en nada de lo que dicen.»[39] Un aforismo que los atenienses bien podrían haberles restregado en su propia cara a los espartanos.

Y tal vez así lo habrían hecho antaño. Es posible que en otro tiempo hubiesen preferido olvidar sus sueños de independencia, hubiesen aceptado que el honor y la sumisión no tenían que estar reñidos y hubiesen inclinado sus cuellos ante el Rey de Reyes. Pero muchas cosas habían cambiado. El sentido de la libertad como algo precioso que los treinta años de democracia habían infundido a la asamblea, junto con la experiencia de haber tenido que luchar para defenderla de los riesgos más terribles que pudiesen imaginarse, le impedían mostrarse dispuesta a un trueque por la paz. «Nosotros mismos sabemos, por cierto, que la fuerza del medo es mucho más grande que la nuestra —le dijeron a Alejandro— no es necesario echárnoslo en cara. No obstante, ansiosos de libertad, resistiremos todo lo que podamos.»[40] Valerosas palabras, desde luego, puesto que una vez dichas, colocaban de nuevo al pueblo ateniense ante la perspectiva de la destrucción de su ciudad.

¿Y los embajadores espartanos? Cuesta creer que no se vieran conmovidos ante un desafío como aquél. Pero, en efecto, apenas abandonaban Atenas y ya los campos de refugiados empezaban a vaciarse, mientras los evacuados, por segunda vez en diez meses, empezaban a empujar sus carros de mano hacia las playas. Y es que la admiración que sentían los espartanos por el espíritu ateniense no entrañaba por fuerza una obligación hacia ellos, aunque no cabe duda de que los embajadores debieron de advertir al eforado que la crisis que se estaba cociendo en el Ática en efecto ponía en peligro a Esparta. Y aunque se había expresado de la manera más conmovedora, el amor a la libertad de los atenienses todavía podía verse fracturado. Sólo la ilusión de que los espartanos se comprometerían a cruzar el istmo en su defensa mantenían a raya los rumores sobre una posible sumisión. «Enviad cuanto antes vuestro ejército.» «Llevad a

vuestro ejército al campo de batalla tan pronto como podáis.» Tales habían sido las palabras de despedida de Arístides. «Antes de presentarse aquél en el Ática, es el momento de anticiparnos nosotros a socorrer a Beocia.»[41]

Fue así cómo los bárbaros, en su devastador avance hacia el Ática, ocuparon una Atenas desierta por segunda vez, mientras un súbito escalofrío de alarma recorría el Peloponeso entero. El rey Leotíquides, que todavía merodeaba con la flota aliada en las costas de Delos, pudo ver en el horizonte occidental un lejano destello de fuego, luego otro y después otro más; las almenaras que comunicaban el Ática con la red de información imperial enviaban a la distante Sardes las nuevas de la caída de Atenas. Entretanto, en Lacedemonia, los éforos habían recibido una noticia incluso más perturbadora: Mardonio había vuelto a enviar a sus embajadores a través del estrecho hasta Salamina y de nuevo había formulado los términos de la paz ante los atenienses evacuados. Sólo que esta vez, un notable llamado Lícidas se había atrevido a hablar abiertamente a favor de su aceptación. Una señal de lo que se avecinaba, sin duda, a pesar de que sus conciudadanos, acorralados y desesperados como se encontraban, habían lapidado sin perder tiempo al que se había atrevido a medizar. Del mismo modo habían quedado reducidos a la muerte su esposa y sus hijos, rodeados por las mujeres que acampaban en Salamina. Al parecer, el desafío ateniense al imperio se volvía patológico, pero mientras más salvaje y suspicaz, mayor era el riesgo de que acabase pasando por el aro.

Pero ya corría el mes de junio y, como era de esperar, los espartanos estaban celebrando otras festividades, esta vez las Hiacintias, un gran espectáculo de canciones y celebraciones en honor de un amante muerto de Apolo. Y de nuevo, al igual que había ocurrido durante los oscuros días an-

teriores a Maratón, una desesperada comitiva de embajadores atenienses llegaba a Lacedemonia en busca de ayuda militar, sólo para descubrir que allí todos andaban de celebración.[42] Sin embargo, tras bastidores, la maquinaria ya se había puesto en marcha. Los embajadores atenienses se vieron retenidos en Esparta durante diez días, y durante diez días se ocuparon en matar el tiempo. Al undécimo día, su paciencia finalmente se agotó y ofrecieron un ultimátum: o los espartanos abandonaban sus festividades e iban a la guerra, o los atenienses se verían obligados a aceptar los términos de Mardonio. Los éforos, lejos de entrar en pánico o de disponerse a mostrar un ataque de indignación, optaron por una simple y reveladora sonrisa. ¿Acaso —preguntaron con delicadeza— los embajadores no escuchaban? El ejército espartano ya se había puesto en marcha.

Un verdadero *coup de théâtre,* y los atenienses no eran los únicos a quienes aquello tomaba por sorpresa. Los argivos, que habían jurado ponerse en el camino de cualquier expedición lacedemonia antes de que pudiese alcanzar el istmo, de pronto se despertaron y se dieron cuenta de que los habían dejado atrás. «Toda la fuerza efectiva de Lacedemonia se ha puesto en marcha —debieron de informar en medio del frenesí a Mardonio— y no está en nuestras manos detenerla.»[43] El propio Mardonio, que todavía acampaba en el Ática, abandonó sin tardanza sus intentos de seducir a los atenienses y prendió fuego a lo que quedaba de la ciudad; «muros, de las casas o de los templos, todo lo derribaba».[44] Después, en su determinación a atraer a los peloponenses hasta lo más lejos al norte del istmo como pudiese, y guiado a lo largo de los caminos más seguros por entusiastas oficiales de enlace tebanos, se replegó desde el Ática hasta Beocia, donde se detuvo. Ahora se encontraba en un terreno más que adecuado para la caballería. El lugar per-

fecto para levantar el campamento. Y el lugar perfecto para librar una batalla.

A siete kilómetros al sur de Tebas, en la ribera del río más ancho de Beocia, el Asopo, Mardonio ordenó, como era de esperar, la construcción de una empalizada. Una vez más, había atinado al elegir posición: más allá del río se extendía en delicadas ondulaciones el territorio del antiguo enemigo de Tebas, Platea. Y más allá de los campos de Platea se elevaban una faldas montañosas, y más allá, las cimas de un monte de amplias estribaciones y crestas, el Citerón. Si los aliados deseaban llevar a Mardonio a la batalla, primero tendrían que atravesar unas cuantas barreras, y ello a sabiendas de que la derrota significaría para ellos una aniquilación total. Desde Platea no podía haber un repliegue fácil hasta el istmo para los griegos, del mismo modo que no lo habría para Mardonio hasta Tesalia. Si los aliados venían, con ellos llegaría también el momento de la verdad.

La lanza doria

Puede que se hubiese retrasado bastante, pero una vez que el avance de los peloponenses desde su guarida hubo comenzado, ya no hubo medias tintas. Para dar un sentido a las labores de demolición del verano anterior, los ingenieros ya habían reparado el camino hasta Megara, y desde luego no habían hecho una chapuza, porque el camino del istmo, que temblaba bajo los miles de pies que se pusieron en marcha, nunca antes había tenido que soportar el peso de un ejército como aquél. De hecho, desde los tiempos legendarios de la guerra de Troya no se había visto una fuerza expedicionaria griega que pudiera rivalizar en número con el ejército aliado. Desde Corinto hasta Micenas, desde Te-

gea hasta Trezén, una inmensa coalición de peloponenses había acudido al llamado de los espartanos. Y como era natural, un total de cinco mil espartanos, casi tres cuartos de la fuerza total de la ciudad, constituían un solo cuerpo de choque con el amenazador empuje de sus picas. Y junto a los cinco mil hoplitas reclutados en la periferia de Lacedemonia y los miles de ilotas que se incluían para hacer las veces de ordenanzas e infantería ligera, aquello sin duda constituía el ejército más grande que Esparta hubiese movilizado jamás hacia el campo de batalla.[45]

Incluso los cobardes, o mejor dicho, aquellos hombres a quienes los espartanos calificaban de cobardes —lo cual no era necesariamente lo mismo—, habían sido también movilizados. Uno de ellos, un infortunado veterano de nombre Aristodemo, se encontraba particularmente agradecido de tener la oportunidad de redimir su honor, ya que no era aquella la primera vez que marchaba a la guerra contra los bárbaros: hacía menos de un año, Aristodemo había sido uno de los trescientos en acompañar a Leónidas a las Termópilas, pero al llegar al paso, él y un compañero habían caído enfermos con una inflamación ocular, y a ambos se les había dado de baja hasta que se recuperasen. Al llegar la mañana fatídica del último combate de su rey, sin embargo, el compañero de Aristodemo se había levantado de su lecho de convalecencia y había ordenado a un ilota que le guiase, puesto que estaba ciego, hasta el centro de la batalla. Aristodemo, en cambio, había preferido seguir la orden directa de Leónidas y, gracias a su invalidez, había vuelto a casa. A su llegada se le había repudiado, y sus conciudadanos le habían llamado «tembleque», el calificativo más vergonzante del léxico espartano.

Era una gran injusticia, pero en una ciudad donde se tenía al coraje por la mayor virtud era de esperar que el me-

nor atisbo de cobardía bastara para hundir a un ciudadano en la ignominia. La vida de un hombre «tembleque» en Esparta estaba señalada por la miseria: en su manto se cosía un retal que alertaba de su desgracia a toda la ciudad, y ya fuese a la mesa común o en el intento de sumarse a un juego de pelota, sus antiguos colegas le desdeñarían con frialdad. En las festividades, tendría que levantarse o ceder el paso a quien se lo exigiese, incluso a alguien menor. Y en el mayor gesto de crueldad, sus hijas, si las tenía, no encontrarían nunca un marido, medida de eugenesia típica de los espartanos, diseñada para impedir que la mácula de la cobardía fuese transmitida a lo largo de las generaciones. Incapaz de soportar tales humillaciones, el único sobreviviente de las Termópilas aparte de Aristodemo, un oficial de enlace enviado en misión a Tesalia por el propio Leónidas, había acabado colgándose. «Porque, después de todo, cuando la cobardía da lugar a una tal vergüenza, es de esperar que se prefiera la muerte a una vida de deshonra y oprobio.»[46]

Para Aristodemo, el hombre que había rechazado la oportunidad de morir en la batalla al lado de su rey, los largos meses que siguieron a su regreso de las Termópilas habían resultado particularmente amargos: escapar a la sombra que se desprendía del final de Leónidas era imposible. El luto en Lacedemonia no era, como en Atenas, por ejemplo, una responsabilidad únicamente de las mujeres. Todos los hombres, incluso los éforos y los ilotas, estaban obligados a lamentarse y andar desconsolados cuando un rey descendía al inframundo. Para el resto de los griegos, en efecto, las lamentaciones espartanas resultaban tan excesivas que casi cruzaban los límites de la barbarie. Oficialmente, las exequias que acompañaban un funeral real duraban diez días, pero Leónidas no era un espectro que aceptara fácilmente el descanso eterno. Su cadáver mutilado nunca había

sido recuperado del paso donde fue abandonado para que alimentase a los perros y las aves carroñeras.[*] Y para agravar el *pathos* de su destino, y como recordatorio constante de la pérdida que había sufrido el pueblo espartano, quedaba el hecho de que su hijo, el nuevo rey, era apenas un chiquillo. Cleombroto, el hermano menor de Leónidas, había hecho las veces de regente con eficiencia, pero también él había muerto durante el invierno. De modo que, cuando los espartanos se decidieron ir a la guerra finalmente y marcharon al istmo, lo hicieron bajo el generalato de un hombre que apenas estaba en la veintena, Pausanias, el hijo de Cleombroto. Y puesto que, como regente de Esparta, también era el comandante en jefe de las fuerzas aliadas, sobre Pausanias pesaba una responsabilidad sorprendente para alguien de su edad. Sin embargo, sus cualidades como general nunca estuvieron por encima de su confianza en sí mismo, y así cargó con ellas sin mayor preocupación. Pero el hecho de que el general de las tropas fuese tan joven sólo puede haber alimentado el recuerdo de las Termópilas y de la muerte de Leónidas en las mentes de los espartanos, que marchaban para liberar a Grecia, pero también buscaban venganza. Sobre todo Aristodemo, porque gracias a los bárbaros debía llevar el manto con el retal de los «tembleques».

Por supuesto, también había otros que querían la revancha y cuyas pérdidas habían sido mucho mayores que las espartanas. En Eleusis, pasados cincuenta y cinco kilómetros del camino de la costa del istmo, Pausanias se detuvo a esperar que Arístides y otros ocho mil atenienses cruzaran el estrecho de Salamina. Y también se sumaron a la expedición seiscientos exiliados de una ciudad ocupada e incendiada por el invasor: Platea. Ahora, al cabo de un año de haber abandonado su tierra natal, el anhelado momento del

regreso había llegado al fin. Era hora de que los plateos y todos aquellos que se hubiesen comprometido a encontrarse con los bárbaros enfilaran el camino a Beocia.

Fue así como los aliados partieron de Eleusis rumbo al norte. Poco tiempo pasó antes de que la vista del mar que dejaban a sus espaldas se escondiera tras los polvorientos montes de caliza y las pendientes cubiertas de maleza. A medida que avanzaban, el camino por el que marchaban los hoplitas se volvía cada vez más accidentado y los valles, más solitarios, pero no tanto como las laderas moteadas de abetos del monte Citerón, guarida de bestias salvajes antes que de hombres, habitada por osos, leones y ciervos y, algunas veces incluso por el gran dios Pan, a quien le encantaban los parajes despoblados. En tiempos más felices, los beocios acostumbraban a celebrar un festival de tintes espeluznantes, para el cual llevaban colosales ídolos de madera desde las riberas del Asopo, los arrastraban por toda la pendiente del monte y, una vez en la cima, los incineraban, de modo que el fuego podía verse en kilómetros a la redonda, como una almenara encendida para los dioses. Seguro que al pasar por debajo de las austeras cimas del monte Citerón, los plateos habrán acelerado el paso con un entusiasmo particular. Pocas horas faltaban para llegar a su ciudad y el camino, una vez superadas las estribaciones de los montes y los peñascos dentados, de repente se abría hacia la izquierda, regalándoles, finamente, la visión de su patria amada.

Aunque no como la habían dejado. Los campos estaban cubiertos de maleza y la ciudad era una cáscara chamuscada. Las arboledas habían sido allanadas por kilómetros a la redonda, y desnudos y pelados, sus troncos formaban ahora la empalizada de los bárbaros. Entretanto, los propios bárbaros, que parecían confundirse en una sola masa en el resplandor de las altas temperaturas, pululaban por la llanura.

Por todas partes parecía haber caballos, encerrados en corrales, quietos o cabalgados por algún jinete a través de los campos resecos de Beocia, sombreados por una nube de polvo que se elevaba tras la exhibición de su velocidad y sus destrezas. Pocos debieron de ser los griegos que no sintieran una temblorosa consternación ante aquella imagen. El propio Pausanias, que era arrogante pero no tonto, no tenía la menor intención de confrontar directamente al enemigo en un terreno tan favorable a la caballería de este último. En lugar de eso, dio la férrea orden de que sus hombres se mantuviesen en las faldas del monte, desde donde los dirigió a una posición más o menos opuesta a la de las fuerzas de Mardonio, es decir, no sólo por encima de Platea sino unos doce kilómetros hacia el este. Para los seiscientos hoplitas de la ciudad, era evidente que el regreso a la patria quedaba postergado.

Sin embargo, aunque Pausanias se mostraba cauteloso, es poco probable que su primer atisbo de las fuerzas persas provocase algo similar a la alarma que Mardonio sin duda habría experimentado al elevar la vista desde las riberas del Asopo y contemplar la magnitud del ejército griego que serpenteaba a través de las colinas que se erguían por encima de su posición. De hecho, durante una cena ofrecida por un colaboracionista tebano de renombre, un oficial persa le había dicho a su vecino griego, entre susurros, que de todos los invitados que los rodeaban y de todas las tropas que acampaban al lado del río «en muy poco tiempo verás muy pocos de ellos con vida».[47] El propio Mardonio nunca habría permitido tal derrotismo, pero tampoco habría imaginado, ni siquiera en su momento de mayor pesimismo, que los aliados, siempre divididos por las luchas intestinas, habrían sido capaces de coordinar una fuerza de ataque como la que ahora se movilizaba en su contra desde las faldas in-

feriores del monte Citerón. A lo largo del día, incesantes, las tropas griegas descendieron por el paso y ocuparon sus posiciones hasta que, cuando finalmente estuvieron todos bien situados, Mardonio supo que estaba observando el ejército hoplita más grande que se hubiese reunido jamás en un solo lugar: cerca de cuarenta mil hombres.[48]

Mardonio tal vez pudiese duplicar una vez más aquel número espantoso de hombres, pero no cabía hacerse ilusiones con respecto a que su infantería, ligera en armas y en protección, pudiese aspirar a invadir las posiciones griegas.[49] En lugar de eso, parecía contar únicamente con dos alternativas que pudiesen valerle alguna perspectiva real de victoria. La primera consistía en atraer a los aliados hasta la llanura y luego confiar en que sus varios contingentes, desacostumbrados como estaban a luchar lado a lado, se desbandasen y se convirtiesen en presa fácil para su caballería. La segunda posibilidad era cultivar las divisiones entre los rangos del enemigo mediante el recurso estratégico a los sobornos, y después esperar que la rivalidad endémica que afectaba a todas las coaliciones griegas se apoderase también de ésta. Jinetes y espías eran, pues, las armas más mortíferas del arsenal persa, y así lo habían sido siempre.

En un intento de coordinar un buen despliegue de las mismas, Mardonio decidió que su primer movimiento debía consistir en retomar la ofensiva psicológica que había estado dirigiendo durante todo el verano contra los atenienses. Los espartanos, como pronto se descubriría, habían llevado la razón al sospechar que el campo de refugiados de Salamina estaba ulcerado por el colaboracionismo. Lícidas había muerto lapidado, pero no era el único que mantenía una postura favorable a los persas. Otros ciudadanos prominentes, arruinados por la guerra, resentidos hacia la democracia, ávidos de recuperar sus fortunas perdidas, ha-

bían estado intrigando también, y no sólo en busca de la pacificación, sino de la traición pura y dura. Mardonio, que había perdido el contacto con aquellos colaboradores a partir de su retirada del Ática, seguramente había buscado con urgencia restablecer la comunicación. Pero en cualquier caso, de manera simultánea, y con el fin de ayudar a los traidores a tomar una decisión, al mismo tiempo que enviaba agentes a que se infiltrasen en su campamento, ordenaba a la caballería lanzar un ataque sorpresa en las líneas aliadas.

Se trataba de un ataque en pinza[*] diseñado con astucia, si bien no resultaría totalmente de acuerdo con lo planeado. Primero porque, lejos de desmoralizar a los griegos, la incursión de la caballería sólo sirvió para levantarles la moral, puesto que el caballo neceo del comandante persa, un dandi anticuado que vestía una túnica de púrpura y una llamativa coraza de escamas doradas, resultó herido bajo su jinete y acabó muerto y expuesto en un carro que desfilaría ante las maravilladas tropas griegas. Poco después, los planes de traición en el campo aliado fueron descubiertos por Arístides, quien al no poder desdeñar la intriga, pero no queriendo meter las narices muy hondo en la inmundicia, se dio por satisfecho con arrestar tan sólo a los ocho conspiradores más relevantes,[50] dos de los cuales escaparon, mientras que a los otros seis se les ordenó redimirse durante la batalla que se avecinaba y se les liberó sin cargos. Arístides, a quien también se le había acusado de medizar durante su ostracismo, sabía muy bien lo que significaba recibir una segunda oportunidad. A partir de aquel momento, no habría más conspiraciones en el campamento ateniense.

Sin embargo, aquellos percances, en lugar de echar a perder la estrategia de Mardonio, sirvieron irónicamente para darle un nuevo aire. Pausanias, cuyos ánimos se habían visto espoleados, se sintió lo bastante envalentonado como pa-

ra tomar una nueva posición, más cercana al río Asopo, y por lo tanto al enemigo. Mardonio, con la esperanza de sorprender a los griegos en campo abierto, comenzó de inmediato a movilizar tropas por la ribera contraria, haciendo sombra a los griegos y esperando el momento para atacar. Un momento que por cierto nunca llegó. Mientras se adentraba en la llanura, Pausanias había procurado movilizaciones laterales hacia el territorio de Platea, y no hubo desvío ni elevación por el que los habitantes de la ciudad no guiasen a los aliados. Para el momento en que se habían completado todas aquellas disposiciones, los espartanos estaban atrincherados a lo largo de la brecha de una cresta por encima del lado derecho de la línea de batalla y los atenienses estaban instalados en una loma a la izquierda. El resto de los contingentes, dirigidos por hombres cuya influencia no podía compararse con la de Pausanias o Arístides, tuvieron que contentarse con ocupar el terreno más bajo, y por lo tanto más expuesto, del centro. Mardonio debió de sentirse muy emocionado al evaluar sus oportunidades desde el otro lado del Asopo. Todavía no se encontraba en posición de lanzar un ataque frontal —puesto que los campos de Platea, incluso en sus lugares más llanos, ondeaban de modo peligroso—, pero si lograba tentar a Pausanias para que continuase su avance y cruzara el río, la caballería persa acabaría con él. Mardonio tenía experiencia combatiendo a los griegos y sabía que el instinto de un ejército de hoplitas era el de provocar la batalla. De modo que cuando los cielos advirtieron a Mardonio, a través de presagios incontrovertibles, que no dirigiese la ofensiva, éste estuvo más que contento de hacerles caso. El tiempo parecía estar de parte de una política consistente en esperar y ver qué ocurría: a escasos ocho kilómetros, en Tebas, «la comida era abundante, incluyendo el forraje para las bestias»,[51] y Mardonio

tenía reservas suficientes del tesoro real como para inundar el campo griego con oro. De modo que hizo lo que ordenaban los dioses: se mantuvo en la ribera norte, sin cruzar el río.

Pero tampoco lo cruzó Pausanias. En lugar de eso, y echando por tierra todas las expectativas de Mardonio sobre cómo debía comportarse un general griego, se mantuvo en su posición, desalentándolo. Los espartanos se aferraban a su cresta, los atenienses, a su colina, y todo el resto se mantenía en los campos centrales. Y aunque periódicamente surgieran disputas entre los varios contingentes, en especial cuando los atenienses empezaron a tratar de imponerse sobre el resto, las riñas nunca llegaron a ser tan fuertes como para poner a la alianza en peligro de desintegración. De hecho, lejos de fracturarse, la línea de batalla griega se fortalecía, puesto que durante el primer día, luego durante el segundo, y así durante una semana, seguían goteando los refuerzos. Al octavo día de mantenerse en la distancia, Mardonio perdió la paciencia y ordenó a la caballería llevar a cabo un ataque en los pasos del Citerón. Una enorme recua cargada de provisiones traídas del Peloponeso cayó en la emboscada, y tanto los guías como las mulas fueron masacrados. Luego, dejando los cadáveres como si fueran basura al pie de los montes, donde los griegos pudiesen verlos con claridad, los persas, «cuando se hartaron de matar», llevaron triunfales lo que quedaba del convoy a Mardonio hasta su campamento.[52]

Ahora le tocaba el turno a Mardonio de envalentonarse, y su caballería, hinchada por la victoria, comenzó a lanzar ataques directos contra las posiciones enemigas al otro lado del Asopo. Los jinetes de la avanzada, que acechaban a los griegos cada vez que se arriesgaban a cruzar el río, dejaban las márgenes convertidas en un caos de cuerpos mutilados,

y los aliados cada vez estaban más sedientos. Al cabo de pocas horas, el Asopo quedó por completo en manos de la caballería persa, y la única fuente de agua que les quedó a los griegos fue un manantial. Mientras el sol ardía en el cielo de Beocia, los hombres sedientos se amontonaban, dándose empujones, alrededor de aquel manantial, armados de cubos, vasijas y ubres de vino. Y para los atenienses, la tarea de mantener sus provisiones de agua resultaba particularmente agotadora, puesto que el manantial, que se encontraba justo detrás del campamento espartano, estaba a un penoso trecho de más de cinco kilómetros del campamento ateniense. Pero al menos podían mantenerse en su colina, que era una posición defensiva valiosa ahora que la táctica del ataque y repliegue repentinos de los persas se desplegaba directamente contra la línea griega; por ello, los atenienses no estaban dispuestos a abandonar esta posición. Sin embargo, pasó un día, y luego dos, y la infantería griega, inmóvil, aguijoneada y atormentada por el incesante rumor del enemigo, empezó a cambiar de opinión. De hecho, mientras más atrevidos se mostraban los persas, mayor era la furia entre sus objetivos inmóviles, puesto que los primeros «eran arqueros montados, con quienes era imposible venir a las manos».[53] Sin embargo, los jinetes galopantes continuaron poniendo a prueba los límites de su propia movilidad hasta que, al tercer día del acoso a las líneas aliadas, un contingente persa logró rodearlas por completo. Después de flanquear la cresta en la que se encontraban clavados los espartanos, la caballería atacó a la falange desde la retaguardia. Ante ellos, en su camino, se encontraba el precioso —y al parecer desprotegido— manantial. Rápidamente, antes de que los reservistas griegos pudiesen alcanzarlos, los jinetes destruyeron los pozos, ahogando el manantial, y luego se retiraron triunfantes. Un gran golpe te-

merario, amén de fatal, para las esperanzas de Pausanias de mantener sus líneas del frente, por supuesto.

En un consejo de guerra improvisado, los griegos se dispusieron a sopesar las alternativas que les quedaban. Abandonar las posiciones de día sería el claro equivalente a un suicidio porque la caballería persa los haría jirones. No obstante, posponer la retirada sería igualmente desastroso, puesto que los griegos, ya sedientos, empezaban además a tener hambre, puesto que los bárbaros mantenían sus incursiones y saqueos a los convoyes de provisiones en los pasos de Citerón. La solución evidente, pese al monstruoso riesgo de confusión que entrañaba, era un repliegue nocturno. De modo que Pausanias dio instrucciones a los diferentes contingentes de que, al llegar la noche, se retirasen a otra línea a cuatro kilómetros de distancia, justo al este de Platea. Todos estuvieron de acuerdo en que allí su posición sería infinitamente más fuerte. Al pie de los montes tendrían una excelente protección contra la caballería y estarían bien situados para asegurar los pasos sobre el Citerón. Además, tendrían reservas suficientes de agua. De hecho, sólo había un inconveniente real: todavía tenían que llegar hasta aquella nueva línea.

Eso no era cosa fácil. En el centro, los soldados de varias ciudades iban dando tumbos en medio de la noche, obligados a escoger el camino en un terreno desconocido, por lo que la retirada pronto se desvió gravemente. Sedientos, hambrientos y nerviosos como estaban, no sorprende que no llegasen a la cita y, en cambio, acabasen casi dos kilómetros al oeste del lugar acordado, casi frente a las ruinas de Platea, donde «colocaron sus tiendas desperdigadas al azar».[54] Entretanto, la confusión en las alas empeoraba. A medida que empezaba a clarear, ni los atenienses ni los lacedemonios y tegeos, que estaban al otro lado de la línea de

batalla, habían empezado siquiera su repliegue. Debido al caos general y al retraso en la retirada de los aliados, los tres contingentes, que tenían órdenes de cuidar la retaguardia, se habían quedado varados en sus puestos durante la noche. Y ahora los pájaros empezaban a cantar en la ribera, mientras el enemigo se había apostado al otro lado del río para causar agitación.

Los atenienses empezaron a sentir pánico y enviaron un jinete hasta el campo espartano para averiguar qué estaba ocurriendo. Al llegar, encontró a Pausanias y al alto mando enzarzados en una discusión furibunda. Lo que allí se estaba debatiendo sería más tarde objeto de gran controversia. Según algunos, Pausanias se enfrentaba a la insubordinación directa: un oficial espartano de nombre Amonfáreto insistía, al parecer, en que el repliegue no era mejor que la cobardía y se negaba a obedecer las órdenes de su general. Sin embargo, una segunda versión sostiene que Amonfáreto fue uno de los oficiales que obtuvieron la mayor distinción por su lucha en Platea, un premio que difícilmente condice un historial de amotinamiento. De modo que, lejos de desobedecer las órdenes de Pausanias, lo más probable es que Amonfáreto estuviera pidiendo para sus hombres el honor de que se les asignase una misión de peligro inigualable, puesto que con el sol a punto de salir y la retirada de lacedemonios y tegeos todavía pendiente, hacía falta una división con urgencia para defender la cresta del monte tanto tiempo como fuese posible. Y habría sido de este modo como, mientras Pausanias daba orden a sus camaradas espartanos y a los atenienses de que comenzaran la retirada, Amonfáreto y sus hombres se quedaban allí, con los escudos y los cascos preparados, y con una resolución inexorable a defender sus posiciones tanto tiempo como pudiesen. En este momento ya podía verse el despliegue de los jinetes

en la ribera contraria, chapoteando ya en el río, dirigiéndose a medio galope hasta el campo espartano.

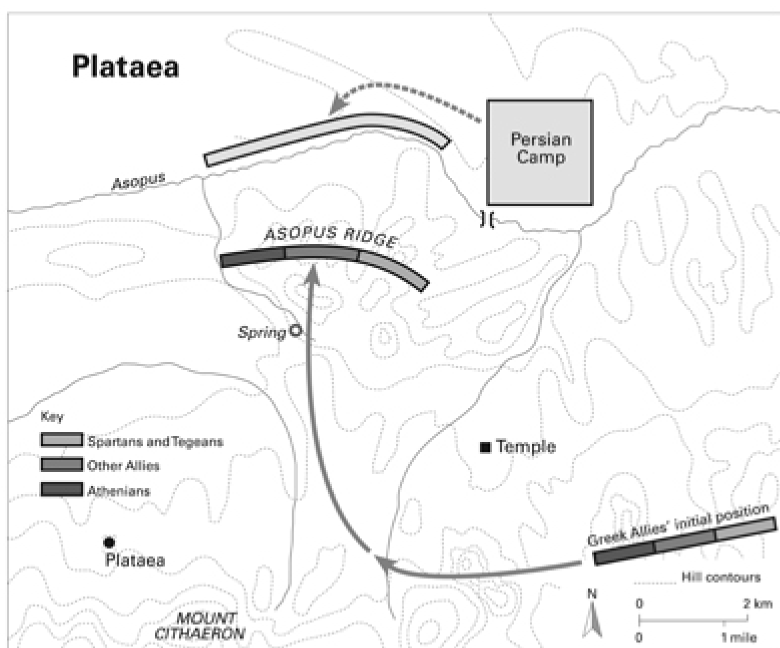
La avanzadilla persa reconoció con cuidado todas las posiciones aliadas que habían quedado desiertas. La noticia de la retirada del enemigo que Mardonio había recibido en el lugar donde aguardaba junto a la infantería pronto se vio confirmada, con la salida del sol, por la dramática evidencia de lo que veía con sus propios ojos. La fragmentación de la línea de batalla griega, que era el objetivo principal que se había impuesto desde el comienzo de su campaña, se había logrado del modo más espectacular, sin haber tenido que luchar contra el enemigo ni una vez en las condiciones de este último. Y lo más gratificante de todo era que los espartanos, supuestamente invencibles y acorazados de espíritu, se encontraban todavía en abierta retirada, aislados de sus aliados, y más vulnerables que nunca. Por supuesto, era arriesgado poner en peligro a una falange en un combate abierto, especialmente a una falange espartana, pero Mardonio sabía que nunca tendría una mejor oportunidad de desgarrar el corazón del ejército aliado. De hecho, la oportunidad estaba a punto de desaparecer. Si no aprovechaban el momento, los espartanos llegarían bien a su cita. De modo que Mardonio montó su enorme corcel neceo y dio la señalada orden de avanzar a las escuadras de infantería de élite que le rodeaban. Así comenzaron a vadear las aguas poco profundas del Asopo y, mientras lo hacían, a lo largo de toda la línea del frente persa se elevaron estandartes en medio de clamorosos vítores. Todas las unidades del ejército de Mardonio, con un entusiasmo desesperado, y con o sin permiso de su general, se desplazaron en tropel hasta la ribera del Asopo.

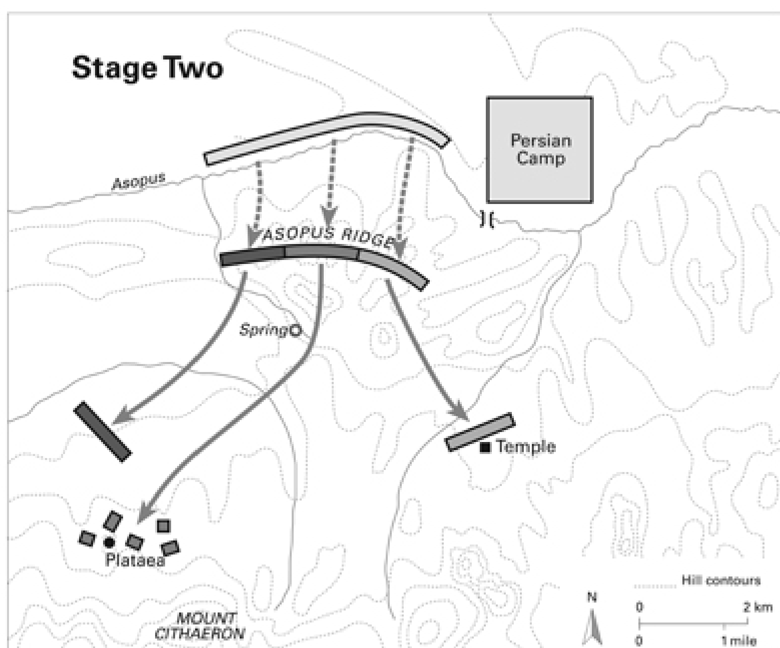
Entonces, cuando la trémula neblina del amanecer empezó a secarse con el sol naciente, las filas lacedemonias em-

pezaron a sacudirse en ese «denso, erizado brillo de los escudos y las picas y los cascos» que siempre había servido para poner sobre alerta a los guerreros del momento de la matanza que se avecinaba, del mismo modo que se acercaban los propios dioses. Desde un lado del bosquecillo del templo donde había ordenado a sus hombres detenerse y prepararse para la batalla, Pausanias podía ver a Amonfáreto y a su división mientras se retiraban a lo alto de la colina con disciplina acompasada al tiempo que los jinetes persas que se agolpaban tras ellos iban pisándoles los talones. Pausanias había escuchado los salvajes gritos de los bárbaros en el río y luego los había visto cruzarlo en una marea monstruosa y poblada de estandartes, así que sabía que pronto no sólo la caballería sino toda la infantería de élite de Mardonio estaría asaltando su muralla defensiva. De un modo frenético, mientras aún tenía tiempo, Pausanias envió un mensaje a los atenienses en el que les rogaba que se le uniesen, pero el mensaje llegaría demasiado tarde. Cuando Arístides se dio media vuelta y empezó a dirigir a sus hombres como si fuesen cangrejos hacia las posiciones lacedemonias, pudo sentir cómo la tierra temblaba y ver por encima del hombro la línea de batalla de los tebanos colaboracionistas que se dirigía hacia ellos. El choque entre ambas falanges, que pudo escucharse a través de todo el campo de batalla, vino a confirmar a Pausanias, situado a casi dos kilómetros hacia el este, que sus temores eran ciertos.

No cabe duda del alivio que debió proporcionar la jadeante llegada de Amonfáreto y sus hombres, pero ya no quedaba esperanza de que apareciesen otros refuerzos para aumentar el número de los falangistas. Los espartanos y los tegeos tendrían que enfrentarse solos a Mardonio: once mil quinientos hombres contra las fuerzas de élite de una superpotencia. Las flechas disparadas por los sacios que revo-

loteaban alrededor de los aliados ya empezaban a traquetear sobre la muralla de escudos cuando, por detrás de los jinetes, apenas visible bajo el granizo de proyectiles, y por ello más espantoso, pudo distinguirse el avance estruendoso y acompasado de las divisiones de choque de la infantería. La caballería de Mardonio se retiró y su infantería, que mantenía la distancia de la erizada falange griega, alzó una muralla de escudos de mimbre. La lluvia de flechas se hizo entonces más densa.





Aun así, los griegos, acorralados, mantenían la disciplina. Mientras sostenían sus escudos, podían escuchar desde dentro de sus cascos el silbido espeluznante pero atenuado,

como un ruido sordo, de los proyectiles que caían sobre ellos de manera incesante. Los hombres empezaron a tambalearse y a caer, mientras las flechas sobresalían por sus hombros o sus ingles, ensangrentadas hasta las plumas de las flechas. Entonces, lacedemonios y tegeos comenzaron a pensar que había llegado el momento de que la falange cargara a través de la tierra de nadie contra la endeble muralla de mimbre para acuchillar y pisotear bajo sus pies a sus torturadores. Pero, una vez más, Pausanias contuvo a sus guerreros. Sólo podía ordenarles que avanzasen una vez que se hubiese descifrado en el sacrificio de una bestia la clara aprobación de Artemisa a favor de la gran empresa bélica que tenían por delante. Sin embargo, por muchos machos cabríos que se matasen en su honor, la diosa se negaba a dar su bendición a los griegos. Finalmente, desesperado, Pausanias elevó una plegaria directamente a los cielos, «e inmediatamente después de la plegaria de Pausanias lograron sacrificios de buen agüero».[55] Y menos mal, porque mientras Pausanias daba la orden de avanzar a la falange, los tegeos ya habían comenzado a correr hacia las líneas persas, y con ellos un solo espartano. Aquella intemperancia tal vez podía esperarse de los tegeos, que carecían de la auténtica disciplina de Licurgo, pero no de Aristodemo, un graduado de la *agogé.* Sin embargo, aunque difícilmente honraba al «tembleque» el haber abandonado su lugar en la muralla de escudos espartanos y haberse abalanzado por su cuenta contra los bárbaros, el haber matado y haber muerto en aquel frenesí, tan descontrolado que apenas parecía cosa de los griegos, su nombre quedaba de aquel modo redimido, según más tarde acordarían sus compañeros de la mesa comunal.

De hecho, su coraje sería recordado durante largo tiempo por los hombres de otras ciudades como algo realmente

excepcional. Al menos en ese sentido podía afirmarse, pues, que Aristodemo había muerto como un espartano.

Pese a todo, la verdadera gloria en Esparta no se otorgaba a quienes luchaban por la causa egoísta de su propio honor sino como engranajes de una sola máquina, y aquella mañana, cada miembro de la falange alcanzaría una terrible gloria. Tal sería, pues, «la ofrenda de sangre vertida con la degollina en tierra de Platea por la lanza doria»,[56] y únicamente aquello pudo haber asegurado la victoria, pues sólo los hombres que blandían aquellas lanzas se habían endurecido para pelear desde su nacimiento, para matar y no rendirse nunca. Al descender la cuesta bajo la cerrazón de flechas de la tierra de nadie, y al abalanzarse contra las líneas del frente enemigo, los espartanos encaraban una prueba para la que todas sus vidas habían sido un mero preparativo. Puede que al enfrentarse a un enemigo tan nutrido, tan célebre y tan corajudo como los persas, otros hombres hayan sentido que sus espíritus desfallecían, que sus escudos de armas se desgastaban y sus cuerpos estaban adoloridos, pero no los espartanos. Aunque la batalla parecía prolongarse, éstos no cesaban en su implacable ofensiva. No importaba que los persas, en su creciente desesperación, intentaran contener el avance enemigo agarrando las lanzas espartanas y rompiéndolas, puesto que no era tan fácil arrebatarles sus espadas ni detener el peso de los cuerpos vestidos de bronce. Mardonio, «tan bravo como cualquier persa en la batalla»,[57] intentó de todas formas reunir a sus tropas, pero los espartanos ya se acercaban a la élite que formaba la guardia real y el propio Mardonio, resplandeciente sobre su caballo blanco, era un blanco fácil. Un espartano se hizo con una gran piedra, se la lanzó y el proyectil se estrelló contra un lado de su cráneo. Y así caía de su montura

el primo del Gran Rey, el hombre que había pensado ser el sátrapa de Grecia.

Al verlo caer, los persas supieron que la batalla estaba perdida, y la guardia personal de Mardonio, en una heroica defensa de su posición, fue masacrada en el sitio en que se encontraba. Sin embargo, las tropas restantes de las demás divisiones, desmoralizadas por la muerte de su carismático general, empezaron a correr, y pronto la aniquilación podría verse en todo el campo de batalla. Cuarenta mil hombres, liderados por un oficial de mente ágil, lograron escapar hacia el norte, donde tomaron el camino de Tesalia, pero la mayoría, presa del pánico, se dirigió en estampida al fuerte, hasta donde los persiguieron los lacedemonios y tegeos. Al cabo de poco tiempo, a Pausanias vinieron a unírsele, a las puertas del fuerte, los atenienses, cuyo amargo combate contra los tebanos había culminado con la huida a su ciudad de los colaboracionistas. Ahora, finalmente juntos, los aliados victoriosos derribaron la empalizada. La masacre a continuación sería casi completa: de los vapuleados restos del ejército de Mardonio, apenas se perdonó la vida a unos tres mil. Y así fue cómo terminó la empresa del Gran Rey contra Occidente.

Maravillados ante la riqueza y el lujo desplegados en el campamento de Mardonio, los griegos empezaron de nuevo a preguntarse por qué el general persa había sentido un deseo tan ardiente de conquistar su tierra cuando era evidente que ya tenía más que suficiente. Y un trofeo en particular serviría para hacerles comprender la improbable magnitud de su victoria: la tienda del propio Rey de Reyes. Según se decía, al abandonar Grecia el otoño anterior, Jerjes había concedido a Mardonio el uso de su cuartel general de campaña. Ahora sería Pausanias quien, al separar los ornados tapices y caminar por las alfombras perfumadas, tomaba

posesión del que el año anterior había sido el centro neurálgico del mundo. Atónito ante todo aquel ajuar, el príncipe regente no podía evitar preguntarse cómo se sentiría al sentarse en el lugar desde el cual se había organizado la muerte de su tío; así fue cómo ordenó a los cocineros de Mardonio que le preparasen una cena real. Cuando estuvo lista, hizo que se sirviera una segunda cena a base de caldo espartano al lado e invitó a sus comandantes a que entrasen y admirasen el contraste. «Hombres de Grecia —se echó a reír Pausanias— os he reunido porque quería mostraros la necesidad de este jefe de los medos, quien, poseyendo tales medios de vida, vino a quitárnoslos a nosotros, que los tenemos tan miserables.»[58] Un chiste, pero por supuesto, no del todo un chiste. La libertad no era cosa de risa. Al observar el obsceno lujo de la mesa del Gran Rey y compararlo con los sencillos tazones de caldo espartano, pocos de los comandantes griegos tintos de sudor podían dudar sobre qué había causado la derrota persa y qué le había valido a sus propias ciudades la libertad.

Entretanto fuera de los ornamentados salones de la tienda, los ilotas trabajaban con esfuerzo en el registro del campamento. Tenían orden de Pausanias de apilar el botín, así que arrastraban los muebles fuera de las tiendas, metían chapa de oro en sacos y arrancaban los anillos de los dedos de los cadáveres. Naturalmente, no declararon todo lo que encontraron y apartaron lo que pudieron. Hurgando de este modo, los ilotas buscaban asegurarse la libertad, pero como eran ignorantes y atrasados, se convertirían en presa fácil de la estafa. Un grupo de eginenses que anticipaba una ganancia fácil logró convencerlos de que el oro que traían era latón, y a precio de latón les pagaron. Al parecer, después de aquel exhaustivo engaño, los ilotas no conseguirían

su libertad, pero los eginenses, según se dice, hicieron una fortuna.

Arrogancia

Se contaban dos historias diferentes acerca del linaje de Helena, la mujer cuya belleza había sumido a Europa y Asia en su primera guerra. La más extendida afirmaba que había sido espartana y que había nacido de un huevo después de que su madre, la reina, hubiese sido violada por Zeus encarnado en un cisne gigante. Sin embargo, según otra versión, la reina de Esparta sólo había incubado el huevo que había puesto otra víctima muy distinta de las atenciones de Zeus, nada menos que una diosa, tan solemne como poderosa y tan ecuánime como fatal. En una mano sostenía un cuenco que contenía todo aquello que estaba destinado a ser y en la otra, una vara de medir, con la que juzgaba la magnitud de los excesos de los mortales. A quienes fuesen culpables de «inmoderada arrogancia»,[59] la diosa los hundía. Nadie podía evadirla, y mucho menos los poderosos. Era su costumbre, al caminar, ir pisoteando cadáveres. Su nombre era Némesis.

Si era la provocada, el mundo entero podía acabar patas arriba, y prueba de ello, para los griegos, había sido la carrera de Creso, tan próspero y pagado de sí hasta que Némesis se ocupó de su suerte, se había atrevido a considerarse «el más feliz de los hombres».[60] Sin embargo, ni siquiera aquella ofensa, incontestable como era, podía compararse en una escala del horror con la que había cometido el Gran Rey, el Rey de Reyes, el Rey de las Tierras, el hombre cuyo objetivo había sido convertirse en amo y señor de toda la humanidad. En griego, sólo una palabra podía describir

aquel comportamiento: *hybris* (arrogancia), «pues éste es el crimen que comete el hombre que se entretiene al pisotear a los otros, y al sentir, mientras así lo hace, que está demostrando su importancia».[61] Tal vez un defecto demasiado humano y, sin embargo, un defecto al que los bárbaros, debido a su natural intemperancia, y los monarcas, debido a su rango, tenían especial predisposición. Los griegos, que siempre habían tenido esa sospecha, encontrarían en Jerjes una prueba incontrovertible. ¿Cuál había sido, después de todo, el fruto de la asombrosa ambición del Gran Rey y de su poder sin precedentes, y cuál el fruto de sus ejércitos, su flota y su grandeza? Un historial de ofensas a Némesis que no tenía comparación posible.

La venganza de la diosa había sido rápida y efectiva. «No hemos llevado a cabo esa hazaña nosotros», había afirmado de modo piadoso Temístocles, un hombre poco dado a la modestia, y con buenos motivos para su falta de modestia, después de Salamina.

> Los dioses, los héroes que cuidan nuestras ciudades, resentían la impía presunción de un rey, un hombre que no estaba contento con el trono de Asia sino que quería conseguir el mandato de Europa, que trataba los templos como si no fuesen más que una construcción, que quemó y derribó estatuas de los dioses, y que incluso se atrevió a azotar al mar y a ponerle grillos.[62]

Al caminar por los campos regados con sangre de Platea, al revisar los cuerpos enredados de los guerreros más excelsos del Gran Rey, al saquear su espléndida tienda, los conquistadores de Mardonio podrían haber afirmado lo mis-

mo. Todos sabían a quién se debía la victoria: la intervención de la diosa era evidente.

Pero aún no había terminado. Le quedaba un último giro por dar. Siempre había sido la costumbre —y el placer— de la diosa hacer que las ofensas rebotaran contra el que las había perpetrado, y ahora el Gran Rey, que se encontraba en Sardes, estaba a punto de aprender la lección en carne propia. El verano anterior, una vez que hubo incendiado los templos sagrados de la Acrópolis, Jerjes se había atrevido a alardear de su terrible crimen dando la orden de que ardieran las almenaras para enviar la noticia a través de los mares; Mardonio, al capturar Atenas por segunda vez, había hecho lo mismo. Y aunque las almenaras seguían en su sitio, ahora estaban en manos griegas, de modo que Pausanias, al ordenar que se encendiesen, podía estar seguro de que la noticia de su victoria llegaría a la costa de Jonia en cuestión de horas. Y, al parecer, fue esto lo que precisamente hizo.[63]

De otro modo se haría muy difícil explicar una coincidencia fascinante. A casi doscientos kilómetros de Platea, en la orilla más alejada del Egeo, y el mismo día de la gran victoria, «corrió el rumor de que los griegos habían combatido y vencido al ejército de Mardonio en Beocia».[64] La repentina oleada de confianza de los tripulantes de la flota aliada no podía llegar en mejor momento, puesto que aquella tarde, ellos también se enfrentarían a un ejército bárbaro. Al cabo de varios meses de inactividad, hacía pocos días que Leotíquides finalmente se había aventurado hacia el este de la base y se encontraba ahora anclado en la enorme bahía de Samos, justo al otro lado de la cresta del monte Micala. Y era allí, en la ladera del monte, donde se erguía el Panjonio, el antiguo santuario comunal de los jonios, mientras que al sur, siguiendo la línea de la costa, se encontraba

una Mileto devastada y, un poco más allá de las orillas de la bahía, se veía surgir la isla de Lade. Vistas todas señaladas, y que por añadidura daban fe de las obras de Némesis, puesto que en el comienzo de la guerra se encontraba también su final.

Tampoco era difícil distinguir la mano de la diosa en el hecho de que el azar que había favorecido a los persas hacía quince años hubiese dado un vuelco tan dramático. La flota de guerra imperial, que antaño había sido el terror de los mares, se había visto despojada de su habitual pompa del modo más penoso. Sus navíos habían resultado vapuleados por la guerra, sus tripulantes se encontraban desmoralizados y las escuadras enteras estaban al borde de un motín. Los fenicios, que antaño habían sido el pilar principal de la flota, ya ni siquiera formaban parte de las líneas. Al contrario, Leotíquides había recibido hacía poco el enorme refuerzo de la escuadra ateniense de batalla, puesto que Jantipo, quien había estado matando el tiempo en Salamina durante la primera mitad del verano, dichosamente había zarpado rumbo a Delos en el momento mismo en que se confirmaba que Pausanias había abandonado el istmo. En consecuencia, los aliados, en un giro sorprendente con respecto al verano anterior, poseían ahora una ventaja numérica, y a los almirantes persas que oteaban en el horizonte les había bastado un atisbo de la flota griega que avanzaba contra ellos para tirar la toalla y varar sus trirremes en una playa a la sombra del monte Micala, donde habían construido de modo frenético una barricada de rocas y manzanos, detrás de la cual se habían parapetado.

Y fue esta misma barricada la que Leotíquides decidió atacar el día de la batalla de Platea. Con el mediodía se había elevado en el horizonte occidental una espiral de humo, que pronto había tenido la respuesta del renovado fuego de

una almenara en las alturas de Samos. Entretanto, los marinos atenienses, corintios y trezenios atracaban en la playa en un lugar cercano al improvisado fuerte de los persas, que animados por el reducido tamaño de la fuerza de asalto griega, habían abandonado sus posiciones tras la empalizada. Los griegos cargarían de inmediato contra ellos y, a continuación, se libraría una lucha desesperada: los persas iban a pelear con gran coraje tras una barrera improvisada de escudos, pero finalmente, al igual que en Maratón y en Platea, los hoplitas acabaron con ellos. Mientras tanto, Leotíquides, que había desembarcado con los peloponenses por detrás de la empalizada, aparecía por la falda del monte Micala a completar la masacre, en busca de una dulce venganza por las Termópilas. Apenas una pequeña parte de aquella guarnición persa logró escapar a Sardes, y la fortificación quedó abandonada junto con los barcos que allí habían ocultado. Aquella misma noche, después de haberse asegurado de saquear todo lo que fuese posible, Leotíquides mandó incendiar los navíos. Los griegos ya no peleaban por defender su propia tierra, sino que habían comenzado con éxito la ofensiva. El atardecer se apoderó de Jonia, y las hogueras encendidas en los límites del Asia parpadearon durante la noche.

«Muchas son las señales que prueban la mano de la diosa en los asuntos de los mortales.»[65] Para los griegos, era un milagro que hubiesen vencido dos veces en el mismo día a la que, después de todo, era la superpotencia mundial, y el propio Leotíquides apenas podía dar crédito. Incluso cuando ya habían dejado atrás Samos y la flota persa que ardía más allá del estrecho, él y sus almirantes seguían temiendo la ira del Rey de Reyes, e imaginaban que seguramente su venganza llegaría en cualquier momento. Pero no fue así. En lugar de ello, unas semanas después de Micala se infor-

maba que Jerjes, y con él la mayor parte de su ejército, había abandonado Sardes en «estado de aturdimiento»,[66] tomando el camino más largo a Susa. Aparte del hecho de que un escuadrón de asalto, enviado desde Sardes, había logrado en efecto asestar un golpe contra ese blanco favorito de los persas que era el santuario de Dídima, y de que una vez más se habían llevado de allí una estatua de Apolo, la actividad de los bárbaros era escasa. Un año pasaría, y después otro, y el Gran Rey seguiría sin regresar.

Esa inactividad dio lugar a muchas conjeturas entre los griegos, y como explicaciones plausibles se adujeron la cobardía, el afeminamiento y la mansedumbre. La noción de la decadencia bárbara, que a cualquiera le habría parecido ridícula antes de Maratón, comenzaba a considerarse un mero hecho entre los griegos. Pero el que los persas no hubiesen llevado a cabo una tercera invasión no era lo único que alimentaba aquel prejuicio, sino que todo aquello que de la invasión de Jerjes en su momento había parecido tan espeluznante —la magnitud de las hordas del Gran Rey, los recursos ilimitados que tenía a mano, la riqueza, la ostentación, el espectáculo, la extravagancia de su comitiva— en retrospectiva parecía señalarlo como un tipo blandengue. Ya podían los persas haber sido conquistadores de Asia, pero al medirse contra los griegos, nacidos libres y vestidos de bronce, parecían más bien mujeres.

Incluso hubo quienes comenzaron a preguntarse si el sangriento rechazo que habían sufrido las tropas del Gran Rey había resultado en una maldición para todo el imperio. Entre dichos optimistas se contaba un ateniense llamado Esquilo, un hombre que tenía buenas razones para alimentar aquella esperanza. Veterano tanto de Maratón como de Salamina, Esquilo había sufrido, además, una amarga pérdida personal a manos de los bárbaros, puesto que había sido

a su hermano, que se había aferrado a uno de los navíos amarrados en las costas de Maratón, a quien le habían cercenado la mano con un hacha. Bien podría Esquilo soñar con la implosión del poder persa, y es que, en el 472 a. J. C., ocho años después de Salamina, el veterano daba cuenta de su optimismo de una manera realmente visionaria en las Dionisíacas de la ciudad, la competición dramática anual de los atenienses. A medida que la audiencia agolpada a la sombra de la Acrópolis entraba al teatro, las heridas y los recuerdos del suplicio por el que había pasado su ciudad saltaban a la vista por todas partes. Detrás de los espectadores, aún podía verse la silueta devastada de la roca sagrada, puesto que, antes de partir a enfrentarse con Mardonio, los aliados, incluidos los atenienses, habían decidido por votación que todos los templos que los bárbaros hubiesen quemado deberían mantenerse como ruina, «para servir de testigo a las generaciones por venir».[67] Es casi seguro que las gradas en las que tomaba asiento la audiencia se hubiesen fabricado a partir de maderos rescatados de los restos de la flota bárbara, y según se ha sugerido de manera plausible, tal vez sobre el propio escenario se colocase el más espectacular de los trofeos de guerra: la tienda real de los vencidos.[68] De ser cierto, las pieles que antaño protegieron al Rey de Reyes ahora proporcionaban la marquesina sobre el escenario de las Dionisíacas y el telón de fondo perfecto para la tragedia que Esquilo había titulado *Los persas.*

Ambientada en Susa, aquella obra ofrecía, para deleite del pueblo ateniense, una reconstrucción dramática del regreso de Jerjes desde Salamina. El rey que había dejado Persia con toda la pompa de su majestad se mostraba cojeando de regreso, cubierto de harapos, mientras se escuchaba el lamento miserable de los cortesanos que habían creído aclamar a un heroico conquistador. Todo muy agra-

dable —y reconfortante— para la audiencia, por supuesto. En efecto, el Gran Rey se encontraba amedrentado, le aseguraba Esquilo a sus conciudadanos, y Atenas, la ciudad que lo había vencido, era ahora un símbolo de libertad para todas las demás naciones, y «por tierras de Asia ya no se rigen por leyes persas, ya no pagan tributos a las exigencias del amo, ni se prosternan en tierra adorándolo, pues el regio poder ya ha perecido».[69] En otras palabras, el mundo se convirtió en un sitio seguro para Atenas y para la democracia. No sorprende que Esquilo se agenciara el primer premio.

Pero mientras el trágico celebraba su victoria, los atenienses no se sentían completamente purgados de un miedo remanente. Estaba muy bien que Esquilo afirmara que Salamina había dejado al Gran Rey «despojado de los hombres que pudiesen defenderlo»,[70] pero, en ese caso, ¿por qué quedaban guarniciones persas en Tracia y a un lado del Helesponto? ¿Qué estaban haciendo en Sardes? ¿Cómo podían estar en cada capital o cada satrapía hasta los límites del sol naciente? Lejos de tambalearse, el imperio del Gran Rey en realidad se mantenía sobre unos cimientos tan sólidos y tan formidables como siempre, y aunque resultase indiscutible que la fachada occidental del antiguo edificio se había desportillado, eran pocos los que dentro de aquel vasto imperio lo hubiesen siquiera notado. Después de todo, el Gran Rey no tenía la costumbre de emitir públicamente sus fracasos, y si sus súbditos alguna vez habían escuchado algo sobre Atenas, se había tratado sólo de una ciudad que su señor había hecho arder. Si habían oído hablar de los espartanos, se había tratado sólo de un pueblo cuyo rey había muerto a manos del señor de los persas en la batalla. «Que Ahura Mazda y todos los dioses me protejan, y que proteja mi reino, así como todo lo que me he esmera-

do en construir.»[71] Ésta era la plegaria habitual de Jerjes, ¿y quién podía asegurar que Ahura Mazda no le escuchase?

Pero Esquilo, que imaginaba que «por las tierras de Asia» reinaba la inquietud bajo el yugo persa, no sólo había estado fantaseando. Después de todo, ¿por qué el Gran Rey había escapado a toda prisa de Sardes, y por qué no había vuelto? La solución al misterio se encontraba muy lejos de Grecia, en la cabina de mando del Próximo Oriente, Babilonia. A finales de la temporada de campañas del 479 a. J. C., mientras Jerjes recibía las noticias desastrosas de Platea y Micala, había brotado una nueva insurrección en aquella ciudad,[72] y para horror del Gran Rey, éste se había visto atrapado entre dos frentes. De modo que había decidido abandonar su campaña en la atomizada periferia del imperio y había vuelto a su centro, donde la rebelión se había sofocado con facilidad. Babilonia, que había aprendido la lección de una vez y para siempre, se mantendría en calma desde aquel momento, pero a pesar de la exitosa pacificación de aquella revuelta, según parece, el propio Jerjes también había aprendido una penosa lección. Ciro, Cambises y Darío habían dado por sentado que las fronteras del dominio persa resultarían infinitas. En particular Darío, ese autócrata cínico y beato, había proclamado tener no sólo el derecho sino también la obligación sagrada de someter a la Mentira allí donde se encontrase, incluso si se trataba de los límites del mundo. Y al menos tan piadoso en la adoración de Ahura Mazda como su padre, Jerjes había heredado ese sentido de una misión global junto con la tiara imperial. Después de todo, aquél era el motivo por el que Jerjes había dirigido una invasión a Occidente, aunque hubiese fallado, y el carro del dios Mazda, que con tan sobrecogedora ceremonia se había conducido por el pontón a través del

Helesponto, acabase en manos de una pandilla de ladrones tracios que lo dejarían tirado en un campo.

A los griegos, el deseo de construir un puente entre Asia y Europa y de gobernar ambos continentes siempre les había parecido la peor de las chifladuras del Gran Rey, y tal vez, en el fondo de su corazón, Jerjes había acabado por estar de acuerdo. Sin duda, ya no habría más intentos de conquistar Europa desde su regreso de Sardes, puesto que había sido Jerjes, entre todos los reyes persas, quien se había visto obligado a aceptar una incómoda verdad, que en otro tiempo no había sido exactamente un sinónimo del orden imperial. A saber, que incluso los imperios más poderosos podían excederse en su extensión.

Las fuerzas imperiales no habían abandonado la lucha en el Egeo, pero ya no se encontraban a la vanguardia de un plan de conquista mundial. La derrota del Gran Rey en Occidente había sido un golpe mortal para aquel sueño presuntuoso y las ambiciones persas se habían vuelto infinitamente más modestas: simplemente, estabilizar el control de Jonia. Mientras se regodeaba en las ondas expansivas de su victoria en Micala, Leotíquides sabía que aquélla sería la política del Gran Rey, y temía la incapacidad de los griegos de interponerse en su camino. Pero cuando Leotíquides había sugerido que los jonios abandonasen sus ciudades y repoblasen el suelo continental, Jantipo había estallado indignado. Según él, no correspondía a los espartanos proponer la disolución de lo que en un principio habían sido colonias atenienses, de modo que había comprometido a su ciudad en la eterna defensa de la libertad jonia, «y como se opusieran vivamente, los peloponesios cedieron».[73]

Fue así como la limpieza étnica de los griegos de Asia se pospuso durante dos mil cuatrocientos años, hasta la era de Ataturk, cuando el reclamo de Atenas de una guerra conti-

nua contra Persia se hizo explícito. Un año más tarde se formalizaba aquel reclamo, una alianza se constituía legalmente y el tesoro, proveniente de las cuotas de afiliación en efectivo o en barcos, se establecía en Delos, la isla sagrada de Apolo. Los jonios, los isleños, los griegos del Helesponto, casi todos firmaron, y con la renovada fuerza que esta nueva Liga Délica les proporcionaba, los atenienses podían atacar directamente a los bárbaros. A lo largo de la década del 470 a. J. C., las guarniciones persas en Tracia y alrededor del Helesponto se vieron reducidas sistemáticamente, y la década siguiente sería testigo de éxitos aún más espectaculares. Dirigidos por Cimón, el gallardo hijo de Milcíades, los atenienses echaron al enemigo del Egeo y fomentaron la rebelión en Jonia y en Caria. El clímax de esta serie de triunfos llegaría en el 466 a. J. C., cuando Cimón, enfrentándose a la mayor concentración de tropas persas que se hubiese movilizado desde el año de Salamina, obtuvo una doble victoria sensacional. Primero, al desplazarse hasta la desembocadura del Eurimedón, un río situado al sur de la actual Turquía, aniquiló a toda la flota fenicia. Y acto seguido, cuando sus agotados marinos atracaron en tierra, el ejército imperial recibió, sin embargo, el mismo tratamiento. Fue esta batalla la que acabó de una vez por todas con toda posible persistencia de la idea de una tercera invasión persa. Finalmente, se había conseguido la seguridad de Grecia y la gran guerra, en efecto, había terminado.

Sin embargo, Atenas, la ciudad que había asegurado la victoria en Eurimedón, parecía encogerse ante sus propios logros, como si no pudiese tolerar abandonar una lucha que durante treinta largos años la había definido. De modo que, en las plegarias elevadas por la asamblea, Persia continuaba nombrándose como el enemigo nacional. Al tiempo que los atenienses, que habían echado a los persas del Egeo pero se

habían vuelto adictos a declararles la guerra, votaron por irlos a perseguir a los campos extranjeros. En el 460, un enorme ejército partió rumbo a Chipre y Egipto, y al cabo de seis años de lucha, había resultado completamente aniquilado. Los atenienses, que sentían pánico ante la idea de que los bárbaros pudiesen entonces regresar hasta el Egeo, rápidamente trasladaron el cuartel general de la liga desde Delos hasta su propia ciudad, y aunque los persas no llegaron a materializarse en aguas griegas, el tesoro se mantuvo en la Acrópolis y, naturalmente, como siempre lo habían hecho, los atenienses exigieron que las afiliaciones a la liga se pagasen en efectivo. La libertad, como solían señalar, no resultaba barata, pero en su creciente contrariedad, muchos aliados empezaron a murmurar que la libertad que los atenienses patrocinaban estaba resultando bastante más costosa de lo que antaño había sido la esclavitud bajo el Rey de Reyes.

Que un griego comprometido con derrocar el despotismo persa pudiese comenzar a imitar las maneras de los persas no sería una paradoja novedosa durante las décadas posteriores a la gran invasión. Pausanias, por ejemplo, mareado por su propia vanidad, se había vuelto un notorio entusiasta del *chic* bárbaro, y sus conciudadanos, horrorizados ante la visión de un general del pueblo espartano vestido para una campaña con los pantalones de un sátrapa, se mostraban cada vez más suspicaces hacia su antiguo héroe. Apenas una década después de Platea, el eforado le acusaría de intrigar para derrocar al estado, y Pausanias, que se había refugiado entonces entre los muros de bronce del templo de la acrópolis espartana, acabó sitiado y muriéndose de hambre. Sólo en el último momento sacaron su cuerpo ya desnutrido del santuario para que su muerte no lo contaminase. El hombre que se había burlado del fasto de

la mesa del Gran Rey sólo para después desarrollar un apetito glotón por la alta cocina persa había muerto de hambre, como tenía que ser.

Némesis, como siempre, se había mostrado tan despiadada como ingeniosa, y sólo para enfatizar el hecho de que la arrogancia podía ser un defecto tan propio de los griegos como de los reyes bárbaros, en las semanas que siguieron al desdichado final de Pausanias había arrastrado consigo a un héroe incluso mayor que el regente espartano. En el año 470 a. J. C., Temístocles, a quien desde Salamina se le odiaba por haber llevado la razón de un modo tan persistente y espectacular, había sido víctima del ostracismo de sus resentidos conciudadanos. Y ahora, implicado en la traición de Pausanias, había tenido que huir, ya no de Atenas, sino de Grecia. Al cabo de algunas derivas y aventuras dignas de Ulises, había acabado en Susa, donde el hijo de Jerjes, el nuevo Gran Rey, se encontraba jubiloso por la captura del enemigo más formidable de su padre. Y ahora que «la delicada serpiente de Grecia»[74] había perdido los colmillos, se había convertido en la gran favorita de su nuevo señor, de modo que todas las brillantes cualidades de su intelecto, alguna vez tan funesto para las ambiciones persas, se pondrían al servicio del Gran Rey. De tal suerte que Temístocles fue enviado al frente occidental, se estableció en el continente, muy cerca de Mileto, y como cualquier sátrapa, hizo acuñar monedas y dirigió un ejército. Sus últimos días los pasaría en la corte en Sardes, dando consejos sobre cómo resistir la invasión de sus propios coterráneos. Así, como sirviente del rey y traidor, Temístocles exhalaba finalmente su último suspiro en el año 459 a. J. C.

Que el salvador de Grecia hubiese acabado como enemigo de la libertad era un precedente perturbador. De hecho, incluso mientras estaba exiliado, Temístocles seguía sirvien-

do de modelo para su ciudad, y es que a lo largo de la década del 450 a. J. C., cada vez eran más las ciudades que, liberadas del yugo bárbaro, pasaban de la gratitud hacia Atenas a la envidia, la suspicacia y el temor. Poca diferencia podían ver entre el tributo que alguna vez habían pagado a Susa y la afiliación que ahora se les obligaba a enviar a la Acrópolis. Ya en la década del 460 a. J. C., las ciudades que habían intentado la secesión de la liga habían recibido la visita de la flota ateniense, y lo mismo ocurriría en la década siguiente a las ciudades que no formaban siquiera parte de la alianza. Por ejemplo, en el 457, los atenienses pusieron fin a medio siglo de rivalidad al sitiar Egina, desmantelar sus murallas, confiscar su flota y, por último, invitarla a unirse a la liga. Un ofrecimiento que los miserables eginenses no podían rechazar y del cual hasta el más imperioso déspota oriental habría estado orgulloso. Los hombres empezaban a recordar la llegada de Atenas a su imperio como un momento señalado y ominoso, pues Jantipo, según se decía, había navegado hacia el norte después de la batalla de Micala, había amarrado la nave a la salida del Helesponto, había tomado como botín los cables del puente de Jerjes y luego había clavado a un cautivo persa con vida a un tablón. Aquella crucifixión, que se volvía más aterradora en el recuerdo del pueblo, empezó a parecer suficiente para ensombrecer a toda Grecia.

Sin embargo, los atenienses sabían cómo comportarse. Aunque su ciudad se hubiese tornado grande, poderosa y rica, ni por un momento habían olvidado lo que había atravesado, lo que habían capeado para ganar su prominencia. «Baluarte de Grecia, famosa Atenas, ciudad de hombres como dioses»: el mundo que quedaba bajo su sombra también se hallaba iluminado por su gloria, y esto de manera literal, porque un marinero que rodeara el cabo de Sunio

que dirigiera la mirada hacia «la brillante ciudad, coronada de violeta, famosa en la canción»[75] podría ver, a una distancia de más de cincuenta kilómetros, un brillante destello de luz. Se trataba del reflejo del sol en una lanza bruñida que sujetaba la colosal Atenea, que con sus diez metros de altura se erguía, hermosa y heroica, en la cima de la Acrópolis, vigilando la entrada a la roca, con la mirada serena y fija en dirección a Salamina. Construido con el botín saqueado de los bárbaros, con los fondos de la liga y gracias a la labor de Fidias, el gran escultor ateniense de su época, la historia del curso triunfante de la democracia se materializaba en aquel bronce. Se trataba, en efecto, de una estatua de la libertad.

¿Y por qué no era también la muestra de la hermandad griega?, empezaron a preguntarse los atenienses. En el 449 a. J. C. se llegó finalmente a un acuerdo directo con los bárbaros, y con él a la conclusión, al cabo de medio siglo de guerras, de las hostilidades entre el Gran Rey y su mayor enemigo.[76] Ese mismo año, los atenienses extendían invitaciones a las ciudades de Grecia y Jonia, solicitando que enviasen delegados a un congreso en la Acrópolis.[77] El ostensible propósito de aquella conferencia sería decidir si los templos quemados por el enemigo podían entonces reconstruirse. Pero un objetivo más elevado planeaba sobre la conferencia: «Que todos vengan y se sumen al debate sobre la mejor manera de asegurar la paz y prosperidad de Grecia»,[78] clamaba la invitación. Un llamado optimista que, durante los primeros meses de la paz con Persia recordaba el espíritu más sublime de los atenienses. «Todos somos griegos», había afirmado un Arístides orgulloso a los embajadores espartanos en el 479 a. J. C., ante la acusación de que su ciudad podría tomar partido por Mardonio. «Todos compartimos la misma sangre, el mismo idioma, los mismos

templos y los mismos rituales sagrados. Todos compartimos una forma de vida común, y sería terrible que Atenas traicionara su herencia.»[79] Y los atenienses, en lugar de traicionarla, se habían mantenido a la altura de las conmovedoras palabras de Arístides y habían visto arder su ciudad. Las pruebas de su sacrificio aún podían verse derruidas y renegridas en la Acrópolis. ¿Por qué —se preguntaban ahora los atenienses— hizo falta que los bárbaros le recordaran a los griegos que todos son griegos? ¿Por qué no podía servir su propio ejemplo de inspiración para una era de paz y amistad universales?

Los peloponenses, con Esparta a la cabeza, respondieron con sorna y desprecio: ¿Quién, exactamente, llevaría a las ciudades de Grecia hasta aquella prometida edad de oro? La respuesta que los atenienses tenían en mente se encontraba implícita en su invitación, pues las ciudades que enviasen delegados a la Acrópolis estarían cediendo en efecto la primacía a Atenas. Como era inevitable, Esparta se negó a hacer tal cosa, y otro tanto hicieron sus aliados en el Peloponeso. La conferencia fracasó, y sacudiéndose aquel contratiempo de las espaldas, Atenas respondió apretando las tuercas a quienes podía forzar a cumplir con su voluntad. Tal vez la guerra con Persia hubiese llegado a su final, pero los atenienses no estaban dispuestos a ver cómo se disolvía la liga sólo porque la paz hubiera llegado al Egeo. Cualquier señal de resistencia por parte de un estado miembro, o una rebelión más franca, le valdría una represión despiadada. Las afiliaciones que se enviaban a la Acrópolis, y que ahora se revelaban como un tributo desnudo, continuaron exigiéndose cada año, mientras la palabra «aliados», que de manera irrevocable había pasado de moda, fue reemplazada por la frase «ciudades súbditas del pueblo ateniense», descripción que al menos tenía el mérito de la

exactitud. Lejos de encontrarse unido, el mundo griego se hallaba dividido en bloques de poder rivales, cada uno de ellos dirigido por una ciudad que colocaba a los otros pueblos que de ella dependían bajo una sombra humillante y que justificaba su hegemonía con escandalosos alardes de su historial en la defensa de la libertad.

Y es que Atenas no era la única ciudad en arrogarse el título de salvadora de Grecia. Esparta, su antigua aliada y ahora su rival cada vez más amarga, podía poner en la balanza a Platea y, sobre todo, a las Termópilas. Para el resto de Grecia, los espartanos seguían siendo un modelo de heroísmo y virtud sin parangón, y nada, ni siquiera sus más espléndidas victorias, había hecho más por su reputación que el recuerdo de los trescientos y su derrota ejemplar. «Tú, caminante, anuncia en Esparta / que aquí yacemos, a su ley sumisos.»[80] Estas líneas, grabadas en un sencillo monumento de piedra, podían leerse en el sitio del famoso enfrentamiento final: un epitafio tan lacónico y férreo como el propio Leónidas. Y también igual de inmortal, porque de todas las batallas libradas contra los ejércitos del Gran Rey, las Termópilas se habían transfigurado en una leyenda con mayor gloria. Sin embargo, los atenienses, tan brillantes, elocuentes y ágiles como sobrios eran los espartanos, falsearían aquel recuerdo. A finales del 449 a. J. C., una moción sorprendente se presentaba ante la asamblea. Hacía pocos meses que Esparta se había negado a enviar delegados a Atenas para acordar que los templos incendiados pudiesen reconstruirse, de modo que ahora los atenienses votaban sobre el asunto sin tener en cuenta la opinión del resto de Grecia. La propuesta de reconstruir el monumento de la Acrópolis se aprobó en medio de un estruendo y los planes para una transformación espectacular de la roca sagrada se pusieron en marcha de inmediato.

Aquel plan se había estado gestando durante mucho tiempo. Tras él se encontraba la influencia de un notable eupátrida llamado Pericles, un político experimentado que, en el 472 a. J. C., ya había demostrado su pasión por los proyectos culturales más llamativos al patrocinar la célebre tragedia de Esquilo sobre los persas. Sin duda, en Pericles se sumaba un linaje incomparable con el gusto por los *grands projets,* puesto que no sólo era hijo de Jantipo, sino también un alcmeónida de parte de madre. Esto, por supuesto, significaba que era el heredero de una larga tradición de mecenazgo de monumentos en la Acrópolis, pero ningún alcmeónida había tenido una oportunidad como la que Pericles tenía ahora en sus manos. El holocausto bárbaro había causado estragos en toda la cima de la roca, de modo que no era un solo templo sino toda la Acrópolis lo que Pericles pensaba reconstruir. Y al emplear a la flor y nata del talento ateniense, incluyendo al gran escultor Fidias, deseaba elevar, como él mismo señalaba, «señales y monumentos del imperio de nuestra ciudad», tan perfectos que «las épocas futuras se maravillarán ante nosotros, al igual que se maravilla la época presente».[81] En el 447 a. J. C. comenzaron las obras del que debía ser el templo más suntuoso y hermoso jamás construido. Las generaciones posteriores lo conocerían como el Partenón.[*]

Sin embargo, aunque todos los nuevos monumentos de la Acrópolis estuvieran destinados a ser audaces y originales, sus cimientos aún se encontraban bien enterrados en los sucesos anteriores. El Partenón, por ejemplo, aquel atrevido monumento a la nueva era de la grandeza ateniense, se erigía sobre los cimientos chamuscados de un edificio más viejo e inacabado, el gran templo que se había comenzado a construir en la década del 480 a. J. C. como celebración de la victoria de Maratón. Ahora, el plan de Pericles para la

Acrópolis era consagrar el recuerdo de Maratón para toda la eternidad, de modo que por toda la Acrópolis deberían verse recordatorios de la batalla. Ya fuese en la planta del propio Partenón, o bien en los trofeos que se elevasen a la victoria, o en los frisos que ilustrasen la batalla, el mayor momento de la historia ateniense debía celebrarse con tal esplendor que no sólo proclamase que Atenas había sido la salvadora de Grecia, sino también su escuela y su amante.

Porque quienes habían caído en Maratón no habían muerto del todo. Si dejaba atrás el polvo y el bullicio de la Acrópolis por la mañana, un ateniense podía llegar al campo de batalla con la caída de la noche, y allí, con la silueta recortada contra las estrellas, podría ver el gran túmulo que se había colocado sobre las honorables cenizas de los caídos y, a un lado, otro monumento más reciente, de apenas una década de antigüedad, tallado amorosamente en mármol blanco. Sin embargo, el ídolo más potente y espeluznante no podía verse, sólo escucharse, pues, según se decía, cada noche, extraños y fantasmales sonidos de lucha perturbaban la calma en la llanura: repiques de metal, el silbido de las flechas, gritos de guerra, fuertes pisadas y chillidos. Ningún otro campo de batalla que se hubiese disputado con los bárbaros podía presumir de tales visitas, y aunque un ateniense pudiera temer acercarse a los fantasmas, tal vez hubiese encontrado en su presencia una cierta fuente de orgullo cívico. Después de todo, habían sido actores en la mayor obra dramática de la historia, en la que Atenas, sola, había defendido la libertad de Grecia. «Porque fueron padres no sólo de niños, de carne y sangre mortales, sino también de la libertad de sus hijos, y de la libertad de cada persona que habita en el continente de Occidente.»[82] Todo hundía sus raíces en Maratón, y todo quedaba también justificado por Maratón.

Más allá de la llanura con sus monumentos, sus túmulos y sus fantasmas, el camino se dirigía hacia el norte, a través de colinas desiertas, hasta un templo solitario en una pendiente por encima del mar. Se trataba del templo de Ramnunte, donde se decía que Zeus finalmente había llevado a Némesis después de perseguirla por el mundo entero. En aquella única violación habían sido concebidas Helena, la guerra de Troya y una larga historia de odios entre Oriente y Occidente. Era aquello lo que había traído a Datis el Medo y su gran ejército a Maratón, a escasos ocho kilómetros al sur; «y tan seguro había estado de que nada le impediría tomar Atenas que había traído consigo un bloque de mármol del cual pensaba hacer tallar un trofeo para celebrar la victoria».[83] Después de la derrota de la expedición, el bloque de mármol había quedado abandonado en el campo de batalla y los pobladores de la zona lo habían enviado a Ramnunte. No podría haberse imaginado un lugar mejor porque el templo que allí se elevaba sobre la pendiente que descendía al mar era sagrado para la propia Némesis. No cabía duda de que la rabia de la diosa había sido la maldición de los bárbaros. Por ello se habían hecho planes de construir un segundo templo en su honor, que también fuese un monumento a Maratón. La intención era convertir el mármol en una imagen de la diosa, y el gran Fidias había recibido el encargo de tallarlo. Al igual que en la Acrópolis, un ateniense tal vez pudiese atisbar el futuro en Ramnunte. Y si llegaba al lugar donde, en espera de que lo tallasen, estaba colocado el bloque de mármol, seguro que podría adivinar la escultura que iba a ser el mármol a través de la pureza espectral de su blancura, vislumbrar el rostro de la propia Némesis.

Post scriptum

En el 431 a. J. C., la tensión creciente entre Atenas y Esparta por fin estalló en una franca hostilidad. Aunque interrumpida, la lucha que seguiría, y que los atenienses iban a denominar «la guerra del Peloponeso», duraría veintisiete años. Acabaría en el 404 a. J. C., el año de la derrota total de Atenas, cuando su imperio sería desmantelado, su flota se vería destruida y la democracia quedaría en suspenso. Aunque durante el siglo posterior la ciudad sería el escenario de una recuperación sorprendente, Atenas nunca volvería a ser el poder dominante en Grecia.

Pero tampoco lo sería Esparta después del 371 a. J. C. Ciento ocho años después de que Pausanias hubiese obtenido su gran victoria ante Mardonio, el ejército espartano sufría una derrota sensacional ante los tebanos en la aldea de Leuctra, a escasos ocho kilómetros de Platea. Los tebanos, aprovechando la ventaja al máximo, procederían a invadir Lacedemonia, quedando de aquel modo abolida la Liga del Peloponeso. Mesenia había sido liberada y Esparta, que ya no contaba con ilotas, de la noche a la mañana pasaría de ser el estado hegemónico de Grecia a convertirse en una potencia mediana.

En el curso de las décadas siguientes, las ciudades griegas continuarían desmembrándose, mientras que, en el norte, un nuevo depredador se alistaba para una lucha mortífera

que lo convertiría en la mayor potencia griega. En el 338 a. J. C., el rey Filipo II de Macedonia, que seguía los pasos de Jerjes, avanzó en dirección sur hacia Beocia, donde un ejército de atenienses y tebanos que intentó bloquearle el paso acabó hecho pedazos. «Aquí yacemos porque batallamos para darle su libertad a Grecia»; esto puede leerse en la tumba de los caídos. «La gloria que disfrutamos nunca envejecerá.» Palabras orondas, pero ni siquiera el epitafio más conmovedor podría esconder la inexorable realidad de que la independencia griega había quedado en el pasado. Cuatro años más tarde, el hijo de Filipo, Alejandro, cruzaba el Helesponto para tomar por asalto el imperio persa: ahora le tocaba el turno al Gran Rey de ver cómo su poder se humillaba, aplastado. Tres batallas seguidas se perdieron ante el invasor; Babilonia cayó, Persépolis ardería. Y el último Rey de Reyes iba a sufrir una muerte miserable. Alejandro reclamó el *kidaris* de Ciro, y también un imperio que se extendía desde el Adriático hasta el Indo.

Por primera vez, Grecia y Persia reconocían la soberanía de un único señor.

Y tal vez la propia Némesis se permitiera una sonrisa.

Ilustraciones



Relieve de Nínive que muestra al ejército asirio, con predominio de la caballería, en una campaña en la montaña. El tributo de los caballos de Media era vital para los esfuerzos asirios de mantener la supremacía en la carrera armamentística del Oriente Próximo. *(Archivo del Museo del Louvre, París/Dagli Orti.)*



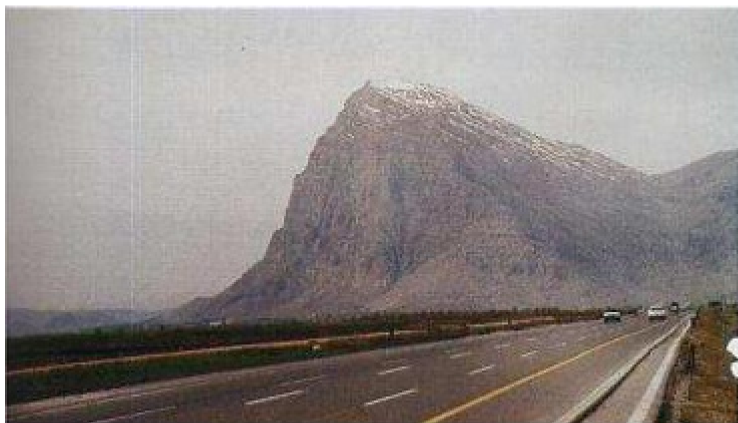
Cabeza de un rey hallada entre las ruinas de Ecbatana. Si no se trata de una falsificación, nos encontramos casi con certeza ante la representación de Astiages, el último rey medo, al que atormentaban sus pesadillas.



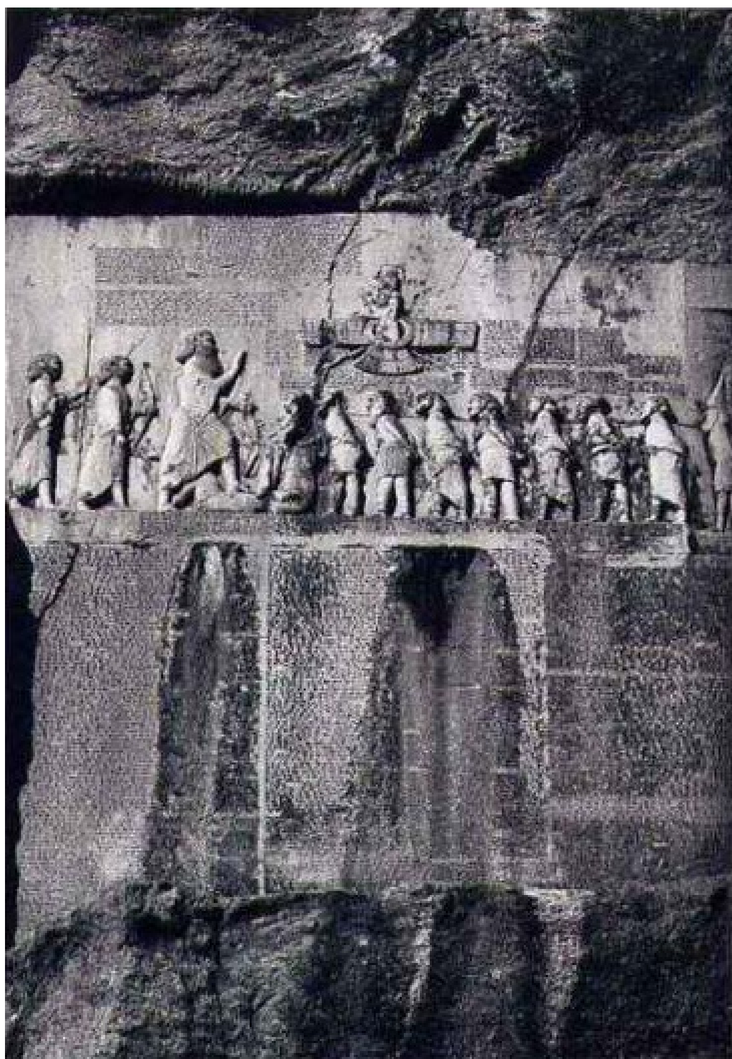
Tumba de Ciro el Grande en Pasargada. «¡Mortal!», inscripción en la que, según se cree, antaño podía leerse: «Soy Ciro, el que fundó el dominio de los persas y fue rey de Asia. No tengáis envidia de mí y, por lo tanto, de mi monumento.» *(Bridgeman Art Library.)*



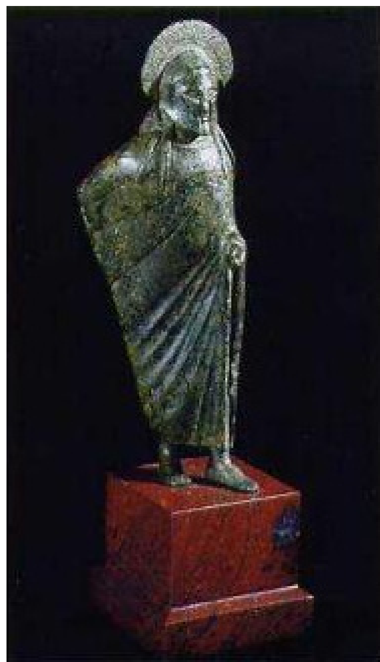
Moneda que ilustra un altar de fuego. Las llamas eran un elemento sagrado en extremo para los persas y representaban el símbolo del poder del Gran Rey a través de todo el imperio. *(Ancient Art & Architecture.)*



Behistún en la actualidad. A lo lejos se observan los restos de la ruta entre Irán e Iraq. Sucedió a unos quince kilómetros al sur de la montaña sagrada donde Darío y su brigada de asesinos dieron muerte a Bardiya; fue en la Gran Ruta del Jorasán que se extendía bajo la montaña donde Darío venció al rey medo que se había rebelado. Y fue en la pared del acantilado donde quedó grabada su gran victoria sobre la Mentira. *(Tom Holland.)*



Darío triunfante, como lo representa la imagen grabada en la pared del acantilado de Behistún, con un Gaumata postrado y humillado bajo sus pies. Los nueve reyes mentirosos que osaron desafiarlo se muestran atados por el cuello: Nidintu-Bel, el rey rebelde de Babilonia, es el segundo desde la izquierda; Fraortes, el rey rebelde de Media, el tercero también desde la izquierda; Vahyazdata, el rey rebelde de Persia, el sexto desde la izquierda. El rey rebelde de Sacia con su característico gorro puntiagudo, es el último de la fila. *(R. Woods.)*

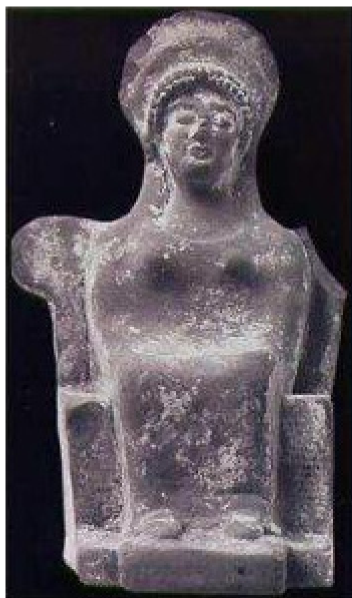


El rostro del estado más temible de Grecia. Un guerrero espartano de largos cabellos, envuelto en una capa, observa a su alrededor a través de las hendiduras de su casco. *(Museo de Arte de Wadsworth Atheneum, Hartford, CT; regalo de J. Pierpoint Morgan.)*



Máscara del templo de Artemisa Ortia en Esparta, de cuyos muros colgaban máscaras, muchas de ellas de jóvenes o de soldados, pero otras tantas, como ésta, de seres atrofiados y grotescos. La fealdad en estas imágenes servía como re-

cordatorio del fracaso que, como un deber, todo espartano debía evitar hasta el fin de sus días. *(British School en Atenas.)*



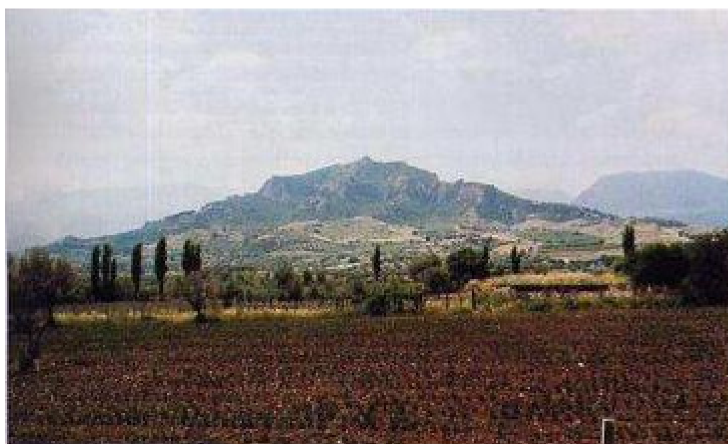
Atenea Polias, «Protectora de la Ciudad». El icono original de la diosa guerrera, conservado celosamente por el clan de los Bútadas —más tarde Eteobútadas— en la Acrópolis, era la estatua más antigua y sagrada de toda Atenas. *(Museo de la Acrópolis.)*



En el siglo VI a. C., la aristocracia ateniense empezaba a desmarcarse de su tradicional provincianismo. El interior de esta taza muestra a los participantes de una celebración adornados con turbantes y largas túnicas, atuendos típicos de las fiesta en toda la Hélade. *(Museo Ashmolean.)*



Harmodio y Aristogitón. Después del establecimiento de la democracia ateniense, un bronce de los tiranicidas —del cual ésta es una copia romana— era la única escultura pública que se podía ver en toda la ciudad. Un escuálido crimen pasional se había transfigurado en heroica hazaña, llevada a cabo en nombre de la libertad. *(Museo Archeologico Nazionale, Nápoles/Bridgeman Art Library.)*



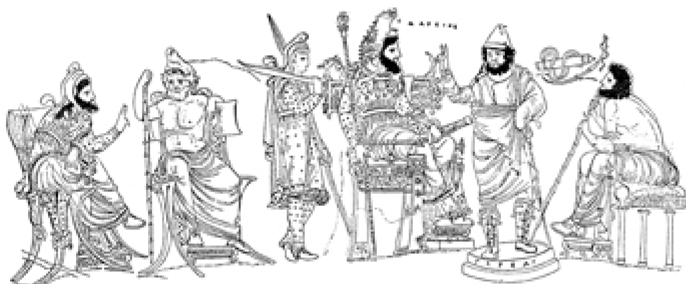
Lugar en el que se encontraba la gran ciudad de Sardes. Hace mucho tiempo que el esplendor que la convertía en capital del occidente persa ha desaparecido, pero la imponente acrópolis todavía se eleva, inclinada e irregular, sobre la llanura. *(Tom Holland.)*



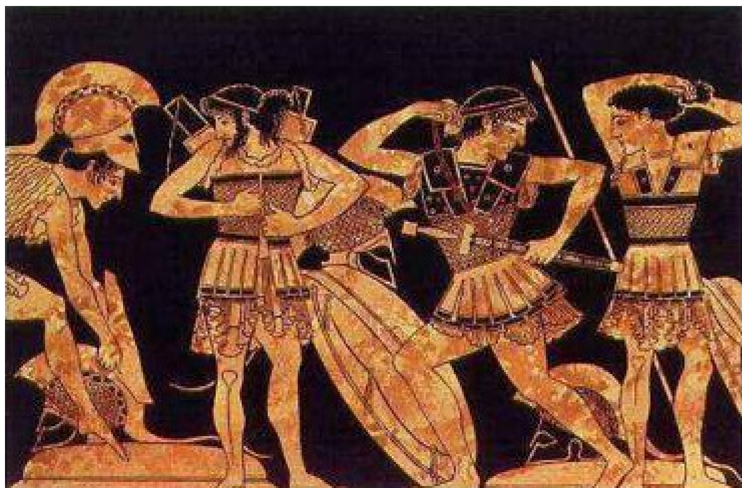
En este relieve localizado en Persépolis puede verse a algunos jonios que ofrecen un tributo al Gran Rey. Encima de ellos, según se reconoce de inmediato por sus gorros en punta, los embajadores sacios. *(The Art Archive/Dagli Orti.)*



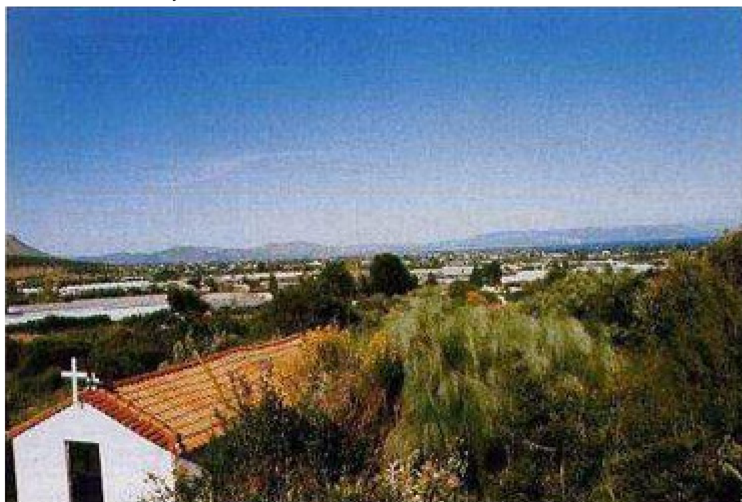
Un peso de bronce en forma de pato encontrado en la Tesorería de Persépolis. Estos animales, al igual que cualquier otro usuario del sistema imperial de caminos, debían tener un salvoconducto otorgado por la siempre meticulosa burocracia persa. (Museo del Instituto Oriental, Universidad de Chicago.)



Darío y su corte según los imaginaba un pintor griego del siglo IV a. C. Un siglo después de Maratón, Darío seguía siendo el arquetipo del poder real. (Museo de Nápoles.)



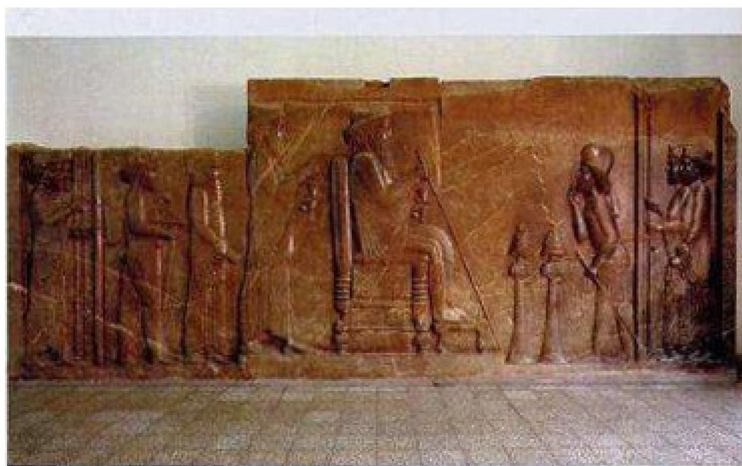
Esta acuarela, que retrata a los hoplitas que se preparan para la batalla, está basada en una vasija de la década previa a la batalla de Maratón. La victoria ateniense sobre los invasores persas del 490 a. C. fue la primera demostración de lo letales que podían resultar la armadura y las armas de los hoplitas cuando se enfrentaban a las tropas orientales, armadas de modo mucho más ligero. *(Akg-images/Pener Connolly.)*



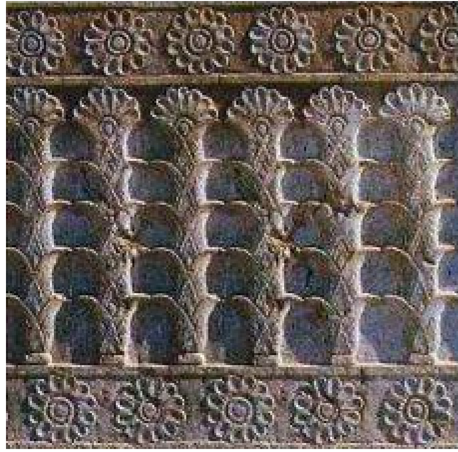
Vista actual de la llanura de Maratón desde el campamento griego en dirección al norte, hacia donde habría estado emplazado el campamento persa. *(Tom Holland.)*



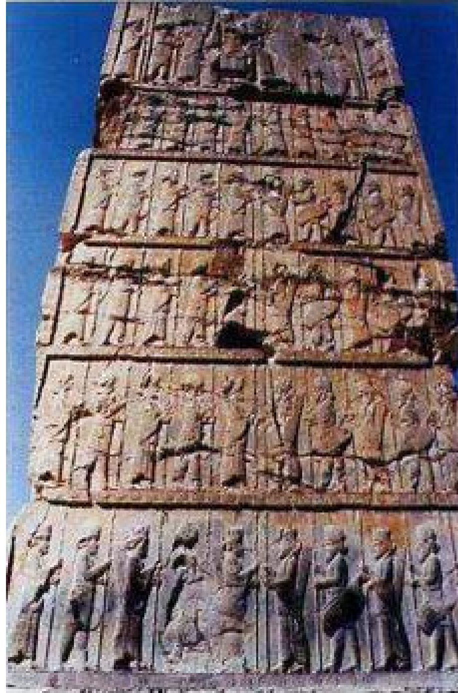
Yelmo de bronce usado por un soldado persa que luchó en Maratón. Fue dedicado por los atenienses victoriosos al templo de Zeus en Olimpia. *(Akg-images/John Hios.)*



El Rey de Reyes sentado en su trono. Probablemente se trata de una representación de Darío, en cuyo caso el príncipe real, en pie detrás del trono, es Jerjes. Otra interpretación posible es que el rey sea el propio Jerjes. Los artistas de la corte persa debían retratar al poder real idealizándolo, no copiándolo como era en la vida real. *(Museo Nacional de Irán Teherán/Bridgeman Art Library.)*



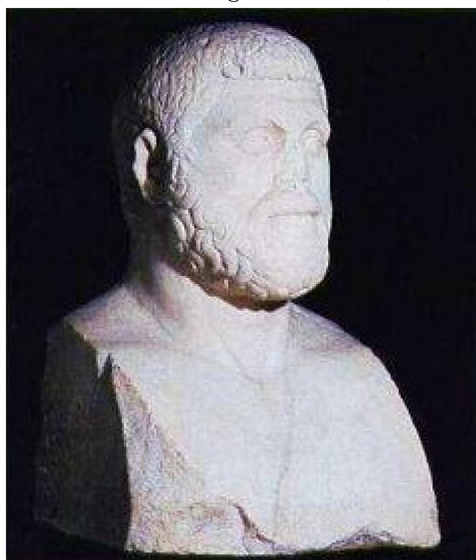
Friso de hojas de palma y girasoles de las habitaciones privadas de Jerjes en Persépolis. Los jardines y las bellezas del mundo natural eran una pasión universal entre la élite persa.



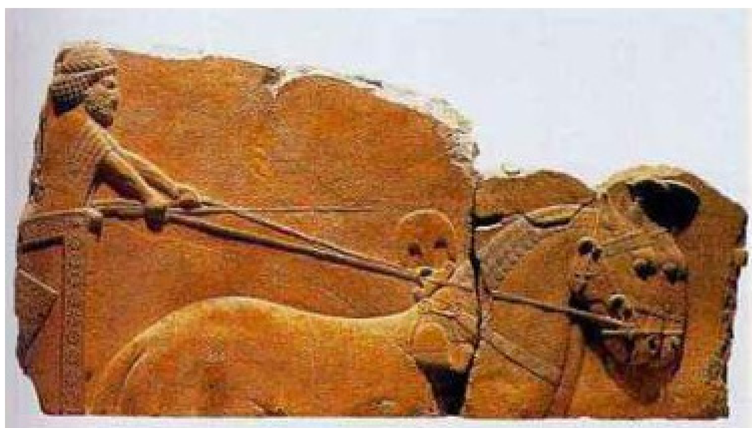
El Gran Rey trasladado de manera simbólica a hombros de sus soldados. La invasión de Grecia no sería una mera expedición militar; procuraba también dar cuenta de la magnitud y el alcance del poder real. *(Sadie Holland.)*



Un *ostrakon* utilizado en la década de 480 a. C., cuando el temor a Persia empezaba a emponzoñar la vida política ateniense. Este fragmento en particular fue utilizado contra «Calias, hijo de Cracio»; el tosco bosquejo en el reverso, que muestra a Calias como un arquero persa, deja claro de qué crimen se le sospechaba culpable. *(Deutsches Archäologisches Institut, Atenas.)*



Temístocles, «la delicada serpiente de Grecia». *(Werner Forman/Corbis.)*



Fragmento de un relieve de Persépolis que muestra un carro tirado por caballos neseos. Éste fue el medio de transporte utilizado por Jerjes para cruzar el Helesponto. *(Museo Británico.)*



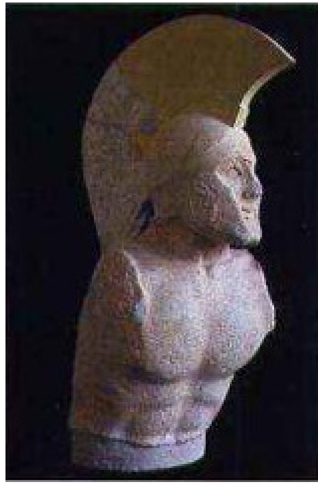
Infantería persa en un friso descubierto en Susa. La riqueza y hermosura de las vestimentas sugiere que se trata de los Inmortales, el escuadrón de élite de diez mil soldados que servían al Gran Rey como fuerza de choque. *(Gianni Dagli Orti/Corbis.)*



Vista de la playa de Artemisio tal como luce hoy en día. En el 480 a. C. los barcos de la flota griega podrían vararse con facilidad en los guijarros o hacerse de nuevo a la mar según demandaran los movimientos del enemigo. *(Tom Holland.)*



Moneda del siglo IV a. C. que muestra un barco de guerra de Sidón. Los trirremes fenicios eran esbeltos, estaban acorazados y permitían sutiles maniobras. Además, navegaban con mayor velocidad que cualquier navío que la flota griega pudiera oponerles. *(Museo Británico.)*



La tradición considera que este busto de un guerrero espartano representa a Leónidas, el rey que condujo a los trescientos hombres de su guardia personal a una muerte heroica en las Termópilas. Aunque no sepamos si se trata o no de un retrato de Leónidas —y es sumamente probable que no lo sea—, expresa, de todos modos, con fuerza el carácter resuelto y desafiante cuyo desarrollo llevaba a los espartanos una vida entera de entrenamiento. (The Art Archive/Archaeological Museum Sparta/Dagli Orti.)



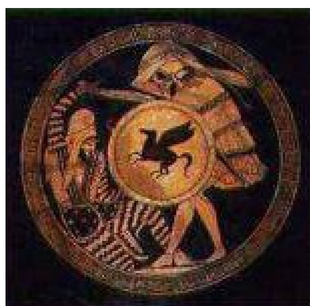
Las Termópilas, vistas desde las alturas de la Puerta Oriental. En el 480 a. C., la llanura que se extiende desde el paso hacia el este se encontraba sumergida bajo las aguas del golfo Málico. Por lo demás, se trata en esencia de la misma vista que Hidarnes y los Inmortales habrían encontrado en su descenso al paso de montaña para atacar a la fuerza defensiva griega por la retaguardia. *(Tom Holland.)*



Este relieve, esculpido unos ocho años antes de la batalla de Salamina, muestra la parte central de un navío de guerra griego. Bancadas de esforzados remeros hacen su trabajo. *(Bridgeman/Alinari Archives.)*



Salamina en la actualidad. El estrecho donde la flota persa fue derrotada está lleno de buques cisterna, barcos de guerra y lanchas. La topografía, sin embargo, se mantiene casi idéntica. Ésta es una vista desde la entrada del estrecho. Sólo es posible obtener un panorama completo desde un barco que se haya adentrado en el canal. *(Tom Holland.)*



Caídos y casi vencidos. La derrota persa en Platea acabó para siempre con las esperanzas del Gran Rey de conquistar Grecia. *(National Museums of Scotland.)*



Vista desde el Pnyx donde Temístocles exhortó a sus conciudadanos a desafiar al monstruo persa hacia el este, donde se encuentra la Acrópolis. En la cima de la roca sagrada se encuentran las ruinas del Partenón, el memorial de guerra más hermoso que se haya construido jamás. *(Bridgeman/Alinari Archives.)*

Cronología

Todas las fechas son a. J. C.

c. 1250	Guerra de Troya.
c. 1200	Destrucción de los palacios reales en Micenas y Esparta.
c. 1200-1000	Migración de los dorios al Peloponeso.
c. 1000-800	Migración de los medos y los persas al Irán occidental.
814	Fundación de Cartago.
750-700	Los reyes asirios establecen su dominio sobre los medos de los Zagros.
c. 750-650	Esparta invade y conquista Mesenia.
c. 670	Los asirios pierden el dominio de Media.
632	Fracasa el intento de Cilón de convenirse en tirano de Atenas.
612	Los medos y los babilonios saquean Nínive.
608	Colapso final del imperio asirio.
600	Exilio de los Alcmeónidas de Atenas.
594	Solón se convierte en arconte.
586	Nabucodonosor saquea Jerusalén.
585	Astiages se convierte en rey de Media. Se firma un tratado de paz con Lidia

	después de una guerra de resultado incierto.
566	Se celebran por primera vez las Grandes Panateneas.
560	Primera tiranía de Pisístrato. Regreso de los Alcmeónidas a Atenas.
559	Ciro se convierte en rey de Persia.
556	Nabónido se convierte en rey de Babilonia.
555	Segunda tiranía y exilio de Pisístrato.
550	Ciro conquista Media.
546	Ciro conquista Lidia. «Batalla de los campeones» entre Esparta y Argos. Batalla de Palene; tercera tiranía de Pisístrato; los Alcmeónidas regresan del exilio.
545-540	Ciro avanza hasta el Asia Central.
539	Ciro conquista Babilonia.
529	Muerte de Ciro. Cambises se convierte en rey de Persia.
527	Muerte de Pisístrato. Hipias e Hiparco se convierten en tiranos de Atenas.
525	Cambises invade y conquista Egipto.
522	Bardiya se rebela contra Cambises. Muerte de Cambises. Darío, junto a seis cómplices, asesina a Bardiya. Darío se convierte en rey de Persia y sofoca una insurrección en Babilonia.
521	Darío acaba con las rebeliones a lo largo y ancho del imperio.
520	Cleómenes se convierte en rey de Esparta.

519	Atenas va a la guerra contra Tebas en defensa de Platea.
514	Asesinato de Hiparco.
513	Darío invade Escitia.
512-511	Conquista persa de Tracia.
510	Hipias es expulsado de Atenas.
508	Iságoras se convierte en arconte. Clístenes propone reformas democráticas.
507	Exilio de Clístenes de Atenas. Cleómenes e Iságoras se ven cercados en la Acrópolis. Clístenes vuelve del exilio e implementa sus reformas. Los embajadores atenienses ofrecen tierra y agua a Artafernes.
506	Derrota de la invasión de Cleómenes al Ática. Atenas vence a Tebas y a Calcis.
499	Fracasa el ataque persa a Naxos. Aristágoras lidera la revuelta jonia y viaja por Grecia en busca de apoyo.
498	Los jonios, con auxilio ateniense y eretrio, queman Sardes.
497	Muerte de Aristágoras.
494	Los jonios son derrotados en la batalla de Lade. Cleómenes vence a Argos en la batalla de Sepea. Saqueo de Mileto.
493	Temístocles se convierte en arconte. Milcíades escapa del Quersoneso a Atenas.
492	Juicio y absolución de Milcíades. Mardonio conquista Macedonia.
491	Los embajadores de Darío recorren

	Grecia con exigencias de tierra y agua; aquellos embajadores que visitan Atenas y Esparta son ejecutados.
490	Datis y Artafernes dirigen una expedición a través del Egeo. Eretria es saqueada. Batalla de Maratón.
487	Primer ostracismo en Atenas.
486	Rebelión en Egipto. Muerte de Darío. Jerjes se convierte en rey de Persia.
485	Gelón se convierte en tirano de Siracusa.
484	Jantipo sufre el ostracismo. Rebelión en Babilonia.
483	Se encuentra una rica veta de plata en las minas de Laurión.
482	Arístides sufre el ostracismo. Atenas vota por construir doscientos trirremes.
481	Jerjes llega a Sardes. En Esparta se reúne un congreso de ciudades griegas determinadas a resistir a la invasión persa. Se mandan enviados a Gelón y espías a Sardes.
480	Los enviados regresan con las manos vacías de su encuentro con Gelón. Jerjes cruza el Helesponto. Los atenienses votan por evacuar la ciudad. Batallas de las Termópilas y de Artemisio. Batalla de Himera. Atenas es tomada e incendiada. Batalla de Salamina. Jerjes regresa a Sardes. Mardonio permanece en Tesalia.
479	Segunda ocupación de Atenas. Batalla de Platea y Micala. Revuelta en Babilonia. Jerjes abandona Sardes.
472	Esquilo presenta *Los persas.*

470	Temístocles sufre el ostracismo.
469	Muerte de Pausanias. Huida de Temístocles a Susa.
466	Batalla de Eurimedón.
460	Atenas envía una expedición a Chipre y Egipto.
459	Muerte de Temístocles.
457	Egina se ve forzada a unirse a la Liga Délica.
454	Destrucción de la expedición ateniense a Egipto. El tesoro de la Liga Délica es trasladado a la Acrópolis.
449	Se firma la paz entre Atenas y Persia. Los peloponenses rechazan la invitación ateniense a una conferencia panhelénica. Los atenienses votan por reconstruir los templos quemados de la Acrópolis.
447	Se inicia la construcción del Partenón.

Bibliografía

ABSA: Annual of the British School of Athens

AJA: American Journal of Archaeology

CJ: Classical Journal

JCS: Journal of Cuneiform Studies

JHS: Journal of Hellenic Studies

TAPA: Transactions of the American Philological Association

Anderson, Greg, *The Athenian Experiment: Building an Imaginary Political Community in Ancient Attica, 508-490 BC,* Ann Arbor, 2003.

Anderson, J. K., «The Battle of Sardis», *California Studies in Classical Antiquity,* 7, 1975.

Andrewes, A., «Kleisthenes' Reform Bill», *Classic Quarterly,* 27, 1977.

Austin, M. M., «Greek Tyrants and the Persians, 546-479 BC», *Classic Quarterly,* 40, 1990.

Badian, E., «Back to Kleisthenic Cronology», en *Polis and Politics: Studies in Ancient Greek History,* Pernille Flensted-Jensen, Thomas Heien Nielen y Lene Rubensten (eds.), Museum Tusculanum Press, Copenhague, 2000.

Bakker, Egbert J., Irene J. E de Jong, y Hans van Wees, *Brill's Companion to Herodotus,* Brill, Leiden, 2002.

Balcer, Jack Martin, «Athenian Politics: The Ten Years After Marathon» en *Panathenaia, Studies in Athenian Life and Thought in the Classical Age,* Gregory. T. E., y A. J. Podlecki (eds.), Lawrence, Kansas, 1979.

—— «The Greeks and the Persians: The Processes of Acculturation», *Historia,* 32, 1983.

—— *Sparda by the Bitter Sea: Imperial Interaction in Western Anatolia,* Scholars Press, Chicago, 1984.

—— *Herodotus and Bisitun: Problems in Ancient Persian Historiography,* Franz Steiner, Stuttgart, 1987.

—— «The Persian Wars against Greece: A Reassessment», *Historia,* 38, 1989.

—— *A Prosopographical Study of the Ancient Persians Royal and Noble c. 550-450 BC,* Lewiston, Gales, 1993.

Barnett, R. D., «Xenophon and the Wall of Media», en *JHS,* 83, 1963.

Basirov, Oric, «Zoroaster's Time and Place», *Circle of Ancient Iranian Studies at the School of Oriental and African Studies,* 1998.

Beaulieu, Paul-Alain, *The Reign of Nabonidus, King of Babylon 556-539 BC,* New Haven, 1989.

Bichler, Reinhold, «Some Observations on the Image of the Assyrian and Babylonian Kingdoms within the Greek Tradition», en *Melammu Symposia V: Commerce and Monetary Systems in the Ancient World,* Rollinger, R. (ed.), Stuttgart, 2004.

Bickerman, E. J., y H. Tadmor, «Darius I, Pseudo-Smerdis and the Magi», *Athenaeum,* 56, 1978.

Bigwood, J. M., «Ctesias as Historian of the Persian Wars», *Phoenix,* 32, 1978.

— «Ctesias' Description of Babylon», *American Journal of Ancient History,* 3, 1978.

Boardman, John, «Artemis Orthia and Cronology», *ABSA,* 58, 1963.

— *Persia and the West. An Archaeological Investigation of the Genesis of Achaemenid Art,* Thames & Hudson, Londres, 2000.

Boardman, John, y H. G. L. Hammond (eds.) *Cambridge Ancient History: The Expansion of the Greek World, Eighth to Sixth Centuries BC,* Cambridge, 1982.

Boardman, John, H. G. L. Hammond, D. M. Lewis, y M. Ostwald (eds.), *Cambridge Ancient History: Persia, Greece and the Western Mediterranean, c. 525-479 BC,* Cambridge, 1988.

Boedeker, Deborah, «The Two Faces of Demaratus», *Arethusa,* 20, 1987.

— «Protesilaus and the End of Herodotus' Histories», *Classical Associationon,* 7, 1988.

Boegehold, Alan L., y Adele C. Scafuro, *Athenian Identity and Civic Ideology,* The John Hopkins University Press, Baltimore, 1994.

Borgeaud, Philippe, *The Cult of Pan in Ancient Greece,* University of Chicago Press, Chicago, 1988. Traducción al inglés de Kathleen Atlas y James Redfield.

Boyce, Mary, *A History of Zoroastrianism,* volúmenes I y II, Leiden, 1975.

—— *Zoroastrians: Their Religious Beliefs and Practices,* Londres y Nueva York, 1979.

Bradford, Ernle, *The Year of Thermopylae,* Londres, 1980.

Briant, Pierre, *Bulletin d'Histoire Achéménide* I, París, 1997.

—— *Bulletin d'Histoire Achéménide* II, París, 2001.

—— *From Cyrus to Alexander: A History of the Persian Empire,* Winona Lake, 2002. Traducción al inglés de Peter T. Daniels.

Broneer, Oscar, «The Tent of Xerxes and the Greek Theater», *University of California Publicanons in Classical Archaeology,* 1, 1944.

Brosius, Maria, *Women in Ancient Persia (559-331 BC),* Clarendon, Oxford, 1996.

Brown, S., «Media and Secondary State Formation in Neo-Assyrian Zagros: An Anthropological Approach to an Assyriological Problem», *JCS,* 38, 1986.

Brunt, P. A., «The Hellenic League against Persia», *Historia,* 2, 1953.

Budge, P. A., y L. W. Wallis and King, *Annals of the Kings of Assyria,* Londres, 1902.

Burke, Jason, *Al-Qaeda: The True Story of Radical Islam,* Londres, 2004.

Burkert, Walter, «Damaratos, Astrabakos und Herakles: Königsmythos und Politik», *Museum Helveticum,* 22, 1965.

—— *Horno Necans,* University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1983. Traducción al inglés de Peter Bing.

—— *Greek Religion,* Blackwell, Oxford, 1985. Traducción al inglés de John Raffan.

—— *Babylon, Memphis, Persepolis: Eastern Contexts of Greek Culture,* Harvard University Press, Cambridge, Massachussets, 2004.

Burn, A. R., Persia and the Greeks: The Defence of the West, Gerald Duckworth & Co, Londres, 1984.

Byron, Robert, *The Road to Oxiana,* Londres, 1992. Versión castellana de Antoni Puigrós, *Viaje a Oxiana,* Península, Barcelona, 2000.

Cameron, G. G., *History of Early Iran,* Nueva York, 1936.

Carter, Jane Burr, «The Masks of Ortheia», *AJA,* 91, 1987.

Cartledge, Paul, *Sparta and Lakoni a: A Regional History 1300 to 362 BC,* Routledge & Kegan Paul, Londres, 1979.

—— «Herodotus and "The Other": A Meditation on the Empire», *Echos du Monde Classique,* 34, 1900.

—— «"Deep Plays": Theater as Process in Greek Civic Life», en *The Cambridge Companion to Greek Tragedy,* Easterling, P. E. (ed.), Cambridge, 1997.

—— *Spartan Reflexions,* Gerald Duckworth & Co, Londres, 2001.

—— *The Spartans,* Londres, 2002.

—— «What Have The Spartans Done for Us?: Sparta's Contribution to Western Civilization», *Greece and Rome,* 52 (2), 2004.

Champdor, Albert, *Babylon,* Elek Books, Londres, 1958. Traducción al inglés de Elsa Coult. Versión cas-

tellana de Jaime Elías, *Babilonia,* Orbis, Barcelona, 1988.

Clemen, C. (ed.), *Fontes Historiae Religionis Persicae,* Bonn, 1920.

Cohen, Edward E., *The Athenian Nation,* Princeton University Press, Princeton, 2000.

Coldstream, J. N., *Geometric Greece,* Methuen, Londres, 1977.

Coleman, John E., y Clark A. Walz, *Greeks and Barbarians: Essays on the Interactions between Greeks and Non-Greeks in the Antiquity and the Consequences for Eurocentrism,* Capital Decisions Ltd, Bethesda, 1977.

Connor, W. R., «Tribes, Festivals and Processions: Civic Ceremonial and Political Manipulation in Archaic Greece», *JHS,* 107, 1987.

Conolly, Peter, *Greece and Rome at* War, Greenhill Books, Londres, 1988.

Cook, J. M., *The Greeks in Ionia and the East,* Thames and Hudson, Londres, 1962.

–– *The Persian Empire,* Schocken Books, Londres, 1983.

Crackwell, George, *The Greek Wars: The Failure of Persia,* Oxford University Press, Oxford, 2005.

Curtis, John (ed.), Curtis, John (ed.), *331 BC,* British Museum Press, Londres, 1997.

Curzon, George N., *Persia and the Persian Question,* 2 vols., Londres, 1892.

Dabrowa, E. (ed.), *Ancient Iran and the Mediterranean World,* Cracovia, 1998.

Dandamaev, M. A., *A Political History of the Achaemenid Empire,* E. J. Brill, Leiden, 1989. Traducción al

inglés de W. J. Vogelsang.

David, Saul, *Military Blunders: The How and Why of Military Failure,* Constable and Robinson, Londres, 1997.

Davidson, James, *Courtesans and Fishcakes: The Consuming Passions of Classical Athens,* Fontana Press, Londres, 1997.

De Jong, Albert, *Traditions of the Magi: Zoroastrianism in Greek and Latín Literature,* Brill, Leiden, 1997.

De Souza, Philip, *The Greek and the Persian Wars 499-386 BC,* Osprey, Oxford, 2003.

De Souza, Philip, Waldermar Heckel, y Lloyd Llewellyn-Jones: *The Greeks at War: From Athens to Alexander,* Osprey, Oxford, 2004.

De Ste Croix, G. E. M., *The Origins of the Peloponnesian War,* Duckworth, *Londres,* 1972

—— *Athenian Democratic Origins,* Harvey, David, y Robert Parker (eds.), Oxford University Press, Oxford, 2004.

Derow, Peter, y Robert Parker, *Herodotus and his World: Essays from a Conference in Memory of George Forrest,* Oxford University Press, Oxford, 2003.

Dillery, J., «Reconfiguring the Past: Thyrea, Thermopylae and Narrative Patterns in Herodotus», *American Journal of Philology,* 117, 1996.

Dinsmoor, W. B., «The Hecatompedon on the Athenian Akropolis», *AJA,* 51, 1947.

Donlan, W, y J. G. Thompson, «The Charge at Marathon: Herodotus 6.112», *CJ,* 71, 1976.

—— «The Charge at Marathon Again», *Classical World,* 72, 1979.

Dontas, G., «The True Aglaurion», *Hesperia* 52, 1983.

Dougherty, Carol, y Leslie Kurke (eds.), *Cultural Poetics in Archaic Greece,* Cambridge University Press, Cambridge, 1993.

Drews, Robert, «The First Tyrants in Greece», *Historia,* 21, 1972.

—— *The Greek Accounts of Eastern History,* Harvard University Press, Washington D. C., 1973.

Ducat, Jean, «Le Mépris des Hilotes», *Annales,* 6, 1974.

Dusinberre, Elspeth R. M., *Aspects of Empire in Achaemenid Sardis,* Cambridge University Press, Cambridge, 2003.

Ehrenberg, Victor, *From Solon to Socrates: Greek History and Civilization during the Sixth and Fifth Centuries BC,* Methuen Young Books, Londres, 1973.

Evans, J. A. S., «Notes on Thermopylae and Artemision», *Historia,* 18, 1969.

—— «The Oracle of the Wooden Wall», en 78, 1982.

—— «Herodotous and Marathon», *Florilegium,* 6, 1984.

Fehling, Detlev, *Herodotous and his «Sources»: Citation, Invention and Narrative Art,* Francis Cairns Publications, Leeds, 1989. Traducción de J. G. Howie.

Felton, D., *Haunted Greece and Rome: Ghost Stories from Classical Antiquity,* University of Texas Press, Austin, 1999.

Fisher, N. R. E., *Hybris: A Study in the Values of Honour and Shame in Ancient Greece,* Aris & Phillips, Warminster, 1992.

Flower, M., «Simonides, Ephorus, and Herodotus on the Battle of Thermopylae», *Classical Quarterly,* 48, 1998.

Fornara, C. W., «The Hoplite Achievement at Psyttaleia», *JHS,* 86, 1966.

—— *Herodotus, An Interpretative Essay,* Oxford University Press, Oxford, 1971.

Forrest, W G., «Herodotus and Athens», *Phoenix,* 38, 1984.

Francis, E. D., «Greeks and Persians: The Art of Hazard and Triumph» en *Ancient Persia, The Art of an Empire,* Schmandt-Bessarat, D. (ed.), Malibu, 1980.

Francis, E. D., y M. Vickers «The Agora Revisited: Athenian Chronology c. 500-450 BC», *ABSA,* 83, 1988.

French, D. H., «The Persian Royal Road», *Iran,* 36, 1998.

Frey, Richard N., «The Charisma of Kingship in Ancient Iran», *Iranica Antiquita,* 4, 1964.

—— *The Heritage of Persia,* Weindenfel & Nicolson, Londres, 1976. Frost, Frank J., «A Note on Xerxes at Salamis», *Historia,* 22, 1973.

—— *Plutarch's Themistocles: A Historical Commentary,* Princeton University Press, Princeton, 1980.

—— «The Athenian Military before Cleisthenes», *Historia,* 33, 1984.

—— «Toward a History of Peisistratid Athens» en *The Craft of the Ancient Historian: Essays in Honor of Chester G. Starr,* Eadie, J. W., y J. Ober (ed.), Lanham, 1985.

Gentili Bruno, *Poetry and its Public in Ancient Greece,* The John Hopkins University Press, Baltimore, 1988. Traducción de Thomas Cole.

George, A., *Babylonian Topographical Texts,* Departament Orientalistiek & Peeters, Leuven, 1992.

Georges, Pericles, *Barbarian Asia and the Greek Experience: From the Archaic Period to the Age of Xenophon,* The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1994.

Gershevitch, Ilya (ed.), *History of Iran: The Median and Achaemenian Periods,* Cambridge, 1985.

–– «The False Smerdis», *Acta Antigua,* 27, 1979.

Ghirshman, Roman, *Persia: From the Origins to Alexander,* Thames & Hudson, Londres, 1964. Traducción de Stuart Gilbert y James Emmons.

Gibbon, Edward, *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire,* 3 vols., (David Womersley, ed.), Allen Line, Londres, 1994.

Gnoli, Gherardo, *Zoroaster in History,* Biblioteca Persica Press, Nueva York, 1997.

Golding, William, *The Hot Gates,* Faber, Londres, 1965.

Gould, John, *Herodotus,* Weidenfeld & Nicolson, Nueva York, 1989.

Graf, David, «Greek Tyrants and Achaemenid Politics» en *The Craft of the Ancient Historian: Essays in Honour of Chester G. Starr,* Edie, J. W., y J. Ober (eds.), Lanham, 1985.

Grant, John R. «Leonidas Last Stand», *Phoenix,* 15, 1961.

Grayson, A. K., *Assyrian and Babylonian Chronicles,* Locust Valley, Nueva York, 1975.

Green, Peter, *The Greco-Persian Wars,* University California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1996.

Hall, Edith, *Inventing the Barbarian: Greek Self-Definition through Tragedy,* Clarendon Press, Oxford, 1989.

Hallock, R. T., «The Evidente of the Persepolis Tablets», en *The Cambridge History of Iran,* vol. 2, Cambridge University Press, Cambridge, 1972.

Hamilton, Richard, *Choes and Anthestria: Athenian Iconography and Ritual,* University of Michigan Press, Ann Arbor, 1992.

Hansen, M. H., «The Origins of the Term Demokratia», *Liverpool Classical Monthly, 2,* 1986.

—— «The 2500th Anniversary of Cleisthenes' Reforms and the Tradition of Athenian Democracy», en *Ritual, Politics, Finance. Athenian Democractic Accounts Presented to David Lewis,* Osborne, R., y S. Hornblower (eds.), Clarendon Press, Oxford, 1994.

Hanson, Victor Davis, *The Western Way of War: Infantry Battle in Classical Greece,* University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1989.

—— *Warfare and Agriculture in Classical Greece,* Berkeley y Los Ángeles, 1998.

—— *The Wars of the Ancient Greeks,* Weidenfeld Military, Londres, 1999.

—— «No Glory That Was Greece: The Persian Win at Salamis, 489 BC», *What lf?: Military Historians Imagine What Might Have Been,* Robert Cowley (ed.), G. P. Putnam & Sons, Nueva York, 1999.

Harrison, Thomas, *Divini ty and History: The Religion of Herodotus,* Clarendon Press, Oxford, 2000.

—— *The Emptiness of Asia: Aeschylus' «Persians» and the History of the Fifth Century,* Gerald Duckworth, Londres, 2000.

—— (ed.): *Greeks and Barbarians,* Edimburgo, 2002.

Hartog, Françoise, *Le Miroir d'Hérodote: Essai sur la Représentation de l'Autre,* París, 1980.

Hegel, G. W. E, *The Philosophy of History,* Nueva York, 1956. Traducción al inglés de J. Sibree.

Herzfeld, Ernst, *The Persian Empire: Studies in Geography and Ethnograpy of the Ancient Near East,* Wiesbaden, 1968.

Hignett, C., *Xerxes' Invasion of Greece,* Oxford, 1963.

Hodge, A. Trevor, «Marathon: The Persians' Voyage», *TAPA,* 105, 1975.

—— «Reflections on the Shield at Marathon», *ABSA,* 91, 2001.

Hodkinson, Stephen, *Property and Wealth in Classical Sparta,* Swansea, 2000.

Hodkinson, Stephen, y Anton Powell (eds.), *Sparta: New Perspectives,* Swansea, 1999.

Hope Simpson, R., «Leonidas' Decision», *Phoenix,* 26, 1972.

Huxley. G. L., *Early Sparta,* Londres, 1962.

—— *The Early Ionians,* Londres, 1966.

—— «The Medism of Caryae», *Greek, Roman and Byzantine Studies,* 8, 1967.

Immerwhar, H. R., *Form and Thought in Herodotus,* Cleveland, 1966.

Jameson, M., «A Decree of Themistokles from Troizen», *Hesperia,* 29, 1960.

—— «Provisions for Mobilization in the Decree of Themistokles», *Historia,* 12, 1963.

Jeffery, L. H., *Archaic Greece: The City-States c. 700-500 BC,* Londres, 1976.

Kakavoyannis, Evangelos, «The Silver Ore-Processing Workshops of the Lavrion Region», *ABSA,* 91, 2001.

Karavites, Peter, «Realities and Appearances, 490-480 BC», *Historia,* 26, 1977.

Kellens, Jean, *Essays on Zarathustra and Zoroastrianism,* Costa Mesa, 2000. Traducción y edición inglesa a cargo de Prods Oktor, Skajvaero.

—— (ed.), *La Religion Iranienne á l'Époque Achéménide,* Ghent, 1991.

Kennel, Nigel M., *The Gymnasium of Virtue: Education and Culture in Ancient Sparta,* Chapel Hill, 1995.

Kent, Roland G., *Old Persian Grammar, Texts, Lexicon,* New Haven, 1953.

Kimball Armayor, O., «Herodotus' Catalogues of the Persian Empire in the Light of the Monuments and the Greek Literary Tradition», *TAPA,* 108, 1978.

Kingsley, Peter, «Meetings with Magi: Iranian Themes among the Greeks, from Xanthus of Lydia to Platos Academy», *Journal of the Royal Asiatic Society,* 3 (5), 1995.

Konstan, David, «Persians, Greeks and Empire», *Arethusa,* 20, 1987.

Kraay, C. M., *Archaic and Classical Greek Coins,* Londres, 1976.

Kurke, Leslie, *Coins, Bodies, Games and Gold: The Politics of Meaning in Archaic Greece,* Princeton, 1999.

Kurth, Amélie, «The Cyrus Cylinder and Achaemenid Imperial Policy», *Journal for the Study of the Old Testament,* 25, 1983.

–– «Usurpation, Conquest and Ceremonial: from Babylon to Persia» en *Rituals of Royalty: Power and Ceremonial in Traditional Societies,* Cannadine, David, y Simon Price (eds.), Cambridge, 1987.

–– *The Ancient Near East, c. 3000-330 BC,* vols. 1 and 2, Londres, 1995.

Lane Fox, Robin, «Cleisthenes and his Reforms», en *The Good Idea: Democracy en Archaic Greece,* Koumolides, John A. (ed.), New Rochelle, 1995.

Langdon, M. K., «The Territorial Basis of the Attic Demes», *Symbolae* 60, 1985.

Lateiner, Donald, *The Historical Method of Herodotus,* Toronto, 1989.

Lavelle, B. M., *The Sorrow and the Pity. A Prolegomenon to a History of Athens under the Peisitratids, c. 560-510 BC,* Stuttgart, 1993.

Lazenby. J. F., «The Strategy of the Greeks in the Opening Campaign of the Persian War», *Hermes,* 92, 1964.

–– *The Spartan Army,* Warminster, 1985.

–– «Aischylos and Salamis», *Hermes,* 116, 1988.

–– *The Defence of Greece 490-479 BC,* Warminster, 1993.

Leick, Gwendolyn, *Mesopotamia: The Invention of the City,* Londres, 2001.

Lenardon, R. J., *The Saga of Themistocles,* Londres, 1978.

Lévéque, P., y Vidal-Naquet, *Clisthène l'Athénien: Essai sur la Représentation de l'Espace et du Temps dans la Pensé Politique Grecque de la Fin du VIe Siècle á la Mort de Platon,* París, 1964.

Levine, Louis D., «Geographical Studies in the Neo-Assyrian Zagros», *Iran,* 11 y 12, 1973-1974.

Lewis, D. M., «Cleisthenes and Attica», *Historia, 12,* 1963.

—— *Sparta and Persia,* Leiden, 1977.

—— «Datis the Mede», *JHS,* 100, 1980.

Loraux, Nicole, *The Invention of Athens: The Funeral Oration in the Classical City,* Cambridge, Mass., 1986. Traducción de Alan Sheridan.

—— *The Experience of Tiresias: The Feminine and the Greek Man,* Princeton, 1995. Traducción de Paula Wissing.

—— *Born of the Earth; Myth and Politics in Athens,* Ithaca, 2000. Traducción de Selina Stewart.

MacGinnis, J. D. A., «Herodotus' Description of Babylon», *Bulletin of the Institute of Classical Studies,* 33, 1986.

Mallowan, Max, «Cyrus the Great (558-529 BC)», *Iran,* 10, 1972.

Manville, P. B., *The Origins of Citizenship in Ancient Athens,* Princeton, 1990.

Matheson, Sylvia A., *Persia: An Archaeological Guide,* Londres, 1972.

Mee, Chistopher, y Antony Spawforth, *Greece: An Oxford Archaeological Guide,* Oxford, 2001.

Meier, Christian, «Historical Answer to Historical Questions: The Origins of History in Ancient Greece», *Arethusa,* 20, 1987.

—— *The Greek Discovery of Politics,* Cambridge, Mass., 1990. Traducción de Davis McLinton.

—— *Athens: A Portrait of the City in its Golden Age,* Nueva York, 1993. Traducción de Robert Kimber y Rita Kimber.

Meiggs, R., y D. Lewis, *A Selection of Greek Historical Inscriptions to the End of the Fifth Century BC,* Oxford, 1969.

Mill, John Stuart, *Discussions and Dissertations,* vol. 2, Londres, 1859.

Miller, Margaret C., *Athens and Persia in the Fifth Century BC: A Study in Cultural Receptivity,* Cambridge, 1997.

Miroschedji, P. de, «La Fin du Royaume d'Anshan et de Suse et la Naissance de l'Empire Perse», *Zeitschrift für Assyriologie,* 75, 1985.

Moles, J., «Herodotus Warns the Athenians», *Papers of the Leeds International Latin Seminar,* 9, 1996.

Momigliano, Arnaldo, «The Place of Herodotus in the History of Historiography», *History,* 43, 1958.

—— *Alien Wisdom: The Limits of Hellenization,* Cambridge, 1975.

Montaigne, Michel de, *The Complete Essays,* Londres, 1991. Traducción de M. A. Screech.

Morris, Ian, *Burial and Society: The Rise of the Greek City State,* Cambridge, 1987.

—— «The Early Polis as City and State», en *City and Country in the Ancient World,* Rich, J., y A. Wallace-

Hadrill (eds.), Londres, 1991.

Morris, Ian, y Kurt A. Raaflaub (eds.) *Democracy 2500? Questions and Challenges,* Dubuque, 1998.

Morrison, J. S., J. E, Coates, y N. B. Rankov, *The Athenian Trireme: The History and Reconstruction of an Ancient Greek Warship,* Cambridge, 2000.

Moscati, Sabatino: *The World of the Phoenicians,* Londres, 1968. Traducción de Alastair Hamilton.

—— (ed.): *The Phoenicians,* Londres, 1997.

Munson, Rosaria Vignolo: *Telling Wonders: Ethnographic and Political Discourse in the Work of Herodotus,* University of Michigan Press, Ann Arbor, 2002.

Murdoch, Iris: *The Nice and the Good,* Londres, 1968.

Nvlander, Carl: «The Standard of the Great King – A problem in the Alexander Mosaic», *Opuscula Romana,* 14, 1983.

Oates, Joan, *Babylon,* Londres, 1986.

Ober, Josiah, *Mass and Elite in Democratic Athens: Rhetoric, ldeology, and the Power of the People,* Princeton, 1989.

—— *The Athenian Revolution: Essays on Ancient Greek Democracy and Political Theory,* Princeton University Press, Princeton, 1996.

Ober, Josiah, y Charles Hedrick (eds.) *Demokratia: A Conversation on Democracies, Ancient and Modern,* Princeton University Press, Princeton, 1996.

Ollier, Françoise, *Le Mirage Spartiate: Étude sur l'Idealisation de Sparte dans l'Antiquité Grecque,* 2 vols., Belles Lettres, París, 1933 y 1945.

Olmstead, A. T., «Darius and his Behistun lnscription», *American Journal of Semitic Languages and Literatures.* 55, 1938.

–– *History of the Persian Empire,* University of Chicago Press, Chicago, 1948.

Osborne, Robin, *Greece in the Making: 1200-479 BC,* Routledge, Londres, 1996.

Ostwald, Martin, *Nomos and the Beginnings of the Athenian Democracy,* Oxford University Press, Oxford, 1969.

Parke, H. W., *A History of the Delphic Oracle,* B. Blackwell, Oxford, 1939.

–– *Festivals of the Athenians,* Thames & Hudson, Londres, 1977.

Patterson, O., *Freedom in the Making of Western Culture,* Basic Books Inc., Nueva York, 1991.

Pedlev, J., *Sardis in the Age of Croesus,* Norman, 1968.

Pelling, Christopher, «East is East and West is West —or Are They? National Stereotypes in Herodotus», *Histos,* 1, 1997.

–– (ed.): *Greek Tragedy and the Historian,* Oxford University Press, Oxford, 1997.

Petit, Thierry, *Satrapes et Satrapies dans Empire Achémenide de Cyrus le Grand* á *Xerxés I[er],* Les Belles Letres, Bibliothèque de la Faculté de Philosophie et Lettres de l'Université de Liège, París, 1990.

Podlecki, A. J., *The Life of Themistocles: A Critical Survey of the Literary and Archaelogical Evidence,* McGill Queen's University Press, Montreal, 1975.

Pomerov, Sarah B., *Spartan Women,* Oxford University Press, Nueva York, 2002.

Powell, Anton (ed.), *Classical Sparta: Techniques behind her Success,* Routledge, Londres, 1989.

Powell, Anton y Stephen Hodkinson (eds.), *The Shadow of Sparta,* Classical Press of Wales/Londres, Routledge, Swansea, 1994.

—— (eds): *Sparta: Beyond the Mirage,* Classical Press of Wales/Londres, Duckworth, Swansea, 2002.

Pritchett, W. K, «New Light on Termopvlae», *AJA,* 62, 1968.

—— *The Greek State at War,* vols. 1-5, University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1971-1991.

Rawson, Elizabeth, *The Spartan Tradition in European Thought,* Oxford University Press, Oxford, 1969.

Redfield, J., «Herodotus the Tourist», *Classical Philology,* 80, 1985.

Rhodes, P., «Peisistratid Chronologv Again», *Phoenix,* 30, 1976.

—— *A Commentary on the Aristoteleian «Athenaion Politeia»,* Clarendon Press, Oxford, 1981.

—— *Ancient Democracy and Modern Ideology,* Gerald Duckword, Londres, 2003.

Robertson, Noel, «Solon's Axones and Kvrbeis, and the Sixth-Centurv Background», *Historia,* 35, 1986.

Root, Margaret Cool, *The King and Kingship in Achaemenid Art: Essays on the Creation of an Iconography of Empire,* Diffusion E. J. Brill, Leiden, 1979.

Roux, Georges, *Ancient Iraq,* Penguin Books, Londres, 1922.

Sancisi-Weerdenberg, Heleen, «The Personaliry of Xerxes, King of King's», en *Archeologia Iranica et Orientalis: Miscellanea in Honorem L. Vanden Berghe,* vol. 1, de Mever, L., y E. Haerinck (eds.), Ghent, 1989.

—— *Peisistratos and the Tyranny, A Reappraisal of the Evidence,* J. C. Gieben Pub., Amsterdam, 2000.

—— (ed.), *Achaemenid History 1: Sources, Structures, Synthesis,* Nederlans Instituut voor het Nabije Oosten Leiden, Eisenbraus, 1987.

Sancisi-Weerdenberg, Heleen, y Amélie Kuhrt, *Achaemenid History 2: The Greek Sources,* Nederlans Instituut voor het Nabije Oosten

Leiden, Eisenbraus, 1987.

—— (eds.), *Achaemenid History 3: Method and Theory,* Nederlans Instituut voor het Nabije Oosten Leiden, Eisenbraus, 1988.

—— (eds.), *Achaemenid History 4: Centre and Periphery,* Nederlans Instituut voor het Nabije Oosten Leiden, Eisenbraus, 1990.

—— (eds.), *Achaemenid History 5: The Roots of the European Tradition,* Nederlans Instituut voor het Nabije Oosten Leiden, Eisenbraus, 1990.

—— (eds.), *Achaemenid History 6: Asia Minor and Egypt: Old Cultures in a New Empire,* Nederlans Instituut voor het Nabije Oosten Leiden, Eisenbraus, 1991.

Sancisi-Weerdenberg, Heleen, Amélie Kuhrt y Margaret Cool Root, (eds.), *Achaemenid History 8: Continuity and Change,* Nederlans Instituut voor het Nabije Oosten Leiden, Eisenbraus, 1991.

Schoff, Wilfred H. (ed. y traducción al inglés), *Parthian Stations' by Isidore of Charax,* Commercial Museum, Londres, 1914.

Sealev, Raphael, «Again the Siege of the Acropolis 480 BC», *California Studies in Classical Antiquity,* 5, 1972.

—— «The Pit and the Well: The Persian Heralds of 491 BC», *CJ,* 72, 1976.

Sekunda, N., *The Spartan Army,* Osprev Pub., Oxford, 1998.

—— «Greek Swords and Swordsmanship», *The International Review of Military History,* 3(1), 2001.

Sekunda, N., y S. Chew, *The Persian Army 560-330 BC,* Osprey, Oxford, 1992.

Shapiro, Harvev A., *Art and Cult under the Tyrants in Athens,* P von Zabern, Mainz, 1989.

Shrimpton, Gordon, «The Persian Calvary at Marathon», *Phoenix,* 34, 1980.

Smith, J. A. *Athens under the Tyrants,* Classical Press, Bristol, 1989. Smith, Sidney, *Babylonian Historical Texts Relating to the Capture and Downfall of Babylon,* Methuen & Co, Londres, 1924.

Snodgrass, A. N., *Arms and Armor of the Greeks,* The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1967.

—— *Archaic Greece, The Age of Experiment,* Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1980.

Stadter, P. A., *A Commentary on Plutarch's Pericles,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1989.

Starr, Chester G., *The Origins of Greek Civilization, 1100-650 BC,* Knopf, Nueva York, 1961.

—— «The Credibility of Early Spartan History», *Historia,* 14, 1965.

—— *The Economic and Social Growth of Early Greece, 800-500 BC,* Oxford University Press, Nueva York,

1977.

—— «Why Did the Greeks Defeat the Persians?», en *Essays on Ancient History,* Ferrill, Arthur, y Thomas Kelly (eds.), Leiden, 1979.

Stoyanov, Yuri, *The Other God: Dualist Religions from Antiquity to the Cathar Heresy,* Yale University Press, New Haven, 2000.

Strauss, Barry, *Salamis: The Greatest Naval Battle of the Ancient World, 480 BC,* Simon & Schuster, Nueva York, 2004.

Szemler, G. J., W. J. Cherf y J. C. Kraft: *Thermopylai: Myth and Reality in 480 BC,* Ares, Chicago, 1996.

Tadmor, H., «The Campaings of Sargon II of Assur», *JCS,* 12, 1958.

Tuplin, Cristopher, *Achaemenid Studies,* Franz Steiner Verlag, Sttutgart, 1996.

—— «The Seasonal Migration of Achaemenid Kings: A Report on Old and New Evidente» en *Studies in Persian History: Essays in Memory of David M Lewis,* Brosius, Maria, y Amélie Kuhrt (eds.), Leiden, 1998.

—— «The Persian Empire» en *The Long March: Xenophon and the Ten Thousand,* Lane Fox, Robin (ed.), Yale University Press, New Haven, 2004.

Van der Veer, J. A. G., «The Battle of Marathon: A Topographical Survey», *Mnemosyne,* 35, 1982.

Van Wess, Hans, *Greek Warfare: Myths and Realities,* Gerald Duckworth, Londres, 2004. Vanderpool, E., «A Monument to the Battle of Marathon», *Hesperia,* 35, 1966.

Vernant, Jean-Pierre, *Mortals and Immortals: Collected Essays,* I. Zeitlin, Froma (ed.), Princeton University

Press, Princeton, 1991.

Wallace, Paul W., «Psyttaleia and the Trophies of the Battle of Salamis», *AJA,* 73, 1969.

–– «The Anopaia Path at Thermopvlae», *AJA,* 84, 1980.

–– «Aphetai and the Battle ofArtemision», en *Greek, Roman and Byzantine Monographs,* 10, 1984.

Wallace, R., «The Date of Solon's Reforms», en *American Journal of Ancient History,* 8, 1983.

Wallinga, H. T., «The Ionians Revolt», *Mnemosyne, 37,* 1984.

–– «The Trireme and History», *Mnemosyne,* 43, 1990.

–– *Ships and Sea-Power before the Great Persian War: The Ancestry of the Ancient Trireme,* Brill Academic Pub., Leiden, 1993.

West, S. R., «Herodotus' Portrait of Hecateus», *JHS,* 111, 1991.

Whatley, N., «On the Possibility of Reconstructing Marathon and Other Ancient Battles», *JHS,* 84, 1964.

Whitby, Michael, (ed.), *Sparta,* Edinburgh University Press, Edimburgo, 2002.

Wiesehöfer, Josef, *Ancient Persia,* I. B. Tauris, Londres, 2001. Traducción de Azizeh Azodi.

Wycherley, R. E., *The Stones of Athens,* Princeton University Press, Princeton, 1978.

Young, T. C. Jnr., «480/79 BC —a Persian Perspective», en *Iranica Antiqua,* 15, 1980.

Zadok, Ron: «On the Connections between Iran and Babylonia in the Sixth Century BC», *Iran,* 14, 1976.



TOM HOLLAND (Oxford, 1968). Escritor británico de obras literarias y académicas sobre temas como el vampirismo y la Historia. Se tituló en inglés y latín en el Queen's College de Cambridge, y poco después estudió en la Universidad de Oxford, realizando un trabajo sobre Lord Byron antes de interrumpir sus estudios de postgraduado y trasladarse a Londres. Adaptó a Heródoto, Homero, Tucídides y Virgilio para el canal 4 radiofónico de la BBC. Sus novelas, entre ellas *El señor de los muertos* (*The vampyre,* 1995) y *Banquete de sangre* (*Supping with Panthers,* 1996) tienen elementos sobrenaturales y de terror. También es el autor de tres obras históricas que han recibido buenas críticas: *Rubicón* (*Rubicon: The last years of the roman republic,* 2003), *Fuego persa* (*Persian fire,* 2005) y *Milenio* (*Millennium,* 2008). Ha escrito además relatos cortos, *The poison in the blood* (2006) y una obra teatral representada por primera vez en 1991, *The Importance of Being Frank.* Actualmente vive en Londres con su mujer y sus dos hijas.

Notas

[1] De la «Declaración de guerra contra los americanos que ocupan la tierra de las dos mezquitas santas», citada por Burke, p. 163. **<<**

[2] Gibbon, vol. 3, p. 1095. **<<**

[3] Heródoto, 1.4. Se ha utilizado aquí la traducción de María Rosa Lida: *Los nueve libros de la historia,* Editorial Éxito, Clásicos Jackson, Barcelona, 1954. La traducción literal de Holland sería «y es así como creen que los griegos siempre serán sus enemigos». **<<**

[4] Ibídem, 1.5. **<<**

[5] Hace mucho tiempo que se ridiculiza a Heródoto por lo que parecen fantasías, como si se tratara del padre de las mentiras y no de la historia. Pero las décadas recientes han presenciado una reevaluación fundamental de la exactitud de sus afirmaciones: nuevos descubrimientos arqueológicos demuestran constantemente su fiabilidad. Un recuento breve pero excelente de la cuestión se puede encontrar en un artículo de Stephanie Dalley, «Why did Herodotus not mention the Hanging Gardens of Babylon», en *Herodotus and his World,* Derow y Parker (eds.). En cuanto a la visión contraria, y no del todo desprestigiada, según la cual Heródoto se inventó gran parte de su historia, véase Fehling. **<<**

[6] Heródoto: 1.1. Traducción de María Rosa Lida, p. 3. La traducción literal de Holland sería «de modo que la memoria del pasado pueda conservarse al recordar los actos extraordinarios de griegos y bárbaros por igual y, sobre todo, al mostrar cómo fue que llegaron a la guerra». **<<**

[7] J. S. Mill, p. 283. **<<**

[8] G. F. W. Hegel, *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal,* 2.2.3. Se ha usado aquí la traducción de José Gaos, Círculo de Lectores, Barcelona, 1996. **<<**

[9] Heródoto, 7.228. **<<**

[*] Para ser precisos, sólo 298 de los espartanos que Leónidas llevó consigo a las Termópilas murieron en la batalla. **<<**

[10] «Sobre los caníbales», en *Ensayos completos.* Hay varias ediciones españolas. Se usa aquí la edición de Cátedra (Madrid, 2003). Traducción de Almudena Montojo. **<<**

[11] Lord Byron, «Las islas de Grecia», 1.7. **<<**

[12] W. Golding, «The Hot Gates», en *The Hot Gates,* p. 20. Fue este ensayo, leído a la impresionable edad de doce años, el que desató mi pasión por la historia de las guerras médicas. **<<**

[13] Citado por David, p. 208. **<<**

[14] Esquilo, 104-105. **<<**

[*] El propio califato fue abolido dos años más tarde, en 1924. **<<**

[15] Curzon, vol. 2, pp. 195-196. **<<**

[16] «The historical record of the Imperial visit to India, 1911» (Londres, 1914), pp. 176-177. **<<**

[17] Green, p. XXIII. **<<**

[18] Murdoch, p. 171. **<<**

[19] Starr (1977), p. 258. **<<**

[20] Ehrenberg, p. 389. <<

[21] O, para ser estrictos y rigurosos, y puesto que el autor, François Ollier, era francés, *Le Mirage Spartiate*. <<

[22] Plutarco, en su vigoroso y extrañamente malhumorado ensayo *Sobre la malignidad de Heródoto*. <<

[23] Davidson (2003). <<

[*] Sin embargo, los griegos se inclinaban por Semiramis, una diosa guerrera siria que se suponía que también había fundado Babilonia. <<

[1] *Los anales de Ashurnasirpal,* columna 1.53, traducción al inglés de Budge y King, p. 272. La frase se refiere a las campañas de Ashurnasirpal en las montañas del norte de Asiria. <<

[2] Citado por Kuhrt (1995), p. 518. <<

[3] Que los arios llegaron a los Zagros desde el este es un hecho casi universalmente aceptado, aunque es difícil encontrar pruebas contundentes de ello. Una minoría afirma que los medos y los persas llegaron a los Zagros desde el norte, a través del Cáucaso. <<

[4] De los registros de campaña de Shalmaneser III (843 a. J. C.); véase Herzfeld, p. 24. <<

[5] Los límites geográficos precisos de Media entre los siglos IX y VII a. J. C. no están claros. De acuerdo con Levine (*Iran* 12, p. 118), lo más posible es que se tratara de una franja territorial estrecha, circunscrita a la Gran Ruta del Jorasán. <<

[6] Nahum, 3.3. <<

[7] Este relato del imperio medo depende en gran medida, y de modo inevitable, del testimonio de Heródoto, que escribió más de un siglo después de los eventos que estaba describiendo. El bosquejo de su narrativa parece haber sido

confirmado, en un sentido amplio, por los registros babilónicos contemporáneos, que mencionan tanto a Ciaxares (Umakishtar) como a Astiages (Ishtuwigu), pero nada está muy definido. Estudios arqueológicos en los yacimientos más relevantes de Media demuestran que una caída precipitada de los estándares de vida siguió al derrocamiento del imperio asirio, precisamente cuando se supone que florecían los medos. Esta discrepancia aparente entre las fuentes escritas y la evidencia material ha llevado a algunos estudiosos (el ejemplo más notorio es Sancisi-Weerdenburg en *Achaemenid History,* de ahora en adelante *Ach Hist* 3, pp. 197-212, y *Ach Hist* 8, pp. 39-55) a dudar de la existencia de un imperio medo. Por supuesto, imperios menores construidos sobre las ruinas de grandes imperios pueden parecer pobres en comparación, y la analogía obvia en este sentido es la historia de Europa durante el oscurantismo. Sin embargo, incluso si uno acepta —como la mayoría de los estudiosos— que Heródoto narraba los hechos básicos de modo correcto, los detalles de la historia médica siguen siendo vagos hasta el punto de ser frustrantes. **<<**

[8] Los relatos de ambas expediciones pueden encontrarse en Jenofonte y Ctesias, respectivamente. Aunque ninguno de los dos historiadores es famoso por su rigor, no parece haber motivos particulares para dudar de ellos en este respecto. Es cierto que, según la tradición que Aristóteles recoge (*Política,* 1311b40), Astiages era un hombre blando e imprudente, pero esto se encuentra en rotunda contradicción con otras fuentes, por no mencionar las pruebas de la extensión de su reino. Y los reyes débiles, en el antiguo Próximo Oriente, no solían durar. **<<**

[9] Se desconoce la fecha exacta de la fundación de Ecbatana, y no hay registro de ella en las fuentes asirias. Esto

apoya la afirmación de Heródoto de que la ciudad se fundó como expresión del poder real medo. **<<**

[10] Ver Heródoto, 1.98. **<<**

[11] Diógenes Laercio, 1.6. **<<**

[12] El actual consenso entre los expertos es que no lo eran. **<<**

[13] El mandato persa en Anshan se estableció poco después del 650 a. J. C., fecha en la cual se puede datar al último rey nativo de Anshan. El primer persa en reclamar el título lo hizo una generación más tarde. La propia Anshan se había forjado sobre la ruina del reino de Elam, todavía más antiguo. **<<**

[14] La fuente principal de las leyendas sobre la formación de Ciro es Heródoto, quien dice haberse basado en informantes persas (1.95). Nicolás de Damasco registra variantes que derivan del relato de Ctesias, y también registra variantes Justin. Parece posible que los elementos del folclore de la historia sí se deriven de la tradición del Próximo Oriente: una educación muy similar se le atribuye a Acad, el proto-Rey de Reyes del III milenio a. J. C. (véase pp. 42-43). **<<**

[15] Del así llamado «Sueño de Nabónido» (Beaulieu, p. 108). Es por otra fuente contemporánea, la *Crónica de Nabónido,* que sabemos que fue Astiages quien comenzó la guerra, y no Ciro, como relata Heródoto. **<<**

[16] Darío, inscripción en Persépolis. **<<**

[17] Heródoto, 1.129. Se toma la traducción de María Rosa Lida. Literal de Holland sería: «Y fue así cómo los persas, que alguna vez habían sido esclavos de los medos, se convirtieron en sus amos.» **<<**

[18] *Crónica de Nabónido,* 11.17. La atribución de este verso a la batalla en Lidia es casi con seguridad correcta, pero

los daños en la inscripción impiden que sea incontrovertible. **<<**

[19] Diodoro Sículo, 9. 35. **<<**

[20] Darío, inscripción en Persépolis. **<<**

[*] Variantes de la palabra «jonio» se utilizaban como término genérico para referirse a lo «griego» a través de todo el Próximo Oriente. Véase, por ejemplo, el *Génesis* 10, 2, donde a uno de los hijos de Jafet se le llama «Yaván», Los propios griegos consideraban jónicas las ciudades insulares de Quíos y Samos, con lo cual, en total, se contaban doce ciudades jónicas. **<<**

[21] Heródoto, I. 164. **<<**

[22] Jenófanes, fragmento 22. **<<**

[23] Nuestra ignorancia de los detalles de las campañas de Ciro en el este del imperio es casi total. Aunque no cabe duda de que una vasta franja de provincias del noreste de Irán acabó bajo control persa, las fechas posibles de estas conquistas deben argumentarse casi a partir del silencio. Sí sabemos que Ciro estuvo en Babilonia en el 539 a. J. C., pero los registros correspondientes a los ocho años que precedieron a aquella fecha y a los nueve posteriores son casi inexistentes. Dicho lo cual, una fecha más temprana parece más plausible que una más tardía para la conquista llevada a cabo por Ciro, aunque los historiadores argumentan ambas cosas. Sin duda tiene mayor sentido estratégico, y Ciro no era más que un maestro estratega. Asímismo, la integración en apariencia exitosa de las provincias orientales en el imperio persa en el momento de la muerte de Ciro se explica mejor si se presupone un período más largo de pacificación. Finalmente, hay evidencia de parte de Heródoto, cuyo conocimiento de los asuntos orientales era bastante borroso, pero que afirma categóricamente que «mientras Harpa-

go ponía patas arriba las parte inferior y occidental de Asia, Ciro se ocupaba del norte y del este, con lo cual atrajo bajo su dominio a todas las naciones, sin excepción» (1.117). Beroso, un estudioso babilonio que vivió poco después del reinado de Alejandro Magno, pero que tuvo acceso a registros desconocidos para los griegos, corrobora esta afirmación. **<<**

[24] *Mihr Yasht,* o Himno a Mitra, 14-15. **<<**

[25] Ibíd., 13. **<<**

[26] Identificado por los académicos de modo tentativo como el Volga. **<<**

[27] En persa, *Kurushkath.* El Yaxartes es el río ahora conocido como Syr Darya, que fluye a través de Kazajstán. **<<**

[28] Cilindro de Ciro, 11. **<<**

[29] Este relato de la muerte de Ciro se deriva de Heródoto (1.20414), y parece ser el que más sentido tiene en relación con las muchas versiones que han sobrevivido. **<<**

[30] Jenofonte, *Ciropedia,* 1.4-5. **<<**

[31] Zoroastro había aprobado la práctica del *khvaetvadatha,* o matrimonio endogámico, como deber religioso positivo, y es posible —e incluso probable— que los matrimonios incestuosos de Cambises reflejasen la influencia de las enseñanzas del profeta. Sin embargo, al igual que ocurre con muchos aspectos del zoroastrismo, se trata de especulación. El filósofo Antístenes, colega de Sócrates, afirmaba que los varones persas con frecuencia «disfrutaban del coito con sus madres, sus hermanas y sus hijas», tal vez en una versión malintencionada de la tradición genuina. **<<**

[32] Algunas fuentes parecen contradecir esta interpretación. De acuerdo con Ctesias, Bardiya fue convocado por su hermano a la corte dos veces, y sólo a la tercera cumplió con la orden, eso con reticencias. De acuerdo con Heródo-

to, estuvo al lado de Cambises en Egipto, aunque brevemente, y de allí volvió a Persia en desgracia. Ninguna de las dos historias parece plausible. Si además se tienen en cuenta los sucesos posteriores, Bardiya debió de haberse encontrado en la mitad oriental del imperio durante la mayor parte de la estancia —o durante la estancia completa— de Cambises en Egipto, y su papel sólo puede haber sido el de lugarteniente de su hermano. Cualquier otra cosa habría resultado políticamente inadmisible. Es evidente que Cambises pensaba tener motivos suficientes para confiar en Bardiya, y durante al menos cuatro años, éste no lo traicionó. **<<**

[33] La historia se encuentra en el séptimo libro de las *Estratagemas* de Polieno, escrito en el siglo II a. J. C., fecha tal vez sospechosamente tardía. **<<**

[34] El pueblo de Antilia. Véase Heródoto, 2.98. **<<**

[35] Heródoto, 3.89. **<<**

[36] De acuerdo con Heródoto, había sido su capacidad de usar un arco que nadie más en la corte había podido encordar lo que le valió su expulsión de Egipto en la desgracia. **<<**

[37] Heródoto, 3.20. Los egipcios y los persas conocían Etiopía con el nombre de Nubia. De acuerdo con Heródoto, la invasión de Cambises de Etiopía fue una catástrofe pero, de nuevo, esto parece reflejar su confianza en sus fuentes egipcias. Los registros persas dejan claro que al menos el norte de Nubia llegó a formar parte del imperio. **<<**

[38] Específicamente, en Babilonia. **<<**

[39] Cuándo exactamente, no está claro. Lo cual resulta una frustración considerable, porque es posible que Cambises haya muerto *antes* de que Bardiya se proclamase rey, en cuyo caso no podría hablarse con propiedad de un intento de usurpación del trono. Y algunas fuentes posteriores dan

a entender esto, aunque tal vez deban descartarse. La tradición según la cual Cambises fue víctima de un intento de golpe de estado es muy potente, y, en cambio, si se presupone una correcta sucesión de hermano a hermano, eso dificulta dotar de sentido al caos en que se vio sumido el mundo persa a la muerte de Cambises. También apoya este argumento el hecho de que el último documento datado en el reinado de Cambises del que se dispone sea del 18 de abril, y el primero que menciona al «Rey Bardiya» sea del 14 de ese mismo mes. Tal vez no sea evidencia concluyente de un golpe, pero al menos lo sugiere. **<<**

[40] En ningún lugar se dice expresamente que Bardiya estuviese en Ecbatana durante los meses del verano, pero ya que era ésa la residencia veraniega favorita de la monarquía persa, y que sabemos que el rey definitivamente estaba en Media en septiembre, parece una conclusión segura. **<<**

[41] Darío, inscripción de Behistún (DB 14). **<<**

[42] Esquilo, 1.774. Se ha usado aquí la traducción de Bernardo Pera Morales, Gredos, 2002. Pero literalmente, la cita de Holland es distinta: «Una desgracia para su país y para su antiguo trono.» **<<**

[43] Otro fragmento de prueba, aunque débil, se ha utilizado como evidencia contra Darío. En su propia relación de los eventos del verano del año 522, emplea una curiosa circunlocución: «Después, Cambises por su propia muerte estaba muerto» (DB 11). Como ha señalado Balser, «puede ser que Cambises no sólo haya muerto, sino que por alguna razón en particular su muerte haya hecho que los redactores del texto de Behistún enfatizaran que "él había muerto una muerte propia" cuando tal vez no había sido así». De modo que los escribas pueden habernos dejado una señal

de que algo peculiar había causado la «muerte» de Cambises. (*Herodotus and Bisitun,* p. 98.) **<<**

[44] A propósito de la presencia activa de mercaderes extranjeros y banqueros en Irán, ver Zadok. **<<**

[45] Estrabón, 11.13.7. **<<**

[46] Este recuento del asesinato de Bardiya mezcla la relación de Darío y la de varios autores griegos. Aunque sitúa de manera errónea el lugar del asesinato, Heródoto en esta ocasión parece haber tenido información inusualmente precisa. Los historiadores han sospechado durante largo tiempo que la fuente fue Zópiros el Joven, el tataranieto de Megabizo, uno de los siete conspiradores. En el 440 a. J. C., Zópiros estaba exiliado en Atenas, donde puede haberse encontrado con Heródoto y haberle dado información de primera mano del atentado. Los detalles de que Bardiya estuviese con una concubina y que se haya defendido con un taburete se han tomado de Ctesias (14-15) y son típicos detalles sensacionalistas. La afirmación de que fue el hermano de Darío quien asesinó a Bardiya viene de Esquilo (776) y resulta más convincente dentro del conjunto, puesto que Artafernes se convertiría a partir de ese momento en un actor principal en los asuntos de Atenas, y su biografía debe de haber sido bastante conocida. Sin duda, la suposición de muchos historiadores de que Artafernes es una mala transcripción de «Intafernes», que Heródoto lista como uno de los siete conspiradores, parece errónea, en particular porque un contemporáneo de Heródoto, el ecógrafo jonio Helánico de Lesbos, también señalaba a Artafernes como el hombre que había acabado con Bardiya. Sikyavautish, el sitio del asesinato, nunca se ha identificado con precisión, pero se encontraba en algún lugar cercano a lo que hoy en día es Harbin, al sur de la Gran Ruta del Jorasán. **<<**

[47] DB 11. <<

[48] DB 55. <<

[49] Heródoto, 1.136. María Rosa Lida. <<

[50] *Mihr Yasht,* 2. <<

[51] Heródoto, 3.84. María Rosa Lida. Literal de Holland sería «aquel cuyo caballo sea el primero en relinchar al amanecer será quien deba ascender al trono». <<

[52] *Yasna,* 43.4. <<

[53] *Amesha* se suele traducir por «inmortal», pero *Spenta* es un término intraducible: sus definiciones incluyen «fuerte», «sagrado», «en posesión del poder», «benefactor» y «generoso». Véase Boyce (1975), 1196-1197. <<

[54] *Yasna,* 30.2. <<

[55] A propósito de la opinión de los persas, tenemos que contentarnos con las pruebas suministradas por los griegos: Janto de Lidia (siglo V a. J. C.) calculó que Zoroastro había vivido seis mil años antes que Jerjes, número que seguro refleja nociones zoroástricas del ciclo de las edades del mundo. El primer griego en datarlo en el reino de Astiages fue Aristógeno, en el siglo IV a. J. C., que también identificó al profeta como maestro de Pitágoras. Ambas tradiciones parecen no tener ningún valor, aunque el hecho de que hayan podido coexistir sugiere hasta qué punto Zoroastro era una figura mítica y misteriosa. La confusión sigue inundando la academia contemporánea. El consenso actual, al que se ha llegado mediante la datación de los textos más antiguos del zoroastrismo, sitúa a Zoroastro alrededor del año 1000 a. J. C., pero sigue habiendo amplia disputa. Algunos (notoriamente Boyce) lo datan entre 1700 y 1500 a. J. C.; otros (notoriamente Gnoli), a finales del siglo VII a. J. C. Sin embargo, como el propio Gnoli (p. 5) ha admitido con bastante desilusión, discutir acerca de la fecha en la que habría exis-

tido Zoroastro es, para los especialistas en la civilización irania, «el pasatiempo favorito de los académicos». **<<**

[56] Aunque la ciudad meda de Ragha, cerca de la actual Teherán, alguna vez se habría anunciado a sí misma como lugar de nacimiento del profeta. **<<**

[57] Boyce usa en inglés la expresión *fire-holder* (*Zoroastrianism,* vol. 2, p. 52), al igual que es suya la identificación de las tres estructuras de Pasargada como «portafuegos». **<<**

[58] Clemen, pp. 30-31. **<<**

[59] B 63. **<<**

[60] En persa antiguo, Bagastaana. **<<**

[*] Localizada al sur y muy cerca de la moderna Bagdad. **<<**

[1] «Eunuma Elish», 6.5-6. **<<**

[2] Jeremías, 28.14. **<<**

[3] Ibíd., 5.16-17. **<<**

[4] Citado por Leick, p. 96. **<<**

[5] Nabónido, inscripción de, 15. **<<**

[6] Cilindro de Ciro. **<<**

[7] George, p. 41. **<<**

[8] Heródoto, 1.191. María Rosa Lida. Literal de Holland sería: «Había podido tomar el control de las afueras sin que nadie en el centro siquiera se diera cuenta de su llegada, de manera que los babilonios, que celebraban un festival, siguieron bailando y dándose caprichos. Y fue así cómo la ciudad cayó por vez primera.» **<<**

[9] «Instrucciones de Shuruppak», 204-206. **<<**

[10] Darío, inscripción en Naqsh-i-Rustam (Dna 2). **<<**

[11] Cilindro de Ciro. **<<**

[*] Es imposible saber la verdad sobre la identidad de Nidintu-Bel, pero las pruebas circunstanciales sugieren que probablemente tenía sangre azul. **<<**

[12] Haggai, 2.6. **<<**

[13] DB 25 (Babilonia). **<<**

[14] DB 1. **<<**

[15] DB 4. **<<**

[16] Byron, p. 43. **<<**

[17] DB 70. **<<**

[18] DB 72. **<<**

[18] DB 73. **<<**

[20] Los orígenes del título son oscuros. Los reyes de Urartu, situada en la actual Armenia, lo utilizaban, pero cómo exactamente, y si gravitó desde ellos hasta los monarcas persas, es una incógnita. Los reyes de Asiria algunas veces lo reclamaban, pero pocas. Y los reyes de Babilonia en ningún caso. **<<**

[21] Darío, inscripción en Persépolis (DPf). **<<**

[22] Heródoto, 3.89. **<<**

[23] Darío, inscripción en Susa (DSf 3e). **<<**

[24] Ibíd., 3h-1. **<<**

[25] Ibíd., 3f **<<**

[26] Darío, inscripción en Persépolis (Dpg 2). **<<**

[*] De acuerdo con Heródoto, en cualquier caso, aunque no sea la fuente más fiable en lo que respecta a los detalles del reinado de Cambises. Es justo mencionar que todos los intentos de desenterrar los esqueletos del ejército perdido de Cambises de allí donde se supone que se encuentran, en las arenas del desierto libio, han fracasado. **<<**

[27] Se trata de una conclusión lógica. «Los reyes persas —se nos dice— hacían que se les trajese agua del Nilo y del Danubio, que colocaban luego entre sus tesoros como una suerte de testimonio de la grandeza de su poder y del imperio universal» (Plutarco, *Vida de Alejandro,* 36.4). La lista de ríos seguramente refleja la perspectiva del historiador griego. Es improbable que el Indo no se hubiese visto incluido también. **<<**

[1] Heródoto, 1.153. **<<**

[2] Ibíd., 1.4. Traducción libre. María Rosa Lida dice: «Los griegos, a causa de una mujer lacedemonia, juntaron gran ejército, pasaron al Asia, y destruyeron el reino de Príamo.» **<<**

[3] *Ilíada,* 3.171. La edición de la *Ilíada* traducida por Emilio Crespo Güemes (Editorial Gredos), usada en adelante, reza: «De casta de Zeus entre las mujeres.» **<<**

[4] Cicerón, *Los deberes,* 2.22.77. Hans van Vees, en su ensayo sobre Tirteo y la *eunomia,* ha señalado de modo concluyente los orígenes arcaicos de este proverbio anónimo. Ver Hodkinson y Powell, pp. 1-41. **<<**

[5] Heródoto, 1.65. En la traducción de María Rosa Lida se lee: «Los lacedemonios se gobernaban por las peores leyes de toda Grecia.» **<<**

[6] Focílides, fragmento 4. Estas líneas son, casi con seguridad, de fecha posterior a la caída de Nínive y es probable que reflejen el temor de que el poderío persa creciera durante la década del 540 a. J. C. **<<**

[7] Quiénes fueron los dorios es precisamente uno de los grandes imponderables de un período conocido como oscurantismo incluso para los historiadores de la Antigüedad, que están acostumbrados a escudriñar en busca de los fragmentos más diminutos de evidencia. Al igual que ocurre

con las migraciones de los medos y los persas, los detalles precisos de las invasiones dorias son irrecuperables. Una minoría de historiadores, como es de esperar, incluso alega que tal vez se trate de poco más que un mito. **<<**

[8] Platón, *Hipias Mayor,* 285d. **<<**

[9] Tirteo, 5.2-3. **<<**

[10] Ibíd., 5.4. **<<**

[11] Ibíd., 5.10. **<<**

[12] Plutarco, *Licurgo,* 2. Se ha usado aquí la traducción de Aurelio Pérez Jiménez, *Vidas paralelas,* Gredos, Madrid, 2001. **<<**

[13] Heródoto, 1.65. **<<**

[14] Plutarco, *Licurgo* 29. Se ha usado aquí la traducción de Aurelio Pérez Jiménez, *Vidas paralelas,* Gredos, Madrid, 2001. **<<**

[15] Tucídides, 1.6. **<<**

[16] Tirteo, 7.31-2. **<<**

[17] Plutarco, *Licurgo* 29. Se ha usado aquí la traducción de Aurelio Pérez Jiménez, *Vidas paralelas,* Gredos, Madrid, 2001. **<<**

[18] Para una mejor explicación, ver Hodkinson, p. 76. **<<**

[19] Por ejemplo, Éforo, citado por Estrabón (8.5.4). Una teoría alternativa, más convincente desde el punto de vista etimológico, igualaba «ilota» con una palabra que significaba «cautivo». **<<**

[20] Tirteo, 6.1. **<<**

[21] Heródoto, 1.66. María Rosa Lida dice: «Te permitiré que dances en la ruidosa Tegea.» **<<**

[22] Jenofonte, *Agesilao,* 2.7. **<<**

[23] La primera referencia a los mantos escarlata de los espartanos es tardía, del 411 a. J. C., y se encuentra en una

comedia de Aristófanes, *Lisístrata.* No hay manera de saber con exactitud de qué año data. Lo más posible, sin embargo, es que su uso haya sido instaurado como parte de la estandarización militar creciente de Esparta que fue característica de mediados del siglo VI a. J. C. Una complicación adicional se encuentra en la ambigüedad de los vocablos griegos utilizados para describir el manto: tal vez tanto las túnicas como los mantos espartanos fuesen de color escarlata. **<<**

[24] Lisias, *Defensa de Mantiteo,* 16.17. **<<**

[25] Tucídides, 1.10. **<<**

[26] *Ilíada,* 21.470. Su santuario cerca del Eurotas originalmente estaba dedicado a una diosa de nombre Orteia. Allí, los espartanos adoraban a Artemisa como Artemisa Orteia. Probablemente a partir del siglo VI a. J. C., aunque no hay constancia del nombre anterior al período romano. **<<**

[27] Las máscaras datan del siglo VII y en particular del siglo VI a. J. C. **<<**

[28] Píndaro, citado por Plutarco en *Licurgo,* 21. **<<**

[29] De acuerdo con Platón, sólo los ancianos podían criticar los asuntos de estado. Ver *Las leyes,* 634d-e **<<**

[30] Píndaro, citado por Plutarco en *Licurgo,* 21. **<<**

[31] Jenofonte, *La constitución de los espartanos,* 10.3. **<<**

[32] Plutarco, *Licurgo,* 16. La cita de Holland, literalmente, dice: «Cuando se les servía la comida, debían comérsela sin remilgos; los temores nocturnos y el aferrarse a los padres debían erradicarse con firmeza, lo mismo que los lloriqueos y los berrinches.» **<<**

[33] Ibicos, fragmento 58. **<<**

[34] Plutarco, *Licurgo,* 14. Lo que dice la edición de Gredos es «las habituaba a la sencillez y fomentaba el estímulo

por la belleza». **<<**

[35] Heródoto, 6.61. Tomado de María Rosa Lida. Literal de Holland sería: «Crecería hasta convertirse en la mujer más preciosa de Lacedemonia.» **<<**

[36] El rey era Carilao, aunque, puesto que se supone que vivió en el siglo VIII a. J. C., antes de la revolución de Licurgo, lo más seguro es que se trate de un dicho apócrifo. **<<**

[*] Seguro que la historia fantástica del niño que cazó un zorro para comérselo y luego, en vez de confesar que lo tenía bajo su manto, dejó que la criatura le comiera el estómago, se derivaba de una verdadera tradición espartana según la cual a los jóvenes se les incitaba a volverse astutos como los zorros, a convertirse, en cierta forma, en el zorro al que han atrapado. En cualquier caso, tal y como existe, la historia no tiene sentido, porque ni siquiera el niño más hambriento cazaría un zorro para cenar. **<<**

[37] Plutarco, *Licurgo,* 16. Traducción de Aurelio Pérez Jiménez, *Vidas paralelas,* Madrid, Gredos, 2001. Literal de Holland sería: «Mientras los jóvenes se ejercitaban, se les animaba siempre a luchar y competir entre ellos, de modo que sus mayores pudieran juzgar mejor el carácter de cada uno, su coraje, y cuán bien se comportarían cuando, finalmente, llegara el momento de tomar su lugar en la línea de batalla.» **<<**

[38] Es justo señalar que ambos detalles se derivan de fuentes posteriores, respectivamente de Elio y Ateneo (ambos del siglo II a. J. C.). **<<**

[39] Los orígenes precisos de esta práctica se desconocen, pero algunos académicos lo datan en un momento tan tardío como el siglo V a. J. C. **<<**

[40] Jenofonte, *La constitución de los espartanos,* 2.9. **<<**

[41] En esto hay ambigüedad en las fuentes. Se dice que los espartanos se casaban en secreto, pero cómo una recién casada pudiese mantener su nuevo estatus en secreto cuando le cortaban el cabello no queda claro. En Esparta, sólo las mujeres casadas llevaban velo en público. **<<**

[42] Critias, 88B37 D-K. **<<**

[43] Heródoto, 7.105. Tomado de María Rosa Lida (104, no 105). Literal de Holland sería: «Tienen su libertad, sí, pero esa libertad no es absoluta. Porque incluso los espartanos tienen un amo. Y ese amo, el que manda sobre ellos, ese amo es la Ley.» **<<**

[44] Tirteo, Fragmento 2. **<<**

[45] *Himnos homéricos,* 3.2 14-15. **<<**

[46] Cuándo habría ocurrido tal cosa no se sabe con exactitud. La historia de que la Pitia había sido en su origen una muchacha joven se repetía bastante, pero todos los autores de la época clásica dan por sentado que era anciana. Puesto que nuestro conocimiento de la Grecia arcaica está hecho de retazos, es posible que siempre haya sido anciana. **<<**

[47] *Himnos homéricos,* 3.538. Traducción de Alberto Bernabé Pajares, *Himnos Homéricos, La «Batracomaquia»,* Gredos, Madrid, 2001. **<<**

[48] La así llamada primera guerra Santa se suele datar en 595-591 a. J. C. Pero los detalles, tal como se encuentran en las fuentes, tienen un carácter extraño que sugiere a algunos historiadores que el episodio pueda ser por completo una leyenda. **<<**

[49] Pausanias, 10.5. **<<**

[50] Ibíd., 10.4. **<<**

[51] Heráclito, citado por Plutarco, *Por qué la Pitia ya no dicta profecías en verso,* 404E. **<<**

[52] *Odisea,* 17.323-4. **<<**

[53] Plutarco, *Agis,* 11. **<<**

[54] Tucídides, 1.70. **<<**

[55] La fecha es aproximada. Cleómenes sin duda era rey en el 519 a. J. C., como muy tarde. **<<**

[56] Heródoto, 5.42. Tomado de María Rosa Lida. Literalmente Holland escribe: «Todos lo consideraban el primero entre los jóvenes de su generación. Y el propio Dorieo apenas dudaba de que sus muchas cualidades le valdrían el trono de su padre.» **<<**

[1] Del famoso discurso del funeral de Pericles (Tucídides, 2.36). Los sentimientos allí expresados tienen su origen en la época dorada de la confianza en sí mismos de los atenienses, a mediados del siglo V a. J. C., pero la creencia de los atenienses de haber nacido de la tierra parece ser genuinamente antigua y se puede datar, aunque con cierta vaguedad, al menos en tiempos de Homero. **<<**

[2] De la estela de Acarnes, copia del juramento que hacían los efebos, los jóvenes atenienses a quienes la ciudad obligaba a cumplir con un entrenamiento militar de dos años. La naturaleza formal de dicho programa era una innovación del siglo IV a. J. C., pero las palabras del juramento constituyen una tradición que data al menos de la época de las guerras médicas. **<<**

[3] El nombre preciso del héroe primero de los atenienses se presta a una de esas confusiones tan típicas de la historia griega arcaica. Los atenienses de finales del siglo V lo llamaron Erictonio, e identificaban a Erecteo con el nieto de Erictonio. La gran similitud entre ambos nombres y el hecho de que Erecteo sea mucho más antiguo hacen pensar que originalmente eran uno solo. Para añadir a la confusión, Cécrope, otro rey ateniense, y de quien también se de-

cía a veces que era hijo de Erecteo, también había nacido de la tierra y tenía una cola de serpiente. El propio Erecteo continuó siendo adorado durante largo tiempo como dios de la Acrópolis, y su leyenda proporciona una evidencia más de que la creencia ateniense en el origen terreno de este pueblo era antigua. Como ha señalado Shapiro (p. 102), «generalmente, los mitos que involucran a los reyes legendarios de Ática son de una antigüedad genuina». **<<**

[4] *Ilíada,* 2, 549-51. La edición de Gredos dice: «En su opíparo templo. Allí se la propician con toros y carneros / los muchachos de los atenienses a la vuelta de cada año.» **<<**

[5] Heródoto, 7.161. **<<**

[6] La cuestión de cuándo se unificó el Ática de manera formal, de modo que los ciudadanos de comunidades más allá de Atenas se identificarían como «atenienses», nunca se ha aclarado por completo. La opinión ortodoxa es que el proceso se completó, como muy tarde, hacia el final del siglo VII a. J. C. aunque, en un libro tan brillante como controvertido, Greg Anderson alega que no se completó hasta el año 500 a. J. C., como parte de las mismas reformas que contribuyeron al establecimiento de la democracia. **<<**

[*] Fragmentos de un palacio que data de la Edad del Bronce podían verse en la cima de la Acrópolis durante el siglo VII a. J. C. **<<**

[7] Las pruebas de la naturaleza nostálgica del excepcionalismo ateniense reinante en el siglo VII a. J. C. provienen principalmente de fuentes arqueológicas. Véase, sobre todo, Morris (1987). **<<**

[8] Safo, «Himno a Afrodita», en *Poemas y testimonios,* el Acantilado, Barcelona, 2005. Edición y traducción de Aurora Luque Ortiz (58.25). **<<**

[9] Ibíd., 1-13. **<<**

[10] Alceo, 360. Un poeta de Lesbos, en el Egeo, que cita aquí a Aristodemo de Esparta. **<<**

[11] La fecha más comúnmente aceptada. Véase R. Wallace. Algunos historiadores han sostenido que las reformas de Solón son posteriores a su paso por el arcontado. **<<**

[12] Solón, 3. **<<**

[13] Ibíd., 36. Es posible que el levantamiento de los mojones señalara menos una cancelación de la deuda que una reforma en el sistema de cultivos compartidos, según la cual los usufructuarios pagarían un sexto de la producción a los terratenientes. **<<**

[14] Ibíd., 5. **<<**

[15] Ibíd., 4. **<<**

[*] Fue durante la fase egipcia de este viaje cuando, según Platón, le fue relatada a Solón la historia de la Atlántida. **<<**

[16] Aristóteles, *Política,* 1274.6. Traducción de Manuela García Valdés (Gredos). **<<**

[17] *Ilíada,* 6.208. **<<**

[18] Píndaro, *Ístmica* V, 12-13. El poema fue escrito en el 478 a. J. C., cuando todavía podía describirse a los nobles en términos que evocasen los dioses del Olimpo, pero sólo con severas advertencias. El poema de Píndaro, después de describir la gloria de un ganador en los juegos de Corinto, le amonesta con firmeza: «No intentes convertirte en Zeus.» **<<**

[19] Plutarco, *Conversaciones de sobremesa,* 2.5.2. **<<**

[20] Aunque, de acuerdo con la evidencia no corroborada en Tucídides (1.126), Ciclón y su hermano lograron escapar. **<<**

[*] Es justo mencionar que otras tradiciones recordarían a Periandro bajo una luz menos favorecedora. Algunos decían que estaba tan loco que había asesinado a su mujer y luego le había hecho el amor al cadáver; también se contaba que había castrado a trescientos niños de una ciudad enemiga y que, mientras caminaban juntos por un campo, le había dado un consejo silencioso sobre el arte de gobernar a otro tirano cortando las espigas de maíz más altas con una vara. Estas contradicciones entre los registros históricos reflejan la ambivalencia con que los griegos apreciaban la institución de la tiranía. **<<**

[21] Para las fechas, ver Rhodes (1981), p. 84. **<<**

[22] Esto es, en cualquier caso, lo que cuenta la tradición. La cronología es un poco imprecisa. **<<**

[23] Heródoto, 6.125. De María Rosa Lida. Literal de Holland: «Cuando salió de allí, tambaleándose, a duras penas podía arrastrar un pie detrás del otro, su túnica se había hinchado de manera obscena, e incluso sus mejillas parecían a punto de estallar.» **<<**

[24] Quien haya sido el que inauguró las Grandes Panateneas, con su gran procesión hasta la cima de la Acrópolis, debe de ser también el responsable de la construcción de la rampa. Se han sugerido otros nombres (véase Shapiro, pp. 20-21), pero Licurgo, con sus responsabilidades hacia la estatua del culto de Atenea, para no mencionar su probada dominancia política en la década del 560 a. J. C., parece el candidato más probable con ventaja abrumadora. **<<**

[25] La descripción de la estatua de Atenea se deriva de Pausanias (1.26.7), donde parece entenderse que la imagen sagrada era un meteorito. Sin embargo, se presta a confusión la descripción hecha en un discurso de Demóstenes (*Contra Androción,* 13). **<<**

[26] Hay disputa sobre si el así llamado «Templo de Barbazul», nombre tomado de una figura hallada entre los escombros de sus bases, fue construido para sustituir un templo de Atenea Polias del siglo I o para competir con él. En el primer caso, los responsables de su construcción habrían sido probablemente los Bútadas; en el segundo, los Alcmeónidas. El consenso entre los académicos, que al comienzo favorecía la primera hipótesis, ahora ha pivotado hacia la segunda. Ver Dinsmoor, a propósito de los hallazgos arqueológicos, y Greg Anderson (pp. 70-71), a propósito del papel que desempeñaron los Alcmeónidas. **<<**

[27] En cualquier caso, según el principio del *cui bono,* parece la explicación más verosímil de las confusas descripciones del episodio que han sobrevivido. **<<**

[28] Casi sin duda. El epitafio viene del *Anavyssos Kourus,* una estatua construida en honor de un joven llamado Croiso y que de quien se cree convencionalmente que era alcmeónida y fue asesinado en Palene. **<<**

[29] Aristóteles, *La constitución de los atenienses,* 15.5. **<<**

[30] Solón, 36. **<<**

[31] Aristóteles, *La constitución de los atenienses,* 16.2. **<<**

[32] Ibíd., 16.5. **<<**

[33] Ibíd., 16.7. **<<**

[34] La fecha exacta se desconoce. Más adelante, a los Alcmeónidas les gustaría presumir de no haber alcanzado jamás un acuerdo con los tiranos, sino haber permanecido siempre en un exilio correcto y obstinado. Sólo el descubrimiento en 1938 de una lista de arcontes de finales del siglo V tardío descubrió la jugada. **<<**

[35] Plutarco, *Solón,* 29. Se dice que le hizo el comentario a Tespis, quien según los antiguos había sido el inventor de la tragedia. Puesto que Solón murió cerca del año 560 a. J.

C., y de Tespis se decía que había escrito su primera tragedia en el 535, la tradición claramente no es de fiar. **<<**

[36] Heródoto, 5.93. Tomado de María Rosa Lida. Literal de Holland sería: «Tenía un conocimiento más profundo de los oráculos que cualquier otro hombre vivo.» **<<**

[37] Tucídides, 6.54. **<<**

[38] Ibíd., 6.57. **<<**

[39] Aristóteles, *La constitución de los atenienses,* 19.13. **<<**

[40] Heródoto, 5.63. Literal de Holland sería: «Era su deber libertar a Atenas.» **<<**

[41] Ibíd. **<<**

[42] Aristóteles, *La constitución de los atenienses,* 20.1. **<<**

[43] En ningún lugar se nos dice de manera explícita que Clístenes hiciera sus propuestas a la Asamblea, pero es lo que casi universalmente se supone. **<<**

[44] Que Clístenes haya usado alguna vez la palabra «democracia» es una cuestión muy debatida. El consenso es que no, y que el término no se acuñó hasta la década del 470 a. J. C., más de tres décadas después. Pero en cierto sentido, el argumento es estéril: generaciones posteriores de atenienses sin duda reconocían la forma de gobierno que Clístenes había establecido como democracia, al igual que casi todos los historiadores modernos. En este libro me referiré a ella, y en general a la Atenas posterior a Clístenes, como democracia. A propósito del razonamiento de un clasicista que argumenta que no se trata de un anacronismo, véase Hansen (1986). **<<**

[45] Heródoto, 5.66. Tomado de María Rosa Lida. Otra opción sería: las propuestas de Clístenes, como era de esperarse, «le valieron el apoyo fervoroso del pueblo». **<<**

[46] Aristófanes, *Lisístrata,* 279. **<<**

[47] Tal es en cualquier caso la implicación de una frase en Heródoto (5.78), donde asocia la repentina grandeza de la Atenas democrática con los beneficios derivados de la *isegoria,* es decir, la igualdad en el Ágora, el lugar de reunión en la ciudad griega, pero con un sentido subsidiario específico: el del derecho de cada ciudadano de dirigirse al pueblo. Algunos académicos afirman que la *isegoria* se introdujo en Atenas en reformas posteriores. **<<**

[48] Platón, *Protágoras,* 9.82. **<<**

[49] Heródoto, 5.74. Literal de Holland sería «quien sentía que los atenienses lo habían irrespetado de palabra y de acción». **<<**

[50] En griego, *eteoboutadai,* es decir, los auténticos Bútadas. **<<**

[51] Heródoto, 5.78. Tomado de María Rosa Lida, Clásicos Jackson, p. 309. **<<**

[52] Ibíd, 5.77. **<<**

[53] Para el mejor recuento del *agora* temprana, ver Robertson. **<<**

[*] Una posible señal del olvido en que se sumió Clístenes consiste en que ni siquiera estemos seguros de la fecha de su muerte. Cerca del año 500 a. J. C. parece lo más probable. **<<**

[54] Heródoto, 5.73. Literal de Holland: «Fueron censurados con severidad.» **<<**

[*] La palabra griega *satrapes* era una transliteración del original persa *xsachapava.* **<<**

[1] Jenofonte, *Ciropedia,* 8.2.11-12. **<<**

[2] Darío, inscripción en Naqsh-i-Rustam (NDb 8a). **<<**

[3] Eso sugiere, en todo caso, la arqueología. Véase Dusinberre, P. 142. **<<**

[4] Isaías, 45.1 «Cristo» *(christos)* es la traducción griega. **<<**

[5] Ibíd., 45.2-3. **<<**

[6] Jenófanes, 3d **<<**

[7] Heráclito. De *Diógenes Laercio,* 9.6. **<<**

[8] Diógenes Laercio, 1.21. La frase también se atribuyó a Sócrates. **<<**

[9] Hiponax, 92. **<<**

[10] La fecha no es absolutamente segura. **<<**

[11] Heródoto, 4.137. Tomado de María Rosa Lida. Literal de Holland: «Allí no se encontraba ninguno que no debiera a Darío su posición como jefe de estado.» **<<**

[12] Ibíd., 5.28. Según María Rosa Lida sería: el afamado «orgullo de la Jonia». **<<**

[13] Para esta interpretación de Heródoto, 5.36, ver Wallinga (1984). **<<**

[14] Heródoto, 5.49. Según María Rosa Lida, sería «entran en el combate con bragas». **<<**

[15] Ibíd., 5.51. Según María Rosa Lida, «padre, si no te vas, te corromperá el forastero». **<<**

[16] Ibíd., 5.97. Tomado de María Rosa Lida. Literal de Holland rezaría: «Allí donde había fallado con Cleómenes, un solo individuo, había tenido éxito con los atenienses, una asamblea de treinta mil.» **<<**

[17] Ibíd. **<<**

[*] Medizar es un término griego, μέδιζείν o *médízdein,* que significa «hablar en favor de los medos» o simpatizar con ellos. Originalmente hace referencia al tributo u ofren-

da de agua y tierra mediante el cual un pueblo se sometía al yugo persa. *(N. de la t.)* **<<**

[18] Eliano, 2.12. **<<**

[19] Plutarco, *Temístocles,* 22. Plutarco no describe a Temístocles pero menciona que bustos de tamaño natural del prohombre todavía podían verse durante el Imperio romano. Eso hace que la supervivencia de un retrato de ese tipo, encontrado en el puerto romano de Ostia, resulte aún más intrigante. Comúnmente datado en el siglo II d. J. C., el busto es considerado por la mayoría de los especialistas —aunque no por todos— como la copia de un original esculpido entre el 480 y 450 a. J. C., y, por lo tanto, casi con toda seguridad, hecho en vida del modelo. **<<**

[20] Tucídides, 1.138. **<<**

[21] Heródoto, 6.11. Tomado de María Rosa Lida. De Holland sería: «De un lado la libertad y del otro la esclavitud, o peor aún, la esclavitud de ser fugitivos.» **<<**

[22] Exactamente cuándo, no se sabe con certeza. **<<**

[23] Heródoto, 6.76. Según María Rosa Lida sería sin cita: respondió con sarcasmo que admiraba al Erasino por no traicionar a sus conciudadanos. **<<**

[24] Ibíd., 6.21. Tomado de María Rosa Lida. Según Holland sería: «todos en el teatro lloraron». **<<**

[25] Ibíd., 6.104. **<<**

[26] Ibíd, 5.105. **<<**

[27] Estrabón, 15.3.18. **<<**

[28] Heródoto, 5.35. Tomado de Holland. María Rosa Lida sólo dice: «Le despachó a Mileto sin más recado que cuando llegara a Mileto pidiera a Aristágoras que le rapara el pelo y le mirara la cabeza.» **<<**

[29] Ibíd., 6.1. Tomado de María Rosa Lida. Según Holland sería: «Aristágoras puede haberse calzado el zapato pero fuiste tú el que lo cosió.» **<<**

[30] Ibíd., 6.42. **<<**

[31] *Yasna,* 30.6. **<<**

[32] Ibíd., 32.3. **<<**

[33] Heródoto, 7.133. Según María Rosa Lida sería: se les invitó a «llevar de allí agua y tierra al rey». **<<**

[34] Ibíd., 6.61. **<<**

[35] Ibíd., 6.95. Seiscientos trirremes se prepararon para la expedición, pero Heródoto no nos informa cuántas tropas fueron enviadas. Seis mil cuatrocientos persas resultaron muertos en Maratón, la mayoría del centro de la formación. Dado que el centro de un ejército solía contar con un tercio de su total, y puesto que no todas las tropas enviadas en la expedición estuvieron presentes en la batalla, un total de 25 000 hombres parece un estimado razonable. **<<**

[36] Ibíd., 6.94. **<<**

[37] Ibíd., 6.97. **<<**

[38] La cronología ha tenido que reconstruirse a partir de pistas desperdigadas. La pregunta clave es si la batalla de Maratón se libró en agosto o en septiembre, pues ninguna fuente especifica el mes. Hay mayor probabilidad de que haya sido en agosto: si la batalla tuvo lugar en septiembre, como algunos especialistas argumentan, entonces Datis debe de haber tardado un tiempo inverosímil en cruzar el Egeo. **<<**

[39] Pausanias, 7.10.1. **<<**

[40] Plutarco, *Dichos espartanos.* El aforismo se atribuye a Demarato. **<<**

[41] Aristóteles, *Retórica,* 3.10. **<<**

[42] Heródoto, 6. 106. Tomado de María Rosa Lida. Literal de Holland sería: «Los atenienses ruegan por vuestra ayuda, ruegan que no os quedéis inactivos mientras la más venerable ciudad de toda Grecia es aplastada, ruegan que no la dejéis ser esclavizada por esos invasores de habla incomprensible.» **<<**

[43] La leyenda de que Filípides se apresuró a regresar de Esparta a Atenas la recoge un autor del siglo II d. J. C., Luciano, en su artículo «De los errores al saludar» (3). Racionalista como era por regla general, Luciano se muestra despiadado hacia las más increíbles afirmaciones hechas sobre Maratón, burlándose, en otro ensayo, de la idea de que Pan hubiera tomado parte en la batalla. Esto sugiere con seguridad que el retorno de Filípides a Atenas era un hecho aceptado por los antiguos y, aunque Lazenby lo puso en duda (1993, p. 52), es difícil saber por qué. Las noticias de los planes espartanos eran de importancia urgente para los atenienses (y para los persas, claro), y Filípides no habría estado de humor para permanecer en Esparta y disfrutar de la Carneia. El regreso debió ser agotador para el atleta ya exhausto, un esfuerzo que lo puede haber llevado a alucinar. Por ello, su visión de Pan debió ocurrir en el regreso y no en la ida. **<<**

[44] Una frase tan célebre que se tornaría en proverbio para los griegos. Se cita en una enciclopedia bizantina, la así llamada *Suda,* junto con la explicación de su origen en la campaña de Maratón. Aunque la *Suda* fue compilada en el siglo X d. J. C., casi mil quinientos años después de Maratón, el hecho de que transcriba un dicho tan claramente tradicional y conocido ha llevado a la mayoría de los historiadores a aceptar su exactitud (aunque no a todos: véase, por ejemplo, Shrimpton). Un hecho adicional —aunque se trate de un argumento por omisión— es que Heródoto no haga

mención alguna de la caballería en su relato de la famosa batalla. Claramente, aunque Datis debió de dejar atrás a algunos jinetes, no fueron suficientes como para influir en el resultado. **<<**

[45] Una teoría alternativa, que la caballería estaba lejos, pastando o dando de beber a sus monturas, no resulta muy verosímil. ¿Por qué habría de estar toda la caballería lejos, en ese tipo de misión, en medio de la noche? **<<**

[46] Heródoto, 6.112. **<<**

[47] Que Temístocles fuera uno de los diez generales no se afirma directamente en ninguna parte, pero lo sugiere con fuerza un pasaje de la vida de Arístides (5), de Plutarco, en el cual los dos hombres se describen peleando como iguales en Maratón, y Arístides, lo sabemos con certeza, era el general de su tribu. Dado que Temístocles era un arconte reciente y un hombre muy asociado con la política antipersa, es difícil saber por quién habría votado su tribu sobre él. **<<**

[48] Arístides, 3.566. **<<**

[49] Plutarco, *Arístides,* 18. La frase citada es una descripción de la falange espartana en la posterior batalla de Platea. **<<**

[50] Pausanias, 1.32.6. **<<**

[51] Heródoto afirma que se usó un escudo pero, dado que los escudos usados por los griegos eran convexos, y para reflejar el sol es necesaria una superficie plana, esto parece improbable. Que la señal fue enviada desde el monte Pentélico es una suposición basada en la topografía local. **<<**

[52] Heródoto, 6.116. **<<**

[*] Fue ésta la marcha que inspiraría al educador francés Michel Bréal a proponer una «carrera de maratón» para los

Juegos Olímpicos de 1896, siguiendo la ruta que habían tomado los atenienses desde el campo de batalla hasta Atenas. La leyenda de que fue Filípides quien trajo la noticia de la victoria, exclamando un jadeante «¡hemos ganado!» para morir a continuación, lamentablemente es una falacia, a pesar de resultar tan poética y adecuada. **<<**

[53] Ibíd., 6.109. **<<**

[54] Ibíd., 8.105. Según María Rosa Lida, sería: «La mayor venganza por un agravio inferido.» **<<**

[55] Pausanias, 1.29.4. **<<**

[*] Sólo fue identificada la tumba de los persas cuando un agrimensor alemán, en el siglo XIX, encontró un montón de huesos en la llanura. **<<**

[1] Del epigrama de Platón «Sobre los exiliados». **<<**

[2] La fecha exacta de la huida de Demarato de Esparta es incierta. Lo más probable es que haya sido entre septiembre del 490 a. J. C. y septiembre del año siguiente, aunque pudo haber sido más tarde. **<<**

[3] Heródoto, 1.136. Tomado de María Rosa Lida. Según Holland sería: «La más segura medida de hombría, después del valor en la batalla, era ser padre de una gran cantidad de niños.» **<<**

[4] Platón, *Alcibíades,* 121d. Heródoto (1.136) y Estrabón (15.3.18) dicen que los niños persas iniciaban su educación a la edad de cinco años; Platón, inmediatamente después del pasaje citado, dice que a los siete. **<<**

[5] Ctesias, 54. **<<**

[6] Aunque Heródoto (7.2-5) dice que no se proclamó heredero a Jerjes hasta que Darío empezó sus preparativos para ir a Egipto, un friso que data de un período muy anterior

a su reinado (al menos anterior al 490 a. J. C.) muestra a Jerjes como príncipe heredero, en pie, detrás de él. **<<**

[7] Cicerón, 1.41.90. **<<**

[8] Estrabón, 15.3.21. **<<**

[9] Heródoto, 7.187. Tomado de María Rosa Lida. Según Holland sería: «Tanto en su estatura como en la nobleza de su porte, no había hombre que pareciera más adecuado para el manejo de tan grande poder.» **<<**

[10] Jerjes, inscripción en Persépolis (XPf). **<<**

[11] Plutarco, *Artajerjes,* 3. **<<**

[12] Jerjes, inscripción en Persépolis (XPh). **<<**

[13] Ibíd. (XPf). **<<**

[14] Heródoto, 7.6. **<<**

[15] Heródoto, como de costumbre nuestra fuente principal, ofrece un testimonio detallado del debate, con los discursos de Jerjes, Mardonio y el tío de Jerjes, Artabano, un destacado pacifista, todos provenientes directamente de fuentes persas (7.12). Aunque los discursos no sean transcripciones textuales, como sugiere Heródoto, la división de opiniones que reflejan parece auténtica. La caracterización de Mardonio, teniendo en cuenta lo que sucedería más tarde, resulta muy sugestiva. **<<**

[16] Tal es lo sugerido, en todo caso, por los comentarios que Heródoto atribuye a Mardonio después de la batalla de Salamina (7.100). **<<**

[17] Para ser precisos, la parte final de la sección sur de la llamada Escalera de la Apadana, cuyas esculturas se han datado como pertenecientes al comienzo del reinado de Jerjes. **<<**

[18] Jenofonte, *Economía,* 4.8. **<<**

[19] Eliano, 1.33. **<<**

[20] Estrabón, 25.3.18. **<<**

[21] Heródoto, 7.5. **<<**

[22] *«Paradaira»* es una reconstrucción, basada en la evidencia del préstamo léxico griego. Se ha encontrado un sinónimo exacto, la palabra elamita *partetash,* en las tablillas de Persépolis. Ver Briant (2002), pp. 442-443. **<<**

[23] Jenofonte, *Administración del hogar,* 4.21. **<<**

[24] Ateneo, 9.51. La afirmación fue hecha originalmente por Carón de Lámpsaco, un contemporáneo de Heródoto. **<<**

[25] Un filósofo anónimo del siglo V, quizá Demócrito. Citado por Cartledge (1997), p. 12. **<<**

[26] Plutarco, *Temístocles,* 2. **<<**

[27] Aristóteles, *Política,* 1302b15. **<<**

[28] Aristóteles (*La constitución de los atenienses,* 22.1 y 4) afirma específicamente que fue Clístenes el responsable de la ley del ostracismo. Los historiadores han dudado en ocasiones si podría no haber sido usada durante veinte años, pero el escepticismo a propósito del tema desdeña las peculiares circunstancias del juicio de Milcíades y sus secuelas. **<<**

[29] Título que no sería más o menos formalizado hasta el 478 a. J. C., pasado un año del final de las guerras médicas, pero que sin duda se podía escuchar por las calles desde mucho antes (véase Plutarco, *Arístides,* 7) **<<**

[30] Plutarco, *Arístides,* 2. **<<**

[31] Pausanias, 1.26.5. **<<**

[32] La referencia más antigua al concurso entre Atenea y Poseidón aparece en Heródoto (8.55) y ha llevado a algunos académicos (notorio es el ejemplo de Shapiro) a sugerir que se trata de una invención del siglo V. La certeza sobre

el tema es imposible, pero las confusiones e inconsistencias de las diferentes versiones del mito sugiere un origen mucho más antiguo. **<<**

[33] Homero, *Odisea,* 3.278. **<<**

[34] Esquilo, *Los persas,* 238. Tomado de Bernardo Perea Morales, Madrid, Gredos, 2000. **<<**

[35] Plutarco, *Temístocles,* 4. **<<**

[36] Plutarco, *Arístides, 7.* **<<**

[37] Plutarco, *Cimón,* 12. **<<**

[38] Jenofonte, *Administración del hogar,* 8.8. **<<**

[39] Tucídides, 142. **<<**

[40] Platón, *Leyes,* 4.706. **<<**

[41] Heródoto, 7.239. **<<**

[42] Para esta explicación de las historias contradictorias sobre la paternidad de Demarato que se encuentran en Heródoto, ver Burkert (1965). **<<**

[43] Pausanias, 3.12.6. Se asume por regla general que el encuentro se realizó en Corinto, donde se efectuaron todas las reuniones siguientes, pero dado que la fuente más antigua de esto es un historiador del siglo I a. J. C., Diodoro Sículo (9.3), quien a su vez usó a Heródoto como su fuente de información, no veo razón para rechazar las pruebas de Pausanias, como hace la mayoría de los académicos; de hecho, tiene sentido por la razón que ofrezco. **<<**

[44] Plutarco, *Temístocles,* 6. **<<**

[45] Heródoto, 7.132. **<<**

[46] Ezequiel, 27.4. **<<**

[47] Platón, *La República,* 4.436a. **<<**

[48] *Odisea,* 15.416-17. **<<**

[49] Heródoto, 1.1. **<<**

[50] Ibíd., 3.19. **<<**

[51] La cifra es de Heródoto (7.89) y se repite, con alguna ambigüedad, en la obra de Esquilo *Los persas* (341-343). La antigüedad y consistencia de la tradición sugiere que los propios griegos la creían correcta, aunque ello, en sí mismo, no sea prueba suficiente. Todos los historiadores pueden afirmar con cierta seguridad que la flota persa resultaba enorme, y que probablemente —al menos al comienzo de su viaje— superaba a los griegos en una relación de cuatro a uno. Para la mejor discusión sobre el tópico, ver Lazenby (1993), pp. 92-94. **<<**

[52] Quinto Curcio, 3.3.8. La descripción es del estandarte de Darío III, el último rey de Persia, derrocado por Alejandro Magno. La veneración del sol, sin embargo, fue una constante de la historia persa, y parece razonable suponer que el Gran Rey la habría conservado como un emblema de su poder. Jenofonte (*Anábasis* 1.10) dice que el estandarte de batalla imperial llevaba águilas. Ver también Nylander. **<<**

[53] Heródoto, 7.83. Según María Rosa Lida sería: «Si faltaba alguno al número por muerte o por enfermedad, ya estaba elegido otro hombre, y nunca eran ni más ni menos de diez mil.» **<<**

[54] Ver Cook (1983, pp. 113-115), quien acepta la cifra de 300 000 para las fuerzas terrestres de Jerjes; Hammond (*Cambridge Ancient History,* 1988, p. 534) acepta 242 000; Green (pp. 58-59), opta por 210 000; y Lazenby (1993, pp. 90-92) oscila entre 210 000 y 360 000 antes de redondeada en unos 90 000. En definitiva, tal como esta elocuente variedad de opiniones sugiere, nunca los sabremos. La mejor discusión, aunque no necesariamente la más convincente conclusión, se encuentra en Lazenby. **<<**

[55] Jerjes, inscripción en Persépolis (XPh). **<<**

[56] Heródoto, 7.40. **<<**

[57] Jenofonte, *Ciropedia,* 8.2.8. **<<**

[58] Jerjes, inscripción en Persépolis (XPI). **<<**

[59] Heródoto, 7.38. Según Holland sería: «Alarmado por las señales de los cielos.» **<<**

[60] Ibíd., 7.39. **<<**

[61] Ibíd., 7.40. **<<**

[62] Ibíd., 7.44-5. Traducción de María Rosa Lida. Según Holland sería: «Y desde donde estaba, al observar la bahía, pudo apreciar el espectáculo de su ejército y su flota en un solo movimiento… Y cuando vio el Helesponto todo cubierto de barcos, las playas y llanuras de Abidos plenas de hombres, Jerjes se supo realmente bienaventurado.» **<<**

[*] Ningún detalle demuestra mejor la autenticidad de las fuentes de Heródoto a propósito del paso de Jerjes del Helesponto que el que reza que los Inmortales marcharon a la guerra con sus lanzas hacia abajo. Los frescos asirios, que ningún griego podría haber visto, muestran exactamente la misma escena, prueba de la continuidad entre las tradiciones persas y las de los imperios anteriores tanto como del notorio rigor de Heródoto como historiador. **<<**

[63] Ibíd., 7.56. Tomado de María Rosa Lida. Según Holland sería: «¿Te has tomado la molestia de hacerte pasar por un simple mortal de Persia, de tomar el nombre de Jerjes y de convocar al mundo entero a que te siga con el propósito de aniquilar a Grecia? ¡No hay duda de que era más sencillo hacerlo tú solo!» **<<**

[64] Ibíd., 9.37. **<<**

[65] Ibíd., 7.149. Según María Rosa Lida. Según Holland sería: «Pues, antes que ceder un centímetro, los argivos pre-

ferían el dominio bárbaro.» **<<**

[66] Ibíd., 7.148. **<<**

[67] Ibíd., 7.220. En palabras de Lida sería: «Escuchadme, pobladores de la anchurosa Laconia: / o arrasa vuestra ciudad la progenie de Perseo, o se salva la ciudad, pero el baluarte espartano / llorará a su muerto rey / el de la estirpe heraclea.» Es concebible, por supuesto, que los sacerdotes de Delfos y los espartanos se hayan puesto de acuerdo después de la guerra y hayan falseado la profecía, pero también es improbable. Heródoto la cita de la memoria viva; y se esperaría que, de haberla falsificado, los espartanos hubiesen tomado un rol mucho más activo en la guerra. Como dice Burns, al referirse no sólo a esto, sino a todas las profecías citadas por Heródoto: «No puede excluirse la posibilidad de que las respuestas del oráculo y las historias asociadas a ellas hayan sido "mejoradas" en su transmisión; pero no es razonable dudar que fueran solicitadas y dadas» (pp. 347-348). **<<**

[68] Heródoto, 7.162. Tomado de María Rosa Lida. Según Holland sería: «Amigos míos, no pareciera que os faltasen líderes, todo lo que necesitáis ahora es encontrar algunos hombres a los que puedan comandar.» **<<**

[69] La fecha de finales de mayo supone que Jerjes dejó Sardes a mediados de abril; le habría llevado otro mes llegar al Helesponto. **<<**

[70] Heródoto, a quien debemos las dos respuestas del oráculo dadas a los atenienses, no indica cuándo se produjo la consulta. Dado que nos dice que los espartanos obtuvieron su profecía el año anterior (7.220), algunos académicos han fechado las profecías atenienses en el mismo período; pero esto parece improbable. Cierto es, con casi completa certeza, que los atenienses debieron de visitar Delfos en el

481 a. J. C., pero el registro de cualquier consulta anterior habría sido borrada por los últimos, y mucho más sensacionales, oráculos. Tan explosivo era su mensaje y tan transformativa su influencia que hace verosímil explicar la relación entre ellos y la política ateniense ese verano del 480 a. J. C. como una instantánea causa y efecto. En cuyo caso la embajada ateniense a Delfos a comienzos del verano del 480 a. J. C. es muy probable que se haya debido a las noticias del cruce de Jerjes del Helesponto, que llegaron a Atenas, como sabemos por Heródoto (87.147), poco después del regreso de la expedición a Tempe. **<<**

[71] Heródoto, 7.140. Tomado de María Rosa Lida. Según Holland sería: «Marchaos, marchaos, dejad el santuario, rendíos a vuestra pena.» **<<**

[72] Ibíd., 7.141. Según María Rosa Lida sería: «Mas te diré nuevo oráculo, sólido como diamante: / mientras yazga en cautiverio cuanto abarca montaña / de Cécrope y las gargantas del divino Citerón / Zeus el de voz anchurosa otorga a Tritogenia / que perdure inexpugnable sólo un muro de madera, / refugio que ha de salvarte y ha de salvar a tus hijos. / No tú aguardes sosegado las huestes innumerables / de infantes y de jinetes que de allende el mar avanzan. / Cede el paso, da la espalda, que ya les saldrás al frente. Y tú, sacra Salamina, matarás hijos de madres / cuando esparza las espigas Deméter o las reúna.» **<<**

[73] De las líneas 4 y 5 del llamado «Decreto de Trezén», una estela de piedra encontrada en 1959, que parece provenir de una copia del siglo III a. J. C. de la moción adelantada por Temístocles. Desde su descubrimiento se ha debatido mucho su autenticidad. Lazenby, tercamente escéptico como siempre, la rechaza como «una falsificación patriótica», pero muchos otros estudiosos de las guerras médicas (Green, Frost, Podlecki, entre otros) aceptan que sí; en pa-

labras de Green, «nos da algo muy cercano a las propuestas de Temístocles, aunque es posible que combine varias mociones aprobadas en diferentes días» (p. 98). La mejor y más detallada discusión está en Podlecki (pp. 147-167). **<<**

[74] Tucídides, 1.138. **<<**

[75] Decreto de Trezén, 44-5. **<<**

[76] Plutarco, *Cimón,* 5. **<<**

[77] Heródoto, 7.178. Según María Rosa Lida: «Pues ellos habían de ser los grandes aliados de Grecia.» **<<**

[78] Ibíd., 8.1. Según María Rosa Lida: «Los de Platea, por su valor y buena voluntad, sin tener práctica naval, tripulaban esas naves junto con los atenienses.» **<<**

[79] Ibíd., 7.205. **<<**

[1] Tirteo, 12. **<<**

[2] *Ilíada,* 7.59-62. **<<**

[3] Heródoto, 7.176. **<<**

[4] En cuanto a la implicación de que cada espartano sólo trajo a un ilota consigo, ver ibid., 7.229. **<<**

[5] Diodoro Sículo, 11.4.7. **<<**

[6] *Ilíada,* 8.553-6. **<<**

[7] En cualquier caso, ésta parece la única explicación plausible para el hecho de que una patrulla griega en Skiatos haya sido emboscada de esa manera. Que los asaltantes eran sidonios se deduce de la descripción de Heródoto de sus navíos, «los barcos más rápidos» (7.179) de la flota de Jerjes. **<<**

[8] Plutarco, *Temístocles,* 7. **<<**

[9] *Odisea,* 13.296-9. **<<**

[10] Citado por Burkert (1985), p. 141. **<<**

[11] Plutarco, *Licurgo,* 22. **<<**

[12] Diodoro Sículo, 11.5.4. **<<**

[13] Plutarco, *Dichos espartanos,* Leónidas 11. **<<**

[14] Heródoto, 7.226. Según María Rosa Lida sería: «Pues si los medos ocultaban el sol, la batalla contra ellos sería a la sombra y no al sol.» **<<**

[15] En cuanto a este último detalle meteorológico, ver la sin duda controvertida referencia en Polieno, 1.32.2. **<<**

[16] Heródoto, 7.188. **<<**

[17] Ibíd., 7.192. Según Holland: «Sólo quedarían algunos pocos para oponérseles.» **<<**

[18] Plutarco, *Moralia,* 217 E. **<<**

[19] Heródoto, 7.211. **<<**

[20] La cronología aquí sigue a la de Lazenby, cuyo intento de formar la cuadratura de los círculos del recuento de Heródoto sobre las batallas gemelas de las Termópilas y Artemisio es con mucho el más convincente de los intentos que se han hecho. Ver *The Defence of Greece,* pp. 119-123. **<<**

[21] Heródoto, 8.9. Traducción de María Rosa Lida. **<<**

[22] Ibíd., 8.12. María Rosa Lida dice «esperaban morir sin remedio». **<<**

[23] Ibíd., 8.13. La localización precisa del naufragio ha dado muchos dolores de cabeza a los estudiosos. Heródoto dice que tuvo lugar en unas peñas que geógrafos de tiempos posteriores, a diferencia del propio Heródoto, sitúan al sur de Eubea. Empero, esto parece imposible, puesto que ninguna flota que zarpara por la tarde de Skiatos podría haber llegado tan lejos a medianoche. Como ha señalado Lazenby, al día de hoy aún existe un islote llamado *Koile,* es decir, «peña». Y como sólo está a mitad del recorrido, parece un sitio más probable para el desastre. **<<**

[24] Plutarco, *Temístocles,* 8. **<<**

[25] Heródoto 8.15. Traducción de María Rosa Lida. Literalmente sería: «Gritándose unos a otros que los bárbaros no debían pasar, mientras los persas, buscando abrirse paso, se disponían a aniquilarlos.» **<<**

[*] Es posible que tal intento, en efecto, se hubiese llevado a cabo. Varias fuentes afirman que, en vísperas del último día de la resistencia espartana, Leónidas llevó a cabo una incursión a la tienda del rey y que allí murió. Es difícil saber qué pensar sobre esta historia —puesto que Leónidas murió en la batalla—, a menos que señale un recuerdo confuso pero verdadero de alguna misión frustrada de asesinato a Jerjes. **<<**

[26] Ateneo, 2.48d. **<<**

[27] Quinto Curcio, 3.4.2. **<<**

[28] Heródoto, 7.104. **<<**

[29] Ibíd., 7.105. **<<**

[30] Ibíd., 7.236. **<<**

[31] Ibíd., 7.119. **<<**

[32] Ibíd., 7.120. **<<**

[33] Ateneo, 14.652b. **<<**

[34] Ibíd., 4.145e. **<<**

[35] Heródoto, 7.213. **<<**

[36] Si se supone, como hacen muchos historiadores hoy en día, que el camino de los Inmortales comenzó en lo que actualmente es la aldea de Ayios Vardates. Para el mejor análisis de las varias rutas alternativas, uno que por cierto me ha sido de gran ayuda durante mi propio recorrido de las mismas, véase Paul Wallace (1980). **<<**

[37] Heródoto (7.222) afirma que Leónidas mantuvo a los tebanos allí contra su voluntad, secuestrados, pero he aquí uno de los casos en que el prejuicio de las fuentes, casi sin

duda atenienses, es palpable. Como Plutarco, orgulloso beocio, señalaría indignado, ¿por qué si Leónidas consideraba a los tebanos como rehenes no se los entregó a los peloponenses en repliegue? Los sorprendentemente corajudos y leales tebanos de las Termópilas merecían un mejor memorial que la calumnia ateniense. **<<**

[38] Trescientos espartanos marcharon a las Termópilas, tal vez acompañados de 300 ilotas, 700 tespios y 400 tebanos, de un total de 1 700 hombres. Las bajas a lo largo de los dos días previos de la batalla deben de haber reducido el total a cerca de 1 500. **<<**

[39] Diodoro Sículo, 11.9.4. **<<**

[40] *Ilíada,* 4.450. **<<**

[41] Heródoto, 8.24. **<<**

[42] Ibíd., 7.238. Literalmente, la traducción de Holland sería: «Más que cualquier otro pueblo en el mundo, honran a los hombres que se distinguen en la guerra.» **<<**

[43] Aristófanes, *Acarnienses,* 1090-1093. **<<**

[44] Véase Burkett (1983), p. 226. **<<**

[45] Heródoto, 7.99. **<<**

[46] Jenofonte, *Economia,* 7.5. **<<**

[47] Demóstenes, *Contra Neara,* 67. **<<**

[48] Heródoto, 8.71. **<<**

[49] Plutarco, *Temístocles,* 10. **<<**

[50] Plutarco, *Temístocles,* 10. Los amantes de las mascotas querrán saber que, según Eliano (12.35), el perro de Jantipo sobrevivió. **<<**

[51] Plutarco, *Temístocles,* 11. **<<**

[52] Heródoto, 8.49. **<<**

[53] La cifra es de Esquilo (*Los persas,* 339-340). Heródoto (8.48) sitúa el total de la flota griega en 380. En esta oca-

sión, sin embargo, es probable que Esquilo sea más preciso. Después de todo, luchó en la batalla de Salamina. **<<**

[54] Heródoto, 8.60. **<<**

[55] Ibíd. Tal como aparecen en Heródoto, estas palabras se pronunciaron en el debate que siguió a la quema de la Acrópolis. Sin embargo, no son un recuento literal de lo que dijo Temístocles, sino que más bien recogen lo esencial del argumento general que expuso desde el comienzo. **<<**

[56] Ibíd., 8.50. **<<**

[57] Ibíd., 8.61. **<<**

[58] El Decreto de Trezén, 11-12. **<<**

[59] Heródoto, 8.52. **<<**

[60] Ibíd., 8.54. **<<**

[1] De la carta de Darío a Gadatas. Véase Meiggs y Lewis, p. 20. **<<**

[2] Heródoto, 7.235. Según Holland sería: «Puesto que no debéis preocuparos de que los espartanos, cuando las llamas de la guerra estén consumiendo su tierra natal, se molesten en venir a rescatar a nadie más en Grecia.» **<<**

[3] Ibíd., 8.68 B. Traducción de María Rosa Lida. **<<**

[4] Ibíd., 8.59. María Rosa Lida dice: «Y los que se quedan atrás no reciben la corona.» **<<**

[5] Ibíd.., 8.70. María Rosa Lida. O bien «tomando sus posiciones con una perfecta muestra de tranquilidad». **<<**

[6] Ibíd., 8.70-1. Traducción de María Rosa Lida. **<<**

[7] Sabemos gracias a Heródoto (8.70) que la flota persa había zarpado al final de la tarde; sabemos por Esquilo (374-376) que estaba de regreso en el puerto a tiempo para la cena. **<<**

[8] Darío, inscripción en Naqsh-i-Rustam (Dnb 8c). **<<**

[9] Ibíd. **<<**

[10] De acuerdo con Plutarco, de hecho era un prisionero de guerra de los persas. **<<**

[11] Heródoto, 8.75. Literal de Holland. Según María Rosa Lida sería: «Él es partidario del rey y prefiere que triunféis vosotros y no ellos.» **<<**

[12] Esquilo, *Los persas,* 380-1. Literal de Holland. En Gredos (trad. de Bernardo Perea Morales): «En cada larga nave, los bancos de remeros iban animándose entre sí.» **<<**

[13] Heródoto, 8.76. Traducción de María Rosa Lida. **<<**

[14] Ésta, en cualquier caso, parece la única explicación razonable de la liberación de Sicino. Algunos historiadores sostienen que tal vez gritara su mensaje desde la barca, sin bajar a tierra, pero esto no es sólo inherentemente poco plausible, puesto que los persas podrían haber enviado un navío a su captura, sino que contradice abiertamente a Heródoto (8.75). **<<**

[15] Heródoto, 8.78. Traducción de María Rosa Lida. De Holland: «Y discutían de manera furibunda.» **<<**

[16] Ibíd., 8.80. Traducción de María Rosa Lida. De Holland: «Puesto que si lo informo yo, pensarán que lo he inventado.» **<<**

[17] Ibíd., 8.83. Traducción de María Rosa Lida. **<<**

[18] Ibíd., 8.65. Traducción de María Rosa Lida. Literalmente: «Porque si tus palabras llegasen a los oídos del rey, seguro que perderías la cabeza.» **<<**

[19] Esquilo, 369-371. Traducción en Gredos. Literalmente: «Si los griegos tuviesen éxito en evadir el hado terrible que para ellos se había planeado y escapasen del bloqueo, todos los responsables perderían sus cabezas.» **<<**

[20] Puesto que Salamina no ha sido sólo la batalla más monumental jamás librada, sino que su reconstrucción a partir de las fuentes disponibles entraña peligrosas dificul-

tades, la bibliografía al respecto es, por supuesto, vastísima. De hecho, hay casi tantas interpretaciones de los hechos como historiadores han escrito al respecto. A propósito de la mejor ortodoxia que sostiene que los persas entraron al estrecho por la noche, ver Lazenby (1993), y su típicamente mordaz capítulo «Divine Salamis». El argumento contrario más convincente puede encontrarse en el capítulo de Green titulado «The Wooden Wall», en *The Greco-Persian Wars.* El detalle que seguramente derrumba la teoría de que los persas entrasen al estrecho por la noche es el hecho de que si la flota imperial de batalla en efecto se había alineado justo al lado opuesto de los trirremes aliados antes de la madrugada, habría atacado sus posiciones justo en el momento en que la luz lo permitiera, con lo cual los remeros griegos habrían tenido muy poco tiempo de llegar a la bancada, y mucho menos habría podido Temístocles permitirse elevar una plegaria, como Heródoto claramente señala que éste hizo. La teoría también convierte en un despropósito la idea de que los persas intentaran mantener las maniobras en secreto. **<<**

[21] Esquilo, 367. Traducción en Gredos. Literalmente: «Vigilad las salidas de las aguas poco profundas.» **<<**

[22] Ibíd., 388-390. Traducción en Gredos. **<<**

[23] Heródoto, 8.84. Traducción de María Rosa Lida. **<<**

[24] Esquilo, 399-400. Traducción en Gredos. Literalmente: «Con disciplina y en perfecto orden.» **<<**

[25] Heródoto, 8.88. **<<**

[26] Esquilo, 415-416. Traducción en Gredos. **<<**

[27] Ibíd., 426-428. Traducción en Gredos. **<<**

[28] Ibíd., 462-464. Traducción en Gredos. **<<**

[29] Heródoto, 8.100. **<<**

[*] La fecha precisa de la batalla de Himera es incierta. Ávidos de fomentar la idea de que su señor había estado luchando en defensa de la libertad griega, y no impulsado por sus propios intereses, los propagandistas de Gelón se complacían en afirmar que había tenido lugar al mismo tiempo que el último día de la resistencia espartana en las Termópilas, o bien al mismo tiempo que la batalla de Salamina. **<<**

[30] Heródoto, 8.100. Traducción de María Rosa Lida. Literalmente: «Yo elegiré trescientos mil hombres del ejército y he de entregarte la Grecia esclavizada», pero la cantidad es una obvia exageración. Según Holland sería: «Regresa a los cuarteles de Sardes —exhortó a su primo— llevando contigo la mayor parte del ejército, y déjame completar la esclavización de Grecia con los hombres que personalmente elija para poner fin a la tarea / yo elegiré trescientos mil hombres del ejército para terminar el trabajo.» **<<**

[31] En cuarenta y cinco días, según Heródoto (8.115), aunque no desde Atenas, como se suele pensar, sino casi con certeza desde Tesalia. **<<**

[32] Ibíd., 8.110. **<<**

[33] Ibíd., 8.114. De Holland. Según María Rosa Lida sería: «Mardonio, aquí presente, dará tal reparación como a aquéllos corresponde.» **<<**

[34] Ibíd., 8.109. Literal. **<<**

[35] Ibíd., 8.124. Literal. Según Lida: «Fue proclamado y reconocido como el varón más sabio de toda Grecia.» **<<**

[36] Ibíd., 9.12. Literal. Según María Rosa Lida sería: [a quien le habían prometido] «impedir la salida de los espartanos». **<<**

[37] Resulta difícil creer que Temístocles haya sido expulsado por completo del consejo de generales, y no existen pruebas concluyentes de ello. **<<**

[38] Heródoto, 8.141. Según María Rosa Lida sería: «¿Qué locura es ésta de moveros contra el rey? Ni le podéis vencer ni podéis resistiros siempre.» (fragmento 140). **<<**

[39] Ibíd., 8.142. Según María Rosa Lida es «pues sabéis que no hay lealtad ni verdad en los bárbaros». **<<**

[40] Ibíd., 8.143. En Holland sería: «"El grado en el que nos encontramos a la sombra de la fuerza meda difícilmente es algo que debas someter a nuestra consideración", dijeron a Alejandro. "Ya lo sabemos bien. Pero, aun así, tal es nuestro amor por la libertad, que no nos rendiremos nunca."» **<<**

[41] Ibíd., 8.144. Que fue Arístides quien habló en esta exhortación es un detalle que recoge Plutarco. En Holland es: «"Llevad a vuestro ejército al campo de batalla tan pronto como podáis". Tales habían sido las palabras de despedida de Arístides. "Rápido, antes de que Mardonio aparezca en nuestro territorio, debéis uniros a nosotros para enfrentarlo en Beocia."» **<<**

[42] Otra vez, según Plutarco, esta comitiva fue liderada por Arístides, pero si se tiene en mente que se trataba también del comandante en jefe de las fuerzas terrestres de su ciudad y que los persas ocupaban el Ática en aquel momento, esto parece improbable. El propio Plutarco admite que la información resulta dudosa. **<<**

[43] Heródoto, 9.12. Según María Rosa Lida: «Ha salido de Lacedemonia la juventud, y no les es posible a los argivos impedirles la salida.» **<<**

[44] Ibíd., 9.13. Según María Rosa Lida. En Holland: «Muros, casas, templos, todo.» **<<**

[45] Heródoto (9.29) señala que había siete ilotas por cada espartano, treinta y cinco mil en total, lo cual parece excesivo. **<<**

[46] Jenofonte, *La constitución de los espartanos,* 9.6. **<<**

[*] Sus restos finalmente se llevaron de regreso a Esparta para su entierro en el 440 a. J. C. **<<**

[47] Heródoto, 9.16. No hay apenas diferencia. **<<**

[48] Si las cifras de Heródoto (9.29) son de fiar, había exactamente 38 100 hoplitas en el ejército aliado. Lo cual sin duda resulta más convincente que el total de 69 500 tropas de armas ligeras que también recoge Heródoto, cifra que parece haber alcanzado mediante una serie de cálculos al azar. Si hubo infantería ligera en Platea, su importancia debe haber sido desdeñable. **<<**

[49] Heródoto (9.32) afirma que el ejército de Mardonio incluía 300 000 tropas de infantería ligera y 50 000 hoplitas de Beocia y Tesalia, sin mencionar la caballería. Puesto que esas cifras son claramente una exageración, la única manera de hacer una estimación real de las tropas persas en Platea es calcular cuántos hombres pueden haberse acomodado en la empalizada, cuya dimensión, según Heródoto, era de 2 000 metros cuadrados. Es decir, que cualquier cantidad de soldados entre 70 000 y 120 000 es plausible. Ver Lazenby (1993), p. 228. **<<**

[*] Es decir, desde los flancos y el frente. *(N. de la t.)* **<<**

[50] Plutarco, *Arístides,* 13. Esta historia se suele considerar como una falsificación, en parte porque no aparece en Heródoto, y en parte porque la cronología de Plutarco es definitivamente confusa. Sin embargo, en tanto que atisbo de la guerra de espionaje de los persas, se trata de una fuente de valor incalculable, y parece convincente dentro del contexto. **<<**

[51] Heródoto, 9.41. La afirmación contraria se encuentra unos párrafos más adelante (9.45), pero viene como parte de un mensaje del inveteradamente poco fiable Alejandro

de Macedonia. Se supone que el rey ha cruzado la tierra de nadie en persona, solo y en la oscuridad de la noche, con el fin de poder revelar a Arístides los planes de la ofensiva persa, historia bastante poco plausible. Y desprende un fuerte tufo a autoexculpación de un hombre que había medizado de manera franca. **<<**

[52] Ibíd., 9.39. **<<**

[53] Ibíd., 9.49. Traducción de María Rosa Lida. **<<**

[54] Plutarco, *Arístides,* 17. **<<**

[55] Heródoto, 9.62. Traducción de María Rosa Lida. **<<**

[56] Esquilo, 816-817. **<<**

[57] Heródoto, 9.71. **<<**

[58] Ibíd., 9.82. **<<**

[59] Eurípides, *Las fenicias,* 184. **<<**

[60] Heródoto, 1.34. **<<**

[61] Aristóteles, *Retórica,* 2.2.6. **<<**

[62] Heródoto, 8.109. De Holland. La traducción de María Rosa Lida sería: «Los dioses y los héroes, […] veían con malos ojos que un solo hombre reinase sobre Asia y Europa, impío y arrogante por añadidura. Hacía el mismo caso de lo sagrado que de lo profano; quemó y derribó las estatuas de los dioses, dio azotes al mar y le echó grillos.» **<<**

[63] Como señala Green (p. 281), he aquí la única explicación plausible de la afirmación, expresada de modo inequívoco por fuentes antiguas, de que las batallas de Platea y Micala se libraron el mismo día. **<<**

[64] Heródoto, 9.100. Traducción de María Rosa Lida. Según Holland sería: «Corrió entre las líneas de la flota el rumor…» **<<**

[65] Ibíd. De Holland. Según María Rosa Lida sería: «Y es evidente por muchas pruebas el carácter divino de estos he-

chos.» <<

[66] Diodoro Sículo, 11.36. <<

[67] Licurgo, *Contra Leócrates,* 81. <<

[68] Ver Broneer. <<

[69] Esquilo, 584-590. <<

[70] Ibíd., 1024. Literal. <<

[71] Jerjes, inscripción en Persépolis (XPc). <<

[72] Tan típico como deprimente resulta que, en la confusión general de la historia del Próximo Oriente de este período, la revuelta también se haya datado en el 482 a. J. C. <<

[73] Heródoto, 9.106. Traducción de María Rosa Lida. <<

[74] Plutarco, *Temístocles,* 29. <<

[75] Píndaro, fragmento 64. <<

[76] Es poco probable, aunque la controversia al respecto es inagotable, que la paz se haya formalizado mediante tratado. El Gran Rey no acostumbraba firmar tratados con extranjeros. <<

[77] A propósito de esta fecha y, de hecho, de la autenticidad de toda la historia, véase Stadter, pp. 201-204. <<

[78] Plutarco, *Pericles,* 17. <<

[79] Heródoto, 8.144. Según María Rosa Lida sería: «El ser los griegos de una misma sangre y lengua, el tener comunes los templos y sacrificios de los dioses y semejantes las costumbres, todo lo cual no estaría bien que traicionaran los atenienses.» <<

[80] Ibíd., 7.228. De acuerdo con María Rosa Lida sería: «Amigo, anuncia a los lacedemonios / que aquí yacemos, a su ley sumisos.» <<

[81] Tucídides, 2.41. <<

[*] Se desconoce cómo se llamaba el templo en tiempos de Pericles. **<<**

[82] Platón, *Menexeo,* 240e. **<<**

[83] Pausanias, 1.33.2. **<<**

ÍNDICE

Fuego persa 2
Notas 4
Agradecimientos 7
Nota sobre los nombres propios 9
Prefacio 10
Mapas 28
1. La Gran Ruta del Jorasán 30
Maldita sea la ciudad sangrienta 30
Rey del mundo 38
¿Dónde estás, hermano mío? 55
Doble visión 69
2. Babilonia 81
La escalera al cielo 81
El fin de la historia 96
3. Esparta 114
«¿Quiénes son los espartanos?» 114
Esclavos de la ley 135
Voces ancestrales 150
4. Atenas 163
Los hijos de la tierra 163
La Acrópolis es mía 176
Un drama para salir de la crisis 191
El poder en manos del pueblo 202
5. Las barbas chamuscadas del rey de Persia 222

El gran juego 222
Una década de mezquindad y engaño 239
El camino a Maratón 259
Quieran los dioses que Grecia se mantenga libre 278
6. La tormenta se avecina 297
Mala hierba en el paraíso 297
Hora de dar el paso siguiente 312
La deshonra de Europa 331
Poniendo límites 350
7. A raya 371
Preparativos épicos 371
Se desata la tormenta 383
Cena como un rey, desayuna como un espartano 400
Pueblo fantasma 418
8. Némesis 433
Un cóctel explosivo 433
Tan lejos, tan cerca 457
La lanza doria 474
Arrogancia 495
Post scriptum 515
Ilustraciones 517
Cronología 535
Bibliografía 540
Autor 563
Notas 564